



BRUJAS y NIGROMANTES

HERMANDAD

RAQUEL BRUNE

13

BRUJAS y NIGROMANTES

HERMANDAD

RAQUEL BRUNE

13



En la ciudad, las brujas ya no se esconden. Comparten sus vivencias en la red, graban vídeos practicando hechizos y celebran fiestas exclusivas a las que solo quienes pertenecen al aquelarre pueden acudir. Pero comienzan a sucederse los asesinatos de practicantes de la magia y solo Sabele, una joven bruja, puede descubrir la relación entre estos crímenes y el advenimiento de un poder sin igual que amenaza con alzarse de entre las sombras.

Raquel Brune

Brujas y Nigromantes

Hermanidad

Brujas y nigromantes

1



Título original: *Brujas y nigromantes: Hermandad*
Raquel Brune, 2019
Revisión: 1.0
18/11/2020

*Para todas las personas que nunca dudaron de mis sueños.
Para todas las personas que trabajan para conseguir los
suyos.
Para ti, mamá, que siempre estás ahí.*



Sabele era de ese tipo de personas a las que todo el mundo adora, incluso aquellos que desearían odiarla. A pesar de las envidias que despertaba allá donde fuera, su lista de enemigos personales era casi tan escueta como la de sus defectos. Y su vida no solo parecía perfecta en las redes sociales, donde cosechaba miles de seguidores, sino que realmente lo era.

Compartía un coqueto pisito con sus tres mejores amigas en Malasaña, un céntrico barrio de Madrid frecuentado por todo tipo de artistas y gente interesante; y últimamente, también por muchos turistas y aquellos estudiantes de intercambio que podían permitirse pagar los alquileres al alza. Tenía un fondo de armario digno de una aristócrata; la mayor parte de su ropa eran regalos de las marcas que se peleaban por vestirla, aunque la mitad de sus prendas parecían sacadas del baúl de porsiacasos de una cantante de los noventa (y, evidentemente, en ella resultaban de lo más favorecedoras). Su piel era tersa e impoluta como la de una estatua griega, su risa contagiosa y su rostro tan geométrico que más de uno y de una casi habían sufrido el síndrome de Stendhal por mirarla durante demasiado tiempo.

No le había hecho falta estudiar una carrera ni matarse como becaria por un salario de chiste para ganarse la vida holgadamente a sus veintiún años. Todo gracias a su blog (que últimamente tenía algo abandonado), su canal de YouTube y su cuenta en Instagram. Tampoco necesitó la ayuda de ningún familiar para volar del nido a los dieciocho.

Sabele lo tenía todo. Era joven, independiente, inteligente y contaba con todos los medios para llegar adonde quisiese, además de que también era... ah, sí, *una bruja*.

Por fortuna para Sabele y su estilo de vida, en pleno siglo XXI una podía exhibir sus talentos mágicos ante millones de internautas sin correr el riesgo de ser quemada en la hoguera; incluso podía ganarse un sueldo haciéndolo.

Sí, Sabele era afortunada y era consciente de ello. Y por eso evitaba quejarse si en algún momento su vida parecía volverse cuesta arriba. Se limitaba a devolverle al mundo las oportunidades que este le brindaba siendo amable y generosa con quienes solicitaban su atención o ayuda; de hecho, se pasaba horas respondiendo a casi todos los comentarios de los seguidores que pedían sus consejos. Para ella, las preocupaciones eran simples baches pasajeros a los que no merecía la pena dar excesiva importancia; sabía que en algún momento pasarían, a veces lo hacían casi como por arte de magia.

Hasta que, por supuesto, llegó el día en el que le conoció.

Pero tomémoslo con calma. Empecemos por el principio, por un día corriente, en el que el destino comenzó a hacer de las suyas. Y es que, a veces, es mejor dejar que el universo maquine a sus anchas en lugar de arriesgarse a desafiarle.

Ajena a la burla cósmica que se le venía encima, Sabele preparaba el guión de su próximo vídeo: *Conjuros y piedras para aprobar los exámenes*. Agitaba los pies en el aire de manera casual, con el vientre sobre la cama y su larga melena rubia recogida en el típico moño desenfadado que solo favorece a unas pocas elegidas. A su lado, Rosita intentaba inútilmente sumergirse en la lectura de su nuevo libro: *Pociones del Pacífico americano*.

Ni siquiera sabían por qué se molestaban en disimular. Cuando las tres estaban en la misma habitación, concentrarse era tarea imposible.

—¿De verdad vas a hacerte Tinder? —preguntó Ame, sentada en el suelo sobre la alfombra de pelo sintético, tan blanca como el resto de la minimalista habitación de Sabele, ese que tan bonito e idílico quedaba en sus fotos y vídeos. Aquel blanco puro era interrumpido únicamente por el color de unos pocos libros en su estantería y por un estandarte gris con la figura de una serpiente que pendía sobre la pared, justo encima de la cama.

Sabele fingió hacer anotaciones en su cuaderno mientras respondía.

—¿Por qué no?

—Es que hacíais tan buena pareja... ¡Y solo han pasado tres días! ¡Tres!

—Deja que la chica se divierta un poco —dijo Rosita sin alzar la vista de las páginas amarillentas del pesado volumen negro.

—Tres días —insistió Ame.

—Bastante he hecho con dejar que pase el primer fin de semana. ¿Por qué tendría que esperar más tiempo? Yo quiero conocer gente nueva *ahora* —se defendió Sabele, consciente de que lo que acababa de decir no era del todo cierto. Las pruebas de aprendiz de la Dama eran en un par de semanas y le convenía concentrarse, pero quería dejar claro que no tenía intención de pasarse el día lloriqueando por las esquinas.

—¿Para qué tanta prisa? ¡Por la Diosa, Sabele! Todos dábamos por hecho que Cal y tú estaríais juntos para siempre, ¡sois la pareja perfecta!

—Lo *éramos* —corrigió Sabele, sin permitirse el lujo de mostrar el más leve signo de pena.

Ninguna de las dos estaba exagerando. Eran *perfectos* el uno para el otro en su pequeño mundo ideal, y precisamente por eso, Sabele le había dejado.

Desde el flechazo a la ruptura, pasando por casi cuatro años de noviazgo, Sabele y Cal habían reunido todos los requisitos de un amor de película. Se conocieron en un festival de música en pleno verano cuando él se ofreció a auparla para que viese mejor después de que un tipo de casi dos metros se colase a codazos justo delante de ella. Después del concierto comieron algo juntos, pasearon por la playa y acabaron viendo el atardecer a la orilla del mar tras pasarse horas hablando sin parar.

Desde entonces, no se habían separado.

Su relación no tenía fisuras, no habían permitido que la rutina acabase

con la pasión de los primeros días; los celos, las mentiras y el control no tenían cabida entre ellos, y jamás se reprochaban nada que hubiesen acordado olvidar. Por no hablar de que los dos eran asquerosamente fotogénicos, juntos y por separado.

Sin embargo, como tantas otras cosas en las redes, lo que parecía tan perfecto gracias a los filtros y a los pies de foto filosóficos, no lo era tanto en la vida real. Sabele se había valido del clásico «no eres tú, soy yo» para explicarle que los dos se merecían algo más que un amor de postureo. Ella había cambiado mucho en aquellos cuatro años, él no tanto. No había mucho más que pudiesen hacer al respecto.

La noticia de su ruptura se extendió por internet a una velocidad vertiginosa, y miles de corazones se rompieron al ver como su referente de «amor verdadero» se resquebrajaba. Entre todos esos corazones, estaba también el de su buena amiga Ame.

—¡Venga ya! Eso no hay quien se lo trague. Corta el rollo y confiesa de una vez —dijo Rosita, cerrando su libro de golpe y dejándolo a un lado. No tenía sentido seguir engañándose. No iban a tener una tarde productiva—. ¿Por qué lo dejasteis? ¿Quién le puso los cuernos a quién?

—¡Nadie! ¿Por qué todo el mundo siempre supone que hay una tercera persona implicada?

Los rumores y los intentos de explicar una ruptura que nadie vio venir se propagaron casi a la vez que la noticia. A pesar de las numerosas y variadas versiones, de los mensajes de ánimo y de la preocupación de centenares de desconocidos, nadie había logrado dar en el clavo. Sabele se sintió algo decepcionada, creyó que alguien la comprendería. ¿De verdad todavía hay alguien que crea que el amor puede ser eterno, que la chispa nunca va a desaparecer? En las novelas románticas, la chica inocente y callada de dieciséis años siempre se enamora perdidamente del chico misterioso de mandíbula definida y ojos verdes, pero nunca te cuentan qué pasa cuando esa chica cumple veintiuno y está cansada de sentirse como una niña pequeña a su lado.

—No sé lo que piensa el resto del mundo, pero nosotras somos tus amigas. Nos puedes contar la verdad —insistió Rosita.

—Por última vez, no hay cuernos.

—¿Y por qué lo has hecho entonces? —replicó Ame, que casi se lo tomaba como una afrenta personal.

«Ni que te hubiese dejado a ti», pensó Sabele ante la indignación de su amiga.

—No teníamos muchos motivos para seguir juntos más allá de la inercia. Una relación así no es muy sostenible. Prefiero tenerlo como amigo.

A Sabele no le bastaban ni la perfección ni la comodidad, ella quería más. Quería el peso ineludible de la gravedad, de un amor del que no quisiese huir, de una persona a su lado que le recordase que era fuerte y valiente, pero que estuviese dispuesto a ofrecerle su ayuda si se la pedía y a dejarse ayudar por ella si lo necesitaba. Porque, si lo que podía esperarse del amor verdadero era lo que ella había sentido en los últimos meses que pasó junto a Cal... Bueno, eso sería una gran decepción.

Tal vez se equivocase, como sugerían las expresiones anonadadas de sus amigas. Puede que lo que buscaba no existiese, pero no podía soportar esa vocecilla constante en su cabeza que no dejaba de repetirle que había algo mejor ahí fuera, algo que podría hacer que se sintiese como la persona que era y no como lo que ya había dejado de ser hacía tiempo, como una chica «perfecta» que no podía permitirse el lujo de tener ningún defecto. Podría haberles hecho caso y conformarse con lo que tenía, que era mucho más de lo que encontraban la mayoría de las personas, pero sabía que eso la habría convertido en una egoísta.

Cal era una buena persona; él también merecía algo más, alguien que tuviese claro si quería o no estar a su lado.

No había tenido más remedio que romperle el corazón. Mirarle a los ojos y ver la verdad cayéndole encima fue lo más duro, pero cuando todo terminó, se sintió tan liviana y libre como cuando tenía quince años y salía a la plaza a comer helado en pleno verano.

—¿Inercia? ¡¿Amigo?! —Rosita alzó las cejas sorprendida—. A ver... cariño, llevas mucho tiempo fuera del mercado y no sé qué crees que vas a encontrar en internet. —Se acercó a ella para mirarla fijamente a los ojos—. No hay muchos tíos como Cal ahí, ¿sabes?

—¿Tú no deberías estar de mi parte?

—¡Lo estaba cuando creía que el muy lerdo había hecho algo para merecérselo! En fin, yo no voy a decirte lo que tienes que hacer, pero... a ver, Cal... —Rosita se mordió el labio y cerró los ojos con intencionada lascivia a modo de explicación.

—No seas superficial —protestó Ame de nuevo, acurrucándose bajo una manta de colorines, como si el mundo exterior fuese demasiado inhóspito para ella—. Lo importante no es eso, lo importante es... que teníais algo.

—Sí, una historia que se ha acabado. Punto. —Sabele apartó su cuaderno, harta de dar explicaciones, y se estiró hasta alcanzar su móvil en la mesilla de noche.

Desconectó el altavoz, desde el que hasta hacía un segundo emanaba la voz de Lorde, lo que las sumió en un brusco silencio. Se sentó con las piernas cruzadas, armada con su teléfono móvil como si de una declaración de intenciones se tratara.

—Y para que quede constancia de que estoy muy segura de lo que hago... voy a hacerme una cuenta en Tinder ahora mismo. —Aunque solo fuese por llevar la contraria.

—Tú misma. Ahí no vas a encontrar al amor de tu vida —sentenció Ame a la vez que se cruzaba de brazos, casi ofendida.

—¿El amor de su vida? ¡Por Morgana! —exclamó Rosita entre risas—. Qué antigua eres...

—No quiero encontrar al «amor de mi vida», Ame. Solo quiero saber cómo es eso de ser una veinteañera soltera, tener unas cuantas citas, ver cómo está la cosa ahí fuera... Nada más. Aunque... ¿cómo estás tan segura de que no se puede encontrar el amor verdadero en internet? Tal vez mi príncipe azul esté a un *match* de distancia.

—Eso ha sonado como el eslogan de web de citas más cutre de la historia. Brujas y príncipes, lo que me faltaba por oír... —dijo Rosita, quien se puso en pie de un salto—. Voy a la cocina a por picoteo, ¿queréis algo?

—Los valores de nuestros antepasados se derrumban y tú te vas a comer... —dijo Ame en su peculiar guerra contra el mundo moderno.

—Habla por tus antepasados, las brujas del Caribe jamás han sido precisamente aficionadas al matrimonio y a la familia tradicional. —Le

guiñó un ojo—. ¿Quieres papeo o no?

—Ya que vas... Trae *marshmallows* —dijo Ame, repentinamente convertida en una dulce niña que no había desobedecido a sus padres jamás.

—Hecho. ¿Y tú, Sabelita, quieres algo?

—Yo quiero que Ame me responda —responde Sabele negando con la cabeza.

—A lo mejor no te gusta lo que tengo que decir...

—Sobreviviré.

—Pues... está bien. Creo que esas cosas son solo para gente desesperada o que solo busca... bueno, ya sabes. Y la verdad es que no creo que quieras relacionarte con ese tipo de gente, ¿no?

—Bueno, a lo mejor yo estoy desesperada y solo quiero... ya sabes. A lo mejor yo soy «ese tipo de gente».

Ame frunció el ceño horrorizada.

—Rosita puede, pero tú no. No se te ha perdido nada ahí, no es romántico —dijo Ame, como si la vida sin romance no tuviese el más mínimo sentido. Sabele conocía demasiado bien a su amiga como para volver a tener ese debate con ella. Si por Ame fuese, todos los seres de la Tierra vivirían felizmente emparejados.

—Hay parejas que se conocieron en Tinder —dijo Sabele; aunque una pareja fuese lo último que buscaba en ese momento, quería demostrarle a su amiga que los prejuicios estaban nublando su juicio.

—¿Conoces a alguna que haya durado?

—Pues hay una chica que tiene una amiga...

—No, leyendas urbanas no, te he preguntado que si tú conoces a alguien —insistió Ame, y Sabele se vio obligada a desviar la mirada.

—No, pero...

—Pues eso —sentenció Ame.

—Pero si nunca has usado internet para ligar, ¿cómo estás tan segura de tener razón?

—Porque la tengo, no hay más. Estas cosas no funcionan así. El amor no se encuentra al final de una noche de borrachera o en una *app* de ligoteo. Eres bruja, deberías saberlo; el amor necesita magia para ocurrir.

—Has visto demasiadas películas —dijo Rosita, que acababa de volver

a la habitación cargada con todo tipo de bolsas de comida basura.

Lanzó un paquete de *marshmallows* a Ame, que lo atrapo en el aire, lo abrió y comenzó a masticar las nubes de azúcar con la misma delicadeza con la que hacía todo. Sabele, que era más dada a los zumos de apio y manzana, se abstuvo.

—Soy bruja como la que más, pero el amor no es magia, es estadística —se defendió Sabele.

El gesto de exasperación con el que Ame recibió aquellas palabras fue suficiente para dejar clara su opinión al respecto. ¿Estadística y amor en la misma frase? No, gracias.

—Piénsalo —continuó Sabele sin que nadie se lo pidiera, en un vano intento de persuadirla con sus argumentos. Para Ame, el amor tan solo podía sentirse, nunca razonarse o explicarse, y mucho menos *pensarse*—. Imagínate que somos compatibles con, qué sé yo, supongo que depende del nivel de exigencia... Vamos a decir que podemos serlo con una de cada mil personas, por ponernos exquisitas. Pues solo tienes que ver todos los perfiles y, tarde o temprano, encontrarás a alguien de quien enamorarte.

Rosita se echó a reír con la boca llena de patatas fritas de bolsa.

—Eso son muchas horas en Tinder, maja. Yo que tú diría uno de cada diez o vas a tardar más años en tener una cita que Ame en encontrar marido.

—¡Oye! —Ame suspiró—. Ni diez ni mil. Solo hay una persona especial para cada uno en este mundo, por eso se habla de almas gemelas, no de almas trillizas o cuatrillizas.

—Gracias por la aclaración, Ame —dijo Rosita, y su amiga respondió sacándole la lengua.

—Búrlate todo lo que quieras, pero es la verdad. Todos estamos unidos a otra alma humana por un...

—Hilo rojo del destino —recitaron Sabele y Rosita al unísono.

—¡Chispa! —exclamó Rosita, y Sabele cerró los labios a cal y canto.

Tal vez los menos supersticiosos, o en general, cualquiera con más de seis años, den por hecho que ignorar las normas de este, en apariencia, inofensivo juego (que consiste en que al decir lo mismo a la vez, una de las dos personas obliga a la otra a callar hasta que alguien diga su nombre con solo exclamar ¡chispa!), carece de consecuencias. Una bruja, en cambio,

conoce de sobra el poder de su maldición.

—Pues sí, un hilo rojo del destino cuyos extremos se atan a los dedos meñiques de quienes están destinados a conocerse. No importan las decisiones que tomen en sus vidas, dan igual las suertes y desdichas que padezcan en el camino, porque tarde o temprano, acabaran por encontrarse. Es imposible luchar contra el destino. —Ame se cruzó de brazos, decidida.

De haber podido hablar, Sabele le habría recitado la lista de motivos por la que ese mito del folklore japonés era una paparrucha, así que quizá su mutismo temporal fuese lo mejor para todas. Lo último que necesitaba después de una ruptura amorosa era perder una amiga por bocazas. Aunque Rosita se encargó de resumir la idea principal sin reparos.

—Un cuento precioso.

—¡No es un cuento! —Ame apretó los puños y, por un instante, Sabele temió que fuese a lanzarle un maleficio, a pesar de que la magia de Ame era la más blanca y pura que jamás había conocido.

—Vale, vale. Tranquila. El hilo rojo es real, y el ratoncito Pérez, y los Reyes Magos... son todos reales. No es necesario que te alteres.

—Os lo demostraré, a ti y a Sabele, brujas de poca fe. —Al oír su nombre, Sabele sintió un calambre recorriendo su espalda y supo que estaba libre del hechizo que le impedía hablar—. Os voy a demostrar a las dos que el amor verdadero existe y que no está en una *app* de ligue.

Sus grandes y rasgados ojos negros se clavaron en Sabele, tan oscuros como buenas sus intenciones, cargados de una determinación que no admitía frenos, excusas o retrasos. Sabele se ajustó las finas gafas metálicas sobre el fino puente de su naricilla de muñeca a modo de preparación para lo que fuera que estuviese a punto de ocurrir.

—Adelante.

¿Qué era lo peor que podía pasar?



En la primavera del 2017, Madrid era aún una ciudad sumida en una perpetua vigilia. Sus calles nunca dormían y las farolas que alumbraban la noche desconocían el descanso y la tranquilidad en una ciudad que no se permitía a sí misma un solo segundo de silencio. A pesar de la energía vibrante que se respiraba en el aire madrileño, no eran muchas las personas que se reunían en un céntrico garito de *rock* a las once de la noche de un domingo. La mayoría de ellas no eran precisamente el tipo de gente en la que uno aspira a convertirse, sino individuos que no tienen otro lugar mejor en el que estar que un antro húmedo que no pasaría una inspección de sanidad ni con el soborno más jugoso del mundo.

Pero seamos más concretos. La escena que nos interesa no se produjo en un garito cualquiera, sino en este en particular: sus paredes habían sido pintadas décadas atrás de un negro que se había desvanecido hasta convertirse en un ambiguo marrón grisáceo; las mesas, sillas y estanterías eran de la misma madera desgastada que los estantes sobre los que se desplegaba una variada colección de botellas de alcohol que contenían en realidad un garrafón indigesto; la barra había estado pringosa durante los

últimos tres años y el escenario al fondo del bar era en realidad una tarima mal ensamblada. Sobre él, tres jóvenes desmontaban sus equipos y recogían sus instrumentos, cables y altavoces.

Dentro de lo que cabía no fue una mala noche para The Finnegans. La pista había estado casi llena, aunque el local no era precisamente grande, y les iban a pagar nada menos que un diez por cierto de las consumiciones de la noche. Lo cual, teniendo en cuenta que habían sido casi todas de sus familiares y amigos, no suponía gran cosa, pero a ellos, jóvenes y llenos de sueños, les bastaba para satisfacer la voz interior que les decía «es un comienzo». Sí, habría sido más fácil pedirles el dinero a sus padres sin intermediarios. Sin embargo, cualquiera que haya sido músico independiente en una ciudad española sabe que para conservar la cordura es preciso mantener la calma, sentirse agradecido por cada nueva oportunidad y, ante todo, tratar de ver siempre el lado positivo de las cosas.

—Estas de broma, ¿no? Es la mayor estupidez que he oído en mi vida. ¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó el guitarrista de la banda, atrayendo las desganadas miradas de los pocos clientes que quedaban, demasiado preocupados por llegar al fondo de sus copas como para prestarles atención a un par de críos que jugaban a ser estrellas del *rock*.

—Hemos recibido una buena oferta —intentó explicar Jean, el cantante y bajista de ojos tiernos y voz angelical que lograba atraer al ochenta por ciento de sus contados fans a cada concierto. Mientras tanto, el batería de The Finnegans se limitaba a recoger, dispuesto a fingir que la cosa no iba con él tanto tiempo como le fuera posible. Luc tenía una bien merecida fama de dramático—. Y la hemos aceptado. No te lo tomes como algo personal.

—¿Que no me lo tome como algo personal? No puedo no tomármelo como algo personal. ¿Sabes cuánto tiempo y energía he invertido en Los Finnegans? ¡Esta banda es mi vida!

—Ya... igual deberías replantearte eso —dijo el batería, de rodillas junto al bombo.

Lo que pretendía ser un murmullo acabó oyéndose sin problemas por toda la sala. El muchacho se sonrojó al ver como el ceño fruncido de Luc volcaba su frustración sobre él, sin embargo, no se arrepentía de lo que

había dicho y lo demostró sosteniendo la mirada de rabia desbordante del que había sido su compañero hasta hacía cinco minutos.

Tras unos tensos segundos, fue Luc el que rompió el contacto visual.

—¿Es eso lo que pensáis? —Escrutó a Jean de pies a cabeza—. ¿Tú también? —El silencio de su amigo bastó para confirmar sus peores sospechas.

Que los desconocidos dudasen de su valía le era indiferente, el escepticismo del batería resultaba un tanto irritante, pero soportable, pero que el que había sido su mejor amigo desde el instituto, su confidente, el único que estuvo a su lado durante los terribles años que fueron su adolescencia, su segundo de abordo, su amigo del alma, hubiese dejado de creer en él, le rompió el corazón en mil pedazos; tanto que dudó que en algún momento pudiera volver a recomponerlo. Su pecho se acababa de convertir en un rompecabezas sin solución.

—Eso es lo que pensáis —dijo, y esta vez no era una pregunta—. ¡Pues marchaos! ¡Largaos con ese nuevo grupo tan maravilloso a vender discos de mierda! ¡No os necesito! —Sus gritos atrajeron de nuevo la atención de la clientela habitual del local, que al mirar vieron a un joven delgado que agitaba las manos en el aire instando a sus excompañeros a desaparecer de su vista—. ¡Largo!

El batería acabó de guardar su equipo a la carrera, se puso en pie, se echó la mochila al hombro y aceleró hacia la salida, agarrando a Jean del brazo para llevárselo consigo antes de que la cosa se les fuese de las manos. El cantante le lanzó una última mirada cargada de remordimiento a su amigo, pero él ya no estaba mirando. Luc se sentó al borde del escenario y enterró el rostro entre sus largos y huesudos dedos.

Acababa de perderlo todo salvo su guitarra; a su amigo, su banda, el motivo por el que lograba salir de la cama cada día. Ya no era nadie. No, peor aún. Era un cantautor.

«No», se dijo. De ninguna manera. Jamás.

Había miles de músicos en la ciudad, ya encontraría a otros más razonables, otros que fuesen capaces de comprender su visión. Era una cuestión de estadística. «Ellos se lo pierden. Se arrepentirán. Un día volverán a llorarme, a pedirme que les eleve junto a mí a la fama, que

comparta mi gloria con ellos».

La escena que había imaginado un millar de veces volvió a tomar forma en su mente, tan tangible que a veces olvidaba que era pura fantasía. Allí estaba él, vestido con un elegante traje nuevo que le habría regalado algún diseñador de alta costura (seguramente Gucci) y detenido frente a un micro, con un cigarrillo en la boca al que daba una larga calada antes de dejarlo caer.

«Hoy vamos a tocar una nueva canción», susurraba al micrófono, y los millares de personas que desbordaban el estadio enloquecían en un clamor colectivo. Se sentían privilegiados solo por poder estar allí grabándole con sus móviles, en cambio, para él, era mera rutina.

Había vivido aquel momento cientos de veces, pero en esta ocasión, el guión era algo distinto. «Quiero dedicar este tema a mis antiguos compañeros de The Finnegans. Sin vuestro rechazo, jamás habría encontrado la inspiración para componer mi primer disco y vender millones de copias en todo el mundo».

—Chico, ¿te encuentras bien? —dijo una voz ronca sacándole de su fantasía.

Luc alzó la vista y se chocó de bruces con los ojos saltones del dueño del bar, un *heavy* venido a menos que seguía viviendo a expensas de los viejos tiempos y que seguramente seguía pensando que estaban en el año 1986, porque parecía que no se hubiese cambiado de ropa desde entonces.

«Por favor, Señor, no me dejes acabar así», suplicó a un dios en el que no creía del todo, a pesar de la fina cruz de oro que colgaba de su cuello, un regalo de su madre que llevaba más por costumbre que otra cosa. Lo peor de todo era que, pasado de moda o no, el tipo parecía mucho más satisfecho con la vida que él.

Luc asintió y se acercó a la barra, arrastrando sus mocasines por el suelo pringoso. Se dejó caer sobre el taburete y estudió a sus nuevos colegas de barra. «No me dejes acabar así», insistió. Por fortuna para su salud, no se percató de que *ya* había acabado así, sin embargo, al contrario que aquellos pobres hombres de cuerpo maltratado y almas tristes, él aún tenía tiempo para enmendarlo. Por desgracia, tampoco reparó en ello.

—¿Qué te pongo, chaval? —El dueño le señaló con el dedo y adoptó

una pose severa—. Serás mayor de edad, espero.

Luc suspiró y asintió con desgana. Estaba a punto de cumplir los veinte años, ¿cuándo iban a dejar de tomarle por un adolescente? Él no tenía la culpa de tener la masa muscular de un niño de diez años. Lo que más le irritó fue el modo condescendiente que utilizó el dueño, como si diese por hecho que le estaba mintiendo. Al menos no le había pedido el DNI.

—Jäger —dijo sin siquiera dudarlo, necesitaba algo que le subiese de prisa.

—Un mal día, ¿eh?

«Y que lo digas», pensó. El hombre le sirvió un chupito del oscuro líquido negro y le dejó a solas con sus tormentos. No cabía duda de que, pese al declive de su negocio, era todo un profesional.

Luc se dispuso a embotar sus pensamientos y a hacer desaparecer los recuerdos de aquella noche gracias a cantidades ingentes de alcohol en sangre; sin embargo, un repentino bullicio le interrumpió justo antes de llevarse el vaso a la boca.

—¡Ya te he dicho que no sé nada! ¡Nada! ¿Me oyes? ¡Olvídame! ¿Es que quieres meterme en problemas?

El joven músico miró a su alrededor en busca del origen de aquellos gritos sin éxito. Comprobó, en cambio, que ninguno de los presentes parecía reparar en el alboroto. «Pues sí que están cocidos», pensó. No se le había ocurrido pensar que, quizá, el motivo de su indiferencia fuese que el único que podía oírlos era él.

—Vamos, amigo —dijo una segunda persona.

Luc se puso alerta como un perro de caza ante el olor de la presa, aunque se sintiese más bien al revés. Era la voz de su hermana.

—Si alguien sabe de qué va todo esto, esa persona eres tú. «Nada ocurre en este barrio sin que yo me entere», ¿recuerdas? Es lo que siempre dices. Pues en este barrio, en tu barrio, ha habido una brecha durante al menos tres horas.

A la vez que su hermana aparecía en lo alto de las escaleras que llevaban a la salida trasera del garito, agitando un extraño aparato en el aire, un fantasma de éter perlado y semitransparente surgió de la nada atravesando el pringoso techo del local.

Luc tenía dos claros talentos que le distinguían de la gran mayoría de los mortales, y solo se sentía orgulloso de uno de ellos. La música había llenado su vida de sentido y de noches memorables, le había proporcionado consuelo en los momentos difíciles y había sido el marco de muchos de sus mejores recuerdos. En cuanto a la habilidad heredada de su familia paterna de percibir los estímulos sobrenaturales... Era una cuestión problemática que procuraba ignorar en la medida de lo posible. Por desgracia, su hermana tenía la mala costumbre de recordárselo siempre que podía.

El fantasma tenía pinta de haber muerto durante los setenta, probablemente de sobredosis o en una pelea nocturna en la salida de un bar, sospechó Luc. Sintió una punzada de admiración y reconocimiento. Luc tenía muchas ideas erróneas sobre lo que significaba ser un artista.

Acostumbrado a ser invisible, el fantasma continuó con la conversación, ajeno a la mirada de su nuevo admirador. Leticia bajó el tono a medida que se acercaba a la muchedumbre; no quería que la viesen y pensasen que estaba hablando sola.

—Sí, me entero de los chismorreos, pero eso sobre lo que me preguntas va más allá de unas simples habladurías.

—Precisamente por eso... —Su hermana enmudeció.

La joven, unos cuantos años mayor que él, igual de alta y con su mismo cabello de color miel oscuro, empalideció al verle casi tanto como lo hizo su hermano. Los dos habían sido sorprendidos haciendo algo que no debían. Luc tenía claro de qué era culpable, en cuanto a su hermana... se preguntó qué estaría tramando esta vez.

—¿Leticia?

—¡Lucas! ¿Qué haces aquí a estas horas? —Su mirada se desvió hacia el chupito en la barra—. ¿Bebiendo otra vez? ¿Un domingo?

Luc puso los ojos en blanco, exasperado. Odiaba que le llamasen por su nombre completo. Llevaba años presentándose ante todo el mundo como Luc y, aun así, su familia seguía empeñada en ignorar sus deseos. Luc era un nombre sencillo de recordar, monosilábico, requería menos esfuerzo. Se lo había puesto fácil, ¿a qué venía ese empeño en complicarse la vida? Otra de las muchas cosas que odiaba era que le pidiesen explicaciones. Era mayorcito para hacer lo que le viniese en gana.

—¿Qué haces *tú* aquí? ¿Estás trabajando para la Guardia otra vez? ¿Un domingo?

—Yo me largo de aquí... —masculló el fantasma.

La indiscreción de Luc solía tener ese efecto.

—Seguiremos hablando de esto —le advirtió Leticia mientras el fantasma se sumergía bajo el suelo como si le hubiese abandonado la fuerza de la gravedad.



—¿E s todo esto realmente necesario? —preguntó Rosita desde el sofá mientras Ame prendía los inciensos que había distribuido en el centro del salón con una meticulosidad escalofriante.

—Sabes que mi magia es delicada, necesita un ambiente agradable. Los preparativos son fundamentales.

—No. Me refería a todo esto. —Dibujó un círculo en el aire con los brazos—. Este hechizo, experimento... como quieras llamarlo.

Ame, vestida con un kimono blanco atado con un lazo granate, dio media vuelta hacia ella, sonrió y se encogió de hombros con su habitual aire de niña buena. Sabele no pudo evitar acordarse de esas fotos que les había enseñado en una ocasión, en las que Ame aparecía presumiendo de su primer traje tradicional frente a un templo de su Nagoya natal. Con solo cinco años, Ame ya sentía debilidad por las telas coloridas.

—Es necesario para demostraros que tengo razón y que vosotras os equivocáis, ni más, ni menos. ¿Qué hora es, Sabele?

—Quedan diez minutos para la medianoche —dijo la aludida, que se había sentado en una de las sillas plegables de colores que daban vida al

pequeño cuarto y observaba a Ame con una mezcla de curiosidad, admiración y cierta pereza. Siempre era un placer ver a su amiga trabajar con ese esmero y delicadeza típico de las brujas niponas, pero no tenía demasiada fe en su experimento.

—Perfecto —dijo Ame antes de sentarse de rodillas frente al pequeño altar.

Sobre él había depositado una multitud de objetos dispares que incluían un peine de Sabele, dos velas rojas y un cuenco de agua colocado sobre un hornillo eléctrico que le restaba romanticismo a la escena. El líquido, aromatizado con la esencia de alguna flor que Sabele no alcanzó a reconocer, desprendía un vapor ligeramente rosado sin llegar al punto de ebullición (cualquiera que lo creyese imposible, obviamente no era una bruja).

—Vale... —dijo Ame revisando por última vez la puesta en escena.

En Japón, las brujas solo empleaban sus dones en ocasiones especiales, así que se aseguraban de convertir el evento en algo digno de admiración. En realidad, el verdadero poder de una hechicera no provenía de inciensos ni altares, sino de la fuerza de los elementos, la de las palabras y la de los símbolos con la que pedían sus favores.

—Creo que ya está todo. Sabele, ven, siéntate frente a mí.

—Esto es ridículo —masculló Rosita al ver que Sabele se ponía de pie y caminaba hasta detenerse frente a Ame para después sentarse en la misma postura que ella—. De Ame me lo podía ver venir, pero de ti... —dijo negando con la cabeza mientras miraba a su amiga—. De ti me esperaba más.

—¡Oye! ¿De mí no te esperabas más? —protestó Ame.

—Pues en este aspecto no. Antigua, que eres una antigua.

Ame le sacó la lengua y Sabele suspiró al verse, como siempre, en medio de otro rifirrafe entre sus dos amigas, que a veces parecían dos chiquillas en lugar de un par de veinteañeras.

—Nadie ha pedido tu opinión. Esto es entre mi mejor amiga y yo —dijo Ame, altiva.

—Mi mejor amiga y tú, querrás decir...

—Chicas, dejadlo estar. Vamos a hacer el hechizo y veremos qué pasa

—dijo Sabele.

—¿Ver qué pasa? —Rosita volvió a la carga—. Con todos los conjuros creados y por crear que hay en el mundo y desperdiciáis vuestra magia para encontrar a... ¡¿un hombre?! ¿En serio? Adiós al test de Bechdel. El feminismo ha muerto.

—¡No seas tan exagerada! —la reprendió Ame.

—Cinco minutos para la medianoche —anunció Sabele, consultando el reloj analógico de la pared.

Cualquier bruja de más de tres años sabía que los momentos en los que el poder de la magia se magnificaba eran el mediodía, la medianoche y el instante exacto en el que el sol se ponía o se alzaba. Cuatro fugaces instantes en los que la naturaleza y el poder de la vida se mostraban más dispuestos a colaborar.

Rosita mostró su rendición sentándose en el sofá y limitándose a observar y esperar en silencio el momento en el que pudiese decir «¿Veis? Os dije que esto era una estupidez».

—Creo que podemos comenzar —dijo Ame, mirándola fijamente. Sus manos temblaban de una forma casi inapreciable, como cada vez que se disponía a realizar un hechizo.

—Estás preciosa de blanco, Ame —dijo Sabele—. Te da muchísima luz y un aire de bruja sabia.

Ame se sonrojó y sonrió sin mostrar sus pequeños y perfectos dienteitos. Como si nada de lo anterior hubiese ocurrido, Ame cogió aire, cerró los ojos y, cuando terminó de exhalar, su semblante se había transformado por completo y el temblor de sus extremidades había desaparecido, convirtiéndose en pura firmeza.

—Extiende las manos sobre el cuenco —ordenó con absoluta rigurosidad mientras comenzaba a pronunciar largas frases en japonés cuyo significado Sabele desconocía por completo. Sí creyó reconocer palabras sueltas como *ai* (amor), *kokoro* (corazón) y *unmei* (destino); había aprendido sus significados al escucharlas en varias canciones.

Tan menuda e inocente como era, Ame se volvía enorme y fuerte cuando invocaba el poder de la magia.

Ante el estupor de sus dos compañeras de piso, Ame desenfundó el

tanto que portaba entre la tela granate y el kimono, sostuvo la funda con una mano y la daga, similar a una catana corta, con la otra. Con un movimiento certero, veloz y cargado de energía realizó un diminuto corte en la punta del dedo de Sabele, quien creyó que su corazón iba a salir despedido de su pecho y a dejarla con un agujero abierto en mitad del torso del susto, lo suficientemente profundo como para que unas cuantas gotas de sangre rodasen por la base de su mano hasta caer en el cuenco.

—Lo que el destino ha unido, no lo podrán separar sus siervos —murmuró con los ojos cerrados—. Y ahora... a esperar.

—¿Ya está? —dijo Rosita—. ¿Te vistes de gala y casi le cercenas un dedo para que ahora tengamos que «esperar»? Esperaba algo más... no sé, impresionante.

—Chicas, ¿me podríais traer... algo para limpiarme? —pidió Sabele. Era habitual emplear la sangre como fuente de vida en los hechizos, pero no había esperado que también fuese necesario en hechizos como *ese*, y no quería mancharse el pijama recién lavado.

—¿Debí avisarte? Pensé que si lo sabías sufrirías más por la anticipación que por el corte. Es un arañacito de nada... —dijo Ame.

—Qué detalle por tu parte —dijo Rosita, que se levantó para ir al cuarto de baño y volver a la carrera con una toalla que le tendió a su amiga—. Un arañacito de nada que le está haciendo sangrar como si fuera un cerdo. He visto rituales de magia negra menos sangrientos que este.

—Tengo que admitir que ha sido un tanto anticlimático... —dijo Ame, pensativa—. Pero funcionará, ya lo veréis.

Sabele no quiso decepcionar a su amiga, pero tenía la sensación de que Rosita estaba en lo cierto. No habían hecho nada más que perder el tiempo y, en su caso, unas cuantas gotas de sangre. El amor de su vida no iba a llamar a la puerta por sorpresa aquella noche como si se tratase de una *pizza* a domicilio. Una cosa es que creyese en el amor y otra muy distinta que después de salir de una relación tan larga le apeteciese involucrarse emocionalmente con alguien. Necesitaba un tiempo sola para reencontrarse consigo misma y todas esas cosas que se dicen cuando una vuelve a estar soltera. Y sin embargo, le invadió una honda tristeza, una de la peor calaña, de esas que no se perciben en la sonrisa o la mirada, pero que se aterran a

las entrañas por ningún motivo en particular y por todo a la vez.

—Señoritas —dijo Rosita—. Ha sido un placer jugar con vosotras, pero yo me voy a la cama, que mañana madrugo para ir al trabajo, no como otras.

—Bruja de poca fe —replicó Ame—. Espera y verás.

Sobre la mesa del comedor, el móvil de Sabele vibró una única vez. Las tres jóvenes intercambiaron miradas inquisitivas. Incluso Rosita parecía alerta ante la posibilidad de que... No, no podía ser. Sus dos amigas clavaban la vista en ella, expectantes.

—Seguro que solo es un correo de *spam* o algo así.

—O no... —dijo Ame con una sonrisa maquiavélica.

—Ve a comprobarlo —la animó Rosita, cuyo escepticismo comenzaba a flaquear.

Sabele se levantó con aquel nudo en el estómago que le repetía una y otra vez que no pasaba nada, mientras que una palpitación en su pecho se preguntaba, osada, «¿y si?».

Desbloqueó la pantalla del móvil y sintió un golpe del universo agitando su cuerpo de pies a cabeza, golpeando sus entrañas sin piedad. No podía ser.

—Es un *match*. Un *match* de Tinder.

—¡Oh, vaya! —dijo Rosita con una carcajada que le sirvió para liberar la tensión acumulada. Ya podía volver a adoptar esa actitud cínica tan suya—. Ya ves tú. Un *match*. Cuidado, Sabele, que a lo mejor es «el amor de tu vida». —Se echó a reír ante la expresión desconsolada de Ame—. ¡Oh, Ame! —La abrazó—. Hay cosas que ni siquiera nosotras podemos hacer. No te desanimes.

—No —la interrumpió Sabele, que apenas podía despegar la vista de la pantalla del teléfono—. No lo entiendes. Yo no le he dado ningún *like* a nadie. Solo he creado el perfil. No puedo tener un *match* sin haber usado la *app*. No tengo ni la menor idea de dónde ha salido este chico.

Observó la pantalla anonadada, preguntándose quién demonios era aquel chaval de facciones huesudas y gesto distante que evitaba mirar a cámara mientras le sacaban la foto.



Su hermana caminó hacia él con el ceño fruncido y se sentó en un taburete mugriento a su lado. Luc creyó que se disponía a interrogarle cuando la joven alzó la mano en dirección al dueño.

—¡Otro chupito aquí cuando puedas! —exclamó, elevando su voz por encima de la música y ante la estupefacción de su hermano menor.

—¿Desde cuándo bebes chupitos? —Luc arqueó la ceja incrédulo.

—¿Acaso pensabas que tu predisposición al alcoholismo apareció de la nada? Procuero no abusar de los chupitos porque no quiero acabar como papá, que pretende hacernos creer que tomar un par de copas de *whisky* todos los días antes de dormir es «lo normal».

El dueño se disponía a servirle cuando ella le interrumpió.

—Sabe qué, mejor deje la botella. Después de todo, no estoy de servicio, solo haciendo horas extra que nadie me ha pedido —suspiró. Parecía agotada.

Luc no daba crédito a lo que veían sus ojos. Los siete años de diferencia que le separaban de su hermana habían hecho que nunca compartiesen amistades, aficiones o gustos. Pero eso no significaba que no estuviesen

unidos; nunca habían jugado a las cocinitas o a los coches de carreras juntos, pero su hermana le había acompañado al cine y a conciertos de sus grupos favoritos cuando era demasiado pequeño como para ir solo. Sin embargo, siempre parecían estar en fases distintas de sus vidas.

Cuando Luc fue a su primer botellón, su hermana estaba terminando la carrera y adoptando la vida de «adulta responsable», así que esa era la primera vez que veía a Leticia beber algo que no fuese cerveza o vino, y sintió, aunque jamás lo reconocería en voz alta, una especie de extraño orgullo al verla vaciar el chupito de un trago limpio que ni siquiera le hizo parpadear.

Leticia volvió a llenar el vaso sin contemplaciones.

Ahí estaba su único modelo positivo de la infancia, precipitándose en el abismo. En el fondo, le complacía que Leticia no fuese tan perfecta como su padre parecía creer. Por primera vez, ambos se encontraban en la misma página: ninguno de los dos sabía a ciencia cierta qué estaba haciendo con su vida.

—Un mal día, ¿eh? —preguntó Luc, repitiendo lo que momentos antes le había dicho el barman.

—Horrible. Así que hazme un favor y no les cuentes nada de esto a papá y mamá.

—¿El qué, que sigues trabajando para la Guardia y no en un pequeño bufete de abogados como les has hecho creer?

Leticia le miró desafiante, sujetando la botella con una mano y el vaso con la otra.

—Exacto. Y si te portas bien, yo no les contaré que no estás trabajando en Starbucks por las noches, sino tocando en tugurios con tu banda... —contraatacó mientras señalaba la funda de la guitarra a sus pies— y bebiendo a solas.

—En realidad, mi banda acaba de disolverse, así que eso no va a ser un problema —dijo, sin ser capaz de alzar la mirada del vaso mientras confesaba sus vergüenzas.

Su hermana apretó los labios con lástima y dudó antes de apoyar la mano sobre su hombro a modo de apoyo fraternal, ese que dice «quizá no siempre te entienda, ni sepa cómo ayudarte, a veces incluso te odio, pero,

pase lo que pase, estoy aquí». Muy a su pesar, Luc lo agradeció.

—Lo siento.

Vaciaron sus vasos al unísono, de golpe y sin pensárselo. Luc sintió aquel familiar regusto a regaliz en el paladar y el ardor del tóxico líquido quemando su garganta al caer. Unos cuantos más de aquellos y sus preocupaciones serían vagos recuerdos de otra vida.

—Bah —dijo haciendo un aspaviento con la mano—. No te preocupes, ya se arrepentirán y volverán cuando sea tarde y yo una celebridad. —Se encogió de hombros. Lo creía, realmente lo creía. Tenía que hacerlo. Fue a servirse otro chupito, pero su hermana le alejó la botella.

—¿Sabes? No hace falta que te pases el día bebiendo para ser un buen músico y escribir buenas canciones. Eso son cosas de la tele y de Hollywood.

—Chorradas... Claro que hace falta —dijo. ¿Cómo y sobre qué iba a escribir si no? Pero no esperaba que su hermana, la señorita matrícula de honor, pudiese entenderlo—. ¿Y qué ha pasado contigo? ¿Desde cuándo le mientes a papá?

Leticia suspiró.

—De verdad que lo intenté, Luc. Intenté trabajar en ese estúpido bufete, pero... No puedo evitarlo —dijo mientras se servía el tercer chupito.

—Eh, a mí no me tienes que explicar nada.

Ninguno de los dos podía presumir de haber cumplido con las expectativas que tenían sus padres en mente para ellos. Si al menos alguno de los dos hermanos hubiese encauzado su camino hacia un sendero que ellos pudiesen considerar respetable, podrían dejarlo estar, asumir que, a veces, el tremendo esfuerzo de un padre no es suficiente, y concentrarse así en el hijo «vencedor»; pero algún día saldrían de su engaño y se percatarían de que su prole era realmente un desastre e incapaz de llevar la vida que ellos querrían que llevarsen. Ya les tocaría dar explicaciones algún día. Mientras tanto, podían seguir intentando ser felices a su manera.

A modo de recompensa por haber sido un buen chico y no hacer preguntas inapropiadas, Leticia se giró para llenar también su vaso.

—Este es el último, ¿vale? Que si no acabarás llamando a tu ex, y eso es lo último que queremos. No es por nada, pero Martina era, ya sabes, un

poquito...

—De un poquito nada. Era mucho, *demasiado*. No pienso llamarla ni aunque me beba todo lo que hay en esos estantes —le aseguró. De hecho, Martina le seguía dando un poco de miedo. Uno nunca sabía hasta donde podía llegar, y menos aún cuando tenía motivos de sobra para estar cabreada con él.

Leticia apuró su tercer chupito.

—Sí, es verdad. El incidente del bate de *baseball* fue un poco fuerte. — Se echó a reír, consciente de que el Jäger comenzaba a surtir efecto. Luc también notaba como iba sintiéndose más ligero de lo habitual—. ¿Y no te has echado ninguna novia nueva? Con lo guapo que tú eres... —dijo Leticia, apretándole las mejillas hasta sonrosárselas. ¿Guapo? Interesante quizá, pero ni siquiera él, con lo mucho que se esforzaba por adorarse, se hubiese definido como guapo.

—Pues no —dijo, liberándose de los dedos de su hermana.

—Y entonces, ¿sobre qué habla en sus canciones un *rockero* torturado como tú si no es sobre amor, eh? Necesitarás una vida amorosa si quieres que tus letras calen, hermanito.

—¿Quién dice que no tengo vida amorosa?

Los ojos de Leticia brillaron de emoción y apoyó la barbilla sobre sus manos, con cierta dificultad para mantener el equilibrio mientras se apoyaba en la barra.

—Uy, ¿hay algo que deba saber?

—Nada interesante, Tinder y esas cosas... Ya sabes... —Empezaba a costarle mantener la concentración. Debería haber comido algo antes del concierto, o al menos antes de emborracharse. Echarse un farol en estado de embriaguez era fácil, hacerlo de forma coherente... no tanto.

—¡Anda ya! Un chico tan guapo como tú no necesita esas cosas. —Luc ignoraba de dónde venía aquella insistencia de su hermana en repetirle lo guapo que era cada cinco minutos.

—Es... —Se encogió de hombros y, por un instante, el mundo dio vueltas a su alrededor— cómodo.

—¿Sí? —Leticia se giró e hizo una rápida inspección del *pub* con la mirada, como si temiese que estuvieran observándolos. Por supuesto, a

nadie en aquel garito le importaba lo más mínimo lo que fuese a decir, pero el sentido común iba abandonándola más y más a cada minuto—. Oye... ¿y si me enseñas a usarla? Últimamente trabajo muchas horas, y ya sabes que no se me da muy bien la gente. Echo un poco de menos...

—Agh. Calla... —No era capaz de expresarlo en voz alta, pero no sentía ningún deseo de estar al tanto de lo que hacía, o tenía ganas de hacer, su hermana en sus horas libres. Al menos no en ese aspecto—. Agh.

—Enséñame, anda...

—Me temo que no.

Leticia se aferró al brazo de su hermano y comenzó a tirar de él.

—¡Venga! Saca el móvil y queda con alguna chica atrevida. —Se echó a reír—. Así olvidarás a esos malvados músicos que no quieren tocar contigo —dijo muy seria—. Y yo podré quedarme con uno o dos trucos para utilizarla más tarde —dijo mientras me guiñaba un ojo.

—De acuerdo —contestó Luc, repentina e inexplicablemente emocionado con la idea.

Iba a quedar con una chica, no con una cualquiera, por supuesto, sino con una que pareciese una modelo de Victoria's Secret y que escuchase Blur y Radiohead. Si algo había aprendido de sus ídolos era que un buen músico siempre salía con modelos: Alex Turner, Pete Doherty, David Bowie, Mick Jagger, George Harrison... y una lista que se alargaba hasta el infinito.

Lo siguiente que supo es que había sacado su viejo iPhone, resquebrajado en cuatro puntos distintos, del bolsillo del pantalón y que descartaba a desconocidas con un solo movimiento de su dedo a la vez que intentaba explicarle a su hermana la dinámica del juego.

—Si deslizas hacia la izquierda es que no te gusta, hacia la derecha significa que sí. Si ambos deslizáis hacia la derecha, hacéis un *match*.

—Un *match*. Vale. Entendido.

—Y podéis hablar. Porque... os gustáis, ¿sabes? Hay... química.

—Un *match*. Hay química.

Vista desde fuera, la escena era bastante más lamentable de lo que ninguno de los dos podía figurarse dentro del estado de declive transitorio de sus facultades físicas y mentales en el que se hallaban sumidos. En otras

palabras: estaban oficialmente borrachos. Todos los recursos mentales de Luc se volcaban en la aplicación, y la ilusión de poder que Tinder le confería era suficiente para acabar de embriagarle del todo.

—Fea. Fea. Aburrida. Demasiado sonriente. Fea. Aburrida —decía mientras pasaba de un perfil a otro sin piedad—. Fea. Aburrida. Fea. Ha combinado tela vaquera con, oh, sorpresa, más tela vaquera. Los dientes de esta son demasiado blancos. Y esta va de moderna. Fea. Sosa... —Ni siquiera dedicaba más de un segundo a cada perfil, pero incluso borracho le era más fácil exagerar su indiferencia que admitir que la idea de tener que forzar una conversación *Online* con una desconocida le resultaba soporífera.

Pronto, su determinación inicial se esfumó. No le apetecía quedar con ninguna de esas chicas con las que no tenía nada en común. Siendo realista, ¿quién encontraba al amor de su vida en internet? Había probado la *app* un par de veces, pero se había aburrido enseguida. Además, no tenía tiempo para esas tonterías, estaba ocupado con su carrera musical; aunque después de lo de esa noche iba a tener bastante más tiempo libre...

—Vaya, hermanito... qué exigente... —murmuró su hermana con una especie de falsa sonrisa—. Así no vas a encontrar novia. ¿Qué quieres, quedar con Cara Delevingne? La belleza está en el interior... —dijo intentando imitar la melodía de *La bella y la bestia*—, ¡Mira esta! ¿Qué problema tiene esta?

Apareció en la pantalla una joven de aspecto angelical, grandes ojos azules y una frondosa y ondeante melena de un rubio claro y dorado, tan larga que le llegaba por la cintura. Cumplía sin duda todos los requisitos que buscaba Luc. Su rostro era simétrico, su nariz recta y pequeña, su chaqueta vaquera estilo *vintage* estaba personalizada con la imagen de un gato gigante y distintos estampados que delataban que era una especie de pija bohemia con un punto *grunge* noventero, ese que tanto le fascinaba desde que era un crío, y tenía además una sonrisa perfecta (quizá tenía los incisivos demasiado grandes, pero ese también era un rasgo que le atraía). A simple vista, no había ninguna pega que le pudiese poner.

Ante la sugerencia de su hermana, y reconociendo que tenía su parte de razón, le concedió el privilegio que no le había dado a ninguna otra:

tomarse unos minutos para mirar su perfil. Pasó varias de sus fotos y sobreanalizó cada una de ellas en el proceso. La chica rubia («Sabele, 21», según la aplicación) en la playa con unos pantalones vaqueros y un bikini que revelaba su tonificado y delgado cuerpo, la chica rubia en una calle muy transitada con un abrigo largo y unos pantalones negros, la chica rubia haciendo una imposible postura de yoga, la chica rubia curioseando los vinilos en una tienda de segunda mano, la chica rubia leyendo en su casa con su melena recogida en un moño, una sudadera tres tallas más grande y unas finas gafas redondas que le quedaban tan bien como el bikini de hacia un par de fotos.

Era perfecta.

No había ninguna posibilidad de que una chica así le diese *like* a su perfil, y no quería quedar como un pringado delante de su hermana.

—¡Uf! Esas gafas... ¡Siguiente! —exclamó Luc deslizando su dedo hacia la izquierda para descartarla.

Sabele, 21, volvió a aparecer en la pantalla. No debía de haberle dado bien. Volvió a intentarlo y, de nuevo, el perfil de la joven apareció en la pantalla. ¿Qué estaba pasando? «Estúpida tecnología. Odio la tecnología». Esta vez pulsó el aspa roja para asegurarse de que no había un malentendido entre él y su teléfono móvil, sin embargo, Sabele, 21, seguía ahí.

—¿Eso es normal? —preguntó su hermana, poniendo morritos—. Igual es una señal... del universo. —Abrió los ojos de par en par—. ¡Acepta! ¡Dile que sí!

Luc suspiró. Con gafas o sin ellas, tenía que admitir que la chica era una belleza, y parecía llevar una vida mucho más interesante que la suya, a juzgar por sus fotos de viajes y su larga lista de *hobbies*. ¿Qué podía perder por intentarlo, su orgullo? Si no había *match*, ahí se quedaba la cosa, y si le hablaba y resultaba ser una sosa o escuchaba música pop comercial, siempre le quedaba la opción de ignorarla y punto. Había visto suficientes fantasmas en su vida como para saber marcarse un buen *ghosting*.

—Vaaale.

Pulsó el botón verde en la pantalla y una especie de descarga eléctrica le removió por dentro. Luc se sacudió en su asiento como si intentase quitarse una colmena de abejas de encima. «Ugh, ¿qué llevaba ese Jäger?». Leticia

aplaudió y él, sin saberlo, acababa de tomar la que parecía una insignificante decisión que, sin embargo, iba a cambiarle la vida para siempre.



Cal no era el primer nigromante que había cometido el error de enamorarse de una bruja, pero se sentía como si fuese el hombre más desgraciado sobre la faz de la Tierra.

Las brujas, quienes se consideraban a sí mismas hijas de la Diosa y empleaban el poder de la vida, y los nigromantes, heraldos del poder de la muerte, convivían en una frágil paz bajo el amparo de un tratado de apenas unas décadas de antigüedad tras siglos de enemistad. A veces, Cal estaba convencido de que solo el miedo a una nueva guerra y la insistencia de la Guardia, la institución formada por corrientes que se aseguraba de que el mundo mágico permaneciese en paz y armonía, evitaba que volviesen a las viejas andadas de destruirse mutuamente.

Se soportaban, pero no se mezclaban.

A pesar de las diferencias entre las estirpes a las que pertenecían, Sabele y Cal tenían demasiadas cosas en común como para que una mera cuestión política les separase. Habían podido vencer a los prejuicios de sus semejantes, pero, al parecer, no al rutinario paso del tiempo.

Cal llevaba tres días sin salir de su cuarto a pesar de los vagos esfuerzos de sus amigos por emplear su desdicha como excusa para salir de fiesta. Sus

amigos corrientes, por supuesto. Mantener una relación con una bruja le había costado la poca popularidad que tenía entre los nigromantes. Nunca lo había considerado una gran pérdida, pero en las últimas horas, había tenido tiempo de sobra para repasar todos los sacrificios que había aceptado en balde por el bien de aquella relación. Qué estúpido. Él no habría cambiado un solo segundo junto a Sabele por nada en el mundo, pero ¿y ella? ¿Le había querido de verdad alguna vez? Ya no estaba seguro de nada.

Se había ganado un mal nombre entre los suyos: el «amigo de las brujas», le llamaban. Como si no tuviese suficientes problemas familiares, fruto de su actitud hacia la magia. ¿Y todo para qué?

Recibió una alerta en su móvil y se abalanzó sobre él con la esperanza de que fuese Sabele confesándole que se había equivocado y que quería verle cuanto antes. Para su decepción, era otro mensaje en el grupo de WhatsApp de sus colegas del mundillo artístico insistiéndole para que saliese el próximo fin de semana. Uno de ellos, ese típico «amigo» con el que sales solo porque está en el mismo círculo que tú, acababa de enviar un meme de una chica semidesnuda y sonriente con el rótulo «ánimate». En otra ocasión le habría recriminado el gesto, aunque no sirviese de nada, pero no le apetecía hablar con nadie, mucho menos con él.

No tenía ni fuerzas ni ganas para fingir que se divertía, y tampoco le apetecía emborracharse para olvidar. Necesitaba empaparse de su dolor, degustarlo y aprender a vivir con él. Como en todo lo demás, en eso la noche también fue su mejor aliada.

Apenas había probado bocado y casi no pegó ojo en los dos largos días que habían pasado desde que Sabele le dijo que lo suyo había acabado. Acabado. Así, sin más, sin ningún aviso previo, sin mandarle siquiera una señal de advertencia. Si un par de horas antes le hubiesen preguntado por su futuro juntos, habría dicho que, sin duda, acabarían casándose. Habrían sido el primer matrimonio mágico mixto en siglos (el aquelarre de Madrid no tenía ningún reparo en que las brujas se casasen entre sí, la hermandad nigromante, en cambio, estaba plagada de prejuicios al respecto). Era imposible que hubiese podido prever un final como aquel.

Su cuerpo comenzaba a resentirse debido a los castigos que le infligía y, a pesar de ello, ni siquiera ese dolor se comparaba a lo que sentía.

Sabele, la bella y encantadora Sabele. Podría buscar durante sus próximas mil vidas una mujer como ella y sabía que no encontraría a otra igual. Era irremplazable, era perfecta. Durante las primeras horas había permanecido en *shock*, incapaz de procesar la información. Volvió a su casa después de tomar un café con ella, hizo unos cuantos largos en la piscina cubierta, se duchó, se preparó un bocadillo, se tumbó en la cama a leer un rato y, en mitad de un párrafo, que había leído cinco veces sin entender una sola palabra, se echó a llorar.

Desde entonces, había permanecido la mayor parte del tiempo tumbado bocarriba sobre la colcha negra, con la mirada perdida en el techo. De vez en cuando, alguna alocada idea para recuperar a su amada pasaba por su mente y buscaba durante un rato entre sus polvorientos libros de nigromancia en busca de una invocación que pudiera ayudarle o un conjuro capaz de despertar en Sabele los sentimientos que una vez sintió, sentimientos que habían muerto sin que él se diese cuenta. La suerte no estaba de su parte. Si alguno de sus predecesores nigromantes había encontrado la forma de hacer que una persona se enamorase de otra, no estaba entre los libros permitidos por la hermandad. Y si hubiese encontrado el hechizo, jamás se hubiese sentido capaz de llevarlo a cabo, ¿qué sentido habría tenido vivir una mentira, utilizar a Sabele de ese modo? No, si le quería, tenía que ser de verdad.

¿Qué había hecho mal?

Su mente divagaba entre un denso oleaje de recuerdos, intentando identificar sus errores, cuando se incorporó de golpe, con la respiración agitada. Un mal presentimiento que no supo explicar se había apoderado de él, adentrándose en su espíritu como un pellizco dado con malas intenciones.

Él aún no lo sabía, pero una fuerza invisible acababa de sacudir el mundo y le había pasado de largo.



Después de casi una semana de jugar al ratón y el gato, Sabele le había propuesto quedar precisamente en esa cafetería por numerosos motivos. El primero era que le encantaba aquel lugar. El segundo, que desde el edificio blanco en la esquina de la plaza de San Ildefonso casi podía intuir a Ame y a Rosita asomándose a la terraza de su piso de alquiler, que se distinguía de todos los demás por la ristra de amuletos que habían colgado de la barandilla para alejar de su hogar a los malos espíritus y las energías negativas.

Saber que sus amigas estaban a unos cuantos metros de distancia la tranquilizaba. A pesar de ser una bruja, la idea de quedar con un completo desconocido seguía despertando ciertos temores en ella. Estaba haciendo justo lo que desde pequeños se les enseña a todos los niños y niñas que no se debe hacer bajo ninguna circunstancia. Aunque ella no era como todos los demás niños y niñas; si resultaba ser un psicópata o un baboso que se pasaba de la raya, ella podía soltarle un maleficio, uno que se aseguraría de que doliese.

El tercer motivo por el que había escogido un lugar tan cercano a su casa era que una parte de su cerebro seguía insistiéndole en que debería estar preparándose para la prueba de aprendiz de la Dama en lugar de jugando a First Dates. Al menos así no tardaría mucho en ir y volver de la cita. O en huir, si el encuentro resultaba ser un desastre.

Todo estaba pensado. Y aun así, nada iba a salir según sus planes.

Quizá no había sido tan buena idea eso de tentar a la suerte con las *apps* de ligue.

Además, tenía la impresión de que el hechizo de Ame no le había hecho ningún favor eligiendo por ella.

El chico llegaba ya media hora tarde.

Empezaba a dudar que aquel chaval quisiera causarle una buena primera impresión. Seguramente debería haber empezado a sospechar con la forma en la que había iniciado la conversación. Porque la había comenzado él, igual que fue *él* quien durante casi una semana la retomó cada vez que parecía que no quedaba nada más que añadir. Claro, que también era él quien ignoraba sus mensajes durante horas a pesar de haberlos visto y quien evitaba responder a todo tipo de preguntas personales, empezando por «¿Qué tal?». «Es difícil juzgar el carácter de las personas por cómo escriben en internet», se dijo. A lo mejor el chico tenía una vida ajetreada, nada más.

Revisó por enésima vez su móvil para comprobar si se iba a dignar a avisarla de que llegaba tarde. Al parecer, su ligue había optado por sacar a relucir su personalidad pasiva e indiferente precisamente el día de su primera cita.

«Vaya suerte la mía», se dijo Sabele, con la vista clavada en la puerta de la cafetería. Le había dado bien la dirección, ¿verdad? No se había equivocado de día, ni de hora, ¿no? ¿Y si no se presentaba?

Qué triste que tu primera cita en años acabase en plantón. Eran las ocho de la tarde del viernes, como habían convenido, y el local, que a partir de las ocho de la tarde se convertía en un bar, estaba a rebosar de grupos de amigos y parejitas acarameladas. Sabele había pasado numerosas tardes sentada en alguno de los sillones, leyendo, escribiendo en su diario o, simplemente, desconectando un rato del mundo de internet para concentrarse en su taza de café. Siempre se había sentido arropada, bienvenida por las luces cálidas y el rumor continuo de las conversaciones sobre literatura, cine, filosofía y la vida en general. En cambio, aquella noche, el ambiente acogedor se le antojaba hostil.

Se sentía sola. Sola y abandonada hasta tal punto que estuvo a punto de irse corriendo ante el presentimiento de que todos sabían que la habían dejado plantada y de que la estaban juzgando por ello. Una chica tan arreglada y tan mona, sola, en un lugar como ese, un viernes por la noche.

«Bueno, y qué», se dijo. No necesitaba a nadie para pasárselo bien, aunque no era eso lo que le preocupaba. «Podría estar estudiando y ensayando hechizos ahora mismo...», maldijo en sus adentros.

Comprobó la hora en su móvil de nuevo y se aseguró de que ninguno de los mensajes que tenía eran suyos. Decidió darle un ultimátum. *¿Vas a venir o me voy a mi casa?*, le advirtió en un mensaje de WhatsApp que sonó más agresivo de lo que pretendía. No lograba sentirse del todo enfadada, más bien, estaba decepcionada.

Con los hombres, con el mundo y consigo misma por permitirse durante un solo segundo creer en las locas ideas de Ame. El amor verdadero no existía, como solía decir Rosita: «El amor romántico es un invento burgués pensado para evitar que nos rebelemos»; una frase que prácticamente había plagiado de una canción de Fangoria, pero que, en ese momento, le pareció muy cierta.

En realidad no comprendía de dónde surgía la intensidad del sentimiento de decepción. Su intención desde el principio había sido asegurarse de que no era su alma gemela para no tener que vivir con un «y si» pesándole el resto de su vida. Recordó que nada más descargar la aplicación, su primer impulso fue el de borrar su perfil, desinstalar la *app* y fingir que nada había ocurrido cuando él la saludó por primera vez con un *gif* (¿en serio, un *gif*?). Ni Ame ni Rosita se lo permitieron. Una porque estaba convencida de que era el amor de su vida y la otra porque se lo estaba empezando a pasar bien a su costa.

Después de la primera toma de contacto había espiado a fondo su Instagram y había determinado que era lo menos parecido a «su tipo» que había visto en la vida. Eso sí, tenía que admitir que no se le podía acusar de ser un aburrido. «Peculiar» era la palabra que mejor le describía. Claro que, «peculiar» no solía ser el adjetivo con el que una chica describe a alguien con quien le gustaría pasar una noche de pasión desenfrenada, y mucho menos a alguien con quien desearía envejecer. «Peculiar» era un bonito eufemismo.

Así que, en realidad, el tal Luc le había hecho un favor no presentándose. Le había ahorrado tener que rechazarle (suponiendo que no lo hacía él antes, visto lo visto), que era su plan desde el principio. Se recordó por enésima vez que era el momento de trabajar en sí misma. Entonces, ¿por qué le dolía tanto su desinterés? ¿Tan vulnerable era ante el rechazo? Puede que los psicólogos y expertos tuviesen razón con eso de que sacarse demasiadas *selfies* era signo de un ego de magnitud enfermiza.

Su móvil seguía sin recibir mensajes nuevos.

Pasados diez minutos lo dio por perdido y decidió que aún estaba a tiempo de hacer un maratón de series con las chicas o de ponerse un vestido mono y salir a tomar algo. Ya estudiaría el resto del fin de semana. No le apetecía pensar. Ya estaba de pie y con la vieja chaqueta vaquera, que había pertenecido a su madre, a medio poner cuando le vio entrar por la puerta, con el pelo enmarañado y una funda de guitarra a la espalda.

Era tan raro como en las fotos.

Aunque mucho más agraciado, todo hay que decirlo. El chico no era nada fotogénico. La suya era una belleza tan particular como el resto de rasgos que le definían, y saltaba a la vista que era consciente de ello y que se sentía orgulloso. Su

físico no era fuerte y definido como el de Cal, ni poseía una mandíbula marcada y un cuello grueso, sino más bien todo lo contrario. Su aspecto era delicado y su piel pálida, acentuada por su vestimenta oscura, que le confería el aspecto de un caballero inglés de época, de esos que aparecen en las novelas de Jane Austen. Su pelo revuelto y abundante era de un color ambiguo, entre el castaño claro y el rubio oscuro, que le aportaba la inocencia que sus ojeras y su delgadez le restaban. Una ráfaga de viento podría arrastrarle sin problemas hasta la otra punta de la ciudad, quizá por eso sus pasos eran tan ligeros que parecía flotar al andar.

Sabele le observó incrédula mientras recorría con la mirada el local. Tras un rato haciéndole gestos, él por fin pareció percatarse de su presencia. Caminó hacia el rincón junto a la ventana y se inclinó para darle dos besos. Olía a lavanda y a jabón. ¿Qué clase de *rockero* trasnochado huele a flores?

—Ah, aquí estas —dijo. Su voz era más grave de lo que cabría esperar de un cuerpo tan liviano, pero clara como la de un niño—. No veía ninguna cara familiar. Sales muy favorecida en las fotos.

Sabele frunció el ceño. Como si no le ocurriese a todo el mundo. Salvo a él, por supuesto, él era especialito hasta para eso. Sintió una punzada de desdén que decidió pasar por alto, al igual que el comentario.

—Llegas tarde. Muy tarde —le reprochó, a la espera de una buena excusa.

—Ya, bueno. —No parecía preocuparle demasiado—. Perdona, estaba ensayando y he perdido la noción del tiempo.

El chico depositó la funda de la guitarra en el suelo y se sentó frente a ella sin molestarse en quitarse el abrigo, como si tuviera planeado salir huyendo en cualquier momento.

—¿Tienes frío? —preguntó Sabele. Él se encogió de hombros.

Se sumieron en un silencio que no era tan incómodo como cortante. Ella le miraba fijamente, intentando comprender ante qué clase de persona se hallaba. Él desviaba la vista en cualquier dirección con tal de no establecer contacto visual.

—Y... ¿qué tal estás? —dijo ella, resignándose a tomar la iniciativa.

Ya bastante absurda estaba resultando ser la situación para además pasarse toda la velada en silencio. Si iban a tener, la Diosa sabe por qué, una cita, que fuera una cita en condiciones. Aunque quizá mostrar interés por obligación tampoco fuese la mejor forma de comenzar una relación con buen pie.

Él se encogió de hombros, de nuevo.

—Todo lo bien que se puede estar en este sitio... —Frunció los labios en una mueca asqueada—. Agh... cómo odio a los modernillos. —Lo dijo lo suficientemente alto como para que el grupo de amigos más cercano le dirigiese miradas despectivas—. Seguro que todos estos son fans de Love of Lesbian y van de

alternativos. Dios, Love of Lesbian son lo peor. Odio la música española. Justo enfrente hay un sitio mucho mejor; ponen música de verdad.

Sabele se quedó bloqueada durante unos cuantos segundos, intentando procesar el monólogo de su acompañante. ¿Qué odiaba la música española? Estuvo tentada de preguntarle qué se creía exactamente que era lo que hacía él. Porque deducía que lo que llevaba en la funda era un instrumento musical, además de que había dicho que venía de ensayar y se había autodefinido a sí mismo como una *rockstar* en su perfil de Tinder (ella lo había atribuido al hecho de que tenía un gran sentido del humor, pero poco a poco comenzaba a comprender que en realidad era fruto de un leve problemilla de distorsión de la realidad).

—Estupendo, dos minutos de cita y ya sé dos cosas que odias. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te gusta? —dijo Sabele en un nuevo intento por evitar que aquel se convirtiese en el peor viernes de su vida. «De todo el mundo se puede aprender», intentó recordarse.

—¿Para qué? ¿Estamos en una entrevista de trabajo? —Ni siquiera cuando hablaba con ella se dignaba a mirarla.

Tal vez lo único que fuese a aprender de aquel chaval fuese que Ame no era tan buena hechicera como creía. Si ese tipo era su alma gemela, tenía que replantearse unas cuantas cosas en la vida.

—Eh...

—¿Ahora es cuando me preguntas si tengo algún *hobbie*? Sabele seguía intentando adivinar si tenía un sentido del humor un poco raro, si es que estaba nervioso o si simplemente era idiota.

—Bueno... supongo que te gusta la música. —Sabele señaló la guitarra. Encontrar un tema que tuvieran en común se había convertido en algo personal para ella.

El tal Lucas se encogió de hombros, el que parecía ser su gesto preferido.

«¿Para qué demonios queda conmigo si todo le da igual?», se preguntó. Su firme voluntad de ser una persona con la mente abierta que se esforzaba por empatizar con los demás estaba entrando en un conflicto que rozaba lo bélico, con esas ganas de levantarse, largarse y mandar a ese chaval tan borde a que le aguantase otra (aunque no le deseaba tanto mal a ninguna mujer). Lucas tenía suerte de que se hubiese prometido no convertirse en una versión más joven de su tía y su carácter impulsivo.

—¿Qué estilo te gusta? —preguntó, armándose de paciencia.

—¿Escuchas Radiohead? —preguntó Lucas. Un leve brillo apareció en sus ojos, surgido de la nada. Sabele incluso creyó percibir que se incorporaba un par de centímetros sobre el sillón.

Cuando ella negó con la cabeza, esa chispa de luz desapareció y la mueca de

desgana volvió a apoderarse de su rostro. Al menos la consolaba saber que había *algo* que le gustaba y despertaba en él una pizca de pasión. Sabele había visto personajes de Tim Burton con más energía y ganas de vivir en el cuerpo que él.

—Ya... Lo suponía —continuó, volviendo a dejar que su atención vagara por el local—. En este país no hay cultura musical.

¿Acababa de llamarla inculta? ¿A ella y a más de cuarenta millones de personas?

Lucas sacó su móvil del bolsillo del abrigo y comenzó a teclear en la pantalla sin reparos o la más mínima consideración hacia su cita. Normalmente, todo el mundo le caía bien hasta que demostraban no ser dignos de su simpatía, y esa había sido la última prueba que necesitaba para poder decir abiertamente que no le soportaba.

Como él, Sabele sacó su teléfono del bolso y fue directa al grupo de WhatsApp que compartía con sus compañeras de piso:

Sanderson Sisters 🌜

Socorro. Esta cita es una pesadilla 🙏🙏

Rosita

Porque ¿no es el de las fotos? 🤔



Ame

No seas exagerada

SOS

Rosita

Eso te pasa por salir con chicos mas jóvenes que tu 😂😂

Ame

Que tendrá que ver 🤔

Sabele sonrió al imaginarse a Ame respondiendo a Rosita por el grupo mientras estaba sentada a su lado.

Ame

Sabele, intentalo al menos 😡

¿Cómo explicarle en unos cuantos caracteres que no había ninguna oportunidad que dar? La magia se había burlado de ellas.

Estaba empezando a replantearse seriamente la opción de inventarse una excusa para huir cuando el camarero apareció para tomarles nota. Suspiró. En fin, por lo menos podría llenar el estómago. Ella pidió un sándwich vegetal, él, una cerveza.

—¿No vas a cenar? —preguntó, de nuevo con la sensación de que su cita se estaba preparando para salir huyendo de ahí lo antes posible. Pues ya eran dos.

—No me gusta cenar a estas horas, me hace sentir pesado...

—De acuerdo...

No le sorprendía demasiado que tampoco le gustase la comida. Seguro que hasta respirar le desagradaba. Aunque estaba bastante convencida de que eso de que no le gustaba cenar no era más que una excusa para poder desvanecerse a la primera de cambio. Ojalá se le hubiese ocurrido a ella.

«Por la Diosa, Ame... ¿de dónde has sacado a este tío?». Su amiga era oficialmente la peor casamentera de la historia de las brujas, y eso que, en su aquelarre original, las bodas concertadas eran algo habitual.

—Y... ¿a qué te dedicas? ¿Vives de la música? —dijo, sin saber por qué seguía molestándose en intentarlo.

Una punzada de dolor, tan evidente que sus esfuerzos por disimularlo no fueron suficientes, cruzó su rostro. Lucas intentó mantener la compostura, carraspeó y se hundió bajo el cuello de su camisa en un intento desesperado por conservar su pose de tipo duro, indiferente a todo. «Vaya, vaya, así que no somos tan gallitos como nos gusta parecer, ¿eh?», pensó Sabele con algo de malicia, aunque eso le hizo pensar que tal vez no estuviese todo perdido.

—Podría decirse que... es complicado.

Complicado. ¿Cómo no? ¿Acaso no era músico? «No, Sabele», le reprendió una vocecita en su cabeza, «no vayas por ahí».

Los músicos, como todos los artistas, eran gente *sensible*. «Sabele, ¿qué haces?». Y por tanto, delicada. Puede que Ame tuviese razón, quizá estuviera pecando de prejuiciosa al determinar tan rápido su veredicto. «Venga ya, por supuesto. El típico idiota que en el fondo es un buenazo. ¿Estás de broma, no?». ¿Quién era ella, después de todo, para juzgar a nadie? ¿Y quién era para dudar de los designios de la magia?

—Entiendo... —dijo ella, procurando mostrarse lo más comprensiva y cercana posible—. No hace falta que me lo cuentes si no te gusta hablar de ello.

—No pensaba hacerlo. —El chico alzó las cejas como si Sabele estuviese loca o algo así.

Sabele no estaba dispuesta a pasar por ahí. Por mucho que creyese en el poder de la empatía, la forma en la que se estaba comportando Luc solo tenía un nombre: lamentable. Ni siquiera se había molestado en mirarla a la cara todavía. Si algo estaba claro era que la única forma de sobrevivir a una cita como esa era contraatacar. Se había cruzado con la persona incorrecta si lo que quería era jugar al juego de comprobar quién parece menos interesado.

Lo que Sabele no sabía era que daba exactamente igual lo que hiciese; aquella cita estaba condenada al fracaso desde el principio porque, en el fondo, ninguno de los dos quería estar ahí.



—¿Y en qué has estado trabajando últimamente? —preguntó la rubia, que no parecía haber captado que sus vagas respuestas eran una indirecta que se traducía por «no tengo demasiadas ganas de hablar de eso».

No entendía por qué le estaba interrogando, ¿quería asegurarse de ir directa al grano para no perder el tiempo en caso de que él resultase ser un don nadie? Seguro que era el tipo de persona que no salía contigo si no tenías amigos con pasta que te invitasen a fiestas llenas de famosos. Estaba convencido de que ni una sola de sus respuestas le valdría el aprobado. Quizá acabarían antes si le dijese «Mira, soy un músico frustrado que vive en el sótano de sus padres, ¿te vale? ¿No? Pues gracias por tu tiempo y hasta nunca», pero su orgullo se lo impedía.

—También es complicado. Estoy empezando un proyecto en solitario —respondió Luc.

La chica asintió sin demasiado entusiasmo. Tal vez sí que estaba notando su indiferencia. «Mejor, así me aseguro de que no se enamore de mí», pensó Luc. Iba a tener que dedicarle muchas horas a su pasión musical

si quería sacar adelante su carrera. Aunque sabía que *Miss Instagram* estaba fuera de su liga, algunas mujeres (bueno, una, su ex Martina) tendían a obsesionarse con él, lo pretendiera o no. «Es el magnetismo del músico decadente», solían bromear con él sus amigos, que en realidad no se explicaban el éxito de su esquelético y afeminado colega; ¿para qué les servían entonces a ellos todas las horas invertidas en el gimnasio? Sus *examigos*, se recordó. Su círculo social se había esfumado con los restos de su banda, aunque teniendo en cuenta el concepto que tenían de él, tampoco se perdía gran cosa. Menos con Jean... Había creído que Jean era de los suyos.

«Que les den». Repitió en su mente por enésima vez.

—Ah. Y... ¿puedo escuchar tu música en algún sitio?

Analizó a la rubia de un rápido vistazo, sin atreverse a fijar la vista en ella. ¿Cuál dijo que era su nombre? ¿Isabel? Le sonaba haber estado leyendo algo parecido a eso en la pantalla del móvil, pero no era exactamente así. En fin. Qué más daba. Solo había quedado con ella por la insistencia de su hermana y... aunque le doliese reconocerlo, porque no tenía nada que hacer un viernes por la noche aparte de quedar con una desconocida.

—Aún no. Es que estoy... buscando inspiración.

—Vaya... —Se mordió el labio y Luc desvió la mirada hacia el techo.

No quería sentirse atraído por ella. Así que lo mejor era evitar la tentación. Por sí misma, y aunque fuese un buen principio, la atracción física no significaba nada, así que, ¿para qué tomarse las molestias de lidiar con ella? Él buscaba algo distinto, una chica especial, una por la que mereciese la pena pasar las noches en vela anhelando su amor. Eso era lo que siempre había querido, la persona de la que hablarían las letras de sus canciones, la musa que inspiraría los *singles* de sus álbumes. *Baby, Honey, sweetheart*. Y la tal Isabel no era esa persona. No había ningún tipo de conexión entre ellos.

La experiencia de tener que ir a ensayar por su cuenta le había demolido. Para colmo, se había tenido que esconder en el cuarto de baño porque estuvo a punto de tropezar en el pasillo con Jean y su nueva banda y no estaba preparado para hacer frente a ese encuentro, no sin saber que

tenía las cartas vencedoras en la mano. Estuvo a punto de olvidarse de la cita, pero creyó que quizá le animaría. Qué equivocado estaba. Desde que había entrado por la puerta, la tal Isabel no había hecho otra cosa que preguntarle por temas que le escocían y de los que no le apetecía hablar, así que no, no había ninguna química mental.

Pero lo que había hecho que se diese cuenta de que no tenían nada que hacer no era su falta de entendimiento, sino la actitud de esa chica. Detrás de esa fachada pija alternativa había una chica feliz. Luc detestaba a la gente feliz. Poco podían hacer sus labios carnosos, sus grandes ojos azules o su naricita perfecta para compensarlo. Las personas como ella, a ojos de Luc, no se habían enterado de en qué consistía la vida. Claro que era fácil creer que el mundo era de color de rosa cuando eras como esa chica. Seguro que a alguien con esa sonrisa, esa cara y ese número de seguidores no le decían que no muy a menudo. Sí, conocía bien a ese tipo de personas, Jean era una de ellas. Vivían en burbujas que le encantaría poder reventar, aunque confiaba en que el tiempo lo hiciese por él.

Y suponiendo que tuviesen razón y que uno pudiera ser dichoso durante toda su existencia, ¿dónde quedaba el romanticismo? Sin drama, una biografía no merecía ser contada, y él se había propuesto hacer de la suya una historia digna de una adaptación al cine, trágica muerte prematura incluida. A él le llevaban rechazando toda su vida, sí, pero seguro que a la larga significaba que su vida sería más interesante. O eso esperaba.

—¿Quedas con muchas chicas para buscar inspiración? —preguntó Isabel, con un tono burlón.

Luc se encogió de hombros, intentando descifrar qué pretendía insinuar, aunque intuía que se estaba burlando de él. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse distante y protegido, esa pizca de malicia captó su atención. ¿Habría algo interesante debajo de «la chica feliz»?

—A veces —dijo, con la intención de dejar claro que podía permitirse tener tantas citas y ligues como quisiese. «¿Pero y a ti qué te importa lo que piense?»—, se reprendió a sí mismo.

—Te entiendo, ser creador es difícil. Aunque no siempre nos agrade, hay que salir de la zona de confort.

¿Creadora? Que se atreviese a comparar su arte con... lo que quiera que

se considerase el *hobbie* con el que ella se entretenía le resultaba ofensivo. Y además, hacía que se muriese de envidia. ¿Por qué había personas que lo tenían tan fácil? Al cotillear su Instagram, había visto algo de un canal de YouTube. No se molestó en abrirlo. Seguro que solo encontraría otro de esos estúpidos *hauls* de maquillaje. «Mirad todos los potingues que me he comprado. Este pintauñas de aquí es rojo cereza y este otro rojo carmesí. Son *taaan* diferentes». O puede que fuese uno de esos canales de *videovlogs* de viaje. «Mirad mi hotel, os voy a enseñar hasta el desagüe de la ducha, no se nota nada que la habitación me ha salido gratis, ¿verdad?». Si había algo que detestaba más que la música española, era a los *youtubers*. Se sintió ultrajado.

—¿No sientes que a veces... —Isabel continuó hablando a pesar, o a causa, de su silencio— das tanto que acabas quedándote vacío?

—Yo me siento vacío siempre. —Y la respuesta, lejos de estar premeditada, le salió del alma.

Ella le miró fijamente durante unos instantes antes de echarse a reír. Así, sin más, se rio. Se rio de él. ¿Qué era exactamente lo que le hacía tanta gracia? Se sentía dolido porque sus sentimientos más profundos le causasen risa, pero, por primera vez desde que entró en la cafetería, se permitió mirarla fijamente, incluso cometió la imprudencia de sentir cierto interés. Al menos no le había provocado lástima.

—¿Qué pasa?

—Me rindo... No me puedo tomar esto en serio...

—¿Qué?

En ese preciso momento, el camarero hizo su aparición en escena. Depositó un platito de madera con un sándwich y patatas fritas frente a Isabel (hidratos de carbono y grasas por la noche. Aquella cena era como poco un ultraje al sentido común) y dejó el vaso de agua a su lado, aunque a él apenas le miró. Era evidente que la rubia era más interesante a ojos del camarero que él. No se lo podía echar en cara.

—Que aproveche.

—Gracias.

Ella sonrió y Luc sintió una ridícula punzada de envidia. A un camarero cualquiera le dedicaba una preciosa sonrisa a cambio de un sándwich

hipercalórico y a él, a él que era su cita... ¿qué le reservaba, una carcajada? Lo de la postura indiferente era un tiro que le estaba saliendo por la culata.

Tras sacarle varias fotos a la cena, subirlas a internet, seguramente decoradas con algún mensajito estúpido y un filtro, Isabel se inclinó sobre su plato, agarró una de las mitades del sándwich con ambas manos y le asestó un gran mordisco, ignorando por completo a su acompañante.

—¿Qué pasaba? —insistió Luc.

Ella alzó la vista, con la boca llena, y tardó unos segundos en comprender.

—¡Oh! —Dio un trago a su vaso de agua, con toda la calma del mundo —. Eso... nada, es solo que me hace gracia lo dramático que eres.

—Dramático...

—Sí, ya sabes, ¿no te cansas nunca de ser tan... no sé... intensito de la vida?

—Intensito de la vida...

Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no levantarse y marcharse, porque lo que quedaba de su orgullo se acababa de estrellar contra el suelo, pero... ¿a quién quería engañar? Por fin, después de veinte tediosos minutos de cita, comenzaba a divertirse. A lo mejor se había adelantado con sus prejuicios (no sería la primera vez, pero es que él era más de la filosofía del «piensa mal y acertarás» que de la de «no juzgues a un libro por su portada»).

—Ajam —dijo ella entre bocados.

—Bueno, lo contrario de ser un intenso es estar muerto.

Isabel volvió a reírse. Isabel. Isabel no era su nombre. ¿Cómo se llamaba en realidad? Le incomodaba no recordarlo, ¿cuál era su nombre?

—Vale —dijo ella.

—Lo dices como si tu Instagram fuese de lo más natural del mundo. «Miradme, casualmente posando junto al mar en el atardecer». —Adoptó una pose que pretendía ser una burla fugaz, pero con ello solo consiguió que ella sonriese con malicia antes de decir.

—Me alegra que por fin tengas una opinión sobre alguien mejor argumentada que «lo odio». Y además has estado cotilleando mi Instagram. Es todo un honor.

Luc sintió como la sangre se agolpaba en sus mejillas.

—Ya, bueno. No te creas tan importante.

—Al menos más importante que tú sí soy. Tengo más *followers* que tú.

Se miraron fijamente a los ojos y sintió como sus entrañas se retorcían bajo el escrutinio de sus iris celestes. Sabele. Su nombre era Sabele. Por fin recordaba cómo se llamaba la chica que acababa de declararle la guerra.

—Lo importante no es la cantidad, sino la calidad.

—Porque eso no es algo que diría alguien que no sabe cómo justificar los pocos seguidores que tiene... —dijo ella justo antes de chuparse el dedo para quitarse una mancha de salsa de miel y mostaza.

Luc tragó saliva, tardando más tiempo del preciso para generar una respuesta digna.

—Podría tener muchos más, pero he preferido publicar de vez en cuando en lugar de saturar a mis seguidores con ochocientas fotos al día como haces tú.

Depositó el sándwich en el plato para mirarle fijamente a los ojos. Luc tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para sostenerle más de dos segundos la mirada y, aun así, acabó desviándola al sillón, una vez agotadas sus escasas energías.

—Yo no saturó a nadie —dijo ella. Luc presentía sus ojos perforándole—, publico contenidos de calidad de forma periódica. Se llama tener una profesión de verdad.

¿De qué hablaba, de ser una estrella de internet? «Por favor, no me hagas reír», pensó Luc, aunque nada en su rostro advertía que fuese a hacerlo.

—Se llama ser una plasta.

La boca de Sabele se abrió de par en par. Era evidente que no podía dar crédito a lo que oía. Si hubiese tenido la ocasión de conocer un poco más a Luc antes de verse por primera vez, no se habría molestado en sorprenderse por su conducta. Para él, un insulto tan suave como «plasta» era la forma que tenía de ser amable con una persona que no le caía del todo mal. Cada uno tiene su forma de expresar el afecto, ¿no? Aunque aún no podía sentir nada parecido por ella, después de todo, acababan de conocerse, y hasta hace dos minutos había querido huir.

—No soy ninguna plasta, soy buena en lo que hago. Por eso hay tanta gente dispuesta a seguir mi trabajo. A ti te ocurriría lo mismo si no fueses un... un músico de poca monta. —Señaló la guitarra—. Seguro que no eres capaz ni de tocar bien tres notas seguidas, de ser así ya te habrías hecho famoso. Espero que al menos te sirva para impresionar a las chicas.

—No me he hecho famoso porque el gusto musical de este país es de chiste y la *industria* aún más. No tiene nada que ver con mis habilidades. Y sí, para tu información, suele funcionar.

—Ya. Seguro que es por eso... La industria... —Sabele se dejó caer de nuevo en el respaldo del sillón, con el móvil en la mano.

Luc sintió una punzada de rabia al comprobar que no le creía y, peor aún, que le era indiferente comprobar si había o no verdad en sus palabras. Lo daba por hecho. Sin conocerle de nada, solo por los cinco minutos que habían pasado charlando y a pesar de lo mucho que cuidaba Luc las apariencias, ella había asumido que era un perdedor.

—Comprobémoslo —dijo él en un arrebato.

Siempre había pensado que no tenía por qué demostrar nada a nadie, que su trabajo acabaría probando a quienes le criticaban que se equivocaban por sí mismo, y, sin embargo, esta vez no pudo quedarse sentado y callarse. Cuando Sabele les hablase de aquella cita a sus amigas no les diría que cenó con un pardillo, no, suspiraría y se lamentaría porque alguien tan talentoso como él fuera un idiota inalcanzable. Eso era lo que iba a contar por ahí.

Ella sonrió; la sonrisa de un gato, si los felinos pudieran mostrar los dientes para otra cosa que no fuera morder y amenazar.

—De acuerdo. Muéstrame tus habilidades y yo te enseñaré las mías.



Había pasado casi una semana y, poco a poco, comenzaba a dejar de pensar en ella a todas horas. Su cerebro, obsesivo por naturaleza, le permitía algunos ratos de descanso al día. Y él, que conocía y comprendía el verdadero valor del tiempo, estaba dispuesto a aprovecharlos.

Se había dejado arrastrar por sus amigos con la promesa de una noche increíble que jamás iba a olvidar. Él no aspiraba a tanto. Había pasado de recrearse en su dolor a ansiar no sentir *nada* con todas sus fuerzas. Al principio, le bastaba con cualquier distracción mundana, pero pintar ya le había proporcionado todo el consuelo que el arte le podía dar y seguía sin ser suficiente. Era hora de probar con otro tipo de métodos.

Por ella, siempre había procurado cuidar su salud. A pesar de que cualquier nigromante que emplease su magia entregase un pedazo de sí a las sombras cada vez que recurría a ellas, quería pasar todo el tiempo que el destino le brindase junto a ella sin tener que renunciar a sí mismo. Poco habían importado sus precauciones. La había perdido de todas formas. ¿Qué más daba ya su maldita salud? Era la noche perfecta para dejar de lado a su

antiguo yo. Su hasta ahora abstemio y contenido estilo de vida le parecía prescindible. No serían el alcohol o el tabaco los que acabasen con él, así que, ¿por qué reprimirse? Bajo esta filosofía comenzó la primera ronda en Tribunal y, apenas una hora después, las tres cervezas que se había tomado le nublaban tanto la mente, poco acostumbrada a los efectos secundarios del brebaje, que ni siquiera se había percatado de que estaba a solo unos cuantos pasos del apartamento de su ex.

Su *ex*.

Aún no era capaz de pensar en su pequeña Sabele de aquella manera. Su *ex*. ¿A qué venía ese *su*? Ya no era nada suyo, nunca lo había sido... Cada vez que por sus pensamientos acechaban esas ideas, los apagaba con desesperadas caladas a un cigarrillo de Lucky Strike. Llevaba sin fumar desde los diecisiete, pero, cuando su fuerza de voluntad perdió todos los argumentos sobre los que se sostenía, recayó en el viejo vicio como una bestia sedienta que abre las fauces bajo la lluvia. «Solo esta noche», se prometió a sí mismo.

Tenía que olvidarla. Sobreviviría. Iba a ser una gran noche. Ya se preocuparía de cómo apartarla de su mente por la mañana.

Bajo la luz de las farolas, amparado por el ruido de las calles en fin de semana y por el olor a ciudad despierta, aquella táctica parecía estar funcionando, o lo habría hecho si no la hubiese visto a través del cristal. Allí estaba, sentada junto a la ventana, tan guapa y angelical como siempre. Los ojos le brillaban y reprimía una sonrisa en los labios. *Esa* sonrisa. Conocía tan bien aquel gesto... Era la forma en la que disimulaba que ya no estaba enfada con él cada vez que discutían, después de que él le hubiese pedido perdón con bromas que sabía que la harían reír. Siguió la trayectoria de su mirada y los pocos rincones puros que quedaban en su alma se corrompieron con la esencia turbia y tóxica de los celos.

En el fondo de su ser, en un rincón cuya existencia no quería reconocer, había deseado encontrarse con ella, volverla a ver, ¿por qué si no habría aceptado salir tan cerca de su casa, de las cafeterías, bares y discotecas que solían frecuentar tanto juntos como por separado? Con lo que no había contado era con la posibilidad de verla con otro.

Si hubiese creído en otro dios que no fuera el de la muerte, habría

jurado que le estaba poniendo a prueba. Pero a ese dios no le importaban asuntos tan mundanos.



A pesar de sus palabras, lo cierto era que Sabele no esperaba que Lucas fuese un guitarrista desastroso, sino más bien uno mediocre, aunque no le hubiese sorprendido demasiado de haber sido el caso. Estaba preparada para el desastre, con lo que no contaba era con lo que estaba a punto de oír.

Tras las primeras notas de aquella melodía en principio desconocida pero que le resultó extrañamente familiar, sintió un nudo en la garganta. «Mierda, el muy idiota es bueno», pensó.

Seguía atentamente el recorrido que surcaban sus dedos de una cuerda a otra y se preguntó qué otros talentos escondían sus huellas dactilares. Se suponía que al tocar iba a ponérselo fácil, que así comprendería que era del montón y que no merecía su atención. Uno de los pocos defectos (o virtudes, según a quién le preguntes) de Sabele es que era un tanto elitista, y a veces, su interés en las personas se basaba en la calidad de lo que eran capaces de hacer (aunque no era *tan* elitista como para que le importase qué era lo que hacían siempre y cuando fuese honrado). Si había creído que las notas musicales matarían cualquier tentación a sentir el más mínimo interés

por él, estaba muy equivocada.

Aquel chaval escuchimizado y de carácter agrio tenía el don de crear magia, casi tanto como ella de invocar su poder. Con cada acorde se despertaban en su interior sentimientos y recuerdos que había intentado acallar durante mucho tiempo. La melancolía implícita en la melodía estaba teniendo efectos nefastos para sus barreras. La pérdida, el miedo y el anhelo vivían entre las cuerdas de su guitarra.

Al cabo de un par de minutos se detuvo, y sin decir nada, se agachó para guardar la guitarra en su funda. Sabele se apresuró a borrar las emociones que se agolpaban en su rostro y a recuperar la compostura antes de que él alzase la vista y la descubriese embelesada con su música. Hasta el grupo de modernos que antes le había fulminado con la mirada se habían girado con interés.

—Te toca —dijo Lucas apenas hubo concluido.

—¿Qué? —Había perdido la noción del tiempo y del espacio.

«Maldita seas, Ame». Con lo feliz que estaba ella en su recién adquirida soltería, ¿por qué tenía que haberlo arruinado todo con un «A lo mejor...»? Si hay algo más irresistible que la atracción en lo que al amor respecta, es la incertidumbre.

—Te toca demostrar que te mereces la fama y la gloria, ¿no? —Alzó una ceja, soberbio. Con la tontería de la música, el muy cretino se había venido arriba.

—Sí... Claro... —dijo antes de girarse para coger su bolso.

Sabía exactamente cómo impresionarle, aunque quizá necesitase algo de tiempo para generar el impacto deseado, pero si la sesión salía bien, sería algo que no olvidaría jamás. Las mejores cosas de esta vida se hacen esperar. En realidad siempre había creído que esa frase era superficial y poco realista, Cal le enseñó que el ahora tiende a valer mucho más que cualquier expectativa de futuro, pero por borrarle el gesto de superioridad de la cara a aquel *rockero* de pacotilla estaba dispuesta a esperar lo que hiciese falta.

Después de un rato rebuscando en su bolso de tela granate agarró un taco de cartas, decoradas en su reverso con lunas y estrellas blancas, quitó la goma de pelo con la que las mantenía unidas y comenzó a mezclarlas

ante la mirada escéptica de su cita.

—Yo te toco una de mis canciones y tú... ¿vas a echarme las cartas? ¿No te parece un poco injusto?

—Pensé que te gustaría, al final las dos cosas tratan sobre ti, ¿no? Estarás en tu salsa.

Por un momento estuvo dispuesta a jurar que le había visto sonreír.

—Además —continuó Sabele—, ni siquiera tenía letra, así que puntúa como media canción.

—Sí que la tiene, pero no está terminada. —Se encogió de hombros a la vez que se aproximaba al borde de su asiento—. De acuerdo, Bruja Lola, ¿cuál es mi destino? —se burló—. ¿Tu canal va de algún rollo esotérico de estos? Por favor, dime que no haces un horóscopo semanal —dijo con una de sus muecas de desagrado.

«Verás como no te diviertes tanto cuando mis profecías se cumplan». Una de sus especialidades eran los augurios, o cualquier asunto que estuviese relacionado con la buena y la mala suerte. Aunque si se hubiese tomado la molestia de ver alguno de sus vídeos, Luc sabría de sobra que no era una pitonisa, sino una creadora de tutoriales de magia básica para personas sin un ápice de poder, como por ejemplo *él*. Enseñaba a aquellas personas con la mente lo bastante abierta como para creer en sus palabras cómo preparar pequeños conjuros para atraer energías positivas, mantener a raya el mal de ojo, potenciar la intuición y... sí, también enseñaba a leer el tarot, aunque ninguna persona que no fuese una bruja podría manejar las cartas de color azul marino casi negro que ella sostenía entre las manos.

Antes de empezar, y para un mayor impacto, se aseguró de que Lucas veía que los anversos de las cartas eran de un tono *beige*, sin rastro de formas u otros colores más chillones. Las entremezcló de nuevo y depositó el taco sobre la mesita de madera.

—Corta.

Él emitió una especie de quejido a medio camino entre resoplido y risotada. Sin embargo, obedeció y dividió la baraja en dos montones irregulares. Sabele tomó el mayor de los dos y lo separó en tres antes de entremezclarlo con el anterior.

—¿En qué mes naciste? No, espera. No me lo digas... Noviembre. Diez

vueltas.

Lucas frunció el ceño.

—¿Te lo han contado las cartas? —preguntó mientras ella depositaba el mazo sobre la mesa por segunda vez y lo hacía girar sobre sí mismo diez veces. Ni una más, ni una menos.

—No. Es que eres demasiado escorpio. —Eso y que había visto en su cuenta de Instagram las fotos de la fiesta de su cumpleaños con fecha de aquel mes—. ¿Estás preparado?

—Adelante —dijo él, arrogante y condescendiente. Cruzó los brazos sobre su cabeza y se apoyó sobre sus propias manos, recostándose en el sillón.

Sabele tomó la primera carta y la depositó bocabajo sobre la mesa.

—¿Quieres darle la vuelta o me encargo yo? —preguntó la bruja con una sonrisa maléfica.

—Por favor, haz los honores —dijo él, disimulando a duras penas un bostezo.

Viró la carta y en ella apareció la imagen de una mujer de hermoso rostro ataviada con ropajes ajados. En una mano portaba una cesta repleta de manzanas recién cogidas del árbol, en la otra, una guadaña.

—La Dama Gris...

Tomó la segunda carta y la depositó a su lado. Un eclipse de sol dominaba la imagen. Tragó saliva. Vaya. No estaba segura de que le gustase lo que veía en el seno de su cita.

—El eclipse... Digamos que te gustan las mujeres difíciles. Una persona aparecerá en tu vida y... se apoderará de ella, en cierto modo. Todo lo que parece importante dejará de serlo, tus objetivos desaparecerán tras los suyos, su presencia lo ocupará todo y apenas podrás brillar tras ella, pero cuando lo hagas, será con una luz cegadora, lo que te traerá dicha, pero también dolor.

—Si estás intentando ligar conmigo, lo estás haciendo de pena —dijo él, sin inmutarse por las advertencias de las cartas.

—Créeme, no tengo el más mínimo interés. Si fuese tú, mostraría más respeto a las advertencias de la Diosa.

—¿La Diosa? —repitió con desgana e incredulidad.

—La Madre Naturaleza, la Diosa, Magna Dea, Tiamat, llámala como desees siempre y cuando le muestres respeto.

—Por favor, dime que no eres de una secta.

Ante su incapacidad para discernir si continuaba burlándose o si su repentina preocupación era verdadera, optó por ignorarle y sacar la siguiente carta. En ella, un hombre joven había caído de rodillas y suplicaba al cielo con un gesto de angustia. En su mano derecha sostenía una corona y tras él un trono ardía en llamas.

—El rey desheredado.

Sacó la siguiente carta y sintió un escalofrío al ver las líneas que la recorrían. Llevaba echando las cartas desde que su tía le enseñó a invocar «la voz de la Diosa» (como ella llamaba a la certeza con la que una bruja podía interpretar las cartas sin esfuerzo alguno), el tiempo suficiente para haber dejado de creer en las coincidencias, al menos en lo que a la magia se refería, por tentadora y cómoda que le pareciese la idea. No, no existían casualidades bajo las que refugiarse.

—El lobo —dijo al mostrar la carta con la bestia aullando a una luna distante—. Has perdido algo de gran valor, quizá lo único que tenías —Aquello último logró captar su atención—, y desde entonces te sientes perdido, casi desesperado. A pesar de ello —Señaló la corona en la mano del rey caído— te resistes a dejarlo marchar. Tu empeño se convertirá en tu enemigo el día que el lobo... muestre su hocico.

—¿El lobo? No tengo planeado ningún viaje al zoo, así que supongo que no tengo por qué alarmarme.

Sabele tragó saliva. No quería pronunciar en voz alta las palabras que urgían por salir de su cuerpo, palabras que no le pertenecían. Cerró los ojos y la voluntad de la Diosa se apoderó de su voluntad, de su voz.

—El lobo es un enemigo sin nada que perder, un aliado de la muerte y del más allá que te arrastrará con él a las intrigas del mundo de las tinieblas.

—Vale... ¿no te estás tomando demasiado en serio este jueguito?

Una lágrima de esfuerzo rodó por la mejilla de Sabele. Qué gran error habían cometido el día en el que invocaron el amor. Aún no sabía por qué, o hasta qué punto, pero la oscuridad en aquellas cartas no dejaba lugar a dudas. Sacó la cuarta carta, una puerta gigante, decorada con los rostros

compungidos de quienes estaban atrapados al otro lado, las manos y brazos que intentaban escapar de su superficie dorada.

—La puerta del infierno...

Solo quedaba una carta, la última le daría sentido a todas las demás, sería decisiva para descifrar si aquel destino aún incierto tenía un final feliz o uno del que sería mejor intentar escapar a pesar de la certeza de que era imposible huir de lo que ya estaba escrito.

Volteó la carta y su corazón se detuvo en seco.

No. No podía ser. Jamás había visto aquella carta, ni conocido a nadie que lo hubiese hecho, a pesar de haber oído hablar de ella en un millar de ocasiones.

—La carta negra.

—A ver, sorpréndeme. ¿Qué significa eso? ¿El *grimm*? ¿La muerte? ¿Me espera un horrendo final entre terribles sufrimientos? —bromeó él, pero Sabele no discernió el significado de las palabras, apenas las percibo como algo más que un rumor distante.

—Tengo que irme —dijo apenas sin aliento. Sus manos temblaban a medida que recogía las cartas de la mesa, que logró volver a atar con la goma de pelo con torpeza. Se puso la cazadora vaquera tan rápido como pudo.

—¿Te vas? —preguntó él a pesar de la obviedad de la respuesta—. Pero no puedes irte, esto estaba empezando a ser entretenido.

¿Entretenido? Ojalá pudiese creer tan ciegamente como él que eso no era más que un juego. Tenía que marcharse de ahí cuanto antes y no volver a mirar atrás. Con o sin hilo del destino, independientemente de lo bien o mal que se hubiesen caído, lo mejor para todos era que no volviesen a verse.

—Mira... Esto no va a ningún sitio, creo que es bastante obvio. Llega un punto en la vida en el que una sabe en quién no malgastar su tiempo. Así que, para qué alargarlo. Yo no te gusto, tú no me gustas... sigamos buscando. ¿No crees?

Ante la ausencia de respuesta por parte del músico se limitó a abrir su cartera y dejar un billete de veinte euros sobre la mesa, más que de sobra para pagar su modesto sándwich, la cerveza y dejar una buena propina.

—Adiós, Lucas... Supongo que ha sido un placer conocerte.

Y sin más dilación, se marchó, sin esperar a que Lucas superase su *shock* inicial y fuese capaz de protestar o despedirse. «Mejor así», pensó mientras cruzaba el umbral de la puerta. No pensaba volver a ver a ese chico ni hablar con él, y poco le importaba lo que quisiera hacer con ellos ese dichoso hilo rojo del destino. Estaba dispuesta a cortarlo aunque tuviese que hacerlo a mordiscos.



Los primeros pensamientos de Luc al ver a Sabele salir por la puerta fueron: «Dios, cómo odio que me llamen Lucas», «Esa tía está pirada» y «No voy a volver a hacer caso a mi hermana jamás».

Miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie se había percatado de que su cita acababa de dejarle tirado y se puso en pie con fingida naturalidad. Caminó hacia la salida como un autómata mientras su cabeza le daba vueltas a lo sucedido.

«Llega un punto en la vida en el que una sabe en quién no malgastar su tiempo», le había dicho. ¿Pero... quién se creía que era esa pava? A lo mejor era a él a quien no le interesaba una lunática que creía que echar las cartas servía de algo. No es que se regodease con las idas y venidas del mundo mágico como hacía su hermana, pero había sido testigo de suficientes fenómenos paranormales como para saber que las verdaderas brujas eran capaces de mucho más que de decirte cómo te iba a ir en el amor, en la salud o en el trabajo. Sabele le parecía más bien del tipo de chica que se trenzaba el pelo, se tatuaba el símbolo de la paz y defendía la homeopatía. «Pirada...», se repitió mientras caminaba por la calles de Malasaña en dirección al metro. ¿Por qué siempre tenían que tocarle las

más colgadas?

Cualquier otra noche de viernes habría mandado un par de mensajes de audio y en un rato hubiese estado dándole todo con sus colegas. El problema era que ya no tenía amigos. ¿Qué le pasaba últimamente a todo el mundo? La gente no tenía criterio.

Una llovizna primaveral había empapado las calles durante la tarde, y en la oscuridad, apenas iluminada por las farolas, su pie derecho fue a hundirse de lleno en un charco.

—¡Mierda! —exclamó agitando el botín, que salpicó agua en todas direcciones. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Se sintió observado. Seguramente algún grupito de modernillos o de aficionados al *trap* le señalaba para reírse de él (no podía echárselo en cara, también lo habría hecho de estar en su posición). Miró hacia atrás, preparado para defender su dignidad. Descubrió, en cambio, que estaba solo en mitad de la calle. No. Solo no. Una vaga sombra avanzaba hacia él, una sombra que se detuvo en seco al percatarse de que él también podía verla.

Sintió un escalofrío y el impulso de echar a correr.

Ya había visto antes pantallas de oscuridad como esa. Su hermana le había explicado lo que eran: magia, magia oscura. Una especie de hechizo que envolvía y protegía a su invocador y que tenía además el poder de ocultarle, de volverle invisible, pero no para él, o al menos no del todo. La sangre de los primeros revelados corría por sus venas, le gustara o no. Un detalle que su perseguidor debía de ignorar. Porque no le cabía duda, al ver como se detenía a unos cuantos pasos de él, de que le había estado siguiendo. Hizo lo único que podía y estaba acostumbrado a hacer en circunstancias como esta, tirarse el farol.

—No sé quién eres ni qué quieres, pero he sido entrenado para enfrentarme y vencer a seres malignos como tú, y te convertiré en un montoncito de sal si das un paso más.

Ignoraba si la criatura, o lo que quiera que albergase aquella sombra, creyó o no sus amenazas. Quizá se estuviese riendo de él cuando al fin dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Tan pronto como volvió a quedarse a solas en la estrecha calle, sus piernas se echaron a temblar y tuvo que apoyarse sobre un bolardo para no

perder el equilibrio. Sintió una arcada y se alegró de no haber cenado, así no tenía nada sólido en el estómago que vomitar. Las sombras le habían revuelto las tripas.

No habría sabido explicar del todo qué había sucedido ni imaginaba qué quería la sombra de él, pero no podía quitarse de la cabeza la carta negra y la extraña y radical reacción de Sabele al verla. Se preguntó qué significaba, pero intuía que no podía ser nada bueno. Durante un instante fugaz temió que Sabele fuese una bruja de verdad y que estuviese en verdadero peligro. Por fortuna, Luc era de memoria endeble, así que se tranquilizó al pensar que no iba a tardar en olvidarlo. Esa era la única forma que conocía de sobrevivir a su extraño imán para lo sobrenatural.



La paz y la tranquilidad reinaban en el número treinta y nueve de la Corredera Alta de San Pablo. Ame ultimaba los detalles del traje de dos piezas que tenía que entregar en la escuela de alta costura a la que asistía. Se esmeraba, aguja en mano, por dar forma y vida propia a las telas sobre un monigote que ella misma había creado con cartón, papel higiénico y cola adhesiva.

Sentada, o más bien tirada, en el sofá frente a ella, Rosita veía capítulos de la nueva serie a la que se había enganchado. Su cuerpo le pedía salir de fiesta, pero tenía turno de mañana en la tienda de zapatillas de deporte en la que trabajaba los fines de semana para sacarse un dinerillo extra. Por mucho que le fastidiase, hasta ella tenía que comportarse como una adulta responsable de vez en cuando; el alquiler no se iba a pagar solo (al contrario que sus amigas, no tenía ni redes sociales de las que vivir ni unos padres ricos para pagarle los caprichitos).

En mitad de aquella ilusoria tranquilidad y rutina casi tediosa, nada podía vaticinar el pequeño torbellino que se aproximaba.

La puerta se abrió de par en par y Sabele, tan pacífica como solía ser,

entró en el apartamento con una ferocidad que hizo que sus amigas dejaran de lado lo que estaban haciendo para mirarla atentamente. Sabele dio un portazo y dejó el bolso en el perchero de la entrada con movimientos bruscos y sin relajar el gesto de su rostro.

—¿Qué... qué tal te ha ido? —preguntó la incauta Ame, que estaba a punto de descubrir una faceta de su amiga que nunca había sospechado que pudiese existir.

—¿Que qué tal? Nunca, nunca más vuelvas a usar uno de tus hechizos en mí. —Ame entreabrió la boca y balbuceó palabras sin sentido mientras su rostro se contraía en una amenaza de llanto—. ¡No! No es... no es por ti, perdona. —Sabele intentó arreglarlo al ver que había herido sus sentimientos—. Es... es... ese patán, engreído, estúpido. No he conocido a nadie más ridículo en mi vida. ¡Ridículo!

Se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre la silla más cercana.

—O sea, que dices que la cita bien, ¿no? —dijo Rosita, tentando su suerte y ganándose una mirada de advertencia de su amiga, que se sentó a su lado despidiendo rabia por cada poro de su piel.

—Ha sido la peor cita que podía imaginarme. No me ha contado nada sobre él, no me ha preguntado sobre mí... Solo se ha... quejado. —Y sin embargo, y aunque no estuviese dispuesta a admitirlo, ni siquiera ante sí misma, había algo en él que despertaba su curiosidad; quizá fuese el magnetismo de saber que era algo prohibido y peligroso, o tal vez era su gusto para los hombres, que se estaba deteriorando con el paso de los años—. Además, no es mi tipo. —El chico no solo era un despropósito, sino que no podía parecerse menos a la clase de hombres en los que Sabele se solía fijar. Aunque los dos tuviesen su encanto, la comparación física con Cal rozaba lo cómico: uno tan moreno y fuerte, el otro tan pálido y frágil. Y en cuanto a personalidad... Cal podía ser algo paternalista a veces, pero sus defectos eran virtudes en comparación con el comportamiento desconsiderado de su cita—. No es *para nada* mi tipo.

—Ame, siento decírtelo, pero parece que será mejor que dejes la magia y sigas con la moda —dijo Rosita, encogiéndose de hombros.

Ame, que se había acercado a ellas tímidamente, se mordió los labios y negó con la cabeza.

—Da igual lo que Sabele opine de él. El hilo no miente y mi hechizo tampoco.

—Es una persona odiosa, Ame, y sabes que yo no critico a nadie sin motivos de peso, mucho menos si no conozco a la persona en cuestión, pero... es muy desagradable. Y aunque podría llegar a entender por qué actúa como un cretino, lo cierto es que no me atrae, ni física, ni intelectual ni emocionalmente. No estoy en absoluto de acuerdo con su forma de ver la vida...

Y a pesar de todos esos contras, la piel de sus brazos no pudo evitar erizarse al recordar el sonido de las cuerdas temblando bajo sus huesudos dedos. Por la Diosa, ¿qué demonios le estaba pasando?

—Oh, mi querida Sabele —dijo Ame con un suspiro—. Lo dices como si se pudiese elegir de quién nos enamoramos.

—Ahí tiene algo de razón —reconoció Rosita, seguramente reflexionando sobre cuántos disgustos se habría ahorrado si el amor, o en su caso, la atracción, funcionase de otra manera—. Aunque también te digo que una acaba aprendiendo a no aguantar chorradas de nadie —sentenció.

—Pero es que yo no estoy enamorada de ese... ese... individuo. Solo he pasado media hora con él —dijo Sabele, sintiéndose impotente ante la insistencia de su amiga, que no parecía haber captado el mensaje—. De hecho, estoy más cerca de odiarle que de otra cosa.

—Del amor al odio hay un paso. —Ame se encogió de hombros y Rosita se echó a reír ante la insistencia de la joven bruja. Sabele dio un empujón amistoso a su amiga, que se dejó caer en el sofá para tumbarse en él.

—Créeme, en este caso no hay un paso, hay un continente, dos mil kilómetros de distancia. Pero... —Sintió un escalofrío recorriendo su espalda, un nudo en la garganta—. Eso no es lo peor...

Rosita se incorporó para mirarla y Ame le dedicó una mirada atenta.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron al unísono.

—¿Tengo que pegarle una paliza a alguien, un chorrito de veneno en el café? —preguntó Rosita, poniéndose seria, una actitud tan poco habitual en ella como el enfado en Sabele—. Puedo hacer que le salgan abscesos en todas las partes del cuerpo. —La miró fijamente—. En *todas*. Solo tienes

que pedirlo.

—No, no, tranquila, no ha sido nada de eso. Le he... le he echado las cartas. —Sus amigas guardaron silencio, expectantes.

Leer el futuro en posos, cartas, bolas de cristal o incluso en los huesos, era una aptitud frecuente entre las brujas de cualquier edad, tanto como saber freír un huevo entre el resto de los mortales, sin embargo, había pocas brujas en Madrid, no, en España entera, dotadas con la habilidad y predisposición naturales con las que Sabele interpretaba el porvenir. Si había visto algo preocupante en el sino de aquel joven, no cabía duda de que no erraba en sus predicciones.

—Su carta dominante... era la carta negra.

El silencio se apoderó del apartamento y Sabele, al compartir su temor, sintió que se liberaba de un gran peso, uno que ahora cargaban entre las tres.

—De acuerdo —dijo Rosita—. Ni se te ocurra volver a ver a ese chico. Nunca.

—¿Por qué, qué ocurre? ¿Qué es la carta negra?

A veces se les olvidaba que Ame, aunque llevase estudiando el idioma toda la vida, solo llevaba tres años viviendo en España y que en Japón nunca habían vivido nada parecido a la caza de brujas o la Inquisición ni necesitado herramientas como la carta negra. Sabele y Rosita intercambiaron miradas de duda.

—¿Qué? Sea lo que sea, podéis decírmelo. No soy tan delicada como parezco, ¿sabéis? —protestó.

Sabele tomó aire antes de comenzar con su breve explicación.

—Es una advertencia. Todas las cartas de tarot portan un hechizo ancestral creado por nuestras antepasadas, un regalo con el que pretendían ayudar a las generaciones venideras. La carta negra no predice el futuro de la persona que corta las cartas, sino que... —explicó— previene a la bruja sobre ella. La oscuridad en la carta advierte sobre el fin de la magia.

—¿El fin de la magia?

—Una bruja que pierde sus poderes —dijo Rosita—, así lo llamamos. El fin de la magia. Porque aunque solo le suceda a una de nuestras hermanas, nos hiere a todas. Es magia que no se renueva, no va a otro

cuerpo cuando la bruja muere, sino que desaparece para siempre. Si ese chico está cerca de Sabele, tarde o temprano...

—Dejará de ser bruja —comprendió Ame—. Se convertirá en una corriente. Pero eso es... —Dudó al escoger sus palabras— muy improbable. —Porque no era imposible, y Sabele lo sabía bien.

Sabele desvió la mirada. De todas las posibles amenazas, tenía que haberle hecho esa advertencia precisamente a ella. Ni siquiera quería considerar esa posibilidad. Para todas las brujas, su don era de gran importancia, pero para ella... para ella era su vida. De principio a fin. Sin su magia no era nadie. Nunca había sido de las que creían en todo ese rollo de morir o sacrificarse por amor, así que lo último que planeaba era renunciar a lo más valioso que tenía por culpa del primer cretino que se cruzase en su camino.

—Pero eso no va a pasar porque no vas a volver a acercarte a ese chaval —sentenció Rosita, adoptando esa pose protectora que tanto adoraba Sabele.

—Ya... bueno —dijo Ame con cierto nerviosismo—. No creo que vaya a ser tan sencillo.

—¿Por qué no? Con que bloquee su número en el WhatsApp y deje de seguirle en Instagram... problema solucionado —dijo Rosita—. Gracias, mundo moderno.

—Eso sería muy útil si hablásemos de un chico normal, pero se trata de su alma gemela, y...

—Por el amor de Morgana, no empieces con eso otra vez —la interrumpió Rosita, llevándose la mano a la frente con exasperación.

Sabele se limitaba a escuchar, intuyendo lo que Ame pretendía decirle. Del hilo rojo podía dudar, pero de las cartas... de las cartas nunca.

—Lo que el destino ha unido, ni siquiera la magia lo puede separar —sentenció Ame, y Sabele sintió que la suerte acababa de imponer su condena sobre ella, quizá por tentarla demasiado.



Lucas Fonseca contaba con una extensa lista de cosas que odiaba con todas sus fuerzas: la música *mainstream*, la gente que no se mira en el espejo antes de salir de casa o, peor aún, que no tiene personalidad propia, el cambio de hora (por suerte esto era algo que solo tenía que sufrir dos veces al año), el emoticono del monito del WhatsApp que se tapa los ojos, los emoticonos en general (qué invento tan innecesario, si ya tenían palabras, ¿para qué querían muñequitos amarillos?), los carriles exclusivos para bicicletas, la gente que no sale los fines de semana, el chocolate blanco... Una lista que no cesaba de engordar con nuevos y variados elementos cada día que pasaba. Sin embargo, y a pesar de la dura competencia, las comidas familiares de los domingos ocupaban un rinconcito especial en su corazón repleto de odio. En el fondo sabía que debía estar agradecido de que, a pesar de vivir en el sótano del adosado de sus padres, solo tuviesen que comer todos juntos una vez a la semana, y siempre después de que sus progenitores volvieran de la misa dominical (Luc tenía la teoría de que ya no le obligaban a ir con ellos porque se sentían avergonzados).

A la habitual resaca con la que se despertaba los domingos se sumaba la tensión en el aire, los comentarios pasivo-agresivos y tener que autocontrolarse para no desbaratar las mentiras de su hermana cada vez que abría la boca (más que nada porque si no lo conseguía, corría el riesgo de que ella rebelase las suyas). Menos mal que ella sí se había independizado de verdad y ya no la veía tanto como antes (en realidad, la echaba de menos la mayor parte del escaso tiempo que pasaba bajo el techo de sus progenitores, pero eso era algo que un hermano pequeño jamás puede admitir ante su odiosa y perfectísima hermana mayor, menos aún después de pasarse media infancia oyendo eso de «¿por qué no puedes ser más como tu hermana cuando tenía tu edad?» cada cinco minutos).

Luc masticaba con desgana la lechuga de su ensalada y procuraba mantener su atención volcada en cada una de las hojas de su plato, aunque, de vez en cuando, lanzaba unas muy mal disimuladas miradas de desconfianza a su padre. Estaban a punto de concluir con los entrantes y aún no había comenzado con su rutinario interrogatorio de domingo, qué extraño.

Su padre dio un sorbito a su copa de Rioja, saboreando los segundos previos al momento de lanzar ese dardo que tanto sabe que va a doler. Alejó la copa de sus labios, que se torcieron hacia la izquierda. Luc sintió un nudo en el estómago, tragó saliva y se preparó para lo que venía.

—¿Qué tal va en el bufete? —dijo. Podría parecer una pregunta normal de padre interesado por sus hijos, habría sido lo habitual, lo deseable, pero no lo era. Era una prueba que debían superar.

Luc pudo oír como su hermana cogía aire antes de arrancar con la respuesta que sin duda había ensayado ante el espejo:

—Oh, genial. Muy bien. —Asintió con la cabeza con la vista fija en el tomate que pinchaba con el tenedor. Un truco que habían aprendido con los años era que resultaba más fácil pasar la prueba si no establecías contacto visual, aunque era imposible dejar de sentir los ojos claros de Luis Fonseca clavados sobre ti si él se lo proponía.

—¿Muy bien? —La vaga respuesta no pareció satisfacerle del todo, como cabía prever. Tomó el tenedor y lo introdujo en el cuenco de la ensalada—. ¿En qué trabajas ahora? —dijo a la vez que se llevaba el

tenedor a la boca.

Luc esperó por el bien de todos, y sobre todo por el suyo propio, dado que le tocaría sufrir el escrutinio después de su hermana, que Leticia aprobase el examen. Iba a ser duro, la tensión se palpaba en el aire, y Luis detectaría la más mínima incoherencia en la respuesta de Leticia. Era en momentos como ese cuando quedaba claro que había sido abogado penalista durante más de cuatro décadas antes de retirarse a los sesenta y tres, hacía solo dos años.

—En un caso de divorcio. Lo típico: se pelean por la casa, el coche... No firmaron un preacuerdo, así que están en régimen de bienes gananciales, y eso lo complica un poco, pero nada fuera de lo común. —Se encogió de hombros y Luc creyó ver una gota de sudor cayendo por detrás de su oreja.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó su padre, con la copa en la mano—. Un buen amigo mío es experto en contratos prematrimoniales y divorcios, puedo hacerle una llamada. Me debe algún que otro favor.

—No hace falta, de verdad, vamos bien. Ganaremos el caso, seguro. — Leticia asintió con toda la asertividad que pudo fingir. A Luis no solo le bastaba con que sus hijos fuesen abogados siguiendo sus pasos, tenían que ser, además, los mejores en su campo.

—¿Qué juez lleva la causa?

—Eh... Gómez —improvisó Leticia. Luc notó la inseguridad en su voz. Mal. Muy mal, Leticia.

—¿Gómez qué más?

El fregado en el que se estaba metiendo su hermana ella solita estaba a punto de hacer que resbalasen todos y cayesen de bruces contra el suelo. ¿Por qué tenía que mentir tan mal? Cruzó los dedos por debajo de la mesa esperando que el embauque funcionase. No era supersticioso, pero tampoco podía hacer daño. El siguiente paso era empezar a rezar.

La vista de Leticia se paseó por la mesa hasta que dio con algo que pudiese utilizar.

—Rioja.

Luc se indignó por dentro. ¿Rioja, en serio? Su padre no pareció notar la casualidad de que el apellido del supuesto juez coincidiese con la etiqueta de la botella de cristal que Leticia tenía justo en frente.

—Gómez Rioja. —Su padre masticó aquel nombre—. No me suena.

—Puede que sea nuevo, es bastante joven, por lo que tengo entendido —se apresuró a decir Leticia. «Buenos reflejos», pensó Luc entre bocado y bocado, aunque temió que esa pequeña victoria le hiciese bajar la guardia.

—¿Le representáis a él o a ella?

—A ella.

—¿Tienen hijos?

—No.

—¿Trabajadora?

—Sí.

—Hmmm —masculló su padre, quien rara vez dudaba o necesitaba un tiempo de reflexión. Parecía querer decir algo, pero se contuvo. Vaya, quizá esa mañana estaba de buen humor.

—Si necesitas algún consejo, alguien con quien hablar, avísame. Con los jueces nuevos de hoy en día uno nunca sabe qué esperar.

Acto seguido, y sin un segundo de tregua o señal de aviso, su mirada se depositó en Luc. Sintió como un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Y tú?

Cómo dos monosílabos podían contener y expresar tanto desprecio era algo que escapaba a su comprensión. Tal vez se trataba de un arte que se llegaba a dominar con la edad, aunque le parecía complicado lograr igualarle en algún momento de su vida. Incluso aunque llegase a cumplir más de cien años.

—¿Yo? —Bravo, estupendo. Justo la respuesta que su padre necesitaba para descargar la artillería sobre él. «Nunca dudes, nunca», se recordó.

—Sí, tú. ¿Vas a hacer algo de provecho con tu vida o vas a seguir malgastándola yendo de compras y de fiesta día sí y día también?

—Cariño, déjale. Al niño le gusta ir guapo y hace muy bien en quererse a sí mismo —intervino su madre, Mercedes Zambrano, una mujer enérgica de la que Luc y su hermana habían heredado los ojos avellana, el pelo miel (que con los años se había tornado primero castaño y después gris) y el carácter soñador. Siendo quince años más joven que su marido e infinitamente más atractiva, Luc siempre se había preguntado qué vio en él. También era cierto que con su esposa nunca había adoptado el rol de tirano

que representaba ante sus hijos, sino más bien todo lo contrario.

—Tengo la sensación de que *el niño* se quiere demasiado para lo poco que hace, sobre todo teniendo en cuenta que se quiere con *mi* dinero.

—También gano dinero por mi cuenta —dijo Luc en un alarde de valentía, eso sí, sin atreverse a alzar la voz por encima de un murmullo, lo suficientemente alto como para que su padre lo oyera.

—Sirviendo cafés con nata y limpiando barras. Tu madre y yo no te dimos la mejor educación para que tirases tus talentos por la borda, Lucas. Si sigues así, vas a acabar convertido en un don nadie, un maleante.

—Me llamo Luc... —susurró, esta vez de forma casi inaudible.

—¡Cariño, ya basta! —protestó Mercedes, agarrando el brazo de su marido con dulzura—. No hagas caso a tu padre, ya sabes cómo se pone los domingos... —dijo a su hijo.

—Eso, sigue mimándole. Luego nos preguntamos por qué nos ha salido así. —Fuera lo que fuese a lo que se refería, estaba claro que no era nada bueno—. Hazme el caso que quieras —le dijo, devolviendo su atención a él—. Pero recuerda que te quedan tres meses para que caduque nuestro acuerdo, tres meses... y te corto el grifo. —Enfatizó la amenaza con un gesto de tijeras que hizo con los dedos—. Tres meses y tendrás que elegir entre mantenerte a ti mismo con tu salario de currito o matricularte en Derecho el curso que viene. Como siempre, tú eliges.

Luc no dijo nada.

Como si no lo recordase a la perfección, ojalá fuese capaz de olvidarlo. Tal vez así le sería más fácil dormir más de dos o tres horas por las noches. Todo el mundo daba por hecho que su delgadez se debía a que no comía lo suficiente, pero él estaba seguro de que era la ansiedad de no saber qué estaba haciendo mal con su vida la que lo estaba devorando lentamente.

—Me sobran dos meses —dijo en un alarde de bravuconería que en realidad no sentía, menos aún teniendo en cuenta que ahora ni siquiera tenía una banda con la que triunfar y que, en realidad, lo de barista era una tapadera para poder ir y venir cuando quisiese. El último mes se había embolsado la friolera de veintitrés euros con ochenta, y no tenía ni la menor idea de cómo poner una cafetera.

Su madre se apresuró a cambiar de tema antes de que entrasen en uno

de aquellos bucles eternos sin salida que acababan con padre e hijo sin dirigirse la palabra durante una semana o dos.

Luc hizo de tripas corazón y se entretuvo con el segundo plato, un entrecot con una guarnición de patatas que apenas tocó. El postre llegó y pasó sin incidentes. Después del café, los asistentes de la reunión familiar comenzaron a dispersarse. Sus padres fueron los primeros en ponerse en pie para recoger los platos (los domingos eran el día libre del servicio, así que se limitaban a llevarlos a la cocina y dejar que la asistenta los lavase al día siguiente).

Lo habitual era que, antes del café, su madre les pillase por banda y les recordase que lo único que quería su padre era lo mejor para ellos, que tuviesen una vida «normal».

Para Luis Fonseca, el término normal incluía dos variables:

1. Todo oficio que se pudiese desempeñar vestido de traje y en el interior de una anodina oficina.

2. Cualquier cosa que implicase un contacto cero con lo paranormal.

Y eso solo significaba que ninguno de sus dos hijos encajaba dentro de sus expectativas de «normalidad». A veces, Luc creía que quizá sus esfuerzos por negar la percepción paranormal de la familia le habían servido para volverse selectivo con lo que veía u oía.

Desde luego, si él fuese un fantasma, no querría acercarse a Luis ni por casualidad. Luc se había preguntado mil veces qué había podido ocurrir para que tuviese semejante aversión hacia su propia naturaleza y hacia todo lo que tuviese que ver con la Guardia, pero era un tema tabú en aquella casa.

Leticia puso rumbo al modesto jardín tras apoyar la mano en el hombro de su hermano, que se giró hacia ella con un sobresalto, poco habituado al contacto físico. Leticia le hizo un gesto con la cabeza que decía «sígueme». Luc se levantó y caminó hacia el jardín trasero tras ella. Su hermana se sentó en una silla junto a la mesita bajo los toldos y Luc la imitó, buscando el rincón más alejado del sol.

—Así que un caso de divorcio, ¿eh? —dijo por la mera diversión de hacerle rabiar.

—Así que te sobran dos meses, ¿eh? —replicó, no sin razón. A Luc no

le quedó otra opción que tragarse su malherido orgullo—. Pero no te he hecho venir para discutir cuál de los dos tiene una vida más desastrosa. — Le miró fijamente—. ¿Qué tal tu cita?

Luc resopló. ¿Su cita? ¿Era eso de lo que quería hablar en secreto? Luc llevaba dos días intentando olvidar que su cita había sucedido, y lo último que le apetecía era hablar del tema, pero sabía que Leticia no se detendría hasta obtener la información que buscaba. No ejercía, pero se había formado en el campo de la abogacía en las mejores universidades y academias. Por no hablar de que, por lo visto, en la Guardia también tenía la ocasión de practicar su talento.

—Un desastre. No me pidas más detalles, por favor... —dijo, pero sabía que, a pesar de su concisión, Leticia querría oír hasta el último de ellos, no porque le interesase especialmente la vida amorosa de su hermano pequeño, sino porque siempre tenía la necesidad de saberlo todo.

—¿Cómo que un desastre? —Frunció el ceño y Luc supo que, antes incluso de que le contase lo ocurrido y su versión de los hechos, ella, en su mente, ya le estaba culpando a él de lo que fuese que había sucedido.

—Digamos que tienes muy mal gusto para las mujeres. No me extraña que sigas soltera. —Su hermana le instó a callarse con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres decir con mal gusto? ¿Qué hizo tan terrible? —dijo Leticia, aún molesta.

¿De verdad tenía que hablar de ese tema, *con ella*? Luc resopló.

—La chica es guapa y eso...

—Ya suponía que tu cita no fracasó por lo guapa que era —protestó Leticia, sarcástica.

—Pues para que veas que no soy tan superficial como crees —dijo, obviando el hecho de que había sido ella la que se había levantado sin más y le había dejado plantado—. Por guapa que sea, le falta un tornillo, ¿te puedes creer que me echó las cartas? Debe de ser una mística espiritual de esas... ¿Qué? —preguntó al ver como su hermana se mordía el labio con preocupación.

—¿Y... qué vio en tu destino?

—¡Leti! No vio nada, se lo inventó. Tienes que dejar el trabajo en la

oficina o donde quiera que cures, te empieza a afectar. No todo el mundo tiene poderes mágicos.

«Y mucho menos las *influencers* de... ¿de qué era, de esoterismo?». Si uno tenía un don como la magia no lo iba aireando por ahí para que todo el mundo lo supiese. Era de sentido común.

—¿Quieres callarte? —protestó ella, asomándose a la puerta de la terraza para asegurarse de que sus padres seguían en la cocina—. Echar las cartas es una costumbre bastante habitual entre brujas y, no sé, la forma en la que entrasteis en contacto fue un tanto extraña.

—Seguro... —dijo Luc, con tal condescendencia que su hermana le asestó una patada a la silla para tirarlo al suelo, una amenaza ante la que él casi ni se inmutó. Extendió sus delgadas piernas y apoyó los pies sobre el borde de la mesita—. La tía con la que salí el viernes... ¿una bruja? —Rio con una carcajada seca, entre dientes, lo suficientemente fuerte como para dejar claro su desacuerdo—. De verdad que ahora entiendo que la Inquisición acabase quemando a medio pueblo por herejía. Los de la Guardia sois unos paranoicos.

El lugar de enfadarse, su hermana continuó mordiéndose el labio. Tendría que haber estado furiosa, o al menos mosqueada, pero parecía estar...

—¿Prometes no preocuparte si te cuento algo? —dijo mirando a su hermano pequeño con un halo de duda y consternación.

—Yo nunca me preocupo. A mí me da igual todo. —Se encogió de hombros.

Pese a sus continuos esfuerzos por parecer el rey del pasotismo, su hermana no se mostró del todo convencida.

—Es que... Bueno... Cuando he llegado a casa, justo antes de bajarme del coche, juraría que he visto una sombra asomándose a la ventanilla que da al sótano. —Luc tragó saliva—. Tan pronto como lo he visto se ha esfumado y no he querido darle más importancia, pero... en fin, ahora me dices esto y yo... Hay una parte de mí que tiene el presentimiento de que sigue por aquí, ¿podría haber alguna relación entre ambas cosas?

—¿Qué? ¿No creerás que me ha echado una maldición, un embrujo o algo de eso? —dijo, recordando a la inocente chica rubia que le sacaba

fotos a su sándwich vegetariano desde cuatro ángulos distintos antes de probarlo. No acababa de imaginársela en torno a un caldero invocando al Señor de las Tinieblas.

—Podría ser una explicación... Tú dirás qué has estado haciendo para atraer la atención de las fuerzas de lo paranormal si no.

—Vale, vamos a suponer que es una bruja, que no lo es, ¿por qué me iba a maldecir?

Leticia alzó una ceja como si pretendiese decir «Porque eres tú, quizá». No entendía a santo de qué venía tanto empeño con que tenía que haber sido culpa suya, era su hermano, podía depositar en él un voto de confianza, o al menos fingirlo. Y además, ¿a qué venía aquella actitud? ¿Acaso las mujeres sienten algún tipo de fuerza que las impulsa a apoyarse entre ellas pase lo que pase?

—¿Has visto su canal? —preguntó su hermana, con la ceja aún alzada.

—La pregunta no es esa, sino qué hacías *tú* viendo su canal. —Seguía apuntando la ceja hacia él como si se tratase de un arma—. Para. Deja de juzgarme.

—No te juzgo, es que es muy triste el poco conocimiento que tienes del mundo mágico siendo un revelado. Claro que con lo que se ha esforzado papá por mantenernos en la ignorancia tampoco me sorprende...

¿Por qué tenía que meter a su padre en esto? Luc sabía lo pesada que se podía poner Leticia cuando se empeñaba en algo. «Se acabó». Sacó su móvil del interior de su bolsillo y fue derecho al directorio de contactos. Buscó hasta llegar a la C y dar con «Chica Tinder 3» (por extraño que pudiese parecer, nunca supo nada más de Chica Tinder 1 y Chica Tinder 2 después de la primera cita) y marcó el número.

—¿Qué haces? —preguntó su hermana.

—Preguntarle para que te quedes satisfecha. Ni es una bruja ni soy tan idiota como me pintas.

Y puede, solo puede, que también llamara porque una parte de él, seguramente su orgullo, seguía insatisfecho por la forma tan abrupta en la que se había cortado la comunicación justo cuando algo que no sabía explicar había empezado a removerse en su interior. No le vendría mal una segunda oportunidad para dejar claro que era él quien no quería nada.

Un tono. Su corazón comenzó a latir con desenfreno. Dos tonos. Notó que se le secaba la boca. Tres tonos. Se intentó convencer de que le era indiferente. Cuatro tonos. ¿Y si no lo cogía? ¿Acaso iba a pasar de él... otra vez?

—¿Lucas? —dijo una voz dulce, pero seria y sorprendida, al otro lado del teléfono.

—Me llamo... Bah, da igual. Mira, no te hagas ilusiones, no quiero volver a quedar contigo. Solo llamaba para preguntarte si eres una bruja. — Sonrió a medias (sonreír del todo era vulgar. Odiaba a la gente que sonreía mostrando los dientes como Sabele), con un derroche de confianza que rozaba lo insultante, y le guiñó un ojo a Leticia, que enterró el rostro entre sus manos, seguramente preguntándose por qué le tenía que tocar a ella tener semejante hermano.

—Eh... sí. Pero no entiendo a qué viene esto ahora.

La media sonrisa se desvaneció de su rostro. Desde luego, esa no era la respuesta que esperaba recibir.

—Lo estoy preguntando en serio. —Porque era una broma, ¿verdad? Le estaba respondiendo en tono de burla, jugaban a alguna clase de juego retorcido que él había comenzado. Tenía que ser eso.

—Ya lo sé. —Hubo una tensa pausa en la que ninguno de los dos se atrevió a pronunciar una sola palabra—. De verdad que no entiendo el motivo de esta llamada. Si pasa algo mándame un mensaje de WhatsApp, como todo el mundo.

—Eres... Eres una bruja... —Esta vez era su hermana la que asentía con la altivez del que acaba de encestar un rotundo «te lo dije».

—¿No has visto los vídeos de mi canal?

¿Su canal? ¿Para qué? Sí, de acuerdo. Después de la cita había visto un par de vídeos de trucos para confeccionar saquitos de piedras que supuestamente daban suerte, pero eso no podía ser brujería, ¿verdad? Por algún motivo, esperaba algo más impactante, llamaradas, truenos, gatos negros maullando en la noche cerrada, pociones elaboradas con la sangre de los inocentes para vivir eternamente joven... No inciensos y... piedras.

—¿No se supone que lo tienes que ocultar o algo así?

—Estamos en el siglo XXI, Lucas. Bienvenido.

—Tengo... tengo que colgar. Hasta luego.

—¿Y bien? —preguntó su hermana con una sonrisilla autocomplaciente.

Se alejó el teléfono de la oreja y deslizó el dedo por la pantalla con frenesí hasta que logró finalizar la llamada. Una bruja. Sabele era una bruja. ¿Le habría maldecido de verdad? ¿Era esa la razón de que le siguiese una sombra? ¿Por eso no se podía quitar de la cabeza el color exacto del que había pintado sus labios, a pesar de que le parecía una tía insufrible, superficial y vanidosa? Definitivamente le había embrujado, aunque, en ese preciso momento, esa no era su principal preocupación.

«Dios... no va a haber quien aguante a mi hermana ahora».



Sabelle observó el móvil en silencio unos cuantos segundos hasta que logró procesar la absurda conversación que acababa de tener. Depositó el aparato en el rincón del escritorio de donde lo había cogido con una mueca de desprecio. «¿Qué demonios le pasa a este chico?», se dijo.

Al contrario que Lucas, ella no tenía tiempo que perder con estupideces de semejante calibre. ¿Y qué si era una bruja? ¿De verdad tenía que llamar un domingo a las tres de la tarde para preguntarle eso? Le había contado la verdad, pero lo cierto era que no contaba del todo con que la creyese. Hacía unos cuantos siglos, los corrientes habrían intentado quemarla en la hoguera, pero hoy en día, las tecnologías habían vuelto tan escéptica a la gente que podías hacer desaparecer un elefante ante sus narices y estarían convencidos de que se trataba de un simple truco.

«Tenía que haber puesto el móvil en modo avión». Miró el reloj en la pantalla y comprobó que en realidad eran casi las cuatro, lo que, seguido de un gruñido en su estómago, le recordó que aún no había comido.

Tomó el portaminas entre sus dedos y se dispuso a seguir trazando los

bocetos de las runas que iba a emplear en su hechizo para la prueba de aprendiz mientras consultaba en el pesado tomo de tapas enrarecidas y páginas ajadas. Tras cinco minutos intentando pasar del primer párrafo sin resultado, decidió que era el momento de hacer una pausa para comer y tomarse una tila. El muy desconsiderado la había desconcentrado con sus preguntas impertinentes.

En mala hora había permitido que Ame hiciese aquel conjuro. Si lo hubiese sabido, jamás habría instalado esa condenada aplicación. Se suponía que sería divertido, que le ayudaría a relajarse, a conocer gente nueva, a divertirse y a mantener su mente despejada... En lugar del entretenimiento que casi le habían garantizado, vivía estresada con el recuerdo de la carta negra. «Los de Tinder van a lo que van», había oído decir mil veces. De todos los tíos que había en Madrid, tenía que cruzarse precisamente con él, el único que no llamaba de madrugada con propósitos indecentes, sino en mitad de la tarde con preguntas absurdas. Su tan fiable estadística le había fallado. Lo suyo era mala suerte. «Mala suerte... o el destino», replicó una vocecita en su cabeza a la que instó a callarse. No. No iba a perder su magia por nadie, y menos por un tío (y aún menos por un tío *como él*).

Cruzó el pequeño salón consciente de que no lucía su mejor aspecto. A su despeinado moñete, al pijama que había llevado durante dos días seguidos sin un ápice de remordimiento y a sus gigantescas gafas metálicas se sumaban unas ojeras que delataban su falta de sueño.

Avisó de su presencia a sus compañeras de piso con algo más parecido a un gruñido que a un saludo.

—Si buscas algo de comer, te hemos dejado un *tupper* con *noodles* en la nevera —dijo Rosita desde el sofá.

—Que he hecho yo, por cierto —le replicó Ame a su amiga.

En realidad no era preciso que hiciese la aclaración, Ame era la única de las tres capaz de preparar algo que no fuese un sándwich o una ensalada. Lo cual resultaba irónico teniendo en cuenta que Rosita era toda una experta con el caldero a la hora de elaborar pócimas.

—Gracias, chicas.

Calentó los fideos en el microondas junto al agua para la infusión y

volvió a encerrarse en su cuarto, rodeada por una pila de libros. El reproductor aleatorio de su ordenador estaba en mitad de una canción que había escogido por ella. *It's Saturday and I won't be long til I hit the dance floor*. Se sentó de nuevo frente al libro, depositó el *tupper* y la taza en la mesa junto a ella y sujetó el pesado volumen con una mano y el tenedor con la otra mientras comía sin apartar la mirada de las páginas. Tenía que concentrarse. *I ain't got cash, but I got you, baby*.

Pasó a la siguiente canción convencida de que oír hablar de las virtudes de la fiesta y el amor no eran lo mejor para una tarde de trabajo intenso. *What were you doing in my dream last night, honey?* Genial... hasta su reproductor automático sabía que había soñado con él las últimas dos noches. Acaba de encontrar una cosa más de la que arrepentirse: embrujar sus listas de reproducción para que de verdad se adaptasen a su estado de ánimo. *Well, you could wash my brain, you could tear out my heart, but I would never forget you*. Desconectó el altavoz justo cuando la cantante acaba de pronunciar la estrofa que más logró sacar de quicio a Sabele. *And it's kill, kill, killing me that I'm still in love with you*. El universo se estaba riendo de ella, no había otra explicación.

—¡Que no estoy enamorada de nadie! —le gritó al aparato, que enmudeció en el acto.

«¿Por qué habrá tenido que llamar? Con lo tranquila que estaba». Se había esforzado tanto por fingir que solo existía en su subconsciente que casi lo había conseguido. Pero casi no era suficiente. Necesitaba dar el cien por cien de sí misma en los próximos días, así que no tenía un mísero uno por ciento que desperdiciar en una causa perdida.

La reunión bianual del aquelarre de Madrid tendría lugar en menos de una semana. Siete días. Ciento sesenta y ocho horas.

El mundo de las brujas era relativamente pequeño, así que era una comunidad unida en la que casi todas se conocían entre sí. Se reunían en numerosas fiestas del calendario pagano, tal y como hacían las familias corrientes en Navidad, pero solo dos veces al año, todas las brujas de la ciudad, sin excepción, eran invitadas a reunirse en la sede del aquelarre en Madrid. Y solo en una de esas dos ocasiones, Flora escogía a una de ellas como aprendiz para el próximo año. La última de las jóvenes brujas que

había estudiado con ellas acababa de conseguir una beca completa en la prestigiosa universidad de magia inglesa Croydon, donde era prácticamente imposible entrar sin una madrina, así que había mucho en juego para Sabele.

Cada aquelarre contaba con sus propios mitos y leyendas; como Flora, la líder del aquelarre. Nadie sabía a ciencia cierta qué edad tenía Flora, ni de qué familia procedía, así que había todo tipo de rumores absurdos sobre a qué se dedicaba o con quién se había relacionado antes de ir a parar a Madrid en la década de los ochenta. La magia la había elegido como líder cuando ella era muy joven (o al menos aparentaba serlo). Aunque las malas lenguas decían que no era muy hábil en la magia rápida, era famosa por el poder de sus hechizos ancestrales. Se decía que, una vez, incluso casi llegó a detener el tiempo. A pesar de su inexperiencia en la magia cuando accedió al cargo, Flora había empleado su posición para mediar en la ardua labor de solidificar la frágil paz con nigromantes y con la Guardia con éxito durante las últimas dos décadas.

A Sabele su pasado no le interesaba tanto como su futuro (sobre todo porque sospechaba que la realidad no era tan apasionante como la imaginación la llevaba a creer). Al igual que todas las Damas, desde que accedió al cargo, Flora escogía a una estudiante cada año de entre las brujas más jóvenes y la instruía en las artes mágicas y sus secretos. Las aspirantes debían obrar ante ella una demostración de talento tras la cual tomaba su decisión para posteriormente proclamar a la elegida. Sabele llevaba años queriendo, no, ansiando, presentarse, y por fin se había decidido a dar el paso. Era su momento, se sentía más fuerte y sabía que nunca, o al menos así había sido hacía unas cuantas semanas, cuando firmó y presentó su candidatura ante el consejo.

«Concéntrate», se reprendió a sí misma. «No puedes echar tu sueño a perder». La gran mayoría de las brujas compaginaban sus poderes con una vida corriente, trabajos corrientes, amigos corrientes e incluso, en algún caso, parejas corrientes. Sin embargo, las más talentosas solían entregar su vida al estudio de la magia, a su protección y a la de la comunidad, así como a transmitir sus conocimientos a las nuevas generaciones.

Si había algo que Sabele estaba segura que no podría soportar, era tener

que conformarse con llevar una de esas vidas anodinas. Ni siquiera consideraba que se tratase de una elección, no para ella. Era una bruja, ¿cómo iba a renunciar a su verdadera naturaleza a cambio de aspirar, con suerte, a un contrato indefinido o a una bonita casa con piscina en el norte de Madrid? Todas esas cosas estaban muy bien, pero nunca las había deseado (ni entendía como nadie con poderes mágicos podía hacerlo). Tampoco ansiaba grandes lujos, ni la fama o la gloria. Sabele era ambiciosa, pero solo en lo relativo a cumplir su sueño de vivir empapada de magia. Estaba dispuesta a trabajar para conseguirlo, y convertirse en aprendiz de Flora era casi un sinónimo de integrarse en la cúpula del aquelarre, una vía rápida a un buen estatus dentro de la comunidad y una oportunidad única que no estaba dispuesta a dejar pasar.

Y sin embargo...

Su cabeza se empeñaba en divagar. Miró hacia el móvil, preguntándose si habría algún mensaje nuevo que se le había escapado, alguna notificación de Instagram... Alargó la mano, pero antes de que llegase a tocar la pantalla, un maullido la detuvo. Alzó la mirada y vio a Bartolomé, el gato rubio que iba y venía de la casa cuando le placía, mirándola fijamente. «¿Qué te crees que estás haciendo?», parecían decir sus ojos.

—Hola, guapo... —Extendió la mano hacia el gato, sentado en el borde de la mesa—. ¿Cuándo has llegado hasta aquí? —Dejó que le olisquease la mano antes de acariciarle entre las orejas.

A pesar de sus mimos, Bartolomé mantuvo la mirada de reproche.

Hay historias en las que se dice que las brujas y los gatos pueden comunicarse mentalmente, y otras que insinúan que las hechiceras comprenden el idioma de los mininos, y aunque no están del todo equivocados, tampoco es del todo cierto. Las brujas solo pueden hablar con los gatos que les pertenecen, o mejor dicho, los que les han jurado lealtad, y Sabele sospechaba que aquel gato era demasiado libre como para tener un dueño o como para ser un animal familiar. Aun así, comprendió a la perfección su gesto condescendiente.

—Lo sé —suspiró, obligándose a ser sensata, un viejo hábito que tenía dominado—. Prioridades.

El gato maulló a modo de aprobación cuando Sabele puso el móvil en

modo avión, lo dejó bocabajo en la mesa y se obligó a trabajar en el diseño de la estructura que seguiría en su demostración de talentos.

Se había librado de todas las preocupaciones que la turbaban para no autosabotearse, incluso había tomado la decisión de romper con Cal, algo que llevaba tiempo retrasando, para poder tener el espíritu en paz. No iba a permitir que cuarenta y cinco minutos de una cita con un idiota y una mala carta echasen por tierra sus esfuerzos y su futuro.

«Se acabaron las tonterías. Vamos allá», se dijo antes de empezar a escribir en su cuaderno mientras Bartolomé se acomodaba sobre su regazo.



Leticia se detuvo ante la verja metálica, tan elegante como el resto del recinto. A simple vista parecía una alineación de varas negras decoradas con unas cuantas florituras, pero eran mucho más que eso. Su valor residía en el símbolo que suponían, una frontera que dividía el mundo en dos mitades diferenciadas: a los que sabían de los que ignoraban, a los que podían ver de los ciegos, a los protectores de los protegidos y, para muchos de los que las cruzaban a diario, a los superiores de los vulgares. Al otro lado del escudo formado por una puerta que imitaba la entrada al paraíso y una espada cruzada que la protegía, se encontraban los herederos de los primeros revelados, quienes decidieron velar por el equilibrio en la Tierra y que, más tarde, fueron malogrados por la oscura era de la Inquisición.

El orgullo propio de la institución se vislumbraba en los altos árboles y arbustos que ocultaban el pequeño palacete a ojos del mundo y en el colosal tamaño de sus puertas cerradas a cal y canto. En la distancia se confundía con otra de las tantas embajadas y edificios institucionales que se extendían a ambos lados del paseo de la Castellana, sin embargo, una vez dentro, podía presentirse una esencia ya perdida en el mundo de los humanos

corrientes, la prudencia del que conoce los peligros a los que se expone y la soberbia del que cree poder enfrentarse a ellos. Además de un cierto olor a rancio que Leticia detestaba.

La Guardia era una institución basada en la conservación del pasado y había sido construida sobre la tradición; resultaba complicado convencer a sus altos cargos de que, sin que importase si era o no de su agrado, los tiempos habían cambiado y seguirían haciéndolo con o sin ellos. Leticia, como muchos otros jóvenes en la Guardia, prefería pensar que el respeto por el pasado y la mirada puesta en el futuro eran compatibles.

Pese a ser una novata en todos los aspectos, Leticia se había convertido rápidamente en agente de campo. No eran muchos los voluntarios para ocupar aquellos puestos que implicaban trabajar en el terreno en lugar de en una cómoda silla, así que no le habían puesto muchas pegas después de que pasase todas las pruebas. Su misión, como la de cualquier agente de la Guardia, era asegurarse de que el delicado equilibrio del mundo mágico se mantenía inalterado y de que todos los ciudadanos corrientes permanecían a salvo.

Pasó su tarjeta de identificación por el lector y aguardó a que los vigilantes comprobasen su identidad a través de la cámara que la vigilaba desde lo alto de la valla (en materia de seguridad sí que habían abrazado el progreso). «Como si les fuese a servir de algo», pensó, como cada vez que entraba en el recinto, que por fortuna no eran demasiadas. Lo que de verdad les mantenía seguros eran el poder político de la institución y su haber de reliquias capaces de anular el poder de la magia.

El cerrojo de la puerta se abrió y Leticia empujó para adentrarse en el jardín. Lo recorrió con pasos rápidos, pisando fuerte con sus mocasines y protegiéndose del frío de la mañana bajo su gabardina. Después de ir sudando en el metro, encogida entre un amasijo de desconocidos, el aire fresco la atravesaba como dagas afiladas.

«Malditos lunes».

Si al menos pudiese haber seguido con sus tareas habituales... En cambio, su jefe de sección la había hecho llamar, y no entendía por qué. «¿Habría habido alguna queja? Tal vez los fantasmas habían protestado por sus continuos interrogatorios».

Cruzó la puerta de entrada del palacete de piedra blanca y se sometió al control de seguridad rutinario nada más atravesarla. Una vez que comprobaron que iba desarmada y, sobre todo, que no era ningún tipo de ente mágico maligno (lo que para ellos se reducía a cualquier ente mágico), le permitieron continuar con su camino. Subió las escaleras hasta la segunda planta, donde se cruzó con un par de administrativos que la miraron fugazmente con cierto desprecio, y recorrió el pasillo hasta llegar al despacho del fondo. Llamó a la puerta y escuchó un seco «adelante» al otro lado.

—Buenos días, señor —dijo con actitud diligente. Tenía mucho por demostrar en aquella organización, y estaba dispuesta a hacerlo aunque para ello tuviese que reprimir su carácter. Ese que siempre la llevaba a cuestionarlo todo.

—Buenos días —dijo su jefe, un hombre trajeado, regordete y bigotudo que no levantó la vista de los informes que se extendían por su mesa.

Leticia siempre se preguntaba cuándo descubrirían la existencia de los ordenadores y de la informatización en la Guardia. Seguía sin mirarla a los ojos cuando dijo:

—Siéntese, agente...

—Fonseca.

Leticia se sentó y aguardó paciente a pesar del tenso silencio que se instauró en la habitación durante los minutos que su jefe se tomó para acabar con sus tareas.

José Antonio Herrera llevaba treinta años en la Guardia, lo que suponía la totalidad de su experiencia laboral como adulto, y a pesar de no haber pisado nunca el terreno, había logrado ascender hasta el puesto de Director de Operaciones de Seguridad. Nadie podría explicar cómo, aunque había muchas teorías; la más popular, que su talento para ser mediocre en la justa medida le permitía pasar desapercibido lo suficiente como para evitar parecer un completo inútil. Ningún alto cargo, de esos a quienes nunca veía por ahí y que coqueteaban con puestos en el Gobierno corriente, le consideraba un posible enemigo político, así que era la persona ideal para el puesto. Fuese cual fuese la respuesta, estaba más que claro que no se debía a su don de gentes ni a su interés por los demás.

—Y, eh... ¿Fonseca? —dijo, apartando al fin los papeles.

Leticia asintió. Llevaba tres meses trabajando en su departamento y su jefe ni siquiera era capaz de retener su nombre en mente más de treinta segundos. Sus esperanzas de lograr un ascenso en el primer año se esfumaron por completo.

—Supongo que será consciente de que este fin de semana tiene lugar la reunión del aquelarre de las brujas de Madrid.

Una leve mueca de desprecio se asomó a sus labios finos, casi ocultos bajo el bigote canoso al pronunciar la palabra «brujas», y se quedó ahí durante el resto de la frase.

Leticia asintió. No era ningún secreto que la Guardia, pese a hallarse en un supuesto estado de «paz diplomática» tanto con las brujas como con los nigromantes, vigilaba todos sus encuentros y movimientos con suma atención. «Dadles la mano, pero que no cojan el brazo» era la política extraoficial de la institución. Lo sabía de sobra, tanto como cualquier agente, y sin embargo, Leticia no comprendía qué tenía que ver todo eso con ella. Nunca había trabajado con brujas, pero tampoco pretendía hacerlo: los fantasmas y seres espectrales de otros planos eran, y siempre habían sido, su especialidad.

—Una de las agentes sobre el terreno ha sufrido un... percance con un objeto hechizado —explicó el señor Herrera.

—Oh, cielos, ¿se encuentra bien?

—¿Eh? ¡Oh! Sí, sí, despertó a un *poltergeist* por accidente, estará bien en un par de semanas... probablemente. —No se esforzó por fingir interés en sus palabras—. Se le pasará... En fin, lo relevante aquí es que era la encargada de vigilar al aquelarre y, evidentemente, ya no podrá atender el asunto en cuestión.

—Ajá —respondió Leticia, que comenzaba a discernir por dónde iba el asunto y no le entusiasmaba la idea en absoluto.

—Sabemos dónde y cuándo será gracias al trabajo de su antecesora en el puesto, así que, en resumen, necesitamos que se infiltre, Fonseca.

—¿Qué me infiltre?

—Que se infiltre —repitió su jefe con desgana, pero comenzando a perder la paciencia—. Es una gran oportunidad para demostrar de lo que es

capaz, agente. Veo en su ficha... —dijo rebuscando de nuevo en los papeles — que solo lleva unos cuantos meses en el departamento.

¿Una oportunidad? ¿De qué, de cazar brujas? No le interesaba lo más mínimo. Hacía décadas que la comunidad mágica no era verdaderamente problemática. Por ella podían seguir jugando con sus pócimas y conjuros baratos cuanto quisiesen.

—Señor, no pretendo ser impertinente, pero llevo semanas trabajando en un caso. Cuento con pistas sólidas que me llevan a concluir que alguien está intentando manipular las conexiones de nuestro mundo con otros planos. Verá, he encontrado varias brechas por toda...

—Fonseca, he leído —Y con «leído», Leticia estaba segura de que quería decir «ojeado por encima, diagonalmente y sin muchas ganas»— sus informes. Comprenda que antepongamos los hechos y lo urgente a sus... especulaciones. Cíñase a seguir las direcciones que acaba de recibir. — Estuvo tentada a preguntarle cuáles eran exactamente esas direcciones—. Todo lo demás es irrelevante, ¿comprende?

Leticia se tomó unos instantes para asumir que no iba a ser escuchada y morderse la lengua. Finalmente asintió. Cuanto antes acabara con aquella misión absurda, antes podría volver a su caso.

—Es usted joven, Fonseca... Pronto comprenderá que el salario a final de mes y satisfacer a sus superiores es mucho más importante que los ideales sin fundamento o la necesidad de satisfacer su ego. —Así que ese era el secreto de su éxito—. El mundo no necesita que usted lo salve, solo que ocupe su puesto y haga lo que se le manda sin alborotos, ¿comprende? —Esta vez preguntó con el tono paternalista de quien intenta razonar con una niña pequeña.

Leticia asintió, aunque en sus pensamientos rondasen ideas muy diferentes a las que él le proponía, como el de que el día en que lograrse ocupar el puesto de su jefe, la forma en la que funcionaban las cosas en la Guardia iban a ser muy diferentes. Mientras tanto, no le quedaba otra opción que pasar por el aro y lograr adentrarse en el aquelarre sin levantar sospechas. ¿Cómo iba a hacerlo? No tenía la menor idea.

—Sí, señor.



Sabele lo intentó con todas sus fuerzas. Se había decidido a no volver a dedicarle ni un solo pensamiento a Lucas, y lo habría conseguido si el chico no insistiese en aparecer en su camino continuamente. ¿Cuáles eran las probabilidades? Ni a la magia ni al universo parecía importarles que todo aquel asunto comenzase a resultar ridículo.

El lunes fue a recoger a Ame a la salida de su escuela de moda para ir a tomar un café y despejarse charlando un rato cuando dio de bruces con él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con el ceño fruncido, adoptando una actitud defensiva al verle y repasando mentalmente las técnicas que había aprendido en aquel cursillo de defensa personal que hizo hacía ya dos años.

—No creo que sea asunto tuyo. —Se encogió de hombros y siguió andando como si nada.

El martes, Sabele fue a buscar un libro que necesitaba a una tienda especializada en La Latina y, cuando subió al vagón de la línea cinco de metro, su estúpida cara fue lo primero que vio. Se sentó en el único asiento libre, precisamente frente a él, y aunque la tensión en el aire era de una magnitud considerable, se negó a alterar uno solo de sus planes por el joven

músico. Si le molestaba su presencia, que fuese él quien se bajase. Pero Lucas no dio muestra alguna de sus sentimientos al respecto más allá de un gesto de sorpresa inicial. Siguió escuchando su música con los auriculares puestos y ladeando de vez en cuando la cabeza al ritmo de la melodía como si nada. «Si a él no le importa, a mí menos», se dijo, aunque no dejó de preguntarse durante todo el trayecto por qué demonios estaban tardando tanto en llegar a Gran Vía.

El miércoles, Sabele decidió encerrarse en casa y trabajar de forma intensiva. Apagó su móvil e incluso desconectó el teléfono fijo, al que solo llamaban las compañías telefónicas y las energéticas para hacer *telemarketing*. Así de dispuesta estaba a no arriesgarse a tener el más mínimo contacto con él. A la hora de la comida, después de horas y horas estudiando, le invadió un hambre atroz y, al abrir la nevera, la encontró completamente vacía salvo por un brik de leche a medias. No pensaba arriesgarse, compraría una empanada *spanakopita* en el *take away* griego que había debajo de su casa y subiría corriendo. No le llevaría más de cinco minutos, así que ni siquiera le compensaba cambiarse de ropa o peinarse en condiciones.

Lo que obvió es que trescientos segundos son más que suficientes para que el universo haga de las suyas.

Nada más poner un pie en la calle, antes incluso de que la puerta del portal se cerrase tras ella, se lo encontró de frente en mitad de la Corredera Alta de San Pablo, cargado de bolsas que rebosaban ropa de segunda mano. Ambos se detuvieron en seco y se miraron. «Este es mi territorio y no quiero volver a verte por aquí», le habría dicho si no estuviese ocupada fingiendo que su existencia le era indiferente.

—Bonito pijama —se burló el músico.

Sabele le ignoró y, tras asegurarse de que la puerta se había cerrado bien, le pasó de largo como si no estuviese ahí. Una vez encasa, ya con su empanada y un zumo de frutas, llegó a preguntarse si no se lo habría imaginado.

Como el viernes tenía que irse pronto a dormir para estar descansada, el jueves se permitió el lujo de salir un par de horitas con sus amigas brujas a tomar algo por la zona. Fueron a un pequeño *pub* a medio camino entre bar

y discoteca con una clientela reducida pero fiel. Si nunca le había visto allí, no lo iba a hacer entonces, precisamente un jueves, así que se sentía relativamente segura. Bailó, charló con un par de desconocidos e incluso se permitió el lujo de una ingesta moderada de alcohol. Cuando volvía de pedir una copa en la barra, descubrió que el rostro del DJ le resultaba demasiado familiar. Acababa de gastarse ocho euros en un mojito y no podía permitir que encontrarse *otra vez* con Lucas se lo arruinase, o al menos haría todo lo posible por disimularlo. Le dio la espalda y continuó bailando como si nada, deseando en su fuero interno que el par de horitas acabase cuanto antes.

Por fin llegó el viernes, y con él la paz. Se había asegurado de tener la nevera bien llena para no tener que salir; en el peor de los casos, haría un pedido a domicilio a alguna de esas webs de comida rápida, había aprendido la lección. Ya sería demasiado que, además de músico, Lucas resultase ser repartidor, aunque ya nada la habría sorprendido. Pudo estudiar, ensayar y meditar. Incluso tuvo tiempo y ganas de hacer un poco de yoga. Quedaban menos de veinticuatro horas para su gran oportunidad. Se metió en la cama con una sonrisa y el presentimiento de que por fin había roto la maldición. Quizá el dichoso hilo rojo había comprendido que no había nada que hacer, que sus dos extremos preferían estar lo más lejos posible el uno del otro, que nunca iba a ocurrir.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso ahora. La expectación y los nervios se arremolinaban en su estómago. Mañana iba a ser un gran día. Tal vez consiguiese cumplir sus sueños. Colocó un saquito de manzanilla debajo de la almohada para asegurarse de que su mente permanecía despejada y una piedra de jade sobre la mesilla para evitar las pesadillas. Había resistido la tentación de otear en su bola de cristal para no ponerse aún más nerviosa. «Va ir bien», se dijo, convencida de que su fe en la magia daría sus frutos. Apagó la luz, se hizo un ovillo bajo las sábanas y se dejó abrazar por Orfeo.



En su primer día en la Guardia le advirtieron de que habría muchos fines de semana en los que le tocaría trabajar y que no serían remunerados. No le importó. El deber era lo primero. Claro que nunca se había imaginado a sí misma en una situación como esa. Quizá entonces hubiese opuesto más resistencia.

Revisó todos los informes que pudo sobre el trabajo de su predecesora en el puesto y siguió sus últimos apuntes a rajatabla, o al menos lo intentó.

Había tomado prestado un viejo vestido de gala de color *champagne* del armario de su madre, unos zapatos de tacón con los que apenas podía mantenerse en pie y un diminuto bolso en el que había escondido sus esposas, su placa y el arma reglamentaria. Se sentía ridícula.

Por si la situación no fuese lo bastante absurda, llevaba escondido debajo del vestido un pequeño artilugio del tamaño de un botón que, según María José, la encargada del inventario de la Guardia, era todo un portento. «Tienes suerte», le había dicho. «Son tecnología punta alemana. Nos acaban de llegar veinte de la Guardia de Berlín». ¿Veinte? No necesitaban veinte simuladores de auras. Leticia se preguntó quién se habría llevado una comisión con la venta. En teoría, el cachivache, una prodigiosa unión de

tecnología y magia, era capaz de imitar el aura de una bruja sobre el cuerpo de su portador para dificultar la detección de un intruso.

Vestida como una princesa Disney y con el único plan de pasar desapercibida, Leticia se detuvo frente a la entrada de aquel, en apariencia mundano, edificio en Gran Vía. «Desde luego, les gusta estar en el centro del meollo», pensó, observando desde la distancia el reguero de mujeres engalanadas que no dejaban de entrar en el edificio. Por lo que sabía, se habían hecho con el edificio en los años veinte y lo habían conservado intacto durante la Guerra Civil. Fueron muchas las brujas que cayeron al unirse a la defensa de la ciudad en los años más oscuros de la dictadura.

A pesar del llamativo aspecto que lucían las mujeres que cruzaban las puertas metálicas, Leticia se percató de que nadie reparaba en ellas, ni una sola mirada indiscreta se posaba sobre sus elegantes vestidos y abundantes joyas. Cualquiera persona corriente que se propusiese encontrar y acceder al edificio tendría grandes dificultades para hacerlo. La sede del aquelarre no solo estaba protegida por un hechizo que impedía el acceso a quienes no hubiesen recibido el permiso de una bruja en alguna ocasión, sino que también producía un efecto de amnesia selectiva. Los corrientes que pasaban ante él lo veían, pero ninguno recordaría haberlo hecho al cabo de unos minutos.

Ella estaba protegida de ambos conjuros por dos motivos, en primer lugar, era una revelada, y eso le permitía detectar los efectos de la magia, al contrario que los corrientes, ciegos a ella. Y en segundo lugar, podría entrar y salir a placer del edificio gracias a la placa que normalmente llevaba ceñida al cinturón (en el interior del bolsito en ese caso). La fina lámina de metal con el emblema de la Guardia (la puerta y la espada) no solo la acreditaba como agente oficial con su consiguiente jurisdicción, también le permitía acceder mediante una especie de «vacío legal» o de «acuerdo mágico» a cualquier espacio protegido por un conjuro, ya fuese fruto de la magia de las brujas o de la de los nigromantes.

En teoría, estaba preparada para cumplir su misión, y no había motivos de preocupación. Solo tenía que permanecer ahí de pie unas cuantas horas rodeada de mujeres atractivas, estar atenta a todo cuanto escuchase, comer unos cuantos canapés, asegurarse de que el encuentro no daba lugar a

ninguna manifestación mágica ilegal ni de que se estuviese tramando alguna conspiración maligna y volverse a su casa a dormir.

No era tan complicado.

El único inconveniente era que había un buen motivo por el cual Leticia prefería tratar con los muertos. No se le daba demasiado bien la gente.

«Es solo trabajo», se recordó. Inspiró hondo y cerró los ojos, imaginando que era la espía rusa de alguna de sus novelas negras favoritas. «Solo cíñete a tu papel. Eres una bruja. Eres nueva en la ciudad y por eso no conoces a nadie. Eres una bruja», se repitió mientras obligaba a sus pies a moverse, un paso tras otro, vacilando sobre las agujas del tacón hasta llegar a la puerta. Posó su mano en el pomo y sintió un escalofrío cálido centelleando por sus dedos cuando este se abrió solo.

Entró al edificio y subió las escaleras, rodeada por otras cuantas brujas de distintas edades vestidas como si acabasen de llegar de un bodorrio, pero con una especie de estilo natural que las distinguía del resto de los mortales. «Me van a pillar», se dijo, «es imposible que no se den cuenta».

Leticia tenía dones que la convertirían en una gran investigadora, pero lo suyo no era la gracia y la elegancia. Ni siquiera era capaz de mantener una buena postura durante más de tres segundos, para el pesar de su madre. «¿Por qué hay tantas escaleras? Son brujas, ¿no? Podrían poner un ascensor encantado o algo así».

Cada paso era un desafío, hasta que, finalmente, el temblor de sus pies acabó por vencerla y tropezó en mitad de la escalera de camino a la segunda planta. Cayó de bruces y detuvo el impacto con los codos y las rodillas, lo que le hizo pensar instantáneamente en los moratones que tendría el día siguiente.

Tras comprobar que seguía de una pieza, se percató de que alguien la observaba. Al levantar la vista descubrió que media docena de brujas la miraban fijamente con consternación y que una de ellas se había agachado junto a ella.

—¿Estás bien? —preguntó la joven, pero Leticia enmudeció, prendada de los gigantescos y brillantes ojos negros de la joven.

Su pelo oscuro y extremadamente rizado cayó en una gloriosa cascada hacia ella cuando se inclinó para tenderle su mano morena.

—Eh... —Leticia se puso en pie por sus propios medios—. Claro. Sí. Muy amable.

La chica sonrió, mirándola de pies a cabeza.

—Ten, se te ha caído esto. —Sostenía uno de los zapatos *beige* entre los dedos, y Leticia lo cogió para ponérselo sin decir una sola palabra. Se limitó a agradecerle el gesto con un leve asentimiento de cabeza—. Me encanta tu vestido —dijo, y Leticia sintió como se derretía por dentro. «Céntrate. Has venido a trabajar».

—Gracias, eh... —«Rápido piensa, ¿qué diría una agente infiltrada para no despertar sospechas?»—. Me encanta tu pelo.

La chica sonrió aún más y se volvió hacia una de sus amigas.

—¿Lo ves, Ame? Mucho mejor suelto que recogido.

Leticia siguió la trayectoria de su mirada y estuvo a punto de volver a tropezar al reconocer a una de sus amigas. Era la chica de YouTube. La que había quedado con su hermano. Oh, Dios. ¿Y si le había cotilleado y había dado con alguna foto en la que estuviesen juntos? ¿Y si la reconocía y se percataba de que no era una bruja ni nada que se le pareciese?

—Eh... Tengo que irme —dijo, dándoles la espalda y procurando cubrirse el rostro todo lo que podía con su corta melena.

—¡Espero verte luego, Cenicienta!

Leticia corrió tan rápido como se lo permitieron los que en su fuero interno pasaron a ser «los estúpidos tacones», que no era demasiado, y se refugió en el pasillo de la segunda planta. Apoyó la espalda contra la pared intentando coger aire, pero su descanso no duró demasiado.

—Te digo que he sentido un aura extraña —dijo una voz por el pasillo.

—¿Extraña? ¿A qué te refieres?

«Nadie notará la diferencia, blablablá», pensó Leticia, recordando las palabras de la mujer. «Tecnología punta alemana, blablablá. Más bien tecnología ACME». Leticia no tenía la menor intención de quedarse a averiguar a qué se refería la bruja al decir «extraña». Entró en la primera puerta abierta que encontró y la cerró tras de sí.

«Mierda», pensó al descubrir que se acababa de colar en la cocina, donde una bruja canturreaba mientras sartenes y cuchillos volaban por los aires ultimando los detalles de los últimos canapés, que se servían a sí

mismos en torno a bandejas que también levitaban. Antes de que la cocinera se quitase los auriculares de los oídos y diese la vuelta para ver qué estaba ocurriendo, Leticia se apresuró a esconderse en lo que resultó ser una vieja despensa. Tan pronto como la puerta se cerró y oyó un clic, supo que acababa de meter la pata. Hasta el fondo.

«Oh, no. Dime que no».

Solo para asegurarse, extendió la mano hacia el pomo y empujó hacia abajo para comprobar que no se movía un solo milímetro. Estupendo. Su primera misión en encubierto y lo único que se le había ocurrido hacer era encerrarse a sí misma en una despensa. «Está bien. Respira hondo. Solo es una cerradura. Puedes con esto. Lo has hecho mil veces».

Probó con los trucos clásicos e intentó abrir la cerradura usando una tarjeta de crédito y después una horquilla del pelo. Ninguna de las dos técnicas tuvo éxito. Tenía una ganzúa guardada en el armario de su casa, pero ¿cómo iba a suponer que la necesitaría precisamente esa noche? De todas formas, no tenía sentido lamentarse, no habría cabido en su escueto bolsito de noche.

Ignorando su escaso éxito inicial, volvió a probar suerte sin resultado. ¿Estaría hechizada la cerradura o solo estaba siendo especialmente torpe esa noche? Lo intentó con su placa, que supuestamente sería capaz de evadir el hechizo si existiese. Nada. No había manera.

Suspiró resignada. Igual su padre tenía razón en eso de que lo suyo era el derecho.

«No. De ninguna manera». Inspiró hondo y puso su cerebro a pensar. Tenía que salir de ahí, y para su desdicha, solo se le ocurría una persona que le pudiese sacar del entuerto en el que se había metido ella solita.

Esperó hasta que oyó a la bruja dejar de canturrear y, una vez estuvo segura de que se encontraba a solas, sacó el móvil del interior del bolso, buscó el contacto en cuestión, inspiró hondo y marcó el botón de llamada.



A pesar de las dos tilas aderezadas con pócima calmante que se había tomado mientras se arreglaba y del rito de paz interior que había hecho justo al despertarse, el nudo de nervios que sentía en su estómago no cesaba de subir y bajar por su garganta. Sabele nunca se había sentido tan inquieta como aquella noche mientras subían las escaleras que llevaban a la última planta del elegante edificio en mitad de Gran Vía.

Aunque por lo visto no era la única. Una pobre bruja acababa de tropezar por la escalera delante de todas y después había salido corriendo. Puede que también se presentase a la prueba de aprendiz como ella. Las listas de candidatas eran secretas, así que no tenía ni la menor idea de quién más se presentaba.

—Espero que hayan sacado ya la comida. Me muero de hambre —dijo Rosita, quien, a pesar de su elegante y cuidada apariencia, mantenía su habitual actitud socarrona.

A Sabele, comer era en lo último en lo que le apetecía pensar. En menos de un par de horas se estaría jugando su futuro delante de Flora y su tribunal (que solo la aconsejaría, ya que la decisión final solo dependía de ella).

Inspiró hondo por enésima vez, recordándose los trucos de relajación ancestrales que le había enseñado su profesora de yoga. Continuaron subiendo las escaleras hasta llegar a la cuarta planta.

El edificio al completo pertenecía al aquelarre, así que sus hermanas campaban a sus anchas por todas partes, saludándose, poniéndose al día de las novedades, bebiendo, riendo, bailando o, simplemente, haciendo acto de presencia.

Sabele siempre aguardaba cada una de las reuniones y festejos con emoción y el deseo de empaparse del ambiente mágico. Pero, en esta ocasión, los nervios no le iban a permitir disfrutar del encuentro.

Entraron en el salón más amplio de la planta y Sabele atravesó la multitud en busca de rostros amigos y temiendo dar con una de esas brujas de mediana edad que solían acercarse a ella con el rostro compungido y preguntándole qué tal se encontraba su madre con la misma actitud que quien alimenta a un gatito callejero. En cambio, se encontró a sí misma reflejada en un espejo con un intrincado marco de pan de oro colocado al fondo de la sala.

Qué pequeña se sentía, de pie en mitad de la estancia con el pelo recogido en un sencillo moño, cubierta tan solo por la vaporosa tela de su vestido color rosa pálido y una cinta de terciopelo granate, a juego con su maquillaje, ceñida entorno a su largo cuello. De la cinta pendía uno de sus amuletos más preciados, la serpiente que protegía y representaba a su familia desde la era celta, y en sus orejas brillaba una pequeña colección de pendientes de plata de todas las formas y tamaños imaginables, cuya función era protegerla de los malos augurios.

—Estás preciosa, deja ya de mirarte o te vas a desgastar —susurró Rosita a su oído, quien tampoco se había quedado corta a la hora de engalanarse para la ocasión; llevaba un vestido burdeos y un peinado afro que la hacía parecer una diosa del Caribe.

Ojalá su aspecto fuese lo que más le preocupaba aquella noche.

—Y además eres la bruja más talentosa que conozco, y eso incluyéndome a mí —añadió su amiga, como si le leyese la mente—, pero no se lo digas a Ame —susurró—, que me tiene en un pedestal. ¿Eso de ahí son Cosmopolitan? —dijo, lanzándose a la persecución de la bandeja que

cargaba una de las camareras.

Antes de seguirla, Sabele miró a su alrededor, reteniendo la escena en su memoria. Brujas de todas las edades (mayores de dieciséis, eso sí), orígenes y etnias ocupaban la estancia. Algunas llevaban vidas anónimas en el mundo de los corrientes, otras eran celebridades entre las brujas y todas ellas se entremezclaban en una red de energía casi perfecta. En la noche del aquelarre solo importaba la fuerza mágica que las unía a todas, el poder de la naturaleza que las convertía en hermanas.

No obstante, aunque, en teoría, el símbolo de la hermandad, un reloj de arena contenido en un círculo verde que destacaba sobre los numerosos estandartes de tela blanca repartidos por doquier, las representase a todas por igual, y a pesar del espíritu de unión que primaba entre ellas, no se podía negar que existiesen las élites.

Era fácil detectarlas entre la multitud. Las grandes familias desprendían un aura de poder y una presencia legitimada inconfundible. Solo las representantes de los clanes más relevantes disponían de un asiento en el consejo de brujas, un puesto tan complicado de ganar que rara vez se hacía espacio para una más en la mesa. Sabele recorrió el espacio con la mirada y no tardó en reconocerlas.

Junto a las ventanas que daban a Gran Vía se encontraba la familia Hierro, liderada por Daniela, una matriarca de penetrantes ojos verdes maquillada con un intenso lápiz de ojos negro que los hacía resaltar aún más sobre su piel morena. Para distinguirse del resto de clanes, las Hierro decoraban sus manos con largas uñas pintadas de colores fríos y exquisitos y anillos decorados con el emblema del halcón, el animal guardián de su clan. No era ningún secreto que, desde hacía años, Daniela ambicionaba el puesto que ocupaba Flora. Las Hierro veneraban la tradición, el lujo y el poder a partes iguales.

No muy lejos de ella se encontraba Juana Santos, al frente del pequeño clan representado por dos carpas koi que nadaban en círculo, un emblema que lucían orgullosas en forma de tatuajes. Las Santos eran una de esas extrañas excepciones de familias no ancestrales que habían logrado hacerse un hueco en el consejo gracias a sus aportaciones a la comunidad. Si las Hierro representaban la fuerza y el orgullo de la magia del pasado, las

Santos y su amor por las tecnologías las posicionaban al frente de las promesas del futuro. Juana era una mujer alta acostumbrada a vestir con camisa y pantalón que lucía una corta melena castaña. Antes que en su aspecto o en otras banalidades, Juana prefería centrar sus esfuerzos y su creatividad en mantener a flote su minimalista y amplia oficina junto al río Manzanares.

La tensión que había en el aire a causa de los distintos poderes del aquelarre era casi tangible entre tanta armonía. Las reuniones eran una jovial ocasión de encuentro, sí, pero para las grandes familias también eran importantes veladas estratégicas, salvo, por supuesto, para su tía. Jimena era la líder de lo que quedaba de la antigua y poderosa familia Yeats en España: su anciana madre, con la que llevaba varias décadas sin hablarse, su hermana enferma, su sobrina y ella misma. Nunca había sentido demasiado interés por la política, así que procuraba evitar asistir a cualquier evento que pudiese dar lugar a una reunión o debate.

Frente al pasotismo de su tía, chocaba la ceremoniosidad con la que las Lozano entraron en la sala, acaparando todas las miradas.

Helena Lozano no era la más sabia, ni la más experimentada para ocupar el puesto al frente de la familia más problemática del aquelarre. De hecho, era solo unos pocos años más mayor que Sabele y sus amigas. Sin embargo, el clan Lozano, representado por un caballo en llamas, funcionaba a través de mecanismos internos ligeramente diferentes a los del resto de familias. Helena Lozano, apoyada por sus primas Rocío y Macarena, se había alzado con el control mediante dudosos medios sobre los que nadie quería hablar. Se rumoreaba que su madre, Emilia Lozano, y sus hermanas también tuvieron un papel en tan turbio asunto. Por decirlo sutilmente, nunca se volvió a saber de la anterior bruja en el puesto.

Las primas Lozano avanzaron por la sala, vestidas de negro de pies a cabeza, con pasos feroces y felinos. Pasaron de largo a Sabele, que volvió a respirar a pesar de no haberse percatado de que estaba conteniendo la respiración, y a sus amigas.

—Qué buen rollo, ¿eh? —comentó Rosita en un susurro cuando estuvieron lo suficientemente lejos. Ni siquiera ella, tan osada como era, se habría atrevido a hacer una broma así ante ellas.

El único motivo por el que seguían invitándolas a ese tipo de encuentros era porque la familia Lozano tenía una silla en la mesa del consejo y porque a todo el mundo le aterraban las posibles represalias de que se sintiesen apartadas. Más ahora que Helena estaba al frente del clan. Los rumores decían que su obsesión por el poder la había llevado a renegar de la mismísima Diosa y de su culto. A Sabele le parecía que tenían que ser exageraciones. La Diosa era la madre de toda vida, y de la vida provenían los talentos de cada una de las brujas. A no ser que Helena hubiese encontrado otra forma de alimentar sus dones, renunciar a la Diosa implicaba renunciar a la mismísima magia.

Sabele procuró olvidar aquellos tejemanejes de ambición que nada significaban para ella ni para la mayoría de las presentes, procedentes de clanes más modestos o sin más familiares en la ciudad que sus amigas, como sucedía en el caso de Rosita y Ame, cuyos clanes residían muy lejos de Madrid.

—Me encanta este lugar —comentó Ame. Era su sexta reunión de aquelarre en la ciudad y seguía maravillándose—. Podría quedarme a vivir aquí.

—Bueno... —dijo Rosita, dando un trago a su Cosmopolitan—. Yo hubiese preferido una fiesta en la playa, pero esto es lo que hay.

—Pues a mí me parece... mágico —dijo Ame con un brillo de emoción en la mirada.

A su alrededor, cada elemento parecía haber sido ideado para incrementar el misticismo del ambiente, deleitando todos los sentidos con caprichosos detalles. Para la vista: del techo colgaban lámparas de araña y de las paredes oscuros cuadros del romanticismo tardío que representaban escenas protagonizadas por *femmes fatales* de largas cabelleras. Para el oído: un cuarteto de cuerda interpretaba piezas clásicas que una guitarrista se encargaba de actualizar. Para el olfato: varillas de incienso y decenas de velas aromáticas que habían sido prendidas en cada rincón de la estancia. Para el gusto: unas cuantas camareras llevaban de aquí para allá bandejas cargadas de delicias, mientras que otras flotaban por su cuenta a lo largo y ancho de la sala ofreciendo los exquisitos manjares. Y para el tacto, bastaba con sentir el roce del aire de la sala en la piel para sentir un escalofrío

placentero.

Era como volver a un sueño recurrente, uno cálido y feliz al que siempre te preguntabas cuando podrías regresar nada más despertar. Pero los sueños, incluso los más hermosos, son frágiles, pequeñas burbujas de jabón que pueden reventar en cualquier momento.

—¡Sabele! —la llamó una voz grave y aterciopelada, sacándola de su ensimismamiento.

La reconoció antes de verla, aunque si había algo en Valeria que la hacía memorable era su aspecto. Valeria Santos era una joven alta y extremadamente delgada que parecía estar hecha de pura fibra muscular. Sin ser una belleza convencional, conseguía parecer distinguida con la cabeza rapada, como si así reafirmase lo cómoda que se sentía en su piel, sin necesidad de adornos. Además de sus pómulos, en su rostro destacaban sus labios finos, su mentón marcado y su nariz romana.

Valeria caminó hacia ella con grandes zancadas. Ella podía permitirse andar a esa velocidad sin miedo a caerse, porque en lugar de tacones, había preferido ponerse unas sencillas zapatillas blancas. Sobre su clara piel llevaba puesto tan solo un modesto vestido negro de tirantes, sin forma o adorno alguno más que un broche que representaba las dos carpas de su clan.

—Hola, Valeria —dijo Sabele, aún más tensa de lo que ya estaba.

En cuestión de segundos, sintió a sus dos amigas junto a ella, quienes seguramente no querían dejar pasar la ocasión de saludar a Valeria, o al menos de verla de cerca.

A pesar de ser un año más joven que Sabele, Valeria había logrado ganarse la admiración de gran parte de la comunidad mágica al combinar su don mágico con sus conocimientos y habilidades informáticas para crear la primera *app* de magia capaz de llevar a cabo hechizos. Era lo que los corrientes solían llamar «una visionaria», una niña prodigio. Pese a las reticencias de algunas brujas, incluyendo a las Hierro, que no comprendían qué podían hacer por ellas las nuevas tecnologías cuando los viejos métodos como el caldero y las velas funcionaban a la perfección, fue gracias a la creación de Valeria que el clan Santos se había alzado hasta su posición actual. A nadie antes de ella y de su *app* se le habría ocurrido pensar que la

energía con la que funcionaban aquellos aparatos también procedía de la naturaleza, tanto como la fuerza de la vida que adoraban por encima de todas las cosas.

A veces, Sabele miraba a «la bruja genio», como solían llamar a Valeria, y se preguntaba qué estaba haciendo con su vida.

—¿Qué tal te va todo? —preguntó Valeria.

—Bien, como siempre —dijo secamente, acompañando sus palabras con un pobre intento de sonrisa cordial.

Aunque admiraba su trabajo, Sabele no podía evitar desconfiar de sus intenciones. De nuevo, volvía a entrar en conflicto con su promesa de no juzgar a las personas antes de tiempo, pero el hecho de que hubiese mostrado un repentino interés en ella tras su éxito en las redes sociales cuando la había ignorado desde que se conocieron con quince años le resultaba un tanto sospechoso. ¿Cómo iba a confiar en alguien que solo tenía interés por su éxito y no por quién era? Tal vez fuesen imaginaciones suyas, si todo el mundo se moría por sus huesos, tenía que ser por un buen motivo. A lo mejor estaba malinterpretando sus intenciones.

—¿Y tú? —preguntó tras una incómoda pausa.

—¡Uf! Si te digo la verdad... algo nerviosa. —Sonrió mostrando sus dientes perfectos y haciendo aún más visible el *septum* de su nariz al arrugarla—. Eso de tener que exponer mis habilidades delante de la Dama Flora... en fin. Impone. Aunque es un honor, por supuesto...

—Vas... ¿vas a presentarte como aprendiz? —preguntó Sabele, sintiendo como el nudo en su estómago se apretaba.

—¡Sí! —respondió tan entusiasmada como su aspecto místico le permitía—. Llevo años preparándome y por fin me he atrevido. Esta noche es la noche, lo sé. Así que deseadme suerte.

Sabele tragó saliva.

—Suerte...

—Gracias —dijo Valeria—. Oye, tengo que irme, pero me alegro de haberte visto. A ver si quedamos un día de estos y nos tomamos un café, que no nos vemos lo suficiente tú y yo. —Sabele asintió con la cabeza como una autómatas y Valeria dio media vuelta y volvió junto a su séquito de amigas.

Lo lógico hubiese sido que se preguntase qué interés podía tener Valeria en tomarse un café con ella, pero su cerebro se había quedado bloqueado con la frase anterior. *Años*. Acababa de decir que llevaba años preparándose para exhibir sus dones ante Flora; Valeria, que era un prodigio en toda regla. Mientras que ella, que no era nadie en absoluto, le había dedicado escasas semanas a preparar su demostración. No tenía ninguna posibilidad de impresionar a la Dama.

—¿Cómo puede estar tan buena, ser tan inteligente y tener tanto talento? —preguntó Rosita, que no apartaba la mirada de las curvas de su cuerpo bajo el vestido mientras se alejaba—. Quiero decir, sé que el mito de la lista fea y la tonta guapa es absurdo, pero tiene que haber algo que Valeria haga mal, ¿no? Por eso de que la perfección no existe.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ame a Sabele, seguramente al percatarse de que todo rastro del habitual color sonrosado de sus mejillas se había esfumado.

—Sí... sí, estoy bien. Voy al baño un momento...

—Vamos contigo —se ofreció Rosita, al comprobar que, en efecto, su amiga no tenía muy buen aspecto.

—No, no. No hace falta —dijo, marchándose antes de que tuviesen tiempo de responder o de que alguna de las brujas de mediana edad que la miraban con pena se acercasen para recordarle lo mucho que se parecía a su madre.

Salió del salón y buscó el cuarto de baño. Echó el pestillo para asegurarse de que nadie la interrumpía y se estudió a sí misma en el espejo.

A veces tenía la extraña sensación de que el mundo a su alrededor no era del todo real, como si estuviese despierta en un sueño. En esas ocasiones se miraba al espejo y le costaba reconocerse en la persona que le devolvía la mirada, aunque le resultase familiar. ¿Quién era? ¿Qué Sabele? ¿La bruja, la hija de Diana, una veinteañera cualquiera con sueños y miedos, una *celebrity* de internet? «Ojalá Bartolomé estuviese aquí», pensó. Aquel gato siempre sabía cuándo le necesitaba. La noche anterior se había colado bajo sus sábanas y se enroscó sobre ella, permitiendo que le acariciase hasta que se quedó dormida.

«Ahora estás sola», se recordó. Igual que lo estaría frente a Flora. Solo

dependía de sí misma. Esa era su suerte y su cruz. «Todo irá bien; no se trata de ganar, sino de dar lo mejor de uno mismo, de aprender... Si no es este año, será el siguiente», se dijo sin despegar la mirada de sus propias pupilas. Pasados unos segundos, rebuscó en su diminuto bolsito su pintalabios y retocó su maquillaje, deslizando el pintalabios con la firmeza y decisión de una guerrera preparándose para la batalla.



Luc se lo estaba pasando de miedo. Se divertía como nunca antes en su vida. Ni echaba de menos a sus viejos amigos ni pensaba en Sabele. Con quien, por cierto, no había dejado de encontrarse allá adonde quiera que fuese durante toda la semana, como si se tratase una maldición. Definitivamente, *no* estaba pensando en Sabele, se dijo, mirando de vez en cuando hacia la multitud por si distinguía una melena rubia. El único romance que necesitaba en su vida era con otra cerveza. Arrastró a su nuevo colega hacia la barra. Apenas habían hablado un par de veces antes, pero internet les había reunido de forma magistral. Estaban hechos el uno para el otro íntimos amigos.

Avanzaron dando botes a través de la multitud, que bailaba al ritmo de los Strokes. Le encantaba aquella canción y le encantaba la pequeña y oscura discoteca a medio camino entre bar decadente y sala situada en un bajo de Alonso Martínez.

Le encantaba su vida. Era feliz.

Por fin, y tras varios codazos, logró llegar hasta la barra, ahora solo tenía que captar la atención del barman entre todas las personas que se

agolpaban en torno a ella. Justo cuando estaba a punto de conseguirlo, la vibración de su móvil en el bolsillo le distrajo. Lo miró con la esperanza de que alguno de sus nuevos colegas cibernéticos se apuntase a la juerga. Para su pesar, comprobó que era su hermana quien le llamaba, otra vez. Ya habían sido tres veces en menos de media hora.

Cerró los ojos y suspiró. Su hermana no le llamaba. Nunca. Ni él a ella, a no ser que fuese una emergencia. Era una regla no escrita entre ellos, un mensaje por WhatsApp siempre era mejor que una llamada. Siempre. Lo que significaba que no tenía otra opción que responder.

—¡Oye, Marcos! —exclamó, luchando para que su voz se impusiese a la de Matty Healy del grupo The 1975 reproducida por los altavoces a un volumen ensordecedor a solo unos metros de ellos.

—¡Me llamo Mario! —gritó su acompañante.

—¡Eso, Mario! Salgo un momento, ¡ahora vuelvo!

Su nuevo colega, quien por lo visto se llamaba Mario, le respondió con un pulgar alzado y Luc se dispuso a volver a atravesar la marabunta enfebrecida, esta vez en dirección a la puerta, con paso decidido.

Descolgó el teléfono.

—¿Qué pasa?

—Lucas... por fin, te he llamado cuarenta veces. Necesito... —Se notaba que le costaba decirlo en voz alta— tu ayuda.

—Eh... ¿por qué? —preguntó Luc, que no había visto a su hermana pedir ayuda a nadie desde que cumplió los catorce años. Y lo más extraño de todo era que, de entre todos los seres humanos que poblaban la Tierra, le estuviese pidiendo ayuda precisamente a él.

—Es una larga historia. Versión breve: estoy atrapada en la despensa de una casa de brujas. La del aquelarre, concretamente.

¿Brujas? ¿Había dicho brujas? Casi veinte años de su vida sin prestar la más mínima atención a las mujeres con poderes mágicos y de repente estaban por todas partes.

—¿Y cómo has llegado hasta ahí, Gretel? Espera, ¿todo esto me convierte en Hansel? ¿Has dejado unas miguitas por el camino para que te pueda seguir?

—¿Estás borracho?

—Nada que ver. ¿Estás en una despensa?

—No tiene ninguna gracia, Lucas. Estoy en plena misión para la Guardia y, si se enteran de lo que ha pasado, seré el hazmerreír de la oficina.

—¿Y por qué la Guardia te ha mandado a visitar a las brujas? ¿Tan mal te pagan que tienes que hacer más horas extra? Oye... no comas nada. Solo quieren cebarte para alimentarse contigo luego. —Se rio ante su propia ocurrencia.

Se imaginó que su hermana ponía los ojos en blanco.

—¿Vas a ayudarme o no?

—¿Y qué quieres que haga? —Lo último que le apetecía era dejar su noche de fiesta a medias, antes de emborracharse lo suficiente como para olvidarse de que no podía dejar de pensar en Sabele y en la sombra que le seguía a todas partes—. ¿Has probado a pegarle una patada a la puerta?

—¡Claro! ¡Echaré la maldita puerta abajo! ¿Cómo no se me ha ocurrido? —El sarcasmo con el que le respondió Leticia era tan intenso que sintió una bofetada—. ¿Te crees que estamos en una puñetera película? ¿Has probado a intentarlo alguna vez? Porque yo sí, y casi me disloco el hombro para nada.

Luc tragó saliva. Cuando su hermana empezaba a usar más palabrotas que palabras normales era la señal inequívoca de que se estaba aproximando a los límites de su paciencia, una línea fronteriza que, por experiencia, sabía que era mucho mejor no cruzar.

—Vale, vale. A ver... ¿qué pretendes que haga yo que no puedan hacer tus amiguitos de la Guardia?

—Punto uno, la Guardia nunca puede enterarse de esto. Estoy intentado demostrar mi valía...

—Buen trabajo —murmuró Luc, arrepintiéndose en el acto. Supo que no le había oído porque Leticia continuó hablando sin represalias. Qué suerte.

—Punto dos, necesito que llames a tu amiga la bruja y que consigas que te deje entrar. El edificio está protegido por un hechizo, solo puedes cruzar la puerta si una bruja te ha concedido permiso.

—Lo veo complicado. No es mi amiga, ni siquiera nos caemos bien. —

Lo que en realidad significaba que, por algún motivo que se le escapaba, siendo él encantador como era, ella le odiaba y él había optado por actuar en consecuencia.

—Pues tendrás que hacerle la pelota, o inventarte algún cuento. Usa tu imaginación. Como mi jefe se entere de esto, no va a volver a dejarme actuar en el terreno nunca más, me echarán, tendré que volver a casa de papá y mamá y seré su gran decepción. Y no quieres cargar con mi desgracia sobre tus hombros, ¿verdad?

Pudo oír la desesperación de Leticia, incluso casi verla en su rostro a pesar de la distancia, y supo que podía sacarle partido.

—La vida adulta es dura. Además, estoy harto de ser su gran decepción. No te pasará nada por ocupar el puesto durante una temporada.

—¡Lucas!

—Aunque, por otra parte... los hermanos tienen que ayudarse los unos a los otros, ¿verdad?

Hubo una breve pausa.

—¿Qué es lo que quieres?

—Financiación —respondió Luc sin el más mínimo reparo.

Ahora que su padre estaba a punto de cortarle el grifo, que fuese o no capaz de cumplir sus ambiciones dependía en gran medida del dinero que lograrse reunir sin perder horas y horas en un trabajo que le drenase la energía y le quitase las ganas de vivir.

—No gano tanto como tú te crees, hermanito.

—Y yo tampoco tengo tantos gastos. Seis meses...

—¿Por un par de horas y que te tragues tu orgullo? Un mes como mucho.

—Cuatro.

—Tres.

—Hecho —dijo, sintiendo como la presión de ver el tiempo de vida de su sueño agotarse día tras día se volvía un poco más liviana—. ¿Cuál es la dirección?



A pesar de sus nervios, miedos y dudas, Sabele había decidido correr un velo de normalidad y disfrutar de la noche cuanto le fuese posible. Con o sin plaza de aprendiz, los encuentros del aquelarre siempre eran especiales, y podía sentirse la magia palpitar en el aire.

Volvió junto a sus amigas para aprovechar el rato que pudiese antes de que convocasen a las aspirantes. Se había propuesto divertirse y ser feliz, y lo consiguió hasta que escuchó el sonido de una llamada entrando en su móvil y comprobó de quién era. «No me lo puedo creer», pensó al ver el nombre del contacto de toda su agenda en el que menos le apetecía pensar en ese momento. «No. Me. Lo. Puedo. Creer». Tenía que aparecer él para terminar de trastocarle la noche. Valoró la opción de ignorarle, pero la rabia la dominó antes de que pudiera acordarse de la carta negra.

—¿Pasa algo? —preguntó Ame al ver como sus cejas parecían a punto de unirse de pura indignación.

—Voy... Ahora... Disculpadme un momento.

Rosita y Ame se miraron extrañadas al ver como Sabele salía a la carrera hacia el rellano, haciendo equilibrista sobre sus tacones. Caminó

por el pasillo contiguo hasta que se aseguró de que estaba sola y descolgó el teléfono, enfurecida y dispuesta a descargar su ira sin el más mínimo reparo. Que al menos la interrupción le sirviese de algo.

—¿¿Qué quieres ahora?! —bramó, teléfono en mano.

—Te he mandado unos cuantos mensajes, pero no respondías. Necesito hablar contigo —dijo la voz al otro lado, con una calma que rozaba lo insultante.

—Ya estamos hablando, así que dime, ¿qué quieres? Y procura soltar todo lo que tengas que decir de una vez, porque no pienso volver a permitir que me dirijas la palabra.

—Tenemos que hablar, ahora —insistió Lucas, ignorando de nuevo sus protestas y su actitud beligerante.

El chico tenía claro lo que quería, y ella lo que no estaba dispuesta a soportar.

—¿Tenemos? Te estás equivocando de lleno, chaval, no *tenemos* que hacer nada.

Si el muy iluso pensaba que podía jugar con ella a su antojo, era el momento de demostrarle quién llevaba la batuta en realidad.

—De acuerdo, me encantaría poder hablar contigo, ahora mismo, si fuese posible. ¿Mejor así?

¿Y ya está? ¿Cedía? ¿Así de sencillo? Sabele había contado con que le proporcionaría una buena discusión con la que desahogarse, ¿a qué venía su repentina habilidad para el diálogo y la complacencia?

—¿Estás borracho?

Le oyó resoplar al otro lado del teléfono.

—Algo he bebido, pero estoy bien. No he venido por eso, si es lo que te preguntas. ¿Te parece que hablemos?

¿De verdad había tenido la poca decencia de plantarse en su casa sin más? Su único consuelo era que, por una vez, había logrado esquivar indemne las burlas del cosmos.

—Te repito que ya estamos hablando. —Y la conversación estaba resultando decepcionante como poco.

—Me refiero a hablar en persona.

—Pues ahora mismo no puedo.

«Ni nunca», pensó en sus adentros.

—Son cinco minutillos. Estoy aquí abajo.

—No estoy en casa, otra vez será.

Se disponía a colgar cuando las palabras de Lucas la detuvieron hasta el punto de estar a punto de petrificarla.

—Estoy en Gran Vía, en la puerta del edificio. ¿Me abres, al menos?

Tardó unos cuantos segundos de más en procesar la información. ¿En Gran Vía? ¿En la puerta? ¿Que le abriese? La única explicación razonable era que estuviese en mitad de una pesadilla ideada por una mente turbia y mezquina. Se asomó al balcón de la ventana más cercana y allí estaba, plantado en mitad de la calle con sus estúpidos mocasines y una camisa de flores. Al verla, alzó la mano en el aire para saludar con esa desgana suya.

—No sé cómo has averiguado dónde estoy, pero... de verdad que no tengo tiempo para esto —dijo Sabele, dirigiéndose más a sí misma que a su interlocutor.

—Serán cinco minutos. Te digo lo que te tengo que decir y me marchó. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. No volverás a verme nunca más, te lo prometo.

«No hagas promesas que no puedes cumplir» pensó, temiendo que el hechizo de su amiga fuese más fuerte que el conjunto de todas sus voluntades, y, sin embargo, sonaba demasiado tentador: si no volvía a verle, dejaría de pensar a todas horas en él, en la carta negra y en perder su poder. Volvería a ser libre, a vivir en paz, y de esa forma recuperaría la confianza en sí misma y en su suerte.

—¿Eres consciente de que estás rozando el punto en el que empiezas a parecer un acosador perturbado? De esos que se cuelan en tu casa para mirarte mientras duermes.

—Bueno, no sé. Puede ser. No lo niego. Pero la pregunta importante aquí es: ¿qué prefieres, ponerme una orden de alejamiento o sacrificar cinco minutos de tu vida?

La pregunta razonable hubiese sido: ¿por qué tenía que elegir entre esas dos opciones tan poco apetecibles cuando podía embrujarle para que creyese que era un ganso emigrando a Alaska? Sabele suspiró. «Que la Diosa me dé fuerzas».

—De acuerdo. Cinco minutos y te largas.

—Me largo.

—Para siempre.

—Siempre jamás.

Sabele frunció el ceño, un gesto que no le favorecía en absoluto, pero que no podía evitar. Cada vez que algo la indignaba, sus cejas tomaban vida propia y se arqueaban como una especie de señal de advertencia, igual que cuando los gatos erizaban su cabello y encorvaban la espalda.

Deshizo sus pasos hasta llegar de vuelta al rellano y lo cruzó todo lo deprisa como pudo para evitar levantar sospechas y rehuyendo de la mirada de sus amigas desde el salón antes de que tuviesen tiempo de acercarse a ella para preguntarle qué había ocurrido.

¿Por qué estaba haciendo aquella estupidez? Tenían terminantemente prohibido permitir el acceso a personas no autorizadas a la fiesta o al edificio. Si descubrían que estaba dejando pasar a un corriente, y además un varón, en la casa de la Dama sin su permiso, ya podía ir despidiéndose de sus escasas opciones de formarse como bruja en el aquelarre. No, era un riesgo inadmisibles, y ella ya no era una adolescente imprudente. ¿Se referirían a eso las cartas, era su advertencia? Saldría ella a la calle; bajo ningún concepto podía permitirle entrar.

Se detuvo ante la puerta de madera, la abrió y, antes de que pudiera articular palabra, Lucas ya estaba a un milímetro de su rostro.

—¿Puedo pasar?

—No, mejor hablemos fuera —dijo sin moverse un milímetro a pesar de que podía sentir el aliento del joven, y el aroma del alcohol, en su rostro—. ¿Te importaría...?

—Me muero de sed, en serio. Además, creo que hay un tipo siguiéndome con una pinta muy chungu.

—Algo le habrás hecho.

—Necesito ir al cuarto de baño.

—Vete a un McDonald's.

¿A qué venía ese empeño repentino por que le dejase entrar? Sabele frunció el ceño por tercera vez, en esta ocasión con perspicacia. Técnicamente, Lucas ni siquiera debería poder reparar en la existencia del

edificio, ¿qué estaba ocurriendo?

—Tengo que inyectarme mi insulina, no querrás que lo haga aquí, en medio de la calle, ¿no?

—¡No eres diabético!

—¿Y si lo soy? Piénsalo, Sabele, estarías siendo una grosera con una persona enferma. Qué desconsiderada...

Su estrategia de desgaste estaba comenzando a surtir efecto. Sabele empezaba a valorar la opción de dejarle pasar solo para que se callase.

—Mira, solo quiero sentarme cinco minutos y charlar tranquilamente. —Sus cejas se alzaron en una mirada de cachorro abandonado—. ¿Tanto pido?

Sabe miró la hora. Quedaban algo más de cincuenta minutos para la medianoche, para la prueba de aprendiz. En teoría era tiempo de sobra para despachar a Luc, pero no quería correr el riesgo de que la estuviese persiguiendo toda la noche.

—Puedes pasar hasta el rell...

Luc se deslizó entre ella y la puerta sin darle tiempo a acabar la frase.

—Por fin. ¿Por qué has tardado tan...?

La voz del muchacho se entrecortó cuando se dio media vuelta y se tomó un momento para mirarla, como si la viese por primera vez. Recorrió su figura desde los zapatos de tacón al colgante de serpiente en su cuello. Al ver el anhelo en sus ojos de color miel y el leve temblor en sus labios cuando la miró a los ojos, por un momento, Sabele estuvo convencida de que iba a halagarla.

—¿Y esas pintas? —El deseo que había creído ver en los ojos del músico se convirtió en uno de sus aspavientos juiciosos—. No estamos en los Oscar, ¿sabes?

Desde luego, si hubiesen repartido algún premio esa noche a la persona más irritante del mundo, Lucas se hubiese llevado la estatuilla sin lugar a dudas.

—¿Qué quieres?



«**E**stupendo, Luc. Te has lucido. Eres un genio», pensó en el mismo instante en el que aquellas palabras salieron de su boca. Hubiese sido mucho más sencillo decir la verdad, «Qué guapa estás», o mejor aún, callarse, que seguro que a Sabele le importaba un pimiento su opinión. Pero no, él tenía que conseguir ganarse el desprecio de la persona a la que debía embaucar. Su plan A, seducir a la bruja, se acababa de ir al traste (aunque siendo honestos, no tenía demasiadas esperanzas puestas en él). Sabele seguía estando espectacular a pesar de ese ceño fruncido hasta el punto de que daba la sensación de que sus cejas estuvieran a punto de fusionarse. Intentó no pensar en que, seguramente, podría maldecirle si quisiese. Después de lo que se disponía a hacer, era una reacción que le parecía más que probable.

—¿Qué quieres? —dijo entre dientes.

No le habría sorprendido en absoluto que, en lugar de contestar, le hubiese mordido en la yugular.

—No hablemos aquí... podrían oírnos. Sigo muriéndome de sed. ¿No me vas a invitar ni a un triste vaso de agua? Qué modales.

Plan B: tirarse el pisto todo lo que pudiese. Miró a su alrededor, como si temiese que alguien les estuviese observando, lo cual, teniendo en cuenta que le acosaba una sombra, no era del todo descabellado.

—Vayamos a la cocina.

Sin pedir permiso ni esperar a recibirlo, Luc comenzó a subir los escalones. «Segunda planta, gira a la izquierda. Primera puerta a mano izquierda. La puerta del fondo». Su hermana le había indicado minuciosamente cómo llegar hasta ella, así que comenzó a moverse por el viejo edificio como si llevase viviendo allí toda la vida, para perplejidad de Sabele.

—¿A la cocina? ¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —dijo Sabele, corriendo tras él.

—Bueno, supongo que allí podremos charlar tranquilos y ya de paso podré hidratarme un poco, ¿no crees?

Sabele miró a su alrededor. Por su gesto estaba claro que no entendía por qué demonios no podían hablar ahí. Luc siguió subiendo las escaleras.

—¿Cuál es tu problema? —dijo la voz de Sabele tras él.

El epicentro de la actividad de la fiesta se concentraba en los dos últimos pisos, así que la segunda planta estaba despejada por completo, salvo por las bandejas de plata que volaban a solas por el aire. Intentó ignorarlas. Una cosa era saber que la magia existía y otra muy distinta encontrársela de frente.

—¿Sabes en qué lío me voy a meter si te descubren aquí?

—Pues démonos prisa y así no nos descubrirán. Aquí está —masculló al dar con la cocina en desuso y con la puerta de la despensa al final de la sala.

Ahora solo tenía que dejarla abierta y...

La mano de Sabele, recubierta de anillos y tatuajes de henna, se aferró en torno a su delgado brazo y tiró de él, obligándole a detenerse y a dar media vuelta hacia ella.

—Ya estamos en la cocina. Ahora dime qué quieres y después vete.

—¿Me dejas beber antes? —Sabele no aflojó ni un poco su agarre—. Ya... Interpretaré eso como un «no». Pues... verás, es que...

Quizá debería haberse preparado un guión, o al menos un esquema, una idea general de qué decir para distraerla sin perder del todo su dignidad.

Depositó su mano sobre la de Sabele, con lo que consiguió que la bruja la alejase con un aspaviento y ya de paso le liberase del agarre.

—Tengo la sensación de que el otro día... pues... nos faltaron cosas que decirnos. —Dio un paso atrás, acercándose al pomo de la puerta.

—Ya, pues yo no la tengo. ¿Eso es todo? —dijo impasible.

Aunque, en teoría, Luc solo pretendía ganar tiempo, se sintió dolido por la facilidad con la que desechaba los sentimientos que podría haber estado intentando confesar. ¿Cómo se supone que tenía que sentarle a su orgullo un rechazo tan instantáneo?

—Lo que quiero decir... —dijo rectificando el tono de la conversación — es que fuiste muy dura conmigo, no me gusta que me rechacen. —La verdad es que sí estaba empezando a sonar como un acosador... «No vayas por ahí», se suplicó a sí mismo.

—A nadie le gusta. —Se encogió de hombros.

—Sí, claro, pero al menos —Dio otro paso atrás y cruzó los brazos tras la espalda— me podrías dar una explicación de por qué te marchaste de esa manera.

Tanteó a ciegas en busca del pomo.

—No. No te debo nada, y mucho menos una explicación. Ahora hazme el favor de marcharte. Te estás pasando de la raya.

Los siguientes segundos se aceleraron hasta el punto de que ambos perdieron el hilo de los acontecimientos. Sabele dio un paso hacia Luc en el mismo instante en el que él giraba el pomo con su mano derecha. Lo único que se le ocurrió para evitar que se diese cuenta de lo que tramaba fue el manido recurso que tan bien funciona en las películas: el beso robado; con lo que no contó fue con los ágiles reflejos de Sabele, que se apartó haciéndole caer de bruces contra la mesa de madera ubicada en mitad de la cocina.

Se golpeó en la pierna y en el pie derecho con una de las patas y en el estómago con el pico de la mesa. Además, estuvo a punto de dar un traspie y acabar en el suelo. Por no hablar de que acababa de quedar ante los ojos de una bruja como un pervertido de manual. Que pensase lo que quisiese, lo importante era que la puerta de la despensa se había abierto hasta dejar un pequeño resquicio de su interior a la vista y que Sabele no se había dado

cuenta. Él había cumplido su parte, ahora le tocaba a Leticia.

—¿Qué te crees que estás haciendo?! —exclamó Sabele furiosa.

De nuevo, se sintió herido. ¿Tan terrible hubiese sido besarle? Siempre se había considerado un tipo atractivo, o... bueno, al menos limpio.

—Yo, eh... Supongo que he malinterpretado las señales —intentó justificarse.

—¿Qué señales?! ¡No! —dijo mientras él balbuceaba en busca de algo que decir, lo que fuese—. Déjalo, no quiero oírlo. Vete, por favor.

—En serio, sé que ahora mismo lo parece, pero no soy un perverso...

Se llevó las manos a los labios a mitad de frase con pavor al comprobar que no podía despegarlos ni un milímetro. Al menos seguían allí, aunque estuviesen cerrados a cal y canto a pesar de sus esfuerzos. ¿Qué le había hecho esa bruja?

Le agarró del cuello de la camisa para detenerle frente a ella y le miró fijamente, con un ultimátum muy poco cordial escrito en los ojos.

—Escúchame con mucha atención. Vas a salir por la puerta, vas a bajar las escaleras y a salir del edificio sin que nadie te vea. Y si te encuentran, no dirás mi nombre bajo ningún concepto o me aseguraré de que no puedas volver a usar la boca para otra cosa que no sea beber purés con pajitas. ¿Comprendes?

A juzgar por las chispas de rabia que crepitaban en sus ojos, ni bromeaba, ni amenazaba en vano. Le soltó con una mueca de desprecio.

Luc asintió, evitando los movimientos bruscos por temor a enfurecerla aún más. Hay que ver lo que tenía que hacer uno para ganarse la vida...

Sabele hizo un aspaviento en el aire y Luc abrió la boca de par en par para dar una profunda bocanada. Qué gran alivio poder respirar por la boca, se dijo. «Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde».

—En fin. Supongo que lo he intentado, que tengas una feliz vida... Chao.

Dio media vuelta creyéndose libre cuando la voz de la bruja le detuvo de nuevo.

—¿Ni siquiera vas a disculparte? —dijo Sabele, cruzándose de brazos.

—¿Eh? Oh, sí, claro. Lo siento mucho. —Ni siquiera sonó convincente para él.

—Por la Madre Tierra, eres lo peor, un cínico, un... Eres... eres tan estúpido que seguro que si inspiras lo suficientemente hondo, te ahogas. ¡Largo de aquí!

—¡Eso estaba intentando! —respondió mientras se preguntaba de donde salía tanta ira contenida. «Con lo dulce que parece en sus fotos...».

—¡Pues hazlo de una vez!

—¡Si dejas de gritarme a lo mejor lo consigo!

—No sé para qué has venido.

—Yo tampoco.

Dio media vuelta, esta vez decidido a marcharse, cuando el sonido de pasos en el pasillo les advirtieron que no estaban solos. «No me lo puedo creer». Miró a su alrededor en busca de un escondite y por fin comprendió por qué su hermana había acabado encerrada en la despensa.

—Luz y agua, tierra y estrellas, haced que no nos vean —dijo Sabele a la vez que le rodeaba el pecho con una mano, presionando su espalda contra ella, sin previo aviso.

Un escalofrío eléctrico recorrió su cuerpo.

Luc sintió como su corazón se convertía en una ametralladora en su pecho mientras las brujas cruzaban justo frente a ellos sin reparar en su presencia. Habría tragado saliva, pero ni siquiera se atrevió a pensar en lo que podrían hacer con él brujas más experimentadas si Sabele era capaz de volverles invisibles sin más (bueno, no sin más, con una frase cursi).

—Si he de ser honesta, nunca me ha agradado la segunda planta —dijo la voz serena de una mujer de una estatura desmedida, piel pálida, una larga melena roja como las llamas de una hoguera en la oscuridad y el rostro de la Venus de Milo esculpido como una obra de arte sobre su largo cuello. Lo típico, vaya.

Luc detestaba a las brujas y a cualquier ser mágico sobre la faz de la Tierra (no por discriminación, sino por pragmatismo; siempre le traían problemas), pero habría sido una traición a su sensibilidad artística, de la que tanto presumía, no haber apreciado tanta belleza.

—Está demasiado cerca de la cocina. Prefiero que hagamos la prueba en la planta baja, como el año pasado, Carolina —dijo a una de las brujas de su séquito.

—Sí, bien pensado —respondió servicial.

—Vete preparando una de las habitaciones, se acerca la medianoche. A ser posible una que esté orientada hacia la luna, ya sabes que me ayuda a pensar con claridad.

—Enseguida.

Las brujas volvieron por donde habían venido y Luc y Sabele recuperaron el aliento al unísono.

—Plomo y hielo, pluma y fuego, haz que nos vean de nuevo —dijo Sabele.

Luc sintió como un cosquilleo le recorría de los pies a la cabeza, un escalofrío parecido al que había experimentado la noche en la que encontró a Sabele en Tinder, pero mucho más sutil. Se preguntó si, tal vez, aquella extraña sensación era lo que llamaban «el poder de la magia». Aunque no tuvo tiempo para pensar en las posibles implicaciones de hallarse bajo un embrujo, ni para reparar en que Sabele había tardado unos cuantos segundos de más en soltarle y alejarse de él, porque su enorme bocaza estaba dispuesta a traicionarle de nuevo.

—¿Y ese hechizo? Luz y agua... —repitió en tono de burla, ante la mirada de odio de Sabele—. Tierra y estrellas... En serio, ¿quién ha escrito eso? ¿Una niña de seis años?

—Si eres capaz de improvisar algo mejor en tres segundos, adelante.

Sabele sonrió con malicia y no le hizo falta decir más. «No tenía que haberle contado que me lleva alrededor de tres meses acabar cada canción», pensó, recordando sus fugaces conversaciones por el chat de Tinder.

—No. Tienes razón, no podría. Soy un perfeccionista, exigente, y además... Está claro que este no es mi ambiente.

Abrió la puerta para marcharse, pero la digna salida que tenía en mente se arruinó cuando al otro lado se encontró cara a cara con *la* sombra. La misma mancha oscura que le había acosado en la distancia durante días le observaba, o al menos, Luc imaginaba que, en algún punto de su masa amorfa, había unos ojos que le miraban fijamente, más cerca que nunca.

La sangre se heló en su interior hasta hacer tiritar cada una de sus venas, sus cabellos se erizaron y su aliento se entrecortó.

Una parte de él quiso gritar, desmayarse, incluso huir, pero el frío que le

producía el miedo a la oscuridad se desvaneció cuando una llamita se incendió en su pecho, una sensación similar al valor de quien lucha por lo que es suyo, en este caso su espacio personal, algo que nadie, ni siquiera una estúpida sombra del mal o criatura del averno o lo que quiera que fuese aquello, le iba a arrebatar.

—¡Largo de aquí, ser inm...!

—¿Cal? ¿Chacal? —le interrumpió Sabele, apartándole con la mano para dar un paso hacia la sombra—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Sabele miró a la sombra y Luc intuyó... no, supo, que la sombra le devolvió la mirada. Luc les observó a los dos sin dar crédito a lo que veía. Ahora ya sí que no entendía nada.

—¿Os conocéis? —preguntó Luc, a quien le abrumaba de por sí la idea de que lo que se ocultaba bajo el denso manto de oscuridad tuviese un nombre.

Sabele apartó por un instante la mirada del amasijo de sombras para dirigirla hacia él, la confusión escrita en su rostro con la claridad de una caligrafía depurada. Le consolaba no ser el único que se sentía así.

—¿Puedes ver la sombra? —preguntó Sabele, aún más sorprendida que él.

—Por eso estoy aquí —dijo una voz masculina que jamás había oído—. Tendría que saber que reconocerías mi sombra.

La oscuridad se levantó, guiada por una mano de piel morena que la hizo desaparecer convirtiéndola en diminutas chispas de polvo resplandeciente. El «ser» que apareció al otro lado, deslizándose con suavidad hacia la luz, no se parecía en nada a lo que Luc había esperado encontrar.

No tenía colmillos, ni garras afiladas, no era peludo ni escamoso, tampoco tenía girones de piel despegados de la carne como un zombi o alas membranosas como un demonio, sino que más bien parecía sacado de un cuento de hadas en el que el príncipe azul era modelo de ropa interior. Ojos verdes, piel tostada, cejas angulosas, melena negra peinada hacia atrás, mostrando sus perfectas facciones mediterráneas. No solo tenía el físico y la actitud de saberse en posesión de un regalo de la naturaleza que la genética concedía unos pocos privilegiados, no, además llevaba puesta la chaqueta

de cuero de diseño que Lucas llevaba deseando desde hacía meses y que no se iba a poder permitir en la vida.

—Pues claro que la he reconocido —dijo Sabele, que dedicó a lo que antes era una sombra una mirada de reproche—. ¿Qué pretendías hacer exactamente?

—Protegerte —dijo el tipo sin dudar. Sabele alzó tanto las cejas que Luc pudo oír el «¿disculpa?» aunque no lo dijese en voz alta—. Estoy aquí —repitió, lo que, en opinión de Luc, era un exceso de dramatismo innecesario — porque es un maldito inquisidor.



No, no. No y punto. No. No podía estar sucediendo. Era un mal sueño, obviamente, ¿qué otra retorcida explicación había? Su pasado y su... su lo que quiera que fuese reunidos en la misma habitación a unos cuantos minutos del momento más decisivo de su vida. Si de veras estaba despierta, la otra opción era que fuese la broma de peor gusto jamás puesta en marcha.

Ahí estaban los dos, a un lado Cal, o Chacal, como era conocido entre los suyos. Apenas tenía recuerdos de los últimos años que no estuviesen marcados por su tacto o su mirada. Cal fue su primer beso, su primer viaje por carretera y sin rumbo, su primera noche durmiendo a la intemperie, su primer... su primer todo. Un mundo que necesitaba dejar atrás para encontrarse a sí misma y poder enfrentarse al futuro hipotético que tantas veces había imaginado. Si hubiese sabido que, algún día, terminaría colándose en la sede del aquelarre sin previo aviso, nunca le hubiese dado permiso para que se colase a hurtadillas en aquella fiesta del solsticio de verano, hace tantos años. Los recuerdos de lo que ocurrió en la habitación en la que se escondieron hasta el amanecer la abordaron con malicia haciendo que casi se sonrojase.

Y al otro lado estaba... en fin... *él*.

Quienquiera que fuese.

Un «inquisidor»; la palabra con la que muchas personas en la comunidad mágica se seguían refiriendo a los miembros de la Guardia en honor a su era más oscura. Luc había percibido la sombra, no era un nigromante (y estaba bastante convencida de que tampoco era una bruja), lo que significaba que la sangre de los revelados tenía que correr por sus venas.

Le estudió en silencio, tan delgado, tan desastroso, tan incapaz de llevar por buen cauce su vida. Le resultaba impensable que un chico como él perteneciese a la tan estricta y cerrada Guardia. «Tal vez sea parte del engaño» sugirió una voz en un rincón de su mente, pero ella seguía sin verle el sentido. Nadie era tan buen actor. Y si lo fuese, habría encontrado un modo de vivir en una mansión en Hollywood en vez de pasar un sábado por la noche intentando embaucarla con a saber qué propósito.

—¿Que soy un qué? ¿Estarás de broma, no? Sabes que no estamos en el siglo xv, ¿verdad? —dijo Lucas, quien ya había demostrado en contadas ocasiones que no era capaz de pararse a pensar antes de soltar lo primero que se le pasase por la cabeza.

—¿Te estás burlando? —preguntó Cal.

Como buen nigromante que era, su exnovio nunca había desarrollado un gran sentido del humor, una carencia que, al sumarse a su impaciencia natural, resultaba una combinación de alto riesgo.

—Cal... Vamos, mírale —intervino Sabele—. Este chico no trabaja para la Guardia.

—¿Cómo estás tan segura? Solo porque sea tu nuevo novio...

—¿Mi qué? —Sabele le había oído perfectamente, pero prefería pensar que se le había escapado alguna palabra que hiciese cambiar por completo el sentido de la frase.

—Créeme, no soy su novio —dijo Lucas—, de hecho, ni siquiera sé qué hago aquí.

Dio un solo paso hacia la puerta y Cal se apresuró a interponerse en su camino. Sin que tuviese que recurrir al lenguaje verbal, el «tú no vas a ningún sitio hasta que aclaremos esto» quedó lo suficientemente claro para

que Lucas retrocediese.

Por su parte, Sabele ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Vale, antes de nada, no es mi novio. Segundo, si lo fuese, ya no es asunto tuyo. —Cogió aire. Por la Diosa. No tenía tiempo ni calma para derrocharla en dos gallitos aburridos que jugaban a cacarear por el corral—. Y ahora, vayamos por partes. Lucas, ¿pertenece a la Guardia?

—No.

—Es un maldito revelado, ¿por qué íbamos a creerle? —protestó Cal.

—Hay muchos revelados que no tienen nada que ver con la Guardia, musculitos —dijo Luc—. ¿En serio tengo pinta de madero?

Sabele les observó atentamente. Si no le hubiese estado ocurriendo a ella, le habría resultado bastante cómico. Aunque los dos eran más o menos de la misma estatura, la diferencia en su tamaño les hacía parecer un dúo de humoristas de una película en blanco y negro que fingían pelearse por el amor de una angelical jovencita con unos expresivos ojos muy pintados.

—A mí me parece que tienes pinta de mentiroso.

Luc resopló, en apariencia aburrido.

—¿Sabéis qué? Resulta que me importa una mierda si me creéis o no. ¿Puedo irme ya?

—No —dijeron Sabele y Cal al unísono.

—Su hermana también trabaja para la Guardia, les he visto juntos, he oído lo que decían. Sé que hablaron de ti.

—Dios... —Luc se llevó la mano a la sien—. Tío. Tienes un problema. Sí. Mi hermana trabaja en la Guardia, vigilando *fantasmas*.

No estaba segura de qué era más perturbador, saber que Luc le había hablado de ella a su hermana, agente de la Guardia, o que su ex hubiese estado escuchándolo todo.

—¡Me amenazaste! —exclamó el nigromante—. Dijiste que habías sido entrenado para luchar contra seres malignos.

—¡Era un farol!

—¿Lo ves? —Cal se giró hacia ella—. Sabía que era un mentiroso. — Le acusó señalándole con el dedo.

Supo que Cal esperaba que le diese la razón y las gracias, pero el nigromante estaba muy equivocado con las emociones que estaba

despertando en Sabele. En lugar de provocarle una eterna gratitud, logró que recordase uno de los motivos por los que habían dejado de ser compatibles.

—¿Se puede saber por qué le estabas siguiendo? Y dime, por favor, que no se trata de celos.

Lo peor de todo era que parecía sorprendido y dolido por el reproche.

—Os vi por casualidad, juntos, y yo... le seguí porque... quería comprobar por qué tipo de persona me habías sustituido. —Ni siquiera lo decía con maldad, ojalá lo hubiese hecho. Pasar página habría sido mucho más cómodo y sencillo para Sabele—. Quería averiguar qué es lo que no te pude dar. En fin... —Hizo un aspaviento con las manos, intentando restarle importancia—. Sé que no tiene sentido, había bebido y supongo que...

—¿Tú, bebiendo? Sabes que no puedes hacer esas cosas.

Pese a su aspecto robusto, la salud de Cal era, en ciertos aspectos, delicada a causa de su condición de nigromante. Desde que le conocía había evitado cualquier tipo de excesos: alcohol, tabaco, fiestas demasiado largas, ni siquiera comía nada que tuviese grasas saturadas. A veces, Sabele bromeaba diciéndole que era como salir con un anciano o un monje, aunque en realidad admirase su disciplina.

—Un par de cervezas, Sabele. No es como si hubiese estado al borde del coma etílico. Solo quería... qué sé yo... desinhibirme un poco. —Se encogió de hombros—. Los chicos insistieron y...

—Los chicos —repitió Sabele con un suspiro que podría haberse interpretado como un «cómo no»—. «Los chicos» son corrientes y pueden permitirse el lujo de hacer lo que les plazca.

—Solo estaban intentando ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Cómo? ¿Mandándote al hospital con una úlcera? ¿Con un fallo multiorgánico, tal vez?

—Estás exagerando...

—Bueno —dijo Lucas a su lado—, os resultará extraño, pero no tengo el más mínimo interés en vuestras disputas maritales. Así que me marchó a mi casa a dormir. Ha sido un placer veros esta noche.

Cal no se apartó un solo milímetro de la puerta, para exasperación del músico.

—Si te soy sincero, no comprendo qué has visto en él —dijo Cal, con un grado de condescendencia que rozaba la humillación.

—Pues yo tampoco entiendo qué te vio a ti para acceder a ser tu novia tanto tiempo. —Se encogió de hombros y miró a Sabele—. Supongo que eres aún más superficial de lo que creía. Ya se sabe, mucho músculo, poco cere...

Una densa masa de oscuridad se formó en torno a las manos de Cal, de pronto teñidas de negro. Las sombras crepitaban entre sus dedos con la forma de una llama capaz de calcinar a cualquier enemigo en su mortal frío sin ninguna piedad. Parte de las sombras se transformaron en las fauces de un lobo que amenazó con atacar con un profundo gruñido.

Lucas enmudeció y Sabele se preguntó si aún recordaría la profecía de las cartas: «Tu empeño se convertirá en tu enemigo el día que el lobo muestre su hocico».

—¡Cal! —protestó Sabele.

Con un mohín, Cal accedió a detener su táctica intimidatoria, que resultó ser todo un éxito.

—Para no estar saliendo pasáis mucho tiempo juntos. Os habéis visto todos los días esta semana.

A Sabele le indignó que se atreviese a hacerle ese tipo de reproches, pero le resultó aún más molesto que fuese cierto. Resopló con ganas para expresar su indignación.

—Díselo a Ame. Tuvo la genial idea de hacer un conjuro ancestral para demostrarme que existía el amor verdadero, y está claro que se equivocaba.

—¿Qué conjuro? —preguntó Cal.

—Uno para encontrar a tu alma gemela o algo así en versión japonesa.

—¿Perdona, qué? ¿Quieres decir que una de tus amigas brujas me ha estado hechizando? —dijo Lucas.

—No a ti específicamente, no a propósito, pero, a rasgos generales... sí. —Sabele no encontró placer alguno en el trastorno que le supuso su confesión.

No se lo había estado ocultando premeditadamente, pero tampoco le entusiasmaba la idea de tener que explicarle que, según la magia, ellos dos estaban hechos el uno para el otro. Porque, como saltaba a la vista, era

ridículo.

—Estamos hablando de magia muy peligrosa, Sabele... el destino no es un juego de niños. Mira los viejos mitos. Todos los que coquetean con lo inefable acaban pagando un elevado precio.

Por enésima vez, la carta negra se proyectó en sus pensamientos. ¿Tan alto sería el precio que el cosmos le exigiría pagar? ¿Su magia a cambio de una supuesta verdad que no quería saber y que no le serviría de nada? ¿A cambio... de él?

—Pero creo... —continuó diciendo Cal— que puedo deshacerlo. Si quieres, claro.

Dulces y tentadoras palabras envenenadas.

¿Que si quería? ¿En serio? Por supuesto que quería. Tal vez no estaba hecha para las citas, las relaciones o cualquier gesto romántico (grande o diminuto). La tensa situación en la que se encontraban era la más evidente demostración de algo que ya sabía: por ahora era mejor que se centrara en sus estudios.

¿Que si quería? Habría firmado un pacto con el diablo si le hubiese prometido que nunca más tendría que lidiar con ese asunto. El único problema era que las noticias sonaban tan jugosas que le resultaba difícil creerlas sin más.

—¿Deshacerlo...? ¿Cómo?

Ya había pecado de incauta con la magia amorosa una vez, si iba a volver a hacerlo, se debía a sí misma tener la mínima decencia de fingir que, en esta ocasión, lo tenía todo bajo control.

—Bueno, no hay ningún vínculo que la muerte no pueda romper y... ya sabes que la muerte es mi especialidad.

Sabele vio por el rabillo del ojo como Lucas se sobresaltaba al oír aquello y sintió un cierto deleite. Seguro que el pobre idiota creía que iban a deshacerse de él y a lanzar sus restos al Manzanares. Por suerte para él, los nigromantes preferían invocar el poder de la muerte antes que hacerle favores encargándose de sus asuntos.

—¿Qué me dices? —insistió Cal, que parecía aún más ansioso de librarse de la presencia del revelado que ella misma.

Solo había accedido a formar parte del hechizo de Ame porque pensaba

que «las almas gemelas» y todas esas paparruchas del hilo rojo no eran más que cuentos de niños, pero ahora que sus creencias vacilaban... Como Cal había dicho, jugar con el destino era un peligro, hacer malabares con la muerte y el destino a la vez... era una locura.

Por otra parte, resultaba obvio que Ame se había equivocado (*tenía* que haberlo hecho); Lucas no podía ser su alma gemela. Lo más probable era que la hubiese ligado de por vida a una persona con la que no tenía nada en común por accidente. Con un contra-hechizo del tipo que fuese solo iban a rectificar un error, a devolver la vida de ambos a su cauce natural. Si lo razonaba así no solo no se trataba de una mala idea, sino que, en cierto modo, era su obligación como bruja.

—¿Puedes hacerlo en menos de media hora?

—Con todos los materiales necesarios... en diez habré acabado.

—Entonces será mejor que salgamos de la cocina y vayamos al cuarto de invocaciones.



Lo que Sabele había llamado cuarto de invocaciones resultó ser una especie de desván de poco más de veinte metros cuadrados con una pequeña ventana que había sido cubierta con una lona y el techo más bajo que había visto en su vida. Casi tan bajo como hasta donde había caído él al dejarse arrastrar hasta allí.

Lo último que le apetecía a Luc era convertirse en el conejillo de indias de dos hechiceros, menos aún con su hermana, la guardiana del orden natural de las cosas, al otro lado de la puerta de la despensa. O al menos no iba a hacerlo sin sacar nada a cambio.

—¿Mi opinión no cuenta para nada? —dijo, como si acabar con ese estúpido hechizo del que el azar le había hecho víctima no fuese la única buena idea que había oído en toda la noche.

No estaba del todo seguro de que las miradas de las brujas no pudiesen matar, así que llegó a temer por su vida cuando Sabele se giró hacia él y le acuchilló con sus ojos azules.

—¿Por qué ibas a querer seguir encontrándote conmigo a todas horas? No nos soportamos —le recordó, y él dedujo que lo que en realidad quería

decir era «no te soporto».

—Bueno, si es lo que dicta el universo parece lo lógico, ¿no? —Intentó parecer tan convencido como pudo.

¿El destino? De acuerdo que existiese la magia, pero se negaba a creer en lo «inevitable». Siempre había pensado que era una simple excusa para cobardes e inútiles. El que de verdad quería algo, encontraba el modo de conseguirlo, independientemente de los designios de cualquier fuerza todopoderosa.

—No. No es lo que dicta el universo —dijo la bruja avanzando hacia él—. No es lo lógico. Es un error.

—En fin... si tanto te importa... —Se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Si tanto me importa qué?

Se deleitó en su propio ingenio. «Lucas Fonseca, experto en sacar provecho de las necesidades ajenas». Iba a ser aún más fácil que con su hermana, una noche redonda.

—Supongo que podemos hacer un trato.

—¿Qué tipo de trato...? —Sabele se llevó las manos a la cadera, en actitud desafiante.

—Uno de... mutuo beneficio. Yo dejo que juguéis a los conjuros conmigo y a cambio tú promocionas mi grupo en tus redes sociales. —Mencionar el detalle de que en ese preciso momento no tenía nada a lo que se pudiese llamar «grupo» le pareció irrelevante.

Sabele se tomó un segundo, seguramente para odiarle en silencio.

—Eres... increíble. —Era evidente que se estaba reprimiendo, incluso Lucas sabía que había términos más adecuados a la hora de describirle—. De acuerdo, hablaré de tu estúpida banda de *rock*.

—¿En tu canal?

Asintió.

—¿Y en tu Instagram?

—Sí, por todas partes. Donde tú quieras, Twitter, Tumblr, Pinterest, Snapchat, TripAdvisor, donde quieras, y ahora, démonos prisa.

Y así fue como acabó en una sala oscura con estantes repletos de frascos de formol, velas, hierbas y utensilios por cuya función prefería no preguntar. Su falta de autocontrol y su incapacidad para decir que no a

cualquier plan que pudiese quedar como una interesante anécdota en la biografía que, estaba convencido, algún día escribirían sobre él, le habían llevado a vivir todo tipo de experiencias absurdas, pero aquella noche estaba a punto de llevarse el premio gordo.

Claro que, ¿quién iba a creerle cuando lo contase?

—¿Por qué tenéis un cuarto de invocaciones? —preguntó el musculitos mientras recolectaba las velas negras que iba situando en torno a una especie de pentagrama pintado en el suelo—. Pensaba que teníais prohibido el espiritismo «Aquella vez que acabé en un ático de Gran Vía con dos satánicos...». Sí, suena interesante y más verosímil, bastaría con maquillar un par de detalles sobre la noche cuando se la relatase a periodistas y biógrafos.

—Y lo tenemos —dijo Sabele—. Nuestra magia nunca se ha llevado bien con el mundo de los muertos, pero en fin... nunca se sabe.

Genial, así que iban a jugar a la *ouija* en la típica sala de invocaciones que uno tiene por si acaso, claro, y de paso, a lo mejor les preguntaban a los espíritus cuántos hijos iban a tener, con qué edad se casarían y quién ganaría las próximas elecciones, después podrían hacerse trenzas y beber chocolate caliente, ¿por qué no?

A medida que sus acompañantes adoptaban una pose de seriedad, sus pensamientos se iban tornando más y más sarcásticos.

Al ver a aquel guaperas de tres al cuarto agachándose para encender las velas negras con un mechero, se tuvo que contener para no empezar a cantar el cumpleaños feliz. Solo faltaba que empezase a recitar cánticos en latín para que a Lucas le diese un ataque de risa.

Sin embargo, cuando el tipo extrajo una daga del interior de su chupa de cuero, lo último que quiso hacer fue reír.

El arma parecía un objeto de atrezo robado del set de una película cutre de vampiros, de aspecto antiguo y con el rostro de un lobo de fauces abiertas grabado en el mango. El tal Cal se situó en el centro del pentagrama, cerró los ojos y comenzó a murmurar palabras que retumbaban en el ático cada vez más altas.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lucas.

No, no era latín, pero sí una lengua muerta, una ancestral, olvidada,

perdida en el tiempo, una lengua poderosa que rozaba con sus sonidos los albores de la raza humana, de la civilización y de la magia.

Lucas dio un paso atrás, abrumado por un poder que ni conocía ni comprendía. Frente a él, en el otro extremo de la sala, Sabele observaba al hechicero con una mezcla de orgullo, fascinación y... se atrevería a decir que deseo. A su inquietud se sumó un atisbo de envidia. Nunca nadie le había mirado de aquella manera, menos aún alguien como Sabele, que no se dejaba impresionar por cualquiera (había tocado la guitarra para ella y aun así le había dado plantón. Nadie se resistía a la guitarra).

Sus celos se esfumaron cuando un malestar repentino le invadió y el instinto de supervivencia tomó el mando.

La bombilla de halógeno, que apenas iluminaba el desván, titiló hasta que se apagó por completo, las llamas de la vela se extinguieron hasta consumirse y la temperatura del cuarto comenzó a descender a una velocidad alarmante.

Lucas sintió una náusea y un nudo en el estómago, fruto del esfuerzo que le era preciso para reprimir el ímpetu con el que todos sus instintos le gritaban que echara a correr tan lejos de allí como pudiera y la certeza en sus entrañas de que estaba a punto de ocurrir algo que se escapaba a su control y al de las normas de la naturaleza que le habían enseñado desde niño. Si su hermana llegaba a averiguar el lío en que se había metido, podía ir despidiéndose de su dinero y de su salud física. «Leticia va a matarme». Si es que salía de ahí con vida. «Por favor, que no haga falta un sacrificio para el ritual», pensó recordando un documental que había visto un domingo de resaca sobre la civilización minoica.

El nigromante alzó la daga en el aire, extendió su mano izquierda y dejó caer el cuchillo sobre su palma, donde se deslizó con precisión y sin un ápice de duda de un lado a otro, provocando que un reguero de sangre cayese entre sus pies y por su muñeca. Miró hacia Sabele y comprobó que la fascinación hipnótica había dado paso a una expresión compungida.

Un miedo irracional, surgido de la nada, se apoderó de todos los presentes y exigió cada centímetro de sus emociones. Terror. Ganas de llorar. Y de correr lejos de allí. Sintió el miedo y la certeza de que era la única emoción válida.

La sangre brotaba sin cesar de la herida de Cal y el olor a hierro entremezclado con el polvo de las estanterías resultaba nauseabundo. El nigromante continuaba recitando cuando sus manos comenzaron a tornarse negras, tan negras como la oscuridad de la nada más infinita, transformándose en una sombra que se enrollaba entorno a sus brazos hasta desaparecer bajo la tela remangada. Sus venas brillaban con una pálida luz azulada, como pequeños relámpagos en la noche. La magia corría salvaje por su sangre y se vertía sobre el pentagrama. El esfuerzo comenzaba a delatarse en los músculos de su cuello, en la tensión que le hacía permanecer inmóvil, en sus pies temblorosos plantados en el suelo y en la gota de sudor que se deslizaba por su frente morena. El mismo lobo que había amenazado a Luc minutos antes brotó de su cuerpo hacia el cielo, haciendo que su espalda se arquease. La sombra se esfumó en el aire.

La última palabra surgió de entre los labios de Cal como un suspiro. Los cerró y los humedeció antes de decir:

—Bienvenido, espíritu. ¿Por qué nombre he de llamarte?

Alguien había respondido a su llamada.

Luc había visto casi tantos fantasmas como personas en su vida. Estaban por todas partes, acumulados con el paso de los siglos allá donde pusiera la vista. Llegaba un punto en el que sucedía como con la publicidad, se había habituado tanto a ellos que ni siquiera se percataba de que estaban allí. Así que se podía decir que sabía de sobra cómo era un fantasma. Y sin embargo, aquel ser que flotaba en el aire frente a él no se parecía a ninguno de ellos, aunque la muerte se intuyese en su presencia, y no sentía el más mínimo deseo de averiguar qué era o de dónde venía.



Leticia asomó la cabeza con cautela cuando las voces se alejaron por el pasillo, a pesar de que una parte de ella sentía el impulso de salir corriendo tras el improvisado trío, cortarles el paso e impedirles hacer la estupidez que parecía que estaban a punto de hacer. De hecho, su labor era informar de cualquier línea roja mágica que se cruzase aquella noche, pero dudaba mucho que fuesen a volverla a invitar a las comidas familiares si cumplía con su obligación. Su padre por mentirle y trabajar para la Guardia a sus espaldas y su madre por conseguir que arrestasen a su niño bonito por cómplice. No podía afirmar con total seguridad que el hechizo que fuesen a llevar a cabo estuviese en la lista de magia prohibida de la Guardia, pero la cosa no tenía muy buena pinta.

Se resignó a anteponer su papel como hermana mayor a su obligación como agente de la Guardia, sobre todo porque Luc estaba allí por su culpa. Al menos el muy liante había cumplido con su parte.

Salió de la cocina con fingida naturalidad y cruzando los dedos para que el aparato que tenía que simular un aura mágica no le fallase. Apenas acababa de llegar al rellano de la escalera cuando estuvo a punto de chocar

de bruces contra dos brujas. Intentó pasar desapercibida, pero una de las dos, una joven de elevada estatura con la cabeza rapada, la interceptó.

A Leticia no le costó reconocerla. Valeria Santos, una de las jóvenes promesas de la magia en España. La segunda bruja, de rizos anaranjados y la piel cubierta de pecas, permaneció a su lado en silencio.

—Oye, perdona...

A Leticia no le quedó otra opción que detenerse y decir:

—¿Sí?

—¿Por casualidad no habrás visto a Sabele por aquí? Ya sabes, Sabele del clan Yeats, seguro que la conoces.

—Sí. Claro.

A pesar de que detestaba tener que mentir, ya fuera a su padre o por trabajo, «Por supuesto, está probando suerte con a saber qué clase de hechizos junto a un nigromante y mi hermano pequeño, quienes, por cierto, no deberían estar aquí. Menuda nochecita lleva esa brujida, eh», no le pareció la mejor respuesta. Leticia la miró fijamente y parpadeó un par de veces.

La bruja le dedicó una sonrisa pasivo agresiva.

—¿Y bien?

—No, no la he visto La bruja resopló malhumorada.

—Maldita sea mi magia. Las pruebas van a comenzar dentro de nada, no aparece por ningún sitio y Carolina está supermosqueada —dijo, sin hablar con nadie en particular—. Si me hubiese dicho que iba a participar podríamos habernos preparado juntas. —Se llevó las manos a la cintura con fastidio y suspiró—. En fin, gracias de todas formas... —Ladeó la cabeza cuando pareció percatarse de su existencia por primera vez—. ¿Cómo dices que te llamas? Perdona, es que no me suena haberte visto antes.

—Eh... María —inventó, sin demasiada originalidad.

La bruja continuó escrutándola. Estaba claro que no bastaba para ella. Tenía que reconsiderar seriamente la posibilidad de hacer una lista de nombres falsos para emergencias. Leticia miró a su alrededor en busca de inspiración y su vista fue a dar con un gigantesco espejo colgado en la pared.

—Reflejo. María Reflejo.

No era peor que «juez Gómez Rioja».

Valeria asintió sin demasiada convicción. Leticia agradeció que no le pareciese lo suficiente interesante para seguir indagando. Aunque no se le escapó que ella había obviado presentarse a sí misma. Debía de estar acostumbrada a que todo el mundo supiese su nombre.

Las dos brujas reanudaron la búsqueda escaleras arriba y Leticia observó cómo se marchaban. Se apoyó en el pasamanos malhumorada. ¿Y ahora qué se suponía que tenía que hacer? ¿Marcharse y ponerse a salvo, volver a la reunión del aquelarre como si nada y cumplir con su misión? No podía dejar a Luc allí tirado a su suerte. Y todo por culpa de unos estúpidos tacones. A partir de ahora nadie la iba a convencer para que se pusiese cualquier calzado que no fuese plano.



Ella, no, la materia que le daba forma, era lo más hermoso que jamás había contemplado. Tuvo que reprimir el impulso de llevar la mano a su bolsito de fiesta y buscar su teléfono para intentar fotografiar aunque fuese una mínima parte de su esplendor.

No se trataba de un fantasma como los que suelen describirse en las novelas góticas y de terror o como los que se crean mediante gráficos en las películas y series. No era un alma errante, uno de tantos seres fantasmales que vagan sin remedio por la Tierra, sino un recuerdo, un vago eco de un sentimiento de su dueña, un ente puro con el rostro de una joven mujer. Un espectro.

Quienquiera que hubiese sido esa persona de la que ahora solo quedaba una emoción había poseído rasgos muy comunes que formaban una de esas caras fáciles de olvidar y una melena oscura recogida en un austero moño. De sus ojos claros solo se intuía su profundidad, ya que todo su cuerpo se componía de una materia sin textura, un puro reflejo de luz que titilaba con todos los colores. Su vestido delataba que perteneció a otra época, no muy lejana, no muy distinta a la nuestra en algunos aspectos, pero tan extraña como la vida en un planeta distante.

La mujer les miró, uno a uno. Buscó a su alrededor, intentando comprender dónde se hallaba. Sabele sintió un escalofrío y supo que la emoción que había dejado atrás era una que pertenecía al mundo de las sombras. Miedo, rabia, odio. No estaba segura de cuál. Tragó saliva sin atreverse a decir nada en voz alta. Tenía un mal presentimiento, y si había algo en lo que una bruja debía confiar en este mundo, era en su intuición.

—Espectro —llamó Cal. El ser se volvió hacia él en el aire—. Te ordeno romper...

El espectro se inclinó hacia él, mirándole fijamente a los ojos a través de su inmaterial sustancia. Cal quedó casi petrificado bajo su influjo.

—Pobre —dijo ella, con una voz dulce, fina y cargada con el peso de una vida complicada que la tornaba inquietantemente serena—. Pobrecillo...

Cal abrió los ojos de par en par y titubeó. Estuvo a punto de retroceder un paso y salir del círculo de invocaciones. Sabele no era precisamente una experta en la materia, pero sabía que no era buena idea para el nigromante abandonar la protección que el pentagrama le ofrecía ante la presencia del ser invocado.

Cal apartó la mirada bruscamente, clavando la vista en el suelo para que no pudiese seguir leyendo su interior.

—No puedes entrar ahí —advirtió—. Mi alma no te pertenece a ti, sino al portal.

—Tu alma... ¿a quién le importa tu alma? Es tu corazón lo que me inquieta —dijo la criatura—. Eres como un libro abierto... Tanto, tanto dolor. Te han roto el corazón. Es evidente. Conozco bien esa sensación.

El espectro giró en el aire con un brusco movimiento hacia Sabele. Más tarde no sabría explicar cómo se las apañó para mantener la compostura.

—He aquí la culpable. —La escrutó de los pies a la cabeza—. Hermosa... muy hermosa. Siempre son bellos los que juegan con nosotros, ¿verdad? Los que nos hacen daño... Aunque tú... también lo eres —dijo mientras devolvía su atención al nigromante.

—Tengo una orden para ti, espectro, cúmplela y después podrás volver a tus lamentaciones eternas.

El espectro suspiró, o al menos imitó los movimientos que habría tenido

su cuerpo al hacerlo si hubiese sido carnal.

—¿Volver? No puedo volver aún, querido. Me temo que tengo algo que hacer, una cuenta pendiente que saldar.

—Cal —dijo Sabele, acercándose a sus espaldas para susurrar en su oído—. Devuélvela a su mundo. No merece la pena correr el riesgo, de verdad. Encontraremos otra forma.

Cal la miró a ella y después dirigió un rápido vistazo a Lucas, que intentaba pasar desapercibido junto a la puerta. Que aquel espectro hubiese logrado hacerle callar era otro indicio más de que algo no marchaba bien.

—Puedo controlarlo —dijo Cal—. Solo es parloteo, no la escuches.

Sabele le conocía lo suficiente como para distinguir la duda en su voz.

—No puedes. Cal, en serio. No merece la pena.

El nigromante vaciló durante unos segundos antes de asentir. Alzó los brazos a la altura de la cintura y comenzó a susurrar palabras inaudibles.

—Mírate... sumiso... cobarde... como un perro. Su perro faldero. ¿Es eso lo que quieres ser? ¿La mascota obediente de una bruja? No es peor que ser un sucio y repugnante nigromante como tú. Engendros mágicos.

A pesar del contra hechizo, el espectro seguía ahí, tan nítido como unos segundos atrás.

—¿Cal? —insistió.

Aquella noche estaba siendo un desastre en todos los sentidos posibles, aunque ya ni siquiera le preocupaba la prueba de aprendiz, no mientras los grandes ojos del espectro la perforaban de esa manera.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Librarte de mí. Eso es lo que queréis todos, vosotros, los rompecorazones, los que jugáis con nosotros. Es lo que queréis, brujas, nigromantes, hombres, mujeres, sois todos iguales... ¡Mentirosos! ¡Sois todos unos mentirosos! —Sus palabras iban perdiendo el sentido hasta volverse un griterío incoherente—. ¡Deja de jugar! ¡No juegues conmigo! ¡No soy un juguete!

Su rostro se había encogido en una mueca de odio, rabia, ira y sombras que empañaban las luces en su interior.

—¡¿Cal?! —llamó, sin despegar la vista de la invisible frontera que la separaba del espectro. Lo único que la protegía de su ira era el trazo del círculo que la contenía, su celda sin barrotes.

—¡Estoy en ello! Un par de segundos y estará de vuelta.

—No estoy segura de que tengamos un par de segundos.

Una pantalla alzada en torno al círculo, hasta entonces invisible, comenzó a resquebrajarse dejando entrever grietas de luz blanca. Sabele comenzó a recitar su propio contra hechizo, sin embargo, una voz aproximándose y el sonido de pisadas sobre los peldaños de la escalera la distrajo.

—¿Sabele, Sabele estás ahí? —la llamó Valeria.

—¿Esa no es la sala de invocaciones? —dijo una segunda voz escéptica. Sabele juraría que se trataba de la amiga estadounidense de Valeria, Andrea Harper—. Está prohibido entrar ahí.

—Lo sé, pero te digo que he oído voces. ¿Sabele?

—Nadie va a volver a jugar conmigo... —murmuró el ente—. Nadie... Nadie.

La puerta se abrió lentamente y Sabele vio la expresión confusa de las dos brujas a través del espectro. Valeria les miró uno a uno, comprendiendo mucho más rápido que su amiga lo que estaba ocurriendo y transformando su sorpresa en indignación.

—Oh, Sabele... No me esperaba esto de ti... Cuando se entere Flora...

—¡Nadie!

Pero si Flora llegaba a descubrir lo ocurrido, no sería a través de ella. Valeria nunca llegó a concluir sus amenazas. En mitad de la frase, el espectro desprendió una avalancha de energía, de furia, una emoción contenida durante años, décadas, quizá siglos, que hizo que Cal perdiese el equilibrio y cayera de espaldas fuera del círculo. La daga ensangrentada que sostenía en la mano voló por el aire hasta caer en el suelo. Cal tardó solo un segundo en incorporarse y recuperar su posición inicial, tiempo suficiente para que la barrera que les protegía estallase en mil pedazos y el espectro escapara de ella con un estruendo que hizo temblar toda la casa, haciendo caer botes y frascos que se estrellaron contra el suelo.

El espectro era solo una vaga sombra, un rastro de humo, un resto residual de la mujer que fue. No podría perdurar durante demasiado tiempo en el mundo material, en el plano de los vivos. Era un mero eco destinado a disolverse en el aire, lentamente.

Un destino que solo podía evitar de una forma.

La mirada del espectro se posó sobre el rostro consternado de Valeria y Sabele supo lo que iba a suceder, aunque no tuviese ni el tiempo ni el poder para remediarlo.

El espectro se abalanzó sobre Valeria, como si fuese a atravesarla, pero lo que hizo fue fundirse con su cuerpo, desapareciendo al entrar en contacto con la piel de la bruja.

Valeria gimió profundamente mientras, a su lado, su amiga gritaba horrorizada. Durante un instante, su mirada permaneció perdida, su espalda encogida sobre sí misma, y se llevó las manos al cuello como si acabara de atragantarse. Todo acabó cuando el miedo animal en sus ojos se desvaneció y una sonrisa despiadada ocupó su lugar.

El espectro se palpó el cuerpo, se miró las manos y se echó a reír para detenerse de golpe. Se agachó lentamente y recogió la daga de Cal del suelo. La estudió con una mezcla de curiosidad y satisfacción.

—Nadie me volverá a usar... y mucho menos otro nigromante —dijo la voz de Valeria, aunque aquellas no fuesen sus palabras—. Acabaré con todos vosotros si hace falta. Acabaré con vosotros hasta que no quede el más mínimo rastro de él.

—¿Va... Valeria? ¿Qué dices, Valeria? ¿Estás bien? —preguntó Andrea junto a ella.

El espectro que ocupaba el cuerpo de Valeria no respondió a sus preguntas, se limitó a mirarla con curiosidad. Ahora era ella quien jugaba. Andrea retrocedió hasta quedar pegada a la pared, dejando, muy sabiamente, que su instinto de preservación la guiase.

—Cállate —ordenó, y los labios de la bruja se sellaron.

Intentó hablar desesperadamente, gritar, pero no surgían sonidos de su garganta ni se abría su boca, solo pudo expresarse mediante las lágrimas que brotaron a borbotones de sus ojos mientras agitaba las manos en el aire.

—Quieta —dijo la falsa Valeria, y todo su cuerpo, sus manos todavía en el aire, quedó petrificado, como si estuviese hecho de piedra—. Curioso poder... en mis venas... La siento arder... la magia.

—¡Déjala en paz! —exclamó Sabele.

La falsa Valeria se giró y clavó los ojos ambarinos que había robado en

ella, desbordados con una ira desmedida. Sabele sintió como el aliento la abandonaba durante un instante.

—Tienes que volver a tu dimensión —dijo Cal, quien mantuvo una distancia prudencial.

Lucas, por su parte, se limitaba a mantenerse pegado a la pared, muy probablemente cruzando los dedos para que le dejaran en paz.

El espectro negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo. Aún no... —Se llevó las manos a las sienes con una mueca de confusión—. Ella sabe cosas... tantas cosas... Sabe cómo puedo quedarme aquí... para siempre.

La falsa Valeria miró el cuchillo que sostenía en la mano y, antes de que se abalanzase sobre ellos, Cal formó una barrera de sombras que la daga no pudo atravesar. El espectro observó la sombra que les protegía con resignación.

—Comprendo.

Les dio la espalda, dispuesta a marcharse de ahí, sin más. Por ahora no le interesaban.

—¡No puedes marcharte! —exclamó Sabele, avanzando con decisión hacia la puerta—. ¡Ese cuerpo no te pertenece, no puedes hacer con él lo que quieras!

Por mucho que desconfiara de las intenciones de Valeria, jamás había deseado o pretendido una suerte semejante para ella. Las brujas eran hermanas, unidas por su magia y por el hecho de que no podían contar con nadie más. Tenían que ayudarse entre ellas. No habría tenido ni un corazón en el pecho ni sangre en las venas si se hubiese limitado a cruzarse de brazos a ver como aquel ser de otra dimensión se llevaba su cuerpo sin más.

—Y tú no puedes impedírmelo —dijo ya en las escaleras, sin detenerse o mirar atrás.

No le dejaba otra opción. Tendría que intervenir mediante la fuerza. Sus poderes nunca fueron de naturaleza ofensiva, no estaba acostumbrada a luchar, pero su tía se había encargado de asegurarse de que podía defenderse sola. Rebuscó en su memoria hasta dar con el hechizo que la detendría sin causar daños a la verdadera Valeria y recitó las palabras que había aprendido de memoria.

—Párpados violetas que sin querer se cierran. Labios rojos que con ganas bostezan. Pesada consciencia, duermes, te entregas. El sueño te reclama en su basta tierra.

El espectro se detuvo y dio media vuelta hacia ella, al oír, o quizá intuir, que invocaba los poderes de la luz. De entre sus dedos, alzados hacia Valeria, surgió un halo de energía apenas visible que proyectó directamente hacia ella y que el espectro desvió con un leve aspaviento de su mano.

—Vaya... me temo que tu amiguita bruja es mucho más poderosa que tú. Su cuerpo me será muy útil.

Cerró los puños y los abrió de golpe, haciendo que Sabele saliese disparada hacia atrás, chocando contra una estantería y cayendo de bruces contra el suelo. Se golpeó en la sien al caer. Le ardían las manos, la espalda y el pecho. La habitación comenzó a nublarse a su alrededor y lo último que escuchó antes de perder la consciencia fue a Cal gritando su nombre en la distancia.



Al ver su pequeña cabeza impactando contra el suelo y su cuerpo inmóvil sobre la madera, las preocupaciones que habían acaparado su cabeza se desvanecieron. «Por favor, que no esté muerta». No le hubiese hecho ninguna gracia tener que ir a declarar como testigo y explicar que la asesina era una bruja poseída por un espíritu maligno del más allá.

La joven de la cabeza rapada continuó con su camino sin que ni el nigromante ni él hiciesen nada por detenerla. Cuando el ser maligno desapareció de su vista, ambos se apresuraron a agacharse sobre Sabele.

—¡Sabele! —dijo Luc, agachándose torpemente junto a ella y comprobando que su pecho se movía lentamente con sus respiraciones. Uf. Estaba viva.

—¿Bel? —la llamó su ex mientras la cogía entre sus brazos y le apartaba los largos mechones de pelo rubio que habían escapado de su moño y le caían sobre la cara.

Luc sintió una punzada de frustración (y sí, aunque no estuviese dispuesto a admitirlo, también de envidia) al presenciar una intimidad que jamás había sentido por nadie. Bel. La llamaba Bel. Tenía que ser bonito llamar a alguien por un nombre que nadie más usaba.

—¿Amor? Por favor, tienes que despertar —dijo con una calma digna de admiración.

Luc, en cambio, estaba hecho un manojo de nervios.

—No estará muriéndose, ¿verdad? Aunque no haya muerto en el acto, podría tener un traumatismo interno de esos y estar desangrándose por dentro mientras hablamos. ¿Hay muchas venas en el cerebro? ¿Y si se ha dado muy fuerte y tiene amnesia?

—Dile... dile que se calle —susurró Sabele con un gemido. Se llevó la mano a la frente y se sentó en el suelo con la ayuda de Cal—. Amnesia... ojalá pudiese olvidarte tan fácilmente...

Luc disimuló una sonrisa. Tampoco iba a reconocerlo, pero se sentía aliviado, tanto que por fin pudo sucumbir a otros sentimientos que le eran mucho más gratos y familiares como la indignación. Qué alivio.

—Tenéis un problema, ¿lo sabíais? —dijo señalándoles a ambos—. Yo pensaba que como mucho íbamos a jugar a la *ouija* no a... hacer un ritual satánico para invocar a esa... esa cosa. Y tú. ¡Tú! —Señaló a Cal—. ¿Es que tienes zumo de chufa en vez de sangre? ¿Por qué no has hecho nada? ¡Casi la mata! Y tú ahí pasmado como si nada.

—Es una bruja, no podía hacer nada más —se excusó Cal, sin alterar en lo más mínimo su semblante. Desde luego, las críticas de un revelado sin un ápice de magia en su cuerpo no le preocupaban demasiado—. Estaría violando el Tratado de Paz. No debemos emplear nuestra magia los unos contra los otros, o al menos no para causarnos un daño significativo, y, nos guste o no, ahora ese espectro es una bruja...

—Esta es la peor noche de mi vida... —protestó Sabele, que en vez de levantarse se dejó caer hasta quedar tumbada en el suelo—. Por la Diosa, no quiero volver a saber nada de los hombres...

—Oye, a mí no me metas —protestó Luc—. Yo no tengo nada que ver con esto. La idea fue suya. —Señaló a Cal de nuevo—. Y a ti te pareció una ocurrencia maravillosa. Vamos, que yo solo he cumplido mi parte del trato, espero que ahora tú cumplas con la tuya.

Sabele alzó las cejas en un gesto de sorpresa y se incorporó de golpe, como hacen los vampiros en las películas.

—Tus prioridades me fascinan... La bruja más poderosa de nuestra

generación se pasea por Madrid poseída y a ti te preocupa conseguir *más followers*... —Esta vez sí se puso de pie con cuidado y rechazando la ayuda que el nigromante le ofrecía.

—No es mi problema.

Se encogió de hombros.

—Me temo que sí —dijo Cal. Cada vez que abría la boca le caía un poquito peor—. Para invertir una invocación de un ser espectral a su plano original es preciso que estén presentes todas las almas que abrieron la puerta en primer lugar. Y tenemos que damos prisa antes de que su energía se agote, cambie de cuerpo y sea imposible localizarla.

—¿Sí? Pues yo paso. Mi alma y yo nos damos el piro —dijo Luc, que tenía planeado componer durante todo el domingo y ninguna intención de cambiar sus planes para jugar a los Cazafantasmas con la parejita perfecta.

—Ahora no es el momento para discutirlo. Tenéis que marcharos, los dos —dijo Sabele, que parecía haber recobrado del todo el sentido del aquí y el ahora tras el golpe—. Oh, mierda. —Miró a su ex—. Si te encuentran aquí, sabrán que yo os he dejado pasar, sabrán que es culpa mía... y se acabó mi carrera de bruja. Seré una paria, una bruja sin aquelarre. —Les empujó hacia la puerta con una fuerza que resultaba desproporcionada para alguien de su tamaño—. ¡Largaos, por la Diosa! Y que no os vea nadie.

—Te acabas de golpear en la cabeza —dijo Cal—. En algo tiene razón el revelado, podrías tener un traumatismo. No es buena idea que te dejemos así, sin más.

—Ha sido un golpecito de nada, además, soy mayorcita, sé cuidarme sola. Tened cuidado, ¿vale? Yo me encargo de esto.

El nigromante suspiró, pero no parecía dispuesto a entablar una nueva discusión con su exnovia. Perfecto. Luc tampoco sentía deseo alguno de permanecer en aquella casa de brujas. ¿Quería que se marchasen? Dicho y hecho.

—Pues encantado de haberos conocido, hasta luego. —Ya comenzaba a descender el primer escalón cuando Cal le retuvo sosteniéndole por el brazo.

Le miró fijamente, reduciendo la distancia entre sus rostros e intentando parecer amenazador, un empeño que resultaba cómico visto desde fuera. El

nigromante podría haberle partido en dos con una sola mano. Se apartó bruscamente.

—No. Me. Vuelvas. A. Tocar.

—Si sales sin más te encontrarás con un centenar de brujas furiosas exigiendo explicaciones. Deja que yo me encargue de nuestra huida, ¿quieres? Aunque sea por egoísmo.

Se sintió insultado. Para empezar, ¿qué le hacía pensar que solo le movía el egoísmo? Bueno... está bien. Puede que tuviese algo de razón.

—¿Más hechizos? —preguntó.

Había experimentado suficiente magia catastrófica aquella noche para estar servido durante el resto de su vida.

—Será rápido.

Con la misma gracilidad con la que se había deshecho de ella, volvió a materializar la sombra que le ocultaba, aunque esta vez, Luc experimentó el efecto desde el lado opuesto de la pantalla. El manto de oscuridad les cubrió, aislándoles del exterior, pero permitiéndoles disfrutar de cada detalle a su alrededor. La sombra se extendía a unos cuantos centímetros de su rostro, fina y de aspecto pegajoso, hacía que todo cuanto estaba al otro lado adquiriese tonalidades más oscuras y más contrastadas de la que tenían en realidad. Era una sensación similar a la de mirar a través de unas gafas de sol muy opacas.

—Creía que las brujas podían distinguir a las sombras.

—Sí, pero no pueden ver a través de ellas ni quebrarlas. El tipo de magia que requiere este conjuro es muy distinto a la suya.

—Ya, ya. Ese concepto ya lo había pillado. Gracias —protestó sarcástico.

—No te alejes mucho o perderás tu protección.

Comenzaron a bajar las escaleras y, al aproximarse al rellano de la última planta, llegaron a ellos los primeros sonidos del revuelo que habían provocado. En el pasillo había un ir y venir de brujas intentando averiguar qué había pasado, dónde tuvo lugar la explosión y, sobre todo, quién o qué la había causado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luc.

Cal se llevó el dedo índice a los labios para indicarle que guardara

silencio. El musculitos se agachó lentamente en el suelo, apoyó la mano sobre la madera del viejo parqué y susurró unas cuantas palabras en aquella lengua ancestral que solo sobrevivía en labios de los nigromantes. Sus manos se tiñeron de un brillante color azabache durante unos segundos antes de que una masa viscosa y negruzca brotara del suelo. La masa amorfa se estiró en el aire como el tallo de una planta en busca de algo de luz. Cal se inclinó para acercar sus labios a ella y le dio una orden, breve y concisa, en esa extraña lengua. La masa pareció asentir con... ¿la cabeza?

—Prepárate para correr —le indicó el nigromante—. Será mejor que te agarres a mi chaqueta si no quieres perderte.

Luc resopló. ¿Agarrarse a su chaqueta? ¿Se creía que tenía tres años? Podía seguirle el ritmo perfectamente, o al menos eso pensaba antes de que la masa se convirtiera en una pequeña bola que botó contra el suelo para rebotar de un lado a otro, rompiendo espejos, bombillas, derribando esculturas y golpeando a alguna que otra bruja por el camino. Cal aprovechó la distracción para cruzar al siguiente tramo de escaleras y bajar los escalones de dos en dos. Luc, que tardó un par de segundos en reaccionar, corrió tras él. Pudo oír a sus espaldas como una de las brujas hizo estallar la masa convirtiéndola en una bola de fuego y tragó saliva al imaginar que podía haber sido su cabeza.

—¡He visto una sombra! —gritó una de ellas—. ¡Por las escaleras!

Cal apretó el paso y Luc sintió como los músculos de sus piernas le ardían a causa del esfuerzo. La última vez que había hecho ejercicio, sin contar sus conciertos, fue en una clase de Educación Física hacía casi tres años.

A pesar de su acelerada carrera, las brujas tras ellos acortaban distancias, incluso llegó a sentir como varios hechizos le pasaban rozando los brazos, las piernas o peor aún, la nuca. Uno de los hechizos golpeó por error a una de las brujas y la mujer quedó congelada en el acto.

Se estaba preguntando cómo de resistente sería la sombra que les protegía cuando Cal se detuvo en seco. Luc estuvo a punto de chocar de lleno contra él, pero resbaló en el escalón golpeándose en una zona indigna de su anatomía. Protestó con un quejido agudo mientras Cal alzaba los brazos y pronunciaba las palabras muertas con la misma dulzura con la que

se canta una nana.

—*Okham Sheiba Ana.*

Una espiral de sombras entre las que se distinguía a los voraces lobos de fauces abiertas se materializó frente a él y se convirtieron en un denso humo. Las brujas se detuvieron y, aunque varias de ellas intentaron disipar la maldición, ya era tarde. El humo se había diluido en el aire, volviéndose tan espeso que todas las brujas que intentaron cruzarlo se quedaron atrapadas en él como mariposas incautas en una tela de araña.

El nigromante se agachó junto a él, le agarró del brazo y le levantó sin esfuerzo.

—Vamos, flacucho, haz el esfuerzo. Dos plantas más y podremos transportarnos lejos de aquí.

Si hubiese tenido tiempo de responder, no habría sabido por dónde empezar, si por el insulto o por el hecho de que estaba hablando del teletransporte como si fuese lo más normal y habitual del mundo, como ir en autobús.

Por un momento, Luc creyó que lo iban a conseguir, pero era imposible que la suerte le sonriese por una vez. En realidad no necesitaba que sonriese, con una mueca de «no me desagradas del todo» se habría conformado.

Cuando se acercaban al rellano de la siguiente planta, Luc vio como un grupo de cinco brujas se aproximaban hacia ellos listas para detenerles a toda costa. Cal también debió de verlas, porque aceleró aún más. Luc sintió el tirón de la sombra alejándose. Su fuerza desestabilizó su elevado centro de gravedad y cayó de bruces contra las escaleras.

—Mierda...

Alzó la vista y vio como las brujas corrían tras Cal, dejándole a solas. Se disponía a lamentarse por el moratón que iba a salirle en la rodilla cuando dos manos se aferraron al cuello de su chaqueta y le alzaron como si no pasara nada. Se encontró cara a cara con su hermana.

—¡Leticia!

Estuvo a punto de alegrarse de verla, pero la expresión airada de su rostro le hizo cambiar de opinión.

—Vamos.

Tiró de él para hacerle bajar el tramo de escaleras que le separaban de la primera planta y fueron vagando sin rumbo por los pasillos, en un intento por dejar atrás el sonido de los pasos y las voces acercándose por doquier, hasta que se vieron en una encrucijada entre varios pasillos. «¿Por qué este sitio es tan grande?», maldijo Luc en sus adentros. Por dentro parecía un edificio normal y corriente, no un puñetero laberinto.

A pesar del cartel colgado de la madera que decía «Prohibido el paso. Solo brujas autorizadas», Leticia extendió la mano hacia el pomo de la puerta frente a ellos y soltó a Luc para sacar una placa brillante de su bolso al comprobar que el picaporte no cedía. Con la placa en la mano, que desprendió un fugaz fulgor, abrió la puerta y empujó a su hermano al otro lado. En fin, suponía que, después de la racha que llevaban, desobedecer a un cartel no era para tanto.

Una vez en el interior, Luc quedó boquiabierto ante el descubrimiento accidental.

La puerta hizo clic tras ellos y, cuando Leticia comprobó si podía volver a abrirla, se encontró con que ni siquiera su placa la hacía reaccionar.

—¡Venga ya! ¿Qué les pasa a las puertas de este sitio?

—Primero una despensa y después el trastero. Buen trabajo, Leti —su hermana respondió dándole un manotazo en el pecho.

Sin pretenderlo, habían ido a dar con una gigantesca sala repleta de objetos de todos los aspectos y tamaños conservados en vitrinas y estantes que cubrían las paredes. También los había en lo alto de pedestales dispuestos por toda la habitación.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí —Leticia avanzó con grandes zancadas hacia la ventana e intentó abrirla en vano—. Mierda, está atascada.

—¿Esperas que salte por una ventana? —dijo Luc, agradeciendo que su hermana estuviese fracasando estrepitosamente al abrirla. Tenía que haber otra forma más razonable de huir.

Mientras Leticia daba tirones y empujones a la madera de la ventana, Luc se dedicó a estudiar los misteriosos objetos.

—Podrías echarme una mano —protestó Leticia, pero Luc estaba absorto en la peculiar colección.

Por un momento, se olvidó de la persecución, de las brujas y los nigromantes, y se sintió como si estuviese recorriendo una versión en miniatura de los pasillos del Louvre o del British Museum. En las vitrinas podía reconocer vasijas de la Antigua Grecia, tablas de piedra grabadas con jeroglíficos, brazaletes vikingos, un grial de oro engalanado con piedras preciosas, rucas del medievo... pero también había objetos en apariencia mundanos, como un juego de cucharas de plata, relojes de bolsillo o sujetalibros con formas de distintos animales.

A pesar de su interés inicial por las vitrinas, la pieza de la colección que de verdad acaparó su atención la halló desprotegida sobre uno de los pedestales.

Escuchó un murmullo distante. ¿Una voz de mujer? ¿La melodía de un instrumento de cuerda que ansiaba ser tocado? En su mente, los distintos sonidos se entremezclaban hasta formar uno solo, uno que pronunciaba su nombre. «Luc».

Sus pupilas se dilataron cuando sintió la extraña atracción que la pequeña arpa dorada parecía ejercer sobre él. «Tócame». Sabía que ya se había metido en suficientes líos esa noche como para estarse quietecito durante una larga temporada, pero sintió una irrefrenable atracción hacia las cuerdas de aquel instrumento que no cesaba de repetirle entre susurros que la tocara. Sin pensárselo dos veces, extendió sus manos hacia el arpa y sintió un cosquilleo en las puntas de los dedos. Lo alzó de su soporte y, guiado por el inevitable impulso, acarició una de las cuerdas.

El sonido que emanó de ella no se parecía a nada que hubiese escuchado antes. Ningún instrumento conocido producía una nota como aquella, tan limpia y cándida que le golpeó en el corazón. «Con un instrumento como este podría recorrer el mundo». Él no eligió ese pensamiento, más bien el pensamiento le encontró en él, y la idea caló hondo en su mente y su espíritu. Tocó una segunda cuerda y el efecto se repitió.

Si encontraba la forma de incluir aquellas notas en sus canciones, sería mundialmente famoso. Único, inimitable. Nadie comprendería cómo lo habría hecho. Llevaba toda su vida buscándolo, el sonido definitivo que rompiera una era y abriera otra, *el* sonido. Como Little Richard y el *rock and roll*, Ramones y el punk, Green River y el *grunge*. No solo alcanzaría

su ansiada fama, también pasaría a los anales de la historia de la música.

—¡Lucas! —le llamó su hermana a gritos—. ¿Se puede saber qué haces? Pon eso donde estaba ahora mismo y échame una mano.

—Ya voy, *mamá* —dijo Luc con tono de burla, molesto, en realidad, porque de nuevo la realidad golpease su fantasía.

Devolvió el arpa a su soporte y la estudió en silencio durante unos segundos. A no ser que... No. No debía. Pero... ¿y si? Miró a su alrededor. Había centenares de objetos en esa sala, nadie iba a echar en falta ese estúpido arpa.

Extendió la mano y retrocedió. No estaba especialmente orgulloso de su pasado, pero no sería la primera vez que se llevase a casa algo que no era suyo. Sus dedos rozaron la superficie dorada y su corazón comenzó a palpar a mil por hora. La voz de su conciencia le suplicaba que se detuviese, pero el propio arpa parecía suplicarle que la llevase consigo. La adrenalina aceleró su respiración y subió drásticamente la temperatura de su cuerpo. ¿Así se había sentido Eva cuando decidió ignorar a su creador y escuchar las promesas de la serpiente?

Escuchó un golpe seco seguido del sonido de los cristales cayendo y, al alzar la vista, comprobó que su hermanita había optado por tomar medidas drásticas.

—Venga, nos vamos.

Era entonces o nunca. Cogió el arpa, la aproximó a su pecho y subió la cremallera de su ajustada chaqueta y para ocultarla bajo ella.

—¡Voy! —dijo, aunque no fue del todo consciente de lo que iba a pedirle Leticia hasta que se asomó a través del marco hueco de la ventana para comprobar que estaban en un primer piso—. Espera, espera, espera —protestó Luc—. ¿Pretendes que me tire por la ventana? ¿Te crees que soy Jason Bourne o algo así?

Leticia arqueó las cejas.

—Estamos a tres metros del suelo.

—Suficiente altura para romperse unos cuantos huesos.

—Justo los que te voy a romper yo si no saltas. Ten cuidado con los cristales.

—No. —Luc negó con la cabeza— ¿Qué crees que te harán si te

encuentran aquí?

«Y con un objeto seguramente embrujado escondido bajo la chaqueta», añadió Lucas. Entendía a dónde quería llegar su hermana, pero la idea seguía sin convencerle.

—Si no saltas tú, te tiro yo —amenazó Leticia, mirándole fijamente.

Durante un instante, tuvo un *flashback* que le transportó a su infancia, a las tardes de verano en la piscina cuando su hermana se encargaba de arrojarle al agua si tardaba más de diez segundos en decidirse a saltar.

—Vale, vale... tranquila. —Cruzó las piernas torpemente al otro lado, apoyándose en la barandilla del pequeño balcón. Miró abajo sin demasiada convicción—. ¿Estás segura de que...? ¡Aaaah!

Sintió un empujón en la espalda y cuando se quiso dar cuenta estaba en el suelo. Se puso de pie malhumorado y se limpió y recolocó la chaqueta con tanta dignidad como le fue posible. Leticia cayó junto a él, por supuesto, sin despeinarse un solo pelo. Tantos años jugando al tenis en el instituto le habían garantizado unos grandes reflejos y un perfecto sentido del equilibrio.

—Venga.

Sin darle margen de tiempo a seguir protestando, Leticia echó a andar por una callejuela y Luc la siguió hasta que se perdieron entre las calles de Malasaña, en dirección hacia el metro de Noviciados.

Su hermana, víctima de la paranoia continua de agente de la Guardia, le hacía dar media vuelta cada tres pasos para comprobar que nadie les seguía, y cuando estuvo segura de que el peligro había pasado, se encaró con su hermano.

Y él que pensaba que se iba a librar.

—¿Qué has hecho? —exigió saber—. ¿Qué ha sido esa explosión? ¿En qué lío te has metido?

—¿Yo? En ninguno, ¿cómo puedes pensar eso de mí? —La mirada de reproche de su hermana fue más tajante que cualquier respuesta—. No ha sido culpa mía. Esta vez no.

—Más te vale tener la mejor de las excusas. Se supone que mi trabajo era vigilar para que no se llevase a cabo ningún exceso mágico y va a resultar que mi hermano es cómplice de... ¿de qué? ¿Qué habéis hecho ahí

arriba?

—Yo qué sé, no fue mi idea, ¿vale?

—Lucas Fonseca —dijo su hermana mientras le señalaba con el dedo amenazante—. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas toda esa movida del hechizo del que hablaban en la cocina? Pues parece ser que hay un hilo de colorines que blablablá y por lo visto, el musculitos ese del ex de Sabele, ya sabes, la bruja que tan buen partido te parecía, pensó que pedirle a un espíritu del más allá que lo cortase era la solución más cómoda.

—¿Habéis estado jugando a la *ouija*? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Sabes lo peligroso que es?

—Oh, no, eso pensaba yo también, pero nada de *ouijas*. El tío ha usado una especie de pentágono satánico o yo qué sé... ¿No deberíamos irnos?

Su hermana inspiró lentamente, con los ojos cerrados, y permaneció petrificada durante varios segundos antes de decir:

—¿Has participado en una invocación de tercer grado?

—Pues no sé de qué grado era, la verdad. Llámame raro, pero no me ha dado por preguntar precisamente eso.

—¿Has visto al espectro?

Luc asintió.

—¿Tenía forma humana completa, de pies a cabeza, formada por una masa multicolor?

—Supongo... sí.

—Pues era de grado tres, una de las más peligrosas, además de completamente ilegal. —Se frotó el rostro con las manos, frustrada y enfadada a la vez, así que Luc se ahorró decirle que dudaba mucho que a brujas o nigromantes les preocupase de verdad lo que la Guardia consideraba o no legal—. Mi hermano es un delincuente. Por favor... —Abrió los ojos de par en par—. Dime que lo devolvisteis a su plano.

—Pues... —Luc se mordió el labio—. No exactamente.

—Luc... No me obligues a usar el truco de la verdad contigo, ya eres mayorcito.

El «truco de la verdad» era una táctica de tortura que su hermana llevaba empleando en él desde que aprendió a hablar y a guardar secretos.

Consistía en sentarse sobre él y tirarle de ambas orejas hasta que confesase. Cabe mencionar que era efectivo.

—Lo intentaron, pero la pirada esa se volvió más loca todavía y ha... yo qué sé, supongo que poseído a una bruja.

—Una posesión en mi turno de vigilancia... estupendo... —Rio con un aire de locura—. No voy a volver a trabajar en el sector en mi vida... ¿Y sabes qué pasará si me despiden?

—¿Qué me puedo ir despidiendo de mis tres meses de sustento?

—Chico listo, así que... más te vale encontrar una forma de arreglar esto o dedicaré el resto de mi vida de desempleada a hacer que lo pagues.



En el mismo momento en el que les perdió de vista, Sabele buscó apoyo en la estantería más cercana y se llevó la mano a la parte de la cabeza en la que se había golpeado. Rozó el futuro chichón con una mueca de dolor.

Escuchó gritos provenientes de la escalera y voces familiares invocando conjuros y hechizos. «¿Tanto pedir era que hiciesen una salida discreta?». Tenía que marcharse de ahí antes de que la encontrasen en la escena del crimen y atasen cabos.

Pasó de largo junto a la amiga de Valeria a la que el espectro había petrificado, Andrea. De ella solo sabía que había nacido en Washington y que se seguían mutuamente en Instagram, aunque nunca se daban *like*, lo que no impidió que se sintiese como un monstruo por lo que estaba a punto de hacer.

—Lo siento —le dijo, sintiendo como le suplicaba con los ojos congelados que la liberase.

Necesitaba que guardase silencio el mayor tiempo posible, antes de que pudiera delatarla. Que no sería demasiado teniendo en cuenta que las brujas

más poderosas de la ciudad estaban en la casa.

—Ignora lo que viste, lo que fue has de borrar, busca el despiste, que te haga olvidar, lo que presenciar no debiste, nunca jamás —susurró al oído de la bruja, con la esperanza de que surtiese efecto sin causar demasiados trastornos a Andrea.

«Cielos», se dijo, «Lucas tiene razón, las rimas de mis hechizos son horribles».

Por mucho que lamentase tener que recurrir a emplear su don contra una de las suyas, no podía correr el riesgo de que la delatase. La magia de brujas y nigromantes era radicalmente opuesta. Ellas tomaban prestada la energía de la naturaleza, del pulsante y cambiante mundo de los vivos, de la luz. Ellos recurrían a la fuerza de la pérdida, a lo inerte, al más allá y a las sombras. Por eso durante siglos se habían mantenido distanciados, e incluso enfrentados, en guerras absurdas; por eso Sabele nunca le había preguntado a Cal por sus estudios igual que él nunca entraba en detalles cuando surgía el tema. Entre brujas, la llamada que Cal había realizado a un mundo de sombras era un tabú. Cal le había dicho que invocaría a un espíritu del más allá, almas de carácter más o menos neutro, pero aquel espectro... los sentimientos que le evocó le recordaron a otra dimensión mucho más peligrosa.

¿Qué había fallado? ¿Se había equivocado Cal de plano al hacer su invocación? Tendría que pensarlo más adelante. No tenía tiempo para resolver misterios.

Dejó atrás el escenario del crimen y encontró el camino hasta la cuarta planta desierto, supuso que porque todas las brujas estaban buscando a los intrusos. Vagó durante varios minutos por la casa, tan vacía y apacible que casi se echó a gritar cuando dos figuras aparecieron tras ella.

—¿Se puede saber dónde has estado?

—¡Rosita, Ame! —dijo exultante de felicidad.

Nunca se había alegrado tanto de ver a sus amigas. Las estrechó entre sus brazos y se alejó con cautela, consciente de lo sospechoso que resultaba su presencia allí y su súbito arranque de amor.

—¿Estás bien? —preguntó Ame—. Te hemos estado buscando por todas partes.

—Sí, sí... ¿y vosotras?

—¿Has sido tú, verdad? —preguntó Rosita—. La que ha dejado pasar al intruso.

—¡Rosita! —protestó Ame, tan ingenua como solía ser.

El silencio culpable de Sabele dijo lo que ella calló.

—Te lo dije —sentenció Rosita—, te dije que era imposible que llevase una hora hablando por teléfono. ¿Quién ha sido? ¿Chacal? ¿El chico ese de internet? Y, ¿qué estabais haciendo para provocar una explosión? A mí también me gusta experimentar, pero chica, a veces hay que cortarse un poco.

Sabele negó con la cabeza. A veces le sorprendía la capacidad que tenía Rosita de conducir todas las conversaciones a *eso*.

—Os lo contaré todo en casa, lo prometo. Pero ahora tenemos que marcharnos de aquí.

—Lo dudo mucho... —Rosita se cruzó de brazos, de mala gana y con los labios fruncidos.

Fue Ame quien respondió a la mirada interrogante de su amiga.

—La Dama Flora ha cancelado la fiesta y las pruebas de aprendiz y... acaba de sellar el edificio. Nadie puede entrar ni salir.

Sabele cogió aire, intentando procesar la nueva información. Estupendo, nada de pruebas de aprendiz, hubiese sido una magnífica forma de empezar a echar su futuro por la borda si no empalideciese en comparación con lo que ocurriría si Cal y Lucas no habían logrado abandonar el edificio antes de que la Dama lo sellase.

—Nos ha convocado a todas en el gran salón dentro de cinco minutos —dijo Rosita—. Deberíamos ir yendo, no queremos que sospechen de ti. Sería una faena, teniendo en cuenta que eres culpable...

—Rosita... —le regañó Ame.

—No era mi intención que esto acabase así —protestó Sabele, que no tenía demasiadas ganas de discutir. Odiaba las confrontaciones, aunque últimamente pareciesen buscarla.

—Ya, supongo que no te levantaste pensando «voy a sabotear la fiesta del año». Eh, que si lo hiciste, mis respetos. Admiro a la gente que logra lo que se propone.

Sabele suspiró. En el fondo le hubiese gustado que el pensamiento hubiese cruzado su mente, quizá así se habría quedado en la cama y se hubiese ahorrado un día tan desastroso.

De camino al salón, más y más brujas fueron sumándose a la procesión. La preocupación y la impaciencia eran los sentimientos que reinaban en la atmósfera, una combinación de alto riesgo que podía transformarse en pánico colectivo en cualquier momento. La tensión comenzó a descontrolarse cuando varias de sus hermanas brujas aparecieron ayudando a otras que apenas podían sostenerse en pie y que les pedían que las dejaran dormir en paz.

—¿Qué ha pasado?

—Una sombra.

—¿Cómo ha podido entrar una sombra aquí?

—Hay una traidora, tiene que haberla...

—Quizá.

—Puede que siga entre nosotras.

—O no...

—Dicen que Valeria ha desaparecido.

—¿Valeria, nuestra Valeria? Por la Diosa...

—Y pensar que era la favorita para convertirse en aprendiz de la Dama este año...

Sabele sintió una arcada formándose en su garganta.

Los rumores y teorías sobre lo ocurrido continuaron propagándose por la pequeña y atestada sala durante al menos un cuarto de hora, del cual Sabele pasó cada minuto en tensión como un gato en territorio desconocido, hasta que la sala se sumió en un silencio impoluto cuando una mujer pelirroja de elevada estatura, custodiada por la siempre fiel Carolina y otras dos brujas de espaldas anchas y rostros severos, hizo su aparición en la sala.

Flora. La Dama.

La había visto decenas de veces y nunca olvidaría la primera vez que lo hizo (o al menos la primera vez que recordaba haberlo hecho), cuando apenas era una niña y comprendió, ante el esplendor de la Dama, que el único camino para ella era el de la magia. Supo, en el fondo de su ser, lo que verdaderamente significaba ser una bruja. El recuerdo de una certeza

tan cálida como la de sentir que por fin has descubierto el sentido de tu existencia es imborrable. Y sin embargo, cada vez que la veía, volvía a ser como aquel lejano día, como si nunca antes se hubiesen encontrado. Sabía que ella, su madre y su tía se habían conocido cuando eran muy jóvenes y que, durante un tiempo, fueron amigas inseparables, aunque ahora Jimena y Flora no pudiesen ni verse. Si ella hubiese tenido una amiga tan gloriosa como la Dama, dudaba que hubiesen logrado convencerla para que se alejase de ella.

La observó con admiración, igual que todas sus hermanas, mientras avanzaba hacia el centro de la sala. Se deleitó con su belleza, con su energía desbordante, ese tipo de aura que hace que quieras salir corriendo a luchar por tus sueños. La fuerza de la vida rebosaba de su cuerpo esbelto, de su larga melena rojiza y de sus ojos esmeralda, realzados por un vestido verde oscuro y negro que cubría cada milímetro de su cuerpo desde el cuello hasta los pies. De su cuello colgaban media docena de colgantes adornados con todo tipo de piedras preciosas, minerales y cristales, aunque cualquier bruja sabría que no eran una mera cuestión de ornamentación. Flora era la única de su clan, representado por una cierva, y su mayor fuente de poder provenía de los minerales y metales fraguados en el interior de la tierra.

—Adelante... —susurró a su guardaespaldas, Emma.

La fornida mujer y Carolina, su bruja de confianza, que también era su asesora y ayudante oficial, asintieron con la cabeza. Carolina era una mujer menuda, con el pelo corto y un par de gruesas gafas sobre los ojos que le daban el aspecto de una seria bibliotecaria. Las dos mujeres se separaron, caminando cada una hacia un lado de la sala, donde se aproximaron a la bruja más cercana.

—Tu teléfono y tus talismanes —ordenó Emma a una joven que apenas habría cumplido los dieciséis, situada a unos cuantos metros de Sabele.

La guardaespaldas abrió una bolsa de terciopelo morado en la que Sabele creyó reconocer la energía de un hechizo anulador de magia. Cualquier objeto encantado que guardasen allí dejaría de funcionar mientras permaneciese dentro de la bolsa.

—¿Perdona? —preguntó la adolescente, extrañada.

—Necesito tu teléfono y cualquier objeto que hayas hechizado o que

emplees en tus embrujos. No me hagas repetirlo, novata —advirtió Emma.

—No podéis exigirnos eso —protestó una segunda bruja, de mayor edad.

—No entregaré mis talismanes —dijo una tercera, dando un paso al frente.

—Y yo no pienso renunciar a mi móvil —sentenció la novata.

—Hermanas —dijo Flora, con su cándida y a la vez amenazante voz. No necesitaba nada más para ganarse su completa atención—. Sucesos hasta esta noche inconcebibles se han producido en nuestro hogar. Muy a mi pesar, sospecho que podría haber una traidora entre nosotras...

«¿Por qué todo el mundo da por hecho que es traición, es que no puede haber sido un accidente?», se rebeló Sabele en su mente.

—Intrusos, hijos de la magia de muerte, han profanado nuestro hogar, una de nuestras hermanas ha desaparecido y... —Por un momento, Flora flaqueó. Fue tan solo un instante, un leve detalle como la inclinación de la comisura de sus labios lo que la delató, y sin embargo, era un ademán tan extraño en ella, que a nadie le pasó inadvertido— y... el arpa de Morgana ha sido robada.

Las brujas se miraron las unas a las otras, quizá en busca de respuestas, puede que con la esperanza de encontrar en otros ojos el coraje que amenazaba con abandonarlas, o el mismo temor que las hiciese sentir menos solas.

—Pero... —dijo la adolescente—. No puede ser... solo una bruja o alguien que haya escuchado su llamada puede tocarla... ¿Por qué una bruja iba a querer el arpa?

Solo había una respuesta posible: para causar un daño irreparable, terrible, innombrable, a otra bruja o a sí misma. Tan pronto como lo comprendió, la muchacha empalideció. Sabele recordó la carta negra y sintió náuseas. ¿Cuántas posibilidades había de que los dos incidentes no tuviesen nada que ver?

La guardaespaldas de Flora abrió una pequeña bolsa granate frente a ella y la muchacha dejó caer su teléfono móvil y un colgante de cristal en su interior sin protesta alguna, igual que hicieron todas las demás tras ella. Sabele entregó sus posesiones, sin estar segura de qué le dolía más, si

desprenderse de su *smartphone* o de su colgante de serpiente de la suerte. Una a una, las brujas se acercaron a Carolina y a Emma para entregar sus pertenencias encantadas. Se suponía que era para «protegerlas», pero se sentían igual que un criminal a punto de ser encarcelado.

La voz de Carolina la sorprendió cuando pasó junto a ella, con la bolsa entre las manos.

—Te estuvimos buscando un buen rato antes de la prueba —dijo suspicaz—. ¿Dónde te habías metido?

Sabele tragó saliva y se esforzó por no titubear.

—Me puse nerviosa. Fui al baño a beber unas gotas de pócima calmante.

Carolina frunció el labio. Su explicación no parecía satisfacerla del todo, pero ella también había sido amiga de la joven Diana Yeats, y como tantas otras brujas sentía cierta debilidad por su hija, así que no hizo más preguntas y continuó con su labor.

Como a todas, le preocupaba mucho más el paradero del arpa de Morgana que lo que hubiese estado haciendo una chiquilla en apariencia inofensiva. Sabele tampoco se lo quitaba de la cabeza.

¿Y si había sido el espectro quien se había llevado consigo uno de los objetos mágicos más poderosos y peligrosos jamás creados o poseídos por una bruja? Después de todo, ahora era una bruja. Y todo habría sido por su culpa, porque no había sido capaz de aceptar que la magia la hubiese emparejado con alguien que no encajaba dentro de sus planes. «Eres una estúpida», se regañó a sí misma «una inmadura, una egoísta...».

—Y ahora —dijo Flora una vez todas las presentes, de pronto convertidas en sospechosas, fueron privadas de sus vías de comunicación y escape—, por favor, os suplico que esperéis hasta que este desafortunado incidente se aclare. Hay habitaciones de sobra a vuestra disposición. Podéis hacerle cualquier requerimiento especial que necesitéis a Carolina, pero os pido que ni salgáis, ni contactéis con el exterior. —Lo decía como si se tratase de una opción.

La última bruja que caminó hacia Carolina, mientras se desprendía de sus joyas y talismanes en un sorprendente gesto de sumisión, fue Helena Lozano.

—De nuevo buscas al enemigo en el lugar equivocado —dijo la bruja después de entregar sus objetos—. ¿Cuándo se dará cuenta nuestra Dama de quiénes son los verdaderos causantes de nuestras desgracias?

—La época oscura de la Inquisición quedó atrás hace mucho tiempo, Helena —respondió Carolina Por desgracia para tu familia— dijo en un susurro que solo quienes estaban a un par de pasos pudieron oír.

Más de una vez se había acusado a las Lozano de sentir nostalgia de la época en la que podían matar a nigromantes y arrasar poblaciones enteras de corrientes impunemente. Sabele quería pensar que eran exageraciones.

—Estarás contenta —susurró Rosita al oído de su amiga—. Se cancela la fiesta, se cancelan las pruebas, estamos recluidas y aisladas hasta nuevo aviso sin móviles y han robado el arpa.

—Cállate antes de que te oigan —le replicó Ame.

—Sí, mejor que hable Sabele... nos debes unas cuantas explicaciones.

—Os las daré —prometió Sabele—. En cuanto salgamos de aquí. Sospecho quién puede tener el arpa y vamos a encontrarla antes de que averigüe cómo y para qué usarla. —Suponiendo que no la había robado precisamente porque ya lo sabía—. Nos escaparemos esta misma noche, tranquilas. Pensaremos un plan. —Por ahora, lo único que tenía era un objetivo, pero suponía que una cosa acabaría llevando a la otra—. Podemos intentar aprovechar la confusión inicial para...

—¿Chicas...? ¿Sabele?

Al oír su nombre y sentir unos leves toquecitos en el hombro, dio media vuelta y tuvo que mirar hacia abajo para dar con el rostro de la bruja que le llamaba. El frondoso flequillo negro apenas dejaba ver sus ojos verdosos. El símbolo de un águila en su dedo anular delataba el clan al que pertenecía. Berta Hierro, la mayor de las hijas de Daniela. Sabele presintió la mirada suspicaz de su madre y de sus dos hermanas perforándola.

—¿Has visto a Valeria y a Andrea? No las encuentro por ninguna parte y sé que te estaban buscando —dijo mirándola con los ojos vidriosos—. Estoy preocupada. —Sabele no la conocía demasiado porque se pasaba la mayor parte del tiempo estudiando en el extranjero o viajando, pero tenía la sensación de que no había heredado el aplomo ni la firmeza de su madre.

—Seguro que está bien. Te podemos ayudar a buscarlas, si quieres —

dijo Ame, provocando que sus dos amigas se girasen hacia ella horrorizadas. Por una vez en su vida, ¿no podía ser un poquito menos desinteresada?

—¿De verdad? —Sus párpados se abrieron de par en par de la emoción—. Valeria tenía razón —dijo, mirando ahora a Sabele—. Eres una persona encantadora.

Sabele sonrió incómoda. Encantadora. Ya. Si pudiese leer sus pensamientos en ese mismo momento, no pensaría lo mismo. Su plan de huida se iba a complicar antes de empezar.



Las sombras, con el aspecto de una feroz vorágine capaz de engullir a cualquier incauto en sus entrañas en forma de espiral, descendieron desde el cielo y depositaron a su pasajero ante las puertas de una mansión de arquitectura moderna con el tamaño suficiente para acoger a varias familias sin problemas. Su estilo reunía una mezcla de sobriedad y lujo que encajaba a la perfección con su dueño.

Una vez con los pies en la tierra, Cal miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie le había seguido. Despachó a las sombras, que parecían observarle a través de los ojos de un gigantesco lobo, la forma que solían adoptar bajo su servicio, preparado para atacar a cualquiera de sus enemigos ante la más leve amenaza o indicación. Puede que el precio que la oscuridad se cobraba por su servicio fuese alto, pero no podía negarse que la magia de la muerte fuese exhaustiva en sus cometidos. A veces, Cal creía sentir una cierta lealtad por parte de aquel lobo voraz.

«Puedes marcharte», le dijo en la lengua de los muertos, y el lobo se desvaneció en el aire, volviendo al lugar que habitaba en su cuerpo. Cal comprobó que su melena permanecía presentable pasándose los dedos por la cabellera, aunque ni un solo pelo se había movido de su sitio. A pesar del

violento aspecto externo que adquirirían las sombras en pleno movimiento, viajar en su interior era mucho más apacible de lo que pudiera parecer.

Revisó el móvil por enésima vez por si tenía algún mensaje de Sabele. Había perdido al revelado por el camino en su huida y no se había percatado hasta que estuvo en mitad de Gran Vía. La opción de volver a por él ni siquiera la barajó, así que se perdió entre la multitud en cuanto tuvo oportunidad. Por lo que a él respectaba, el músico podía caerse en un pozo en mitad del bosque y no salir de ahí, pero sospechaba que a Sabele no le haría mucha gracia enterarse de que le había dejado a su suerte.

Por ahora no había una sola palabra de reproche, así que suponía que, o seguía de una pieza, o Sabele no se había enterado. En realidad, lo peor de que le ocurriese algo al revelado sería que les resultaría imposible devolver al espectro a su plano sin la presencia de todas las almas que presenciaron la invocación. Se reprochó a sí mismo no haber sido más sensato, pero cuando vio la ocasión de librarse de aquel flacucho entrometido no fue capaz de dejarla pasar.

Avanzó hacia la entrada de la mansión, pasando junto a los guardias de seguridad de la puerta y saludándoles con un leve asentimiento de cabeza. Una vez en la puerta, se recolocó la chaqueta de cuero y llamó al timbre. Los Saavedra no necesitaban objetos tan mundanos como las llaves. Si la magia no se encargaba de hacer algo por ellos, lo hacía su dinero.

Al cabo de medio minuto, el mayordomo abrió la puerta y le dejó pasar sin mediar palabra alguna con él. Cal le dio las gracias, pero el hombre no dio señas de haberle oído. Su padre nunca había deseado que tuviesen la más mínima relación con el servicio hasta el punto de que ni siquiera conocían sus nombres. Así era el estilo de los nigromantes y uno de los tantos motivos por los que Cal no se sentía del todo a gusto entre los suyos.

Cruzó el recibidor de techos elevados y amplios ventanales, caminando a grandes zancadas hacia las escaleras con la intención de recluirse en su habitación como hacía las noches en las que decidía no salir. Sin embargo, un bullicio poco habitual en fin de semana frente a la puerta del despacho de su padre le detuvo el tiempo suficiente como para que uno de los presentes se percatara de su presencia.

—¡Chacal! —le llamó Fausto, invitándole a acercarse con el dedo.

Lo único que le apetecía era meterse en la cama y olvidar la larga y desastrosa noche. Intentar ayudar a Sabele solo le había servido para sustituir su indiferencia por el desprecio que seguramente sentiría por él en esos momentos. Aún no comprendía cómo había podido fallar, por qué había abierto una puerta hacia el plano equivocado. Sintió un escalofrío al recordar la oscuridad que emanaba de aquella dimensión infernal. No se lo había dicho a Sabele, pero estaba seguro de que el espectro procedía del Valle de Lágrimas y no del Más Allá. Había realizado decenas de invocaciones y no había tenido complicaciones en ninguna de ellas, ¿qué había sido distinto en esa ocasión? Estaba agotado y perdiendo facultades. Su frágil estado emocional no ayudaba.

Solo quería poder lamentarse en paz.

Los asuntos políticos y gestiones rutinarias de los nigromantes no le interesaban, pero si rehuía la llamada del que había sido su amigo desde la infancia, al igual que su padre lo había sido del de Cal, resultaría sospechoso y tendría que acabar dando explicaciones, así que optó por hacer de tripas corazón y avanzó hacia su amigo.

Cuando se detuvo junto a Fausto, su compañero de juegos infantiles le dirigió una mirada consternada que le barrió de los pies a la cabeza. ¿Tan mal aspecto tenía? Desde luego, él nunca había sido capaz de guardar las apariencias como Fausto.

A pesar de haberse criado juntos, no podían parecerse menos. Uno tan pálido que apenas parecía estar vivo, el otro bendecido con una piel oliva llena de vida a pesar de sus problemas de salud. Fausto vestía un traje y un jersey de cuello alto, siempre de un impoluto negro, mientras que Cal se ponía la primera camiseta que encontraba. Su viejo amigo parecía estar siempre preocupado por todo y Cal había aprendido a apreciar cada momento. Cualquiera que les viese pensaría que era Fausto, de apariencia frágil y ojeras marcadas, quien vivía a un continuo paso de la muerte.

—Llegas justo a tiempo —dijo Fausto.

—No creo que a Caleb le apetezca venir esta noche —dijo su padre.

Ni un buenas noches, ni un ¿dónde has estado? No, Gabriel Saavedra nunca recibía a su único hijo con el tipo de expresiones afectuosas que podrían esperarse de un padre normal. Tampoco había recelo o desprecio en

su voz, simplemente una cortés indiferencia.

—¿Ir a dónde? —preguntó. Una cosa era que su padre tuviese razón y otra muy distinta reconocerlo en su presencia—. ¿Qué ha pasado?

—No estamos del todo seguros —le informó Fausto mientras el resto de los presentes continuaba con sus propias dilucidaciones—. Parece que ha habido un incidente en la sede de la Castellana, alguien ha enviado una sombra con un mensaje de auxilio.

Los nigromantes no empleaban el 112, no tenían ningún interés en alertar a la policía ni a ninguna otra fuerza del orden corriente. Poco podrían hacer valiéndose de sus vulgares armas contra el tipo de peligros que acechaban a un nigromante. Eran sus miembros quienes se encargaban de poner en orden los asuntos de la hermandad.

—¿Hay heridos? —preguntó Cal.

—Tampoco lo sabemos, podría ser... ¿Vendrás? —Fausto apoyó una mano en el hombro de su amigo, le miró fijamente a los ojos y Cal creyó ver en su mirada las mismas inseguridades que asolaban a Fausto de niño.

Cal siempre fue un niño lleno de energía, popular, bueno en los deportes, que no tuvo dificultades para mezclarse con los niños corrientes. Fausto en cambio siempre había preferido permanecer en las entrañas de la hermandad, rodeado de viejos libros de historia, teología y filosofía. Supo que, igual que en aquel entonces, hubiese preferido quedarse sentado en el suelo de la biblioteca de Gabriel.

A pesar de su aspecto serio, su impoluto corte de pelo y sus trajes a medida, Fausto seguía siendo un novato en lo que a nigromancia se refería. Su orientación teórica no impediría que siguiese cargando con la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros, la de heredar la posición de Gabriel que por linaje le habría correspondido a su hijo si la vida y la muerte no hubiesen tenido preparado otro destino para él. Él mismo había renunciado a la posición. A nadie le había sorprendido, y nadie lo había sentido.

—Está bien, iré.

Gabriel Saavedra era un hombre mediocre como nigromante, pero

excepcional como líder y estratega. Semejante combinación le había garantizado un largo mandato al frente de la hermandad tras la muerte de su padre. Mediocre era un término generoso a la hora de describir sus escasas aptitudes mágicas, pero la dicha de nacer con la pizca justa de magia en sus venas fue su gran bendición, la misma que había concedido vidas longevas y prósperas a sus antecesores en el puesto. Por supuesto, esa debilidad también había invitado a numerosos aspirantes a usurpador a intentar arrebatarse el puesto, pero los eventuales incautos olvidaban que los Saavedra eran quienes disponían las reglas del juego, y lo pagaban con el más alto precio.

El cargo iba acompañado de todo tipo de lujos y comodidades acordes con la importancia de la posición: una gran mansión, coches caros y servicio las veinticuatro horas del día, incluyendo el chófer que conducía el Mercedes negro por las calles de Madrid, en dirección a uno de los rascacielos más altos de la ciudad.

El patriarca viajaba en el asiento del copiloto, respondiendo a mensajes y correos a través de su móvil, saturado por las preguntas y rumores que no cesaban de circular sobre el supuesto asalto a una de las sedes más importantes de la organización. En la parte de atrás viajaban Fausto y Cal, quien se resignó a viajar al estilo de los corrientes. Ni su amigo ni su padre disponían de una milésima parte del poder necesario para invocar ni a la sombra más débil de los alrededores, viajar en una de ellas quedaba muy lejos de sus posibilidades. No eran muchos quienes habían practicado lo suficiente para tener un dominio de las sombras como el suyo, ni la predisposición natural.

En general, los nigromantes como Cal solían gozar de una esperanza de vida limitada. Un mal hechizo, un desliz en una invocación o, simplemente, pagar el precio por su don les mantenía siempre a medio camino entre la vida y la muerte. Por eso hacía siglos que sus instituciones habían optado por ascender en la jerarquía a hechiceros de talentos más discretos para poder sobrevivir. Les hubiese sido difícil no perecer ante la guerra ancestral que mantuvieron durante milenios contra las brujas si hubiesen tenido que sustituir a sus líderes cada pocos meses.

Para Gabriel, descubrir que su hijo había heredado los mismos dones

que su fallecido hermano y, más tarde, que no planeaba renunciar a su uso para poder sucederle, fue una gran decepción. Achacaba su falta de compromiso a su «estrecha relación con las brujas» y él había dejado de intentar llevarle la contraria porque sabía que para su padre era más fácil aceptar su renuncia si había alguien a quien culpar.

Por suerte para la hermandad, al morir, el mejor amigo de Gabriel dejó atrás a un vástago tan discreto como su padrino, quien no dudó a la hora de acogerle y convertirle en su pupilo, en su imagen y semejanza, y al cabo de un tiempo, en su primogénito a efectos prácticos y legales. En cierto modo, Fausto había salvado su relación padre-hijo. En vez de ser tensa y complicada como podría haber sido, se había vuelto casi inexistente, pero cordial. Gabriel tenía a su heredero y Cal podía hacer cuanto le placiese. Todos salían ganando.

—Hace mucho que no hablamos, perdóname, últimamente estoy hasta arriba de trabajo —dijo Fausto.

Cal asintió. La apretada agenda de heredero fue uno de los numerosos motivos por los que renunció al cargo. Tenía otros planes en mente muy distintos a pasarse el día yendo de una reunión a otra.

—¿Qué tal lo llevas?

—Bien. Pintando cuadros, comprando otros, planeando el siguiente viaje... como siempre —dijo, sin más.

No había sido un «qué tal» que significase «cómo te sientes». Un buen nigromante nunca habla de sus sentimientos. Esa era la teoría de Gabriel y los suyos. Siempre apoyaría a su amigo en cuanto necesitase, pero la edad y los distintos caminos que tomaron les habían distanciado en ese aspecto. Para desahogarse emocionalmente prefería contar con otro tipo de colegas, corrientes con sus mismos gustos y aficiones.

—¿Y tú?

—Bien... Bien. Ocupado con las Juventudes. Pero mejor no te aburro, sé que la política no te interesa mucho...

Las Juventudes de los nigromantes eran un atajo de supuestos hechiceros que basaban su posición y su valía en función del daño que fuesen capaces de infligir a través de las sombras. A pesar de su inexperiencia, o precisamente por ella, creían saberlo todo sobre la magia

porque se consideraban «más fuertes», lo que a sus ojos les convertía en «más dignos». Pensaban que no temer a la muerte significaba no respetarla. Cal sintió una fugaz punzada de impotencia y rabia.

Fausto estaba en lo cierto, no le importaba, de hecho, prefería no saber nada de ellos o acabaría malhumorado. Por ridículo que pudiese parecer, muchos de aquellos chavales, la mayoría más jóvenes que el propio Cal, tenían ideas retrógradas que ni sus padres se habían atrevido a airear en público. Algunos incluso defendían que el Tratado de Paz con las brujas había sido un error que debía solventarse para reinstaurar un supuesto pasado de gloria que nunca existió. Eran los mismos nigromantes que le acusaban de traidor por «confraternizar con el enemigo» y que le habrían condenado por ello a la pena capital de haber podido, como se hacía en esos viejos tiempos que tanto añoraba a pesar de no haber vivido.

No comprendía cómo su padre consentía que el grupo, creado con fines formativos y para que los adolescentes pudiesen afianzar el sentimiento de hermandad, estuviese adquiriendo esas connotaciones políticas. Ansiaban la gloria. No eran exactamente el tipo de personas que seguían a líderes como su padre ni como Fausto. Por lo que sabía de ellos, su principal cabecilla en las sombras, a pesar de los esfuerzos de Fausto por lucir el cargo oficial, era un tipejo llamado Abel Espinosa que había protagonizado varios incidentes bochornosos: lo que él llamaba «redadas» contra corrientes, que consistían en atormentar mediante las sombras a cualquiera que se cruzase por su camino para después borrarle la memoria. Todo para echarse una risa con sus amigos. ¿El castigo? Una triste multa que pagarían sus padres ricos. Aunque, en teoría, la hermandad rechazase su conducta, nadie estaba haciendo el más mínimo esfuerzo por evitarla.

—Tiene que ser divertida, la vida de artista... Ojalá yo tuviese tiempo para cultivarme un poco —dijo Fausto, con una sonrisa educada.

Podía parecer un mero intento por continuar con la conversación, pero Cal estaba acostumbrado a aquel tipo de comentarios. «Qué suerte tienes, viviendo de lo que le gusta». «Qué tranquilidad vivir sin responsabilidades». «Tiene que ser estupendo no tener jefe y poder despertarte a la hora que quieras». A veces eran coletillas sinceras e inocentes, y en otras ocasiones eran más bien críticas mal disimuladas (qué

vago, qué autoindulgente, qué individualista).

Cal se encogió de hombros.

—Hay vidas peores.

—¿Podéis parar con el parloteo ahí atrás? —protestó Gabriel—. Intento hacer mi trabajo, y tú —dijo girándose para mirar a Fausto— deberías hacer lo mismo. Moviliza a tu gente, no te quedes ahí parado contemplando el paisaje. Sé proactivo, no reactivo.

Fausto asintió y sacó el móvil del bolsillo de su americana, obediente. Sí. Había vidas peores, después de todo. En realidad, ninguno de los dos podía quejarse. Tenían lo que habían buscado, para bien o para mal.

Cal desvió la mirada por la ventanilla, preguntándose qué hacía ahí. Si iba a pasar la noche en vela, tendría que haber sido intentando localizar a ese espectro para devolverle a su plano de origen. Aunque suponía que Sabele y sus amigas ya se estarían encargando del asunto, no se sentía del todo cómodo sabiéndose al margen.

Contuvo un suspiro.

Sabele.

Decían que hacía falta la mitad del tiempo que había durado una relación con alguien para superar la ruptura. Quizá cambiase de opinión con el tiempo, pero en ese momento le costaba creer que alguna vez fuese a dejar de doler.

La cortante figura de un rascacielos en el centro financiero de la ciudad les anunció que habían llegado a su destino. Los nigromantes abogaban por el secretismo y la mentira, pero no por la discreción. Como las brujas, la organización vivía de las contribuciones de sus miembros, y la mayoría de ellos se sentían demasiado atraídos por el lujo y el poder como para pasar del todo desapercibidos. A ojos de cualquier corriente, las últimas plantas del colosal edificio pertenecían a un banco de inversiones norteamericano del que no habían oído hablar.

El coche descendió por la rampa que llevaba al *parking* del rascacielos sumiéndoles en una momentánea oscuridad. Su padre contaba con una plaza privada, aunque el aparcamiento estaba tan vacío a esas horas y en fin de semana que podrían haber aparcado en cualquier sitio.

El chófer bajó del Mercedes para abrirles la puerta uno a uno,

empezando por su padre y acabando por él, siguiendo el orden jerárquico. Caminaron hasta el ascensor más cercano y Gabriel aproximó su tarjeta al lector. Tras unos cuantos segundos, las puertas se abrieron y Fausto pulsó el botón que les llevaría hasta uno de los últimos pisos. Cal agradeció en sus adentros que los ascensores fuesen rápidos. No habría podido resistir más de unos cuantos segundos atrapado con sus parientes y un silencio tan incómodo en un espacio tan reducido.

Las puertas se abrieron dando paso a un bullicio de hombres trajeados y pulcramente peinados que andaban de un lado a otro sin perder su pose de altivez. Cal reconoció la mayoría de los rostros, eran los mismos que siempre le miraban con cierto desdén y le hacían sentir fuera de lugar por ir vestido con camisetas arrugadas, vaqueros rotos y zapatillas.

En un rincón de la sala había un grupo de nigromantes que debatían acaloradamente, bajo el luminoso emblema de los nigromantes, una circunferencia interrumpida por dos barras verticales en su cima que simbolizaban el fin del ciclo vital. Uno ellos se percató de la presencia de Gabriel y se apresuró a recibirle.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó su padre a José, su hombre de confianza, un tipo menudo, pero de espaldas anchas y carácter austero pero bondadoso.

—No estamos seguros. Un intruso ha encontrado el modo de infiltrarse en el edificio y... en fin... ya lo verás. —Cogió aire antes de decir—: Tenemos tres bajas. Os lo advierto, no es una escena agradable.

La expresión de Gabriel no se alteró en lo más mínimo, pero su hijo supo que se estaba conteniendo. Los nigromantes estaban acostumbrados a lidiar con la muerte y sus efectos, la respetaban, e incluso la veneraban como a una diosa, pero seguía sin ser agradable encontrarse con ella de frente.

—¿Abraham? —preguntó Gabriel, y José asintió.

Abraham había sido uno de los nigromantes de la vieja escuela, compañero de toda la vida de los dos hombres. Aprendieron a dominar las sombras y a moverse en las arenas movedizas de la política juntos. Era una noticia nefasta para los Saavedra. A Gabriel cada vez le quedaban menos aliados.

—Parece... —dijo José con un nudo en la garganta que le dejó sin voz

durante un segundo— que lo último que logró hacer fue dar la alarma.

—No ha servido de mucho, ¿verdad? Dejadme ver...

Su padre avanzó entre el gentío, que se hacía un lado a su paso. Fausto y Cal intercambiaron miradas, uno de angustia y el segundo de recelo. Cal ignoraba qué tipo de escena iban a encontrarse, pero dudaba que fuese a ser agradable. Tragó saliva y avanzó tras su padre seguido por Fausto.

José les condujo a través de un amplio pasillo hacia la escena del crimen, uno de los despachos más amplios y lujosos del edificio, teñido ante sus ojos de rojo escarlata.

Cal no estaba preparado para lo que iba a ver. Sus expectativas se habían quedado cortas.

Sintió una arcada al ver el macabro espectáculo. Los cuerpos yacían destrozados sobre más sangre de la que jamás hubiese pensado que podía contener un ser humano. Sus pechos habían sido perforados, no, acuchillados, como si una zarpa gigante se hubiese cerrado entorno a su pecho y tirado con todas sus fuerzas en repelidas ocasiones. Lo que les había matado había estado buscando su corazón con una furia inhumana.

—Que la muerte os acoja en su seno. —Fue Gabriel quien pronunció la despedida fúnebre de los nigromantes.

—Es... grotesco —dijo Fausto tras él—. ¿Quién ha podido hacer esto?

Cal alzó la vista y vio el mensaje que el asesino había dejado para ellos, o quizá para sus víctimas, en la pared. Escrita en sangre fresca, la palabra «MENTIROSO» podía leerse clara e inconfundible. Sintió el sabor de la bilis en su boca mientras la voz del espectro retornaban a su mente, tan nítida y vivaz como si estuviese gritando de nuevo ante él «Mentirosos. Sois todos unos mentirosos». Él había liberado al ser que había ejecutado a aquellos hombres sin piedad. El cuchillo que les había atravesado una y otra vez le había pertenecido. Él la había conducido hasta el rascacielos cuando se introdujo en su mente y la leyó sin dificultad alguna. Él tenía la culpa.

—El edificio está protegido contra espíritus y sombras —dijo José junto a ellos—. Fía tenido que ser un humano.

—Ningún corriente podría haber inhibido los hechizos protectores, y dudo que tengan motivos para hacer algo como esto —dijo Gabriel—. No. Quien ha asesinado a Abraham quería hacerme daño. Es un ataque al

corazón de la hermandad.

Cal estaba casi convencido de que el único motivo por el que una de las víctimas de la matanza era Abraham fue porque tuvo la mala suerte de estar allí cuando el espectro apareció por la puerta.

—Gabriel, ¿no estarás pensando...?

—Brujas. Este crimen, esta provocación, es obra de una bruja.



Sabele estaba al borde de la desesperación. Se sorprendía a sí misma al ser capaz de contener su ferviente deseo de gritar a pleno pulmón. Por si la situación no fuese lo bastante estresante, llevaban cerca de una hora vagando por la casa en busca de Valeria a pesar de saber de sobra que no la iban a encontrar. Lo único que podía hacer para asegurarse de que la expedición no era una completa pérdida de tiempo era revisar a su paso que todas y cada una de las ventanas estaban selladas. No era como si esperase que una bruja del talento de Flora fuese a tener lagunas en sus conjuros, pero tampoco perdía nada por intentarlo.

Para colmo, Berta no había podido con la presión y se había echado a llorar a lágrima viva en mitad de la sala de lectura de la tercera planta. Sabele, quien sí sabía qué había sido de Valeria y Andrea, tuvo que morderse el labio con todas sus fuerzas para evitar confesar su metedura de pata.

—Seguro que están bien —la intentaba tranquilizar Ame, rodeando sus hombros con el brazo a pesar de su poca afición por el contacto físico—. Se habrán tenido que marchar por... lo que sea. —¿Sin avisarme?

—Sería un imprevisto, no tendrían tiempo de avisar.

—O a lo mejor no querían que fuese con ellas —dijo Rosita, comentando la escena como si la cosa no fuera del todo con ella.

Ame le lanzó una mirada cortante y la intensidad de los sollozos de la chica se incrementaron.

Sabele echó un vistazo a través de la ventana, sintiéndose tentada de comprobar por enésima vez si era capaz de abrirla a pesar del hechizo protector. No soportaba pensar que el espectro vagaba por Madrid con el arpa de Morgana mientras ella permanecía retenida en la sede a la espera de que Flora descubriese que todo había sido culpa suya.

Rosita caminó hacia ella y le regaló una absurda mueca de frustración que en cualquier otra circunstancia le habría hecho reír. Se detuvo a su lado y susurró en su oído:

—No aguanto esto un segundo más, ni siquiera puedo escuchar mis propios pensamientos. Es como un paquidermo hormonado viendo *Titanic* por primera vez.

—No, no lo entiendo —gimoteó Berta, mientras intentaba secar el reguero inexorable de lágrimas que emanaba de sus ojos como si fuese un manantial—. Voy a buscar a mi... mi madre. —Se sorbió la nariz varias veces—. Ella sabrá qué hacer.

—No podemos dejar que haga eso —le dijo a Rosita—. Si atraemos tanto la atención será imposible que nos vayamos.

—Déjame a mí.

Sabele distinguió un brillo malicioso en la mirada de su amiga, cruzó de nuevo la diminuta sala mientras rebuscaba en su bolso hasta extraer de su interior un frasquito azul que se distinguía de los demás gracias a un lazo amarillo. Sabele sabía que había hechizado todos los bolsos para que su colección de pócimas al completo cupiese en su interior (se trataba, en efecto, de uno de esos objetos mágicos que en teoría tendrían que haber entregado), así que Sabele no sabía discernir de cuál de ellas se trataba. Desenroscó el tapón y se lo tendió a Berta con decisión.

—¿Qué... qué es? —dijo la chica, mirando el frasco con cierta desconfianza.

—Pócima calmante para los nervios —explicó Rosita—. Te hará sentir

mucho mejor, más tranquila y con la mente despejada.

La chica la cogió con cautela y la estudió unos segundos. Volvió a mirar a Rosita, quizá valorando si le parecía o no el tipo de persona de la que uno puede aceptar brebajes misteriosos.

—¿Tiene efectos secundarios?

—Qué va. Soy una experta en pociones, las mías están bien hechas y sirven para lo que sirven.

La muchacha asintió tras unos segundos de duda y le asestó un largo trago. En el mismo momento en el que la botella se separó de sus labios, cayó de espaldas con los ojos cerrados, profundamente dormida. Solo la rápida intervención de Rosita evitó que cayese de cabeza contra el suelo.

—Y en este caso sirve para conseguir un poco de paz. Buenas noches. Por la Diosa... No sé cómo se puede ser tan ingenua.

La arrastró hacia un sillón que parecía sacado de otra era, la colocó en él como si se hubiese dormido de forma natural y le dio dos suaves golpecitos en la cabeza a modo de buenas noches.

—¡Rosa! —protestó Ame, inclinándose sobre la chica para comprobar que seguía respirando—. ¡No puedes ir envenenando a la gente por ahí!

—Tranquila, solo es un somnífero potente. Despertará en unas horas. —Tomó el bote de su mano cerrada y comprobó las dimensiones del trago que había dado a la pócima—. En un par de días —se corrigió—. O antes, si alguien le da un beso de amor verdadero, que lo veo poco probable, pero bueno, nunca se sabe. Se despertará como nueva y, mientras tanto, nosotras no tenemos que oír cómo se suena los mocos cada cinco minutos. Además, así Sabele puede contarnos tranquilamente qué narices ha hecho para provocar todo este entuerto.

Ame asintió con la cabeza. Por una vez, las dos estuvieron de acuerdo en algo sin necesidad de discutir primero. Clavaron sus miradas sobre su amiga y aguardaron en silencio. Sabele tomó aire y relató lo sucedido punto por punto. Cómo Lucas había insistido en que le dejase entrar y cómo Cal había estado siguiéndole durante días, les habló de su propuesta, de ese hechizo que supuestamente rompería el hilo rojo que les unía, de la invocación, de su desastroso resultado y de la inoportuna aparición de Valeria.

—Oh, Sabele —dijo Ame cuando concluyó el relato. Su amiga negó con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Por qué no puedes confiar un poco más en el amor y en el destino? Te lo dije, hay lazos que no se pueden romper.

—Ame, en serio, no le conoces. Lucas y yo... —Un escalofrío recorrió su espalda solo con imaginarlo, aunque no fue uno del todo desagradable. Recordó el fugaz momento durante el que sus cuerpos habían permanecido apretados el uno contra el otro mientras se ocultaban de Flora en la cocina y la rabia que había sentido al percatarse de que, al contrario que ella, su carne y su piel no sentían desagrado hacia el músico—. No, sencillamente no. Tenía que intentarlo, Ame. El destino se equivocó con nosotros.

Ame continuó negando con la cabeza.

—No es lo que parece. Tal vez os hayáis conocido en el momento equivocado, antes de tiempo, pero solo es una cuestión de *timing*.

—¿A quién le importa? —protestó Rosita—. Tenemos problemas más grandes ahora mismo que si están o no destinados a amarse por siempre jamás.

—Importa porque mientras Sabele siga empeñada en cambiar lo inevitable seguirá metiéndose en líos.

—Metiéndonos...

Sabele alzó la vista hacia Rosita y se miraron en silencio durante unos segundos.

—¿Qué? ¿No pensarás que te vamos a dejar sola en esto? Somos amigas. —Ame asintió con la cabeza de nuevo y Sabele sintió el súbito deseo de echarse a llorar y de agradecerles eternamente que estuviesen a su lado, como siempre habían estado, en lo bueno y en lo malo, aunque se reprimió por miedo a que Rosita le hiciese dar un trago de su pócima somnífera—. Además, no podemos dejar que un espectro pirado se pasee por la ciudad con el cuerpo y los poderes de Valeria.

—Chicas, esto es culpa mía —dijo Sabele, con un nudo en la garganta y la certeza de que no se merecía a sus amigas—, no tenéis por qué...

—Oh, para ya —dijo Ame con un suspiro—. Claro que tenemos por qué. Por ti.

—No te vamos a preguntar tu opinión al respecto. Estamos juntas en esto. Me echarán del trabajo por faltar otra vez, pero, total, me pagaban una

porquería y, seamos realistas, el sueño de mi vida no es ayudar a la gente a probarse zapatillas de marca. Este mes te encargas tú del alquiler por lianta y apañado. —Rosita se encogió de hombros, extendió los brazos y lo siguiente que Sabele supo fue que estaban sumidas en un abrazo colectivo—. Nenas, todo esto es precioso, pero ahora tenemos que pensar en cómo salir de aquí.

—No creo que conozcamos ningún contrahechizo capaz de romper un conjuro de Flora —dijo Ame.

—Tendremos que bajar a la biblioteca —dijo Sabele—. Podemos generar una distracción y que una de nosotras baje y busque algún libro sobre cómo contrarrestar magia defensiva o algo por el estilo. —Se había concentrado tanto en buscar los defectos y posibles inconvenientes sorpresa que pudieran surgir en un plan en apariencia sencillo que no se percató del chirrido de la ventana al abrirse—. Lo mejor será que nos protejamos con un hechizo de invisibilidad, aunque por otra parte, puede que sea buena idea fingir naturalidad, podemos bajar a la biblioteca alegando que nos aburrimos y que necesitamos algo que leer... —Se detuvo al reparar en las expresiones anonadadas en los rostros de sus dos amigas, que miraban a algún punto tras ella.

—O... también podemos seguir al gato y punto —sugirió Rosita.

Sabele miró hacia atrás y se puso en pie de un salto por la sorpresa de ver a Bartolomé asomando la cabeza y después el cuerpo a través de la ventana. El gato rubio se acomodó en la cornisa de la ventana y las contempló con un aire de condescendencia.

—¿Cómo...? —Pero eran tantas las incógnitas que plantear una sola pregunta resultaba imposible.

—No sabía que Bartolomé fuese un espíritu familiar —dijo Rosita, tan incrédula como sus amigas.

El gato bufó ofendido, como si quisiese dejarles claro que él no servía a ninguna bruja, sino que iba por libre.

—De acuerdo, de acuerdo —se apresuró a decir Sabele—. Ya sabemos que tú no tienes dueño, por eso eres mi gato favorito de universo.

Ya haría las preguntas pertinentes más tarde. En ese momento lo único que importaba era que tenían un espectro al que encontrar antes de que

hiciese alguna tontería.

Bartolomé se lamió la pata, complacido consigo mismo por el cumplimiento de Sabele.

Las brujas recogieron sus cosas y en cuestión de un par de segundos ya estaban subiéndose a la cornisa, preparadas para flotar desde la tercera planta hasta el suelo. La levitación era un arte al alcance de cualquier bruja novata, muchas incluso lo hacían en sueños, así que no tuvieron que pensárselo dos veces. Sabele cogió en brazos a Bartolomé, que se dejó acariciar detrás de la oreja con un ronroneo de placer.

—¿Estará bien si la dejamos aquí sola? —preguntó Ame, echando un último vistazo a la bella durmiente sobre el sillón.

—Créeme, le va a dar lo mismo. Vamos, no os imagináis las ganas que tengo de llegar a casa y ponerme el pijama —dijo Rosita, que se dejó caer sin contemplaciones.

Sabele giró su cuerpo hacia el exterior y la recibió el aire fresco de la noche y los sonidos de la siempre atestada Gran Vía a la vuelta de la esquina. Cogió aire, pronunció un breve conjuro y saltó, sintiendo como la gravedad se detenía a su alrededor y el aire se tornaba denso en su camino hacia la acera.



Habían llevado el cuerpo petrificado de la chiquilla al dormitorio principal en la planta de arriba, donde nadie se atrevería a entrar, para asegurarse de que ninguna mirada indiscreta daba con ella. La encontraron en la entrada de la sala de invocaciones (la mera existencia de aquel espacio era un error que deberían haber enmendado hacía años), y durante cerca de una hora probaron todos los conjuros conocidos hasta que por fin lograron devolverla a su estado natural. Creyeron que sería su única pista de cara a resolver el robo del arpa, pero la pobre no recordaba absolutamente nada. De hecho se había sorprendido al comprobar que no seguía en su casa y que había despertado en una cama que no era la suya. Por ahora solo sabían que quienquiera que le hubiese hecho eso era una bruja poderosa.

La única del aquelarre a la que habían echado en falta era a Valeria, la joven más prometedora de las nuevas generaciones. Flora ni siquiera quería contemplar la posibilidad de que ella, a quien hubiese anunciado como su nueva aprendiz esa misma noche con casi total seguridad, fuera la traidora. La otra opción, que fuese su víctima, tampoco les daba demasiadas esperanzas en que la situación pudiese solucionarse sin demasiados

sobresaltos.

—¿Estás segura de que ha sido una bruja? —preguntó a Carolina, su vieja amiga, consejera y ratón de biblioteca.

A pesar de su pasado como activista, la bruja siempre procuraba pasar desapercibida tras sus gafas, su cara lavada y su pelo siempre corto y discreto. Había asumido su papel, un segundo y discreto plano tras Flora, a la perfección y se había propuesto cumplirlo formándose lo mejor posible y sin cesar. Nunca había sido poderosa en la práctica, pero si había alguien que supiese todo cuanto podía saberse sobre la magia, se trataba de ella.

—Eso me temo... —respondió su fiel asesora—. Encontraremos a la responsable, no te preocupes —añadió al ver su expresión agotada.

—Sé que lo haremos, no es eso lo que me inquieta. ¿Cómo vamos a contener a los clanes después de esto? Las Hierro y las Santos ansían mi puesto, y las Lozano... no me hagas hablar de las Lozano. —Apoyó los codos en la mesa del despacho y enterró el rostro entre sus manos—. A veces pienso que Jimena tenía razón después de todo, este puesto me viene grande...

—Olvídate de Jimena ahora —protestó su amiga.

—No puedo evitarlo, ¿has visto a su sobrina? Sabele cada día se parece más a su madre.

El corazón le ardió en el pecho al recordar a Diana, tan joven y pura como era la última vez que la vio antes de... del incidente. ¿Cómo habían podido permitir que acabase así...? ¿Cómo habían podido fallarle? Intentaba visitarla una o dos veces al año y cada vez que la veía en ese estado se le partía el corazón.

—Tengo la sensación de que en su carácter se parece más a su tía. Por cierto, estaba en la lista de candidatas al puesto de aprendiz. ¿Tú sabías algo?

Flora negó con la cabeza. Así que la joven Yeats planeaba seguir los pasos de su madre. Se preguntó qué pensaría Jimena de eso.

—Quizá otro año... Puede que este me tome un respiro. Estoy cansada...

Carolina frunció el ceño, se cruzó de brazos y se dispuso a dar una respuesta que fue silenciada por un súbito estruendo, el sonido de una

explosión y un golpe que hizo temblar los cuadros de la pared. Flora se apresuró a asomarse al exterior para comprobar qué ocurría, pero antes de que pudiera llegar a la ventana, un remolino de sombras chocó contra la barrera protectora, convirtiéndose en un amasijo deforme suspendido en el aire. Carolina se asomó tras ella y maldijo en voz baja al ver el espectáculo que se producía en el exterior, en pleno corazón de la ciudad, en mitad de Gran Vía y a vista de todos los madrileños y turistas que iban y venían de las discotecas y restaurantes. La mayoría de ellos eran corrientes tan cerrados a la magia que tenían la suerte de no percatarse de lo que sucedía ante sus narices. Otros, en cambio, eran capaces de discernir lo suficiente como para presentir que lo que ocurría no era del todo normal.

Un grupo de seis jóvenes ataviados con ropas negras, capuchas y pañuelos, adornados con el símbolo de la circunferencia interrumpida, y que cubrían la mitad de sus rostros, les lanzaban conjuros desde el exterior. Nigromantes. Sus cachorros se habían atrevido a tantear los límites del Tratado de Paz. Carolina llevaba meses advirtiéndole sobre las turbias ideas que afloraban entre las nuevas generaciones, pero no había querido creerla (¿cómo iban a ser los hijos más retrógrados e intransigentes que sus padres? No era natural). ¿De verdad se había vuelto tan ingenua?

—Estamos bajo ataque —dijo su asesora—. Reuniré a todas las brujas capaces de combatir. Tenemos que defendernos.

—No creo que sea necesario.

Uno de los jóvenes, el único que no ocultaba su identidad y lucía su cabeza rapada y una mirada cargada de odio, lanzó un último hechizo al aire que se expandió en lo alto del cielo, mientras los demás huían, hasta adoptar la forma de una palabra. Un mensaje breve pero claro. «VENGANZA». Las letras negras se disiparon y uno de los atacantes no pudo resistirse a lanzar su propia versión de la amenaza con un amasijo de letras rojas que estallaron a medio camino de su destino, formando un apenas legible «Quemad a las brujas».

—Parece que solo han venido a hacer una declaración de intenciones —dijo Flora, respirando aliviada al comprobar que se marchaban—. Son solo esos radicales de las Juventudes. No hay que tomárselos demasiado en serio, en todas partes hay agitadores —dijo, recordando la actitud soberbia

que las Lozano habían mantenido durante toda la noche.

—Volverán. Cuando se acercan tiempos difíciles, los carroñeros son los primeros en asomar el hocico —sentenció Carolina, su expresión neutra, su voz severa—. Las Juventudes son más peligrosas de lo que parecen, Flora. Han crecido mamando odio. No tienen miedo a la guerra y a sus horrores porque no la han vivido y nadie les ha enseñado sus consecuencias.

Flora no respondió, sino que se sentó sobre la cama, agotada.

Carolina había dejado claro en numerosas ocasiones que tenía el presentimiento, aunque aún no podía explicar las causas, de que la era de paz de la que habían disfrutado se acercaba a su fin. Ella esperaba que, por una vez, su fiel asesora se equivocase. Flora nunca había soportado el conflicto, así que no tenía ni idea de cómo iba a liderar a sus hermanas si llegaba el día en el que alguno de los dos bandos rompiese el Tratado de Paz. Quizá no tuviese que hacerlo, después de todo, sus estrictas condiciones habían sido suficientes para disuadir a ambos bandos durante generaciones. Si un solo nigromante o una sola bruja rompían el tratado, una maldición se vertería sobre quien les gobernase y sobre todos sus descendientes: no podrían volver a utilizar su magia. Y ni Flora ni Gabriel Saavedra estaban dispuestos a asumir semejante carga.



El sol le acariciaba suavemente a través de las cortinas, el olor a pan recién tostado, mantequilla y café jugueteó en torno a su nariz. Se acurrucó entre las suaves sábanas limpias. Qué forma tan placentera de despertarse.

«Un momento». Abrió los ojos de par en par y se incorporó. Era imposible que aquello fuese su mal iluminado y enrarecido sótano.

Los recuerdos del día anterior le golpearon haciendo que se desplomase de nuevo sobre el cómodo colchón de su hermana. Se sintió tentado de cerrar los ojos y volverse a dormir. En lugar de ceder a la tentación, miró a su alrededor sin moverse de la cama.

Había libros tirados por todas partes: en el suelo, en los estantes, encima del escritorio y en la mesilla de noche, pero por lo demás, el espacio estaba tan ordenado que rozaba lo maniático. El pequeño estudio donde vivía Leticia parecía aún más pequeño de día, aunque tenía que admitir que era un lugar mucho más apto para vivir dignamente que el sótano de sus padres. Además era suyo, de alquiler, pero era ella quien lo pagaba cada mes con los frutos de su trabajo. No dependía de nadie. Tenía que ser una sensación agradable.

Lo primero que hizo fue girar sobre sí mismo y comprobar que el arpa que había tomado prestada de forma vitalicia seguía escondida en el interior de su chaqueta, tirada en el suelo junto a la cama. A la luz de la mañana, robar a un grupo de poderosas brujas no le pareció tan buena idea como en plena noche.

Se estiró para coger su móvil y lo encontró en la mesilla de noche de su hermana, junto a una ajada edición de *Los viajes de Gulliver*. Lo primero que hizo fue revisar sus redes sociales y su WhatsApp en busca de mensajes. Nada. Ni siquiera de Sabele. Había contado con que volvería a ponerse en contacto con él para resolver el desagradable final de fiesta de la noche anterior y, a pesar de que debería de estar agradecido y aliviado por librarse del entuerto, se sintió algo decepcionado al comprobar que, efectivamente, nadie contaba con él.

Devolvió el móvil a la mesilla y se puso en pie con la esperanza de no encontrarse con ningún espejo de camino al cuarto de baño. Estaba seguro de que su reflejo no iba a devolverle nada que le apeteciese ver. ¿Quién le iba a decir que una invocación espectral era peor que una resaca?

No encontró ningún espejo, pero llamó su atención un gigantesco corcho en la pared sobre el que Leticia había colgado numerosos recortes y notas manuscritas que se conectaban entre sí a través de un hilo, igual que en las películas. Lo que más destacaba del caótico conjunto eran los *post-its* donde su hermana había escrito palabras sueltas y que llamaron su atención. «¿Brechas?», «Más allá, Valle de Lágrimas, ¿otros?», «¿Quién? ¿Por qué?». Fuera lo que fuese lo que rondaba los pensamientos de Leticia, para Luc no tenía ningún sentido.

—Ya iba siendo hora —le reprendió su hermana desde la cocina.

—Solo son las nueve —bostezó, preguntándose cómo podía ser familia de alguien que consideraba que las nueve era demasiado tarde para levantarse un domingo.

Luc le dio los buenos días con un gruñido a medio camino entre bostezo y quejido.

No había sillas o mesas en el diminuto espacio entre la cama y el hornillo, grifo y microondas que conformaban la «cocina», así que Luc se bebió el café que Leticia le tendió de pie y apoyado sobre la encimera junto

a ella.

—¿No hay nada para comer? —preguntó al ver como su hermana se llevaba a la boca una rebanada de pan aún caliente.

—Tienes manos y una tostadora —dijo señalando el electrodoméstico.

Luc suspiró. Qué pereza. En fin, podía pasar sin sólidos en el estómago durante una mañana. Nunca había tenido un gran apetito, de todas formas.

—¿Y un ibuprofeno tienes, o me lo voy a hacer yo a la fábrica?

Leticia abrió el armario de madera marrón sobre su cabeza y le tendió una cajita de cartón que sacó de su interior.

—Aunque con esos modales no te lo mereces. Deberías darme las gracias por haberte preparado el café, no lo hago por cualquiera, ¿sabes?

—Gracias, hermanita —dijo mientras sacaba una pastilla del blíster—. Me siento todo un privilegiado.

—No deberías automedicarte como si fuesen caramelos —dijo mientras miraba con cierta consternación como Luc tragaba la píldora blanca a palo seco—. Son malas para el hígado.

—¿Sabes qué es malo también para el hígado?

—¿Los chupitos de Jäger?

Luc le sacó la lengua.

—Las hermanas cansinas.

Luc esquivó una colleja por medio milímetro y le dio un trago a su café con aire triunfal. Leticia se crujía los nudillos, preparada para contraatacar con una técnica pulida con años de práctica chinchando a su hermano pequeño, cuando el timbre de su móvil la interrumpió.

—Te has librado por ahora... todos los tontos tienen suerte. —Su sonrisa se esfumó al ver la pantalla de su teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Luc, suplicando en su fuero interno que no fuese su padre enfurecido por a saber qué.

—Es... es del trabajo —respondió Leticia con la voz entrecortada.

—¿Un domingo?

—Eso parece...

—¿Y... no lo vas a coger?

Leticia cogió aire antes de atreverse a descolgar el teléfono y llevárselo a la oreja.

—Buenos días —respondió diligente.

—Fonseca —dijo una voz severa y ronca al otro lado. Luc no tenía ni la más remota idea de qué aspecto o edad tenía el hombre, pero sospechaba que no era el único con resaca aquella mañana de domingo—. ¿Se puede saber qué ocurrió ayer durante su guardia? ¿Por qué no informó, Fonseca?

—Yo... yo... —Miró a su hermano con una mueca de odio y el músico se encogió de hombros—. No sé a qué se refiere, señor, fue... fue una noche tranquila.

—Oh, sí, ¿y qué son estos informes de emergencias que tengo sobre mi mesa? Se contabilizaron hasta tres llamadas a la policía reportando lo que parecen ser incidentes paranormales. Dígame usted a qué le suena «un grupo de encapuchados disparando» y, cito literalmente, «bolas de energía negras que se convirtieron en letras en el cielo». ¿Cómo pretende que justifique esto ante las autoridades, cómo lo voy a ocultar a los medios?

—Eh... yo...

—Quiero un informe completo de lo sucedido ayer en mi mesa mañana a primera hora, y si vuelve a suceder algo parecido bajo su guardia... puede estar segura de que no volverá a trabajar en el terreno. ¿Me expreso con claridad?

—Sí, señor.

La llamada se cortó y Leticia alzó la vista del teléfono como si acabase de ver en él todos los horrores del infierno, una mirada con la que perforó a su hermano sin piedad. Caminó hacia su abrigo marrón claro y sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Obligó a Luc a sentarse sobre el borde de la cama y le miró fijamente. Luc tragó saliva. Su hermana podía ponerse realmente intimidante cuando se lo proponía.

—Vas a contarme todo, *todo*, lo que pasó ayer, sin escatimar en detalles.

Luc asintió, dócil y servil. Hubiese preferido ceñirse a su plan: escabullirse en cuanto pudiese, desconectar su teléfono, tocar la guitarra y probar las posibilidades de su nuevo instrumento durante el resto del día sin que ni brujas ni nigromantes le molestasen, pero incluso un necio como él sabía cuándo no provocar a una persona responsable y paciente al límite de su tolerancia.

Narró el peculiar episodio mientras ella vagaba de un lado a otro de la

habitación y tomaba nota exhaustivamente (por supuesto, obvió contarle el detalle del arpa. En realidad no era del todo mentir por omisión, ella había estado presente cuando lo hizo, si no se dio cuenta, ¿de quién era la culpa? Pues eso). A cualquier persona normal, aquel relato de magia y fantasmas le habría sonado a disparate y hubiese dado por hecho que o mentía o estaba mal de la azotea. Los Fonseca, en cambio, estaban acostumbrados a ver y oír cosas peores. Cuando concluyó, su hermana ni siquiera se inmutó.

—Eres idiota... —dijo sin más.

Luc suspiró, aburrido, y puso los ojos en blanco.

—Es una opinión muy *mainstream* últimamente, quizá quieras probar con algo más original.

—Sigo sin entender cómo se te ocurre participar en un hechizo de magia negra, ¿es que no tienes cerebro?

—En mi defensa diré que no me dieron otra opción, que algo sí que había bebido y que el único motivo por el que estaba allí fue porque tú me hiciste ir.

—Es una defensa bastante floja teniendo en cuenta que conseguisteis que un espíritu malvado poseyese a una bruja en mi guardia. En *mi* guardia.

—Qué quieres que te diga, no haberte quedado atrapada en la despensa.

Esquivó uno de los cojines que le lanzó su hermana, pero no vio venir el segundo, que impactó en su cara de lleno. Una vocecita en su cabeza, quizá el sentido común, no estaba seguro, no era un sonido que le resultase lo suficientemente familiar como para reconocerlo así sin más, le suplicó que dejase de enfadarla antes de que le diese por lanzar objetos contundentes.

—Vas a llamar a esa chica y le vas a decir que harás todo lo que sea preciso para colaborar a devolver al espíritu a su dimensión —sentenció su hermana, llevándose las manos a la cadera, un gesto que en las mujeres de su familia podía traducirse por un punto y final.

—¿Y eso por qué?

—Porque si no, no te mantendré. —En el fondo le dolió que ni siquiera intentase apelar a su humanidad o a sus principios, aunque en la superficie, lo que más le fastidiaba era su amenaza.

—Hicimos un trato.

—En el que estaba implícito que no me iba a quedar sin trabajo o

atrapada en un cubículo de oficina durante el resto de mi vida por tu culpa.

—Lo haré si me pagas seis meses.

Se encogió de hombros como si la cosa no fuese con él, aunque la mera posibilidad de volver a perder aquellos tres meses de libertad hacía que se le encogiesen los intestinos, pero, ya se sabe, las apariencias lo son todo.

—¿Por liarla? Ni de coña. Ya bastante tengo con ir a pasar mi día libre intentando justificar tu estropicio.

—Cinco meses.

—Cuatro.

—Cuatro y medio.

—Nada.

—Nada entonces.

—Te odio. ¿Por qué siempre tienes que salirte con la tuya? —dejó escapar un gruñido malhumorado entre dientes—. ¡Está bien! Cuatro meses y medio, chupasangres, ¿quieres algo más? ¿Uno de mis riñones? ¿Mi primogénito?

Luc respondió con una mueca de asco.

—No, gracias, esos puedes quedártelos. No tengo ningún interés por nada que salga de tu cuerpo.

—Voy a meterme en la ducha... y cuando salga, no quiero que sigas aquí.

—Dalo por hecho...

—Y más te vale estar a tiempo en casa de papá y mamá para la comida familiar de los domingos. —Le señaló con el dedo amenazante.

Antes incluso de que Leticia cerrase la puerta del baño, Luc ya estaba poniéndose la ropa del día anterior, y en cuestión de segundos, se anudaba los cordones de sus zapatos junto a la entrada. Salió prácticamente corriendo tras comprobar que llevaba su abono de transporte, las llaves y su móvil (y por supuesto, el arpa bien escondida bajo su chaqueta).



El primer gesto de Sabele al despertarse fue el de buscar su teléfono móvil. Sintió el breve impulso de echarse a llorar al recordar que su *smartphone* de última generación estaba solo y desprotegido en el fondo de una bolsa hechizada custodiada por una de las matonas de Flora. Algunos de sus *followers* se preocuparían por que desapareciese sin previo aviso, pero siempre podía decir que había pasado el fin de semana desintoxicándose de las redes sociales. «En el fondo no me vendrá mal», se dijo, aunque no pudiese ignorar la angustia en su pecho cada vez que pensaba en que estaba incomunicada del resto del mundo.

Su agitación se incrementó cuando se puso en pie y se dio cuenta de que no poder compartir una foto de su desayuno era la menor de sus preocupaciones. Descorrió las cortinas de su habitación y caminó hacia la cocina con la esperanza de que quedase café en la cafetera. Odiaba cuando era la primera en despertarse porque sabía que le iba a acabar tocando prepararlo a ella. Ni café, ni redes sociales. Ahí iban sus dos únicos vicios.

—Buenos días, Sabele —dijo una voz tras ella que hizo que se le escapase un grito que disparó su corazón a mil por hora cuando aún no

había tenido tiempo ni de quitarse las legañas de los ojos.

Rosita y Ame corrieron desde sus cuartos, aún en pijama, para ver qué ocurría, y no hallaron ningún monstruo o espíritu, ningún peligro mortal amenazando su vida, sino algo mucho peor, su tía Jimena.

Sabele adoraba a su tía, pero desde muy joven, la mujer era conocida por haber desarrollado un talento especial a la hora de atraer problemas, un don que, en vista de los últimos acontecimientos, parecía ser hereditario. Crecer a su lado había sido toda una aventura, no una con moraleja como en los libros y películas donde un héroe o heroína salva el mundo, sino más bien como una sucesión de acontecimientos surrealistas y estresantes sin propósito alguno. En los últimos años, Sabele había hecho todo lo posible por alejarse de aquel estilo de vida nómada, se había buscado un oficio, un novio serio, un contrato de alquiler... lujos burgueses que su tía no había deseado en su vida y que aún no acababa de comprender. De hecho, no le entraba en la cabeza cómo su querida sobrina podía haber optado por el camino del sedentarismo y la estabilidad («yo no te he educado para esto», le dijo cuando quiso quedarse en Madrid en lugar de seguir viajando sin rumbo).

—Tía Jimena, ¿qué haces aquí? —La tensión en su voz era casi tangible.

—¡Agh! Te tengo dicho que no me llames «tía», me hace sentir como una anciana.

Jimena estaba sentada en el sofá con Bartolomé tumbado en su regazo.

—He venido a ver a mi viejo y querido amigo. —Acarició las orejas del gato y el minino maulló satisfecho.

—¿Tu amigo? ¿Nuestro Bartolomé es tu gato? —preguntó Sabele. Ni siquiera sabía por qué se sorprendía, aquella era una jugada clásica de su tía.

—Por favor, Sabele, los seres vivos no pueden poseerse, pertenecen a la madre naturaleza y a ellos mismos. En fin, he venido a ver a Bartolomé y resulta que me ha contado que has estado metiéndote en problemas... Por fin, querida, pensaba que nunca lo ibas a hacer, ya iba siendo hora. —Hizo un ademán de ir a ponerse en pie y Bartolomé saltó sobre el sofá en el último instante.

Si su tía imponía sentada, de pie era un espectáculo de otro mundo. No era tan alta como Flora, pero tenía las piernas muy largas y le gustaba lucirlas. Llevaba una corta falda vaquera, botines de tacón decorados con tachuelas y una chaqueta de terciopelo granate con hombreras (Jimena nunca había superado la moda de su juventud). Sus ojos, maquillados de negro, eran gigantescos, como los de su sobrina, y solía despeinar su melena dorada y rizada para que pareciese que acababa de levantarse. Su sentido de la elegancia no era del todo tradicional, lo que también era un rasgo de familia, pero tenía ese tipo de encanto único que todo el mundo envidia.

—¿Me has estado vigilando?

—Le pedí a Bartolomé que te cuidase un poco, nada más. Pero no cambies de tema, hablemos de esos problemas. —Arqueó las cejas varias veces con actitud juguetona.

—¿Problemas? ¿Qué... qué problemas?

—Venga, Sabelita, no me vengas esa actitud de mosquita muerta, que tú no eres así.

Sabele suspiró y dirigió un vistazo fugaz hacia sus amigas, detenidas a un lado del pasillo e intentando pasar desapercibidas. Qué humillación.

—¿Has venido desde Los Angeles para regañarme?

—En realidad estaba en Londres, y no, he venido porque Flora ha convocado a todas las consejeras del aquelarre por un «asunto de máxima urgencia». —Jimena sonrió—. No hacía falta que te inaugurases tan a lo grande querida.

—Fue un accidente...

—Ya, ya... siempre es un accidente... Tranquila. No, no voy a machacarte de más, yo también fui una bruja joven e inexperta que adoraba explorar sus límites, sería muy hipócrita por mi parte, es normal que te metas en algún que otro lío, pero, Sabele, que no sea por un hombre, no merece la pena. Tú eres más lista que eso...

—¿Cómo lo sabes? —Sabele dirigió una mirada acusadora al gato rubio, que se aseaba a sí mismo sobre el sofá.

—No ha sido él, Sabele, pero a tu edad... y con la sangre que corre por tus venas... siempre es por un chico. —Se encogió de hombros—. Supongo

que es una lección que tienes que aprender por ti misma, y si va a ayudarte alguien, que sean tus amigas. Aunque sabes que podéis contar conmigo en el peor de los casos. —Cogió su bolso bandolera del sofá y se lo echó al hombro—. Os he dejado unos cafés para llevar y unos cuantos bollos hipercalóricos y deliciosos en la cocina. Invita la casa. —Le guiñó un ojo a Rosita y a Ame—. Buenos días, chicas, estáis guapas hasta recién levantadas. Dejadme que os vea. Ay, Rosita, cada día te pareces más a tu madre cuando tenía tu edad, siempre ha sido un pibón, pero entonces... —Resopló— ¿Qué tal está? Hace siglos que no la veo.

—Bien, sigue viviendo en Santo Domingo con mi abuela. Me pregunta a menudo por Sabele y por ti.

—Esa mujer es un amor, te lo digo yo. Cuídamela mucho. Cualquiera día de estos cojo un avión y me planto en la isla aunque solo sea por llevarme un par de sus pócimas. Su suero de la verdad es el mejor de todo el Caribe, no hay otra cosa igual...

Sabele siempre se había preguntado cómo era posible que su tía hablase tanto sin la necesidad de pararse a coger aire. Tal vez se hubiese hechizado a sí misma las cuerdas vocales, había hecho cosas peores y más arriesgadas que esa.

—Tengo que marcharme... —dijo mirando su reloj de muñeca blanco—. Cómo me gustaría poder quedarme a desayunar con vosotras. —Lanzó un beso al aire—. Cuidaos y sed listas.

Se marchó y se llevó con ella esa energía casi sísmica que desprendía, sumiéndolas en un silencio confuso.

—Por lo menos ha traído café —refunfuñó Sabele mientras rebuscaba entre las bolsas.

Se sentó en el sofá y frunció el ceño al mirar a Bartolomé, acurrucado junto a ella, que maulló como si la cosa no fuera con él.

—Traidor...

Aún no le había dado tiempo a ponerse cómoda cuando el timbre de la entrada comenzó a sonar ininterrumpidamente. Le hubiese gustado pensar que le traían un paquete sorpresa de alguna marca que le animase un poco la mañana, pero solo había una persona en el mundo capaz de llamar a la puerta de forma tan psicótica e irritante.

—Dejadlo, ya voy yo —dijo al ver que Ame se disponía a contestar—. ¿Qué pasa ahora? —preguntó descolgando el teléfono junto a la entrada.

—¿A qué viene ese tono de borde? Qué seca eres a veces, niña. Te llamo porque pensaba que te interesaría saber que hay un chico muy mono apoyado en la fachada frente a tu casa y no sé por qué me da a mí en el instinto femenino que tiene algo que ver contigo.

—¿Mono? —Su tía había visto mil fotos de Cal y se habían conocido en persona, no podía ser él, además, «mono» no era el adjetivo con el que la gente solía describir a Cal...

—Sí, aunque un poco escualidillo comparado con tu historial, pero bueno, en la familia siempre nos han gustado andróginos y delicados, ya sabes, muy del estilo de Mick Jagger, Bowie... —suspiró—. Aún me acuerdo de aquel verano en Santa Fe, de Brian y su sombra de ojos... Ah, y lleva una funda de guitarra. —Definitivamente era él—. Cariño, un músico... qué cliché, ¿todavía caéis en esas? Pareces nueva, cielo. Y no me hagas hablar de los actores, son gente muy complicada y...

—¿Podrías dejar de generalizar? Cal era... es un buen tío.

—¡Ah! Así que el guitarrista no lo es, eh. No me malinterpretes, amor, lo mejor que has podido hacer por ti misma ha sido cortar de una vez con ese nigromante. Cuánto drama en el cuerpo. «Oh, soy un hijo de la muerte, la oscuridad se cierne sobre mí. Blablablá». Vale que fuese un bombón y que os marchaseis de viaje por ahí, *carpe diem*, aventura y todo eso pero, pfff, nigromantes, es que son todos *tan* densos. No merece la pena. Por esa parte todo bien, pero igual un aspirante a estrella del *rock* no es la mejor forma de volver a las andadas. Siempre te rompen el corazón, aunque tú no quieras. La soltería está terriblemente infravalorada.

—Aunque te cueste creerlo, ni me gusta, ni hay nada entre nosotros.

—Lo que tú digas, guapa. ¿Quieres que le diga algo?

Su tía era perfectamente capaz de acabar tomándose unas cervezas con él si dejaba que hablasen más de treinta segundos.

—No. Ya me encargo yo. Ya hablaremos, tía Jimena.

—Adiós, bebé. Sé lista.

Colgó el telefonillo y, después de darle un último trago al café, se apresuró a su habitación para adecentarse un poco. Una cosa era que no

sintiese nada por él y otra muy distinta dejarse ver en pijama (otra vez) y con la cara sin lavar. Además, era una *influencer* medio conocida, por el amor de la Diosa, ¿y si se encontraba con algún seguidor y le pedía una foto?

Resopló mientras rebuscaba en su armario intentando dar con su peto vaquero, su conjunto menos favorecedor. Así quedaba claro lo poco que le importaba su opinión, por mucho que se empeñasen Ame, su tía y el maldito universo. Bajo el dichoso peto se puso una camiseta básica de su ex y sus Converse negras, cogió las llaves y se marchó sin dar una explicación a sus amigas.



Luc sabía que su única opción si quería salir de ahí cuanto antes para marcharse a ensayar y componer un rato en el local más cercano, antes de la comida de los domingos en casa de los Fonseca, era llamar a todos los timbres uno a uno hasta dar con Sabele. No le importaba demasiado lo que pensase «la gente», en la mayoría de los casos, lo que pensaba Luc de la gente era mil veces peor que lo que a ellos se les pudiese ocurrir sobre él, pero era un domingo por la mañana y no le apetecía demasiado que le insultasen por despertar a alguien en mitad de una resaca.

Aunque él tampoco se sentía demasiado fresco. Había escrito por WhatsApp a Sabele y la había llamado veinte veces, pero la bruja no se dignó a responder, así que no le había quedado otra que plantarse frente a la puerta de su casa, o al menos suponía que el lugar del que la había visto salir en pijama era donde vivía. Claro que después de lo de la noche anterior se esperaba cualquier cosa de una bruja.

No tenía la certeza de que las brujas estuviesen allí, podían haber pasado la noche en cualquier otro lugar, o de que fuesen a volver. A lo mejor la cosa se había puesto peor de lo que él creía en la sede del aquelarre. Pero no se le ocurría una forma mejor de asegurarse de que no

había nada que él pudiese hacer para ayudar y así poder decirle a su hermana: «¿Lo ves? Dame mi dinero».

Aún seguía decidiéndose sobre si era buena idea o no llamar a los telefonillos cuando la puerta del portal se abrió. Se incorporó tan alerta como si acabasen de fustigarle.

Vio una melena dorada y se apresuró a recuperar su pose de tipo interesante, apoyándose contra la pared, con un pie en el suelo y el otro contra los ladrillos.

Falsa alarma. No era Sabele, sino una mujer que le doblaba la edad y que se detuvo en seco al verle. Le estudió de los pies a la cabeza, sonrió y se dio media vuelta hacia el telefonillo. No tenía ni idea de qué estaba diciendo, pero estaba claro que hablaba de él porque no dejaba de mirarle. Al cabo de un rato se separó del interfono y caminó calle abajo con pasos seguros a pesar de los elevados tacones sobre los que se alzaba.

—Hasta luego, guapo. —Le guiñó un ojo al pasar junto a él y Luc estuvo a punto de ahogarse con su propia lengua de la impresión. Ella se rio y él se quedó mirando con cara de un estúpido cómo se marchaba, moviendo las caderas de un lado a otro con una sensualidad espontánea que lucía orgullosa. Luc tuvo el presentimiento de que si le hubiese invitado a una cerveza no le habría dicho que no.

Apenas un minuto después, la misma puerta volvió a abrirse, y a él no le había dado tiempo a reponerse cuando apareció Sabele al otro lado, vestida con una camiseta demasiado grande para ella, un horrible peto vaquero con agujeros, un moño mal hecho y un par de gafas metálicas que le hacían parecer la prima perdida de Harry Potter. Estaba espectacular, con sus labios inflamados por el efecto de la mañana y sus ojos a medio desmaquillar. Al verla en aquella cafetería para modernos, y sobre todo al cotillear sus redes sociales, había creído que Sabele necesitaría al menos dos horas arreglándose cada mañana para salir así de radiante en todas las fotos, porque era la única explicación posible. Pero no, no se trataba de un caso agudo de postureo, resultaba que ella era así de... radiante, sin más. Tragó saliva y se preparó para interpretar su papel.

—Y yo que pensaba que las *influencers* estabais siempre listas para una sesión de fotos. —La bruja puso los ojos en blanco.

—Por lo menos no llevo la misma ropa que ayer —contraatacó.

—Así que te has fijado. —Se llevó las manos al cuello de la camisa—. Cien por cien algodón, este conjunto podría resistir a la peor cita que se te ocurra con una bruja. —Se descubrió a sí mismo lanzándole una indirecta a la bruja que esquivó con una puntuación de diez puntos por parte del jurado por su técnica depurada.

—Luc, ¿qué haces aquí? —preguntó Sabele, cruzándose de brazos.

—¿No te cansas de preguntar siempre lo mismo? Solo quería saber si necesitáis algo de mí, pero supongo que lo tenéis todo controlado, así que... —dijo dispuesto a quitarse el marrón de en medio cuanto antes.

—Por desgracia, sí. Para deshacer una invocación se necesita que estén presentes todos sus testigos. Qué ilusión, eh.

—Me muero de ganas... —Vaya, así que no iba a ser tan sencillo que se fuese de rositas. Recordó que el tal Cal le había dicho algo parecido la noche anterior, pero tenía la esperanza de que fuese una exageración.

—Pero tranquilo, primero tenemos que encontrarla y atraparla. Ahí no puedes hacer nada.

—Ah... ¿Vais a tardar mucho?

Sabele se mordió el labio y cerró los ojos, exasperada. Luc estaba seguro de que si supiese lo *sexy* que le quedaba aquel gesto lo dejaría de hacer delante de él, así que no dijo nada al respecto.

—Pues no lo sé.

—Vale... Bueno... ¿va a ser hoy?

—¿Qué?

—Que si es para hoy, espero. Si no, me piro.

No sabía muy bien por qué decía eso, tendría que marcharse a la comida familiar tarde o temprano si no quería sufrir la ira de su padre, pero una parte de él estaba deseando que Sabele le pidiese que se quedara. Lo cual era absurdo. ¿Verdad? Había ido ahí precisamente con la intención contraria.

—Ah, perdona... aún no me he tomado el café —dijo ella de repente, llevándose las manos a la cara y sosteniéndose los mofletes como si no pudiese con su propio peso—. Sí, bueno, supongo que intentaremos localizarla y la iremos a buscar, pero no tengo ni idea de cuánto podremos

tardar.

—Entonces mejor me vuelvo a mi casa —dijo sin ningún tipo de remordimiento.

—Vale.

—Bien... Tienes mi número, llámame cuando vayáis a hacerlo, o lo que sea.

—Oh, eso. Mierda.

Había algo cómico en la forma en la que decía palabrotas, con esa voz y ese rostro tan dulce. Era tan perfecta que ese lenguaje soez resultaba antinatural viniendo de ella, tanto que estuvo a punto de sonreír. Sabele no intimidaba tanto cuando estaba medio dormida. Recordó el mal rato que había pasado en su primera cita, cuando ella no había dejado de preguntarle cosas y él sintió que, respondiese lo que respondiese, no estaría a la altura de las expectativas de una chica que podría salir con quien le diese la gana. Si ni sus amigos le habían escogido a él, ¿cómo iba a hacerlo Sabele?

—No tenemos móviles, ayer... Es una larga historia —explicó Sabele.

—¿No tenéis fijo?

—Sí, pero mejor te llamo yo.

Sacó un boli de uno de los bolsillos del peto y extendió el brazo hasta él, tendiéndole el bolígrafo. Llevaba toda la vida queriendo hacer eso. Escribió el número de su móvil en la suave y pálida piel de Sabele con el corazón martilleándole en el pecho y su cerebro suplicando a sus mejillas que no se sonrojasen.

—Ahí lo tienes.

—Pues... eso. Te avisaremos.

—Vale. Bien.

—Valeria es una bruja poderosa y todo eso así que no te rayes si tardamos en llamar. Nos llevará un tiempo.

—Entiendo...

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Por un instante creyó que Sabele iba a despedirse con dos besos, pero en el último momento rectificó el acto reflejo, dio media vuelta y entró de nuevo en el portal. Tras un par de segundos de patético estado de *shock*

emocional, Luc echó a andar calle abajo preguntándose qué acababa de pasar. Todas las conversaciones que había tenido con Sabele fueron tan tensas y agresivas que aquel breve y cordial intercambio había sido demasiado... normal. Tan normal que resultaba incómodo, por no hablar de que la taquicardia en su pecho le estresaba más que la idea de volver a participar en uno de esos conjuros de magia negra.

«Necesito una cerveza».

Tampoco era tan temprano. En nada la gente empezaría a salir a por su vermut de mediodía. No le daría tiempo a ensayar, pero no podía ir a la comida familiar con aquel nudo en el estómago. Conocía un bar en esa misma calle en el que solían poner buena música *rock*, así que bajó hasta la esquina y entró en el local, que le recibió con un denso olor a cerveza. Sus únicos compañeros eran una parejita acaramelada sentada junto a la ventana, un grupo de amigos tomando el aperitivo y un par de fantasmas errantes. Luc se sentó a solas en la barra y pidió un tercio. Vació el botellín de unos cuantos tragos mientras su mente divagaba.

Dada la situación, no podía quejarse. Solo tenía que cruzarse de brazos a esperar hasta que hubiesen atrapado al dichoso espectro, le llamaría, haría acto de presencia y ¡hasta nunca! Si te he visto no me acuerdo. Bueno, siempre les quedaría Instagram. No era como si fuese a desaparecer de la faz de la Tierra, por qué no, iban a seguir comentándose fotos y esas cosas, y, quizá, quién sabe, por qué no, podían tomarse un café o una cerveza un día, sin más, sin compromisos... Desechó la imagen de su cabeza. Lo único verdaderamente importante en su vida era su carrera musical, y tenía que asegurarse de que podría seguir dedicándose a ella cuando la tormenta pasase. Ahora que tenía aquel arpa mágica, porque era la única explicación que encontraba para su sonido, magia, la idea de tener que enfrentarse a su carrera en solitario no le parecía tan desalentadora.

Se echó la funda de la guitarra a la espalda, pagó la cerveza y se dispuso a ponerse manos a la obra. «Fama mundial, allá voy». Aunque el arpa tendría que esperar hasta después de otra estresante comida familiar en casa de los Fonseca. Luc caminó hacia la salida, abrió la puerta y... se detuvo en seco.

«No...». Dio media vuelta para asegurarse de que sus ojos habían visto

mal, solo había sido un vistazo de pasada, tenía que haberse equivocado. Pero no iba a tener tanta suerte. Ahí estaban, los rostros de los que habían sido sus amigos y sus compañeros de banda en un póster con el fondo negro pegado en la entrada del garito junto a otros tres tipos que le sonaban de vista. El cartel anunciaba un concierto esa misma noche en una sala de la zona. ¡Un concierto! ¡Esa misma noche! Ni siquiera habían esperado más de una semana a que se enfriase su cadáver (musicalmente hablando) para empezar a lucirse por ahí de los brazos de otros, de otra banda, con otro nombre: The Telepats. ¿Qué mierda era eso de The Telepats? Estaba claro que se le había ocurrido a alguien con serias carencias en la lengua inglesa o con un pésimo sentido del humor, una de dos.

Estudió la foto con más profundidad. Los otros tres integrantes eran algo más mayores (uno de ellos tenía una frondosa barba por la que Luc habría matado, pero a él apenas le crecía una triste pelusa) y tenían cara de saber lo que hacían. Solo esperaba que no tuviesen muchos más fans de los que había tenido The Finnegans.

No se lo podía creer. Está bien, podía, pero no soportaba la idea de verse ultrajado de esa manera. ¿Pensaban que podían librarse de él como si nada, despacharle y esperar a que se pudriese? Él solito valía cien veces más que esos cinco patanes juntos, e iba a demostrarles que estaba por encima de su música barata, sin creatividad, sin carisma. Con o sin banda propia.

Arrancó el cartel y salió del bar rumbo al metro.

Sabele y sus problemas paranormales tendrían que esperar. Esperaba que no le llamase esa tarde, porque iba a estar muy ocupado. Quería ensayar y después arreglarse, ofrecer su mejor aspecto. Siempre había creído que a los conciertos se debía asistir con estilo o no asistir en absoluto.



No tener nada que hacer estaba a punto de volverle loco. Había contactado con Sabele por la mañana a través del teléfono fijo de su casa y le había pedido que le llamase de nuevo si encontraban a la bruja-espectro. Eran casi las ocho de la tarde y seguía sin tener noticias de ellas. Aunque no podía asegurar que hubiesen preferido no avisarle en el caso de que la hubiesen localizado, después de cómo terminó su última conversación.

—Avisadme cuando la encontréis antes de capturarla, podría ser peligroso. No quiero que te hagas daño.

—Sí. Lo sé, pero será peligroso con o sin ti.

—Sabes a qué me refiero.

—Pues no, no lo sé. ¿Acaso estaré más a salvo si me proteges? Cal no supo cómo reaccionar. Sabele nunca había sido sarcástica o desagradable de forma gratuita, al menos no la versión de ella que conocía.

—Si puedo protegerte de algún peligro, lo haré. —¿Protegerme? ¿Tú a mí? Ni siquiera se te ocurre que pudiese ser al revés, ¿verdad? O mutuo, tal vez.

—¿A qué viene esto? —preguntó, más confuso que enfadado.

En cinco años de relación no habían discutido de esa forma tan agresiva ni una sola vez. Incluso cuando sus emociones la desbordaban, Sabele siempre fue dulce y comprensiva, abierta de mente, no bélica e irracional como quienquiera que fuese esa desconocida con la que hablaba ahora por teléfono.

—A que te necesitamos para que abras el portal, no para capturarla. Para eso nos bastamos solitas.

—¿Se puede saber qué te pasa? Tú no eres así.

—¿Ahora también vas a decirme cómo soy?

—No estás siendo razonable...

—¿Razonable? Todo esto ha empezado porque te dedicaste a seguir a un chico con el que he quedado una vez en lugar de ocuparte de tus asuntos. Perdóname si estoy algo molesta con tu actitud controladora y condescendiente —dijo, de nuevo sarcástica—. Ayer no tuvimos tiempo de hablarlo, pero eso no significa que no esté enfadada.

—Solo me preocupo por ti, porque, aunque tú no lo hagas, yo te sigo quer...

—Cal, no vayas por ahí, por favor. Sabes que eso no es cierto, yo... — El tono de su enfado se suavizó considerablemente—. Ya sabes que me importas mucho, pero eso no quita que te hayas extralimitado. Te llamaremos cuando te necesitemos. Que tengas un buen día.

Sin darle tiempo a responder, colgó. Quedó claro que su opinión al respecto le era irrelevante. Al final, la soltería, decidió, le estaba sentando peor a Sabele que a él mismo.

Dejó el móvil sobre la cama y fue al gimnasio de la primera planta, rumiando su conversación con Sabele. «Tendría que agradecerme en lugar de enfadarse», pensó mientras calentaba los músculos. No era como si le hubiese mirado el móvil, solo había... seguido a su ligue... durante una semana. «Suena peor de lo que es», se intentó justificar. De acuerdo que solo fuese asunto de Sabele, y que ella fuese mayorcita para tener su propio criterio, pero... Comprendió con amargura, entre flexión y flexión, que no había «peros». Al final le iba a tocar pedirle perdón. «Si de verdad la quieres, no le impidas que se vaya», se dijo, aumentando el ritmo de sus

ejercicios para dejar que el dolor físico aplacase el de su corazón.

Cuando acabó su sesión de entrenamiento volvió a llamar y le saltó el buzón. No le cabía duda de que las tres brujas estaban escuchando desde el salón lo que se disponía a decir.

—Oye, no quiero ser... pesado ni... ya sabes. Solo quería decirte que me he expresado mal. Quiero ayudar, nada más. Confío de sobra en vosotras.

A pesar de sus palabras, no estaba dispuesto a quedarse al margen. Intentó localizar al espectro con todos los hechizos que pudo recordar o encontrar, pero ninguno dio resultado. Era uno de los nigromantes más poderosos de su generación y no era capaz de encontrar a una bruja novata que había aprendido a controlar sus poderes hacía menos de veinticuatro horas. Se sentía como un auténtico inútil.

Se encerró en su cuarto a dibujar, a esperar y a intentar volver a localizar al peligroso ser al que habían liberado por error en una ciudad de más de tres millones de habitantes.

Mientras tanto, el ir y venir de nigromantes y el ajetreo en la mansión era ininterrumpido.

Nigromantes y brujas se hallaban en uno de los momentos más tensos y delicados de su prolongada guerra fría, y lo único que podía hacer al respecto era esperar. Había intentado hablar con su padre en varias ocasiones para contarle la verdad, pero siempre le encontraba reunido o demasiado estresado para atenderle («Estoy pensando, luego hablamos» era una de sus frases preferidas desde que él era un niño).

La última vez que había acudido a su despacho fue un auténtico desastre. Su intención era explicarle la parte que se podía contar de lo sucedido, aclararle que en ningún caso habían sido las brujas y que si así lo parecía era por su culpa. Aceptaría la deshonra, otra más. Cal no era el tipo de persona que intenta huir de las consecuencias de sus actos.

Cuando reunió el valor para bajar a su despacho encontró la puerta entreabierta y vio que estaba reunido con Fausto. No resistió la tentación de escuchar a hurtadillas, menos aún al percatarse de que Gabriel estaba dándole un sermón a su ahijado.

—Lo siento.

—Sentirlo no sirve de nada, lo que has de hacer es controlar mejor a tus seguidores. Más te vale que lo tengas en mente, no son tus amigos, son tus súbditos, los hombres que algún día te seguirán como líder. Si no te respetan ahora, tampoco lo harán cuando tengas el mando.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

Cal le vio de pie, cabizbajo, frente al escritorio de su padre.

—Más te vale, o lo pagaremos todos. Sabes que no saldremos bien parados si nos acusan de ser los primeros en romper el tratado.

—¿Los primeros? ¡Es mentira, han sido ellas! ¡Esas malditas brujas! — exclamó en un arrebato de furia que le llevó a golpear la mesa de roble con su puño cerrado. Gabriel le estudió en silencio, estupefacto, y Cal, a pesar de no estar en la misma habitación, retrocedió instintivamente. Ni siquiera sabía que su tímido y discreto amigo de la infancia era capaz de albergar, y mucho menos demostrar, tales sentimientos.

—Lo sé, lo sé, hijo mío, pero aún no podemos demostrarlo. La muerte la causó el cuchillo, no la magia. Si de verdad te preocupa poner en su lugar a esas mujerzuelas, encuentra a la culpable y las pruebas que la incriminan y déjate de chiquilladas.

Cal llamó a la puerta y la abrió. Había escuchado suficiente, tenía que detener aquel malentendido antes de que se escapase a su control si no lo había hecho ya.

—Ahora no es un buen momento, Caleb —dijo su padre al verle—. ¿Por qué no vuelves dentro de un rato?

—Es importante...

—Ah, ya, cómo no. Pensé que ganabas suficiente con esas fotos tuyas de internet... ¿Cuánto necesitas? —dijo mientras sacaba el talonario de uno de los cajones. Ni siquiera había acritud en sus palabras.

Cal enmudeció. Su padre nunca le había tratado mal, siempre le dio cuanto pidió, pero en aquel momento, hubiese preferido que le gritase, que le insultase, que le dijese que era un inútil que no servía para nada en lugar de su perpetua y completa indiferencia. Jamás se había tomado las molestias de regañarle o castigarle como hacía con Fausto porque, simplemente, no merecía la pena.

—Cien —dijo la primera cifra que le vino a la cabeza para poder

marcharse de ahí cuanto antes.

—¿Tanto alboroto para tan poca cosa? —garabateó en el papel y se lo tendió—. Y ahora, si nos disculpas...

—Claro —dijo, y dio media vuelta, rindiéndose antes de intentarlo, convencido de que, dijese lo que dijese, jamás iba a lograr que Gabriel Saavedra le prestase la menor atención; después de todo, era hombre muerto, un cadáver andante, un vástago con los días contados.

Si ni su padre esperaba nada de él, tendría que solucionar sus propios problemas sin contar con nadie.



Un gigantesco mapa de papel cubría gran parte del suelo del salón. Habían tenido que apartar la mesita del té para poder sentarse en el suelo, rodeando el mapa desplegado sobre él que mostraba cada rincón de la capital.

Llevaban horas invocando sus poderes mágicos en torno a él y habían probado prácticamente todos los métodos que existían para localizar a una persona: cristales, huesos, humo de incienso, bolas de cristal, e incluso habían recurrido a las cartas. Nada. Ninguno de sus conjuros les había proporcionado siquiera una localización aproximada. La falsa Valeria había aprendido a usar la magia y a protegerse con ella, se estaba ocultando, y su poder debía de ser mayor que el de las tres amigas juntas o habrían conseguido traspasar su barrera.

—¡Agh! Siuviésemos un pelo suyo o algo así, al menos podríamos hacerle vudú y traerla hasta aquí —protestó Rosita cuando el humo se disipó sin ir a ninguna parte, dejando tras de sí las cenizas del incienso.

—No bromees con esas cosas, sabes que ese tipo de magia negra está prohibida —dijo Ame.

Rosita resopló.

—Claro, porque invocar a un espectro malvado de un plano perdido entre la vida y la muerte es uno de los hechizos recomendados por el aquelarre para brujas principiantes, ¿no?

—Por favor, ¿podemos centrarnos? —pidió Sabele, que rebuscaba en un pesado y ajado libro algún conjuro que pudiese serles de utilidad.

—Llevamos toda la tarde centradas y no ha servido de nada —respondió Rosita.

—Si no encontramos la forma de que sirva de algo antes de que se den cuenta de que nos hemos marchado —O de que consiguiesen despetrificar a la amiga de Valeria y la delatase a pesar de su hechizo para borrarle la memoria, o de que la *otra* amiga de Valeria despertase e hiciese lo mismo, o de que el espectro agotase su fuerza y abandonase el cuerpo de Valeria para poseer otro y le perdiesen el rastro— vamos a tener que ir pensando en cómo explicarlo, y no va a haber muchas excusas que suenen convincentes.

—También podemos pasar de hacer nada, llenar nuestras maletas con lo imprescindible y emigrar. Siempre he querido conocer Bangkok —dijo Rosita.

—Espero que no te importe no poder volver a Madrid en lo que te queda de vida. —Sabele se encogió de hombros y, aunque a Rosita la idea no pareció disgustarle demasiado, Ame entró en pánico.

—Oh, por la Diosa. Es terrible, quiero decir, tiene que haber alguna forma de que no se enteren. ¿No puedes pedirle ayuda a tu tía?

—Ya la has oído, quiere que me saque solita de mis propios problemas.

—Dijo que podíamos contar con ella —replicó Ame con un mohín.

—«En el peor de los casos» —citó Sabele—. Además, seguro que está en plena reunión del consejo escuchando cómo unos clanes discuten con otros.

Mientras tanto, Rosita seguía intentando conjurar el mapa para que les revelase el paradero del espectro sin ningún progreso.

—¡Agh! Me rindo —dijo Rosita antes de ponerse en pie—. Son casi las nueve, voy a ir pidiendo la cena. —Miró a su alrededor—. ¿Y mi portátil? Oh. —Se acercó al sofá a coger un Mac, pero Ame la detuvo.

—Ese es el de Sabele, el tuyo estará en tu cuarto.

—Bueno, qué más da que use este...

—¡No! No tiene batería —exclamó Sabele.

—Vale, bueno. —Rosita se encogió de hombros—. Con la tontería ahora me apetece algo de comida tailandesa, ¿os pido algo?

—¿*Pad thai*? —preguntó Ame.

—Hecho. ¿Sabele?

Sabele negó con la cabeza.

—No me encuentro demasiado bien, no tengo ganas de comer.

—Con el par de nohécitas que llevas deberías estar hambrienta. ¡Hasta que confirme el pedido estás a tiempo! —gritó Rosita desde su habitación.

Sabele asintió y siguió mirando entre las páginas de su libro, aunque sus pensamientos estaban demasiado lejos de ahí como para fijarse en los hechizos que descartaba cada vez que pasaba una página. Por eso no se percató de la mirada picara de Ame posada sobre ella hasta que la joven la llamó por segunda vez.

—¿Hola, Sabele? ¿Qué tal estás?

La joven bruja alzó la vista y ahí estaban, los negros ojos rasgados de Ame mirándola con malicia en compañía de una sonrisa endiablada.

—Bien, supongo. Solo son nervios, nada más —dijo con la intención de volver a su libro, o al menos a fingir que lo leía, pero Ame no estaba por la labor de dejar que se escabullera tan fácilmente.

—¿Y tu corazón, qué tal?

—¿Mi corazón? Muy bien, gracias.

—No dejas de pensar en él, ¿verdad?

Odiaba que Ame la conociese tan bien. Pero sobre todo odió sentir que el frágil órgano en su pecho le daba un vuelco ante el mero uso de un pronombre referido a él. Un maldito pronombre. ¿Qué iba a hacer si pronunciaba su nombre? ¿Detenerse? ¿Reventar? Por la Diosa, era absurdo.

—¿En quién?

—Oh, por favor. Soy pequeñita, pero no nací ayer. Sabes quién —dijo Ame, que estaba disfrutando demasiado de su papel de casamentera desinteresada.

—Claro que no dejo de pensar en él. Por su culpa nos metimos en este lío. Las cartas ya me lo avisaron, así que no es ninguna sorpresa. —Sabele se intentó convencer por enésima vez de que su pulso se había acelerado la

noche anterior porque temía que Flora les descubriese y no por el roce de su espalda contra ella, ni por el tacto de su clavícula bajo su mano, ni por el olor a lavanda que emanaba de su piel y su pelo.

—Ya... seguro que es por eso. Porque el pobre chico solo estaba en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Nada más.

—Y porque es el tipo de persona que desprecio —dijo tajante y al fin convencida de lo que decía—. Es arrogante, cínico, pesimista, juzga a los demás sin conocerles, es egoísta, es pasota, no me gusta cómo es ni lo que representa.

Suponiendo que existiese algún tipo de atracción física, que no la había. Solo sería eso, atracción. Una no es dueña de su biología y de sus hormonas, pero sí de las decisiones que toma, y Sabele había decidido que Luc no era para ella.

—Ya pesar de todo, estás coladita por él. —Ame se encogió de hombros y sonrió.

—¡No es verdad! Qué manía...

—Tranquila, no te juzgo. Es normal. No te trata como si fueses una niña pequeña como Cal, o como si fueses perfecta como... Bueno, como todo el mundo.

—Estás hablando de cosas que no entiendes, no pretendas hacerme un truquito de psicoanalista. No estoy «coladita» por él. Ni siquiera me cae bien. Me pone mala verle, me pone mala hasta oírle.

—¿Entonces por qué has estado *googleándole* antes? —preguntó Ame.

Sabele enmudeció un instante, mientras balbuceaba en busca de la explicación más lógica.

—Ayer descubrí que es un revelado, y Cal sospechaba de él. Solo intento averiguar cuál es exactamente su conexión con la Guardia, asegurarme de que no va a irse de la lengua. No pienso más que en nuestra misión. —Asintió, satisfecha consigo misma.

Quería averiguar hasta qué punto estaba implicado con el mundo mágico, así que no era del todo una mentira, como mucho un autoengaño.

—Ya... y por el bien de «la misión» has acabado viendo vídeos de sus conciertos en YouTube, claro, tiene sentido.

—¿Cómo sabes eso?! —preguntó Sabele, sintiendo como sus mejillas

se teñían de un intenso color carmesí imposible de disimular.

—No dejes tu ordenador por ahí si no quieres que cualquiera lo vea. —
Se encogió de hombros—. O al menos cierra la pestaña del navegador.

—Es que no tengo que tomar esas precauciones porque no me importa que lo veas, porque no significa nada —intentó defenderse—. No siento nada por él. Llegué a esos vídeos por pura casualidad. —Decía la verdad, no los había buscado, simplemente puso su nombre en Google y los vídeos aparecieron. ¿Qué se supone que tenía que hacer, mirar a otro lado y fingir que no los había visto? No era interés, era simple curiosidad humana.

—Conserva tus excusas para ti misma, a lo mejor consigues creértelas. —Ame se rio sin abrir la boca y Sabele la observó incrédula. No conocía aquella faceta perversa de su amiga y compañera de piso.

—Sé que te encantaría que las almas gemelas existiesen, que el amor a primera vista no fuese un mito y que el hilo rojo se limitase a formar parte de una leyenda para niños, pero te juro por la Diosa que...

La interrumpió un temblor, al principio apenas perceptible, que provenía del mapa abierto y que acabó por extenderse por todo el suelo del apartamento con el ímpetu de un terremoto de grado seis. El cristal voló hacia un punto concreto del mapa, el mismo que los huesos rodearon y sobre el que se amontonaron las cenizas del incienso. El temblor se detuvo tan bruscamente como se había iniciado dejándolas sumidas en un silencio sepulcral interrumpido cuando Rosita entró en el salón a la carrera.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó deteniéndose junto a ellas.

Sabele se inclinó sobre el mapa para buscar el punto al que señalaban todos los talismanes. Su corazón dio un bote al reconocer el nombre del local, a tan solo unas cuantas calles de ahí. Tragó saliva antes de alzar la vista y decir:

—Parece que alguien quiere que la encontremos.



En su humilde opinión, y la única que le interesaba, Estrella Polar, más allá de su relevancia histórica, no era uno de los mejores garitos de la zona, pero no estaba mal. A veces ponían buena música, la cerveza era barata y la decoración no era terrible. Tampoco se podía pedir mucho más a un local que llevaba sin cambiar un solo ápice desde que lo abrieron en 1982. Los dueños tenían la suerte, o la visión, de que la naturaleza cíclica de la moda hiciese que estuviese viviendo un segundo apogeo gracias a las hordas de modernos que, incluso en domingo, lo habían convertido en su bar de culto.

Luc se abrió paso hacia la barra, estudiando el ambiente, y pidió una cerveza al camarero. Pagó su botellín y comenzó a beber, apoyando la espalda contra la barra. El escenario estaba al fondo del local, en el lugar que solía ocupar una gigantesca mesa de billar. Luc se preguntó dónde la habrían metido.

Consultó la hora en su móvil. Quedaba cerca de media hora para que The Telepats saliesen al escenario, y sonaba de fondo una versión cutre de *Sweet Dreams*. «Me voy a morir de aburrimiento», pensó mientras le

devolvía la sonrisa con desgana a una chica que acababa de pasar por delante de él. Podría haber probado a entablar una conversación con ella, pero... qué pereza. Tenía ya demasiadas cosas en la cabeza. Ni siquiera sabía qué estaba haciendo ahí, pero sus tripas no le hubiesen permitido estar en cualquier otra parte. En fin, qué se le iba a hacer, después de todo, había resultado ser uno de esos hombres viscerales que seguían sus instintos sin atender a razones.

Apenas había bebido medio botellín cuando vio a Jean acercándose por el rabillo del ojo. Vaya, parecía que la diversión iba a comenzar antes de lo previsto. El que había sido su mejor amigo se detuvo frente a él con los labios y el ceño fruncido. Había sustituido su habitual estilo *rockero* clásico por un jersey de rayas, unas gafas de pasta y unos zapatos con plataforma que, combinados con el resto del conjunto, no tenían el más mínimo sentido estético. «Vaya payaso».

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jean, con tal grado de seriedad que Luc estuvo a punto de echarse a reír.

—He venido a tomar una cerveza tranquilamente. —Se encogió de hombros y Jean resopló.

—¿A qué juegas?

—¿A qué juegas tú? ¿The Telepats? ¿En serio?

—Es un nombre con gancho.

—¿Así te lo han vendido? «Un nombre con gancho». Es una mierda.

—A nadie le importa lo que pienses, Luc. Vete a casa.

—No me voy a ir a ningún sitio. He venido a escuchar qué tal suena tu nueva banda —dijo, dejándose llevar por la rabia. No había bebido lo suficiente para estar manteniendo aquella conversación—, a comprobar si te ha merecido la pena dejar tirado a tu mejor amigo.

Luc fue perfectamente consciente de la pausa que hizo Jean antes de responder, una pausa para tomar aire y rogar al cielo paciencia. Su pecho se llenó de rabia. ¿Quién era Jean para hacer esa pausa, quién era él para necesitar paciencia? Si hubiese sido una persona violenta le habría golpeado ahí mismo, como hacían los chulitos en turno de las películas. Se conformó con fantasear con ello.

—Tú mismo —dijo dando media vuelta—, pero puede que no te guste

lo que vas a oír.

—¡De eso estoy seguro! —exclamó para asegurarse que le oía mientras se iba.

Se acabó el botellín de un trago y pidió un chupito del tequila que estaba de oferta.

¿Quién se había creído que era?

Vació el vaso y logró convencerse a sí mismo para no pedir otro. Fuera lo que fuese lo que iba a escuchar, quería hacerlo con la mente lúcida, o al menos lo más despejada posible. Puede que su hermana tuviese razón con lo de que empezaba a tener un problema con la bebida.

Al cabo de un rato, los condenados The Telepats se subieron al escenario y la pequeña multitud se agolpó frente a ellos para ver y oír mejor. Mala señal. Había *googleado* a la banda y sabía que, antes de fichar a los nuevos componentes, habían llenado varias salas y que sus videoclips caseros tenían bastantes visitas. Se había negado a darles más, así que no sabía qué se iba a encontrar esa noche.

La música comenzó a sonar y Luc no necesitó más que unas cuantas notas para percatarse de que no iba a hallar el consuelo que había ido a buscar.

Eran buenos, eran condenadamente buenos.

Escuchó el primer tema en busca de un acorde fuera de su sitio, de una desafinación del cantante o los coros, un golpe de batería arrítmico le habría bastado. La canción era impecable y la interpretación también. Pero los estúpidos The Telepats no solo sonaban bien, además tenían algo que Luc llevaba su corta vida buscando sin cesar, un estilo propio.

Se acercó un poco más al escenario con la esperanza de que al menos fueran desagradables a la vista o se hubiesen presentado allí desaliñados o mal vestidos. Tampoco tuvo esa satisfacción. Llevaban todos ropa de marca, seguramente un obsequio de las mismas, y eran tan fotogénicos que daban asco.

Iban a triunfar, maldita sea. Cualquier idiota podría verlo. The Telepats iban a triunfar mientras él se pasaba las noches de aquí para allá resolviendo intrigas paranormales.

Aguantó dos canciones más, fingiendo una entereza con la que no

contaba. No podía permitirse el lujo de que le vieran afectado, aunque, en realidad, sabía de sobra que nadie estaba pendiente de lo que él hiciese o dejase de hacer, pero aún conservaba algo de orgullo. Probablemente hubiese logrado soportar todo el concierto, parado ante los futuros *hits* que sonaban uno tras otro, si no hubiese reconocido a Scott West entre la multitud.

Scott West era uno de los *mánagers* de más renombre del panorama musical del *rock* alternativo y un ojeador de primera. Cualquiera banda mataría por que Scott West se tomase la molestia de asistir a uno de sus conciertos (sobre todo teniendo en cuenta que sus oficinas estaban en el East End de Londres). Si le gustabas, estabas dentro de la industria. Todo lo que Scott West tocaba se convertía en un ídolo de masas, en estrella internacional, cabeza de cartel de festivales y en pósters colgados en la pared de miles de adolescentes incomprensidos. A juzgar por la leve sonrisa en sus ojos y por su cabeza asintiendo al ritmo de la música, a Scott le gustaba lo que oía. Los sueños de Luc se desvanecieron de un plumazo, y en el lugar que él siempre había ocupado en esa especie de nítidas visiones a las que se aferraba con todas sus fuerzas, estaba Jean.

Luc sintió como se le revolvía el estómago. Tenía que salir de ahí. Dio media vuelta y avanzó torpemente hacia la puerta, ganándose algún que otro reproche por su forma «poco delicada» de abrirse paso. Ya casi había llegado a su destino cuando la vio entrar, vestida con un top blanco que dejaba sus preciosos hombros a la vista, unos pantalones vaqueros rotos y unas medias de rejilla que cubrían su cintura. Estaba tan guapa como siempre.

«¿Es una broma?», le dijo a su mala suerte en su fuero interno. De todos los locales de Malasaña tenía que ir precisamente a ese, justo esa noche. La idea de ocultarse hasta que la huida fuese segura se le pasó por la mente, pero el contacto visual fue instantáneo y, a juzgar por su expresión, Sabele estaba pensando lo mismo que él.

Tragó saliva y se preparó para adoptar su pose más soberbia e indiferente. Se obligó a meterse en la cabeza que era el tipo más interesante del local mientras Sabele caminaba hacia él con cara de pocos amigos. «Habría sido mucho más fácil si no estuviese tan guapa. ¿Por qué siempre

tenía que estar tan guapa?». Se detuvo a unos cuantos e insignificantes centímetros de él y, de pronto, olvidó por qué se sentía tan disgustado.



Nunca había odiado tanto un hechizo. Ella lo había dado todo por la magia y la magia se mofaba de ella, traicionándola cuando más la necesitaba. ¿Por qué, de todos los lugares y momentos en los que podía encontrarse con Lucas, tenía que suceder esa noche? O puede que la magia no tuviese nada que ver y esta vez, en lugar del hechizo de Ame, el culpable fuese Lucas. Sí. Eso debía de ser. Se había enterado de algún modo de que sabían dónde encontrar a la falsa Valeria y se había presentado allí sin más, porque le daba la gana, el único motivo por el que hacía las cosas. Tan egoísta y caprichoso como siempre. Igual que Cal.

Se olvidó por completo de que sus amigas aún no habían entrado en el bar, ocupadas intentando convencer a las puertas de que Ame tenía de veras la edad que mostraba su DNI, y caminó hacia Lucas con paso decidido mientras él la miraba acercarse con esa pose de autosuficiencia que tanto detestaba. Se detuvo frente a él, desafiante, miró fijamente a sus ojos de color avellana y, por un instante, se le olvidó lo que iba a decir.

—Ey —saludó él.

—Te dije que no te necesitábamos hasta que la capturásemos —dijo ella, llevándose las manos a la cintura a modo de acusación.

—Eh... ¿de qué hablas? —dijo Lucas, con su habitual desgana.

—Sabes de qué hablo.

—La verdad es que no... Mira, yo solo he venido al concierto.

—¿Concierto? Has venido a un... —Se asomó para ver mejor a la banda que tocaba sobre el escenario y reconoció a uno de los chicos de Instagram. Recordaba haber cotilleado su cuenta en alguna ocasión, cuando intentaba figurarse con qué tipo de gente se movía Lucas—. Oh.

—Si quieres pasar el rato conmigo no hace falta que te inventes una excusa.

—¿En serio?

Le miró de arriba abajo con tanto desprecio como pudo reunir, quizá porque necesitaba dejar claro que lo que le había dicho a Ame hace un rato era verdad. Luc no le interesaba en absoluto. Al menos no lo hacía el chico que tenía delante, engreído y pasota, que tan poco se parecía al que había visto cantando en esos vídeos con el corazón abierto de par en par.

—Vienes tú sola al bar y me abordas, ¿qué quieres que piense?

Sabele miró a su espalda, percatándose de que había perdido a sus amigas por el camino. «Mierda».

—Créeme —dijo volviéndose hacia él—. No me interesas tanto como para...

—Vaya, así que algo te intereso. —Sonrió. Una vaga y fugaz sonrisa. Era la primera vez que veía aquel gesto en su rostro, a pesar de las horas que había invertido en espiarle y de la docena de veces que se habían encontrado. Gran parte de ese aire distante y jactancioso que se daba se esfumó con aquella sonrisa.

—Yo no he dicho eso. —Desvió la mirada, suplicando a la Diosa que el rubor de sus mejillas se confundiese con el ambiente caldeado del local.

—A mí me parece que sí.

—Sigue soñando.

—Lo mismo te digo —dijo recuperando su habitual mueca de amargura. Sabele se mordió el labio e imploró paciencia de nuevo.

—No tengo tiempo para esto. Valeria podría estar por aquí, así que me voy a buscarla. —Le rodeó para adentrarse en la pista, pero él la siguió a través del gentío.

—Es una tía de metro ochenta con la cabeza rapada, ¿no crees que ya la habrías visto si estuviese aquí? —dijo tras ella.

—En serio, Lucas, no necesito tus consejos. Gracias —dijo ella, avanzando sin pararse a mirarle. Tal vez fuese lo que él pensaba, pero no se trataba de una táctica para hacerse la dura o la interesante, de verdad estaba buscando el rostro de Valeria (o su cráneo) entre la multitud.

—No es un consejo, es una obviedad. Valeria no está aquí. Pierdes el tiempo.

—Ah, ¿sí? ¿Y según tú, qué debería hacer? —preguntó Sabele desafiante y procurando recordarse a sí misma todos los motivos por los que le odiaba.

—Pues olvidar el tema y tomarte unas cervezas conmigo, ya que estás aquí.

Sabele siguió andando, como si no le hubiese oído, pero el gentío acabó por cerrarse a su alrededor, dejándola atrapada entre Lucas y el resto del mundo, personas sin rostro que apenas existían en ese momento. Se dio media vuelta al ver que no podía seguir avanzando y se encontró cara a cara con el músico. Muy a su pesar, algo se revolvió en su estómago cuando se miraron a los ojos ¿Unas cervezas? ¿Estaba ligando con ella? Ni siquiera en Tinder había coqueteado, tampoco se había mostrado entusiasmado por la idea de conocerla en persona. La explicación más razonable era que el tipo se sentía solo, el mismo motivo por el que había empezado a hablar con ella en primer lugar. No existía ningún hilo rojo del destino, solo el aburrimiento.

—Tengo mejores cosas que hacer que tomarme una cerveza contigo. — Alzó las cejas, desafiante.

—Como tú quieras. —La respuesta complaciente de Luc la decepcionó—. Si te cansas de buscar a una persona que no está aquí, me encontrarás en la barra. —Lucas comenzó a retroceder y Sabele aprovechó el espacio tras él para darse la vuelta.

Le vio marchar y, esta vez, fue él quien no se detuvo a mirar. Se mordisqueó una uña dubitativa, sin percatarse de que había vuelto al viejo vicio después de años al notar el sabor del esmalte de uñas en su boca. Recordó aquella sonrisa fugaz y se preguntó si Ame no tendría algo de

razón y había sido demasiado dura con él. ¿Tan terrible sería que se diesen la oportunidad de conocerse un poco?

—Lu...

Su voz se entrecortó al distinguir a Cal, que destacaba entre los parroquianos de La Estrella Polar en todos los sentidos. A su lado caminaban Rosita y Ame que se apresuraron a reunirse con ella tan pronto como la vieron.

—Antes de que me regañes, te recuerdo que yo también tengo derecho a intentar atraparla. No sabía que vendríais.

Sabele prefirió no contestar. ¿Qué había sido de su «confío en vosotras» de esa misma tarde? No solo le molestaba que no se las tomase en serio, sino también su incapacidad de delegar. A su cuerpo no le sentaba bien que abusase de su don, lo sabía de sobra.

—¿La has visto? —preguntó Rosita, que oteaba el bar con expresión severa.

Sabele negó con la cabeza.

—¿Has mirado en los baños? ¿En la despensa?

—Eh... —Sabele se quedó sin palabras, abrumada por su propia falta de profesionalidad. Se sintió avergonzada al pensar que hacía solo unos segundos estaba dispuesta a echar a perder toda la misión a cambio de... ¿a cambio de qué? ¿Qué era exactamente lo que hubiese ganado?—. No, pero no parece que esté aquí. Tal vez lo haya hecho a propósito para despistarnos.

Cal negó con la cabeza.

—Es una exhibicionista, nos quiere presentes para su próximo número. —Miró a Sabele—. Yo también la he estado rastreando —dijo, respondiendo a la pregunta que no había formulado.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Si hubieses presenciado lo que yo vi anoche, tú también lo estarías. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Apuñaló a tres nigromantes hasta la muerte y después dejó un mensaje para nosotros con su sangre. Hombres inocentes han muerto por nuestra culpa y estoy convencido de que pretende seguir matando. Este local es popular entre algunos nigromantes, seguro que no le pasó desapercibido cuando leyó mi mente.

Esta vez fue Sabele la que necesitó una pausa para poder digerir la información. Costaba creer que hacía solo unos minutos hubiese estado angustiándose por un estúpido drama amoroso que no llevaba a ninguna parte. No solo le preocupaba saber que se habían perdido vidas sin motivo alguno, sino también todas las posibles consecuencias de aquel terrible acto. Una bruja había matado a un nigromante, una bruja poseída, sí, pero una bruja al fin y al cabo. Un incidente de ese calibre podía llegar a desencadenar una crisis diplomática con consecuencias irreparables. ¿Por qué el espectro estaba atacando a nigromantes? ¿Es que quería perjudicar al aquelarre con sus actos? ¿Por qué? Responder a aquellas preguntas no era tan importante como detenerla, pero no podía evitar hacérselas.

Sabele miró a su alrededor y lo único que vio fue a Lucas lanzándole una última mirada alicaída desde la puerta del local, primero miró hacia ella y después su vista se perdió en el escenario antes de marcharse. Reprimió el impulso de seguirle. Lucas no era importante, lo que quiera que creyese que podía suceder entre ellos no era importante, porque no era real. Lucas solo era un chico que tocaba bien la guitarra, con un olor agradable y al que ella no le importaba en absoluto. Solo era un juego. No era importante. Volvió su atención hacia lo que sucedía en la sala y se concentró en su misión, en lo prioritario.

—Vamos, tenemos que encontrarla antes de que haga daño a alguien más.



Por mucho que se recordase una y otra vez lo lejos que iba a llegar en la vida en cuanto a fama y fortuna gracias a sus dones, la autoestima de Luc estaba muy lejos de ser inquebrantable. Salió del Estrella Polar tan pronto como comprendió que nadie le quería allí esa noche, ni siquiera él mismo. Quedarse solo le serviría para machacarse, y no estaba por la labor.

Una vez en la calle se apoyó contra la pared de granito gris, en uno de los pocos huecos que habían dejado libres los fumadores que inundaban la calle con la peste de sus cigarros. La supuesta bocanada de aire fresco llenó sus pulmones de humo y le hizo toser. La tos le revolvió el estómago aún más. Por una parte se alegró de no haber pedido el segundo chupito, por otra se preguntaba por qué no lo había hecho. Le habría venido muy bien su graduación de alcohol en la sangre. No iba a solucionar sus problemas emborrachándose, pero al menos se olvidaría de que los tenía durante un rato.

Se detuvo frente a él uno de esos hombres extranjeros que chapurreaban el suficiente español como para ofrecerle una cerveza de una bolsa de plástico de supermercado que a saber dónde había guardado para

mantenerla escondida de la policía que rondaba la zona. ¿La alcantarilla? ¿Un contenedor de basura? Luc sacó un euro del bolsillo, se lo dejó al hombre en la palma de la mano y cogió la Heineken que le tendía.

—Gracias, amigo... —El hombre se marchó con una sonrisa amable. Ojalá él, un maldito niño mimado, pudiese ser la mitad de feliz con gestos tan simples como ese.

Tiró de la anilla, se llevó la lata a la boca y bebió sediento un líquido que no le saciaba, no lo suficiente.

Había estado seguro de que iba a ir tras él.

Se había hecho el interesante, andando hacia la barra como si la cosa no fuese con él, aguardando a que Sabele apareciese en cualquier momento a su lado, sin embargo, lo que se había encontrado al darse la vuelta no se parecía en nada a lo que se imaginó en su mente. Expectativas contra realidad. Suponía que el pardillo de su ex estaba allí por el mismo motivo que Sabele: buscar al dichoso espectro. Pero que se hubiese quedado con él le había chafado su noche del todo. La tristeza que le invadió era de una ferocidad tal que ni siquiera recordaba que se suponía que no le importaba en absoluto.

«Estúpido, idiota, ingenuo», se dijo a sí mismo. Mientras él bebía cerveza tibia, allí dentro, el que fue su mejor amigo y su banda estaban a punto de conseguir un contrato discográfico con el productor de sus sueños y la chica que le gustaba se paseaba por ahí con su impresionante ex... Mierda. ¿Acababa de admitir que Sabele le gustaba? «Gustar no significa nada, gustar es insignificante», se dijo a sí mismo. Miró a su alrededor y vio a una chica alta con el pelo corto y moreno. Era guapa, le gustaba. Siguió mirando y vio a otra muy pálida que vestía de negro de los pies a la cabeza y tenía los ojos azules y grandes. No era un pibón de revista, pero tenía un halo fascinante. ¡También le gustaba!

Ahí fuera había muchas chicas que le gustaban y no quería decir absolutamente nada. Nada de nada. Nada.

Siguió examinando la calle hasta que vio por el rabillo del ojo que alguien se acercaba por su derecha. ¡Fíjate! Si incluso había ligado. Y le seguiría la corriente, si ella quería, puede que hasta se enrollase con ella, aunque le daba algo de pereza, y pasarían un buen rato, porque su corazón

era libre cual pájaro en el cielo, como un taxi en Cibeles a las cuatro de la mañana, libre como el sol cuando amanece. Libre porque, de todas las cosas que no estaba, la que menos estaba de todas era pillándose por Sabele.

No la reconoció hasta que se giró con fingida naturalidad hacia ella y se percató de que no se acercaba a él para presentarse, sino para atravesarle con el cuchillo que sostenía en alto.

La falsa Valeria se abalanzó sobre él y Luc la esquivó por solo unos cuantos centímetros. La multitud a su alrededor comenzó a gritar y a dispersarse entre gritos. El espectro dio media vuelta hacia él al comprobar que había errado.

—No es nada personal. Sé que si acabo contigo, no tendré que volver nunca, nunca más a ese horrible lugar. Y no estoy dispuesta a volver. No hasta que los culpables no hayan pagado.

Luc se ahorró decirle que las explicaciones sobraban. No le importaban demasiado los motivos por los que estaba intentando matarle, simplemente quería que se abstuviese y punto.

—Si no sueltas eso —exclamó un hombre de mediana edad con un móvil en lo alto—, llamo a la policía ahora mismo.

El espectro suspiró y, con un simple gesto, hizo que el teléfono se estampase contra la pared más cercana, rompiéndose en mil pedazos. El impulso del desconocido por convertirse en el héroe de la noche se desvaneció en el acto mientras intentaba comprender qué acababa de suceder.

Luc tragó saliva. Aún tenía muchas cosas pendientes que hacer antes de morir. Y ahora que la amenaza era real, ni siquiera se refería al tema de sus sueños y la música (aunque sí, le molestaría bastante morir sin saber lo que era llenar un estadio). Quería viajar, ser capaz de independizarse como había hecho su hermana, sacarse el carnet de conducir, aprender a cocinar. Por no hablar del disgusto que iba a llevarse su madre. Su pobre madre no se merecía eso. A lo mejor él sí, pero su madre no.

En un intento desesperado por sobrevivir, intentó marcarse una de las suyas.

—Oye, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo —dijo, pero su labia y su oportunismo no le sirvieron de nada. El espectro no parecía

dispuesto a negociar.

—Ojalá fueses un nigromante. —Un destello de odio brilló en su mirada—. Sé que no es culpa tuya, pero eres el más fácil de matar.

Esas no eran precisamente las últimas palabras que había esperado oír. La falsa Valeria se preparó para atacar mientras Luc barajaba sus escasas opciones.

—¡Eh, tú, bruja! ¿Se puede saber qué haces?

Un grupo de hombres trajeados acababa de salir del interior del bar y, tan confuso como el resto de testigos, uno de ellos, vestido de negro de los pies a la cabeza, se encaró con ella para sorpresa de sus amigos, que debían de ser corrientes. Al verle, la mujer se olvidó por completo de la existencia de Luc.

—Nigromante... —masculló, andando hacia él.

Su salvador invocó una sombra valiéndose del mismo lenguaje espectral que Luc había oído emplear a Cal. La sombra adoptó la forma de un león de proporciones descomunales, preparado para defender a su amo. A sus órdenes, la sombra se arrojó sobre la falsa bruja, que la descompuso con un rayo de luz surgido de la nada. El nigromante intentó defenderse, pero el espectro era demasiado rápido para él. Un grito de dolor sacudió su cuerpo cuando el cuchillo se clavó en su pecho por primera vez.

Lucas quería apartar la vista, dejar de mirar, pero sus extremidades no respondían a las órdenes de su cabeza, completamente paralizadas. Por un momento creyó que se trataba del efecto de un *shock*, pero se percató de que no era el único que permanecía inmóvil y del cosquilleo en su piel. Les había embrujado.

El espectro le agarró para poder seguir atacándole.

—¡Mentiroso! —bramó. En menos de un segundo, el puñal estaba clavado en su vientre—. ¡¡Mentiroso!! Sois todos unos mentirosos —gritó de nuevo mientras extraía el cuchillo con un tirón seco—. Roberto Galeano, a ti también te encontraré.

Liberó su cuerpo y el nigromante no fue capaz de sostener su propio peso. El espectro no le miró dos veces antes de echar a andar calle arriba sin que nadie la detuviese, con la daga aún en la mano y su filo ensangrentando goteando sobre el suelo a su paso, como un macabro rastro de culpa.

El hechizo se rompió y el mundo volvió a su ritmo habitual, sacudiéndoles como un puñetazo en el estómago. El hombre se había desplomado en el suelo y el pánico cundió entre sus amigos. Dos de ellos intentaban en vano tapar las heridas mientras otro llamaba por teléfono a emergencias y un cuarto se limitaba a llorar. La sangre brotaba a borbotones de las heridas, empapando su ropa y tiñéndola de color escarlata, de su boca entreabierta se escapó un gemido mudo.

Luc observaba la escena impotente. El olor de la sangre, la violencia en los ojos de la falsa bruja, el llanto de los testigos le paralizaron aún más que el hechizo del espectro. Alzó la vista y vio como Sabele y sus amigas salían del interior del Estrella Polar a la carrera. Demasiado tarde. Sus ojos se encontraron en la distancia y Luc tragó saliva al reconocer sus propios sentimientos en el rostro de la bruja. ¿Qué clase de monstruo habían liberado?



Los gritos en la calle confirmaron sus peores temores. Cal había reconocido a un nigromante entre la multitud mientras el hombre salía del local. Corrieron tras él, avanzando tan rápido como pudieron a través del cada vez más atestado local, pero no lo suficiente. Cuando lograron salir al exterior, el nigromante estaba en el suelo rodeado por un corro de personas y no había ningún rastro de la falsa Valeria. «¿Cómo hemos podido ser tan torpes?», se dijo. Habían buscado en todos los rincones del bar, pero en ningún momento se les ocurrió pensar en el exterior.

Cal apartó a todo el mundo hasta lograr agacharse junto al hombre.

—Dejadle espacio para respirar —dijo, y nadie le cuestionó, privados de toda fuerza de voluntad o capacidad crítica producto del estado de *shock* en el que estaban sumidos.

Sabele miró al hombre, que no cesaba de escupir sangre con una tos ronca que no pronosticaba nada bueno. ¿Respirar? Su problema a la hora de respirar no era la falta de espacio.

—Diego... ¿Diego, me oyes? —le llamó, pero Diego no daba señales de escuchar a nadie. Todas sus energías estaban puestas en sobrevivir, una

ardua tarea teniendo en cuenta sus circunstancias—. Diego, necesito que luches —susurró a su oído—. Lucha conmigo...

Cal apoyó su mano sobre la herida en su pecho, la más grande y profunda de las dos (o al menos la que más sangre le estaba haciendo perder) y comenzó a recitar las palabras de aquella lengua muerta, o mejor dicho, lengua de muerte, capaz de provocar un instintivo malestar en cualquier bruja o corriente que la escuchase.

—*Onha ka eiem sunai. Onha ka eiem sunai...* —repitió una y otra vez hasta que una sombra negra comenzó a trepar por sus brazos, a apoderarse de cada centímetro de ellos, escalando cada vez más alto—. *Onha ka eiem sunai...* —La oscuridad se tornó más honda y entre sus dedos crepitaron las chispas azules de la magia de muerte, que en este caso se veía obligada a obrar en contra de sus propios intereses.

La herida comenzó a cerrarse y la sangre cesó de manar cuando los rastros de la puñalada desaparecieron dejando como único testigo una cicatriz brillante.

—*Onha ka eiem sunai* —repitió Cal, moviendo sus manos sanadoras hacia la segunda herida—. *Onha ka eiem sunai.*

El tal Diego tomó una gran bocanada de aire mientras Cal apretaba las mandíbulas del esfuerzo. Las chispas comenzaron a descontrolarse, subiendo y bajando entorno a su piel morena. La sombra negra comenzó a teñir la base de su ancho cuello. Sabele sintió un nudo en la garganta al verlo. Nunca antes había llegado tan lejos, no ante ella.

Cal contuvo un grito que se convirtió en gemido, pero no retiró sus manos ni interrumpió el hechizo. Sabele desvió la mirada.

Mil veces le había suplicado que lo dejase, y otras mil veces más le había intentado convencer de que no merecía la pena.

«Mi don es lo único que tengo, lo único que hace mi presencia relevante en este mundo. Las consecuencias no importan», respondía él, y Sabele se callaba sus críticas, las encerraba en un rincón de su corazón donde no pudiese verlas u oírlas. «¿Y yo qué soy en tu vida? ¿Y qué será de mí cuando las tinieblas te engullan?». Pero Cal nunca se había planteado aquellas dudas, al menos no en voz alta. ¿Quería autodestruirse? Adelante. Ya no era asunto suyo. Ya le había llorado suficientes veces. Ya sufrió su

luto.

Había visto demasiadas veces como las fuerzas del más allá le arrebataban un pequeño pedazo de alma cada vez que las invocaba. El precio a pagar por sus dones era demasiado alto, y pedirle a la muerte que perdonara una vida era la demanda más cara de todas.

Cal gimió de nuevo y Sabele se dio la vuelta. ¿Por qué tenía que hacerse eso? Ame y Rosita miraban en silencio, cualquiera de las dos podría haber ayudado, la magia curativa pertenecía al mundo de los vivos, a la naturaleza a la que ellas acudían en busca de su poder y que tan generosamente se lo prestaba. ¿Por qué no las dejaba contribuir? ¿Por qué nunca pedía ayuda cuando todas esas desgracias estaban sucediendo precisamente porque se prestó a ayudarla a ella? Cal estaba luchando contra la muerte que corría por sus venas porque ella no había sido capaz de resignarse a su destino.

—Sabele... —Alzó la mirada y le vio detenido frente a ella. Luc no tenía buen aspecto, su rostro estaba completamente pálido y sus ojos parecían incapaces de concentrarse en ninguna parte—. La he visto, ha sido ella, ella ha... Por un momento pensé que iba a... —Tragó saliva—. Si lo sé, no salgo de casa esta noche.

—Luc... ¿estás bien?

—Mejor que ese tío de ahí. Me ha salvado la vida. No me conocía de nada y... podría haber muerto, podría *estar* muerto...

—Su voz se quebró como si acabase de ser del todo consciente de lo que implicaban sus palabras.

De pronto parecía lo que verdaderamente era, un chico de diecinueve años asustado y perdido. No un músico creído, ni un «tío del Tinder», solo un chico que necesitaba una amiga. Estiró la mano hacia él y, tras un momento de duda, rodeó su delgado brazo con los dedos, meciendo su dedo pulgar sobre su chaqueta para hacerle saber que, a pesar del horror y de sus rifirrafes continuos, no estaba solo. Luc buscó su mirada y asintió agradecido y vulnerable. Ella se esforzó por sonreír.

—No te preocupes, Luc. No permitiré que te pase nada malo —dijo, medio en broma, medio en serio.

Luc debió de percibir su intento por restarle peso al sentimiento de alerta y tensión que enrarecía el ambiente y agachó la cabeza para disimular

una sonrisa.

—Y yo que creía que estarías encantada de deshacerte del responsable de tu peor cita de la historia para siempre.

—Tampoco fue tan terrible, las he tenido peores... —dijo Sabele en un intento por no ser tan borde con él como de costumbre.

—¿En serio? —Luc frunció el ceño, extrañado, y la verdad se escapó de los labios de Sabele antes de que pudiese contenerla.

—No. —Puede que en otras circunstancias se hubiesen reído de la anécdota, pero ninguno de los dos podía despegar la vista de cómo, a solo unos pasos de ellos, Cal continuaba luchando por mantener a su compañero en el mundo de los vivos.

—Si el espectro lo hubiese conseguido... Si hubiese muerto esta noche, creo que me habría arrepentido de muchas cosas. —Luc mantuvo la vista fija en el nigromante y Sabele giró la cabeza para comprobar cómo marchaba la sanación, reprimiendo el deseo de preguntarle a qué se refería.

La segunda herida desapareció y Cal detuvo el cántico que había recitado como un mantra. El hechizo cesó con su silencio y las sombras retrocedieron, volviendo al lugar de donde habían venido con un sonido que recordaba a un coro de aullidos. Diego cerró los ojos y cayó inconsciente. Cal se acercó al resto del grupo, sudando por el esfuerzo.

—Ha perdido mucha sangre, pero está fuera de peligro.

No se le escapó el detalle de cómo Cal se cubría la mano con la manga para disimular la sombra que la teñía de negro azabache. Sabele sintió un nudo en la garganta a la vez que su sangre hervía lentamente en sus venas. ¿Por qué no había dejado que se ocupasen ellas? Sintió el enfado asentándose en su pecho. ¿Por qué insistía en hacerse daño? El enfado se entremezcló con la culpa mientras se preguntaba cuánto dolor podría seguir causando una decisión tan pequeña como instalar una *app* en su móvil.

Como si de una señal para ellos se tratara, oyó las sirenas de una ambulancia en la distancia. Intercambiaron miradas los unos con los otros, salvo Luc, que seguía algo ido. Después de las ambulancias siempre llegaba la policía. Ninguno de los presentes sería capaz de dar una explicación lógica a lo que había ocurrido, y no deseaban pasar la noche en un calabozo, aunque tuviesen parte de culpa.

Habían subestimado la ira del espectro. «¿Qué te ocurrió?», se preguntó Sabele. «¿Cuánto daño te hicieron para que solo quede de ti tanto odio?».



Durante cerca de un minuto, el único sonido que pudo escucharse en el salón fue el tictac de un gigantesco y viejo reloj de pared de madera. Sus respiraciones eran mudas, aunque sus pensamientos retumbaban alrededor de la alargada mesa que las reunía.

Carolina acababa de exponer todos los detalles de la delicada situación en que se encontraban y por la que habían sido reunidas ahí. La mayoría de ellas asistieron al aquelarre y ya se encontraban allí cuando sucedió, pero otras, como Jimena, fueron convocadas a la reunión desde los rincones más remotos del mundo. Las circunstancias así lo requerían. Por primera vez en siglos, el arpa de Morgana no estaba en manos de las brujas, una de las jóvenes más prometedoras del aquelarre había desaparecido sin dejar rastro y habían sido atacadas por un grupo de nigromantes en su propia sede. Y tan improbable serie de desastres sucedió en la misma noche y el mismo lugar.

Jimena comprendía de sobra que los motivos por los que se producía la reunión extraordinaria estaban justificados. Sin embargo, seguía fastidiándole tener que estar ahí perdiendo el valioso tiempo de su vida

mortal.

La teoría era preciosa: un grupo de sabias brujas pertenecientes a distintos clanes familiares unidas por el aquelarre se reunían para buscar la mejor solución. En cuanto a la práctica... había asistido a suficientes reuniones del mismo estilo como para sentirse escéptica al respecto.

No podía dejar de pensar en todas las cosas que preferiría estar haciendo en lugar de calentar una silla mientras aguardaba a que la escabechina acabara.

—¿Nos han dado alguna explicación los *nigromantes*? —preguntó con una mueca de desprecio al pronunciar la última palabra una joven de piel cetrina y cabellos y ropas negras.

Helena Lozano, la bruja más joven del consejo y también la más incendiaria. En el sentido literal y en el figurado. La especialidad de su clan era la piromancia, como recordaban las llamas que envolvían al corcel negro que las representaba. Aunque las Lozano, humildes ellas, preferían llamarlo «el arte de someter y dominar el fuego». Jimena seguía pensando que sonaba más bien a patología.

—Hemos intentado contactar con los Saavedra, pero no hemos obtenido respuesta —respondió Carolina, sentada a la derecha de la Dama Flora, quien presidía la mesa en silencio, estudiando a los asistentes con ese aire de nobleza condescendiente que la había llevado tan lejos.

«Sé justa», se recordó a sí misma. «La magia la ha escogido, por estirada que sea». A veces, su sobrina tenía razón al decir que su naturaleza juiciosa la cegaba, aunque, en la mayoría de ocasiones, era perfectamente consciente de ello y aun así no le importaba en absoluto. En el caso de Flora, le costaba olvidar como su amistad juvenil había acabado en un desengaño que le había dolido más que cualquiera de sus fracasos amorosos.

—Comprendo. ¿Y vamos a permitir que nos traten así? —dijo Helena.

Jimena le echó un vistazo para comprobar que la ira que siempre permanecía oculta tras sus oscuros ojos seguía ahí, crepitando paciente, aguardando el momento para estallar. «Va a ser una noche interesante».

—¿Qué sugieres que hagamos, Helena? —preguntó Flora.

—Responder en sus mismos términos. Si ellos atacan, nosotras también.

Su propuesta fue recibida con un revuelo de voces que coincidían a la hora de afirmar que era una auténtica locura. Si alguien más pensaba como la joven Lozano, no se atrevió a pronunciarlo en voz alta.

—¿Y desatar una guerra, eso es lo que pretendes? —dijo Daniela Hierro, imponiendo su voz sobre todas las demás gracias al respeto que le profesaba aquella mesa a la matriarca de la rama local de uno de los clanes más antiguos de la sociedad mágica.

—La guerra no es un mal, solo una herramienta. Todas sabemos que el pacto no durará para siempre, ¿por qué seguir esperando a que el enemigo lo quebrante? ¿Por qué no asestar el primer golpe?

«Con lo a gusto que estaría en el *pub* tomando algo con mis colegas londinenses o en el hotel poniéndome al día con alguna serie en lugar de aquí escuchando estupideces», se dijo Jimena. No podía importarle menos la opinión de una Lozano. En realidad no le importaba la opinión de prácticamente nadie que estuviese sentado en torno a esa mesa.

—Este es un aquelarre pacífico. No pasaré a la historia como la Dama que rompió el pacto que nos ha permitido prosperar en armonía durante décadas —dijo Flora.

Por no hablar de la maldición que se cerniría sobre ella. Por si le faltaban incentivos para querer evitar una guerra.

—Los nigromantes nunca han sido nuestros amigos. Estás ciega si no puedes verlo. —Sonrió con desprecio—. Aunque más bien diría que es una cuestión de cobardía y no de ceguera.

—Muestra más respeto, Helena —dijo Carolina, como siempre fiel defensora de su amada Flora, dispuesta a hacer cualquier cosa por ella aunque nunca fuese a ser correspondida en sus esfuerzos. En parte, Jimena la admiraba por ello. Por otra, se alegraba de no haber sido nunca tan servicial y masoquista.

—¿Respeto? A nuestra líder le preocupa más tener que ensuciarse las manos que nuestra hermandad, ¿eso es para ti respeto, Flora? —dijo dirigiéndose a la bruja—. Has sido una gran Dama en tiempos de paz, pero se escuchan tambores de guerra en la distancia y dudo que tengas lo que hace falta para plantarles cara.

«Quiero irme a mi casa», pensó Jimena. «Qué ganas tengo de que

Sabele se forme y me sustituya al frente del clan, seguro que le hace ilusión y todo».

—¿Tambores de guerra? —dijo Daniela. Las joyas de oro en sus muñecas tintinearón cuando alzó las manos en el aire para enfatizar sus palabras—. Lo más probable es que solo se trate de una chiquillada, unos cuantos niños rebeldes desafiando las normas de sus padres. —La mayor parte del consejo asintió—. No es necesario hablar de «guerra». Por el amor de la Diosa...

—El amor de vuestra querida Diosa no nos servirá de nada cuando los nigromantes decidan exterminarnos. Adoráis a una deidad débil, exhausta... Mirad a vuestro alrededor. ¿Cuál fue la última vez que sentisteis el poder de la naturaleza entre el hormigón y el asfalto?

Jimena abrió los ojos de par en par. Había conocido a brujas de los cinco continentes y jamás oyó a ninguna renegar de la Diosa como Helena Lozano acababa de hacer. Llevaba mucho tiempo sin pasar por uno de los consejos ordinarios y, por lo visto, se había perdido unas cuantas cosas. El resto de las mujeres en la mesa estaban igual de horrorizadas que ella, pero no tan sorprendidas.

—Cuidado, Helena —advirtió Carolina—. Eso que insinúas podría confundirse con la herejía.

—¿Y qué vais a hacer, Montes, quemarme en la hoguera? —Helena sonrió con una breve carcajada—. Podéis intentarlo si queréis.

—No estamos aquí para discutir la fe o falta de ella de las Lozano. —Flora miró a su asesora y la mujer asintió en silencio.

—Y mientras tanto —volvió a intervenir Daniela—, nos desviamos de lo que verdaderamente importa, del asunto que requiere nuestra máxima atención. ¿Qué ha sido del arpa de Morgana?

De nuevo, se instaló un profundo silencio en el salón.

—No hemos logrado recabar ninguna información al respecto —explicó Carolina—. Como sabéis, todas las brujas presentes están siendo interrogadas una a una, sin resultado, pero estamos trabajando para restaurar los recuerdos de una posible testigo y tenemos esperanzas...

—¿Una posible testigo? Permíteme que sea clara. —La tensión en la mesa se propagó como un terremoto y Daniela Hierro era su epicentro.

Cada vez que empleaba aquellas palabras se preparaba para atacar, siempre presumiendo de su buena educación. Jimena observó su manicura refinada y los anillos en sus dedos, intentando hipnotizarse con sus movimientos, lo prefería a la nueva bronca que sabía que se avecinaba—. Nuestras hijas, nietas y hermanas permanecen recluidas, las habéis tratado como a delincuentes y no sabemos cuándo las dejaréis marchar. Creo que tenemos derecho a conocer la verdad.

—¿Insinúas que ocultamos información, Daniela? —dijo Flora, con un semblante indescifrable.

—No insinúo nada, simplemente me cuesta creer que no dispongáis de ninguna información que inculpe a Valeria Santos.

«Por la Diosa... lo que ha dicho», pensó Jimena. Se permitió el lujo de suspirar exasperada, sabiendo que nadie le iba a prestar atención después de la bomba que Daniela había dejado caer. No iban a levantarse de la dichosa mesa nunca.

—¡Mi hija no tiene nada que ver con el robo! —Juana Santos se puso en pie.

—Tu hija, la fugitiva.

—Te estás propasando, Daniela. Mi hija no huye de sus responsabilidades. —Golpeó la mesa con las manos—. Por lo que sabemos, mi hija podría haber sido raptada, podría estar herida, podría estar en peligro, podría... —Tomó aire para tranquilizarse a sí misma—. No juegues con el nombre de mi familia, Hierro.

Las dos mujeres se sostuvieron la mirada. Una de orígenes ancestrales y venerada por derecho de sangre, pasional y defensora perpetua de la tradición y de los viejos métodos de la magia. La otra, la racional fundadora de una joven estirpe que se había ganado su puesto en la mesa gracias a su visión de futuro, a su éxito en los negocios y a su habilidad a la hora de unir la tecnología de los corrientes al don mágico de las brujas. Dos mujeres así de diferentes solo podían convertirse en íntimas amigas o en dignas adversarias.

—No necesitáis ninguna ayuda para ensuciar vuestro nombre desde el día en el que decidisteis profanar la naturaleza de la magia con los artilugios de los corrientes.

—¡Hermanas! —Flora alzó la voz, imperturbable, pero rotunda—. Comportaos. Coincido con Juana, no hay ninguna prueba que señale a Valeria Santos como culpable.

—Por supuesto que no, mi hija es inocente. Es más, ante vosotras como testigo, exijo saber, ¿por qué no se está buscando a mi hija?

—Hemos intentado rastrearla —respondió de nuevo Carolina, de nuevo la encargada de lavar los trapos sucios—. Sin resultado. Por eso hemos preferido destinar otros recursos a identificar al culpable. Asumimos que, cuando lo encontremos, nos llevará a Valeria.

—¿Y qué se supone que he de hacer? ¿Sentarme a esperar, aquí recluida, mientras mi hija corre peligro? La voz de Juana no se alteró ni un solo instante, no se quebró ni mostró debilidad alguna.

Como tantas otras veces, Jimena se preguntó si era una maestra del arte de ocultar las emociones o si simplemente estaba hueca por dentro. Si Sabele estuviese en paradero desconocido... No, no quería ni pensarlo. Ella siempre había sido una cuidadora flexible, sabía que lo inevitable no podía prevenirse y que poco podía hacer por mantener a su sobrina alejada de los riesgos de estar viva. Sin embargo, no hubiese logrado mantener la calma en la situación en la que Juana se encontraba. Que una bruja no pudiese ser rastreada era una mala señal. Significaba que se hallaba en un lugar fuera de los dominios de la magia de las brujas (lo que incluía el Más Allá) o que se estaba escondiendo. Cualquiera de las dos posibilidades resultaba como mínimo inquietante.

—Mi hija podría estar en peligro —insistió.

—O suponerlo para todas nosotras —añadió Daniela.

—Suficiente. Has cruzado la línea de lo inaceptable.

Juana se puso en pie y Daniela la imitó, haciendo tintinear las joyas sobre su pecho. ¿Cómo era posible que alguien llevase tantos kilos de metal en el cuerpo y pudiese levantarse con semejante agilidad? Jimena pensó que ella se hubiese quedado pegada al asiento.

—Estoy planteando todas las posibilidades, ¿o es que pretendes que tu hija reciba un trato prioritario por ser una «niña prodigio»?

«Por la Diosa, mataría por unas palomitas ahora mismo». La cosa se estaba poniendo interesante. Por primera vez en toda la reunión, Jimena se

alegró de estar ahí (quizá no tanto como alegrarse, pero no le resultaba tan tan insoportable). Si pasaban a las manos, quería poder contar que ella lo vio todo y en primera fila. Llevó la mano al bolsillo de su chaqueta donde guardaba el móvil por si tenía que empezar a grabar.

Helena hizo estallar la tensión, levantándose también como si no quisiese quedar en un segundo plano.

—Traidora o no, ¿a quién le importa? ¿No es obvio acaso quiénes son los verdaderos culpables, los confabuladores? El arpa de Morgana está en manos de los nigromantes, y cada segundo que perdemos nos acerca a la derrota. ¡Plántales cara si te queda algo de orgullo! —dijo señalando a Flora.

El caos se desató. Los pocos clanes que apoyaban a Helena en sus declaraciones enajenadas hicieron más ruido que todas las demás juntas, divididas entre las aliadas de Juana y Daniela frente a las que se esforzaban por tachar de ridiculez la postura de la joven Lozano. Al cabo de unos segundos, todas estaban en pie y se encaraban las unas con las otras. «Y lo llaman hermandad», pensó Jimena desde su asiento. Hacía tiempo que había perdido la fe en aquel consejo y en la amistad más allá de los treinta. De no haber sido por Sabele y sus amigas se habría convertido en una auténtica cínica y habría renegado de las relaciones sociales duraderas en general, pero verlas tan unidas, tan llenas de fuerza, le hacía mantener una pizca de esperanza a pesar de ser una loba solitaria. En cuanto a sus compañeras de quinta... ya la habían decepcionado lo suficiente. Se levantó en silencio y caminó hacia la salida, suponiendo que nadie la echaría de menos si se marchaba en mitad de la reyerta.

Antes de que pudiese llegar al fondo de la sala, las puertas se abrieron de par en par y Paula Silvera, que compaginaba con gran habilidad su carrera médica con la brujería, entró en la sala acompañada de una joven menuda con el pelo muy negro y irnos grandes ojos verdes que apenas podía sostenerse sin ayuda. La joven bostezó sin pudor.

—¡Robería! —Daniela Santos avanzó hacia la joven apartando a Jimena al pasar junto a ella—. Berta, mi amor, ¿qué te ha ocurrido? —dijo sujetando el rostro de su hija entre las manos.

—Perdonad que os interrumpa, pero la hemos encontrado dando

cabezadas en el pasillo y... —Se inclinó hacia ella—. Cuéntales lo que me has dicho, cariño.

No hizo falta más para convertir la algarabía en un silencio expectante. «¿Y ahora qué?», se preguntó Jimena con una mezcla de fastidio y curiosidad. «Espero que sea rápido. Si me doy prisa aún puedo coger un vuelo de última hora a Londres».

—Me... me dieron de beber...

—¡Por la Diosa y la Virgen María! —exclamó Daniela, dado que su clan adoraba a ambas deidades por igual—. ¡La han envenenado! ¿Quién ha sido? Dinos, mi amor.

Paula alzó la vista y la dirigió directamente hacia Jimena, a solo unos cuantos pasos de ella y de la puerta. Jimena tuvo un mal presentimiento.

Tras una pausa y un palpable esfuerzo para concentrarse, Roberta Hierro fue capaz al fin de pronunciar un nombre.

—Sabele... Sabele Yeats. Sabele Yeats y sus amigas.

Jimena tragó saliva, mientras intentaba pensar cómo excusara su sobrina sin autoincriminarse.

—Carolina... encárgate de que traigan hasta aquí a esas jóvenes brujas. Seguro que hay alguna explicación razonable para todo esto —comenzó a decir Flora.

Jimena le agradeció el intento, pero sabía que la ira del consejo, en busca de culpables, no tardaría en verterse sobre su sobrina.

—Ya lo hemos intentado, señora —se atrevió a decir Paula Silvera, con algo de pudor ante la idea de contradecir a su Dama—. Me temo que no hay ningún rastro de ellas.

—Imposible, tres brujas novatas como ellas no podrían romper la barrera —dijo Daniela.

—No sin un cómplice —añadió Juana Santos, suspicaz.

Jimena hizo lo que mejor sabía hacer al verse convertida en el blanco de todas las miradas: sonreír. Aunque sospechaba que esta vez su carisma no le iba a servir de mucho.



Luc estaba acostumbrado a sentirse traicionado por su cuerpo. Contaba con tantas virtudes que no le importaba reconocer tan insignificante defecto: tenía las piernas y los brazos demasiado largos para su propio bien. Allá donde fuese era habitual que sus extremidades sobresaliesen por doquier dándole un aire indigno y haciendo que maldijese su inexplicable estirón. Nadie en su familia era tan alto como él, así que se había tenido que hacer a la idea de que iba a destacar allá donde fuera desde los catorce años.

A pesar de sus años de práctica en «no saber dónde meterse», nada le había preparado para aquel momento. Jamás había sido tan consciente de sí mismo como lo era sentado en el taburete azul del salón multicolor que parecía sacado de un catálogo de Ikea.

En el fondo se sentía algo decepcionado. Cuando supo que iba a ser un invitado en una «casa de brujas» esperaba encontrar otra cosa. No había tarros de formol con contenidos sospechosos, ni un gran caldero en la cocina, ni tres escobas junto a la ventana listas para salir volando... En lugar de eso tenían un estante con tés bio, un microondas, plantas de interior

por doquier y uno de esos aspiradores con sensores que se pasean solos por el suelo. No había ni un solo objeto a la vista que pudiese delatar que las habitantes de la casa eran algo más que tres jóvenes *millennials* algo esotéricas. Lo sabía bien porque estudiar el mobiliario era lo único que había hecho desde que entraron por la puerta.

El dichoso Cal se había puesto a hablar por teléfono nada más llegar a la casa y las brujas habían ocupado el sofá y el sillón sin prestarle ninguna atención a sus huéspedes. Luc se sentó en el primer rincón disponible, preguntándose qué demonios estaba haciendo ahí. Al cabo de un rato, Sabele le había puesto una taza de té caliente entre las manos sin preguntarle siquiera si le apetecía o no una infusión casi a media noche. Suponía que era su forma de decir «Ey, oye, siento que casi te haya apuñalado frenéticamente el cuerpo de una bruja poseído por el espectro que invocamos. ¡Ups!».

—No le he puesto azúcar porque no sabía si te gustaba o no, pero te dejo un bote de sirope de agave por aquí —le dijo con cautela, como si temiese que estuviese a punto de romperse en cualquier momento.

—Estoy bien —dijo.

No le apetecía que pasase de despreciarle a tratarle como a un bebé desvalido. Prefería mil veces lo primero, de hecho, estaba convencido de que se lo merecía más, y se sentía cómodo con la rutina del desdén. Aunque, por otra parte... el cambio no era del todo desagradable. Hacía mucho que nadie se interesaba por cómo se sentía sin un reproche guardado en la manga.

—Ya. Bueno. Tú bebe. El té lo cura todo. Y este más.

Le lanzó una sonrisa picara antes de marcharse y Luc se quedó mirando el té en silencio mientras se preguntaba si lo habría hechizado o si le habría echado unas cuantas gotas de una pócima mágica. Se encogió de hombros y bebió intrigado. Nunca había tenido nada especial en contra de la alteración del ánimo a través de sustancias.

Al cabo de un rato, Cal colgó el teléfono y se lo hizo saber con un sonoro suspiro.

—Tengo buenas y malas noticias... —hizo una pausa dramática.

«Dilo de una vez y punto», pensó Luc, que puso los ojos en blanco,

exasperado. Si era cierto que el té estaba adulterado, por ahora no notaba el más mínimo efecto.

—Diego está en el hospital, van a tener que mover unos cuantos hilos para explicar su «milagrosa curación». Ha necesitado una transfusión, pero por lo demás se recupera sin problemas. Le trasladarán a la unidad de enfermos mágicos en un par de horas para no llamar más la atención.

¿Unidad de enfermos mágicos? Lo que le faltaba por oír. Aunque por otra parte era un alivio saber que la sanidad pública sabría qué hacer si se presentaba en urgencias víctima de una maldición. Al ritmo que llevaban no sería tan raro.

—Menos mal —susurró esa menuda bruja asiática que había estado a punto de desmayarse al ver el cuerpo ensangrentado del tal Diego.

—¿Y la mala? —preguntó Sabele, sin dar señal alguna de alegría por las «buenas noticias», seguramente por una cuestión de cautela.

—Siguen convencidos de que ha sido cosa de brujas. Diego estaba protegido por un conjuro defensivo, cualquier corriente que hubiese intentado causarle daños habría sido atacado por las tinieblas. Solo podría haberlo hecho alguien con la capacidad para contrarrestar el conjuro.

—Vale que nosotros sabemos que no es así —dijo Rosita (Luc había sido capaz de retener su nombre porque le gustaba la banda de su camiseta) —, pero ¿cómo pueden estar tan seguros de que no ha sido otro nigromante?

—Un hermano nunca haría daño a otro. Está fuera de toda discusión. Los nigromantes hacemos un juramento de lealtad al cumplir los catorce años.

—Sí, claro. Como si la traición no existiese. ¿Han oído hablar de Shakespeare? Además, las brujas también hemos hecho un juramento —protestó Rosita.

—Lo sé, pero para la mayoría de los nigromantes, las brujas solo sois enemigos ancestrales de los que desconfiar. No es nada personal.

—Precioso... —masculló Rosita para sí misma—. A lo mejor si se molestasen en conocernos en vez de ser unos estúpidos misóginos cambiarían de opinión.

—¿Hace falta que te recuerde cómo reaccionaste el día en el que Sabele

nos presentó?

El nigromante se cruzó de brazos y Luc deseó tener a mano un cubo donde echar la pota. ¿De veras se iban a poner a recordar anécdotas? La bruja menuda se rio por lo bajo y Rosita le dirigió una mirada de reproche.

—Eso... eso es totalmente distinto... Sabele es mi amiga, desconfiaría de cualquier tío que se le acercase y de sus intenciones. —Como si fuese la aguja de una brújula y él el norte magnético, la vista de Rosita se dirigió directamente hacia él—. Ya me conoces, Ame.

¡Ame! Claro ese era su nombre. Iba a necesitar un glosario con tanta cara nueva y nombres extraños.

—¿Qué ha sido de todo ese rollo de «lo que tienes que hacer es divertirte»? —dijo Ame, y Rosita le dio un codazo mal disimulado.

Siguieron bromeando entre ellas durante un rato, fingiéndose ofendidas cuando, en realidad, lo único que intentaban hacer era distraer sus mentes de la horrible noche que habían pasado. Luc tuvo que reprimir el impulso de levantarse e irse.

Se frotó la nuca y el cuello y miró a Sabele, intentando aparentar que en realidad no la miraba. La bruja permanecía completamente ajena a la conversación, ajena a cualquier cosa a su alrededor, en realidad. Se mordía el labio y jugueteaba con las ondas de su pelo en silencio.

—De acuerdo —concedió por fin Rosita—. Admito que mi comportamiento no fue de lo más ejemplar. Y ahora que ha quedado claro lo horrible que soy como persona, ¿qué vamos a hacer? Quiero decir, no podemos permitir que esa pirada campe a sus anchas hasta que le dé por matar de nuevo, pero está claro que no va a dejarse atrapar fácilmente.

—Lo primero que deberíamos hacer es conseguir unos teléfonos desechables —dijo Ame, acompañándose de un suspiro alicaído—. Por la Diosa, cómo echo de menos internet.

—Supongo que entonces ha sido una buena idea que haya traído estos —dijo sacando un par de viejos Nokia y un Motorola del bolsillo de su chaqueta—. Aunque me temo que no tienen internet, pero podremos comunicarnos sin tener que recurrir a la magia. Estaban por la casa. Es lo único que he encontrado con tan poco tiempo, lo siento.

—Tranquilo. En realidad es un alivio, no quería tener que conectarme

telepáticamente contigo, quiero decir, has compartido pensamientos y otras... cosas con mi amiga, sería raro —dijo Rosita mientras se ponía en pie y se acercaba a los teléfonos que Cal le tendía para verlos mejor—. ¡Oh! ¡Me pido este! —exclamó al ver el Motorola plegable de color rosa fucsia. Se lo arrebató de las manos.

Luc miró hacia la puerta y se preguntó si alguien se percataría si se levantaba y se iba. Estaba casi seguro de que no le iban a echar en falta. Cuando devolvió la vista al frente, Cal estaba sentándose junto a Sabele y le tendía uno de los teléfonos.

—También tengo uno para ti.

—Tan considerado como siempre, Chacal... —Si las voces pudiesen cortar, la de Sabele habría reducido a su ex a girones.

Luc abrió los ojos de par en par. «No sabía que Sabele pudiese tener tan mala leche». Digamos que, si él hubiese sido su novio («¿su novio? ¿En serio, Luc, en esas estamos?»), no le habría entusiasmado ese tono, el típico que precede a una discusión inevitable.

—¿Qué ocurre?

—No tienes que solucionarlo todo siempre, ¿sabes?

—Solo intento ayudar.

—A lo mejor no necesitamos tu ayuda, a lo mejor necesitamos que te vayas a casa y te ocupes de tus propios asuntos.

Un silencio, expectante por un lado y temeroso por otro, se apoderó del salón durante unos segundos en los que la tensión fue casi insoportable. Las brujas miraban hacia otra parte y Luc, Luc se sentía obsceno, como si estuviese observando a una pareja en un momento de complicidad, ¿había acaso algo más íntimo que una discusión de amantes? Y ahí estaba él, sin saber cómo sentirse al respecto, o siquiera si tenía derecho a sentir algo. «¿Así es como se pone el ambiente cuando me enfado y monto un circo? No me extraña que la gente me evite».

—Sabele —dijo Cal en un intento desesperado por acercarse a ella.

—¿Qué? —Se puso en pie e hizo aspavientos con los brazos.

Luc había pensado que era demasiado expresiva al verla por primera vez, casi agotadora, ¿es que le sobraba la energía? Lo cierto era que ya no le disgustaba que no dejara de mover las manos cuando hablaba, ni que su

rostro fuese como un libro abierto incapaz de ocultar cada una de sus emociones y pensamientos, tenía la sensación de que le daba... fuerza.

—Ya basta con el autoengaño y con las tonterías. Nosotros solos no podemos solucionar este lío y lo sabéis de sobra. Esa mujer ha matado a un hombre inocente y ha estado a punto de acabar con la vida de otro en nuestras narices. Está ahí fuera, sabemos que va a volver a atacar, no tenemos la menor idea de cuándo ni dónde y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Creo que va siendo hora de que confesemos nuestro error, asumamos las consecuencias y dejemos que alguien que sepa lo que hace se ocupe. Chicas —dijo mirando a sus amigas—, no tenéis por qué cargar con esto. Marchaos antes de que sea tarde y negadlo todo.

Dio media vuelta, caminó por el corto pasillo, pasando de largo junto a Luc, quien, por supuesto, no existía a sus ojos, y se encerró en su cuarto con un sonoro portazo que hizo que todas las paredes de la casa retumbasen. «Vaya carácter». Luc se preguntó de dónde había salido toda esa furia cuando hacía unos minutos le había faltado traerle una mantita y un peluche. Miró a su alrededor y le consoló la confusión generalizada.

Tras unos cuantos segundos de *shock*, cada uno retomó su papel.

—¿Os hace si pedimos una *pizza*? Con la tontería no he cenado y me muero de hambre. ¿A qué hora cierra Telepizza? —dijo Rosita.

—Como quieras y... ni idea —dijo Cal, que salió del salón siguiendo los pasos de Sabele hacia su cuarto.

—Déjalo, creo que tenemos una de microondas en la nevera —Rosita siguió hablando consigo misma de camino al frigorífico.

—Así que... —dijo Ame, girándose hacia Luc—. ¿Eres músico, eh?



«Estúpidos, estúpidos. Estúpidos hombres. Nigromantes y corrientes, todos ellos le complicaban la vida. Estúpido Cal, que se negaba a dejar de actuar como si fuese un dios todopoderoso en lugar de un mortal de carne y hueso. Estúpido Lucas, a quien le daba todo siempre igual». «Estúpida», se dijo furiosa mientras se sentaba en su cama, encogía su cuerpo y se abrazaba a sus rodillas. No necesitaba que le abriesen los ojos, en el fondo sabía que había sido demasiado dura con los dos. Con Cal al reprocharle su continua preocupación por los demás y con Lucas al dar por hecho que era un completo insensible.

Alguien llamó a la puerta y se cubrió el rostro con la almohada fugazmente. No le apetecía hablar con nadie, aunque le sorprendió comprobar que era Cal quien la había seguido a pesar de sus crudas palabras. Cal, su Cal, al que tanto había querido. Sabía de sobra que Cal no era culpable de su «enfermedad», ni del carácter generoso que le llevaba a empeorar su salud. No tenía ningún derecho a echárselo en cara, menos aún cuando aquel rasgo fue lo que hizo que se enamorase de él siendo una cría (aunque de nada sirvió cuando el sentimiento desapareció poco a poco y su forma de tratarla como a una niña a quien debía cuidar y proteger a pesar de

que ella se estuviese convirtiendo en una mujer hecha y derecha hubiese acabado contribuyendo a su lento declive).

Cal, el paciente y razonable Cal, se sentó junto a ella en la cama y aguardó en silencio a que estuviese lista para hablar. Como un buen cocinero que lleva años repitiendo la misma receta, sabía cuándo los ingredientes llegaban al punto exacto por puro instinto. Lo mismo le sucedía con los repentinos «arranques» de Sabele y su posterior bajón, aunque nunca se había llegado a enfadar de esa manera, nunca con él y nunca en público.

—Bel, ¿qué ocurre? —preguntó.

Qué no ocurría hubiese sido una pregunta más acertada.

—Has estado en los mismos sitios que yo estos dos días, así que, no sé, mejor dime tú qué es lo que ocurre —dijo con la intención de sonar tan desagradable como le fuese posible, pero Cal no se iba a sentir amedrentado por su juego a esas alturas. Sabía que ella no era así. En el fondo le daba rabia que la conociese tan bien, hacía que las cosas fuesen demasiado sencillas y muy complicadas a la vez.

—Entiendo que estés cansada y preocupada, lo que quiero saber es por qué estas enfada conmigo —dijo Cal, paciente.

—No estoy enfadada contigo —disparó, a modo de acto reflejo, evidencia indiscutible de que estaba mintiendo.

Cal apoyó su mano en la rodilla de la bruja y le dirigió una mirada que significaba «Oh, venga ya, Sabele». El gesto le molestó, ¿a qué venía esa mirada de reproche? ¿Acaso no había sido siempre sincera y transparente con él? (Salvo por la parte de «llevo meses desenamorándome de ti», claro).

—De verdad, no estoy enfadada contigo. Solo estoy enfadada, pero contigo no, ¿entiendes? Bueno, en realidad sí, pero... Lo que quiero decir es que no es culpa tuya. Es que... —Cogió aire en un intento desesperado por ordenar sus ideas—. Antes tendrías que haber dejado que nos encargásemos de Diego. Nuestra magia es sanadora por naturaleza, ya lo sabes, y la especialidad del clan de Ame es la curación física y espiritual. No le habría costado nada —«Al contrario que a ti». Como siempre, Cal hizo una breve pausa para mirar al techo antes de contestar. Ella también le conocía demasiado bien.

—Fue un impulso. Vi a un compañero herido y acudí en su ayuda, no me paré a pensarlo. No es que creyese que no habríais sido capaces ni nada por el estilo, sé que lo sois.

—No... no lo digo por eso. O al menos, no únicamente.

—¿Entonces por qué?

No estaba segura de que fuera buena idea decirlo en voz alta, sacar el tema a relucir en el peor momento posible. Siempre había sido un asunto espinoso en su relación, una realidad que estaba ahí pero que procuraban ignorar siempre que podían. No era un tabú, pero se le parecía demasiado. Sin embargo, sus ojos, ajenos a la corrección política, la delataron al desviarse hacia sus manos.

—Oh... eso. —Sonrió con un deje amargo—. Así que, ¿te diste cuenta?

Por mucho que se empeñasen en fingir que la enfermedad de Cal (como ella la llamaba en su fuero interno para comprenderla mejor) no existía, siempre estaba presente como una sombra que oscurecía y condicionaba cada decisión que tomaba, dueña de su día a día.

El carácter atrevido de Cal, su afición por los deportes extremos, su empeño en no dejar de probar nuevas experiencias, de viajar a todos los países (y hacer tantos voluntariados en ellos como le era posible) sin importarle si eran seguros o cómodos para él y, sobre todo, de defender al débil incluso si ello le ponía en peligro. Todo era fruto del impacto de aquella maldita enfermedad en un chico con un gran corazón. No tenía nada que perder y ni un solo segundo que derrochar. Quería conocerlo todo, sentirlo todo y dejar el mundo mejor de lo que lo encontró. Así era el Cal del que ella se había enamorado y desenamorado.

La enfermedad le había llevado a exprimir cada segundo haciendo que sus redes sociales pareciesen un sueño en vida, cuando la triste verdad era que solo estaba huyendo de una muerte que le pisaba los talones. La enfermedad se escondía tras cada foto en la playa, tras cada sonrisa, cada beso y, en los últimos meses de su relación, también tras cada «te quiero» que Sabele había pronunciado, negándose a sí misma que ya no le amase, no así, porque, ¿qué clase de persona abandona a un moribundo? Pero los dos se merecían algo más que una mentira. Comprendió que Cal jamás le hubiese perdonado que le viese así, como un enfermo al borde de la muerte

y no como lo que verdaderamente era, un joven artista que quería devorar y exprimir la vida. En cierto modo, ya había vivido más que muchas personas que llegaban a los noventa.

Sintió un nudo en la garganta y se obligó a no llorar. ¿Qué derecho tenía ella a llorarle, a llorarle antes de tiempo?

—No tienes por qué preocuparte por mí, Bel —dijo Cal, colocando uno de sus largos mechones dorados tras su oreja repleta de pendientes—. Ya sabes que tiene mucho peor aspecto de lo que realmente es. —Sonrió de nuevo y Sabele sintió ganas de echarse a llorar. Le estaba mintiendo. Maldita sea, le mentía.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—¿Qué?

—Quiero verlo. Quiero ver cómo de malo es ese aspecto para que te impulse a mentirme, mentirme *a mí*.

¿Por qué se hacía eso? No iba a ser agradable para ninguno de los dos, pero tenía que saberlo. Lo que jamás se atrevió a preguntar como pareja era una verdad que necesitaba como amiga. Cal suspiró, pero asintió con la cabeza. A él le costaba tanto mostrarse al descubierto como a ella mirar. Él, que siempre brindaba su ayuda a los demás sin necesidad de que la pidiesen, rara vez se dejaba socorrer. Otra de esas muchas costumbres que Sabele no soportaba y que, sin embargo, hacían que le admirase.

Cal se quitó la chaqueta de cuero debajo de la que solo llevaba una fina camiseta blanca, teñida de un feo color entre marrón y granate por culpa de la sangre seca.

—*Okh saia* —susurró, apoyando su mano derecha sobre su antebrazo. En sus años de relación, Sabele había prestado suficiente atención para poder reconocer unas pocas palabras de aquella lengua de la muerte, las bastantes como para identificar un contrahechizo. Cal dijo algo así como «muéstrate, sombra».

Obedeciendo a su mandato, el precioso tono oliváceo de su piel desapareció y el espejismo dio paso a una cobertura negra, grisácea y violeta en algunas zonas, de aspecto rugoso que se propagaba desde la punta de los dedos y sus uñas hasta la base de su cuello, donde comenzaba a expandirse en la forma de pequeños hilos que rozaban su barbilla y se

perdían tras su pelo. Sabele recordó que, cuando comenzaron a salir, la sombra apenas llegaba a su muñeca y se estremeció. Aquel era el precio que los nigromantes pagaban por su magia.

—Levántate la camiseta —ordenó.

—¿De verdad es necesario? —A pesar de su protesta, obedeció, mostrándole como la mancha se había propagado por debajo de su axila, hacia el pecho y el vientre en dos frentes distintos. Dejó caer la tela de nuevo sobre su cuerpo atlético—. ¿Suficiente?

Sabele asintió con la cabeza, el nudo en su garganta se había tornado casi insoportable.

—Vas a dejar que acabe contigo, ¿verdad? —dijo, incapaz de mirarle a los ojos.

—Sabele... —Sabía lo que le iba a decir «Ya hemos tenido esta conversación», y no le faltaba razón, ninguno de los dos iba a lograr convencer al otro, y la decisión solo le pertenecía a él, pero ver como su cuerpo se malograba lentamente y saber que seguiría haciéndolo hasta que no quedara un centímetro de su cuerpo libre de tinieblas era muy distinto a conocer la teoría.

—¿Tan terrible sería? Miles de millones de personas viven en este mundo sin un ápice de magia en sus venas, ignorando realidades que ni siquiera son capaces de imaginar, ¿y sabes qué?, no pasa nada, la mayoría de ellos llegan a ser felices. ¿Tan terrible sería dejar de hacerte daño?

—Soy un nigromante. —Se encogió de hombros mientras doblaba la chaqueta sobre su regazo, como si no quisiese dar demasiada importancia a las palabras de Sabele.

—¿Y qué? Muchos otros pasan por lo mismo y deciden ser sensatos. ¿Por qué no puedes guardar tu magia para las ocasiones imprescindibles en lugar de derrocharla? En lugar de... —Su voz se quebró, pero si quería que dejase de ser un tema espinoso entre ambos, tendría que ser la primera en resquebrajar las barreras— de matarte.

—Porque, al contrario que ellos, yo nací siendo un nigromante y estoy dispuesto a morir como uno en lugar de convertido en un cobarde.

—Lo conseguirás dentro de poco, si sigues así —dijo Sabele, incapaz de refrenar su rabia.

—Si es lo que tiene que ser, así será. La muerte es una posibilidad para todos, Sabele, podría dejar de emplear la magia para protegerme de las sombras y morir atropellado por un coche al día siguiente.

—No es lo mismo y lo sabes.

—¿Crees que es una decisión que he tomado a la ligera? Me aterra tanto como a ti pensar en el mañana, por eso no lo hago, Sabele, porque he decidido vivir sin miedo y me gustaría contar con tu apoyo. Puede que ya no... que tú y yo ya no... —Entrelazó sus manos y apoyó la frente sobre sus puños, como si así fuese más fácil cargar con el peso de sus palabras—. Para mí eres una persona muy importante.

—Y tú para mí —dijo, y le dolió en cada milímetro de su alma saber que era cierto.

Ojalá hubiese podido olvidarle sin más, pasar página, borrarle de su pasado. Ojalá. Pero era imposible. Cal nunca desaparecería, iba a estar dentro de ella, iba a ser parte de ella, de lo que fue, de lo que era y de lo que quiera que llegase a ser, para siempre.

—No es nada, Bel. De verdad. Me queda mucha gasolina para seguir...

Pero ella no le dejó terminar. No quería seguir oyéndole. No quería escuchar sus mentiras. Se echó a sus brazos y le estrechó, buscando aquel contacto familiar, un olor familiar, un aura familiar... pero nada más. Antes de que Cal le devolviese el abrazo, se alejó.

—Estoy contigo, pero no me mientas más, por favor.



Luc comenzaba a detectar patrones en su vida que le llevaban a plantearse la imagen que ofrecía a los demás y, sobre todo, su manera de hacer las cosas. Una de dos, o no resultaba tan distante e inalcanzable como creía o las dos brujas no tenían ningún tipo de pudor (sospechaba que el problema era que no le tomaban demasiado en serio, ¿qué les habría contado Sabele? Se supone que las tías se lo cuentan todo entre ellas, ¿no?).

Después de responder vagamente a media docena de las cientos de preguntas de Ame (había hablado más ella entre una pregunta y otra que él al responder), quien para ser estudiante de moda parecía tener un instinto periodístico muy agudizado (o de cotilla empedernida), acabó convirtiéndose en su entretenimiento de la noche. Rosita sacó una guitarra española de detrás del sofá y, tras la insistencia de ambas, una por curiosidad genuina y la otra, sospechaba, que para ponerle a prueba, Luc había tocado una de sus canciones para las amigas de Sabele.

Las brujas escuchaban sentadas frente a él mientras bebían zumo de melocotón de bote (habían tenido el detalle de servirle un vaso a Luc también). «Estupendo. Ahora aceptaba tocar a cambio de bebidas no

alcohólicas y de un par de trozos de *pizza* precocinada. Jean y sus amigos de The Telepats se morirían de envidia si pu diesen verle...».

Intentó concentrarse en el alivio que la música le producía. El fluir de las notas entre las yemas de sus dedos siempre fue su terapia más efectiva. Solo tenía que cerrar los ojos y desaparecer. La melodía llegaba a su fin y sintió en el pecho la melancolía fugaz que siempre le invadía al saber que una canción estaba a punto de acabarse y que el mundo real volvería a aparecer a su alrededor en cualquier momento.

El último acorde murió lentamente y la vibración de las cuerdas cesó dando paso al silencio, quebrantado por los aplausos de Ame. Luc abrió los ojos para reencontrarse con el público más numeroso que iba a tener mucho tiempo.

—Gracias —masculló ante los aplausos. Nunca se le había dado bien recibir halagos por parte de audiencias pequeñas (algo irónico cuando le encantaba profesárselos a sí mismo en privado y en público), pero sabía que era parte del papel.

—¿De verdad lo has compuesto tú?

Luc tomó aire y se rogó paciencia.

No era por ser tiquismiquis, pero cada vez que le hacían una de esas preguntas estúpidas le dolía tanto el cerebro que le preocupaba que se le fuese a fundir el lóbulo frontal en cualquier momento.

—Sí.

Una parte de él se obligó a ser sociable por dos motivos, uno, había aplaudido su canción, y dos, del que fingía no percatarse, porque quería causar una buena impresión a las amigas de Sabele. Él, a quien siempre le había importado muy poco lo que la gente pensase o dijese de él. Estaba perdiendo facultades. Y todo porque una chica le había cogido del brazo por pena. De verdad que tenía que centrarse.

—Pues suena muy bien —dijo Ame, mirándole fijamente con sus grandes ojos rasgados, maquillados con una sombra de ojos rosa que le daba un surrealista aire de muñeca.

—Ya... lo sé —dijo, sonando más prepotente de lo que le hubiese gustado, pero a Ame no pareció importarle su exceso de confianza, porque se giró hacia Rosita.

La bruja le escrutaba, taza en mano, con la misma expresión que Vito Corleone empleaba para recibirte si ibas a pedirle un favor el día de la boda de su hija.

—¿A que suena bien? —le preguntó Ame.

Rosita se encogió de hombros.

—No sé... Suena normal, supongo.

¿Normal? ¿Su música? Luc podría haber apelado a su falta de gusto o de oído musical, pero llevaba una camiseta de los Red Hot Chili Peppers, y Rosita no parecía demasiado preocupada por el postureo como para ponerse una camiseta de una banda que no escuchaba, así que la única explicación para su opinión era que en realidad estuviese atacándole con el simple propósito de fastidiarle.

—Si tú lo dices... —«Una forma muy madura de demostrar que sus críticas te dan igual», se recriminó a sí mismo. «Bah, que piense lo que le dé la gana». Rosita sonrió, divertida. Así fue como supo que había caído en su juego y que estaba perdiendo.

—Vaya... ahora veo a qué se refería Sabele.

—¿A qué se refería? —preguntó, arrepintiéndose en el acto «¿Pero que parte del concepto de “indiferencia” es la que te cuesta tanto comprender?».

—No le hagas ni caso —dijo Ame, agitando la mano para restarle importancia—, se pone así porque piensa que no sería bueno para Sabele enamorarse tan pronto y tiene miedo de que sufra por tu culpa. —Rosita le asestó un codazo—. ¡Ah! ¡Pero si es verdad!

—Descuidad, eso no va a ocurrir. —La idea de que alguien como él pudiese romperle el corazón a alguien como Sabele le habría dado risa si no saliese tan mal parado por la ironía—. Puedes admitir que te gusta mi música, tranquila.

—Sé que no va a ocurrir, porque Sabele es una chica lista y va a disfrutar de su soltería con chicos a su altura —dijo, mirándole fijamente para que quedase constancia de que él no se incluía dentro de esa categoría.

¿Creía que necesitaba que se lo recordasen? Como si no tuviese ojos en la cara para ver al tal Chacal y percatarse de sobra de que no era precisamente «el tipo» de Sabele.

—¿Es que no puede disfrutar de su soltería sola? No todo el mundo es

como tú, Rosita —dijo Ame, repentinamente malhumorada.

—¿Como yo? —preguntó con una sonrisa juguetona y perversa—. ¿Cómo soy yo?

Luc devolvió la atención a las cuerdas de la guitarra y volvió a tocar, intentando retornar a su mundo plácido y feliz, un lugar en el que nadie más podía entrar, nadie salvo las voces de las brujas chillándose la una a la otra.

—Pues... ya sabes. Así. Como eres.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Claro que sí.

—Qué va.

—¿Cómo soy?

—Pues... eso, muy... sexual —susurró provocando las carcajadas ensordecedoras de su amiga.

Luc desistió en su intento de evadirse cuando sintió las gotas de té que Rosita había escupido por todas partes al reírse impactando contra su mejilla. Se limpió con el dorso de la mano y una mueca de asco.

—Perdona, ¿cómo has dicho? No te he oído.

—Me has oído perfectamente —dijo Ame, cruzándose de brazos.

Su rostro al completo se había teñido de un tono rojizo que la hacía parecer incandescente, algo así como una especie de gusiluz inquietantemente realista.

—Creo... creo que lo mejor es que me vaya —dijo Luc, provocando un silencio instantáneo.

«Vaya, así que ahora sí que me hacéis caso, ¿eh?». Parecía que había perdido su poder de invisibilidad en el peor momento posible.

—Cómo sois los tíos. Se supone que os pasáis el día hablando de estas cosas y cuando lo hacemos nosotras os horrorizáis —dijo Rosita.

Luc le devolvió la guitarra y se puso en pie.

—No... no es por eso. —Se encogió de hombros, procurando dar la impresión de que le daba igual—. No pinto nada aquí, no tengo poderes como vosotras, es una pérdida de tiempo.

—Sabele nos dijo que tienes una hermana en la Guardia —dijo Rosita—. En fin, no es que me caigas demasiado bien ni que me entusiasme tu compañía, pero tengo que admitir que nos podrías ser útil.

—Te sorprenderá oírlo —dijo Luc, echándose la funda de la guitarra a la espalda—, pero seros útil no es mi propósito en la vida.

—Entonces quédate por Sabele —dijo Ame.

Rosita y Luc respondieron al unísono con resoplidos de incredulidad. Parecía que, además de compartir grupos favoritos, tenían algo más en común: ninguno de los dos creía que a Sabele pudiese importarle o beneficiarle su presencia ahí.

—Deduzco que tú eres la que hizo el hechizo aquel, ¿no?

—Yo solo precipité las cosas, vosotros dos estabais predestinados a encontraros tarde o temprano, y eso no tiene nada que ver conmigo o mi hechizo.

—Ya, seguro.

—Es la verdad.

Luc intentó argumentar todos los motivos por los que eso era imposible, pero el tono de llamada del teléfono fijo interrumpió su hilo de pensamiento.

—No lo creo... —se limitó a decir mientras Rosita se levantaba para responder—. ¿Pero quién llama a estas horas? —masculló para sí misma.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ame, en un alarde de ingenuidad.

¿Acaso no era obvio? Sabele y él... no tenía el menor sentido.

—¿Diga? —escuchó decir a Rosita tras él.

—Escucha... a ella ni siquiera le caigo bien... y tampoco es que me quite el sueño, la verdad —dijo. Aunque sí que acaparaba un poco sus pensamientos cuando estaba despierto. Solo un poco.

—Antes la pillé viendo vídeos de tu banda en YouTube —dijo Ame con seriedad y autosuficiencia, como si fuera uno de esos abogados de las series de televisión que acaba de sorprender al jurado con una prueba definitiva que se ha sacado de la manga justo cuando todos daban el caso por perdido.

—¿Y?

Ame sonrió.

—No tienes ni idea de chicas, ¿verdad?

Antes de que pudiese sentirse ultrajado como procedía, aunque la bruja tuviese gran parte de razón al intuir que no se trataba de ningún seductor, Rosita se detuvo a su lado rescatándole de un momento bochornoso.

—Siento interrumpir una tan fascinante conversación, pero tenemos que irnos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ame, poniéndose también en pie.

—Era Jimena, el Consejo del aquelarre sabe que estamos implicadas en... bueno, en realidad no tienen ni idea de en qué estamos implicadas, pero el caso es que piensan que hemos robado el arpa de Morgana. O eso he deducido por sus gritos mientras le quitaban el teléfono.

—¿Nosotras, robado el arpa? —preguntó Ame con una expresiva mueca compungida—. ¿Cómo pueden pensar eso?

Luc estuvo a punto de escupir su propio corazón de la impresión cuando oyó la palabra «arpa» justo después de «robado». Así que él había cometido el crimen del que culpaban a Sabele y sus amigas. Maravilloso. Después de todo parecía que el instrumento no era un objeto más tirado en una especie de trastero mágico de esos que se pasan años sin ser usados. Genial. Su suerte no cesaba de mejorar. Aunque lo cierto era que no podía culpar del todo a la suerte por este nuevo contratiempo.

—Así que coge una bolsa de deporte, llénala con lo imprescindible y arreando. Tenemos que largarnos de aquí antes de que lleguen.

Ame asintió con la cabeza y corrió hacia su habitación.

—¡Sabele! —gritó Rosita, avanzando en la dirección opuesta—. ¡Sabele!

La puerta de su cuarto se abrió y aparecieron ella y su ex, que se había quitado la chaqueta y lucía sus enormes bíceps como si nada. O en la habitación de Sabele hacía mucho calor o... a Luc no le entusiasmó imaginar la otra opción.

—¿Qué pasa? —preguntó Sabele, alarmada, pero no tanto como cuando Rosita le dio la noticia.

—El aquelarre viene para acá y creen que somos unas ladronas. Tenemos que largarnos.

Sabele parpadeó intensamente, como si el gesto le ayudase a procesar mejor las noticias.

—¿Adónde?

Lo sensato hubiese sido marcharse discretamente ahora que sabía que un grupo de brujas experimentadas y enfadadas se dirigía hacia allí y que el

objeto que buscaban se hallaba en su posesión. A cada segundo que pasaba le resultaba una opción cada vez más tentadora.

—¿Qué más da! Ya lo veremos, no podemos quedarnos aquí.

—Tampoco podemos huir rumbo a ninguna parte, tenemos que acondicionar un espacio, hacer hechizos de protección. No podemos vagar sin más hasta que nos encuentren.

—¿Y si vamos al casoplón de Chacal? Seguro que es imposible de rastrear para cualquier bruja.

—Lo es. De hecho, el problema es que está demasiado bien protegido —dijo el aludido—. El resto de nigromantes piensan que estáis a punto de declararnos la guerra, se darán cuenta si hay tres brujas en la mansión Saavedra.

—Pero es una casa grande —insistió Rosita con una última brizna de esperanza.

—No llegaríais ni hasta la puerta sin que os detecten.

Sabele se llevó las manos a la cabeza.

—Tiene que haber alguien a quien podamos llamar que no esté en Gran Vía.

—Todas las personas que conocemos están en esa casa o en esta —dijo Rosita.

Sería tan fácil irse sin más mientras intentaban buscar una solución y dejar que ellas cargasen con la culpa... No tendría que volver a saber nada de ese estúpido asunto y podría seguir con su mediocre vida en paz.

—¿Y alguna de tus... amistades? —preguntó Sabele.

—No suelo apuntarme las direcciones de mis ligues por si alguna vez necesito huir de un aquelarre justiciero de brujas furiosas, si eso es lo que te preguntas.

—No puede ser... tiene que haber algún sitio al que podamos ir...

«Luc, no».

—¿Qué vamos a hacer?

«Luc, ni se te ocurra».

—¿Cal, tú tienes algún amigo en el que confíes?

Negó con la cabeza.

—No probaría suerte con nadie relacionado con nigromantes si fuese

vosotras. Y mis amigos corrientes no tienen ni idea de lo que soy en realidad, así que no creo que nos abriesen la puerta de par en par si les explicamos la situación.

«Luc, por favor, no seas estúpido».

—Podéis venir a mi casa —dijo, y todos los presentes se tornaron hacia él, estupefactos. «Idiota»—. Quiero decir, vivo en un sótano, así que nadie suele bajar ahí. Además, mis padres casi nunca están en casa y... en fin, hay espacio de sobra para tres personas más y supongo que nadie os va a buscar en la casa familiar de una agente de la Guardia, ¿no?

«Buen trabajo, Luc. Esperemos que no les dé por cotillear y encuentren el maldito arpa guardada en una caja debajo de tu maldita cama. Será interesante explicarlo. Perdonadme chicas, es que creí que nadie se daría cuenta y sentí una irrefrenable tentación a la que no me pude resistir. Errar es humano, ¿amigos?»). Las dos brujas intercambiaron miradas y, por una vez, Cal titubeó al convertirse en el que sobra en una conversación.

—No parece mala idea —admitió Rosita.

Sabele suspiró.

—Supongo que es lo mejor que tenemos.

—De nada —dijo Luc, sonando más dolido de lo que prendía.

—Disculpa —dijo Sabele, llevándose las manos a las sienes—. Sé que no va a ser agradable para ti tener que acogernos y... te lo agradezco.

—Yo... Eso no es...

—¡Ya he guardado todo lo que necesitamos! —exclamó Ame, irrumpiendo en el salón cargada con dos bolsas de deporte a punto de reventar—. ¿Qué me he perdido?

—Que nos vamos de fiesta de pijamas a casa del corriente —dijo Rosita.

Ame sonrió de oreja a oreja.

—Y el destino vuelve a hacer de las suyas.



— **E**stoy intentando hablar por teléfono, ¿es que nadie te ha enseñado modales? — Parecía que el tiempo de margen que le podía dar una excusa tan pobre como «necesito ir al baño» se había agotado.

La atlética bruja de cerca de metro noventa de altura optó por responder arrancándole el teléfono de la mano y lanzándolo contra la pared.

— ¡Eh! ¡Tenía ese móvil desde hace cuatro años y no le había hecho un solo arañazo! ¿Sabes lo difícil que es eso hoy en día? ¡Eh! ¡Soltadme! — exclamó Jimena, pero la bruja, junto a su igual de fornida compañera, la alzó en volandas por el aire sin el más mínimo esfuerzo. La transportaron por el pasillo hasta llegar al despacho del fondo.

Ya que no podía evitarlo, Jimena se propuso hacerles el trayecto lo más insoportable posible. Se resistió a través de todos sus medios: chilló, pataleó, invocó hechizos para que los marcos colgados de las paredes cayesen sobre ellas, insultó sus estilismos, las amenazó de las maneras más creativas que se le ocurrieron, levitó y se dejó caer una vez tras otra para intentar despistarlas... se volvió tan insoportable que le extrañó que no la

petrificasen solo para que se callase.

La guardaespaldas de Flora abrió la puerta del despacho y la lanzó a su interior. Jimena apenas consiguió mantener el equilibrio sobre sus tacones, por suerte no había nadie para presenciar su involuntario número cómico.

—¿Estas son formas de tratar a una hermana? —gritó mientras cerraba la puerta, dejándola a solas—. ¿Y os hacéis llamar una hermandad? ¡Hermandad y una mierda!

Se acicaló el pelo y miró a su alrededor. Aunque no hubiese estado allí nunca, habría sabido sin duda alguna a quién pertenecía aquel despacho. Nadie más en su sano juicio podía haber acumulado semejante cantidad de libros de geología, cuadros con ilustraciones de distintos tipos de minerales y urnas de cristal con piedras en las estanterías.

«Ay, Flora. No cambiarás nunca, ¿eh?»; aunque suponía que su vieja amiga, o lo que quiera que fuese ahora, podría echarle en cara lo mismo. La diferencia entre ellas era que Flora había madurado antes de tiempo y que Jimena no había llegado a hacerlo nunca.

Se quitó su chaqueta vaquera y la depositó sobre el respaldo de la silla frente al escritorio de la Dama, con el gran gato dorado que había bordado en ella hacía casi tres décadas mirándole a los ojos. Se preguntó si Flora aún conservaría la suya.

Tomó asiento y se miró en el reflejo de una de las urnas de cristal para comprobar que estaba presentable. Se avecinaba una discusión, y siempre le había sido más fácil sacar las garras cuando se sentía perfecta. Se apretó el nudo del pañuelo negro con el que sostenía sus rizos rubios y sacó el pintalabios de su bolso para retocarse el maquillaje.

Cuando la puerta volvió a abrirse adoptó una fingida pose natural y extendió los brazos para rodear la silla y así ocupar el máximo espacio posible. El lenguaje corporal era un asunto importante. Flora la miró de los pies a la cabeza, con su expresión condescendiente de siempre. No le extrañaba que la magia la hubiese elegido Dama. Su altivez resultaba perfecta para el puesto.

—Vaya, la Dama Flora me honra con su presencia. —Se puso en pie y la recibió con una reverencia.

—Vuelve a sentarte. —Flora caminó hacia ella.

—¿Es una orden?

—Solo quiero hablar contigo, Jimena. Y me gustaría que cooperases. —
La miró fijamente y Jimena aceptó el desafío de buen grado.

—¿Qué vas a hacer, Florinda, interrogarme? ¿Me vas a golpear hasta que te diga la verdad? ¿Me ahogará en una bañera de agua gélida? No lo creo, el estilo corriente es demasiado vulgar, ¿qué tal si pruebas con un conjuro *cruje huesos*?

Flora agitó su dedo índice, en el que llevaba un anillo de oro engarzado con una descomunal piedra de malaquita. La silla se movió tras Jimena hasta golpearla en los tobillos y hacerla caer sobre el asiento con un indigno gritito.

—Vaya, has mejorado... —admitió con cierta maldad.

No iba a dejar pasar la oportunidad de recordarle que, de las cuatro, ella siempre fue la más débil en lo que a magia rápida se refería (en cambio, con hechizos ancestrales y fuerzas de la naturaleza... eso ya era otra cuestión). Tal vez ciertas cosas sí que hubiesen cambiado.

—Han pasado muchos años desde la última vez en la que te dignaste a venir a una reunión del consejo. Supongo que saber que tu sobrina estaba implicada en un crimen tan bochornoso ha sido suficiente motivación.

—¿Qué crimen es ese exactamente?

—No finjas ignorarlo... Sabía que no era buena idea que se criase contigo, todas lo sabíamos. Solo tú podrías convertir a la hija de Diana en una ladrona.

—Para el carro, Flora. Sabele no es una ladrona, ni una delincuente de ningún tipo. Debería avergonzarte deshonrar el legado de mi hermana de esa manera tan gratuita...

—Tu sobrina ha llevado a cabo una invocación ilegal con la ayuda de un nigromante, ha secuestrado a Valeria Santos y ha dejado hechizadas a dos jóvenes brujas que se interpusieron en su camino.

—¿A dos?

—A dos. Además de suministrar una pócima somnífica a Berta Hierro, tu sobrina también tuvo la gran idea de manipular la memoria de Andrea Harper. Hemos tardado un día en recomponer una pequeña parte de los hechos de anoche, pero nos llevará semanas restaurar su mente. La pobre

chica solo recuerda haber visto un espectro flotando en el aire, que alguien la paralizó y que, después, Sabele le borró la memoria. Supongo que Andrea presenciaria la invocación por accidente y optó por librarse de ella. Estarás orgullosa de que tu sobrina haya logrado insultar y enfadar a las Santos, las Hierro y las Harper en una misma noche. Espero no recibir ningún mensaje amenazante del aquelarre de Washington por haber hechizado a una de las tuyas, es lo que me faltaba esta noche... Si utilizaseis vuestro talento en algo útil en lugar de en crearos enemistades...

—Lo sé. Es un rasgo típico de la familia. Lo lleva en la sangre. — Jimena se encogió de hombros, pero lo cierto es que cada vez le costaba más conservar la fe en que Sabele fuese a ser capaz de salir de aquel entuerto por sus propios medios. «Y eso que Flora no sabe ni la mitad»—, pero seguís sin tener ninguna prueba de que haya robado el arpa, o de que haya secuestrado a nadie. Por lo que sabemos, Valeria podría ser la ladrona.

—Valeria es la bruja más prometedora de su generación y, muy probablemente, quien me sustituya cuando mi mandato llegue a su fin. ¿Por qué iba a echarlo todo por la borda haciendo algo tan estúpido?

—Bueno, no es la primera vez que la bruja más prometedora de su generación comete una estupidez y ninguna nos lo vemos venir, ¿no? —El golpe fue tan bajo que incluso ella sintió el impacto—. Tu exceso de confianza en esa chiquilla es... Estoy entre «ridículo» y «vomitivo». No subestimes la ambición de una joven inteligente que aspira a tenerlo todo, ¿es que no has visto nunca *Eva al desnudo*? A lo mejor se ha hartado de esperar su turno.

—Los actos de Valeria han sido impecables durante años. Podría haber empleado sus dones en mil ocasiones para beneficiarse a título personal, pero siempre los ha utilizado para contribuir a mejorar la comunidad mágica. No necesita robar el arpa de Morgana para aspirar a tenerlo todo. Ya lo ha conseguido.

—Un poquito de imaginación no te vendría mal, Flora. Es imposible tenerlo todo. Seguro que si nos paramos a pensar un poquito se nos ocurre un buen móvil.

—No estoy de humor para juegos —dijo Flora, y la expresión en su rostro la avalaba.

—¿Quién está jugando?

—Esta conversación no nos va a llevar a ningún sitio.

Flora suspiró y avanzó hacia un viejo armario de roble, abrió una de sus puertas y, para la estupefacción de Jimena, un completo minibar apareció al otro lado. Vaya, ¿qué había sido de la Flora que solo bebía tés e infusiones y que vaciaba los botellines de cerveza con sorbitos asqueados cuando salían todas juntas por ahí? «Seguramente la perdimos el día en que todas nosotras dejamos de ser quienes éramos», se recordó.

—¿Quieres algo? —ofreció la Dama mientras se servía un trago de ginebra y hielo en un vaso ancho.

—No, gracias, lo dejé hace tiempo. Solo bebo cerveza sin alcohol.

Esta vez fue la Dama la que pareció sorprendida. La bruja se sentó frente a ella, con el vaso en la mano.

—Nunca te imaginé como una abstemia.

—Ni yo a ti como una alcohólica.

La situación era tan absurda que ambas se echaron a reír, quizá por los viejos tiempos.

—¿Por qué lo dejaste?

—Supongo que por el mismo motivo por el que tú empezaste a beber.

—Ya... —Flora dio un largo trago a la bebida que hizo que Jimena sintiese el ardor en su propia garganta.

Al principio lo había echado de menos, no todos los días, pero sí cada vez que creía que no iba a ser capaz de seguir adelante o cuando llegaban los fines de semana y tenía que quedarse en casa cuidando de una mocosa que ni siquiera era suya. Al principio. Cuando una copa era la única compañía que podría haber tenido, antes de que Sabele se convirtiese en su mayor consuelo y en la razón por la que se levantaba cada día. Era imposible no ver a su adorada hermana en aquellos grandes ojos azules.

—Es enternecedor que quieras proteger a tu sobrina —continuó Flora—. Créeme, no me agrada tener que perseguir a la hija de Diana, pero deberías saber que, si coopera, seremos clementes con ella. Después de todo, seguimos unidas por la hermandad.

—Sabele...

—¿Cómo?

—Su nombre es Sabele. No solo es la hija de su madre, ni mi sobrina, si te hubieses molestado en conocerla lo sabrías.

Flora desvió la mirada y jugueteó en silencio con el vaso entre sus dedos. Todas ellas tenían algo que podían echarse en cara, así que jugar a ese juego podía resultar peligroso.

—Dime una cosa... —Jimena apoyó el codo sobre el escritorio y echó el cuerpo hacia delante, para acercarse un poco más a Flora, que iba por su segundo trago de ginebra—. ¿Por qué, de todas las brujas de Madrid, iba a ser precisamente ella quien robase el arpa de Morgana?

—¿Se lo contaste? —Parecía sorprendida.

—Claro que sí. Tiene veintiún años, es mayorcita. Además, se merecía saberlo, y mejor que se lo contase yo a que oyese los chismorreos por ahí. No, mi sobrina no iba a saber qué le ocurrió a su madre de la boca de una bruja entrometida cualquiera...

Flora se encogió de hombros y los collares rebosantes de piedras de colores en su cuello tintinearón.

—Quizá pretenda destruirla, asegurarse de que no causa más daño.

—Anda, así que ahora sí tienes imaginación, ¿eh? Os estáis equivocando de lleno. Sabele puede ser tozuda y cometer muchos errores por su empeño en conseguir algo, no te lo niego, también le viene de familia, pero no es una traidora.

Y el mero hecho de que alguien insinuase lo contrario hacía que le hirviese la sangre en las venas. Una cosa era hacer el tonto porque eras joven y te gustaba un chico y otra muy distinta tramar un complot contra tus hermanas.

—Comprendes que no me fie de tu palabra, supongo. —Vació el vaso con un último trago.

—Lo juro por la Diosa. Sabele no tiene ese arpa.

—No sería la primera vez que juras por la Diosa en vano —dijo sin mirarla a los ojos.

Jimena sintió una punzada de dolor en el corazón, ¿cómo se atrevía a volver a echarle en cara aquello? «Era vuestra amiga, pero también era mi hermana. Algún día tendréis que perdonarme, tendremos que perdonarnos todas», pensó, pero no se atrevió a decirlo, porque, ¿a quién iba a engañar?

Ni siquiera ella estaba segura de haberse absuelto a sí misma a pesar de haber pagado de sobra por sus pecados.

Flora depositó el cristal vacío sobre la mesa y se puso en pie.

—Me gustaría poder decir que ha sido un reencuentro agradable, pero creo que las dos sabríamos que miento. Creo que sería buena idea que permanecieses en este despacho hasta que estés dispuesta a colaborar o hasta que se aclaren las circunstancias. Siéntete como en casa —dijo, y sin más, avanzó hacia la salida, dejando a Jimena atrás a solas con todos aquellos malos recuerdos atascados en la garganta y un armario repleto de botellas a medio vaciar. Una idea tentadora se cruzó por su mente, pero se esforzó por desecharla antes de que se arraigase en sus pensamientos—. Y... Jimena... te advertimos que no estabas preparada para criar a una niña. Como siempre, te negaste a escucharnos. Mira lo que has conseguido con tu orgullo y cabezonería... espero que estés satisfecha.

—Es muy fácil juzgar a los demás cuando no tenemos ni idea, ¿verdad? ¡Al menos yo estaba ahí! Siempre estuve... —Flora cerró la puerta sin dignarse a responder—. ¡Y Sabele es una niña estupenda, que lo sepas!

Tan pronto como se encontró sola en el despacho, Jimena tomó la decisión de canalizar su ira cogiendo todas esas botellas tan caras y tirándolas por la ventana una a una solo para fastidiar.



En un día como otro cualquiera la habrían despertado los rayos del sol al amanecer o el sonido de la alarma de su móvil. Pero sus días habían dejado de ser normales en el mismo momento en el que instaló aquella maldita aplicación de ligue. Esa mañana se despertó simplemente porque había dormido demasiado, y aun así seguía sintiéndose agotada cuando se incorporó intentando reconocer el espacio.

Las paredes cubiertas por viejos y descoloridos pósters de bandas de *rock*, los estantes repletos de vinilos y los altavoces e instrumentos desperdigados por la sombría habitación no podían parecerse menos a su dormitorio. Y desde luego el olor tampoco era el mismo. Olía al cartón de las cajas de los vinilos, al polvo de unos cuantos días acumulado en las estanterías, al plástico de los cables ya... ¿lavanda?

¿Dónde estaba?

Poco a poco, los recuerdos de la noche anterior volvieron a su mente. Llegaron hasta el adosado donde Lucas vivía en uno de esos autobuses nocturnos llenos de curritos que trabajan de noche y que les lanzaban miradas de reproche de vez en cuando, como si pensasen que eran unos

veinteañeros desfasados volviendo de fiesta en la madrugada de un lunes.

Entraron a hurtadillas a través de una diminuta ventana en un sótano oscuro y obligaron a Lucas cambiarse en el baño mientras ellas se quitaban la ropa y se ponían el pijama. Con las prisas, Sabele había olvidado coger el suyo y Lucas había tenido que prestarle una vieja camiseta de Oasis a regañadientes. Él se había puesto una de The Beatles. «¿Qué le pasa con la música británica?», se preguntó.

Tras un fugaz espejismo de entendimiento, entre Lucas y ella la situación había vuelto a la normalidad, y por normalidad se refería a criticarse mutuamente sin cesar. Él no había perdido la ocasión de llamarla «desastre» por olvidarse el pijama al igual que ella tampoco dejó pasar la oportunidad de acusarle de ser un «egoísta engreído» cuando se negó a cederle la cama a ninguna de sus invitadas con el argumento de que era *su* cama y *su* casa.

No tendría que estar ahí. Las cartas le habían advertido que se alejase de él y, ¿qué había hecho Sabele? Dormir en su casa.

Sabele se frotó los ojos al percatarse de que ninguna de sus amigas estaba en el sótano, como si, tal vez, estuviese alucinando por culpa de sus legañas. No tardó en encontrar una nota junto al cojín que le había servido de almohada. «Hemos ido a por el desayuno», decía sin más. Seguro que había sido idea de Ame dejarla ahí, a solas con el revelado, como si fuese a servir de algo.

Se giró hacia la derecha y se encontró a Luc, aún dormido, a unos cuantos centímetros de ella. Parecía que no hubiese hecho mal a nadie en su vida, abrazado a su almohada con los mechones de pelo castaño claro, casi dorado en algunas zonas, tapándole la cara. Aquel brillo en su pelo junto a sus pestañitas cortas y su piel suave le daban el aspecto de un niño pequeño, tan inocente que casi parecía un buen chico. «En realidad es bastante mono». Fingió no haber escuchado aquel pensamiento. «Por desgracia, cuando está despierto es engreído e insoportable». Si le zarandease un poco, la expresión dulce de su rostro desaparecería y volvería esa mueca de desprecio por todo cuanto existe en el mundo que tenía durante el día. Aunque era justo admitir que acogerlas en su casa había sido un inesperado gesto de amabilidad.

Tanteó entre sus cosas en la semioscuridad del sótano hasta dar con sus gafas. Como miope que era y con una graduación moderada podía sobrevivir sin ellas, de cerca veía perfectamente, así que no se iba a ir chocando con las cosas ni confundiría objetos peligrosos con otros inocuos, pero no soportaba los mareos y las jaquecas que siempre acababa teniendo cuando prescindía de sus gafas y lentillas. Caminó descalza y con cautela hasta el pequeño cuarto de baño. Cerró la puerta tras ella, avanzó hacia la pila y se miró en el espejo.

Tenía un aspecto horrible. Sus marcadas ojeras hacían que pareciese que llevaba un mes sin dormir, el rímel corrido, los labios pelados de tanto mordérselos, la piel llena de granitos provocados por el estrés y una mueca de tristeza en los labios que le echaba cinco años encima.

Se recogió su larga melena rubia en un moño despeinado con una goma de pelo que llevaba en la muñeca y que había dejado una marca en su fina piel sonrosada. Se lavó la cara con vehemencia y volvió a mirarse al espejo con el rostro mojado. Seguía teniendo unas pintas espantosas.

Normal.

Qué esperaba, después de haber tenido que huir de su casa perseguida por las suyas, después de saber que una de las personas más importantes de su vida estaba aún más enferma de lo que creía, después de haber liberado a una asesina peligrosa que campaba a sus anchas por la ciudad y después de haber arruinado su única oportunidad para formarse como bruja, echando a perder su futuro y destruyendo sus sueños. ¿Qué aspecto se suponía que tenía que tener?

Menos mal que no tenía que acudir a ningún evento. La posibilidad de que alguno o alguna de sus *followers* la viese así le provocaba ardor de estómago. En teoría nadie querría ver a una tía patética y fracasada, como ella se sentía ahora mismo, en internet. O eso le habían contado, que en internet todo tenía que ser siempre perfecto, feliz, bonito y, sobre todo, tenía que parecer natural aunque hubiesen hecho falta tres horas de trabajo para preparar y editar la dichosa foto. Seguía a numerosas *instagramers* espontáneas y naturales que habían hecho de sus ojeras y estrías su marca personal, pero ella nunca se hubiese sentido capaz, seguramente porque estaba acostumbrada a que la alabasen por su físico y su imperturbable buen

humor (¿quién le iba a dar *like* si descubrían que su vida ya no era perfecta, que ella no era perfecta?). Tenía miedo de que alguien la viese así, sin alterar esa cara de agotamiento con filtros o maquillaje, y fuese el principio del fin de su carrera como *influencer*, que la considerasen un fraude.

Aunque le preocupaba mucho más su futuro en la comunidad mágica.

Y el hecho de que al menos tres hombres inocentes hubiesen muerto por culpa de su imprudencia. Habían muerto por su culpa. Por su culpa.

¿Qué había hecho mal?

Después de haber trabajado duro durante años por fin las cosas comenzaban a marchar, se preocupaba por los demás y siempre hacía lo que estaba en su mano por ayudarles, aunque solo pudiese darles consejos o poner sus buenas energías en el universo para ellos, y de pronto... la muerte impregnaba sus manos. ¿Cuál fue su error? ¿Había pedido demasiado, era eso? Quizá había abusado de su suerte y ahora estaba pagando el precio, quizá... quizá se estaba convirtiendo en su madre. La imagen de la mirada de unos ojos azules, iguales que los suyos, perdidos en el infinito, acaparó sus cinco sentidos.

Los pulmones comenzaron a arderle con cada respiración y sintió una intensa punzada en el pecho, junto a la axila izquierda.

Y si... ¿y si los hechizos que creía inocuos habían ido demasiado lejos? No era la primera vez que sucedía, no era la primera vez que la desgracia azotaba a quien se había creído por encima de la mala fortuna.

Se agarró a la pila cuando un súbito mareo estuvo a punto de hacer que perdiese el equilibrio. Su cabeza estaba a punto de estallar.

Lo había perdido todo. Su hogar, su presente, su futuro. Iba a perder a Cal. Y la situación aún podía empeorar, ¿qué haría si el mal de ojo que parecía perseguirla causaba aún más daño a sus amigas? ¿Y si ellas también lo perdían todo por su culpa? ¿Y si las encerraban por lo que habían hecho? ¿Y si en su castigo acababa por volverse loca? Nunca sería aceptada entre las suyas, ni se podría perdonar arrastrar a sus amigas a la deshonra. La repudiarían por ello, como todas las demás, y ella estaría sola para siempre. Sola y fracasada. Sola. Fracasada. Eran el tipo de circunstancias que hacían que la gente se volviese loca. Era lo que había arrebatado la cordura a su madre.

Cuando quiso darse cuenta estaba de rodillas y el mundo iba y venía a su alrededor. Se estaba muriendo. Estaba convencida de que iba a morir. A pesar de que sabía que los síntomas de los infartos en las mujeres no eran como los que aparecían en las películas, le pareció obvio que era el fin. Le dolía demasiado el corazón, su estómago palpitaba como si tuviese vida propia, le quemaba el aire, el mundo se volvía gris.

Tres golpes secos en la puerta del baño estuvieron a punto de devolverla a la realidad, hasta que se percató de que no podía respirar. Se ahogaba.

—¿Sabele? Tu teléfono está sonando —dijo Lucas, con voz adormilada y tono acusatorio al otro lado de la puerta. Sabele no pudo responder. Le fallaron las fuerzas y tuvo que dejarse caer en el suelo y apoyarse contra la bañera para no caer de bruces—. ¿Sabele? ¿Sabele, estás bien? —preguntó, esta vez preocupado.

«No... No, por favor... No entres. No quiero que me veas así», pensó, rogó en sus adentros, pero no pudo pronunciar una sola palabra. Le faltaba el aire. Le faltaba el aire a pesar de que había comenzado a respirar a bocanadas.

Lucas abrió la puerta y la miró estupefacto durante unos segundos durante los que el teléfono continuó sonando en su mano.

«No... No me mires». Ahora no iba a volver a verla con los mismos ojos. Iba a darse cuenta de que era débil y estúpida. Era débil. Pero él no tenía que saberlo. «Vete», rogó en su mente, pero Lucas no se marchó a ninguna parte. Se agachó junto a ella y la miró fijamente a los ojos, tomó sus manos entre las suyas y de un extraño modo el mero contacto de su piel hizo que su respiración se pausara.

—No pasa nada. Todo se va a solucionar. Créeme, no hay nada que pueda hacerte tanto daño como piensas ahora. —Ella negó con la cabeza. Era muy fácil decirlo, pero él no tenía ni idea de por lo que estaba pasando. No era tan sencillo.

—Creo... creo que me estoy muriendo.

—Sabele... sé que tienes un gusto musical pésimo, pero ¿hay algún grupo... voy a decir decente, que te guste?

«¿De verdad le parecía el momento adecuado para meterse con su criterio musical?».

—Vamos, piensa alguno. ¿Qué grupos te gustan? —dijo mientras apretaba sus manos con sus finos dedos. Sonrió. Lucas sonrió. Lucas casi nunca sonreía. Entonces comprendió qué era lo que estaba intentando hacer.

—Me gusta Grimes. —Él asintió a modo de aprobación y ella siguió intentando rebuscar en su cerebro nombres de cantantes y bandas—. Metric, Lorde, Lana Del Rey. —Cada vez le costaba menos pensar—, HAIM, Sky Ferreira, Tegan and Sara, Florence and the Machine.

—Ya... cómo no —dijo él con un resoplido.

—¿Qué pasa?

—Nada, que es muy... típico.

—¿Típico de qué?

—Nada, tú sigue diciéndome grupos; si me dices uno bueno, a lo mejor te toco una canción suya.

—Lucas, sabes de sobra que no quiero que me toques nada.

—Me llamo Luc, y... espero que no sea un chiste verde. Porque es malísimo. —Si no hubiese estado convencida de que eran sus últimos minutos en la Tierra, quizá se hubiese reído—. Venga va, ¿cuál es tu canción favorita de Florence Welch?

—Spec... *Spectrum*.

—¿Y la que menos te gusta?

Siguió respondiendo a sus preguntas hasta que poco a poco su respiración volvió a la normalidad y el dolor en su pecho se mitigó hasta casi desaparecer, aunque la sensación de estar sumida en mitad de un sueño permaneció. Había sobrevivido.

—¿Estás mejor? —preguntó Lucas al cabo de unos segundos de silencio.

Sabele asintió con la cabeza.

—No... no sé qué me ha pasado. Yo... normalmente no soy así... —Ni siquiera sabía por qué se estaba excusando, ¿qué explicaciones tenía que darle *a él*? Por otro lado, su indignación era buena señal. Significaba que estaba recuperándose.

—No se trata de ser o de dejar de ser... Eso que te ha dado es un ataque de ansiedad. —Él se encogió de hombros ante el gesto de sorpresa de Sabele—. Antes solía tenerlos continuamente.

—Oh... —Se sintió como una estúpida. «Normalmente no soy así», había dicho, como si fuese algo de lo que avergonzarse—. Lo siento.

—No te preocupes. —Se sentó junto a ella y estiró sus largas piernas cubiertas por un pijama de cuadros escoceses—. Eso ya pasó.

No sabía qué decir, pero de pronto era demasiado consciente de la escasa distancia que les separaban y buscó refugio en las palabras.

—¿Te... te ocurría por algún motivo en especial?

—Sí. Por ser un chico raro y femenino en un instituto lleno de estúpidos. —Sabele tuvo la sensación de que pretendía aparentar que le afectaba menos de lo que en realidad lo hacía.

Ella nunca había ido a un instituto como los adolescentes normales, creció viajando de aquí para allá, pero había leído suficientes libros, visto bastantes películas y oído numerosos testimonios que le habían hecho comprender que lo que para unos eran los mejores años de su vida, para otros se convertirían en las pesadillas que les perseguirían durante el resto de las suyas.

—Entiendo... Yo... siento que me hayas tenido que ver así.

—No te rayes. —Se encogió de hombros, sin más, su postura preferida ante cualquier situación en la vida. Por una vez se lo agradeció.

—Gracias —suspiró—. Empiezo a pensar que todo esto me viene grande.

¿De veras iba a hacerle escuchar como si fuese su terapeuta? No soportaba mostrarse así de vulnerable, pero sentía que si no lo decía en voz alta iba a estallar. Por fortuna, Lucas era de pocas, pero eficientes, palabras.

—Eres una chica fuerte. Y además una bruja. Sobrevivirás.

—Sé que sobreviviré, pero... siento que todo por lo que he luchado durante toda mi vida ya no vale para nada.

Sus piernas rozaron por accidente las de Lucas. No las apartó. Lucas tampoco. Así permanecieron, rozándose, sin mirarse mientras hablaban de lo que tanto miedo les daba.

—Sé a qué te refieres.

Sabele se mordió el labio. Tenía el presentimiento de que era mejor no meterse donde no la llamaban, pero, al ver como la siempre tenue luz en sus ojos castaños se desvanecía y como sus puños se cerraban, supo que estaba

a punto de volverle a perder, que tras unos cuantos segundos de complicidad y de dejarse ver, se replegaría y escondería detrás de su apariencia inalterable, en un lugar donde ella no podía alcanzarle.

—Qué va. —Agitó la mano para restarle importancia—. Tú puedes seguir luchando por tus sueños, aunque esos chicos hayan pasado de ti.

—¿Pasado de mí?

Lucas frunció el ceño y Sabele tragó saliva al percatarse de que acababa de admitir que sabía más de lo que él le había contado. Siguió hablando con naturalidad y la esperanza de que no recordase los detalles de sus conversaciones hasta entonces.

—Quiero decir... esos chicos de anoche, estaban en tu banda y ahora están en otra, ¿no?

—Sí, ya, pero podría haber pasado yo de ellos, ¿no crees? —dijo dolido, y Sabele respiró tranquila. Así que era por eso, su orgullo herido. Sabele suspiró.

—No por la forma en la que les mirabas. —Se encogió de hombros—. Sé reconocer a un hombre despechado cuando lo veo. —Le guiñó un ojo.

—Ya, por la ristra de hombres con el corazón roto que vas dejando a tu paso, ¿no? —dijo con el sarcasmo desbordándose de cada sílaba.

—¡Oye! —Sabele le empujó apoyando sus manos sobre su hombro y apenas logró disimular una sonrisa. Por un momento habría jurado que él también sonrió, o al menos sus labios se ladearon sutilmente hacia arriba durante una milésima de segundo—. Que te lo estoy diciendo en serio. Ellos se lo pierden, vas a triunfar. Y no lo digo porque lo haya visto en las cartas, ni en mi bola de cristal ni nada de eso, sino porque te he escuchado tocar.

Cualquier amago de sonrisa se esfumó del rostro de Lucas, quien de pronto pareció sumirse en una tristeza surgida de la nada. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¿Qué había dicho?

—Sabele... —dijo, y Sabele sintió un escalofrío al oír su nombre salir de sus labios—. ¿Puedo... puedo preguntarte una cosa?

Su imaginación se desbocó al mismo ritmo que los latidos de su corazón. En apenas unos segundos imaginó mil preguntas posibles, algunas hicieron que sintiese pánico y otras una expectación que casi no alcanzaba

contener.

—Ese arpa que todo el mundo busca... ¿Para qué sirve? Quiero decir, ¿por qué es tan importante? Solo es... un instrumento musical, ¿no?

Vaya. De todas las improbabilidades posibles, esa no se le había pasado por la cabeza. Se sintió, en cierto modo, decepcionada. «A ver cómo te convences ahora de que no te gusta ni un poco», dijo una voz despiadada en su cabeza. «Mierda. Me gusta Lucas. Por la Diosa, me gusta Lucas», se repitió en su mente, sin dar crédito. «Mierda... ¿Por qué?».

—Pues... Hay numerosas reliquias mágicas repartidas por el mundo. Algunas te sonarán porque en algún momento de la historia se han convertido en mitos de... digamos que de la cultura pop: el Santo Grial, la Piedra Filosofal, Excálibur, el Anillo Único... todos ellos acabaron siendo utilizados por hombres, cómo no. —Una mueca involuntaria apareció en sus labios—. ¿Por qué nadie se acuerda nunca de la espada mágica que Juana encontró en la capilla de Santa Catalina de Fierbois? —protestó indignada.

—Espera... ¿Acabas de decir el Anillo Único? —dijo Lucas, quedándose solo con la parte que parecía interesarle más. Sabele resopló antes de continuar con su relato. «Qué típico».

—El arpa de Morgana es una reliquia de gran importancia para las brujas. Cuando el cristianismo llegó a Gran Bretaña, poco a poco fue sustituyendo las costumbres paganas... Bueno, es un rollo que seguro que no te interesa.

—He preguntado yo, ¿no? Venga, cuéntamelo. Quiero oír el rollo. Perdona por interrumpirte.

Sabele sonrió. Lo que más rabia le daba de Lucas es que después de cagarla siempre encontraba la forma de compensarlo, aunque fuese un poquito.

—Pues el caso es que persiguieron el paganismo hasta que cada vez quedaron menos templos y cultos dedicados a la naturaleza y a la Diosa. Morgana era la Dama encargada de velar por el resto de las brujas, y al ver como sus hermanas comenzaron a ser perseguidas por la nueva religión y los reyes que la defendían, obligadas a vivir en reclusión, a ocultar sus dones o incluso siendo asesinadas por ellos... no pudo soportarlo.

»Sabía que, como bruja, jamás sería escuchada en la corte de su hermano Arturo, bautizado como cristiano, así que creó el arpa y la hechizó para que absorbiera los poderes de cualquier bruja que la tocara. Morgana tocó el arpa y se convirtió en una corriente. Se dice que lloró a la luna durante ciclos enteros antes de ser capaz de reunir las fuerzas suficientes para enfrentarse a su nueva condición. Acudió a la corte como princesa, hija de Uther, y como mujer libre, pero no como bruja.

»Aun así, le negaron el acceso a cualquier reunión de la corte y del Rey Arturo. Todos los hombres que se sentaban en torno a la mesa redonda eran tratados como iguales, pero Arturo jamás permitió a una mujer ocupar un asiento en ella. Su sacrificio fue inútil...

Sintió de nuevo aquel ardor que oprimía su pecho. El arpa no era algo de lo que le resultase sencillo hablar.

—Suenan como una especie de cuento de hadas retorcido, igual que las versiones originales de las películas de Disney.

¿Disney? Sabele negó con la cabeza. «Cielos, los corrientes no tienen ni idea de nada», se dijo, percatándose de hasta qué punto pertenecían a mundos distintos. Lo que ella había sabido como una verdad universal desde tan niña hasta el punto de que ni siquiera recordaba haberlo aprendido, para él era todo un descubrimiento.

—No es ningún cuento, sucedió de verdad. Tu dios derrotó a la nuestra. Supongo que para comprender la importancia del arpa deberías saber que Morgana fue la bruja más poderosa que jamás ha existido. Podría haber vivido cientos de años si no hubiese renunciado a su poder y, pese a ser la hermana mayor, aún era una mujer joven cuando Arturo alcanzó la madurez. Todas las fuerzas de la naturaleza se postraban ante ella. No había nada que no pudiese hacer...

—Salvo expulsar a los cristianos de sus tierras. —Sabele le reprendió por su impertinencia con una mirada de desdén y él se encogió de hombros—. ¿No es verdad? Quiero decir, no sé cómo se la monta esa diosa vuestra, pero, por si no lo habéis notado, los milagros escasean últimamente. Si tan fuerte era, podría haberles, yo que sé, convertido a todos en sapos.

«Qué manía con los dichosos sapos». No sabía a quién se le había ocurrido aquella estupidez, pero fuera quien fuese, a Sabele le hubiese

gustado saber qué clase de solución era convertir a alguien en sapo.

—Morgana era una mujer pacífica y su magia también, a pesar de lo que digan vuestras series y películas. El caso es que... nadie más ha sido capaz de romper el vínculo que existe entre una bruja y su magia, ¿entiendes? Ese arpa es la única forma conocida de privar a una bruja de sus poderes. Hay maldiciones que impiden su uso, como la incluida en el Tratado de Paz entre brujas y nigromantes, pero solo el arpa puede arrebatarnos la magia para siempre. Imagina cuántas manos equivocadas querrían hacerse con ella... Por eso la custodian en una sala protegida del aquelarre. Solo una persona con magia en la sangre, magia de vida, puede cruzar sus puertas, y solo aquellas a quienes llame pueden llegar a cogerla de su pedestal o tocarla.

Luc tragó saliva y Sabele se percató de cómo se mojaba los labios secos con la lengua. Se preguntó, de nuevo, qué le pasaba por la cabeza.

—¿Y uno de los objetos mágicos más poderosos que hay está en España? Eso sí que no me lo esperaba.

—Un espía corriente de Felipe II la robó de la corte de Isabel de Inglaterra sin tener la menor idea de para qué servía... Ahora que lo digo, creo que el espía era uno de los músicos personales de la reina.

—Vaya... qué casualidad, eh —dijo Luc con una risita nerviosa. El chico tuvo la suerte de que Sabele fuese incapaz de pensar tan mal de nadie, ni siquiera de él. Sabele continuó con su relato sin la más mínima sospecha.

—El rey se la entregó a la inquisición y la emplearon contra las brujas durante años. Por suerte, Juana de Austria reconoció el objeto y lo recuperó de las manos corrientes de su hermano, aunque nunca tuvo el detalle de devolvérselo al aquelarre de Londres.

—Espera, ¿quieres decir que...?

Escucharon unos golpes secos e intercambiaron miradas. Los golpes se repitieron y ambos se incorporaron, alerta, dejando las lecciones de historia de la magia para otro momento.

—Será mejor que vaya yo primero —dijo Sabele, preparada para atacar si era preciso.

—Me parece bien —dijo Lucas.

Sabele se asomó con cautela al otro lado de la puerta del baño. Miró

hacia la entrada del sótano. No había nadie en lo alto de las escaleras. Buscó en la dirección contraria y no supo si reírse o llorar.

Rosita y Ame estaban agachadas, casi tumbadas sobre el césped del patio delantero de la casa de Lucas, y llamaban a una de las ventanas mientras señalaban una bolsa de papel marrón, repleta de manchas de grasa, donde se podía leer «Churrería Doña Ana» en una de esas típicas tipografías castizas de Madrid. Churros para desayunar. Justo lo que necesitaba, pensó sarcástica mientras sentía un nudo cerrándose sobre su estómago.



Sabele no había probado un solo bocado, limitándose en su lugar a dar sorbitos ocasionales a la tila que se había preparado, y él evitaba llevarse a la boca cualquier cosa con demasiadas grasas saturadas, así que la idea de los churros para desayunar no resultó demasiado popular, un fracaso que no pareció molestar en absoluto a sus artífices. «Más para nosotras», dijo Rosita, quien acto seguido se dispuso a impregnar los churros en el chocolate que también habían traído.

El microondas de la cocina comenzó a pitar con frenesí y Luc se levantó para coger su taza de café. Aunque quizá hubiese sido mejor haber imitado a Sabele con sus infusiones. Tal y como estaban las cosas, lo último que necesitaba era consumir sustancias excitantes.

Había tres brujas en su cocina y una reliquia mágica robada en el sótano. Vaya forma de empezar la semana.

Al menos podían permitirse el lujo de desayunar tranquilamente en la cocina en lugar de esconderse como delincuentes. A esas horas nunca solía haber nadie de su familia en la casa. Su madre se marchaba temprano a trabajar al estudio de decoración de interiores que dirigía desde hacía unos

años, y aunque su padre estuviese jubilado, solía encontrar el modo de mantenerse ocupado, lo que no le resultaba difícil gracias a su tan ajetreada vida social y a su agenda repleta de números de teléfono de exsocios, exclientes, fiscales y jueces. En cambio, Luc había tenido que llamar a María, la mujer que trabajaba en casa limpiando y cocinando desde hacía quince años, e inventarse que se habían averiado las cañerías y que estarían arreglándolas todo el día para asegurarse de que no aparecía por sorpresa (María fingió creerse la excusa. Fuera como fuese, ambos salían ganando; él tenía la casa para él solo y ella un día libre pagado). Se echó un par de cucharadas de azúcar en su taza y volvió a sentarse en la mesa de la cocina.

Intentó mantener la vista al frente, fingiéndose ajeno al incómodo silencio. No le resultó complicado. Su cuerpo estaba presente, pero su mente no dejaba de darle vueltas a aquella historia sobre Morgana y el rey Arturo. ¿Por qué tenía que haber preguntado? Su vida era mucho más cómoda y sencilla cuando ignoraba que el arpa servía para algo que no fuese crear música.

Él, que creía que había descubierto un instrumento único lo que había hecho había sido, tal y como hizo en su día un músico cortesano que ya llevaba cuatrocientos años muerto, dejarse seducir por un objeto mágico peligroso y codiciado. A la lista de gente que le había tomado el pelo ahora podía añadir también un puñetero arpa. Qué vergüenza.

Miró a Sabele de reajo, que se mordía el labio nerviosa. Luc no podía dejar de mirarla cuando hacía aquello. Se sintió culpable. Claro que había sido peor cuando la había visto bajo la luz del día vestida con *su* camiseta, lo bastante larga para cubrirle los muslos, pero a duras penas, y se quedó boquiabierto como un estúpido. Luego se percató de que estaba en el suelo temblando y se le vino el mundo encima.

—Lo que no entiendo es por qué los nigromantes... quiero decir, tiene que haber algún motivo por el que les odia tanto —dijo Sabele mientras daba vueltas con la cuchara sin ton ni son a su tila.

—¿No te parece razón suficiente lo engreídos que son? —masculló Luc.

Al dejar la taza en la mesa se percató de las miradas hostiles posadas en él. ¿Qué? ¿No se suponía que las brujas y los nigromantes eran archienemigos ancestrales? ¿O era como cuando, a pesar de sus riñas

continuas, alguien se atrevía a meterse con él y su hermana entraba en cólera?

—Puede que fuese una bruja —apuntó Ame.

Rosita negó con la cabeza. Resultaba complicado tomarse en serio sus palabras cuando la mitad de su cara estaba manchada de chocolate.

—¿Y por qué matar con un cuchillo? No sé si os habéis fijado —Miró a sus amigas, ignorando una vez más la existencia de Luc—, pero su forma de usar la magia es errática, como si todo lo que supiese sobre ella lo hubiese tomado prestado de los recuerdos y conocimientos de Valeria y estuviese improvisando.

—Pero no parecía sorprendida por nuestra existencia —señaló Sabele, dando un sorbo a su tila—. Es decir, nos enfrentamos a alguien que no fue una bruja, pero que conocía la existencia de la comunidad mágica y que tenía motivos para odiar a los nigromantes. ¿Podría haber sido agente de la Guardia?

Rosita resopló, sarcástica.

—¿Siendo mujer, en aquella época? ¿Y qué más?

—Os estáis complicando demasiado la vida —dijo Luc. De nuevo, tres pares de ojos le perforaron. Parecía no haber punto intermedio, o se olvidaban de su existencia o se convertía en el foco de atención—. Esto no es un misterio de Sherlock Holmes, es una peli de Tarantino. Es obvio que quiere vengarse de alguien en concreto. Parece que atacase al azar, pero ¿y si tiene una lista y la está siguiendo?

—Como en *Kill Bill* —dijo Ame, para sorpresa de todos los presentes, incluyendo a Luc, quien se la habría imaginado antes viendo *Sailor Moon* que películas sangrientas.

—Exacto —dijo—. A lo mejor está buscando a su Bill.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? —Rosita le desafió arqueando una ceja.

—Vosotras no la visteis. Se abalanzó sobre ese tipo en cuanto le vio. Quiero decir, no puede ser casualidad que estuviese en la puerta de un bar en el que había un nigromante, ¿no? Y no paraba de repetir un nombre mientras le... —Sintió un nudo en el estómago y su voz se entrecortó. Siempre había considerado que tenía un humor bastante oscuro, pero era

más fácil bromear con asuntos téticos cuando no habías presenciado ninguno—. Mientras... juraba que le encontraría.

—Un nombre, ¿qué nombre? —preguntó Sabele Luc apretó los dientes e inspiró provocando un silbido. No les iba gustar lo que iba a decir.

—No me acuerdo. ¿Galindo, Genaro, Germán? Estoy convencido de que empezaba por ge.

Rosita se llevó las manos a la cabeza como si acabase de estallarle el cerebro.

—Lo peor de todo es que creo que el corriente tiene razón. Está buscando a alguien —dijo Rosita, extendiendo los brazos en un gesto de incredulidad—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Se quiere vengar de alguien en concreto. Va a lugares donde sabe que encontrará nigromantes para buscarle.

—Pero, por lo que nos contó Sabele, el espectro tuvo que morir hace cientos de años, no quedará nadie vivo a quien pudiese conocer —dijo Ame.

—Como no puede vengarse de quienquiera que le hiciese daño, ¿se venga de sus herederos? —sugirió Sabele.

—Me pregunto qué le hicieron. Tuvo que ser terrible para que solo quedase un rastro tan oscuro de su alma. Cuánto habrá sufrido para convertirse en un espectro así... —meditó Ame, con la mirada perdida en una súbita melancolía.

—Tenemos que averiguar quiénes son sus descendientes y alertar a los nigromantes cuanto antes. —Sabele se puso en pie derrochando alegría y esperanza—. Podemos impedir que cause más daños.

—Sí... solo hay un pequeño problema. —Rosita miró a Luc de reajo con un aire de desprecio condescendiente.

—Perdóname por no quedarme con los apellidos de un señor que no conozco de nada, estaba ocupado temiendo por mi vida.

—Chicas, tranquilas, que no cunda el pánico. Por fin tenemos un hilo del que tirar. Sabemos que es una corriente que tuvo un desencuentro con un nigromante lo bastante importante como para que más allá de la muerte aún desee vengarse. Es el tipo de situación que la Guardia está obligada a investigar —dijo Sabele.

—Y adivina quién tiene contactos en la Guardia... —dijo Rosita con una sonrisa maliciosa.

—Ni loco —sentenció Luc, quien se puso en pie para dejar su taza en el fregadero—. Ni hablar.

—¿Por qué no? —preguntó Rosita.

—Lucas... —dijo Sabele.

—Mi hermana ya me odia bastante por todo este lío del espectro, no puedo pedirle que se complique la vida aún más. Me matará.

—Pero puede ayudarte a acabar con el problema, seguro que eso es lo que ella quiere, ¿no? —dijo Ame, con aquella inocente vocecilla suya. ¿Por qué, a pesar de parecer la más ingenua de todas, siempre acababa sepultándole bajo el peso de su lógica aplastante?

Aunque sonase razonable, seguía sin estar del todo convencido. Su hermana podía ser encantadora o terrorífica en función de su estado de ánimo, y la última vez que habían hablado no estaba precisamente pletórica de felicidad.

—Lucas... por favor... —Un no sé qué le recorrió la espalda, algo más intenso que un escalofrío, pero más suave que una descarga, cuando Sabele le atravesó con sus ojos claros y posó la mano sobre su brazo, de nuevo. Se estaba volviendo un blando—. Piensa que, cuanto antes acabemos con esto, antes te dejaremos en paz y desapareceremos de tu vida.

No se sintió capaz de decirle que no, aunque le hubiese gustado que lo que le ofrecía a cambio no fuese la promesa de no volver a verse nunca. En teoría, eso era lo que habían querido los dos desde el principio, ¿no? Por eso habían llamado al espectro en primer lugar.

—Claro... supongo que... supongo que sí. Agh, está bien. Pero espero que me hagas una buena promoción en Instagram a cambio de esto —dijo con la única intención de hacerse el duro.

Estiró la mano hacia el móvil, frente a él sobre la mesa que había junto al mapa extendido en el suelo en el que intentaban dar de nuevo con la falsa Valeria. «¿Cómo demonios han traído ese chisme hasta aquí?», se preguntó Luc. «Brujas». Marcó el número de teléfono de su hermana y se lo llevó a la oreja.

—Pon el altavoz —pidió Sabele, y sin pararse a pensar, obedeció y lo

volvió a dejar sobre la mesa, ¿pero qué le estaba ocurriendo?

Se escuchó el primer tono, el segundo, después el tercero. «No lo cojas», suplicó Luc al universo, sin saber muy bien por qué. Simplemente tenía el presentimiento de que su hermana le iba a poner en evidencia. «Por favor, no lo cojas».

—Espero que me llames para decirme que está todo solucionado —dijo la voz de Leticia al otro lado.

—Bueno, no exactamente, pero...

—Estoy trabajando. ¿Qué quieres ahora? Dime que no la has vuelto a liar.

—Te llamo porque mis amigas brujas, aquí presentes oyéndolo todo, y yo —recalcó con la esperanza de evitar que su hermana metiese la pata, aunque tendría que haber sabido que no serviría de nada— tenemos una duda y nos preguntábamos si podrías resolverla.

—¿Desde cuándo eres tan formal, pequeño Lucas? A mí no me hables así, que desconfío. Ve al grano. ¿Qué quieres? Oh, espera, ¿está ahí Sabele? Oh, eh... ¡hola! Me encanta tu canal.

«Tierra trágame y conviérteme en polvo», continuó maldiciendo Luc en sus adentros mientras sus mejillas le ardían y las brujas se reían.

—Eh... hola, gracias —dijo Sabele—. ¿Tu hermana ha visto mi canal? —susurró en su oído.

—Qué bien, qué ilusión. Ya os conocéis. ¿Podemos centrarnos un poquito? —«Antes de que me muera de la vergüenza, a ser posible».

—Sí, buena idea. Ya te he dicho que me pillas trabajando. —Pudieron escuchar cómo se aclaraba la garganta—. ¿En qué os puedo ayudar, chicos?

—Los de la Guardia os enteráis de todo, se supone, ¿no? Pues bueno, nos preguntábamos dónde podemos consultar la sección de cotilleos —dijo Luc, quien se sentía ridículo simplemente por tener que plantear la duda.

—Buscamos incidentes que se hayan producido entre corrientes y nigromantes en el siglo XIX, aproximadamente —intervino Sabele, y por una vez, Luc agradeció su actitud de sabelotodo.

—¿Corrientes? ¿Quieres decir la gente normal? —dijo Leticia al otro lado del teléfono, aunque Luc pudo imaginarse su expresión de indignación como si la estuviese viendo.

—Bueno, eso resulta bastante ofensivo —dijo Sabele—. También somos gente normal.

—Salvo por el detalle de la magia y los superpoderes y todo eso, vamos, supernormales. —Luc recibió un manotazo de Sabele en el pecho por su intervención.

—Pues... sí, supongo que habrá información en los registros, pero los guardias de mi rango necesitamos una autorización previa y, suponiendo que encuentro una buena excusa, podrían tardar semanas en dar el visto bueno.

—Una institución de lo más eficiente —susurró Rosita mientras se llevaba dos dedos a la boca y fingía provocarse arcadas. Por lo visto, los guardias le despertaban la misma simpatía que los nigromantes y los chicos que salían con Sabele en general.

—¿Qué tipo de incidentes os interesan? Tal vez pueda preguntar por ahí.

—Pues... podría ser algún tipo de crimen pasional. —Sabele se llevó los dedos a los labios y se los acarició mientras pensaba—. Cuando la invocamos dijo algo así como que nadie iba a volver a jugar con ella, y además... —Luc se percató de que se estaba censurando a sí misma, seguramente para obviar que el espectro había tachado a su ex de marioneta suya, como poco— dijo unas cuantas cosas sin sentido al respecto.

—Puede ser cualquier cosa. Para seros sincera, no controlo demasiado la sociedad de los nigromantes, mis conocimientos son muy básicos, pero sé que por aquella época no eran demasiado diplomáticos, así que estoy segura de que hay muchos casos. Si sabéis algo más concreto puedo indagar y preguntarle a algún compañero; fechas, direcciones, nombres.

—Puede que tengamos algo. —Ame se puso en pie y rodeó la mesa hasta llegar a la altura de Luc, que le miró desde su silla sin comprender qué pretendía—. Necesito que me des permiso. En realidad no lo necesito, pero me gustaría que me lo dices.

—¿Para qué? —preguntó echándose hacia atrás inconscientemente.

—Para mirar en tus recuerdos.

—Eh... creo que no. Gracias.

—No te haré ningún daño, lo prometo.

Se mordió la lengua antes de decir que había sido víctima de suficientes

hechizos fracasados en los últimos días como para seguir jugándose la.

—Por favoor. —La bruja juntó sus manos en señal de súplica.

—¡Lucas Fonseca! No seas patán y dile que sí —le reprochó la voz de su hermana.

Luc asintió con desgana. «Maldita presión de grupo».

—Es una pena no tener tiempo para preparar la ceremonia —suspiró—. Tendré cuidado de no mirar nada más —prometió Ame justo antes de apoyar las palmas de sus manos sobre su cabeza.

¿No mirar nada más? Iba a arrepentirse por miedo a lo que se pudiese encontrar ahí dentro, pero era tarde. Sintió la presencia de la bruja en su mente y la realidad a su alrededor desapareció. Sus sentidos viajaban en el tiempo, borrosos y con extraños colores y matices surrealistas que se sucedían marcha atrás a una velocidad de vértigo hasta que al fin la bruja encontró lo que quería.

Luc sintió una punzada de terror al volver a presenciar la escena, aunque solo fuese fugazmente. En sus recuerdos, Valeria era mucho más sanguinaria y poderosa.

—¡Galeano! ¡Roberto Galeano! —informó Ame, liberándole del hechizo. Los ojos de Luc ardieron como hacían cuando encendía la pantalla de su móvil en mitad de la noche para ver la hora.

—¡Roberto Galeano! —repitieron al unísono las otras dos brujas, a las que se sumó Leticia.

Luc y Ame se miraron el uno al otro, aliviados al comprobar que no estaban solos al no comprender su reacción.

—Venga ya —protestó Rosita—. No podéis no saber quién es Roberto Galeano.

—Fue un famoso «seductor». —Sabele entrecomilló la palabra con los dedos con un deje de desprecio—. Lo que significa que probablemente tendrá decenas de descendientes por ahí —dijo exasperada.

—¿Alguien me lo podría explicar? Estoy un poco perdida —pidió Ame.

Luc sintió el impulso de abrazarla como muestra de solidaridad. Por una vez no era el único que no entendía nada.

—Vaya... pues... a ver... —comenzó a explicar Leticia—. En la época se dieron muchas situaciones parecidas, pero esta fue todo un escándalo por

el trágico desenlace. Supongo que sí sabéis que los nigromantes tenían la mala costumbre de, ¿cómo decirlo? —Hubo una pausa seguida de un «hmm»—. ¿Cautivar a incautas mujeres de alta cuna? Se mezclaban con la gente normal, o con los corrientes, o como queráis llamarlos. Intimaban con ellas...

—Pillamos la idea, Leti. Pero no creo que se haya montado todo este circo porque un idiota no le devolviese las llamadas a una ilusa hace doscientos años —intervino Luc.

—¿Me dejas acabar? No iban por ahí seduciendo a esas chicas para hacerse los campeones con sus amigotes, sino para dejarlas embarazadas. Si, el bebé era una niña que no hubiese heredado sus poderes abandonaban a la madre y a la recién nacida, se esfumaban sin más. Si, en cambio, era un niño con sus dones, lo secuestraban para criarle como nigromante. En ambos casos solían robar la memoria de la madre para evitar problemas.

—Como alguien se vuelva a quejar de que no respondo a los mensajes del WhatsApp voy a contarles esa historia. Menudos asquerosos. —Luc miró a las brujas y las señaló con el dedo—. ¿Vosotras sabíais esto?

—Hace décadas que está prohibido. Fue uno de los puntos que se comprometieron a cumplir en el Tratado de Paz que firmaron con el aquelarre. Se trata de una práctica atroz, primitiva y denigrante para las mujeres —dijo Sabele.

—Roberto Galeano no se limitaba a seducirlas, él además dejaba a un número considerable de mujeres muy enfadadas y dolidas —continuó Leticia—, con motivos de sobra, la verdad. Se negaba a borrarles los recuerdos, como si su corazón roto fuese una especie de trofeo. La Viuda de las Letras fue una de ellas, una estudiante que se mudó a la ciudad para estudiar en la universidad. No había muchas mujeres que lo lograsen por aquella época, no lo tenían fácil —resopló—. En fin, creo que estudiaba literatura o algo así, pero el nombre le vino porque vivía con la familia de su tío en el Barrio de las Letras... ¿o era su hermano mayor? Bah, da igual. El caso es que Galeano se fijó en ella y decidió que una mujer hermosa, sana e inteligente como ella le daría buenos vástagos nigromantes, un partidazo, vaya.

—Como si fuese una yegua —protestó Rosita.

—Más o menos. La cortejó hasta ganarse su corazón y... —Se aclaró la garganta de nuevo— sus favores. Pero pasaban los meses y ella no se quedaba embarazada. Al cabo de un par de años, el nigromante comprendió que sus esfuerzos no iban a dar frutos y decidió que ya había malgastado suficiente tiempo con ella.

—Porque la infértil siempre es ella, claro. En serio. Voy a vomitar —dijo Rosita.

—Eso pensó, lo de que era infértil, no lo de vomitar. —Leticia rio nerviosa y Luc arqueó una ceja.

—¿Y sabéis lo que hizo él? La pobre chica estaba tan pillada que Galeano temía que no le fuese a dejar marchar sin más, así que para quitársela de en medio sin tener que alterar sus recuerdos... ¡fingió su propia muerte!

—Así es. Además le vino muy bien para deshacerse de su larga lista de acreedores.

—Y de la responsabilidad de atender a todos los churumbeles que tenía repartidos por el mundo. Ugh.

—Una duda existencial —preguntó Leticia—. ¿Quién eres?

—Rosa Costello, de las Costello de La Española. Un placer conocerte y disculpa que haya reventado la historia.

Leticia se rio con una voz melodiosa y dulce. La sorpresa de Luc se transformó en un grandísimo «Por favor, no». Esa no era su risa normal, no era la forma en la que se reía cuando estaba con su familia y amigos, o cuando algo le hacía gracia.

—No te preocupes y... el placer es mío.

En efecto. Su hermana estaba utilizando su voz de ligar. Lo que le faltaba. Más complicaciones.

—Ahora que lo dices —continuó Rosita—. Tu voz me resulta familiar...

«¿Estudias o trabajas?». «¿Vienes mucho por aquí?». ¿Y qué más? Si iban a coquetear al menos que tuviesen la decencia de esforzarse un poco.

—Vale —intervino Luc con la esperanza de romper «la chispa». O al menos, de apaciguarla hasta otro momento (a ser posible, el momento de Nunca)—. El fulano finge su muerte, es un psicópata desalmado y nos cae

fatal a todos. ¿Y luego qué?

—Ella no pudo soportar el dolor y se quitó la vida con la mala suerte de que su alma continuó vagando por el barrio, incapaz de cruzar al otro lado por el dolor de no haber podido engendrar un hijo antes de perder a su amado. Al cabo de unos años, supongo que el nigromante supo de su muerte y creyó que sería seguro volver por la zona. El fantasma le reconoció y, al verle acompañado de su dulce esposa, de la que se había enamorado fervientemente, y de su recién nacido bebé... entró en cólera. No recuerdo exactamente qué hizo, pero sí que murieron varias personas.

—Suenas como nuestra chica —sentenció Rosita, y nadie se atrevió a llevarle la contraria.

«Mentiroso». Luc recordó la voz de Valeria resonando en su mente con una rabia tan visceral que se irradiaba por cada poro de su piel, presente en cada gesto, cada movimiento, cada respiración. «Mentiroso».

—¿Creéis de verdad que podría ser ella? —preguntó Leticia.

—Es la única pista que tenemos —dijo Sabele con un suspiro. Dejó caer la vista, agotada pese a todas esas horas que había invertido en dormir. Luc conocía bien la sensación de que nunca podría dormir lo suficiente para aliviar su cansancio—. Seguro que alguno de los fantasmas de la zona puede contarnos algo... Al menos eso espero. Cal puede encargarse de advertir a los herederos oficiales, los tataranietos o lo que sea de los niños que fueron adoptados por otras familias de nigromantes cuando Galeano fingió su muerte, pero tenemos que averiguar qué ocurrió con ese último bebé. Si era un varón y sobrevivió y tuvo descendencia... todos ellos podrían estar en peligro.

Sabele suspiró de nuevo y, por un momento, Luc estuvo tentado de coger la mano que tenía apoyada sobre la mesa; le detuvieron el miedo a que la bruja la apartase asqueada y la voz de su hermana.

—Olvidaos de los fantasmas —dijo Leticia—. Si alguien sabe detalles sobre los cotilleos mágicos de la ciudad es Zorro.

—¿El Zorro? ¿Cómo Antonio Banderas? —preguntó Luc, cruzando los dedos para haber entendido mal.

—Zorro, no *el* Zorro —le corrigió su hermana.

—¿Cuál es la maldita diferencia?

—Uno es un apodo y el otro un apellido.

—No importa cómo lo llamemos —intervino Sabele—. Zorro odia a las brujas, jamás nos recibiría, así que no veo probable que nos ayude de buen grado.

Luc seguía sin tener la menor idea de quién estaban hablando, pero que sintiese aversión hacia brujas, nigromantes o cualquier otro tipo de individuo mágico hizo que el tipo le cayese mejor que muchas de las personas a las que conocía.

—Lo hará si vais con Luc. Me debe unos cuantos favores, no le dirá que no a mi hermanito querido.

«¿Favores? ¿En qué clase de ambientes se movía Leticia para conocer a un tipo llamado “Zorro” con el que tenía la bastante confianza para deberse favores? Y lo más importante de todo, ¿hermanito querido? ¿A qué venía eso? En serio, solo quería pasarse un día en pijama sintiendo el peso de su guitarra entre las manos y un par de latas de cerveza al lado. Tampoco estaba pidiendo los papeles de propiedad del maldito Taj Mahal».

—Siento no poder ayudaros a dar con él. Suele moverse por la zona más céntrica de Madrid, los edificios modernos le ponen de muy mal humor, en realidad creo que todo le pone de mal humor —explicó Leticia.

—Uf, lo sé —dijo Rosita—. Un día me lo encontré mientras hacía cola para el entrar en el Museo del Prado y me empezó a gritar diciendo que era una «hija de Satán». Lo peor es que todo el mundo se rio creyendo que era un numerito para los turistas.

—¿Que te llamó qué? Si quieres, la próxima vez que le vea le diré un par de cosillas. Que una bruja le maldijese no es excusa para hablar así a nadie —dijo Leticia, sacando a relucir su mal carácter. Rosita sonrió y Luc puso los ojos en blanco al oír cómo se hacía la importante.

—Tranquila, no...

—Gracias, Leticia, ha sido un placer hablar contigo —dijo Luc con un aire sarcástico que su hermana no tuvo inconveniente en devolver con un certero revés.

—El placer es mío. No te olvides de llamar la próxima vez que necesites algo, sería terrible que resolvieses algo tú solito por una vez.

—Acuérdate de eso la próxima vez que te quedes atrapada en una

despensa —dijo, y estiró el brazo para colgar el teléfono, dejando a Leticia con la protesta en la boca.

—Me cae bien tu hermana —comentó Rosita tras unos segundos de silencio—. Y eso de la despensa me intriga, suena a chica mala.

Luc se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto, ni tan siquiera uno irónico. Estaba casi seguro de que Leticia iba a preguntarle en algún momento por ella y por su número de teléfono. Porque no había mujeres suficientes en el mundo; no, ella tenía que mostrar interés en una bruja. Y una a la que no le gustaba su música. Por supuesto.

—Y además nos ha sido muy útil —dijo Sabele, y acto seguido se puso en pie—. Vamos. No será fácil dar con Zorro, así que es mejor que empecemos cuanto antes.

Rosita hizo un ademán de ir a levantarse, pero Ame la retuvo agarrando su muñeca.

—No podemos ir todas. Alguien tiene que quedarse para vigilar si la falsa Valeria vuelve a aparecer en el mapa.

—Vale, pues quédate tú —dijo Sabele encogiéndose de hombros, pero su amiga negó con la cabeza.

—¿Y si tengo que ir al baño? ¿Y si me da hambre? ¿Y si...?

—Creo que podrás solucionarlo tú sólita. Ya eres una niña grande —dijo Rosita volviendo a ponerse en pie, pero su amiga la retuvo de nuevo.

—Pero dejaré el mapa desatendido...

—No vas a parar hasta que me quede, ¿verdad?

Ame sonrió inocentemente, sus labios finos permanecieron juntos mientras se abstenía de responder a la afirmación. Sabele frunció el ceño al mirar a su amiga, pero disimuló el gesto al percatarse de que Luc la estaba mirando.

—Lo siento, chicos, pero lo cierto es que no tengo muchas ganas de volver a ver a Zorro. —Rosita se encogió de hombros.

—Pues... parece que somos tú y yo —dijo Sabele, girándose hacia Luc con un suspiro y una expresión que él no supo descifrar.



No había mentido a su hermano y a las brujas. Estaba trabajando. Otra cosa muy distinta era que estuviese ocupada. Tras su estrepitoso fracaso como infiltrada en la reunión del aquelarre había sido relegada a cumplir «funciones de vigilancia», lo que significaba que llevaba horas de pie mirando a la nada con la esperanza de que algo entretenido ocurriese para rescatarla de su aburrimiento.

Según su jefe no tenía tiempo para «lidiar con ella», así que la solución más rápida posible era asignarle un rol donde fuese útil pero la mantuviese alejada de cualquier situación en la que pudiese perjudicar a alguien con su intervención (por lo visto, aún estaba por determinar si Leticia era o no perjudicial, así que su jefe había decidido que era mejor prevenir que curar). No le entusiasmaba la idea de permanecer inmóvil en aquel limbo laboral, pero le habría extrañado que la Guardia se dedicase a abrirle una investigación a una doña nadie como ella cuando el panorama mágico madrileño estaba patas arriba.

Todo parecía apuntar a que un conflicto entre brujas y nigromantes, tras décadas de frágil paz, estaba a punto de estallar.

Todo gracias a su hermano pequeño y su torpeza con las chicas. «Si mi jefe se entera de que un Fonseca tiene algo que ver con esto, puedo darme por despedida». Por fortuna a ninguno de sus colegas se le había pasado por la cabeza que un grupo de chavales que apenas pasaban de los veinte fuesen los responsables del embrollo que les traía de cabeza.

De quienes sí sospechaban era de los miembros del aquelarre. Por eso, mientras otro agente había sido encomendado con la difícil tarea de recabar información, a ella le habían encargado vigilar el edificio desde la acera de enfrente e informar a sus superiores en el caso de que alguien entrase o saliese y de dar detalles sobre cualquier actividad sospechosa que pudiese presenciar. Informar. Solo informar. No tenía permitido actuar «bajo ningún concepto», una idea en la que su jefe había insistido con vehemencia.

Aunque no es que hubiese demasiado sobre lo que actuar. Las brujas habían recubierto el edificio con una capa adicional de hechizos protectores y se hallaban bajo una especie de cuarentena. Nadie entraba, nadie salía.

En el fondo, cuando el teléfono había sonado, sintió un gran alivio por poder hacer otra cosa distinta a esperar a que sucediese lo sabía que no iba a ocurrir. Estaba tan aburrida que ni siquiera le importó comprobar que era su hermano quien llamaba. Seguía enfadada con él, pero una distracción era una distracción. Lo más emocionante que le había sucedido hasta entonces era la presencia de una fantasma que llevaba toda la mañana rondándola como si de un gato callejero en busca de comida se tratase; se acercaba, se alejaba, volvía a acercarse... La pobre debía de estar tan aburrida como ella. Descolgó el teléfono y la sorpresa de encontrarse hablando con varias brujas como si nada resultó ser grata.

Se le escapó una sonrisa al pensar que el universo había reunido de nuevo a su hermano y a esa tal Sabele, aunque otra parte de ella siguiese mosqueada. Luc podía decir lo que quisiese, pero ahí, entre esos dos, había algo. No sabía muy bien por qué estaba tan segura de ello, ni siquiera podía decirse que conociese a la tal Sabele. Tal vez era su subconsciente el que deseaba con ahínco que esos dos acabasen juntos solo porque así conocería a Rosita tarde o temprano.

Rosita... El recuerdo del sonido de su voz llamándola «Cenicienta» había sido suficiente para reconocerla y que se le erizasen los vellos del

brazo. Con un poco de suerte se habría olvidado de su cara y no tendría que explicarle que aquella noche había estado en el aquelarre como espía. Aunque quién sabe. Quizá eso de espía le sumase puntos a la hora de invitarla a tomar un café. Si no fuese una bruja le habría dado igual la diferencia de edad (normalmente se fijaba en mujeres mayores que ella, no al revés) o que sus padres se hubiesen horrorizado al verla junto a una chica «con esas pintas» (ni siquiera estaba muy segura de cómo se iban a tomar la parte de «una chica», pero estaba segura de que habría sido mucho más sencillo si se hubiese enamorado de una de las señoritas estiradas que estudiaron derecho con ella). Una cita con una bruja. Su conciencia se echó a reír. ¿Se trataría de una nueva moda familiar?

Era consciente de que nunca iba a ocurrir, pero no le importó imaginarse la escena en su cabeza, apoyada contra las barandillas que separaban a los peatones de los seis carriles de calzada. No era como si tuviese nada mejor que hacer que fantasear.

Iban ya por la tercera cena romántica en su imaginación cuando la puerta principal del edificio se abrió unos cuantos centímetros, y después otros tantos más hasta que una mujer pálida y con un semblante de aspecto casi cadavérico la cruzó cerrándola tras ella. La bruja, vestida de negro de los pies a la cabeza, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie la había visto y echó a andar Gran Vía arriba.

«Limítate a observar», dijo el recuerdo de la voz de su jefe en su mente, pero era demasiado tarde. Ya la estaba siguiendo desde el otro lado de la calle. Unos cuantos metros no harían daño a nadie. Era obvio que tramaba algo, ¿quién mira a ambos lados de la calle si no planea algo terrible? La bruja aceleró el paso y Leticia estuvo a punto de echar a correr para alcanzarla. No era fácil asegurarlo desde esa distancia, pero estaba casi segura de que era una de las Lozano. Un motivo más para no perderla de vista. Las Lozano se habían ganado su mala fama allá por el siglo xv. Ni siquiera la era más oscura de la Inquisición Española había logrado aplacar su célebre peligrosidad. Más bien consiguió todo lo contrario. Intenta llevar a una Lozano a la hoguera y harán que el pueblo entero arda entre las llamas.

La bruja bajó las escaleras del metro frente al edificio de Telefónica y

Leticia se apresuró a imitarla con cautela. Ya que estaba allí, la seguiría para ver qué línea tomaba. O al menos, ese era su improvisado plan.

Cuando llegó a la entrada del metro, se encontró sola junto a un saxofonista que tocaba la intro de *Baker Street* en bucle a cambio de unas cuantas monedas. Esta vez la que miró a ambos lados fue Leticia, en su caso para asegurarse de que no se había vuelto loca. Si ella había bajado por una entrada y la bruja por la otra... tendrían que haberse encontrado de frente. No era posible que se hubiese evaporado en el aire sin más, al menos no tan deprisa.

Leticia llevó su mano izquierda al arma en su cinturón, una modesta pistola cargada con munición conjurada para contrarrestar y anular la magia. Apretó la empuñadura con fuerza, aguardando a que Helena reapareciese en cualquier momento.

—Yo que tú me alejaría de ella —dijo una voz añorada junto a su lado que estuvo a punto de provocarle un paro cardíaco. Veinticinco años viendo fantasmas por todas las esquinas y seguía sin llevar bien aquellas apariciones súbitas.

Leticia observó al fantasma durante unos cuantos segundos. Quizá no fuese una aparición tan súbita después de todo. No le cabía duda de que era él ánima que llevaba observándola toda la mañana. Vaya incordio, no había nada más molesto que un fantasma que toma la decisión de no despegarse de ti; pero quizá en esta ocasión, al menos, pudiese sacarle partido.

—¿La... has visto marcharse? ¿Sabes adónde ha ido? —preguntó al fantasma, con una mano aún en el pecho por el susto.

La pobre no parecía haber cumplido los veinte. Llevaba un vestidito recto y un recatado abrigo, que por su estilo debía de ser de los años sesenta, a juego con su desfasado peinado. Sabía que no era de buena educación preguntarlo, pero siempre que conocía a un fantasma, se preguntaba cómo habría ido a parar ahí, o expresado con menos tacto, cómo había muerto.

—¿Es que no me has oído? Aléjate de ella. Es una de esas personas con auras oscuras que van dejando atrás un rastro apestoso.

—¿Un rastro que se podría seguir? —preguntó esperanzada, aunque lo más probable era que la fantasma tuviese razón y estuviese cometiendo un

error anteponiendo su instinto detectivesco a su seguridad. No le pagaban lo suficiente como para poner su vida en riesgo, eso desde luego.

—Ni «Buenos días», ni «¿Qué tal, cómo te llamas?», no, solo «sigue a esa bruja con cara de mala uva». Como si yo no tuviese sentimientos.

A Leticia siempre le había desconcertado que casi todos los fantasmas se negasen a referirse a ellos mismos en pasado, a pesar de que hubiesen dejado de ser. La pobre chica no era ninguna excepción. No pretendía ser una tiquismiquis, pero lo cierto era que no, técnicamente no tenía sentimientos, solo un vago recuerdo de lo que significa estar vivo.

—Mi nombre es Leticia, ¿el tuyo?

—Blanca. Me llamo Blanca.

La chiquilla sonrió de oreja a oreja. Parecía infinitamente feliz por el simple hecho de haber encontrado a alguien con quien hablar, aunque la otra persona solo pretendiese sacar provecho de la conversación de la manera más egoísta posible. «La soledad es terrible», se dijo Leticia.

—Verás, Blanca. Es muy importante para mí saber a dónde ha ido esa bruja mala. Me harías un gran favor si siguieses el rastro de su aura y me dijese a dónde ha ido.

—¿Un favor? Si te hiciese un favor, sería tu amiga, ¿verdad?

Si no hubiese sabido de sobra que tras sus ojos no había nada más que un espacio vacío hubiese creído ver un brillo de esperanza en ellos.

—Su... supongo. Sí, seríamos amigas.

El fantasma de la joven llamada Blanca volvió a sonreír de oreja a oreja.

—Ahora vuelvo.

El fantasma de Blanca desapareció tras una de las paredes del metro y Leticia reparó en las miradas extrañadas de una avalancha de gente que acababa de salir del andén, la mayoría no le dedicó más de medio segundo antes de volver a sus atareadas vidas, pero otros la escrutaban de arriba abajo, seguramente preguntándose si estaba loca o si hablaba por el manos libres. Se llevó el dedo a la oreja y fingió apretar un auricular inexistente.

—¿Qué dices? No te oigo, aquí abajo casi no hay cobertura —dijo lo bastante alto para mitigar sospechas.

«¿Dónde se ha metido?», se preguntó mientras daba vueltas de un lado a otro del pasillo. No tardó demasiado en empezar a emparanoiarse. ¿Y si en

realidad lo que había hecho era delatarla? ¿Y si la bruja estaba de vuelta con una maldición preparada para convertirla en una estatua de sal? Su autoridad y su pistola eran dos de las pocas cosas que protegían a un agente de la magia. Los amuletos que solían llevar no servían de gran ayuda si la bruja, nigromante, u otro tipo de ser se proponía dañarles. ¿Y si en realidad era una espía de la Guardia y había ido a avisar a su jefe de que había abandonado su puesto a la primera ocasión? La lista de preocupaciones repentinas no cesó de crecer en su imaginación, cada cual más absurda. Además de una gran detective, también hubiese sido una excelente escritora de novela negra.

Al cabo de unos minutos, el fantasma reapareció, a solas, despejando sus dudas y preocupaciones, aunque solo durante el tiempo que tardó en percatarse de la expresión aturdida a la vez que preocupada en su rostro.

—¿Y bien?

—Pues... verás, amiga Leticia. Creo que no te va a gustar lo que he averiguado.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—No tengo ni idea, pero sé dónde no está. No está en este plano del universo.



La noche anterior había sido demasiado larga. Le dolía tanto el brazo que optó por prescindir de las sombras durante una noche y pidió un coche de Cabify que le llevase a casa. Cuando llegó a la mansión de los Saavedra lo único que quería era quitarse la ropa ensangrentada, darse una ducha rápida y meterse en la cama a dormir, pero no era tan ingenuo como para creer que iba a tener esa suerte. No estuvo equivocado.

Al cruzar la puerta del que debía haber sido su dulce hogar, se encontró con al menos una docena de miradas de reproche. Su padre caminó hacia él con el ceño fruncido y los puños apretados.

Cal se apresuró a abrocharse la chaqueta antes de que pudiese ver que su camiseta estaba manchada de sangre.

Tragó saliva.

Hacía mucho que no le veía tan enfadado y nunca había sido con él.

—¿Dónde has estado?

Se ahorró la observación de lo extraña que le resultaba aquella pregunta cuando normalmente no le importaba en absoluto dónde o con quién estaba, o lo que quiera que hiciese. Por fortuna, no tuvo que molestarse en buscar

una mentira creíble, su padre respondió por él.

—¿Has ido con esas condenadas brujas? Diego acaba de despertar y jura que no estabas solo, ¿era ella? ¿Ella otra vez?

—Estábamos intentando averiguar qué ha ocurrido de verdad. ¿Cómo se encuentra Diego?

—Como si a ti te importase —masculló ese cachorro rabioso de las Juventudes que jugaba a ser su líder, Abel, un tipo con la cabeza rapada y un gesto feroz. Fausto, en pie junto a él, le pidió silencio con la mano—. No, Fausto. Alguien tiene que decirlo. Es un amigo de las brujas. Un amigo de las brujas no es amigo nuestro.

—Bien dicho, Abel —dijo otro de sus compañeros.

El resto de los presentes, fieles seguidores de su padre, no añadieron nada al comentario, pero tampoco se mostraron en desacuerdo.

—Caleb... mi hijo —susurró su padre. «Curioso que justo ahora te acuerdes de que soy tu hijo», dijo Cal en sus adentros—, quiero creer que te están engañando, que ignoras con quién colaboras y para qué. Esas brujas saben de sobra qué es lo que ha ocurrido. Ellas y sus hermanas lo han provocado. Te están utilizando. —Alzó la mano con intención de apoyarla sobre el hombro de Cal, pero el joven retrocedió.

—No es cierto. Ni ellas ni ninguna otra bruja tienen nada que ver con todo esto.

El rostro de Gabriel Saavedra se torció engullido por la rabia hasta convertir el amor paternal que le movía segundos antes en desprecio visceral.

—Nunca debí haber permitido ese... ese amago de relación. Te han envenenado, te han turbado la mente y te han convertido en una marioneta. Llevan años advirtiéndomelo, pero nunca lo quise creer...

—Sabele no...

—¡Estamos al borde de la guerra! —Ni un alma se atrevió a respirar ante la súbita ira de su líder—. Te prohíbo que vuelvas a ver a esa... esa estúpida bruja adoradora de árboles y alimañas. Si estalla la guerra, confraternizar con el enemigo será considerado alta traición.

—¡Bien dicho! —exclamó Abel y, a excepción de Fausto, que observaba todo pero mantenía las distancias, todos los miembros de las

Juventudes aplaudieron.

—¿Te estás oyendo?

Las palabras y alardes de estupidez de las Juventudes poco podían importarle. No eran más que un grupo de payasos con demasiadas frustraciones para arreglar sus propias vidas, por eso preferían llenar de escoria la de los demás. Sin embargo, reconocer en el discurso de su padre algunas de sus ideas más características le inquietaba. Puede que Gabriel no hubiese sido un padre ejemplar, pero había sido un buen líder para los nigromantes, o al menos, uno decente.

—¿El enemigo? ¿Guerra? ¿Qué guerra? —preguntó Cal.

—La que nos han declarado.

—¿Eso ha dicho el aquelarre?

—No, claro que no. —Por un momento creyó que su padre admitiría que existían dudas razonables, pero el mensaje de las Juventudes parecía haber calado también en él—. ¿No creerás que van a asumir las consecuencias de romper el Tratado de Paz sin más, verdad? No, nos seguirán provocando hasta que seamos nosotros quienes lo hagamos. ¿Es eso lo que quieres? ¿Desatar una maldición sobre esta familia?

Cal miró a su alrededor, buscó una mirada de apoyo entre los subordinados de su padre, o al menos un ápice de comprensión, un mínimo gesto que le ayudase a estar seguro de que no era él quien estaba perdiendo el juicio. Fue en vano. En mayor o menor medida, todos parecían coincidir con la opinión de su padre. Tenía que contar la verdad, tenía que decirles que todo había sido culpa suya, sin importar las consecuencias, antes de que fuese demasiado tarde.

—Te equivocas, déjame que te explique qué...

—¡Son brujas, Caleb! ¿Qué esperabas, que nos invitasen a tomar té todos los domingos para charlar?

—Escúchame, te equivocas. Yo sé lo que ha ocurrido, no tiene nada que ver con...

—Siempre he lamentado que mi propio hijo prefiriese malgastar su don en lugar de sucederme, pero, por una vez, me alegro de que nuestra hermandad no vaya a caer en las manos de un necio.

El golpe impactó en sus entrañas como un derechazo asestado con un

puño de hierro. El labio de Gabriel tembló cuando terminó de hablar, como si incluso él se hubiese percatado de que había cruzado el límite. Sin embargo, no rectificó, no pidió disculpas, no dio un paso atrás. Cal sabía que eso significaba que, arrepentido o no, había verdad en sus palabras.

Sí. Tenía razón. Era un necio. Era un necio por creer que lo que él pudiese decir cambiaría algo. Ya era demasiado tarde. Habían despertado a un monstruo, uno peor que la rabia de unos cuantos fanáticos, más peligroso: el odio que aguardaba dormido, tan sosegado que casi parecía inofensivo, abrazado al miedo que habitaba dentro de todos y cada uno de ellos.

Cruzó el recibidor a grandes zancadas y subió las escaleras tan rápido como pudo sin correr. Tenía que salir de ahí. Tenía que avisar a Sabele. Cogería sus cosas y se marcharía antes de que alguien intentase detenerle.

—¡Caleb! —Escuchó la voz de Fausto y pasos aproximándose a él por los pasillos de la segunda planta—. ¡Chacal! ¡Espera! —Sintió una mano sobre su hombro y la apartó bruscamente.

—¿Qué quieres?

Se detuvo y dio media vuelta para mirarle. Fausto balbuceó antes de reunir las fuerzas para decir:

—No se lo tengas en cuenta. Está cansado, han sido un par de días duros y son muchas las familias que están presionándole para que actúe, apenas ha parado para dormir o comer y... en definitiva, lo que quiero decir es que... tu padre te quiere.

—Ya. Acabo de verlo ahí abajo. Llevo años viéndolo.

Años y años de celos infantiles y envidias enterradas durante la adolescencia afloraron hasta la piel en cuestión de segundos, emponzoñando cada gota de su sangre. Para su padre él no había sido nunca un hijo, solo una fecha de caducidad.

—Caleb...

—No me llames así. Solo mi familia me puede llamar así. Aquí soy Chacal.

—¿Ahora no somos familia?

Sabía que no estaba siendo justo con él, que Fausto no tenía la culpa de haber ido a parar a dónde estaba igual que él tampoco era responsable de

los caprichos que le tenía preparados la vida; sabía que su viejo amigo era el único que había corrido detrás de él, el único que lo estaba intentando, y aun así, los celos fueron más fuertes que todo cuanto sabía e ignoraba, que todo cuanto era justo o injusto.

—No. Nunca lo hemos sido. Tú eres el hijo de mi padre, y yo... yo soy un huérfano. Nada más. Esta hermandad siempre me ha rechazado y va siendo hora de que actúe en consecuencia.

Intentó marcharse a su habitación y Fausto le retuvo de nuevo, esta vez corriendo para interponerse en su camino.

—Caleb...

—¡Déjame en paz!

—¡No! ¡Tienes razón! No en lo que piensas de tu padre, sino en todo lo demás. No podemos permitir que este malentendido acabe en una guerra.

—Anoche no pensabas lo mismo. —La sorpresa resquebrajó el gesto sereno de su amigo—. Te oí hablando con... Gabriel.

—Sí. Es cierto. Me dejé llevar por el miedo. Pero un buen líder no permite que sus emociones y su ignorancia nublen su juicio. Puede que nunca lo llegue a ser, pero estoy intentando ser la persona que se espera de mí.

Cal inspiró profundamente, retuvo el aire, espiró e intentó tranquilizarse. A veces se le olvidaba que él no era el único con problemas y dudas.

—Lo serás. Y cuando llegues al poder y seas un gran líder, hazme un favor. Deshazte de las Juventudes.

Fausto sonrió, y su fino, apenas perceptible, bigote se agitó sobre su labio.

—Te lo prometo, pero mientras llega ese día, necesitaré tu ayuda.

Cal negó con la cabeza.

—Lo siento, la política no es para mí.

—Al menos, ven a las próximas reuniones. Si hay una votación necesitaremos unir fuerzas contra las Juventudes.

Lo que su viejo amigo le pedía se materializó sobre sus hombros como si fuese el peso del mundo entero. Cada segundo que pasaba ahí, mientras Sabele y sus amigas buscaban al espectro, el verdadero causante de aquella

crisis diplomática, aumentaba su sentimiento de culpa. Pero Fausto tenía razón, puede que nadie fuese a creer su palabra al defender a las brujas, pero su voto valía tanto como el de cualquiera.



Hasta que no se sentó, Sabele no se dio cuenta de lo mucho que le dolían los pies de tanto andar. Llevaban toda la mañana recorriendo las calles de Madrid en busca de Zorro. Lucas y ella. A solas.

Al principio se había sentido incómoda. Era gracioso, porque cuanto menos importancia intentaba darle al hecho de que caminaban a unos cuantos centímetros de distancia o de que le era inevitable no perder detalle de todos los movimientos y palabras de su acompañante, más le costaba quitárselo de la cabeza. Tan gracioso como un puntapié en la espinilla.

Si hubiese podido tirarse de las orejas lo habría hecho, por ser tan boba. Caminaba en silencio junto a él porque le atemorizaba hablar por si decía una tontería o hacer cualquier cosa que pudiese llamar su atención, a ella, que jamás había sido tímida. Se estaba comportando como una niña asustada. Es más, se habría abofeteado hasta obligarse a reaccionar. ¡Por el amor de la Diosa! Miles de personas veían sus vídeos en internet y daban *likes* a sus fotos, era una *it-girl* de la comunidad mágica (por detrás de Valeria, claro) y había tenido como novio al chico perfecto de Instagram al que muchas y muchos deseaban.

No necesitaba preocuparse por lo que fuesen a pensar de ella los demás

la mayoría del tiempo porque sabía la imagen, cierta o no, que tenían de ella. Pero con Lucas... con Lucas era distinto. A él le daban igual esas cosas: los seguidores, los postreos, los textos idílicos describiendo una vida guionizada... Luc veía a través de su puesta en escena, y pensar qué era lo que había encontrado ahí la intrigaba y abrumaba a partes iguales.

Cuando no le conocía había sido fácil, tenía muy claro cuál era el papel que tenía que defender. Ni siquiera había sentido nervios la noche antes de su primera cita, si es que a eso se le podía llamar así, aún no lo tenía claro. En cambio, ahora que se había dado cuenta de que su antipatía por él se estaba transformando en otro tipo de sentimientos (¿complicidad, amistad, empatía mutua?) y que él empezaba a saber más cosas de ella de las que solía compartir... No sabía cómo se suponía que tenía que comportarse alrededor de él. La ficción de internet ya no le servía de nada. La había visto desplomada en el suelo sin poder respirar y perdiendo los nervios con Cal porque la situación se escapaba de su control. Había sido testigo de todas esas debilidades que jamás habría compartido en ninguno de sus perfiles.

Las cartas le habían advertido que fuese cautelosa, la magia lo señalaba como un peligro. La lógica y la razón no cesaban de repetirle que lo más sabio era mantenerse tan alejada como le fuese posible. Era simple. No había que darle tantas vueltas. Cooperaban por un objetivo compartido y, una vez que lo consiguiesen, se acabaría la lista de cosas que tenían en común.

Se pasaron el trayecto de ida en el metro en absoluto silencio, y tal vez hubiesen andado todo el día bajo aquella tensión densa e incómoda si Sabele no hubiese tropezado consigo misma en las escaleras de la estación de Ópera. Lucas la sujetó para evitar que se cayese y, quizá por haberla salvado de un buen golpe o porque era así de idiota, se permitió la libertad de burlarse de ella.

—Ahora entiendo por qué no vas en escoba; si no puedes ni andar... —dijo con un amago de sonrisa que la hizo sentirse como si hubiese presenciado la aurora boreal.

—Qué típico, como soy una bruja, escobas, ¿no? Muy ingenioso —dijo ella, herida en su orgullo, pero aliviada por haber roto su improvisado voto

de silencio.

—Supongo que las necesitaréis para jugar al Quidditch.

Sabele le lanzó una mirada de desprecio. Si había algo que odiase más que las típicas bromas sobre clichés como los sombreros de pico, las escobas o convertir a la gente en sapo, eran las referencias al mundo de Harry Potter. Aunque tenía que admitir que J. K. Rowling había acertado en unas cuantas cosas y que se había leído todos los libros varias veces, el famoso niño mago solo había contribuido a crear nuevos y absurdos mitos.

—Cállate.

Sabele le propinó un pequeño empujón que estuvo a punto de desestabilizarle y hacerle caer. No era su intención (estaba acostumbrada a bromear y a jugar con Cal y no había tenido en cuenta la diferencia de tamaño. A su exnovio no le habría hecho caer ni el ojo de un tifón girando sobre su cabeza), sin embargo, en lugar de molestarse, a Lucas se le escapó una sonrisa traviesa.

—¡Oye! Que yo no tengo la culpa de que seas una torpe. Cacho torpe. Torpe más que torpe.

—Y yo no tengo la culpa de que tengas la boca tan grande, bocazas.

—Creo que la palabra que buscas es «mordaz», aunque también me vale «ingenioso».

—Un gran nivel de vocabulario para alguien a quien le gusta ver dibujos animados. ¿Cuántos cumpleaños este año, ocho?

—Son dibujos para adultos.

—Sí, para adultos que viven en el sótano de sus padres.

Lucas miró hacia otra parte y Sabele fingió que no estaba sonriendo.

—Pero ya discutiremos sobre tu pésimo gusto luego —dijo Sabele, reprochándose a sí misma—. Tenemos un corriente embrujado al que encontrar.

Si tuviese a mano la vieja brújula que su tía le regaló a mano, habría sido mucho más sencillo localizarle, pero tuvo que conformarse con seguir su instinto. Invocó una diminuta bola de luz que brilló sobre sus cabezas.

—Muy mona... ¿para qué sirve? —preguntó Luc. A veces se le olvidaba que, al contrario que todas las personas que le rodeaban, él sí percibía la magia.

—Se irá volviendo de color cálido a medida que nos acerquemos a Zorro.

Caminaron hasta la Puerta del Sol, subieron hasta Gran Vía a través de la calle Montera y la volvieron a bajar hasta llegar a la Puerta de Alcalá. Pasearon por Serrano y por Goya, comentando la ropa de los escaparates de tiendas en los que jamás se habrían podido permitir comprar, cruzaron el parque del Retiro de lado a lado, incluyendo una parada para admirar su estatua preferida, el Ángel Caído, que por algún motivo siempre le hacía pensar en Cal. Bajaron a Atocha, pasearon por Lavapiés, respirando el especiado olor de los restaurantes indios y los kebabs, se detuvieron ante el Congreso de los Diputados, preguntándose sobre qué hablarían hoy los reporteros que conectaban en directo frente a sus puertas, y atravesaron el Paseo del Prado confundiendo entre los turistas. La caminata fue más larga de lo que tenían planeado, pero ninguno de los dos se percató del paso de las horas, demasiado ocupados en la tarea de llevarse la contraria el uno al otro por el mero placer de discutir hasta que, casi por accidente, acabaron teniendo una conversación de verdad.

Hablaron de todo lo que les gustaba, de arte, de música, de cine, de moda, y también de lo que detestaban. Descubrieron que no tenían prácticamente nada en común salvo que sus ataques de ansiedad y su afición por la cultura en general (aunque nunca coincidiesen a la hora de admirar a artistas, ella era más de Rosetti y él de Warhol; musicalmente hablando, a ella le gustaba canturrear canciones españolas mientras que a él le horrorizaba todo lo que no hubiese nacido en el Reino Unido; en lo que a cine respecta tampoco coincidían, ella tan de *Desayuno con diamantes*, él tan de *Trainspotting*).

Por supuesto ninguno de estos datos contribuía a cumplir su misión, pero tampoco la perjudicaba. No tenían nada mejor que hacer, ni nada que les apeteciese más. Sabele mantenía parte de su atención en la bola de luz y tan solo habían conseguido que se tiñese de un vago naranja. Ese hombre era más escurridizo que el animal que llevaba su nombre.

—Una duda existencial que tengo... —preguntó Luc al cabo de un rato.

—No me lo puedo creer. ¿Vas a interesarte por otro ser humano que no seas tú?

—Oye, ¿me vas a dejar acabar o no? Que va en serio.

Sabele cogió aire. Hablar sobre series, películas y música era muy distinto a ponerse serios, y había una leve gravedad en la voz de Luc que le hacía sospechar que estaba siendo genuinamente sincero. Y no sabía si estaba preparada para volver a convertirse en esa chica sin filtros.

—Vale. Dispara.

—¿Por qué YouTube? No sé, si yo fuese una bruja todopoderosa emplearía mis talentos para hacerme rico en Las Vegas sin que nadie lo supiese, no para enseñar a la gente a fabricar sus propias velas mágicas. Que no lo critico, quiero decir, está muy bien y todo eso, para quién le interesen las velas, pero... en fin, ¿por qué?

Sabele cogió aire intentando averiguar cómo interpretar sus palabras. Le pareció entender que sugería que no era demasiado ambiciosa. Comprobar que la percepción honesta que tenía de ella era la de una «conformista fabricante de velas» no le resultó demasiado halagadora. Pero al menos ya no parecía pensar que fuese una superficial. Iban mejorando. Ella también había dejado de ver en él un cretino de los pies a la cabeza.

—A ver... en primer lugar, no soy todopoderosa. Ninguna de nosotras lo es, y yo menos. Aún tengo mucho que aprender. En segundo lugar, no es tan fácil como chasquear los dedos y desear lo que quieres, la magia tiene reglas y, sobre todo, consecuencias. Y, además... ¿tú compones para hacerte rico?

—En parte.

Sabele se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

—Vale. Está bien, supongo que no. No es el objetivo principal.

—Pues yo tampoco uso mi magia pensando en tener dinero y lujos. No me va mal, no me quejo, pero nunca es lo que he buscado. —Luc la miraba fijamente, esperando a que siguiese hablando, como si su respuesta no le bastase—. Supongo que todo empezó cuando era niña.

—Madre mía... tampoco hace falta que te pongas en plan David Copperfield.

—No lo hago, es la verdad. Me pasé toda mi infancia vagando por el mundo junto a mi tía —«huyendo del pasado»—. Lo habitual era que Jimena no tuviese ni un céntimo en el banco porque, cuando conseguía algo

de dinero, se lo gastaba en pagarnos una gran cena, o en un par de noches para las dos en una *suite* de lujo de algún hotel pomposo, eso cuando no se lo regalaba a alguien que lo necesitase más.

»Conseguía el dinero con sus pequeños trucos de magia: leía la mano, echaba las cartas, vendía amuletos para la buena suerte, contra el mal de ojo... Cualquiera cosa que pudiesen necesitar en el lugar al que acabásemos de llegar. Ella siempre sabía cuanto era justo pedir a cambio. A las ricachonas que venían a suplicar consejo y auxilio para que su cena de gala fuese mejor que las de sus amigas solía cobrarles una buena cifra en el talonario, a las mujeres humildes que buscaban suerte para encontrar un trabajo, lo que pudiesen dar para contribuir. Si no tenían nada más que ofrecer que un techo, algo de comida o ropa vieja... nos conformábamos.

—No me puedo creer que nadie llamase a las servicios sociales.

Sabele no pudo evitar sonreír. Quizá para alguien que había pasado toda su vida bajo el mismo techo, marcando sus cambios de altura en los márgenes de la puerta, decorando una y otra vez la misma habitación con distintos pósters, era difícil comprender por qué nadie cambiaría su seguridad por una vida nómada.

—La verdad es que fue bonito. Agotador, pero bonito. El caso es que cuando fui haciéndome más mayor, mi tía a veces me encargaba a mí las clientas más fáciles. Como sabía que nos marcharíamos en cuestión de días o semanas pensé que sería buena idea enseñarles algunos trucos para que pudiesen utilizarlos ellas mismas, y después... conocí a Cal. —Miró a Luc para ver cómo reaccionaba ante la mención de su ex, pero no percibió ningún cambio en su expresión—. Me habló del canal de dibujo que tenía por aquel entonces y se me encendió la bombilla. Si contaba esos consejos en internet podrían serles útiles a muchas más personas que si iba una a una. Aunque nunca pensé que a tantas.

Luc asintió lentamente, mirando al infinito.

—¿Seguro que no fue por la ropa gratis?

—Me rindo. Eres imposible. ¿Cómo se puede ser tan cínico?

—«Me hice un canal para ayudar a los demás, blablablá». Entiéndeme. Suena *fake*.

—Pues no te lo creas si no quieres, es la verdad. Disfruto haciéndolo,

obviamente. Pero la misión del canal es ser útil. A veces resulta agotador compaginarlo todo, pero cuando me llega algún mensaje de una chica en Perú diciéndome que mis hechizos le han ayudado a aprobar un examen o de otra en Chile que ha dejado de tener pesadillas, no sé. Es como que todo el esfuerzo merece la pena.

—¿Hechizos? ¿Sin ser brujas? ¿No será sugestión? —preguntó Lucas, cómo no, derrochando escepticismo.

—Puede, pero ¿importa? La verdad es que yo creo que todos tenemos un poco de magia en las venas.

—Muy bonito. Ponlo en una taza y véndelo.

Sabele miró hacia la bola y comprobó que había pasado de naranja a un frío color amarillo. Zorro se estaba alejando. Hizo que cambiasen de rumbo hasta que tuvo la impresión de que la esfera se tornaba ligeramente ámbar. Aceleró el paso para no perder a Zorro de nuevo.

—¿Y tú qué, señor yo-no-creo-en-absolutamente-nada? ¿Por qué la música?

Se encogió de hombros y estiró los músculos de los brazos. Quizá para ganar un poco de tiempo mientras se quitaba la coraza.

—No por altruismo, te lo garantizo.

—Ya. Con eso contaba.

Lucas parecía incómodo. A pesar de su aparente egolatría, no era la primera vez que se percataba de que eludía hablar sobre sí mismo.

—¿De verdad lo quieres saber? —Sabele asintió y Lucas suspiró—. Quería tener amigos. Me daba igual ser del grupo de los populares, del de los deportistas, del de los *skaters* o del de los frikis, solo quería encajar en algún sitio. Por desgracia, los populares me parecían unos idiotas insoportables, se me daban fatal los deportes, era incapaz de mantener el equilibrio sobre un monopatín y... no me hagas hablar de los videojuegos. Entonces, un chico de mi clase empezó a tocar el bajo y colgó carteles por todo el pasillo diciendo que quería montar una banda... —Se humedeció los labios— y hasta hoy.

Sabele le estudió en silencio. Se imaginó a ese chico demasiado alto para su edad que no tenía miedo de demostrar que el *statu Quo* le daba igual, pasando horas y horas metido en su habitación intentando aprender a

tocar la guitarra por su cuenta, su única arma para lidiar con el peso del mundo. Su corazón se llenó de calidez.

—¿Qué? —preguntó Luc, incómodo al comprobar que no iba a responder ni añadir ninguna observación.

—Nada. Es que... me sorprende que seas humano.

—Bah. No te hagas ilusiones. Eso fue hace mucho tiempo, he cambiado. Ahora me importan muy poco esas cosas.

Sabele no quiso llevarle la contraria. ¿Para qué? Los dos sabían que estaba mintiendo.

Muy pasada la hora del mediodía, sus necesidades mundanas vencieron a su pérdida de la noción del tiempo y decidieron hacer un descanso para comer y recuperar fuerzas. Sobre todo porque la estrategia de permanecer en movimiento no había servido de nada. Compraron *pad thai* para llevar y se sentaron en un banco de piedra en el paseo de Recoletos, casi frente a la Cibeles.

Escribió un SMS a Rosita a través del viejo teléfono para asegurarse de que no había novedades y se dispuso a comer.

—Y ahora que estamos sentados... —dijo Lucas mientras jugueteaba con sus tallarines integrales—. ¿Me vas a decir por qué planeas matarme de agotamiento?

—No sería del todo mala idea, pero solo estamos buscando a Zorro —dijo ella entre bocado y bocado de sus *noodles* vegetarianos, ¿cómo podía no haberse percatado de lo hambrienta que estaba?

—Ya, hasta ahí lo he pillado, pero ¿estamos siguiendo algún criterio o...?

—Zorro podría estar en cualquier parte de la ciudad, no es como si pudiésemos llamar al timbre de su casa o mandarle un mensaje al WhatsApp.

—Acláramelo, estamos dando vueltas por una ciudad de más de tres millones de habitantes con la esperanza de dar por casualidad con un tipo con el nombre de un justiciero enmascarado. ¿Lo he entendido bien?

—Te lo creas o no, es la única forma de dar con él sin el cristal mágico y el mapa que no tenemos. —Al menos para brujas con su nivel de conocimiento mágico—. Así que sí. Supongo que ese es el plan.

—Fantástico, ¿y qué otros *hobbies* tenéis las brujas para pasar el rato? ¿Cazar gamusinos? ¿Contar granos de arena en la playa?

Después de un largo rato de mecer los palillos de aquí para allá sin ton ni son, Lucas se llevó un bocado a la boca. Había llegado a dudar que se alimentase de sustancias sólidas. Hasta entonces solo le había visto ingerir café y cerveza. Sabele siguió el acto con tanta atención que olvidó qué le había preguntado y tuvo que improvisar una respuesta.

—Zorro... Zorro tiene sus sitios favoritos. —Se esforzó por permanecer concentrada en su propio almuerzo—. Con un poco de suerte le encontraremos en alguno de ellos.

—¿Y si ha decidido quedarse en casa?

Sabele negó con la cabeza.

—No puede dejar de caminar, así que lo dudo mucho.

—¿Es hiperactivo o algo así?

—No, es víctima de una maldición. Si deja de andar se le parará el corazón, pero si no se detiene... es inmortal. Por eso no siente demasiada simpatía hacia las brujas.

Lucas debió de sentirse tan impresionado por la respuesta que los palillos se escurrieron de entre sus dedos con los tallarines incluidos.

—Así que yo que tú empezaría ser a más amable con las brujas.

Solo pretendía bromear, por insufrible que pudiese llegar a ser Lucas no estaba entre sus planes maldecirle, de hecho eran contadas las brujas que contradecían a la propia naturaleza de su magia para causar el mal a placer, pero el músico bajó la mirada y... tragó saliva.

—Yo que creía que erais más de pinchar a la gente con ruelas embrujadas y de envenenar manzanas.

—Sí, eso también lo hacemos.

Lucas alzó la vista y sus ojos se encontraron. Sabele fue la primera en sonreír, y una risa clara y amistosa la siguió. Lucas frunció el ceño, aunque en sus labios disimulaba una sonrisa.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—A pesar de lo que digan los cuentos, es raro encontrarse con una bruja malvada. La Bruja del Oeste, la madrastra de Blancanieves, Maléfica, la Bruja Blanca, las hermanas Sanderson... seguramente no eran más que

mujeres independientes con unos cuantos dones mágicos, dones de vida, de luz. —Se encogió de hombros—. Pero los corrientes tenéis demasiada imaginación.

—Ya, además, eso de devorar a los niños para ser eternamente joven está tan pasado de moda... Es muy mil seiscientos.

Sabele se volvió a reír y, por un momento, creyó oír la voz de Rosita protestando en su mente. «Por favor, ni siquiera ha tenido gracia».

—Estoy casi segura de que no ha habido ninguna bruja devoradora de niños, ni siquiera en el mil seiscientos.

—Os va más lo de obligar tipos a andar hasta el fin de los tiempos.

—Sí, eso es. —Sabele le señaló con los palillos—. Lo vas pillando.

—¿Y nunca os habéis planteado ayudar al pobre tipo?

—Normalmente ese tipo de maldiciones solo pueden deshacerse cuando se cumple alguna condición.

—¿Del rollo de «encender una vela negra en la noche de Halloween»?

—Más bien del estilo de «sentirse arrepentido por ser tan repugnante». Aunque en realidad solo Zorro sabe cuál es la condición, y lleva así cerca de cuatrocientos años, así que no ha debido de poder o de querer cumplirla. —Lucas arqueó las cejas en lo que Sabele interpretó como un gesto de curiosidad—. Le fue infiel a su novia, o a su amante, o a lo que quiera que fuesen. Parece ser que se ausentaba con la excusa de que necesitaba dar largos paseos para encontrar la inspiración que le ayudase a escribir su próxima obra de teatro cuando en realidad iba a... bueno, a ver a «la otra». Ella lo descubrió y supongo que le pareció un castigo irónico.

—O sea, que está así porque a su novia bruja no le sentaron bien los cuernos. —Chasqueó la lengua—. A veces las mujeres me dais miedo...

Sabele se encogió de hombros.

—No todas las mujeres somos santas, ya sabes, cosas de la complejidad humana.

—Lo que está claro es que si sales con una bruja o un nigromante acabas mal... —dijo Luc, sin más, y siguió comiendo en silencio.

Sabele supo que no había maldad tras sus palabras, ni siquiera era una de esas críticas que se echaban en cara continuamente y que en realidad no significaban nada. Precisamente por eso le dolió tanto. No había rebuscado

las palabras, no pretendía molestar, se había limitado a decir lo que pensaba sin darle más importancia, era lo que había, un hecho, nada más. No era personal.

—También hay historias con finales felices —dijo, aunque en ese momento no se le ocurría ninguna—. Lo que pasa es que, por algún motivo, acabamos contando siempre las que acaban mal.

—Yo... lo que quería decir es que...

Fuese lo que fuese a decir, Sabele ya no le escuchaba. La esfera de luz se había tornado de un cegador color burdeos. Después de tanto buscar a Zorro, Zorro había acabado por encontrarles a ellos. La figura de un hombre vestido con unas mallas negras y una gorguera blanca en torno al cuello en la acera de enfrente había acaparado toda su atención.

Se puso en pie de un salto y salió corriendo hacia el paso de cebra, a punto de ponerse en rojo. Aceleró hacia el hombre ignorando el sonido de un frenazo tras ella y a Lucas pidiéndole a gritos que esperase.

—¡Don Zorro! ¡Don Zorro, deténgase! —Si hubiese oído a alguien llamarlo «Zorro» a secas hubiese entrado en cólera, o al menos tal era la fama que le precedía.

Siguió corriendo hasta llegar a su altura.

—¿Don Zorro?

—Ah. Pardiez. Otra bruja no —dijo al verla.



Estaba loca. Loca de remate. Ida de la olla. Le interrumpió en mitad de una frase para echar a correr sin previo aviso y un coche había estado a punto de atropellarle cuando intentó alcanzarla. Sabele no era buena para su salud. Aunque no es como si él se hubiese lucido. ¿«Si sales con una bruja acabas mal»? , pero ¿qué había sido aquello? «Si sales con una bruja acabas mal». ¿Cómo se puede ser tan estúpido?

Cruzó la calle y se la encontró caminando junto a un tipo vestido de negro que llevaba puesto uno de esos estúpidos collarines como que lucían Shakespeare y Cervantes en sus retratos. El tipo, quien deducía que debía de ser el tal Zorro al que Sabele había llamado a gritos, se mesó el negro bigote y dijo:

—Otra bruja no, ni hablar. Déjame pasear en paz, pérfida criatura, no quiero oír hablar más de vuestros viles trucos. Paso de movidas.

El tipo siguió andando (aunque no había cesado de hacerlo) y devolvió la vista a un libro de bolsillo que llevaba abierto por la mitad. Luc reconoció el título de uno de los últimos *thrillers* que se habían convertido en *bestseller*. Su madre también se lo estaba leyendo.

—Espere, escúcheme, por favor —dijo Sabele, que aceleró para alcanzarle, pero el tipo bajó la cabeza hacia su libro y siguió andando como si la cosa no fuese con él.

«Ni hablar», pensó Luc. Tal vez Sabele fuese demasiado educada y amable como para decirle un par de cositas bien claras a ese escritor de tres al cuarto, pero él hacía mucho tiempo que había perdido la costumbre de preocuparse por lo que le pudiese parecer su conducta a los demás o el efecto que causase en ellos.

Corrió hasta adelantar al tal Zorro y se plantó ante él, obligándole a detenerse.

—Mira tío, llevo toda la mañana dando vueltas por ahí buscándote, los pies me duelen horrores y a mi amiga también. Solo quiere hacerte una estúpida pregunta, así que haz el favor de parar el carro y dedicarle dos míseros minutos.

«¿Mi amiga, en serio?». Miró hacia Sabele para comprobar, aliviado, que estaba demasiado ocupada como para percatarse de su curiosa elección de palabras.

El tipo abrió los ojos de par en par e inhaló una gran bocanada de aire que hinchó su pecho, al que llevó su mano derecha. Se aferró con fuerza a la tela de su blusa.

—¡Luc! ¡Deja que siga andando!

Se echó a un lado y Zorro caminó a grandes zancadas, recobrando poco a poco el aliento.

—¡Malditos seáis! —dijo con el rostro encogido por la ira. Lo cierto es que resultaba cómico ver cómo intentaba mostrar su enfado sin poder dejar de caminar para plantarles cara—. ¡Malhechores, malandrines! ¿Qué queréis de mí? ¡Mal rayo os parta! ¡Id a freír espárragos! —La mezcla tan absurda de expresiones antiguas y modernas hacía que fuese difícil tomarse en serio sus protestas.

Luc supuso que se debía a tantos años de caminata a lo largo y ancho de todas las épocas que había vivido.

Sabele y él intercambiaron una mirada de duda y reanudaron la marcha, caminando a un par de pasos de distancia, solo por precaución. Al menos habían captado su atención.

—Solo queremos información —dijo Sabele.

—Ya, eso queréis todas vosotras, hijas de Belcebú.

Estaba claro que al tal Zorro tampoco le importaba demasiado lo que opinasen los demás de su actitud. Se mesó el bigote de nuevo.

—Por favor... si deja que se lo explique... —comenzó a decir Sabele, pero Luc no estaba por la labor de permitir que sus modales les hiciesen perder un solo segundo más de sus vidas.

—Leticia Fonseca.

Al oír el nombre de su hermana, el hombre se dignó a mirar hacia atrás y ladeó la cabeza para verle mejor.

—Oh, sí. Veo el parecido. —El hombre rumió para sí mismo unos instantes antes de decir—: Si me dejáis en paz, os diré lo que queráis, pero, pardiez, no volváis a detenerme. Y decidle a vuestra... lo que sea, que estamos en paz.

No era especialmente cotilla, ni siquiera se consideraba a sí mismo curioso (hay cosas que es mejor no saber y si uno es listo conseguirá no enterarse de cuáles son, esa era su filosofía), pero no le habría importado saber qué podía haber hecho una agente de la Guardia novata como su hermana por un escritor embrujado. Aunque ahora que lo pensaba, ¿no había comprado Leticia ese libro que leía y había dicho que le parecía un horror?

—Prometido.

—Necesitamos todos los datos disponibles sobre la Viuda de las Letras —dijo Sabele.

—Qué curioso —dijo el hombre sin dejar de mesarse el moreno bigote—. Es la segunda vez esta mañana que me preguntan por ese caso. Al menos vuestras amiguitas y vos podríais llegar aun acuerdo para no venir a molestarme todo el rato con las mismas paparruchas.

Luc miró a Sabele por el rabillo del ojo a la vez que la bruja le buscó de nuevo con la mirada. Encontró sorpresa y preocupación en sus ojos. Si hubiese visto al espectro en acción como hizo él habría sentido algo ligeramente más intenso, la misma sensación de ahogamiento que recorría sus entrañas cada vez que alguien la mencionaba.

—¿No se trataría por casualidad de una chica de mi edad con la cabeza

rapada? —preguntó Sabele.

—La misma. Un horrible peinado, si pedís mi opinión, capaz de afear el rostro más hermoso. Es una ignominia los atuendos que visten estos jóvenes de hoy en día. Ni varón ni hembra deberían lucir un aspecto semejante. ¡Vaya pintas!

—Necesito saber qué le dijiste... quiero decir, que le dijo usted, don Zorro.

—Exactamente lo mismo que os diré a vos: soy dramaturgo y documentalista, no un paquidermo de memoria inabarcable. Si hay información concerniente a esa cuestión que tanto os preocupa la encontraréis entre mi colección de recortes. No puedo ayudaros en nada más.

«Colección de recortes», pensó Luc. «Lo peor es que seguro que, en su época, este notas tendría encanto y yo, tocando la guitarra, no soy capaz de cosechar una cierta reputación entre el sector femenino». Definitivamente, el mundo era un lugar injusto.

—¿Y eso dónde está? —preguntó Luc, intentando ser lo más correcto posible. A juzgar por la expresión de infinito desprecio con que le miró el escritor no debía de haber hecho un gran trabajo.

—Estoy hablando con la joven, no con vos, insolente —dijo, y se giró hacia ella como si Luc no existiese.

«Hay que ver cómo se pone la gente por un infartillo de nada».

—Conservo mi colección en la calle Alfonso XI. —Les dijo el número del edificio y cómo llegar hasta allí—. Las llaves están debajo del felpudo. No toquéis nada más que los archivadores, no me gusta encontrarme marcas de dedos por ahí. Si rompéis algo valioso recordad que tengo toda la eternidad para dar con vosotros y torturaros —dijo mirando a Luc. «Vaya, ahora sí me puede hablar, ¿no?».

—Y por favor, no me molestéis más con este tema.

Sabele se detuvo en seco y Luc la imitó.

—¿Cómo le convenció? —preguntó Sabele.

—¿Disculpa? —dijo Zorro, cada vez más lejos.

—La otra... bruja. ¿Por qué le dijo cómo conseguir la información?

—Digamos que su estilo era mucho más persuasivo que el vuestro,

jovencita, y además, el filo de su daga estaba muy bien afilado.

Tras un buen rato siguiendo las indicaciones de Google Maps y de recorrer otros tantos metros que sumar a su larga caminata, se detuvieron ante un edificio grandilocuente, de fachada blanca, puertas descomunales y ventanales decorados con relieves esculpidos que les hacía sentir como si estuviesen en una glamurosa calle parisina en lugar de en pleno centro de Madrid.

—¿Estás... estás seguro de que es aquí? —preguntó Sabele escéptica, buscando un cartel que confirmase el nombre de la calle.

—Eso parece —se encogió de hombros—. ¿Cómo un tío que se pasa el día andando gana suficiente dinero para vivir aquí? —preguntó Luc, que empezaba a pasar de detestar a aquel tipo a admirarle sincera y profundamente.

—No vive aquí, esto solo es... su almacén.

Definitivamente, el tal Zorro era su nuevo ídolo. Tomó nota mentalmente de que se compraría una casa por la zona cuando fuese rico, solo por tenerla, para guardar sus guitarras o alguna chorrada así. Invertiría en propiedades, como Paul McCartney y Madonna. Así la gente podría ir por la calle en cualquier ciudad del mundo y decir con asombro y admiración: «Mira, ¿ves esa casa de ahí? Pertenece a Luc Fonseca».

Entraron en el edificio cruzando las grandes puertas de madera y un portero uniformado les estudió con desconfianza.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó sin dejar de mirarlos de arriba abajo como si acabasen de aterrizar de otro planeta.

—Eh... sí —se apresuró a responder Sabele—. Venimos al piso de don Zorro.

El portero puso una de esas expresiones de «Ah, ahora lo entiendo». Por supuesto, Luc se sintió herido en su orgullo, ¿qué le hacía pensar que no tenían la bastante clase como para vivir ahí? Ni que él fuese el presidente del Banco de España.

—El segundo a la izquierda —dijo, y volvió a la lectura del periódico deportivo en el que estaba enfrascado.

—Hmmm, gracias —dijo Sabele.

Subieron por las escaleras y buscaron bajo el felpudo, siguiendo las indicaciones del dramaturgo maldito. No había nada más que un par de pelusas.

La falsa Valeria debía de haber pasado por el piso antes que ellos y no tuvo el detalle de volver a dejar la llave donde estaba. Qué asesina múltiple tan desconsiderada. Claro, que esa era la versión optimista de los hechos, la otra opción era... que siguiese ahí.

Luc y Sabele intercambiaron miradas de inquietud y la bruja le hizo retroceder.

Sabele giró el pomo de la puerta, que se abrió sin ofrecer resistencia. Entró poco a poco hasta desaparecer por completo al otro lado. Luc dio un paso adelante, pero sin llegar a asomarse. Aquel asunto le daba mala espina, y perderla de vista no le estaba haciendo ninguna gracia. Era un revelado, y además no tenía ni idea de defensa personal, así que no le habría sido de ninguna utilidad en el caso de que les acechase peligro, pero la incertidumbre le estaba matando. Al cabo de un minuto sin señales de la bruja se decidió a entrar y que fuese lo que tuviese que ser. «Por favor, Dios, o Diosa, o lo que quiera que seas, no me dejes morir en un piso de lujo que no es mío». Nada más entrar se encontró con un gran salón vacío a excepción de las estanterías que cubrían las cuatro paredes desde el suelo al techo. Sabele salió de una de las habitaciones y Luc respiró aliviado.

—No hay nadie —dijo la bruja—. Tampoco parece que se haya llevado nada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luc, examinando los estantes desbordados de archivadores de distintos tamaños, colores y materiales.

—Ahora buscamos pruebas de que nuestro espectro es ella. Tal vez así logremos que el aquelarre nos escuche en lugar de enviarnos directamente a las mazmorras.

«Mazmorras», repitió como un eco en su mente. «Qué bien suena. Mazmorras. Muy *cool*».

—¿Tal vez...? —masculló malhumorado.

Él siempre había sido más de certezas (aunque fuesen improbables en la realidad). Los quizá, los puede y los tal vez nunca habían formado parte de

su vocabulario, y no le entusiasmaban demasiado. Menos aún cuando venían antes de la palabra «mazmorras».

—Es nuestra mejor baza ahora mismo. ¿Qué te parece si tú empiezas por aquel extremo y yo por este? —Señaló a una de las paredes—. Son las noticias del mil ochocientos.

—No era el tipo de plan que tenía en mente cuando me instalé Tinder, pero de acuerdo.

—Prefiero no preguntar qué esperabas encontrar —dijo Sabele, con un fingido escalofrío de grima.

—Nada de lo que estás pensando, no soy tan... básico como piensas —respondió indignado—. Además, si fuese lo que busco, no necesitaría recurrir a una *app*. —No era una mentira, era una teoría especulativa.

A pesar de sus quejas se resignó a cumplir con su tarea y cogió el primer archivador a la vista, eso sí, con desgana.

—Si ves cualquier cosa que tenga que ver con el Barrio de las Letras o crímenes pasionales avísame.

Luc asintió con desgana y comenzó a leer los titulares que, en apariencia, no tenían nada de paranormal. La mayor parte de las noticias recortadas y pegadas sobre láminas de papel amarillento tenían que ver con situaciones poco corrientes pero completamente mundanas: desapariciones, catástrofes naturales, accidentes... nada que dijese «Eh, mírame, soy una sociópata vengativa del más allá». Pasó las páginas durante un largo rato hasta que los minutos acabaron convirtiéndose en un par de horas, y Sabele y él acabaron sentados en el suelo, acercándose a medida que avanzaban con los archivadores.

—Si llego a saber que íbamos a pasar la tarde aquí habría comprado un par de cervezas —protestó Luc, que ya casi había llegado a la década de 1840.

Sabele se agarró a su pierna sin previo aviso y su corazón estuvo a punto de huir de su cuerpo del sobresalto ante la presión de sus dedos. Enseguida apartó la mano, pero los restos de su roce permanecieron adheridos a su piel.

—Quizá no haga falta. —Le mostró una de las páginas del archivador y señaló un gigantesco titular.

«Explosión de mortales consecuencias en el Barrio de las Letras». El papel estaba amarillento y la tinta de las letras a punto de desvanecerse, pero lo más llamativo de todo era que alguien había apuñalado el archivador varias veces, y con bastantes ganas, a juzgar por el daño que había causado. La imagen de un edificio derruido ocupaba la mayor parte de la noticia, pero era la foto de un joven repeinado y con un bigote negro la que se había llevado la peor parte en lo que a cuchilladas se refería.

—El trágico accidente se cobra dos vidas y deja a un huérfano de apenas unos meses —leyó la bruja.

—No lo entiendo. ¿Ha venido hasta aquí para apuñalar un archivador?

—No... Ha venido aquí para averiguar su nuevo nombre tras fingir su muerte, su nombre corriente, el que le dio a su hijo cuando rehízo su vida junto a otra mujer. —Señaló con el dedo el nombre seguido de un apellido ilegible tras el arrebato de ira del espectro. Solo se distinguía la inicial, una letra C—. Es justo lo que nos temíamos... No les está matando por ser nigromantes, está buscando a sus herederos, y no puede quedarle mucho tiempo antes de perder el control sobre el cuerpo de Valeria. Está desesperada y furiosa.

—Qué bien...

Sabele parecía alterada, incluso desorientada. Daba vueltas de un lado a otro de la sala con el archivador a medio abrir entre las manos y murmurando para sí misma.

—Tengo que avisar a las chicas antes de que el espectro vuelva a actuar, no, será mejor que avise a Cal. —Sacó su teléfono del bolsillo de su chaqueta vaquera—. Por primera vez sabemos qué pretende, podemos anticiparnos a ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Luc, quien había vuelto a perderse.

—¿Dónde buscarías si quisieses saber quién es el descendiente de una persona? —preguntó Sabele mientras él se llevaba el móvil a la oreja.

—¿En el registro civil? —dijo Luc, en absoluto convencido por su deducción lógica. Solo esperaba que no fuesen a pasarse lo que quedaba de tarde haciendo cola y papeleos en un edificio institucional.

—¿Cal? Sí, sí. Todo bien. Oye, sé que te he dicho que no necesitaríamos tu ayuda, pero tenemos motivos para creer que el espectro se dirige a... —

La expresión decidida se esfumó de la mirada de Sabele, sustituida por un gesto de completa decepción—. Me da miedo preguntarte cómo lo sabes. — Sabele se mordió el labio y no dejaba de tamborilear el suelo con los pies mientras escuchaba—. Ya veo... Creemos que está buscando a los descendientes de Roberto Galeano. Es una larga historia... Estoy completamente segu... De acuerdo... vale. Sí, lo sé... Te llamaremos, sí, lo mismo digo. —Sabele frunció el ceño—. Chao.

Sabele cogió el teléfono y tomó aire antes de decir:

—Por lo visto ya ha robado los censos y... ha herido de gravedad a tres nigromantes por el camino. Así que volvemos a dónde estábamos. — Suspiró alicaída.

Luc recordó al espectro por enésima vez, empuñando aquel afilado cuchillo en la mano, manejándolo sin reparo alguno, recordó la satisfacción en sus ojos al observar el daño que había causado. Sintió náuseas.

—Vaya, lo siento.

—No es culpa tuya. —Se encogió de hombros—. Con todo lo que ha pasado... estoy distraída. —Se frotó la frente—. Tendría que haber sido más rápida, tendría que haber invocado mi suerte para encontrar a Zorro antes...

—Sabele... —Estiró el brazo hacia ella, movido por el impulso de darle consuelo como ella había hecho con él la noche anterior, pero la joven ya había dado media vuelta hacia la salida—. Eh, no te rayes, ¿vale?

—Lo sé, lo sé. «No es culpa mía». Eso es lo que dice todo el mundo. — Sonrió apenada—. Pero sí que lo es. Vamos, aquí ya no hacemos nada.

Luc asintió con la cabeza. Volvió a sentirse un completo y auténtico inútil que ni siquiera era capaz de consolar a la chica que le gustaba. Había oído tantas críticas sobre su aparente falta de empatía que ya ni siquiera le molestaba, pero, por primera vez en mucho tiempo, sintió con toda su alma no ser capaz de inventar mentiras piadosas, no saber cómo asegurarle que todo iba a salir bien, porque no tenía ni idea de si era cierto o no. Se habría convertido en un tipo optimista y un necio si así hubiese podido arrancar la pena que veía en sus ojos.

«Mierda». Se suponía que el enamoramiento tenía que devastarle, que provocarle impulsos autodestructivos y lamentos continuos que le

convertirían en una gran estrella del *rock*, no en una buena persona.



Sentía que su cabeza estaba a punto de explotar. Fue el primero en cruzar la puerta que conducía al rellano de la mansión desde la sala de reuniones. En cuanto su padre anunció que harían una pausa se encaminó hacia la salida sin disimular sus ganas de huir. «Gracias a las sombras», pensó al oír las palabras «Será mejor que nos tomemos un descanso».

Había sido una de las tardes más interminables y arduas de su vida. Cinco minutos más ahí dentro y se habría puesto a gritar. Saber la verdad y no poder compartirla a sabiendas de que solo empeoraría la situación le estaba volviendo loco.

El espectro había vuelto a hacer una de sus apariciones relámpago, esta vez en una de las oficinas que los nigromantes empleaban para guardar toda la documentación relacionada con el día a día de sus integrantes: denuncias, sentencias, testamentos, libros de familia, los libros de la contabilidad interna y un sinfín de papeles sin demasiado valor más allá de su utilidad para el funcionamiento de su hermandad. De entre todos esos escritos sin importancia, el espectro había optado por robar el censo de nacimientos y

defunciones de nigromantes, dejando a tres heridos tras de sí como prueba del delito. Los miembros de las Juventudes no tardaron en emplear su imaginación para explicar por qué las brujas podían haberse tomado tantas molestias por unos cuantos papeles: era una prueba más de que se estaban preparando para la guerra.

—Si no queréis verlo es que estáis ciegos —exclamó Abel, en pie junto a la pared, respaldado por su gente—. Su plan es ejecutarnos uno a uno hasta que no quede rastro de nuestra hermandad, y es lo que harán si no actuamos cuanto antes. Tienen miedo, sus poderes ya no son lo que eran. Su Diosa —dijo con desprecio— ya no es adorada ni respetada, la naturaleza... —rio—. La naturaleza ya no le preocupa a nadie. Su magia se debilita con el progreso, saben que es cuestión de tiempo que nos alcemos e intentan evitarlo mientras estén a tiempo.

Ninguno de los presentes se atrevió a rebatir sus argumentos esa vez. La posibilidad de que el enemigo hubiese obtenido información estratégica para el combate era precisamente la razón por la que se habían reunido por enésima vez en un par de días. Acerca de sus teorías sobre el poder de las brujas, era cierto que las legendarias druidas que moraban los bosques habían sido mucho más poderosas que sus herederas actuales, pero Abel había olvidado mencionar que sus magias convivían en equilibrio y que si se debilitaba la vida, tarde o temprano también lo haría su hermana, la diosa de muerte.

Cal desistió en sus intentos por convencer a sus hermanos de lo contrario. Nadie iba a tomar en serio la opinión de un amigo de las brujas, aunque fuese el único que supiese la verdad. Si hablaba, solo lograría que le acusasen con el dedo y le llamasen mentiroso, confirmando la sospecha de que se trataba de un traidor.

Miró a Fausto en busca de apoyo. El joven asintió con la cabeza y se puso en pie tímidamente.

—No podemos atacar, no aún. No tenemos evidencias suficientes y... técnicamente, las brujas no han quebrantado el Tratado de Paz —dijo, y cohibidos murmullos de aprobación se propagaron por la mesa.

«No aún». Las palabras permanecieron en el aire y a Cal no le agradó su sonido. ¿Cómo iban a proteger la paz si ni siquiera sus defensores estaban

convencidos de que fuera posible?

Abel respondió con una risotada seca.

—Cierto. Todos sabemos qué le ocurriría a nuestro querido líder y a su familia... —Miró directamente a Cal, su mandíbula se encogió a causa de la rabia reprimida— si quebrantásemos el pacto. Por supuesto, no queremos eso, ¿verdad? —«Quién lo diría»—. Ellas tampoco lo desean para su Dama, por eso no han utilizado la magia para matar a uno de nosotros, ¿verdad? No. —Dio un paso hasta el asiento de Cal y se apoyó sobre el respaldo de la silla. Cal tensó los músculos, preparado para atacar si era preciso—. «Técnicamente» no han quebrado la paz, pero si ellas no necesitan usar la magia para proclamarnos la guerra, nosotros tampoco.

Abel hizo una señal a sus hombres y dos de ellos abandonaron la sala ante las miradas atónitas de los presentes.

—¿Qué juego es este, Abel? —preguntó Gabriel, que sostenía su rostro con una de sus manos.

Estaba agotado y saltaba a la vista. «Nunca dejes que se percaten de que eres humano», le había oído repetir a Fausto una y otra vez. «Para ellos eres su mentor, su guía. No pueden verte sufrir, temer, anhelar, amar, no deben percibir la más mínima debilidad en ti». ¿Qué había sido de sus viejas lecciones?

Los dos jóvenes, vestidos con americanas negras y botas militares, volvieron a entrar en la sala cargando entre los dos una pesada caja que depositaron sobre la mesa, obligando a algunos de los miembros más veteranos de la hermandad a apartarse de su camino en el proceso.

—Yo no he venido a jugar, Saavedra. He venido a ganar la guerra.

Levantaron la tapa de la caja para dejar a la vista de todos los presentes su contenido. Un centenar de alientos se entrecortaron al comprender cuáles eran sus intenciones.

«Están locos», pensó Cal. «Completamente locos». Docenas de armas de fuego apiladas las unas sobre las otras llenaban la caja hasta casi desbordarla. Los juegos bélicos y las pistolas nunca habían despertado el interés de Cal, por eso desconocía el modelo ni estaba del todo seguro del tipo de arma que eran, algún tipo de fusil, tal vez. También ignoraba el daño que podía hacer, pero Abel tuvo la amabilidad de aclarárselo a todos los

presentes. Cogió una de las armas y la mostró orgulloso.

—Esta preciosidad tiene un alcance de casi cuatrocientos cincuenta metros y seiscientos disparos por minuto a una velocidad de dos mil quinientos kilómetros por hora. Con cuarenta como estas solo necesitaremos usar la magia de las sombras para destruir sus hechizos protectores y para limpiar los destrozos.

Sus colegas de las Juventudes rieron y los nigromantes más longevos, que habían vivido toda su vida en paz y no deseaban acabar sus días de otro modo, permanecieron en absoluto silencio.

No podían ser capaces. No podían estar proponiendo un ataque armado contra las brujas en pleno corazón de Madrid. Habían perdido el juicio. Eso quería creer. Que no era más que un pasajero ataque de demencia, una chiquillada que los adultos se dispondrían a detener, pero que hubiesen logrado reunir las armas significaba que iban más en serio de lo que Cal quería creer.

—No somos asesinos —dijo Gabriel.

—No, pero debemos defendernos.

—¿Debemos? —repitió su padre con una carcajada burlona, la misma que solía emplear con él cuando de niño le decía que de mayor iba a ser un artista como su madre o cuando se presentó ante él con una mochila y unos cuantos euros al cumplir los dieciocho para decirle que se iba a recorrer el mundo—. Debemos... Decidir lo que debemos o no hacer no te corresponde a ti.

—Ni tampoco a ti. —Arma en mano, Abel se subió sobre la mesa de un salto—. Como nigromante de la hermandad, hijo de un nigromante de la hermandad, nieto y bisnieto de un nigromante de la hermandad... reclamo mi derecho a llamar al voto al resto de mis hermanos. Exijo que sometamos a votación nuestro destino: ir a la guerra, o sentarnos a esperar nuestro fin. Decidid, hermanos.

Cal tragó saliva. Que un grupo que normalmente contaba con tan contados apoyos como las Juventudes convocasen una votación no era una buena señal. Significaba que estaban muy seguros de que iban a ganarla o de que, en el caso de perderla, no pensaban acatar el resultado sin más.

—¿Por qué... por qué no nos tomamos un descanso? —dijo Fausto, aún

más nervioso de lo habitual—. Estamos todos muy cansados, será mejor que nos refresquemos; así pensaremos con más claridad.

—Sí, hermanos. Descansad y después votaremos. —Abel dio una vuelta sobre sí mismo mirándoles a todos—. Decidiremos si vencen los más fuertes... o los más cobardes.

Cal salió del edificio tan rápido como pudo y caminó directamente hacia el amplio jardín, en busca de su rincón preferido, un pequeño círculo rodeado de arbustos bajo la sombra de un anciano castaño. Era el lugar perfecto para esconderse y fingir que no formaba parte de aquel loco mundo a punto de volverse insoportable.

Se sentó en el banco de piedra bajo el árbol y sacó un cigarrillo de la caja de Lucky Strike que acababa de comprar y dio gracias por haberlo hecho. Si Sabele le viese le regañaría con ganas. El tabaco había sido su único gran vicio antes de conocerla, y ahora que todo lo que le importaba estaba al borde del abismo, nadie se lo iba a arrebatar. «Fumar puede matar», y a él qué más le daba. Tal y como estaban las cosas, podría considerarse todo un afortunado si le mataban sus pulmones marchitados por el humo dentro de treinta años. Sería casi un milagro.

Se llevó el cigarro a la boca, lo prendió e inhaló tan profundamente que no quedó espacio para un solo milímetro cúbico de aire en su cuerpo.

Qué locura. ¿Cómo habían llegado a ese punto? Las Juventudes eran un grupo de inconscientes a los que siempre habían visto como un mal inevitable, la demostración de que «tiene que haber de todo en esta vida», desde luego, nadie a quien tomarse demasiado en serio. ¿Cómo habían logrado suficiente aceptación en la hermandad como para contradecir a su padre, traer armas a su casa y desafiarle con una votación que seguramente ganarían?

Era absurdo.

¿Y si ganaban qué? ¿Entrarían armados hasta los dientes en la casa del aquelarre y después qué? No quería ni pensarlo, no quería aquella imagen en su mente. Era demasiado horrible. Si eso llegaba a ocurrir, sí que tendría que convertirse en un traidor, y lo haría con orgullo. No planeaba quedarse sentado para ver cómo sus hermanos se convertían en genocidas.

Oyó pasos acercándose y se asomó sobre los arbustos para ver quién se

acercaba. Reconoció a Fausto avanzando hasta más allá de su escondite. Por un momento creyó que, como él, huía de la mansión en busca de paz, pero después se percató de que estaba hablando por teléfono. Cal volvió a sentarse en el banco y se esforzó por escuchar, asomándose de tanto en tanto con cautela. ¿Qué escondía su amigo?

—Tiene que ser ya —decía con un tono de voz autoritario que jamás habría esperado Fausto, siempre tan cauto y comprensivo—. He dicho *ya*. No «ya si eso cuando a ti te venga bien». Ya, *ahora*. No. —Fausto se movía de un lado a otro, con los hombros encogidos y los puños apretados, como un tigre enjaulado que fantasea con arrancar el brazo de su domador cada vez que este se acerca a los barrotes—. Quieren empezar una guerra, sí, ¿sabes cómo? Pretenden usar armas de fuego. Lo sé, es absurdo. No podemos permitirlo. Vale. De acuerdo. Allí nos vemos.

El nigromante colgó el teléfono, lo guardó en el bolsillo de su pantalón y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le había visto antes de desandar sus pasos. Cal se mordió el labio. Tenía el presentimiento de que Fausto estaba a punto de meterse en un gran lío. Ignoraba con quién hablaba, pero no le gustó eso de «no podemos permitirlo», sonaba a imprudencia, y Fausto no era el tipo de persona acostumbrada a lidiar con las consecuencias de las malas decisiones que jamás se había atrevido a tomar.

Miró hacia la mansión y suspiró. Allí no había mucho más que pudiese hacer. A pesar de lo que había dicho su casi hermano el día anterior, un voto no cambiaría nada. «¿Por qué, Fausto, por qué tienes que empezar a parecerte a mí justo ahora?», pensó mientras se puso en pie, listo para seguirle allá a donde quiera que fuera.



Ame se alegraba de haberse acordado en el último momento de echar en su bolsa de viaje sus cuadernos de bocetos y unos cuantos bolígrafos. En el aspecto mágico, la tarde no había sido nada productiva, pero al menos había podido avanzar en un trabajo final para una de las asignaturas del Grado de Moda del que era estudiante. Aunque, siendo sincera consigo misma, tenía que admitir que se pasó la mayor parte del día discutiendo con Rosita por fuerza de hábito o mirando fijamente al mapa de Madrid que habían desplegado en la mesa del salón cuando llegaba su turno de guardia, por si el espectro optaba por volver a manifestarse o bajaba la guardia.

En definitiva, acababa de sobrevivir a un aburrimiento mortal. Si al menos hubiese tenido un móvil con conexión a internet para entretenerse con vídeos de animalitos o deslizando el dedo a través de colecciones de fotos infinitas... No estaba tan enganchada a las tecnologías como Sabele, pero después de tantas horas de no ocurrir nada habría pagado por poder conectarse veinte minutitos a 21 Buttons.

Esperaba, casi en un acto de fe ciega, que al menos su sacrificio hubiese

servido para que esos dos grandes tontos se hubiesen acercado un poquito más el uno al otro. Figurada y, a ser posible, literalmente. No entendía qué hacían que no se habían besado ya. Le hubiese gustado poder gritarles: «¡Besaos ya, par de tontos!». Se sentía como la espectadora de una serie de televisión en la que los guionistas no dejan de inventar impedimentos para que los dos protagonistas no estén juntos porque si lo hiciesen se quedarían sin trama. Salvo que ellos dos en realidad no tenían ningún obstáculo que superar salvo lo ciegos que estaban. ¡Tachán! Incluso Rosita se había dado cuenta, aunque se negase a admitirlo.

—Yo... no lo veo —dijo Rosita, cruzada de brazos, otro signo más de su negación—. Y no entiendo tu empeño. No sabemos nada de ese tío, ¿y si acaba haciéndole daño?

—Estás subestimando a Sabele, y mi magia.

Lo más probable era que Rosita fuese a restregarle de nuevo que no creía en las almas gemelas, pero el sonido de la puerta de la entrada abriéndose zanjó del debate.

—¿Mamá? —llamó Luc.

—Solo estamos nosotras, hijo mío —anunció Rosita.

Tan pronto como vio sus caras, Ame supo que sus plegarias no habían sido escuchadas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, y Luc se encogió de hombros antes de ir derecho a la cocina—. ¿Habéis encontrado algo?

—Solo confirmamos lo que ya suponíamos, así que no ha servido de mucho. Necesito darme una ducha —gruñó Sabele, malhumorada, y desapareció escaleras abajo hacia el sótano después de dejar un pesado, viejo y polvoriento archivador sobre la mesa del salón.

Luc reapareció con una lata de cerveza en la mano y la misma cara de desamparo que lucía Sabele.

—¿Queréis beber algo?

—No. Estamos bien. ¿Qué tal ha ido? —preguntó Ame. Luc se dejó caer en el sillón frente a ellas.

—Ya has oído. Sin pena ni gloria.

—No me refería a eso, sino a *vosotros* —dijo haciendo un especial hincapié en la última palabra.

—Ya empezamos —Rosita resopló.

—No hay ningún «nosotros». —Luc hizo unas comillas con los dedos de su mano libre.

—De acuerdo. —Ame se encogió de hombros y volvió a sus dibujos.

—En serio, no hay ningún nosotros.

—De acuerdo. —Ni siquiera levantó la vista del cuaderno.

La técnica de la indiferencia no le había fallado nunca y no iba a hacerlo entonces. La clave estaba en encontrar el momento en que la otra persona estaba deseando hablar, pero no sabía cómo. El pobre Luc era un blanco fácil.

—¿Cómo va a haberlo si ni siquiera he sido capaz de animarla? Quiero decir... me gustaría, pero... No sé pensaba que con esa cuenta de Instagram que tiene sería una tía mucho más alegre. Quiero decir, lo es, pero... bueno...

—¿No es perfecta? —sugirió Rosita—. Ya, bueno. Tú tampoco vas anunciando por ahí tu larga lista de defectos, guapito.

Luc arqueó una ceja con incredulidad y Ame se apresuró a intervenir.

—Luc, escucha. No hay mucho que puedas hacer ahora mismo, quiero decir, no te ofendas, pero solo eres un revelado. —La ceja rebelde de Luc permaneció arqueada—. Ya nos estás dando cobijo cuando no teníamos a dónde ir, ¿qué más quieres hacer?

El chico se hundió lentamente en el sillón y se mordió el labio exasperado.

—Si pudiese conseguir el arpa... y entregarla... os dejarían en paz y podríais volver a casa. No necesitaríais que os acogiese nadie.

—No te ofendas, corriente, pero las brujas más talentosas y competentes del país están empleando todos sus recursos en encontrar ese arpa y no lo han conseguido, ¿cómo piensas hacerlo tu en ese hipotético mundo de *yuppie* tuyo? —dijo Rosita con una de sus sonrisas pasivo-agresivas—. Si el arpa no te llama, no hay nada que hacer.

—Creo que lo que Rosita quiere decir es que, aunque consiguiésemos el arpa, aún tendríamos que explicar cómo Valeria acabó siendo poseída por un espectro maligno. —Ame le dirigió una mirada de reproche a Rosita que la hizo suspirar, resignada.

—Sí, claro... supongo. Con todos los problemas que tenemos ahora mismo, lo del arpa tampoco es para tanto, además, Sabele siempre ha sido algo susceptible con ese tema, así que, relájate...

—¿Susceptible? —preguntó Luc—. Quiero decir... no es que me importe demasiado el arpa, ni Sabele, o sea... me da igual. —Su insistencia por mostrarse desinteresado no hizo más que desmentir sus palabras.

Ame y Rosita intercambiaron miradas y una incógnita compartida. ¿Hasta dónde podían y debían hablar? Sin pretenderlo habían ido a dar con un tema peliagudo. Rosita desvió la mirada, dispuesta a dejarlo estar. Ame, en cambio, estaba dividida. Como amiga, sabía que Sabele tenía que ser quien decidiese si quería que los demás conociesen o no ciertos aspectos de su pasado. Como casamentera, era consciente de que, tal vez, si Luc supiese por qué Sabele actuaba como lo hacía, podrían entenderse mejor y las cosas fluirían más fácilmente. Se estaba convirtiendo en toda una entrometida, pero lo hacía en nombre del amor. O de eso se convenció.

—Su madre tocó el arpa —dijo. Sin miramientos ni paliativos, sin introducciones, sin tiempo para arrepentirse, como quien se quita las tiritas de un tirón.

Rosita le dio un codazo, pero Ame estaba concentrada en la expresión de Luc, que de pronto se había quedado completamente pálido. Ni siquiera ella esperaba que le fuese a afectar tanto.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó el chico.

—*Breaking news*: ser una bruja en un mundo que desprecia la magia no siempre es fácil —respondió Rosita.

—¿Qué paso?

—¿De verdad te importa? —protestó la bruja, cruzándose de brazos y dirigiendo a su amiga una mirada que decía «Ame, no» en todos los idiomas habidos y por haber.

—El equilibrio. —La confusión en el rostro de Luc le indicó que, a pesar de ser un revelado, no tenía ni la menor idea de lo que le hablaba—. Todo en este mundo está sometido a un orden y un equilibrio, desde el más insignificante detalle hasta los grandes acontecimientos. La gente corriente suele pensar que la magia, o lo hacían cuando creían en ella, desafía el orden natural de las cosas, pero no es verdad, forma parte del equilibrio y se

rige por sus normas. La madre de Sabele... Diana, y sus amigas abusaron de sus poderes, pero ella sufrió más que ninguna otra sus consecuencias. La magia no es un juego.

Ame sintió el reproche de Rosita volando directamente hacia ella. «¿Ah, sí?», parecía querer decirle, «Pues estamos metidas en este lío porque se te olvidó ese detalle».

—El mayor talento de la familia de Sabele es la fortuna, la buena y la mala suerte. Sabele es mucho más poderosa de lo que aparenta porque se reprime mucho. Toda la buena suerte que invoque acabará equilibrándose mediante la desdicha tarde o temprano, por eso es muy cuidadosa y se limita a hacer y enseñar pequeños trucos. Nada grandioso, porque las consecuencias serían terribles. Su madre y su tía no fueron tan cautelosas y creyeron que podrían seguir manteniendo su buena suerte para siempre mediante la magia, pero no fue así. Acabaron por agotarse y, la mala suerte que habían eludido durante años vino de golpe. No conozco los detalles, pero sí que la desesperación hizo que Diana no fuese capaz de soportarlo. Creyó que tocando el arpa, que renunciando a su magia y a su buena suerte, haría que se fuesen las desgracias, pero no fue así.

Luc escuchó la historia en silencio y cabizbajo, sin interrumpir con sus habituales comentarios, sin un solo gesto que pudiera translucir sus impresiones. Permaneció en silencio, procesando lo que acababa de oír como si le costase creerlo, pero, a la vez, lo explicase todo.

—¿Qué, te ha gustado la historia? —preguntó Rosita, sarcástica como de costumbre.

—A mí me ha encantado. —El sonido de la voz de Sabele les dejó helados de los pies a la cabeza a los tres.

Ame se asomó para mirarla esperando encontrarse con una mirada de odio directamente clavada en ella. Su enfado habría estado más que justificado y contaba con él, sin embargo, lo que halló fue mucho peor. La piel de Sabele aún estaba húmeda, su pelo mojado, pegado sobre su rostro ojeroso, y la vieja y larga camiseta de Luc la hacía parecer pequeña y vulnerable. Mantenía la vista clavada en ninguna parte en particular y había rodeado su cuerpo con uno de sus brazos.

—Una historia preciosa.

Ame pudo escuchar el nudo en su garganta.

Sabele dio media vuelta y se marchó. Sin un «¿Cómo has podido?» o un «¿Quién te crees que eres?». Ya no tenía tan claro como antes que contar aquella historia fuese a merecer la pena a largo plazo.

—Mierda. Maldita sea. —Rosita sí la volatilizó con la mirada—. ¿Ya estás contenta?

Se dispuso a responder, pero vio por el rabillo como Luc se puso de pie sin previo aviso y salió del salón en apenas dos pasos para seguir a Sabele.

—Lo cierto es que sí.

Ame sonrió de oreja a oreja con tanta euforia que tuvo que esconder sus dientes tras su mano mientras reía, un viejo hábito de la infancia del que no se había desprendido del todo.

—¿Sabes? A pesar de esa apariencia de niña mona e inocente que das con tu ropa de color pastel, tu voz dulce y los estampados de animalitos... eres maquiavélica. Y temo el día en el que pretendas buscarme pareja.

—A ti te cobraré por mis servicios, por tener tan poca fe —dijo, y volvió a sus dibujos.

Había visto suficientes películas románticas para saber que si no se besaban esa noche, no lo harían nunca. Qué lástima. Si hubiese sido tan buena con las pócimas como Rosita se habría asegurado de echar unas cuantas gotas de filtro amoroso en todas las cervezas que había en la nevera.



Salió al jardín tan rápido como pudo. Necesitaba aire fresco. Necesitaba salir de ahí.
«¿Por qué? ¿Por qué, Ame, por qué? ¿Por qué tenía que habérselo contado? A Lucas, precisamente a él».

No es que se sintiese avergonzada por las historias de su pasado, ni tampoco era un gran secreto. Todo el mundo en la comunidad mágica conocía la historia de Diana Yeats. Precisamente por eso prefería que Lucas siguiese en su ignorancia de corriente.

En el aquelarre la trataban con pies de plomo y una cierta condescendencia que la sacaba de quicio, era «la hija de la pobre Diana, la loca Diana que perdió la cordura tras tocar el arpa y renunciar a sus poderes». Nadie quería que ella corriese el mismo destino que su madre, aunque, en realidad, ninguna de esas personas que tan preocupadas decían estar por su salud habían hecho demasiado por impedirlo. Algunas incluso habrían contribuido si su tía no hubiese hecho todo lo posible para evitar que permaneciese demasiado tiempo rodeada por el mismo aquelarre.

En su mundo era algo parecido a una «pobre huérfana», a pesar de que su madre continuase con vida, y la mayoría de las brujas se aseguraban de

recordárselo continuamente, pero, en el mundo de Lucas, solo era Sabele. Cuando estaba con Lucas, nadie la trataba como si estuviese a punto de romperse, y no quería que eso cambiase. No quería que sintiese pena por ella. Compasión era lo último que deseaba ver en sus ojos.

Se rodeó a sí misma con los brazos. Solo llevaba una camiseta de manga corta, su pelo seguía húmedo y en el albor de la primavera las noches aún eran frescas. Quizá fuese mejor que se tragase su orgullo y entrase en la casa antes de que pillase una pulmonía. No. No quería ni verle. Susurró un hechizo que calentase su cuerpo y cuando apenas lo había concluido, mientras una cálida sensación la recorría, vio a Lucas deteniéndose junto a ella por el rabillo del ojo.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad, rozando lo desagradable. Prefería que la odiase a que le tuviese lástima.

Lucas se encogió de hombros.

—He visto la puerta abierta y he pensado que hacía mucho que no salía al jardín.

Sabele resopló malhumorada. Ni siquiera se estaba esforzando por fingir que quería que le creyese.

—No hace falta que vengas a darle una palmadita en la espalda a «la pobre Sabele».

—Tranquila, no estaba entre mis planes... Aunque sí que hay algo que quería decirte que a lo mejor te ayuda.

Sabele le miró expectante, preparada para oír cualquier cosa. Lucas extendió la mano hacia su cuello y sintió su roce mientras tocaba un mechón de su pelo.

—Tienes un pegote de champú en el pelo —dijo, y le dedicó algo parecido a una pequeña carcajada. De acuerdo, quizá no se había preparado para *eso*. Sabele le apartó la mano y comprobó que, en efecto, tenía restos de mascarilla en un mechón—. No me extraña que no seas capaz de andar sin tropezarte, si ni siquiera sabes ducharte.

—Idiota —protestó ella con su mejor gesto de enfado, aunque la verdad era que se alegraba de comprobar que entre ellos las cosas seguían como antes—. Tu ducha tiene muy poca presión. No es culpa mía.

—Ya. Tú échale la culpa a la ducha, torpe.

Se miraron y los dos sonrieron antes de sumirse, sin verlo venir, en un silencio un tanto incómodo. Sabele decidió que prefería sacar el tema entonces y aclararlo antes de que se convirtiese en un tabú entre ellos.

—¿Sabes? En realidad, yo ni siquiera conozco a mi madre, nunca me han...

—Sabele, eh. No pasa nada. No tienes por qué explicármelo, todo el mundo tiene movidas familiares. Yo... siento haber sido, ya sabes, un maldito cotilla.

Sabele se cruzó de brazos y desvió la mirada.

—No pasa nada...

—Sé que no es lo mismo, pero para compensar te diré que en mi caso lo que tengo son *daddy issues*. Es mucho más humillante, así que debería valer. Mi terapeuta lo llamaba «problemas de comunicación paterno-filiales», pero en realidad el problema es que mi padre es un poco idiota, un idiota que no acepta que su hijo esté «desperdiciando su vida y su talento» —dijo tornando su voz grave—, y que yo me parezco a él más de lo que me gustaría admitir.

Sabele se atrevió a mirarle y se tropezó de bruces con sus ojos avellana.

—No será para tanto...

Lucas se metió las manos en los bolsillos y Sabele intuyó que estaba a punto de contarle algo de lo que precisamente no iba presumiendo por ahí. Por ridículo que resultase, le hizo sentir especial, aunque una pequeña parte de su mente seguía temiendo que solo lo hiciese por pena.

—Para que te hagas una idea, cuando le dije a mi padre que no iba a ir a la Facultad de Derecho pasó tres meses sin dirigirme la palabra. Ni hola, ni adiós, nada.

—¿Facultad de Derecho? Vaya... no te acabo de imaginar como un universitario, tomando notas en clase, estudiando para los exámenes... no te pega.

—¿Verdad? Eso le dije yo a mi padre, pero no le hizo mucha gracia que su niño no fuese a ser abogado como papá.

—Abogado... —repitió Sabele. La idea era tan surrealista que necesitó pronunciar la palabra para encontrarle algún sentido.

—Lo sé, es una lástima. El traje me habría quedado de lujo. Los

juzgados de Madrid se están perdiendo este tipazo. —Lucas se recorrió el torso con las manos y Sabele no pudo evitar echarse a reír.

—Ahora en serio, mi padre es difícil, pero no es mala persona. Algún día te lo presentaré y, mientras destruye tu autoestima, yo me tomaré un descanso. ¿Qué te parece? Cuando acabe contigo serás tú la que quiera darme palmaditas en la espalda por aguantar eso durante casi veinte años.

Sabele sonrió y se mordió el labio pensativa.

—Luc, gracias.

Él negó con la cabeza y Sabele creyó que iba a decirle «no hay de qué», pero, de pronto, sus cejas se alzaron y él la miró con una media sonrisa que no supo cómo interpretar.

—Ey... me has llamado Luc.

—¿No es tu nombre?

Se miraron a los ojos, buscándose, y no por accidente. Se miraron a los ojos y no apartaron la mirada a los pocos segundos, ni se vieron obligados a hablar para justificar aquel contacto sin roce que sentían en cada milímetro de sus cuerpos.

Sabele era de pronto excesivamente consciente de lo cerca que estaban el uno del otro. Solo tenía que estirar la mano unos pocos centímetros y podría coger la suya, si quisiese. Si quisiese podría dar un paso y encontrarse entre sus brazos. Si quisiese no le llevaría más de un segundo encontrar su boca entreabierta con los labios y conducirla lentamente hasta su cuello. Un escalofrío cálido que no sentía desde hacía siglos hizo temblar su vientre, sonrojó sus mejillas e hizo que le sudaran las palmas de las manos.

—Tengo... yo... ahora vuelvo. Perdona —dijo Luc, interrumpiendo aquel torrente de pensamientos y sensaciones. Sabele se sonrojó aún más. ¿Se habría dado cuenta de en qué estaba pensando? ¿Tan obvia era? Ya bastante le costaba entender su propio cerebro y sus entrañas, habría sido horrible tener que explicárselo a otro. A él. Estaba claro que había malinterpretado la energía que fluía entre ellos. No eran chispas, solo espacio vacío.

—Sí... claro. Tranquilo. —Puso su mejor cara de *poker*, como si no le importase darse cuenta de que solo había venido a consolarla como amigo.

Y nada más. Amigos estaba bien. Lo que había sentido hacía unos segundos era una mera cuestión de feromonas, así que amigos era perfecto. O al menos era mejor que nada. Lo era, ¿verdad?

—Ahora vuelvo. —Luc dio media vuelta para volver a entrar en la casa y Sabele hizo su mayor esfuerzo para no seguirle con la mirada—. ¿Sabele? —la llamó de pronto, y la bruja se giró sobresaltada.

—¿Sí?

Se miraron durante unos breves instantes antes de que Luc negase con la cabeza y dijese:

—Nada. Da igual.



Se había repetido a sí mismo un millón de veces que solo quienes están dispuestos a hacer lo que haga falta logran cumplir sus sueños. Ese era su consuelo en las noches difíciles, en las que le abandonaban el sueño y la confianza en sí mismo para dejarle a solas con sus dudas. De jueves a sábado las acallaba por los garitos de Madrid con sus amigos y unas cuantas cervezas. Entre semana les plantaba cara con la promesa de que él era de los que eran capaces de todo. La música era su sueño, su vida, y cuando tienes tu única prioridad muy clara nada puede interponerse en tu camino. Y él la tenía tan clara que casi podía ver su futuro ante sus ojos, sin necesidad de cartas o bolas de cristal.

Eso era en lo que creía con todas sus fuerzas.

Por eso se había decepcionado profundamente al comprobar que no era más que un cobarde con sentimientos. Lo peor de todo era que ni siquiera había tenido que tomar una decisión. No podía hacerlo. Punto. No podía seguir mintiendo a Sabele y después utilizar el objeto maldito que tanto dolor le había causado para «hacerse famoso».

Por mucho que la desease, con todas las fuerzas de su corazón, no podía

quedarse el arpa.

Para Sabele, la magia era su más importante consuelo, su pasión, su motivo para levantarse cada día, su forma de vida y su método de expresión. Comprendía demasiado bien ese sentimiento. Y el objeto que guardaba en su cuarto era capaz de quitarle todo eso.

De todas formas, las brujas del aquelarre jamás hubiesen permitido que se la quedase. Rosita había dicho que era preciso oír su llamada para encontrarla, pero dudaba mucho que no fuesen a reconocerla si aparecía con ella en internet o en cualquier otra pantalla. No le apetecía nada ser atacado por brujas enfurecidas en mitad de un concierto.

Entró en la casa y bajó las escaleras a la carrera hasta el sótano. Se agachó junto al borde de su cama, sacó una caja de zapatos guardada bajo el somier, la abrió y sacó el arpa de su interior. La sostuvo entre las manos, apreciando su peso y sintiendo en las yemas de los dedos el extraño crepitar que surgía de su interior. El arpa seguía llamándole, suplicándole su atención, pidiéndole que la acariciase con los dedos, reclamando su atención, su creatividad, puede que su alma.

Tragó saliva al reconocer el roce de la magia, la magia del hechizo que la convertía en lo que era o la que arrebatava a las brujas que la tocaban; puede que las dos. Lo ignoraba, pero, fuera cual fuese su origen, le revolvió el estómago. Aquella sensación turbulenta que pretendía convertirle en su esclavo no se parecía en nada al halo cálido que siempre parecía rodear a Sabele.

Si la destruía, sería como si nunca la hubiese robado. Se acabarían sus problemas, dejarían de perseguirles y él podría volver a mirar a los ojos a Sabele sin sentirse sucio. Un sucio mentiroso.

Sin pensárselo dos veces, arrojó el arpa contra la pared con todas sus fuerzas. El instrumento rebotó y cayó sobre la cama.

Luc se acercó a él y vio que no tenía un solo rasguño, ni una cuerda fuera de su sitio.

La tiró contra el suelo. Nada. La pisoteó, le pegó patadas, la cogió una y otra vez y la lanzó todas las veces que pudo hasta que se quedó sin aliento y tuvo la camiseta completamente sudada por el esfuerzo. Volvió a aproximarse a su víctima y una avalancha de rabia e impotencia le desbordó

al comprobar que permanecía intacta, tan brillante e impoluta como la primera vez que la vio, tan perfecta que casi parecía que se estuviese burlando de él.

Abrió sus cajones y rebuscó hasta dar con su mechero. No fumaba, pero le encantaba su forma y jugar con el prendedor cuando estaba nervioso, que era bastante a menudo. Prendió la llama y la acercó a la cuerda. La sostuvo durante todo el tiempo que pudo hasta que le dolió el dedo. Era inútil. Sospechaba que se podría haber pasado la noche entera sosteniendo el arpa sobre una llamarada sin que sufriese daño alguno.

Se sentó sobre la cama, alicaído, y meditó sus opciones. Si el arpa caía en las manos equivocadas podía causar mucho mal («Cielos, ¿de verdad acababa de pensar eso? ¿Se creía un personaje del *Señor de los anillos* o algo así? Su vida era un chiste»). Así que tal vez la mejor opción fuese decir la verdad. Sabele le odiaría para siempre por no habérselo contado desde el principio (tenía la vana esperanza de que le perdonase por «ser honesto», aunque sabía que Sabele era una bruja, no un hada madrina), pero, cuanto más esperase, peor sería para todos. Valoró las posibilidades de que le creyesen si decía que se la acababa de encontrar por casualidad.

Por suerte o por desgracia para él, el universo continuó abusando de su nueva y mala costumbre de tomar decisiones por él.

Escuchó un portazo y el corazón, el estómago y el resto de sus órganos internos estuvieron a punto de desbordarse de su boca al pensar que podían ser sus padres y que no tenía la menor idea de cómo explicarles que había dos brujas en el salón y otra esperándole en el jardín. Ojalá ese hubiese sido el mayor de sus problemas. Un tropel de pasos retumbaron sobre su cabeza.

—¡Hay dos aquí! —exclamó una voz.

—¿Y Sabele? ¿Dónde está Sabele Yeats?

—¡Suéltame! —chilló Ame.

—¡Eh, no la toques! —gritó Rosita.

Luc tragó saliva. Las brujas les habían encontrado. A pesar de los muchos hechizos protectores con que habían blindado la casa, a pesar de que no le habían dicho a nadie dónde se encontraban. Sabían que iban a acabar dando con ellos si permanecían demasiado tiempo ahí, pero no pensaron que fuese a resultarles tan insultantemente sencillo.

—¡Aquí la tengo, Carolina!

—Ya tenemos a las tres fugitivas, y ahora, decidnos, ¿qué habéis hecho con el arpa? —preguntó la tal Carolina.

El arpa. Luc apretó el metal entre sus dedos con fuerza y maldijo en sus adentros. Si encontraban el arpa en su casa asumirían que Sabele y las chicas eran culpables. Su palabra de corriente, o peor aún, de revelado, de poco serviría frente a una evidencia tan abrumadora. ¿Quién iba a creer que un revelado como él la había tomado prestada porque «sonaba bien»? Si había alguna posibilidad de que Sabele le perdonase por ocultarle que el arpa estaba en su posesión, se podía despedir de ellas si se convertía en una apestada entre las suyas por su culpa.

—Registrad la casa. Tiene que estar escondida en alguna parte.

Mierda. Mierdamierdamierda. Tenía que hacer algo. Rápido. *Ya*. Pero ¿el qué? Miró a su alrededor en busca de una solución, pero solo dio con una posibilidad, una que no le hacía demasiada gracia, una que no le dejaba en muy buen lugar. «Sabele, espero que me perdones algún día por esto», pensó, intentando ignorar el hecho de que ni siquiera iba a tener la ocasión de disculparse.



¿Qué estaba haciendo ese chico que tardaba tanto en volver? Sabelle jugueteaba con su pelo nerviosa. ¿Se habría olvidado de ella? Le veía perfectamente capaz. Él le había pedido que esperase y ella le había hecho caso. Casi podía distinguir la voz de su tía dándole uno de los consejos que tanto le repetía: «Nunca te fíes de nadie, menos de un hombre, y menos aún de un hombre que te hace creer que no quiere nada de ti». Su tía era una cínica, así que nunca había prestado demasiada atención a sus consejos fatalistas, pero su cerebro, caprichoso, había elegido precisamente su momento de duda para recordárselo.

Su miedo al rechazo quedó aparcado por el sonido de un grito en el interior de la casa. «Ame», pensó alarmada, y corrió hacia el interior. Chocó de bruces contra la fornida guardaespaldas de Flora, Emma, que la agarró del brazo y la condujo a tirones hacia el salón.

—¡Aquí la tengo, Carolina!

No deberían haberlas descubierto tan fácilmente. Estaban ocultas en un lugar que nunca habían visitado, con el que no les ataban lazos rastreables. Los conjuros protectores que habían empleado eran poderosos. Deberían haberles garantizado un par de días de tranquilidad.

—Ya tenemos a las tres fugitivas, y ahora, decidnos. ¿Qué habéis hecho con el arpa?

—No tenemos el estúpido arpa —dijo Rosita, y una de las brujas murmuró un hechizo que selló sus labios. Rosita gritó en balde sin que un solo sonido inteligible surgiese de su garganta.

—¡Dejadlas en paz! —gritó Sabele. Con ella podían hacer lo que quisiesen, pero que no tocasen a sus amigas—. No tienen la culpa de nada.

—Sabele... —Carolina caminó hacia ella y la miró a los ojos. Aunque pretendía darle a entender que la trataba de igual a igual, como a una adulta, no pudo evitar sentir que la seguía viendo como una niña rebelde a la que hay que explicar las cosas muy despacio para que las entienda—. Te conozco desde antes de que pudieras hablar o caminar. No he venido a hacerte daño, ni a ti ni a tus amigas. Por eso necesito que colabores conmigo. Estáis a tiempo de mejorar vuestra situación. ¿Dónde está?

—No lo sé. No lo he sabido nunca.

No la creía. Por supuesto que no la creía.

—Si no tenéis nada que esconder, ¿por qué huir?

—Porque nos perseguíais por algo que no hemos hecho.

Seguía sin creer en su inocencia. ¿Qué motivos tenía para hacerlo?

—En ese caso, no os importará que registremos la casa.

No le estaba pidiendo permiso. Solo la informaba de lo que estaba a punto de ocurrir. Hizo una señal a sus subordinadas y las dos jóvenes brujas, no mucho más mayores que ellas, que custodiaban a Rosita y a Ame, abandonaron el salón. Las tres amigas intercambiaron miradas de alarma. Luc. ¿Dónde estaba Luc? Si descubrían que la casa que habían ocupado pertenecía a una familia de revelados que tenía conexiones con la Guardia tardarían menos de cinco segundos en acusarlas por traición. Creerían que habían robado el arpa para entregársela a la Guardia, que llevaba siglos codiciando cualquier arma o amuleto útil en su lucha contra la magia («mantener el orden natural», lo llamaban ahora), o la Diosa sabe qué otro disparate.

Luc. Ojalá hubiese sido lo bastante listo para esconderse en su cuarto. Con un poco de suerte, no mirarían allí. No pudo evitar que su mirada se desviase hacia la puerta que daba al sótano. Tragó saliva al percatarse de

que Carolina no había dejado pasar el gesto.

—Esperad. —Las dos brujas, de camino a la planta de arriba, se detuvieron—. Empezad por ahí. —Carolina señaló la puerta del sótano y Sabele sintió náuseas subiendo por su esófago.

Las brujas abrieron la puerta, bajaron las escaleras y Sabele escuchó un hechizo de invocación. Al cabo de unos segundos, volvieron a subir.

—No hay nada.

Carolina frunció el ceño, extrañada, pero asintió con la cabeza.

¿Nada? Nada ni nadie. Debería sentirse aliviada, pero su mente estaba demasiado atareada preguntándose dónde estaba Luc. Al cabo de unos minutos, sus captaras habían recorrido la casa entera sin dar ni con el arpa ni con el joven músico. Se había ido. Se había marchado sin más. Sin mirar atrás. Les había ahorrado numerosos problemas con su huida, pero él no tenía ninguna manera de saberlo. No. No les había hecho ningún favor, solo se había limitado a marcharse ante el peligro, aprovechando la más mínima oportunidad de librarse de él. «De qué te extrañas», susurró una voz malévolamente en su cabeza que se parecía mucho a la suya. «¿Qué creías? ¿Qué vendría con su guitarra a tocarte canciones, que bailaríais bajo la luz de la luna, que sostendría tu rostro entre sus manos y te besaría mientras te prometía que todo iría bien? No seas estúpida. Esto no es un cuento de hadas». Quiso decirle a esa maldita voz en su cabeza que se callara, rogárselo si era preciso, pero los reproches y las burlas no cesaban. Solo la voz de Carolina la alejó del asedio de su cabeza.

—Dejad que se vistan y después llevadlas a Gran Vía —dijo Carolina a las dos brujas más jóvenes—. Nosotras seguiremos buscando.



—¿Fausto? —Le llamó justo antes de que se subiera a su BMW negro, aparcado junto a la entrada de la mansión. A juzgar por su expresión, cualquiera diría que acababa de darle un infarto.

—¿Dónde vas? —preguntó Cal con una gran sonrisa.

—Yo, eh...

—No te molestes en inventarte una excusa. Te he oído hablando por teléfono. Sé que vas a intentar evitar la guerra.

Su rostro se relajó y los músculos de sus hombros, encogidos por el sobresalto, recobraron la normalidad. Vaya, sí que le había quitado un peso de encima. A Fausto nunca se le había dado bien mentir.

—No vayas —dijo Cal—. Sé que crees que puedes hacer algo, pero no es así. Solo te buscarás enemigos y problemas.

—Porque tú eres un experto en el tema, ¿verdad? —Sonrió y Cal le imitó, encogiéndose de hombros.

—Sé de lo que hablo, sí. Así que mejor hazme caso.

—Cal... ojalá pudiese, pero esta persona... tienes que confiar en mí. He

conocido a alguien que puede acabar con todo esto.

—De hecho, creo que deberías venir conmigo. —Señaló el coche y Cal le miró con desconfianza.

¿A quién podía haber conocido capaz de evitar semejante desastre? ¿Es que no se daba cuenta de lo sospechoso que sonaba? Uno nunca se podía fiar de quien le prometía lo imposible, ¿acaso nunca escuchaba a su padre?

—He pensado mucho en lo que dijiste anoche, Cal, y tenías razón. Siempre nos hemos creído superiores a los corrientes y ahora no estamos actuando mejor que ellos en sus peores momentos. Si voy a pasar a la historia por algo, que sea como el idiota que intentó evitar el desastre y no como el cobarde que se cruzó de brazos sin hacer nada.

Fausto le sostuvo la mirada, tan decidida como dudosa era la suya. Cal se llevó las manos a la cabeza, miró al cielo e inspiró hondo. Si las Juventudes se salían con la suya, Sabele y todas las brujas a las que había conocido y a quienes quería y apreciaba sufrirían las consecuencias. Sabele. La preciosa, bondadosa y creativa Sabele ya no regalaría al mundo su suerte. Ane nunca llegaría a ser diseñadora de moda profesional y Rosita, la maravillosa loca de Rosita, no volvería a salir de fiesta y a cambiar de trabajo y de aficiones una y otra vez mientras se buscaba a sí misma. Suspiró.

—Está bien.

¿Qué tenían que perder? Era imposible que empeorasen su situación.

Se subió en el asiento del copiloto a pesar de que su intuición le gritaba que no era una buena idea. Fausto arrancó el silencioso motor y aguardó a que la puerta de la entrada se abriese a su paso. Condujo hasta llegar a la A1 y el trayecto transcurrió en completo silencio. Cal se sintió tentado de encender la radio solo para aliviar el ambiente sobrecargado por el nerviosismo de Fausto, que conducía tenso, aferrándose al volante como si al hacerlo se protegiese de todos los males, y por su propia suspicacia. Cuando Cal creyó que su amigo iba a entrar en la Castellana como de costumbre tomó un desvío hacia la M-40.

—¿Dónde vamos? —preguntó una vez se incorporaron a la autopista.

—No te preocupes, es un sitio alejado, pero seguro. Ninguno de nuestros enemigos nos buscará allí.

La respuesta de Fausto dejó un regusto amargo en su conciencia. ¿Enemigos? ¿Desde cuándo tenían enemigos? ¿Cuándo habían dejado de ser chavales despreocupados viviendo sus vidas e intentando cumplir sus sueños para convertirse en el tipo de persona que se preocupaba por dónde le buscarían sus enemigos?

Al cabo de unos veinte minutos al volante, Fausto salió de la carretera y les llevó, tras un rato callejeando, hasta lo que parecía ser el centro de un modesto polígono industrial. Detuvo el coche justo en frente de una nave con muros de ladrillo rojizo y diminutas ventanas. Fausto se bajó del coche sin dar ninguna explicación y Cal le siguió.

Alguien había dejado las puertas metálicas ligeramente abiertas. Buscó la mirada de su amigo y Fausto asintió. Cal cruzó el umbral el primero, seguido de cerca por el otro nigromante.

La nave estaba repleta de estantes móviles. En las baldas se repartían montones de ropa doblada que parecía de segunda mano, pero recién lavada a juzgar por el intenso olor a jabón. Al cabo de unos cuantos pasos se encontraron con una cadena de lavado formada por una hilera de descomunales lavadoras, secadoras y una especie de plancha gigante. Del techo pendían hileras de perchas con ropa, de un blanco immaculado, colgando.

—Un lugar peculiar para encontrarse con alguien —dijo Cal, examinando de cerca una de las lavadoras vacías, aunque en realidad, sus sentidos estaban puestos en el entorno en busca de cualquier amenaza al acecho. Su instinto seguía advirtiéndole que todo aquel asunto pintaba terriblemente mal. «Fausto, ¿en qué lío te has metido?, o mejor dicho, ¿en qué lío *les* había metido su ingenuidad?».

—Te lo he dicho, es mejor que pasemos... ¡desapercibidos!

El peligro llegó del único lugar que no esperaba.

Se apartó un solo segundo antes de que la barra de hierro que Fausto había dirigido directamente hacia su nuca impactase de lleno contra el hueso de su cráneo. A pesar de las promesas que había hecho a Sabele sobre intentar ser más moderado con el uso de sus dones, la oscuridad que le protegía crepitó sobre su piel dispuesta a protegerle de un nuevo ataque que quizá él, en estado de *shock*, no habría sabido esquivar.

Era imposible.

Fausto, ¿atacándole a él? Debía de estar poseído como Valeria, o ser víctima de un hechizo o maldición que se había apoderado de su voluntad, convirtiéndole en una marioneta. No era un hechicero poderoso, así que cualquiera podría haber vencido sus barreras sin dificultad en un descuido de los nigromantes que se ocupaban de su seguridad y de la de su padre. Era la única explicación lógica.

El agua brotaba sin cesar de la tubería que Fausto había mutilado, valiéndose de las sombras para suplir su falta de fuerza física, al arrancar el cilindro metálico. Las frías baldosas del suelo se encharcaban bajo sus pies.

Al ver que Cal no hacía nada por defenderse, Fausto volvió a intentar golpearle, y en esta ocasión, unas fauces surgieron de entre las sombras y cerraron sus colmillos sobre la barra para lanzarla lejos de ellos, zarandeándole en el aire en el proceso.

Cal vio el pánico en sus ojos al encontrarse desarmado frente a él y al lobo formado de sombras que no dejaban de gruñir. Fausto creía que le iba a hacer daño, estaba convencido de ello, pero ¿por qué iba a hacer daño a un viejo amigo que había crecido a su lado?

Veía una consciencia plena en su mirada atemorizada, pero seguía siendo incapaz de creerlo.

—Fausto, ¿qué está pa...? —Su pregunta concluyó en la forma de un grito cuando sintió un impacto en la espalda que le hizo encogerse de dolor.

Un reguero de llamas se extendió sobre su piel, un fuego que en lugar de quemarle devoró las sombras que le protegían, dejándole indefenso. Un anillo ardiente le rodeó el pecho y los brazos impidiendo que hiciese el más leve movimiento. Cayó de rodillas y escuchó el sonido de unos tacones acercándose.

El lobo de sombras se abalanzó sobre su agresora, que lo convirtió en un rastro de humo cuando chocó contra las llamas que brotaron a sus pies.

—Muévete... —Un segundo anillo de fuego se materializó entorno a su cuello— y te rebano en tres pedazos antes de que tengas tiempo de retorcerte de dolor. —Sintió el roce de una uña en su nuca y como unas manos diestras extraían el cuchillo que ocultaba en el interior de su cinturón.

Estaba indefenso y solo.

La mujer le rodeó para mostrarse finalmente ante él. Era joven, no más de un par de años mayor que él. Llevaba puesto un largo vestido negro y su melena oscura se enredaba hasta caer sobre su cintura. No se parecía en nada a ninguna de las brujas que conocía y, sin embargo, le recordaba demasiado a aquellas sobre las que le habían advertido en los cuentos desde niño. Sobre sus ropajes negros se había vestido con una especie de armadura metálica que parecía sacada de uno de aquellos lúgubres siglos. Su palidez y su vestimenta despertaron en él aquel terror enterrado en su infancia. «No», se corrigió, no era todo el artificio con el que se adornaba lo que le hizo temblar, sino la violencia reclamando salir de su interior, la misma que se asomaba desde el fondo de sus ojos, esa mirada que gritaba «temed, porque es lo único que podéis hacer».

—Helena, Helena Lozano —dijo al reconocerla, y sintió un escalofrío solo con pronunciar su nombre.

Sabele le había hablado lo bastante de ella como para saber que era buena idea mantenerse alejado, pero incluso sin sus advertencias, los nigromantes llevaban siglos vigilando de cerca a la familia de brujas más sanguinaria.

Frente a él, Fausto no hizo nada. No huyó, no dio un paso atrás, no intentó defenderle, ni atacar. Se limitó a seguir a la bruja con la mirada antes de preguntarle:

—¿La tienes?

—Cuánta impaciencia —replicó la bruja malhumorada—. Menos exigencias, nigromante. Eres tú el que ha traído un invitado de más. —Miró a Cal como quien contempla a una cucaracha indeseable a la que acaba de pisotear en su cuarto de baño y que habría preferido no tocar ni para deshacerse de ella.

—Empezaba a sospechar —se justificó su amigo. *Su* amigo.

Quiso reírse, lo habría hecho, quizá, si su cuerpo no se siguiese negando a aceptar lo que su cabeza iba comprendiendo poco a poco.

—Lo que tú digas, pero te recuerdo que te acabo de salvar. ¿Podrás quedarte con él a solas treinta segundos? Y relájate un poco. En pocos minutos, los dos estaremos de vuelta con nuestras hermandades sin que

nadie se haya dado cuenta de que nos hemos ido.

Fausto no le respondió. Se limitó a seguirla con una mirada de desprecio mientras la bruja se perdía entre los estantes. Ni siquiera se soportaban, ¿por qué estaban colaborando? ¿Qué causa podía haber hecho que su futuro líder les traicionase?

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Cal sin rodeos. Las circunstancias no lo permitían.

—Lo que alguien debería haber hecho hace mucho tiempo. Tú querías que fuese un buen líder. —Se encogió de hombros—. Estoy procurando serlo. Nuestros hermanos se merecen algo más que esta paz impostada que debería llamarse humillación —dijo, y de pronto, sonaba como Abel y los otros cachorros de las Juventudes. A Cal siempre le había resultado extraño que un tipo tan básico como Abel hubiese sido capaz de cosechar tantos seguidores, ahora comprendía de dónde nacían sus ideas y su elocuencia—. Si hubiese podido ceñirme al plan original, Cal... hasta tú me habrías aplaudido, pero esos ataques lo han echado todo a perder. Ni siquiera yo puedo controlar a los perros hambrientos, por eso voy a darles lo que piden, carroña que devorar.

En ese instante vio a Helena reaparecer cargando un cuerpo inerte sobre su espalda.

—Mira a quién se han encontrado mis primas en las afueras de la ciudad. Flora tendría que rodearse de brujas más fuertes si de verdad pretende conservar su cargo.

Dejó caer el cuerpo en el suelo cerca de él y Fausto como si no fuese más que un viejo fardo. Ya en el suelo pudo ver su rostro y reconocer a Carolina, la fiel consejera de la Dama Flora, que le miró con los ojos abiertos de par en par, catatónica. Ella habían petrificado. Al verla, comprendió por fin qué pretendían hacer.

No. Tenía que haber algo que pudiese hacer para impedirlo, lo que fuese, causar una distracción, pedir ayuda o, simplemente, detenerles a cualquier precio. Helena pareció leer su mente, porque le miró fijamente y susurró:

—Ni se te ocurra.

El aro de fuego en torno a su cuello se ciñó aún más a su garganta y

sintió como abrasaba su piel durante unos breves instantes antes de liberarle. Era imposible que pudiese concluir ningún hechizo antes de que le matara. No temía a la muerte, y hubiese entregado su vida gustoso por una buena causa, pero resistirse habría sido un suicidio sin más.

—¿Haces los honores? —preguntó la bruja, mirando al que fue su amigo. Ahora le miraba y tan solo podía pensar «traidor».

—Fausto... No sé qué te han dicho, qué ha podido hacer que pienses así, pero no lo hagas —intentó desesperado—. Nada bueno puede salir de esto.

Fausto negó con la cabeza.

—No te lo tomes como algo personal. Créeme, he pensado muchas veces en cómo te afectará ese injusto Tratado de Paz que firmaron nuestros antepasados, pero me temo que es la única forma. Gabriel está cegado por los tiempos fáciles, demasiado cómodo en ellos como para escucharme. Te diría que lo siento, pero, algún día, si llegas a vivir para ver nuestro resplandeciente futuro, te darás cuenta de que hago lo correcto.

Fausto le dio la espalda, se inclinó junto a la mujer, tomó su rostro entre las manos y comenzó a recitar en la lengua de la muerte un dulce cántico con un eco envenenado.

—*Ohm Seiak Shana ushma-ei... Ohm Seiak Shana ushma-ei... Ohm Seiak Shana ushma-ei...*

Extendió una de sus manos y la empuñadura de una daga de sombras se materializó entre sus dedos, seguida de un filo que, pese a no cortar, podía causar terribles heridas más allá de la piel y la carne.

—No lo hagas —suplicó Cal, pero Fausto no dudó un solo instante mientras dirigía la hoja del cuchillo directamente hacia el corazón de la bruja justo en el momento en el que Helena la liberó de su hechizo.

Carolina gimió y tomó una bocanada de aire desesperada. Su último aliento.

La masa oscuridad que formaba el cuchillo se desvaneció en el aire una vez cumplido su cometido, dejando atrás una honda herida que penetraba allí donde ninguna medicina podía alcanzar a sanar. La luz se desvaneció lentamente de los ojos de Carolina a medida que una sombra grisácea nublabla su vista y, con un nombre a medio pronunciar entre sus labios

abiertos, la bruja se desplomó sin vida sobre el frío suelo de la nave industrial.

Cal sintió el peso de una vida más hundiéndose en el mundo de las tinieblas.

«¿Qué hemos hecho?», se preguntó, a pesar de que conocía la respuesta a la perfección. Arrebatarse una vida era un acto atroz e imperdonable, pero las consecuencias de aquella muerte podían causar daños incalculables.

Habían comenzado una guerra. Un conflicto que sacaría lo peor de ambos bandos hasta dejarles sin nada, una lucha sinsentido que no concluiría hasta que no quedasen más que cenizas. Y Fausto... Fausto había desatado sin piedad una maldición sobre la familia Saavedra al romper el Tratado de Paz.

La magia en su cuerpo ya no les obedecía, y sin las sombras a su servicio, no había ningún motivo para que el mismo poder que les había servido se apoderase de lo que quedaba de su cuerpo, de su alma. Llevaban años esperando pacientes el momento de reclamarle.

Una insoportable punzada en su cuello hizo que las preocupaciones sobre el futuro quedasen relegadas a un segundo plano. No quedaba espacio en su mente, cuerpo o alma para otra cosa que no fuese aquel terrible y punzante dolor. Reclamó auxilio a la magia de la muerte, pero la diosa voraz a la que había adorado le ignoró. Para ella solo era un mortal que había osado cometer perjurio.

Las sombras se apoderaban, hambrientas, de su cuerpo, que de pronto le parecía mucho más liviano, pero también más endeble, como si la más mínima corriente de aire fuera a desplomarlo. ¿Era así como se sentían los corrientes? Frágiles, indefensos, perdidos. Seguía habiendo magia en sus venas, pero ya no le pertenecía.

Fausto desvió la mirada. Prefería no tener que contemplar las consecuencias de su obra. Sin embargo, la joven Lozano estaba disfrutando del espectáculo. Frente a él, Helena sonrió y le liberó haciendo desaparecer los anillos de fuego con un chasquido de dedos. Ya no era una amenaza de la que tuviese que preocuparse.

La bruja se acercó a él para estudiarle mejor y Cal apretó los dientes, conteniendo un quejido de dolor. No iba a darle aquella satisfacción.

—Oh, fíjate. Pobrecito nigromante... —Se burló.

—Déjale en paz —replicó Fausto—. Ya tiene bastante con el destino que le espera... ahora que la magia no le protege está a merced de las sombras, y ha llamado a muchas a lo largo de los años. —Negó con la cabeza, lamentándose por lo insensato que había sido su amigo.

—No olvides que ahora también yo puedo acabar con su sufrimiento. —La bruja sonrió—. Si quieres acelerar el proceso, solo tienes que pedirlo, amigo.

Fausto le lanzó una mirada desbordada.

—Tú y yo no somos amigos —sentenció—. Procura recordarlo.

Cal se desplomó en el suelo y su cuerpo se agitó con la sacudida de una convulsión incontrolable. Sentía como las sombras traspasaban la piel hasta calar en lo más hondo de sus tejidos. El músculo, las venas, el hueso... cada fibra, por ínfima que fuese, se debilitaba en su brazo mientras el parásito ganaba terreno.

Helena suspiró.

—Como prefieras... supongo que no merece la pena malgastar magia en este. Vuestra Diosa es cruel —dijo mirando a Cal con un gesto condescendiente, como un cazador que estudia a un pobre animalillo que ha caído en su cepo—. Una lástima que no acepte a mujeres entre su culto.

El dolor se mitigó lentamente, dejándole exhausto. Cal jadeó en busca del aire que le faltaba.

La bruja dio media vuelta y Cal vio desde el suelo como sus botas de tacón se alejaban en la distancia. Fausto se agachó a su lado y atusó los cabellos de su frente entre sus dedos con un sentimiento que se parecía demasiado a la ternura, pero no lo era. No podía serlo. Esa parte de Fausto no podía conocer un sentimiento como ese.

—Lo siento... Caleb, de veras. De niño te quise como a un hermano, cuando crecí te envidié por los talentos que yo nunca tendría, pero ahora... Has sido un necio. Y no creas que no me duele saber que en tus últimos momentos te llevarás una mala opinión de mí, pero me consuela la certeza de que estás equivocado. Siempre lo has estado, Cal. Nunca comprenderás lo necesario que es todo esto. Las brujas no son nuestros iguales, nunca lo serán, y pretender que actuemos como si lo fueran es un insulto a nuestra

estirpe. La muerte siempre vence a la vida. El triunfo supremo nos pertenece y la única forma de tomarlo es por la fuerza. —Acarició su rostro una última vez—. Que la muerte te acoja en su seno, hermano.

Cal solo lograba discernir las suficientes palabras para comprender que su viejo amigo había perdido el rumbo hasta niveles insospechados, y no se explicaba cómo nadie podía haberse dado cuenta de ello. Fausto era el hombre más peligroso para la estabilidad de su mundo, y solo él y una bruja igual de dañina que su viejo amigo lo sabían. «Habéis hecho todo esto para poder luchar, pero, nunca llegaréis a ser buenos enemigos pareciéndoos tanto». Fausto, ¿cómo había podido?

Cogió aire cuando sintió una nueva oleada de dolor aproximándose y cerró los ojos antes de que llegara. «Que se acabe ya», pensó, «que termine de una vez». Todo estaba perdido. Helena estaba en lo cierto, sin su magia actuando a modo de cortafuegos era cuestión de tiempo que la oscuridad que corría por sus venas le engullera. La única ventaja era que al menos dejaría de doler.

No fue consciente de la marcha de Fausto, ni de su soledad en aquella gélida nave industrial, ni siquiera se percató del paso del tiempo. Todos sus pensamientos estaban concentrados en sus ruegos por que su tortura cesara de una vez por todas y en Sabele. ¿Lloraría por él? ¿Por su amante muerto? ¿Qué sería en su recuerdo, un amigo o su primer y trágico amor? ¿Le echaría de menos? Ya no importaba. Nunca lo había hecho. Si hubiese podido pedir un último deseo no habría sido el amor de Sabele, sino que la guerra no le salpicase, que pudiese vivir una larga y pacífica vida para volver a amar a quien quisiese, incluso aunque tuviera que tratarse de alguien como ese estúpido guitarrista.

—Eh, eh, grandullón. —Oyó una voz amable y se preguntó si acaso ya estaba muerto. Sintió una sacudida. Sí, sin duda la muerte le llamaba—. Eh. Eh, vamos. Quédate conmigo. —Abrió los ojos y, por un momento, creyó que había invocado a Luc con sus pensamientos, pero entonces vio los mechones de una melena de un castaño tan claro que casi parecía trigo y una bonita nariz recta. Aunque la boca... definitivamente la boca le era familiar—. ¡Espabila! No puedes morirte, ¿eh? Piensa en Sabele.

—Además, estar muerto es muy aburrido. Yo no te lo recomendaría si lo

puedes evitar. —Un fantasma de rostro amigable se asomó justo sobre él y le saludó con la mano.

Puede que fuese la mención de la persona que más le importaba en el mundo o el pánico que le infundió ver a un fantasma cuando se creía al borde de la muerte, pero se percató de que, a pesar de lo que el dolor le hiciese creer, no quería morir. No quería que se acabase tan pronto. Tenía que quedarle algo de tiempo, y si así era lucharía por cada segundo en la tierra de los vivos que le pudiera arrebatarse al destino.

Se incorporó con ayuda de la corriente y reunió las fuerzas suficientes para decir:

—Sa... sabele. Llévame junto a ella.

—Bu... bueno. Tenía otros planes para esta noche, pero si ella te puede ayudar...

—Está en... —Cerró los ojos intentando recordar la dirección que le habían dado y, cuando al fin le vino a la mente, la pronunció casi en un susurro.

La corriente chasqueó la lengua y oyó como decía:

—Mi hermanito va a tener que dar muchas explicaciones.



Luc encontró la puerta de su casa abierta de par en par y nadie en su interior. Eran más de las nueve de la noche y ni su madre ni su padre habían vuelto a casa, por fortuna. En cuanto a las chicas, no había rastro alguno de ellas aparte del mapa extendido sobre la mesa y los inciensos y cristales que dejaron sobre él. Se las habían llevado y, aunque desconocía el funcionamiento de la justicia de las brujas, dudaba que las hubiesen dejado en la puerta de su casa en Malasaña tras un sermón.

Había vagado por el barrio durante cerca de una hora sin saber dónde meterse hasta que las brujas del aquelarre se hubieran esfumado. Escondido entre los coches había visto cómo se las llevaban y cómo varias de las brujas se había quedado atrás. Una de las mujeres, la única que llevaba el pelo corto, no se quitaba una expresión suspicaz del rostro. Luc estuvo convencido de que aquella mujer estaba presintiendo la energía del arpa en las cercanías, aunque no estuviese muy segura de dónde, así fue optó por largarse antes de que le encontrasen. Cuando regresó y ya no estaban allí, supuso que habían acabado por rendirse, por suerte para él.

Colocó la funda de la guitarra en el suelo a su lado, con el arpa en su

interior, y se dejó caer sobre el sofá. Maldijo una vez más en su interior el momento en el que aceptó aquel préstamo envenenado. «Nota para mi yo del futuro: la próxima vez que un objeto embrujado te hable, NO ESCUCHES». Cogió un cojín que había junto a él, hundió el rostro en el mullido relleno y gritó con todas sus fuerzas.

¿Cómo podía haberle salido todo tan mal?

No era haber renunciado a la promesa de su sueño perdido lo que le molestaba, ni tampoco incumplir su parte del trato que había hecho con Leticia y perder valiosos meses de tranquilidad económica. Eso habría sido lo normal, parte del esquema establecido y de su *modus operandi* habitual. Fracasar siempre le había irritado, por muy acostumbrado que estuviese a meter la pata. Pero no era eso, en realidad no. Lo que hacía que quisiese arrancarse la piel a tiras era imaginar qué pensaría de él Sabele en esos momentos.

Por lo que ella sabía, Luc había huido cual cobarde dejándolas tiradas. Y lo peor de todo era que explicar sus verdaderos motivos para aclarar el malentendido no le iba a ayudar demasiado («La verdad es que no me he marchado por cobarde, sino porque he tenido todo este tiempo el objeto que las brujas buscan y que ha hecho que os acusen de ladronas, y que, por cierto, he conservado para mi propio beneficio» no sonaba como una buena defensa).

Lanzó el cojín de vuelta a su sitio en el sofá y gruñó al comprobar que gritar no había servido de mucho para aliviar su conciencia. ¿Conciencia? ¿Él? Sentirse culpable por ser egoísta no estaba en su catálogo de emociones. «¿Qué más te da lo que piense? Has actuado como habría hecho cualquiera», intentó convencerle una voz en su mente, que desde luego no era su conciencia, pero no sirvió de nada. «Chacal no lo habría hecho. El muy lameculos se habría autosacrificado para salvar a todo el mundo entre vítores y aplausos», dijo otra voz. «Chacal es un postureta. ¿De verdad vas a empezar a sentir envidia a estas alturas? ¿De qué?», se preguntó, aunque sabía demasiado bien de qué.

Sacó el móvil del pantalón de su teléfono y probó a llamar al nuevo móvil de Sabele. Colgó en cuanto oyó el sonido del politono pasado de moda proveniente del baño. Cómo no. Típico. Aunque claro, por otra parte,

era mejor que no pudiesen contactar, porque seguía sin tener la menor idea de qué decirle. ¿Lo siento? ¿Cómo va la reclusión y posible encarcelamiento?

Las cosas no podían ir peor.

No podía encontrar al espectro, ni enviarla de vuelta a su mundo.

No podía destruir el arpa.

No podía ayudar a sus nuevas amigas o lo que quiera que fuesen.

Por triste que pareciese, todo indicaba que su papel en esa historia acababa de concluir. Gracias por venir. Fue un placer conocerlos. Espero que os haya gustado. La salida está al fondo a la derecha. No se olviden de llevarse sus efectos personales. Fin.

Se acababa de levantar a por su tercera cerveza del día para celebrar y lamentar que su vida no tenía rumbo cuando la puerta se abrió de golpe y Leticia entró con la respiración agitada y aspecto de estar teniendo una noche terrible, incluso peor que la suya.

Leticia le miró fijamente.

—¿Están papá y mamá en casa?

—Eh... no. Papá está cenando con no sé quién y mamá está liada con ese proyecto hotelero. —Cuando uno no es precisamente el hijo más responsable del mundo, conviene conocer a fondo cada movimiento de sus progenitores—. ¿Estás... va todo bien?

—Pues la verdad es que me vendría bien una ayudita.

Sin más explicaciones caminó de vuelta hacia la entrada y Luc la siguió.

Tendido en el suelo, apoyado contra la pared de su entrada, Cal permanecía en un estado de semiinconsciencia a medio camino entre la vida y la muerte.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Luc.

—Mejor avisa a tus coleguitas brujas y después te lo explico. Nos vendría bien un poco de magia —dijo su hermana mientras rodeaba la espalda de Cal con el brazo. Le impulsó hasta levantarlo del suelo y profirió un quejido digno de una tenista en la final de un Grand Slam.

—No están aquí.

Leticia le fulminó con una mirada de ira e incredulidad.

—Dime que es broma.

—Vinieron otras brujas y... supongo que se las llevaron, no lo sé.

—¿Que no lo sabes? —Su hermana resopló—. Estupendo... Al menos podrías ayudarme a llevarle, ¿no?

En otras circunstancias le habría intentado explicar que si lo que necesitaba era fuerza física no iba a servirle de mucho, pero ante su expresión de fastidio optó por callar y obedecer. Sostuvo a Cal por su costado libre y entre los dos le introdujeron en la casa. «Maldito *influencer* de pacotilla. ¿Por qué tiene que hacer tanto deporte?». Le dejaron caer en el sofá y Luc sintió como le ardían los músculos del brazo. ¿Cuánto pesaba? ¿Doscientos kilos?

El nigromante contuvo un gemido de dolor.

—¿Qué narices le ha pasado?

—Deberíamos llevarle al sótano. Si papá ve a un nigromante en nuestro salón le va a dar un infarto —dijo, ignorándole por completo.

—¿Y por qué no le llevas con los nigromantes? No es por nada, pero no creo que lo que tenemos en el botiquín del baño vaya a servir de mucho.

—Porque un nigromante tarado es quien le ha hecho esto. No podemos fiarnos de ellos.

Demasiada información para procesarla de golpe. ¿Un nigromante le había dejado con esa mala pinta? Su piel morena se había quedado pálida y recubierta por el sudor, no dejaba de temblar, y de vez en cuando, dejaba escapar un quejido de dolor. ¿En qué dase de pelea se había metido para acabar así?

—Qué triste... Otra guerra más... Los humanos nunca aprenderán.

Luc estuvo a punto de gritar al sentir una presencia a su lado. El fantasma de una joven no mucho más mayor que él, aunque de aspecto aniñado, revoloteaba sobre sus cabezas y observaba a Cal con los labios fruncidos.

—Una lástima...

—¿Guerra? ¿Qué guerra? Leti, ¿quién es esta? ¿Qué está pasando?

—Lo de siempre, convence a alguien de que su hermano es su enemigo, deja que otro convenza al hermano de lo mismo y, antes de que te des cuenta, toda la familia sufre sin saber muy bien por qué —dijo el fantasma, aunque sus explicaciones distaban mucho de ser aclaratorias.

—Perdona, pero... ¿quién eres? —No pretendía ser grosero, pero tampoco le importaba si lo parecía.

—¡Oh! Disculpa, qué modales. Mi nombre es Blanca y morí en 1962. Encantada.

—Eh... ya... ¿y de qué os conocéis exactamente? —preguntó a su hermana, que estaba demasiado ocupada comprobando el estado de salud del nigromante como para prestarle atención.

—No va a aguantar mucho más si no hacemos nada... —masculló para sí misma.

Se puso en pie y clavó su mirada directamente en Luc. Mierda. Quería algo de él. Encargarle asuntos de importancia era un grave error, debería saberlo a estas alturas, incluso cuando no había ninguna opción mejor.

—Luc. Necesito que te quedes con él.

—No —zanjó.

—¿Cómo?

—¿Apenas puedo cuidarme a mí mismo y esperas que me encargue de ser la enfermera de un hombre adulto? ¿Qué quieres que haga, que le cante una nana?

—Para empezar, esa frase es terriblemente sexista. —Leticia inspiró en busca de la paciencia que requería tratar con él. Era consciente de lo irritante que resultaba para los demás a veces, pero tampoco hacía falta que lo subrayase *tanto*—. Y... en segundo lugar, este chico —susurró— está al borde de la muerte y cientos de vidas están en peligro ¿Crees que a alguien le importan tus quejas?

Luc guardó silencio. Aunque en realidad no veía cómo una cosa quitaba la otra, pero, de acuerdo, veía por dónde quería ir. Prioridades y todo eso.

—Haz algo útil por una vez, ¿quieres? —dijo mientras daba media vuelta hacia la salida. Ouch. Tampoco hacía falta echar más sal en la herida —. Confío en ti. —Vaya, en cambio, esa era una de las cosas más bonitas que le había dicho su hermana en años.

Asintió con la cabeza, mostrando más determinación de la que verdaderamente sentía.

Leticia partió, seguida del fantasma, y le dejó a solas en mitad del salón con el nigromante moribundo. Iba a ser interesante explicárselo a sus

padres. Tenía que encontrar la forma de bajarle al sótano antes de que llegaran. ¿Cómo iba a levantar él solito a un musculitos casi tan alto como él? De verdad que en momentos como ese le habría gustado tener algún tipo de don mágico.

Se acercó a él para examinar sus opciones y Cal abrió los ojos de par en par, le agarró del cuello de la camisa y le atrajo hacia él entre jadeos. No era el mejor momento para remarcarlo, pero apeataba a sudor y... a enfermedad, un hedor agrio y a la vez dulzón que emanaba de su piel, como si se estuviese pudriendo lentamente.

—¿Eh... sí? ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Quieres que te traiga... eh... un vasito de agua, un paracetamol?

—Lu... Luc... tienes... —Cada sílaba se atragantaba en sus labios como si le estuviese costando la vida; de hecho, Luc se habría atrevido a decir que lo hacía— tienes que sacarla de allí. Sa... Sabele... —Un nudo revoloteó en su estómago al oír ese nombre—. Va... va a haber una batalla. No está segura...

Luc tomó aire y lentamente hizo que la mano de Cal le soltara dedo a dedo para devolverla junto a su cuerpo.

—Tío, no sé si te has fijado, pero yo soy solo un corriente y... vamos, mírame. Puedo pegar un par de puñetazos si estoy muy desesperado, pero no soy precisamente Van Damme. ¿Qué quieres que haga?

—Sal... Salvarla.

Luc suspiró. ¿Se creía que estaban en el siglo XVIII y que Sabele era una damisela indefensa? No quería ser grosero, pero todo apuntaba a que quien necesitaba que le echaran un cable era él.

—Me temo que va a tener que salvarse ella solita.



Leticia echó a andar sin rumbo, toqueteando con la mano el discreto crucifijo de oro en su cuello en busca de un apoyo que no sabía en qué otro sitio buscar. «Señor, dame fuerza». Blanca flotó a toda velocidad tras ella y la siguió calle arriba.

—¿Adónde vamos?

Le hubiese gustado poder responderle, pero aún no lo tenía del todo claro. Quería ayudar al chico, de veras, pero dudaba que pudiese confiar en ninguno de sus contactos de la comunidad mágica con la tensión que se estaba formando. Tarde o temprano todos elegirían un bando, ¿pero cuál? Y sobre todo, ¿en cuál de ellos estaría Chacal? Para las brujas sería un enemigo, para los nigromantes un renegado.

Ojalá supiese qué hacer para ayudarle, pero había asuntos mucho más urgentes que atender.

Aquella noche, todas sus sospechas se habían confirmado. Durante los últimos meses, la actividad paranormal de entes menores había sido inusualmente alta, pequeños espectros que aparecían y desaparecían en el plano humano; algunos provocaban incidentes de poca gravedad y otros se

limitaban a pasearse por su mundo y volvían a irse por donde habían venido como si nada. Asuntos sin importancia como ese eran encargados a los novatos y nadie le había prestado atención a las observaciones de Leticia, así que había optado por investigar a solas y en sus ratos libres.

Durante meses había estado casi convencida de que aquellos eventos no eran naturales, de que alguien los había estado provocando intencionadamente o por accidente al jugar con los límites entre la más oscura de las dimensiones espectrales (Las brujas lo llamaban, muy poéticamente, el Valle de Lágrimas, los corrientes le habían puesto el nombre de Infierno al intuir su existencia) y el plano humano.

Fuera como fuese, semejante imprudencia había provocado una fina, pero peligrosa, brecha entre ambos mundos.

De nuevo, sin pruebas convincentes, nadie había tomado en serio sus advertencias. En numerosas ocasiones había estado a punto de dudar de su propia intuición, pero la casualidad había hecho que su misión fuese vigilar a las brujas aquella tarde, que hubiese optado por seguir a Helena Lozano y que se hubiese encontrado con Blanca, capaz de seguirla hasta el plano del que el fantasma había retornado aterrada.

Helena Lozano era la persona que había estado buscado todos esos meses.

Sabía que era probable que no trabajase a solas, y no tenía suficientes pruebas para hacer una acusación formal. Decidió seguirla. Aunque había perdido su rastro intermitentemente, Blanca volvió a dar con ella en las afueras de la ciudad, en mitad de un polígono industrial. Cogió su viejo coche de segunda mano y condujo hasta allí sin pensárselo dos veces.

Creyó que si la llevaba hasta su guarida, podría encontrar pruebas suficientes para convencer a sus jefes. Sin embargo, lo ocurrido allí había sobrepasado sus sospechas con creces.

Ambición, traición y odio irracional.

Los nigromantes y las brujas, bendecidos por su magia, tendían a sentirse muy superiores al resto de humanos, pero su esencia era la misma: emociones básicas como el amor y el odio capaces de marcar el rumbo de tu vida y de la persona que llegarás a ser.

Sin saberlo acababa de destapar una conspiración que pasaría a los

libros de historia. Aunque que hubiesen provocado una guerra podía ser el menor de sus problemas ahora mismo si Helena Lozano estaba tramando lo que Leticia sospechaba.

No podía quedarse cruzada de brazos esperando a que el mundo ardiese. Era una agente de la Guardia, y su misión era evitarlo. El único problema era que se trataba de una guardia a la que nadie tomaba en consideración. Seguramente, la noticia de que el Tratado de Paz se había quebrantado hubiese llegado ya a oídos de la Guardia y su sede estaría a rebosar de altos mandos pululando de aquí para allá en busca de soluciones. Las posibilidades de que alguno de ellos se detuviese a escucharla eran mínimas, pero, aun así, tenía que intentarlo.

Por otra parte, Chacal necesitaba ayuda médica urgente, y no del tipo que le podían proporcionar en las Urgencias de un hospital corriente; tampoco se atrevía a llevarle a la unidad especial creada en secreto en el corazón de Madrid por temor a que los nigromantes le estuviesen buscando. Tenía que ayudarle, o al menos, encontrar a alguien que pudiera hacerlo. Si no... Resopló en mitad de la calle tan fuerte como pudo. Llevaba meses exigiéndoles a sus superiores más responsabilidad y Dios se había encargado de poner la más grande de todas sobre sus hombros. «Me refería a algo así como coordinar investigaciones, no el poder para decidir sobre una vida humana».

Si elegía salvar a Chacal y Helena llevaba a cabo sus planes, fuesen cuales fuesen, el equilibrio y el porvenir de todo su mundo podían estar en peligro. Si se decantaba por perseguir a Helena o dar la voz de alarma, Chacal...

Tomase la decisión que tomase, sería un terrible error con consecuencias fatales.

Ojalá pudiese dividirse en dos.

—¿Leticia? ¿Todo bien, puedo ayudarte en algo?

Dio media vuelta hacia el fantasma y, al ver su sonrisa complaciente y sus ganas de formar parte de algo, comprendió que era un regalo del cielo.

—Tal vez sí... dime, ¿un fantasma podría atravesar las barreras protectoras mágicas, digamos... de un edificio?

—Depende. Los nigromantes —Hizo una mueca de desagrado— tienen

poder sobre la muerte, pero si hablamos de brujas... no hay nada que puedan hacer contra o por nosotros los... bueno, los que hemos cambiado de estado. ¿Por qué? ¿Adónde quieres que vaya?

Leticia dudó. Después de todo, conocía a Blanca desde hacía solo unas horas y, aunque le había ayudado, no podía estar segura de que no cooperase con el enemigo. Incluso suponiendo que sus intenciones fuesen buenas, nada le garantizaba que no fuese a aburrirse de pronto y decidiese volver por donde había venido. Los muertos eran caprichosos y solían ofrecer resistencia a cualquier forma de compromiso. Suponía que porque con el fin de la vida se acababa también la necesidad de rendir cuentas.

No obstante, si decidía no confiar en ella, su otra opción era seguir perdiendo un valiosísimo tiempo mientras intentaba tomar una decisión imposible.

—Podría ser peligroso —advirtió.

El fantasma se echó a reír.

—Mírame. ¿Qué es lo peor que me podría pasar?

Leticia tenía que admitir que en eso tenía su parte de razón. Suspiró con la sensación de que la decisión la había tomado a ella. La suerte estaba echada.



Desde que era pequeña, Sabele había oído cómo amenazaban a las niñas brujas con «mandarlas a la mazmorra» si se comportaban mal (no a ella, su tía tenía otro estilo educativo en el que las amenazas no tenían cabida). Así que había llegado a asumir que las susodichas mazmorras eran reales y tan terroríficas como les habían prometido. Resultaba algo triste que hubiese tenido que llegar a los veintiuno para comprender que en realidad eran un cuento para asustar a los niños y que, si habían existido alguna vez, fue mucho, mucho tiempo atrás.

En lugar de en una fría celda las habían encerrado en el sótano junto a un montón de cajas repletas de archivos y de elementos decorativos y utensilios necesarios para las festividades como Beltane, Yule, Litha o Samhain. También guardaban en el improvisado almacén un montón de libros viejos que no cabían en la biblioteca. No sentía ningún deseo de ser encerrada en una lúgubre y húmeda mazmorra, pero lo cierto era que se sentía decepcionada.

En mitad de aquel espacio anodino, cada una de ellas mataba el aburrimiento como buenamente podía. Sabele permanecía sentada sobre un montón de viejos toneles cuyo contenido ignoraba y miraba al infinito,

preguntándose cómo había pasado de ser una *youtuber* de éxito a una prisionera en su propio hogar y repasando cada segundo de los últimos días en busca de su error (o mejor dicho, su larga lista de errores); Rosita recorría los estantes repletos de libros ajados que desprendían hedor a viejo y a humedad en busca de obras curiosas; y Ame se dedicaba a preguntar a Sabele cómo se encontraba cada cinco minutos.

Ella se limitaba a encogerse de hombros.

¿Cómo se suponía que se iba a sentir?

Por si no tenía bastante con todo lo que había ocurrido, el pensamiento de que Luc se había largado sin más no desaparecía de su mente. En realidad, quedándose no les habría hecho ningún favor, pero estaba convencida de que no se había parado a pensar si su actuación les beneficiaba o les perjudicaba. Con el tiempo que tuvo, solo le habría dado tiempo para pensar en cómo salvarse a sí mismo. Al más leve indicio de peligro se había esfumado. «Cobarde, Estúpido». Había buscado mil insultos que dedicarle en su mente, pero cuanto más se esforzaba por odiarle, más miserable se sentía por haber estado a punto de confiar en él, por haber bajado la guardia.

Siempre se había dicho que su carrera mágica tenía que ser lo primero. Un pequeño desliz, y todos sus esfuerzos se habían echado a perder. Ni siquiera sabía cómo iba a convencer al consejo del aquelarre de que ellas no habían robado nada ni tenían la menor idea de dónde podía estar el arpa.

—¡Increíble! —exclamó Rosita alzando un libro que acababa de coger de la estantería—. Tienen el Tratado de las Flores Amazónicas de Teresinha Ameida tirado aquí como si no fuese más que una guía telefónica cualquiera. ¿Sabéis los pocos ejemplares que quedan de este libro? Agh, maldito etnocentrismo. Si tu brujería no es inclusiva, no es buena brujería, nena. —Acarició los lomos grisáceos del tomo y se mordió el labio—. ¿Creéis que alguien se dará cuenta si me lo llevo? La última vez que bajé aquí había un libro de Ishtar y ya no está, así que seguro que a nadie le importa... ¿Qué pensáis?

Al ver que ninguna de las brujas respondía insistió, y Sabele estalló, dejando salir todo el miedo y la rabia que llevaba conteniendo desde hacía días.

—¿Sinceramente? Me importa bastante poco si robas ese estúpido libro o no —dijo Sabele de mala gana.

Sus amigas la miraron boquiabierta y se arrepintió de sus palabras en el mismo momento en el que terminó de decirlas. No había ninguna necesidad de ser desagradable, su situación no iba a mejorar, sino todo lo contrario. Además, ella no era así, ¿verdad? No podía serlo, no podía ser del tipo de persona que paga sus frustraciones con las personas que más le importan en el mundo. ¡Si ni siquiera decía palabrotas! Recordó otro útil consejo de su tía, uno que no le disgustaba: «Solo tú puedes decidir en quién te conviertes».

—Yo... Lo siento... Es que...

Rosita cerró el libro de golpe y dio un paso hacia ella, inclinándose para acercarse a la altura de su rostro. Le miró a los ojos y, llevándose la mano a cintura, dijo:

—Mira, bonita, Ame y yo llevamos un buen rato matando el rato esperando a que te decidas a dejar de autocondolerte y hagas algo.

—No me estoy autocondoliendo —masculló, pero ni siquiera se convenció a sí misma.

—Oh, por favor. Es casi como si pudiésemos oír tus pensamientos. «Oh, Luc, ¿por qué, por qué has pasado de mí? Qué triste estoy. Por qué por qué». —Sabele balbuceó, intentando excusarse de una acusación que contenía la suficiente verdad como para ofenderla profundamente—. No te molestes en decir que te da igual y deja de darle tanta importancia. A nadie le gusta que le den largas, pero no es el fin del mundo. Así que espabila. Hay cosas más importantes en juego que una segunda cita.

Si se hubiese tratado de cualquier otra persona, le habría acusado del falta de empatía y, en parte, de crueldad, pero sabía que Rosita estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que estuviese en su mano por ahorrarle el dolor que estaba sintiendo, igual que Ame. Mientras una apostaba por la compasión, la otra optó por la terapia de choque.

—Ojalá solo se tratase de eso...

—Sabele. —Rosita tomó asiento sobre el tonel junto a ella—. ¿Puedo serte sincera?

Sabele estuvo a punto de echarse a reír, lo habría hecho si no le costase

seguir respirando tras cada exhalación.

—¿Alguna vez no lo has sido? —Su amiga sonrió.

—Nunca he entendido esa necesidad que tienes de que te validen como bruja. —Sabele fue a protestar, a negar la acusación, pero Rosita alzó el dedo índice para pedirle que la dejase acabar—. Ser conocida en internet por tus conjuros o ser nombrada la nueva aprendiz de la dama no te hacen mejor ni peor hechicera. Sabelita, tú ya eres bruja, una de las mejores que conozco, pero también una de las pocas que se niega a recurrir a su verdadero don.

Sabele inspiró hondo, buscando la parte de razón que tenía su amiga y que tanto le costaba admitir.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Libera a la bestia. —Rosita se encogió de hombros—. Haz lo que mejor sabes. Usa *tu* magia.

Sabele negó con la cabeza.

—No. Míranos. Hemos acabado precisamente así por jugar con fuerzas incontrolables. Ya hemos tanteado al destino, no pienso desafiar a la suerte.

—Con más razón. Hemos tenido suficiente mala suerte para una temporada. Solo estarías equilibrando un poco la balanza.

—O condenándonos del todo.

—Rosita... déjala tranquila —dijo Ame desde el rincón que había escogido para sentarse en el suelo con las piernas estiradas.

—Sí, supongo que tienes razón. Después de todo es su decisión. Puede seguir lamentándose y malgastando sus preciosas energías en pensar en lo desdichada que es en la vida y el amor o hacer algo al respecto. Y yo no debería opinar, total, si solo estoy aquí atrapada igual que ella por intentar ser una buena amiga.

Sabele suspiró y encogió los hombros, sintiendo como la tensión se propagaba por sus músculos.

—Eso no es justo. Sabes de sobra por qué no quiero tentar a la suerte. Es una forma de magia traicionera, amarga; pide un deseo y quizá se te conceda. —Sintió de nuevo aquella horrible opresión en el pecho—. No voy a acabar como mi madre, me niego, no desafiaré más al destino, ni a lo que tiene que ser. Si nuestra suerte es acabar aquí atrapadas y...

—¿Y permitir que ese espectro siga a sus anchas matando a inocentes en el cuerpo de Valeria? Puede que seas un poquito egocéntrica, pero no eres una egoísta.

Tal vez las formas no fuesen las mejores, pero Rosita tenía su parte de razón. Si se rendía, no se estaría castigando solo a sí misma, como en el fondo pretendía hacer, sino que cargaría a los demás con las consecuencias de sus errores.

—Tú no eres tu madre. Solo necesitamos salir de aquí. Diana le exigió al universo el amor de un hombre que no la quería, una hija que no podía tener... —Sabele bajó la cabeza, no quería oír más.

—Está bien. De acuerdo, no hace falta que sigas... Haré uno pequeñito —dijo resignada.

Rosita se bajó del tonel de un salto y le dio un abrazo tan fuerte que casi la levantó del suelo a pesar de que era más alta que su amiga.

—Si sale mal, siempre puedes echarme la culpa a mí.

—Pensaba hacerlo con o sin tu permiso.

Nunca había sido partidaria de abusar de su principal talento mágico. Su historia familiar la había prevenido contra ello y la había convertido en una bruja mucho más cauta de lo que le convenía, a pesar de que su tía insistía en que un poco de magia picaresca de vez en cuando no hacía daño a nadie. Pero Rosita estaba en lo cierto. Su madre había cruzado demasiadas líneas sin retorno, había infringido las leyes mágicas al alterar el equilibrio que existe en una vida entre la buena y la mala suerte, había reclamado más de lo que le tocaba por derecho propio y la Diosa se había encargado de arrebatarlo.

Siempre había temido convertirse en su madre, pero lo cierto era que no tenía nada con lo que compararse, nunca la había podido conocer, solo sabía lo mucho que insistían las demás en «cuánto se parecían». La sociedad mágica había quedado conmocionada al perder a una de las jóvenes brujas más prometedoras y talentosas. En cambio, si le sucedía algo a ella, dudaba que afectase en nada al aquelarre. Ella tenía la ventaja de ser una bruja más, pero una bruja al fin y al cabo.

Sabele se quitó su colgante de la suerte y empleó uno de los extremos de su triqueta para causarse un leve corte en la yema del dedo índice.

Reprimió un quejido y dejó que saliesen unas cuantas gotas. Una ofrenda de vida. Dejó que la sangre goteara hasta el suelo mientras pronunciaba uno de los hechizos de su repertorio, un conjuro corrector que equilibraría su buena y mala suerte.

—La suerte viene y va. El azar permanece. Un poco de cal. Y otro tanto de arena. Para el que espera y desespera. Después de la tormenta. Esta vez llega la calma.

Una corriente de energía la recorrió desde el pecho hasta los dedos de las manos y los pies y transformó la atmósfera de un modo casi imperceptible.

Tic. Tac.

Nada de nada.

Transcurrió más de un minuto y las tres se miraron las unas a las otras en busca de algún cambio, un indicio, cualquier posible detalle que delatara que el hechizo había surtido efecto.

—¿Contenta? —dijo Sabele a su amiga—. El universo no tiene nada que opinar al respecto. Todo está en su sitio. La Diosa está satisfecha.

Un súbito escalofrío, gélido y húmedo, recorrió su espalda. Sabele tragó saliva. Ese no era el tipo de sensación que causaba la magia de los vivos. La expresión confundida de Rosita y el gritito de Ame no contribuyeron a tranquilizarla. Dio media vuelta, girando la cabeza con cautela, y se encontró cara a cara con un fantasma que miraba de un lado a otro, tan aturdida como ellas.

—¿Por casualidad no seréis alguna de vosotras Sabele?

Se miraron entre ellas intentando buscar una explicación.

—Entiendo que eso significa que sí. —Flotó hasta el centro del sótano—. Me envía Leticia. Sospechaba que estaríais aquí. Es muy buena detective, ¿verdad?

Eso aclaraba una parte de sus dudas, pero seguía sin explicar la mayoría de ellas.

—¿Y qué quiere la hermana de...? —comenzó a preguntar Rosita— ¿... del patán? —El fantasma no pareció comprenderla, pero aun así les dio el mensaje que había ido a entregarles.

—Leticia me ha pedido que os diga que Chacal necesita vuestra ayuda y

que los nigromantes han roto el Tratado de Paz.



Jimena nunca había tenido la intención de quedarse quietecita y sumisa en el despacho de Flora.

Bartolomé debía de estar ocupado, porque no se había dignado a aparecer en toda la noche, así que no le quedaría otra opción que escapar de la torre de la malvada bruja ella sólita.

Había aprovechado las botellas vacías de Flora para formar un círculo de tierra, las velas en el cajón de su escritorio para el círculo de fuego y aire, y el agua en las macetas de las orquídeas de la Dama para trazar una tercera circunferencia. Jimena se había sentado en el centro de los tres círculos y se preparaba para intentar alcanzar un estado de paz mental que le permitiese reunir la magia suficiente para resquebrajar la barrera de Flora (lo que podría llevarle horas, pero nadie era más cabezota que ella). Sin embargo, mantener la concentración le estaba resultando imposible.

Intuía que algo grave sucedía. Tal y como estaba la cosa, entre su sobrina en busca y captura, el arpa robada, un espectro malintencionado campando a sus anchas por la ciudad y los nigromantes en busca de cualquier excusa para hacer estallar un conflicto, su duda no era si

finalmente había ocurrido una desdicha o no, sino cuál. Oía ruidos incesantes en el pasillo, pasos acelerados, brujas hablándose a voces de un lado a otro y una sensación de malestar general enrareciendo el aire.

Se acercó a la puerta de su improvisada celda y dio tres golpes secos.

—¡Eh! ¿Qué está pasando ahí? —Sabía que Emma había dejado a una joven bruja a cargo de «vigilarla», pero la mujer no respondió—. Oye, sé que ahora mismo pensáis todas que soy una traidora y seguro que no te caigo bien, pero al menos podías responder.

Silencio. Una de dos, o la chica era una auténtica grosera o...

Extendió la mano hacia el viejo pomo de bronce y se inclinó hacia él para susurrar un conjuro.

—Ni llave, ni contraseña, solo tengo conveniencia para hacer que se abra esta puerta.

Escuchó un sonoro clic, giró el picaporte con cuidado y abrió la puerta lentamente para descubrir que no había nadie al otro lado. «No hay mal que por bien no venga». Se dispuso a escaparse a hurtadillas cuando una voz que la llamó a sus espaldas estuvo a punto de provocarle un infarto.

—¿Jimena?

Gritó del susto y se llevó la mano al pecho al creer por un segundo que había sido descubierta in fraganti. En lugar de con una bruja enfadada y dispuesta a usar la fuerza en su contra, con o sin recurrir a la magia, lo que vio fue al fantasma de una pobre chica que la miraba pensativa.

—Por el parecido físico tienes que ser tú, la tía de Sabele.

¿Su sobrina le había enviado a un fantasma? Sí que le había cambiado pasar tiempo con ese nigromante. Cuando era niña, apenas podía estar cerca de uno. E incluso cuando superó su fobia infantil seguía sintiéndose incómoda cerca de ellos.

—¿Dónde está esa niña tonta? Llevo un día aquí encerrada por su culpa, un día que nadie va a poder devolverme cuando me llegue la hora, ¿sabes?

El fantasma asintió.

—Por desgracia sí. Sabele está en el sótano. —Jimena frunció el ceño. Qué decepción. En el fondo no le sorprendía, pero había tenido la vana esperanza de que su sobrina fuese un poquito más espabilada, al menos lo suficiente para no dejarse coger—. Y me ha pedido que te recuerde que

prometiste que les ayudarías si era necesario.

—¡Ja! —Lo que le faltaba por oír—. Jamás prometí tal cosa. Dije que me llamasen si eran tan inútiles de no poder salvar sus propios pellejos. —Resopló—. Cielos, las jóvenes de hoy en día son unas malcriadas. Cuando yo tenía su edad, mi madre me cortó el grifo y trabajaba doce horas diarias para poder pagar el alquiler de un tugurio compartido; trabajaba de verdad, no grababa vídeos y subía fotitos. Aunque de nada sirve que me queje, ¿verdad? Dime, ¿qué quieren que haga esas consentidas?

—Necesitan salir de allí.

Ya, cómo no. No sabía por qué se resistía tanto si iba a acabar haciendo lo que le pidiesen. Esa maldita niña era su debilidad. Habría cruzado el infierno andando sobre suelas de clavos si ella le hubiese asegurado que era la única forma de que fuese feliz, así que sacarlas del sótano no parecía un gran sacrificio.

—Vale... dile que voy a intentarlo por las buenas primero. Si en treinta minutos no las he sacado de allí, generaré una distracción para que puedan escapar. El resto dependerá de ellas.

Se dispuso a marcharse, pero el fantasma volvió a detenerla.

—Es bastante urgente.

Encima con exigencias. Si tanta prisa tenían, que saliesen de allí ellas solas... ¿a quién pretendía engañar? Esa niña era su debilidad.

—¿Quince minutos no pueden esperar? Es lo mejor que puedo hacer.

El fantasma asintió con la cabeza y desapareció atravesando el suelo hacia las plantas bajas.

Adiós a su plan de huida. En lugar de marcharse discretamente iba a tener que hacerse ver y oír lo bastante para que Flora estuviese dispuesta a escucharla y después encontrar la forma de usar su labia para convencerla de que liberase a la principal sospechosa por el robo de uno de los objetos mágicos más valiosos y peligrosos que existían. Y todo en menos de quince minutos. ¿Qué podía salir mal?

Esta vez sí cruzó la puerta, y se encontró con un pasillo atestado de gente que iba y venía a la carrera. Un bruja le gritó que se apartase cuando estuvo a punto de chocar con ella. «Pero ¿de qué va todo esto?». Estaban demasiado ocupadas para darse cuenta de que ella debería estar allí dentro

en lugar de ahí fuera. Tal vez ni siquiera le hiciese falta generar ninguna «distracción» para sacar a las chicas de allí. Aun así no quería que fuesen fugitivas sin más. Si volvían a escaparse en secreto, convencer al resto de brujas del aquelarre de su inocencia iba a ser casi misión imposible.

El único lugar en el que podría encontrarse Flora en semejante situación era la sala de reuniones del consejo, y junto a ella estarían todas las demás brujas que lo formaban, incluyendo a las que habían propuesto que la encerrasen. Fantástico.

Cruzó el edificio hasta llegar a la puerta de la sala, alzó la mano hacia el picaporte, preparada para hacer una entrada magistral, pero su instinto la detuvo en el último momento. Cerró los ojos y escuchó unos segundos. Las puertas eran lo suficientemente gruesas para que no pudiera seguir con la conversación, pero susurró un conjuro fugaz que agudizó su oído lo bastante para deducir qué estaba sucediendo.

—No... Ver a nadie. —Era la voz de la guardaespaldas de Flora, Emma.

—Debido respeto... No... momento más... Indispuesta —oyó decir a Daniela— después de lo ocurrido.

—Por una vez estamos de acuerdo —dijo Juana—. Sí... cierto... Decisiones duras... Rápido... Ella no está dispuesta... nosotras...

«Míralas, cerniéndose sobre el poder como buitres», se dijo al atar cabos. La política no le interesaba y lo que debatieran y conspiraran ahí dentro menos aún. Si Flora no estaba en la reunión del consejo, quizá se encontrase en su cuarto.

Subió las escaleras, dejando atrás a las atareadas brujas de la hermandad con sus debates sin fin, hasta llegar a la planta de arriba, donde se encontraba la vivienda privada de Flora.

Las puertas estaban abiertas de par en par, así que avanzó por el salón vacío hasta el umbral de su habitación. Allí la vio sentada sobre la cama con su larga melena rojiza cayéndole por la espalda bajo la luz de las farolas, que entraba a través de la ventana por la que miraba sin ver nada.

—Flora. —La llamó con cautela, temiendo que se enfadase porque había abandonado su «reclusión preventiva».

No respondió, así que dio un par de pasos hacia el interior del cuarto.

—Sé que seguramente no sea buen momento, pero he oído que tenéis a

Sabele. —Silencio—. Flora, esa niña es inocente. Una digna hija de su madre, la rebelde y la mala influencia siempre fui yo, vamos, no podéis tenerla retenida para siempre.

En vez de una respuesta, lo que escuchó fue el sonido de un sollozo.

—¿Flora?

Avanzó hacia ella lo suficiente para ver su rostro de perfil y percatarse de que lloraba a lágrima viva. Su rostro y sus ojos estaban rojos e hinchados y sus manos repletas de los restos de los pañuelos de papel que había usado hasta casi descomponerlos.

—Flora. —Se sentó junto a ella—. ¿Qué ha pasado?

Ladeó la cabeza para mirarla a los ojos y se echó a llorar, tendiéndose sobre el hombro de Jimena. En aquel momento dejaron de ser dos brujas cansadas y derrotadas por la vida, dos mujeres que apenas confiaban la una en la otra después de todo lo que la vida había echado de por medio entre ellas, para volver a ser dos amigas inseparables dispuestas a hacer lo que fuese la una por la otra. Flora siguió llorando mientras Jimena acariciaba su larga melena.

La Dama respondió señalando lo que había sido un pergamino manuscrito del que ahora solo quedaba un amasijo de papel quemado a punto de convertirse en cenizas con el más leve roce.

—Ha estallado en llamas hace una hora. Los nigromantes han... han roto el Tratado de Paz —masculló la Dama sin apartarse del hombro de su amiga.

Las palabras que tanto habían temido golpearon a Jimena con ferocidad.

Solo había una forma de romper el Tratado de Paz de forma definitiva y unilateral, matar a alguien del otro bando empleando la magia. Si hubiese sido una bruja quien lo había quebrantado habría sido terrible para ellas, la maldición que lo impregnaba impediría a Flora volver a emplear sus dones, pero si lo había hecho un nigromante, significaba algo aún peor.

«Que la Diosa nos guíe».

—No... No consigo contactar con Carolina. —Se llevó la mano al colgante con forma de luna creciente que colgaba de su pecho—. No responde a mis llamadas ni aparece en el mapa. Emma estaba con ella cuando... Las hechizaron en el camino de vuelta a Gran Vía y, al despertar,

Carolina había desaparecido. Creo... creo que algo horrible le ha ocurrido... creo...

Volvió a llorar, no como una niña pequeña, sino como una mujer sin consuelo, como la bruja con el corazón hecho pedazos que era.

Jimena vaciló. No quería creer que la dirección en la que apuntaban los hechos pudiera ser la verdad, pero la asesora personal de la Dama era un blanco de interés para cualquiera que quisiese hacer daño al aquelarre.

—Shhh, tranquila, Flora, tranquila. Eso no lo sabes, no tiene por qué haber sido ella a quien... —No podía decirlo en voz alta, y tampoco habría servido de nada. «No tiene por qué haber sido ella a quien han matado». Ni siquiera sabía si era cierto o no, pero era lo que Flora necesitaba oír—. Hay cientos de brujas en esta ciudad.

¿Hasta qué punto era ético desear la muerte de otra persona, alguna desconocida de la no supiese prácticamente nada, si eso significaba que Carolina se encontraba bien? Entre ellas, la relación se había tornado un tanto tensa, pero... seguía siendo la vieja Carolina, la Carolina a quien había convencido para probar el tequila por primera vez en Tupper Ware (que escupió en el acto porque le asqueaba el sabor del alcohol), a quien le había presentado a cada uno de sus nuevos novios sabiendo que los desaprobaba, con quien había visto llegar tantos amaneceres después de una noche de fiesta y aventura. Carolina, una de las brujas de la pandilla las Gatas Doradas. No podía estar... no tan pronto, no así, sin más, por ningún motivo en particular.

A pesar del pobre intento de Jimena por consolarla, Flora siguió llorando, incapaz de contener su miedo y su dolor. Si era cierto lo que decía, si el Tratado de Paz se había quebrantado, se avecinaba una guerra, temible y sin piedad. Como en los viejos tiempos. Los días más oscuros de la hermandad, en los que cualquier persona, nigromante o corriente, que no fuera una bruja podría ser uno de sus perseguidores, días en los que fiarse de nadie resultaba imposible. Helena Lozano tenía razón en algo, por mucho que le doliese admitirlo, Flora era poderosa, pero también un ser demasiado cándido para sobrellevar el sufrimiento de tantas personas cuando apenas podía tolerar el suyo. Su deber era estar presente en la sala de reuniones, pidiendo la calma, pero preparándose para lo peor, y no

llorando en los brazos de la que había sido su prisionera hasta hacía unos minutos.

Jimena tragó saliva.

Una moción de censura era ineludible. Una cuestión de horas, de minutos, incluso cabía la posibilidad de que ya estuviesen proponiéndola mientras ella sollozaba. La magia tendría que escoger una nueva Dama, y ninguna de las opciones que se le ocurrían era demasiado alentadora. La paz y la bonanza les había convertido en personas egoístas, alienadas del grupo. Habían comenzado a vivir como corrientes y habían estado a punto de convertirse en ellos, divididos, siempre arañando una pizca de «yo más», de «lo mío para mí». Si la magia era tan sabia como debía ser, escogería a alguien capaz de unirles, pero Jimena dudaba que existiera esa bruja. «Después de todo, somos humanas», le recordó su cinismo. ¿Cómo iba a pensar de otro modo cuando incluso ella había acudido junto a su amiga por una razón completamente egoísta?

—Flora... mi sobrina... ella no es una guerrera. Déjame que la saque de aquí.

Flora se incorporó y se secó las lágrimas. El momento íntimo se desvaneció y volvieron a convertirse en las mujeres adultas y maduras que eran. La sombra del pasado se desvaneció, y con ella, lo poco que quedaba de sus sueños de juventud.

—Haz lo que tengas que hacer.

Jimena asintió y se puso en pie. Poco a poco se alejó, con un intenso dolor en el pecho y una sensación de malestar general. Ojalá pudiese hacer algo por ella. Supo que tan pronto como abandonara la habitación, Flora volvería a sumirse en su llanto infinito a la espera de una noticia que confirmase sus peores temores.



La maldición del tratado se había vertido sobre toda la familia Saavedra y, al igual que había sucedido con su hijo, las sombras que habitaban en el cuerpo de Gabriel se habían apoderado de gran parte de él sin el poder de la magia para contenerlas. No obstante, el líder de los nigromantes era más afortunado que su único vástago por no haber utilizado su don más de lo imprescindible. Gabriel Saavedra sobreviviría, debilitado e inservible, pero saldría adelante. No podía decirse lo mismo de Chacal, a quien Fausto había abandonado en la gélida nave industrial.

Una diminuta parte de sí mismo aún aguardaba a que los remordimientos le golpeasen sin previo aviso, pero seguía sin sentir absolutamente nada. Ni siquiera cuando veía a Gabriel tendido en la cama con la frente sudorosa y las manos gélidas le abandonaba su convicción de que hacía lo correcto.

Él no era una mala persona, de verdad que no. Todo lo que había hecho, incluyendo los daños colaterales, lo hizo por el bien de su gente. Hasta los mejores hombres se veían obligados a provocar algún mal en su lucha para alcanzar el triunfo final.

No tenía reparos en admitirlo, él no era un hipócrita como las brujas, con su halo de superioridad moral, como si la vida en su sangre les convirtiese en santas. Al menos en ese aspecto podía respetar a Helena Lozano, como él, era honesta en sus intenciones. Al igual que él asumía las consecuencias de sus actos.

Por eso estaba ahí, en aquella habitación que comenzaba a apestar a enfermedad, consolando al pobre viejo mientras las fuerzas le abandonaban lentamente.

Era un triste destino para un nigromante que las sombras tuviesen el control sobre ti y no al revés. Por eso Fausto nunca utilizaba su don. No soportaba la idea de pertenecerle a otro que no fuese a sí mismo, para eso ya tenía a Abel y las Juventudes, que se encargaban de hacerle el trabajo sucio.

Una sonrisilla orgullosa se asomó a sus labios.

Cómo les había engañado a todos con su actitud siempre neutral, siempre un paso por detrás de Gabriel, el sumiso y humilde heredero. Nadie había sospechado que era él quien había alentado a las Juventudes, quien había nombrado a Abel el rostro visible de la organización a sabiendas de que su gusto natural por el conflicto le sería útil. Abel se había encargado de precipitar la guerra mientras él le ofrecía a la hermandad la imagen del líder perfecto, un hombre moderado y razonable con ideas que no les asustaban.

La hermandad nigromante se había vuelto temerosa, débil. Fausto estaba dispuesto a recuperar la gloria que merecían, pero era lo bastante inteligente para saber que aspiraciones tan grandiosas intimidarían a muchos.

El plan era avivar las llamas del odio entre los jóvenes durante años mientras Helena hacía lo mismo con las suyas hasta que la chispa estallase, pero los misteriosos ataques lo habían precipitado todo, y la ira y sed de sangre de Abel habían escapado a su control. Al principio, salirse de su plan inicial le había llenado de angustia, pero cuando se percató de que incluso los más pacifistas dudaban de que el Tratado de Paz fuese la mejor opción supo que no se trataba de una amenaza, sino de una oportunidad.

No contaba con que Abel hubiese encontrado una forma de hacer la

guerra sin romper el tratado.

Fausto no tenía nada que ver con aquellas repugnantes armas corrientes. Por la Diosa Muerte, libre de toda misericordia, un nigromante no necesitaba herramientas tan vulgares para reclamar el lugar que le correspondía en el orden natural. Nigromantes, brujas, seres mágicos, corrientes, animales. Esa era la legítima jerarquía. Aunque hombres como Gabriel se negasen a dar la cara por ella. Fausto lo sabía bien, aquel hombre le había criado, le había enseñado diplomacia y astucia, pero no a reclamar lo que le pertenecía. Eso lo había aprendido él solito. Gabriel no les guiaría a la victoria, él sí. Por eso había tenido que traicionar a Cal, por eso había clavado un cuchillo de sombras en el corazón de la asesora de la Dama. No era un asesino, sino un salvador.

Gabriel gruñó de dolor y Fausto se apresuró en adoptar su papel de ahijado desconsolado. Él sabía que había hecho lo correcto, pero sus hermanos lo considerarían una traición si descubrían que había sido él quien había desatado la maldición del Tratado de Paz sobre los nigromantes al romperlo.

—Te prometo que encontraré al responsable, aunque tenga que interrogar a todos los nigromantes de este país.

Se convenció de sus propias palabras hasta tal punto que sus ojos se humedecieron.

Gabriel negó con la cabeza, lentamente y sin apenas fuerzas.

—No, no... Debemos... Permanecer unidos.

—Pero alguien ha cometido una estupidez.

—Se habrá visto obligado. No podemos... no sería lo correcto castigarles por defenderse.

Fausto sonrió en sus adentros. «Gabriel Saavedra, quién te ha visto y quién te ve. Cuando los hombres hablan de ti recuerdan a un líder implacable que jamás habría perdonado una traición semejante. Cómo me habría gustado conocer a ese Gabriel en lugar de la persona en la que te has convertido», se dijo, como había hecho tantas otras veces. Casarse con aquella mujer corriente le había ablandado, su muerte le hizo débil, y un hombre que dependía de una mujer no era digno del respeto de sus semejantes. Sin embargo, sus necias palabras no hicieron más que

confirmar lo que ya sabía: Gabriel no era un buen líder para la hermandad.

—Un buen nigromante hubiese preferido la muerte —dijo, siguiendo a rajatabla su guión.

—No... La culpa... es de las brujas. Y mía... solo mía. —Le apretó la mano con fuerza—. Debería haberte escuchado. Tenías razón... he perdido la visión, me he... vuelto lento.

—No te culpes —dijo con afecto fingido—. Hiciste lo que creías lo correcto. —«Y te equivocabas».

—¿Y Caleb... y mi hijo? ¿Se sabe algo de él?

Fausto se limitó a negar con la cabeza y a dejar que el viejo sacase sus propias conclusiones. ¿Habría sido el problemático hijo de Gabriel Saavedra, amigo de brujas, capaz de traicionar a sus hermanos?

—No te preocupes, seguro que está bien —dijo Fausto, a pesar de que sabía que, en las ideas que se cruzaban por su mente, no era esa su preocupación.

—Sin magia, todas esas sombras... ya le habrán engullido.

—No tiene por qué, seguro que esas amigas brujas tuyas le han ayu... —Se llevó la mano a la boca con urgencia, como si no hubiese pretendido decir eso y acabase de darse cuenta, demasiado tarde, de su error.

—Mi hijo... elige mal sus amistades, pero nunca... nos traicionaría.

«Sí, eso. Intenta convencerte a ti mismo, y cuanto más te esfuerces por demostrarte la inocencia de tu cachorro, más sospecharás que es culpable».

—Cierto, lo sé. No pretendía sugerir eso.

—Lo sé... Lo sé. —La mirada de Gabriel se perdió en la distancia, cerró los ojos y los apretó con fuerzas antes de volver a mirar a su ahijado —. ¿Tenemos noticias de las brujas?

Fausto negó con la cabeza.

—Supongo que... deberíamos asumir que estamos en guerra.

Fausto se mordió el labio y asintió. Sí. Estaban en guerra, todos los nigromantes aguardaban una orden y él estaba convaleciente, aguardando a que las sombras tomasen cuanto quisiesen con la esperanza de que le dejaran lo suficiente para poder seguir viviendo unos pocos años más. «Dilo. Dilo de una maldita vez».

—Siento que tengas que tomar el relevo... en semejantes

circunstancias.

«Por fin».

—No mientras vivas —se apresuró a decir Fausto—. Y eso va a ser mucho tiempo. —Sonrió como si pretendiese darle ánimos.

—Yo... ya no soy un verdadero nigromante, solo un viejo necio bajo el control de una maldición. No me seguirán... pero a ti sí. Tú aún eres joven para cargar con errores y enemigos a tus espaldas. La guerra es inevitable.

—Volvió a apretar su mano y Fausto deseó que le soltase de una vez para poder marcharse a cumplir con su deber—. Conduceles a la victoria.

Fausto asintió con la cabeza y tuvo la rara oportunidad de decir algo que pensaba y sentía de verdad.

—Lo haré.



Quince minutos, había dicho su tía. O generaría una distracción para que pudiesen huir. Habría sido una gran idea si alguna de ellas hubiese tenido un reloj donde mirar la maldita hora. Tanta tecnología y tanta magia para acabar mordiéndose las uñas de los nervios por no saber cuánto tiempo había transcurrido, aunque Sabele estaba casi convencida de que había sido más de un cuarto de hora.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ame cuando comenzaban a estar al límite de su paciencia.

Sabele miró a su alrededor, en busca de objetos que les pudiesen ser útiles para emprender una huida por su cuenta. Había muchos conjuros que servirían para ayudarlas: de invisibilidad, de aturdimiento, para congelar el tiempo unos segundos, para provocar una explosión que fuese su propia distracción... Por desgracia, ninguno de esos hechizos sería rival para las defensas y contraataques de una bruja más experimentada que ellas. El éxito de su plan dependería de que quien se cruzase en su camino fuera más débil o inexperta que ellas.

Continuaba valorando sus opciones cuando sintió un fagonazo de energía en su mente, un latigazo de tal fuerza que la dejó sin aire.

—¿Chicas? —oyó decir a Blanca—. ¿Qué os pasa, estáis bien?

Una segunda voz habló, pero esta lo hizo desde el interior de su cabeza. «Hermanas, se dirige a vosotras Daniela Hierro, en nombre del consejo del aquelarre. Lamento anunciaros que estamos en guerra. Repito, estamos en guerra. Los nigromantes han quebrantado el Tratado de Paz. Todas las brujas, activas o no, han sido convocadas en nuestra sede para plantar cara al enemigo. Repito. Estamos en guerra».

La voz se apagó de golpe y desapareció de sus mentes dejando en su lugar un leve cosquilleo. Las tres jóvenes brujas abrieron los ojos y se tomaron unos segundos para reubicarse.

Rosita se frotó las sienes con un gruñido.

—Agh, ¿no podían llamar por teléfono? ¿De verdad han usado el Orbe para esto? —dijo refiriéndose a la reliquia mágica que permitía a quien lo manejase contactar con las mente de todas las brujas que pertenecían al aquelarre. La conexión mental podía ser una cuestión delicada si no se manejaba por cautela, por eso el Orbe se empleaba en contadas ocasiones—. Luego las Hierro se preguntan de dónde las viene la fama de dramáticas.

Sabele se mordió el labio y miró al fantasma. Ya se lo había advertido, pero una parte de ella había querido creer que tenía que estar equivocada. Tensión, conflicto, malentendido, tal vez, pero «guerra» era una palabra demasiado grande para que estuviese ocurriendo de verdad. Por no hablar de que si los nigromantes habían roto el Tratado de Paz tal y como Blanca les había asegurado, significaba que la maldición se había desatado sobre Cal y su familia.

Antes de que tuviesen tiempo para procesar lo ocurrido, la puerta se abrió y todas se pusieron en pie, alerta. Jimena apareció al otro lado, con una expresión severa que contrastaba con su carácter siempre joven y despreocupado.

—Seguidme —dijo sin una sonrisa, un «¿qué tal estáis, chicas?» o una de sus bromas inoportunas. Sabele tragó saliva y se apresuró a caminar tras ella cuando dio media vuelta.

—¿Es tan malo como parece? —preguntó a su tía.

—Peor. Como ha dicho esa chirriante voz en todas nuestras cabezas, estamos en guerra, pero no la hemos empezado nosotras.

Sabele tragó saliva al oír como Jimena confirmaba lo que Daniela había anunciado en el Orbe. Una bruja había caído y Cal había perdido su magia.

—¡Oh, no! —Ame se llevó las manos al rostro, horrorizada.

—¿Quién... quién ha...? —preguntó Rosita.

—Aún no estamos seguras.

—Jimena —dijo Sabele, agarrando la mano de su tía—. Tengo que salir de aquí, Cal necesitará mi ayuda.

Su tía suspiró y acarició su mejilla.

—Cariño mío, puedes irte cuando quieras. Pero me temo que tendrás que decidir si tu lealtad está con tus hermanas o con ese chico que, por desgracia, es ahora nuestro enemigo.

Reanudaron la marcha y Sabele comenzó a sentir como el aire se volvía pesado en sus pulmones. «No. No. No otra vez». Su corazón se desbocó sin control y una presión insoportable comenzó a oprimirle la cabeza. Ante el miedo a sufrir otro ataque de ansiedad intentó seguir los consejos de Luc y pensar en cualquier otra cosa. Comenzó una lista mental de los tatuajes que le gustaría hacerse, pero su cabeza volvía al pensamiento que la dominaba. Además resultó que recordar a Luc no fue de ayuda.

—Sabele, ¿estás bien? —preguntó Rosita a su lado. Si hasta ella empezaba a preocuparse debía de tener muy mal aspecto.

—Es... es todo por mi culpa —dijo con dificultad.

—No seas ridícula —dijo Jimena, que continuó andando, ajena en su interior a que su sobrina estaba andando sobre la cuerda floja y con una pierna atada—. Hay sectores de la nigromancia que llevaban buscando una excusa para romper el Tratado de Paz desde hace décadas, y la hubiesen encontrado contigo o sin ti, pequeña niña. Siento decírtelo, pero no eres tan importante.

La rotunda certeza de su insignificancia hizo que se sintiese aliviada; aunque el malestar no desapareciese del todo, la culpa se alejó lo suficiente para permitirle seguir adelante. Sin embargo, su imaginación luchaba en su contra: se veía a sí misma con perfecta nitidez subiendo a la planta de arriba y encontrándose con decenas de ojos escrutándola, como si estuviese justo debajo de un luminoso foco, con miradas de desprecio que decían «¿Qué hace está aquí?» y «¿Cómo se atreve?» a gritos. Se intentó convencer de

que eso no iba a ocurrir justo antes de encontrarse de bruces con la mitad del aquelarre en el rellano de la casa. La escena no fue tan dramática como en su mente, pero se aproximaba lo suficiente para hacerle sufrir un *déjà vu*.

—Maldita sea —escuchó maldecir a su tía por lo bajo.

—¿A qué juegas, Jimena? —Juana Santos se abrió paso entre la multitud—. Estas traidoras deberían estar encerradas donde no puedan causar más daño.

—¿Quién te ha nombrado juez y verdugo? —dijo Jimena, interponiéndose entre ellas y Juana—. Habéis hecho llamar a todas las brujas. Bien, pues aquí estamos. Con el beneplácito de Flora, por cierto.

—Flora. —Resopló con tono de burla—. ¿Pretendes que crea que no tiene nada mejor que hacer que liberar a prisioneras cuando no es capaz de bajar aquí con el resto de nosotras?

—Tendrás que creértelo. —Jimena se encogió de hombros con esa actitud desafiante que brotaba con fuerza de su interior cuando olvidaba que ya no tenía veinte años.

Juana se dispuso a responder, pero una figura esbelta apareció junto a ella y apoyó la mano sobre su hombro.

—Por la Diosa... —murmuró Rosita al verla. Sabele, en cambio, no supo qué decir, ni qué pensar o cómo sentirse. Se había limpiado los restos de sangre del rostro y del cuerpo y había sustituido el vestido sucio por unos sencillos pantalones de cuadros y una camisa blanca.

—Déjalo estar, mamá. Ellas no tienen la culpa —dijo la falsa Valeria, con los labios de Valeria y la voz de Valeria, mirándolas, con los ojos de Valeria.

Por un momento casi se dejó engañar. Quizá la bruja hubiese acabado por vencer la batalla y al espectro no le quedasen fuerzas para seguir dominando el cuerpo. Desde luego, parecía una opción más razonable que el hecho de que el espectro estuviese defendiéndolas en lo que para ella era territorio enemigo con absoluta normalidad. Por desgracia, su intuición le gritaba a voces que tras esa mirada penetrante no se hallaba la vivaz y ambiciosa Valeria.

—Pero, hija mía, el arpa...

—Nosotras nunca la hemos tenido —dijo Sabele, por acto reflejo. Sintió

como su voz temblaba al percatarse de que todas las miradas estaban puestas en ella. Una cosa era hablar con una cámara en su habitación y otra estar siendo observada y juzgada a tiempo real por personas de carne y hueso—. ¿Por qué iba a quererla, precisamente yo?

—Exacto —dijo Juana, dispuesta a lo que hiciese falta por excusar a su propia hija de las sospechas que también la apuntaron a ella—, precisamente tú.

Antes de que el último comentario hiciese estallar una revuelta entre las brujas afines a la familia Santos y Jimena y las tres amigas brujas, Daniela Hierro se interpuso entre ellas.

—Ya aclararemos todo esto. No dudéis de que estas tres irresponsables pagarán por su comportamiento. No es la primera vez que el aquelarre tiene que enfrentarse a... malos hábitos. —No se molestó en disimular que miraba a Jimena—. Sin embargo, ahora el enemigo no está entre nosotras, el enemigo es otro y está a punto de llegar a nuestras puertas. Debemos permanecer unidas, como hermanas.

Tuvieron que inspirar hondo y morderse la lengua, pero todas acabaron por asentir. El grupo se apartó de ellas lentamente, incluyendo a Daniela, que se llevó a sus dos hijas adolescentes, una de ellas Berta, que las miró con un más que razonable recelo, al interior de la gran sala donde solían reunirse.

La situación le pareció irreal, como si todo aquello lo hubiese hecho otra persona en una vida muy lejana y ella solo lo hubiese visto por casualidad.

—La reunión empezará en unos minutos, por si os interesa saberlo — Juana dio media vuelta y la que ella creía que era su hija le hizo una seña para que siguiese con su camino.

—Voy a... adelantarme yo también —dijo Jimena, mirando a las chicas con recelo. Sabele asintió con la cabeza.

Al cabo de unos cuantos minutos, solo quedaron detenidas en el rellano las tres brujas y el espectro, quien en lugar de refugiarse en su falsa identidad parecía haber decidido plantarles cara. El silencio era abrumador. Si el espectro acababa con ella, no tendría por qué regresar al Valle de Lágrimas, pero arruinaría su tapadera y su oportunidad de batirse a muerte

con tantos nigromantes como quisiese en busca del heredero de Roberto Galeano si finalmente estallaba la guerra.

—No quiero hacerte daño...

—¿Igual que no querías hacer daño a la esposa de Roberto? —Sabele apretó el puño, repleta de rabia. La Viuda de las Letras era la responsable de la muerte de media docena de inocentes.

—Oh... así que lo sabéis. —Una sombra cruzó su semblante y, por un momento, Sabele tuvo la tentación de sentir lástima por ella—. Eso fue un accidente. No tenía nada en contra de esa desdichada... otra víctima de ese malnacido, desgraciado...

El espectro tuvo que apretar sus puños y los dientes para contener la ira, parecía que permanecer en un cuerpo de carne y hueso le había ensañado a moderar la fuerza de la emoción que le daba forma.

Ame negó con la cabeza y se atrevió a decir, casi en un susurro:

—Roberto la quería.

El espectro resopló, ultrajada.

—Roberto no quería a nadie, solo era otro juguete del que se desharía en cuanto ge aburriese.

—¿Y eso es una excusa para acabar con sus descendientes? —preguntó Sabele, indignada por el hecho de que lo que quedaba de esa mujer se atreviese a considerarse una víctima después de todo lo que había hecho.

—Solo con uno, el último de la sangre de Galeano. El heredero de su hijo predilecto.

No iba a permitírselo, no ejecutaría a sangre fría a un inocente mientras ella pudiese impedirlo. Guiada por la ira hizo algo de lo que jamás se hubiese creído capaz, algo que iba en contra de todos sus ideales. Recurrir a la violencia. La magia de Valeria era más poderosa que la suya, así que se abalanzó sobre ella y aprovechó la confusión, ante el estupor de sus amigas, para intentar extraer al espectro de su cuerpo.

—Vida sin cuerpo, alma sin ser. —Sabele pudo sentir como el espectro ofrecía resistencia a su conjuro—. Libera a tu presa, doblégate al...

Al percatarse de lo que sucedía, las amigas de Valeria corrieron a separar a las dos brujas a la vez que Rosita y Ame se sumaban al alboroto para intentar ayudar a que su amiga completase el hechizo.

—¡Valeria, estas sangrando! —dijo una de las amigas de Valeria que habían acudido en su búsqueda al ver el hilo de sangre que descendía de su nariz. En algún momento de la refriega, mientras el espectro intentaba arañarle la cara, Sabele le había pegado un puñetazo y se asustó más que la víctima del impacto. Ignoraba que fuese capaz de defenderse de esa manera.

Un pequeño revuelvo comenzó a formarse a medida que las brujas se acercaban para ver qué había ocurrido. Las tres amigas se habrían visto en un apuro aún mayor del que ya estaban si la multitud no hubiese desviado su atención rápidamente hacia los aplausos de Helena Lozano, cuya ausencia no había pasado desapercibida para la mayoría de las familias.

Helena hizo su entrada triunfal seguida por un séquito de brujas vestidas de negro de los pies a la cabeza, al igual que su líder, ataviada con una armadura ligera que incrementaba su halo belicoso. Traían con ellas la turbia sensación de una excitación reprimida durante demasiado tiempo y la tensión con que aguardaba a ser liberada. Rabia, odio, impaciencia. Sabele recordó lo que siempre había oído decir de las Lozano al resto de familias cuando no estaban presentes para escucharlo: sádicas, crueles, inhumanas, problemáticas. Por la forma en la que se detuvieron ante ellas, parecían haber tomado todos aquellos adjetivos despectivos y haberlos transformado en su bandera.

—Nos vendrán bien brujas como tú en esta guerra —dijo Helena, mirando fijamente a Sabele, que dio un paso atrás. Sus palabras no eran ningún halago—. ¿Dónde está la Gran Dama? —Dio una vuelta sobre sí misma, atravesando a cada bruja una a una con sus ojos azabaches. Nadie respondió—. Así que la elegida por la Diosa se esconde cuando más la necesitan sus hermanas. —No había sorpresa en su voz—. Supongo que va siendo hora de que el poder cambie de manos.



«¿E s que se había vuelto loco todo el mundo? Ni siquiera estaba capacitado para cuidarse a sí mismo, un chaval de diecinueve de clase acomodada y sin ningún tipo de problema de salud, ¿cómo iba a ocuparse de mantener con vida al ex de la chica que más o menos le gustaba cuando una especie de terrible maldición de magia negra le estaba envenenando? ¿Es que nadie se daba cuenta de lo absurdo que sonaba?».

Chacal gimió y Luc dio un paso atrás.

Se asomó desde una distancia prudencial para ver de nuevo las marcas negras. «No voy a tocar eso ni de coña, pero vamos, *ni de coña*. Qué asco. Y además huele mal. Aunque por lo menos no desprende ningún tipo de pus. Ya hubiese sido el colmo».

Aunque, por otra parte, no podía dejarle ahí tirado en el salón, y moverle sin tocarle iba a ser complicado. No le quedaría otra que agudizar el ingenio, sería infinitamente peor que sus padres se encontraran a un nigromante moribundo sudando y lamentándose entre quejidos en el sofá de su salón. Iba a ser divertido intentar explicarles que, por una vez, no era

culpa suya.

Se acercó con cuidado, estudiando cómo iba a levantarlo él solo y llevarlo hasta el sótano sin morir en el intento, cuando Cal gritó de dolor.

—Eh... esto... ¿quieres un vasito de agua?

El nigromante continuó sollozando, aullando. No parecía que le sobrasen las fuerzas, y con cada quejido, su aspecto empeoraba, pero no debía de ser fácil reprimirse en sus circunstancias, así que gritaba, gritaba sin parar hasta perder la consciencia de nuevo durante unos pocos segundos antes de volver a la carga.

—¿Hielo? ¿Un *whisky*? ¿Qué quieres, por Dios?

—Sa... Sabele —masculló.

«Estupendo. Bueno, si le dejo morir, tampoco sería para tanto. En fin, no es como si hubiese algo que pudiese hacer por ayudarlo, ¿verdad? Pues eso. Agh». A quién quería engañar. El tipo estaba muuy lejos de caerle bien, de hecho le caía bastante peor que mal, pero no estaba disfrutando con su sufrimiento.

—Voy a por un paño de agua... —¿Fría, caliente? ¿Qué se solía hacer en estos casos? ¿Cuál era el protocolo de primeros auxilios en caso de colapso interno por magia oscura?—. Ahora vuelvo.

—Sa... Sabele. —Cal estiró el brazo y le agarró de la manga, tirando de él hacia abajo. Le miró con el ceño fruncido y un abismo fugaz de lucidez en su agonía que dejaba muy claro «que estaba hablando en serio».

—Ti... tienes que... avisarla... que... sacarla de allí. Fausto... Sácala de allí.

—Ya... ya has dicho eso antes. Y te lo repito. No puedo hacer nada y no conozco a ningún Fausto. Ahora, estate callado un rato y déjame que... — El sonido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta hizo que se helase cada gota de su sangre.

No, no, no. Se liberó del puño cerrado de Cal y lo dejó caer junto al resto de su cuerpo aprovechando otro de sus achaques.

Avanzó hacia la puerta para cerrarla, pero eso no serviría de nada mientras Cal estuviese ahí dentro. Sus padres iban a querer comprobar por qué la puerta del salón no estaba abierta.

Caminó hacia Cal para sacarlo de allí, pero, sorpresa, seguía pesando

demasiado para que pudiese alzarle como si nada. Tendría que intentarlo. ¿Qué sería mejor, que lo arrastrase por las axilas o por los pies? «Dios. Qué asco».

—¿Lucas?

Oyó la voz de su madre y estuvo a punto de gritar de pánico. Mierda. Aunque tenía que ver el lado positivo de la situación: no era su padre quien le había descubierto in fraganti.

—Hola, mamá.

Su madre le miró a él y miró al desconocido. Volvió a mirar a su hijo, al desconocido, a su hijo, al desconocido.

—¿Es... un nigromante? —preguntó señalándole.

Luc asintió y Cal gritó.

—Aparta —Mercedes lanzó el bolso sobre el sillón y se agachó junto al joven sin siquiera quitarse la chaqueta. Retiró parte de la camiseta de Cal para ver mejor y frunció el ceño—. Justo lo que me temía. Lucas, cariño, necesito que vayas a la cocina y me traigas una caja en la que pone «moldes para hornear».

Luc no sabía ni por dónde empezar a preguntarse qué estaba ocurriendo. ¿Por qué no le estaba gritando? ¿Por qué su madre, Mercedes Zambrano, decoradora de interiores, se creía enfermera de pronto? ¿Y de qué moldes le hablaba? Nadie en su casa había horneado jamás. Ni siquiera había bollos en la casa desde que su madre le declaró la guerra al azúcar refinado.

—¿Mamá... qué...?

—Shhh, luego. Ahora la caja.

Empezaba a estar un poco harto de que todo el mundo le diese órdenes, pero, en fin, si alguien estaba legitimada para hacerlo era su madre. Fue a la cocina y abrió los armarios uno a uno hasta que dio con una caja de latón azul en la que, efectivamente, alguien había escrito «moldes para hornear». Muy bien, tenían moldes, pero ¿qué pretendía su madre hacer con ellos? ¿Iba a cocinarle una tarta al enfermo para ver si se ponía de mejor humor?

«Esto no puede estar ocurriendo de verdad».

A lo mejor se había golpeado en la cabeza y todo lo sucedido era el producto de un trauma craneoencefálico. Puede que hasta estuviese en coma y que se fuese a despertar unos cuantos días más viejo para descubrir que en

realidad no existía la magia ni nada que se le pareciese y que además era hijo único. Lo cual sería bastante patético, porque querría decir que ni en sus alucinaciones conseguía ligar con la chica que le gustaba. Qué triste.

Volvió al salón y le tendió la caja a su madre, quien la agarró con ambas manos, la abrió y comenzó a rebuscar apresurada en su interior. «Eso no son moldes», pensó Luc al ver los tarros y frascos que su madre examinaba y descartaba. Abrió una alargada caja de madera que contenía cinco viejas velas usadas con sus correspondientes soportes y comenzó a distribuirlas a su alrededor. Sacó una caja de cerillas de la susodicha caja y se las lanzó a su hijo, que las atrapó en el aire en un acto reflejo.

—Vamos, no te quedes ahí parado. Ten. Ve encendiéndolas.

Luc no se movió un milímetro.

—Mamá... ¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece?

—No me gusta lo que parece...

Mercedes sacó unas cuantas piedras de color rojizo y aspecto arenoso de un frasco, las echó en el interior de un mortero y comenzó a machacarlas.

—Si no vas a encender las velas, al menos tráeme un vaso de agua.

Tragó saliva y asintió. Fue a la cocina, llenó un vaso de agua del grifo y volvió sin siquiera procesar sus actos. Se movía como un autómatas mientras su mente intentaba comprender lo que ocurría.

Mercedes vertió el agua en el mortero y mezcló el polvo con el agua. Comenzó a murmurar palabras en una lengua extranjera, tal vez portugués. Su madre, la decoradora de interiores, ni horneaba ni hablaba portugués. Cuando terminó, el líquido cobrizo se tornó de un verde intenso. Su madre, la decoradora de interiores, tampoco cambiaba el color de los brebajes por arte de magia.

Su madre, quienquiera que fuese, se inclinó sobre el joven y levantó su cabeza con una mano mientras inclinaba el mortero sobre sus labios con la otra. Cal gruño y agitó la mano en señal de negación.

—Vamos, sé que cuesta, pero tienes que beberlo. Ralentizará a las sombras.

Tenía que estar de coña. A su madre también la había poseído un espíritu malvado, ¿verdad? Le habría valido cualquier explicación posible,

por absurda que fuese. Cualquiera hubiese sido mejor que «¡Sorpresa!, tu madre es una...». «Dios, no quiero ni pensarlo».

Cal terminó de beber y su madre volvió al asunto de las velas, fuese cual fuese.

—¿No vas a ayudarme en nada? —preguntó Mercedes.

Luc no fue capaz de responder.

Su madre extendió la mano derecha sobre el pecho de Chacal, cerró los ojos y una luz blanca brotó de su interior. Los músculos del nigromante se liberaron de la tensión con la que se encogían.

—Así, mejor. Estar relajado siempre ayuda. —Volvió a girarse hacia su hijo con un suspiro ante su expresión horrorizada por lo que acababa de ver—. Ya. Sé lo que estás pensando. «Qué faena, mi madre es una bruja». Deberías saber que dejé el mundillo hace muchos años, así que tampoco es un secreto tan grande.

«Dios. Qué fuerte». Su madre, la mujer que le había dado la vida, que le había acompañado en sus primeros pasos, atenta por si se caía, la misma que le secó las lágrimas su primer día de clase, la que le regalaba libros en cada cumpleaños a pesar de que él prefería los vinilos y le seguía llamando Lucas haciendo oídos sordos a sus protestas, la única persona en su familia que no le había dicho abiertamente que su sueño era una locura, era bruja. Su madre era una bruja. Mercedes Zambrano, decoradora de interiores, madre, esposa, jugadora ocasional de padel y bruja. Bruja. Como Sabele. ¿Qué decía eso de él? ¿Debería ir a un psicólogo para tratar el tema?

—¿Papá... papá y Leticia lo saben?

—Oh, no, por favor. —Agitó una mano en el aire—. Se morirían de horror si supiesen que hay sangre mágica en la familia, sobre todo tu padre. Nunca llevó bien ser un revelado, si se llega a enterar alguna vez de que se ha casado con una bruja... —Ató un ramillete de hierbas con un hilo blanco y le prendió fuego con una de las velas, recogiendo la ceniza con el cuenco sucio.

—Espera, ¿eso quiere decir que Leticia...?

Una amiga y una madre bruja podía soportarlo, pero una amiga, una madre y una hermana bruja era demasiado hasta para él.

—Qué va. Bueno, técnicamente sí, pero tu hermana nació con tan poco

don mágico que dudo que se la pueda considerar una bruja. No es tan raro como parece, en los tiempos que corren. El único talento paranormal que tiene es esa intuición suya, pero poca cosa más. De mí solo heredó mi pelo y mis ojos, en lo demás es igualita a su padre. Y menos mal. No querría que tuviese nada que ver con esta absurda guerra...

—¿Guerra? Espera, ¿quieres decir que, cuando todo el mundo habla de todo ese rollo de una guerra, va en serio?

Su madre le miró extrañada.

—Teniendo en cuenta que hay un nigromante herido en nuestro sofá supuse que sabrías algo. Han roto el Tratado de Paz y todas las brujas hemos sido «convocadas a la lucha». —Mercedes se estremeció—. Es terrible, no me quito de encima esa sensación de que ha ocurrido algo horrible y de que se acercan tiempos oscuros, pero no pienso ir después de tantos años, desde luego. Además, no sería de mucha ayuda. —Mientras hablaba, continuaba preparando su hechizo, pero Luc ya no prestaba atención a lo que hacía—. Solo espero que no haya demasiadas muertes antes de que entren en razón.

«Muertes».

Tenía la sensación de que su mundo se descomponía pieza a pieza. Una sensación que había permanecido latente en su cuerpo sin que él se percatara, pero ¿desde cuándo? ¿Cuándo comenzó a sentirse así? ¿Fue cuando le echaron del grupo? ¿Cuándo conoció a Sabele por un capricho del azar? ¿Cuándo creyó que era buena idea robar aquel estúpido arpa? El arpa... seguía en su poder, un objeto inútil que había intentado destruir en vano. El dichoso y estúpido arpa a la que nunca debió haber escuchado.

«Muertes». Cal no había cesado de pedirle que ayudara a Sabele y sabía de sobra que, aunque ella quisiese aceptar su hipotética ayuda, se trataba de un privilegio que estaba muy lejos de su alcance, sin embargo, era posible que aún estuviese a tiempo de hacer lo correcto.

Caminó hacia la salida, se puso su chaqueta y se echó la funda de la guitarra, usurpada por el arpa, a la espalda.

—¿Dónde vas? —preguntó su madre, con ese tono de voz típico en cualquier progenitor cuando lo que quieren decir es «tú no vas a ningún sitio, jovencito».

—He metido la pata y tengo que arreglarlo antes de que sea tarde. —Su propia honestidad le abrumó. Debía de hacer años desde la última vez que respondió con una verdad a esa pregunta.

Su madre se detuvo para mirarle unos instantes antes de volver a la tarea que la mantenía ocupada.

—Vale. —Asintió con la cabeza—. Pero quiero una explicación cuando vuelvas. Si me mientes, lo sabré. —Luc prefirió no admitir cuántas veces su madre no lo había sabido, pero, eh, Mercedes llevaba dos décadas ocultando que era una bruja, quizá lo de mentir bien le viniese de familia—. Intenta no meterte en demasiados líos.

«Ojalá», pensó Luc. Estaría bien, por cambiar un poco de vez en cuando. Por supuesto, no dijo eso en voz alta. Se limitó a asentir y dirigió una última mirada consternada hacia Cal. Si su ex moría estando al cuidado de cualquier miembro de su familia estaba bastante convencido de que las pocas posibilidades que le quedaban con Sabele se echarían a perder.

—Vete —insistió su madre—. Está todo bajo control.

Luc asintió e inició su marcha rumbo al metro, practicando mentalmente su confesión con la esperanza de que fuese lo bastante convincente como para que liberasen a Sabele y pudiese ponerse a salvo. Más le valía que funcionase, porque no se le ocurría ningún plan B. Por desgracia no tenía demasiada práctica en eso de pensar en los demás, ni siquiera cuando sus actos no eran del todo altruistas.

Se detuvo frente a las escaleras del metro, dándose cuenta de que se había venido demasiado arriba con eso de «hacer lo correcto». Ni siquiera sabía dónde encontrar a Sabele. Por lo que él sabía, se la podían haber llevado a una cárcel mágica secreta. Se había dejado llevar por un impulso y ahora no sabía cómo continuar. Por suerte para Luc, a veces dejarte llevar por las señales que el universo deja para ti tiene su recompensa.

Un maullido hizo que mirase hacia abajo y vio como un gato con el pelaje dorado se inmiscuía entre sus piernas antes de saltar sobre la barandilla del metro. Luc le miró fijamente, esperando a que se pusiese a hablar o algo así, pero el gato se limitó a maullar exasperado. Bajó de nuevo al suelo y descendió los escalones en dirección a la estación subterránea sin dejar de mirarle.

—De acuerdo —suspiró, resignándose a que lo absurdo formase parte de su vida—. Lo pillo, «sigue al gato».



La realidad a su alrededor seguía pareciendo una función de teatro de la que era partícipe de algún modo, aunque no estaba segura de cómo. Por el momento, solo se atrevía a cumplir el rol de mera espectadora. Ni siquiera conseguía que le importase demasiado todo lo que sucedía ante sus ojos cuando sabía que Cal la necesitaba y que no había ningún modo de que pudiese salir de aquella casa para ayudarle sin provocar un escándalo.

Todo estaba saliendo mal: el arpa seguía desaparecida, los nigromantes podían estar preparándose para la batalla en ese mismo momento y el espectro se paseaba ante sus ojos con el cuerpo de Valeria sin que pudiese hacer nada. Aunque el peligro de los instintos homicidas del ser al que Cal había invocado por error empalidecían frente a la amenaza que se cernía sobre la hermandad de las brujas.

—Va siendo hora de que el poder cambie de manos, lleva demasiado tiempo sin ser utilizado como merece —dijo Helena, tajante, y su séquito asintió.

Para sorpresa de Sabelle, su tía, quien siempre había destacado por su falta de interés en los tejemanajes de la política, fue la primera en hablar

contra las intenciones de las Lozano.

—La magia ya eligió a su Dama, y mientras no la abandone, no nos corresponde a nosotras quitar u otorgar ese poder, ni siquiera a ti, Helena. —Sabele vio a su tía dar un paso al frente y supo que la fuerza que la movía no era la ambición, tampoco la justicia o el deber, sino la amistad.

—La magia no, vuestra Diosa, la moribunda —dijo Helena con desprecio, provocando un murmullo de desaprobación generalizada.

Así que los rumores sobre las Lozano eran ciertos. La Diosa, la Madre Naturaleza, lo era todo para cualquier aquelarre de brujas: la fuente de su poder, el ciclo en torno al que organizaban sus festividades y ritos, la encargada de guiarlas hacia la luz en los momentos oscuros.

No importaban el dolor, el miedo y la muerte, porque la vida siempre encontraba la forma de resurgir y abrirse paso. Renegar de la Diosa era como renegar de la misma magia.

—Supongo que preferirías que te siguiésemos a ti en lugar de escuchar a la Diosa —se burló Jimena.

Helena invocó una diminuta llama entre sus dedos a modo de amenaza, pero Daniela y Juana avanzaron hasta detenerse junto a Jimena. Poco importaba que las dos brujas estuviesen disputando la misma cuestión hacía unos segundos, ninguna de ellas quería ver a una Lozano dirigiendo a nadie que no fuese de su propio clan. A Helena no pareció cohibirle en absoluto el frío recibimiento.

—Vuestras plegarias no serán escuchadas, y cuando llegue el momento de la batalla, las tres acudiréis a mí —dijo señalando a las brujas.

—Eso lo dudo... —masculló Jimena.

—No tiene por qué haber ninguna batalla —dijo Juana—. Por lo que sabemos, los nigromantes podrían estar tan confusos como nosotras.

Como si quisiesen contradecir sus palabras, la oscuridad se cernió sobre ellas. Una sombra opaca se alzó sobre la barrera protectora que recubría el edificio.

—Arde, fuego —exclamó Helena. Todas las velas, distribuidas a modo de nostálgica decoración, se encendieron iluminando la sala—. La batalla de la que tanto dudas —dijo mirando a Juana— acaba de comenzar.

Un instante después, una ráfaga de esferas negras comenzaron a

impactar contra la barrera. La barrera resistió la primera salva con poco más que un temblor como consecuencia. Sabele estaba preparada para observar un segundo intento, pero los nigromantes no perdieron el tiempo con tácticas poco efectivas; necesitaban algo más rápido.

La silueta de un dragón de sombras se alzó en el aire, abrió sus fauces de par en par y se precipitó contra la barrera, desapareciendo al chocar contra ella, pero dejando abierta una grieta lo bastante grande como para provocar el caos entre las brujas.

—¡Las que estéis preparadas para luchar por vuestra raza, seguidme! — exclamó Helena, escaleras abajo junto a sus simpatizantes.

—No pueden cruzar la puerta principal, no sin nuestro permiso —dijo Juana, intentando preservar la calma entre las suyas.

Sabele vio como Jimena se asomó por la ventana para ver mejor a sus adversarios.

—No tienen pinta de ir a dejar que eso les detenga... supongo que esa norma solo se aplica mientras la puerta exista, ¿verdad?

—La barrera aún no ha caído. Nosotras podemos encargarnos de ganar tiempo —dijo Daniela. Los conjuros defensivos eran la especialidad de su familia—. Vosotras... preparaos para atacar.

Jimena asintió con la cabeza y buscó el apoyo de Juana con la mirada.

—Yo puedo encargarme de este ala. ¿Qué te parece si te ocupas de la otra?

—De... de acuerdo. Que la Diosa os guíe —dijo, y un grupo de brujas, incluyendo a la falsa Valeria, se puso en marcha tras ella.

—Que la Diosa os guíe —se despidieron Jimena y Daniela al unísono. Iban a necesitar mucho más que rezos si querían sobrevivir a esa noche.

Ninguna de ellas era una experimentada guerrera ni deseaba pelear, pero tampoco estaban dispuestas a quedarse cruzadas de brazos mientras atacaban lo más parecido que tenían muchas de ellas a un hogar y una familia.

Un amplio grupo de brujas que no pertenecían a ninguna familia ni clan importante se quedaron atrás y Jimena las estudió, Sabele suponía que intentando decidir qué hacer con ellas. Jimena nunca había sido precisamente lo que se podía considerar como «una figura autoritaria»,

pero, en cambio, sí era una de esas mujeres que presumían de «su par de ovarios» con motivos de sobra para ello.

—¿Cuánto tiempo crees que podrá resistir? —preguntó a Daniela, que miraba la barrera mientras las demás formaban un círculo con sus cuerpos y trazaban líneas en el suelo, concentradas y alerta.

—Es difícil decirlo. Haremos todo lo que podamos. Considerando cuántas somos y la intensidad de sus ataques... una media hora, tal vez cuarenta y cinco minutos.

Jimena asintió y se dirigió a todas las demás.

—Muy bien, chicas. Tenéis quince minutos para encontrar la forma de convertir vuestros talentos mágicos en armas y volver aquí con ellas para patear unos cuantos traseros.



Una parte de sí mismo seguía convencida (o al menos intentaba creerlo) de que «guerra» era un término un tanto exagerado hasta que fue testigo de hasta qué punto dos grupos de personas con más cosas en común que diferencias podían llegar a odiarse. Se hallaba detenido ante un auténtico caos.

Había usado los ratos muertos en el transporte público para intentar figurar un plan, mientras el gato se echaba una siesta sobre sus piernas, pero no había previsto encontrarse entre más de un centenar de nigromantes (casi todos con pinta de hacer *crossfit* entre dos veces a la semana y absolutamente todos los días) enajenados y otras tantas brujas preparadas para contraatacar.

Los nigromantes lanzaban todo tipo de hechizos contra la puerta principal, en plena Gran Vía, protegidos por el propio aura del edificio, que hacía que ninguno de los viandantes corrientes que pasaban por allí cargados con sus compras y turistas que no cesaban de sacar fotos se percatasen de lo que estaba ocurriendo ante sus narices. En cuanto a los revelados, cualquiera con el mínimo sentido de la percepción paranormal

sería lo bastante listo para alejarse de allí.

Como en tantas otras ocasiones, Luc deseó ser un corriente cualquiera en lugar de tener el cuestionable don de la videncia, una personita normal que vivía feliz en su ignorancia, ajeno a todo un mundo de complicaciones y dolores de cabeza.

No podía hacer nada al respecto de sus sentidos, pero sí tenía la opción de ignorar su conciencia y volver por donde había venido. Si lo pensaba detenidamente, todo ese rollo de hacer lo correcto resultaba bastante pueril, es decir, ¿qué era el bien y qué era el mal? Nada más que conceptos relativos. ¿Y qué si él tenía su propio código moral? Uno que le decía que diese media vuelta y se fuese a por una hamburguesa con patatas al Five Guys de la esquina.

Como si pretendiesen darle la razón, tres nigromantes unieron sus fuerzas para generar una especie de llamarada negra, gris y azul que impactó como un proyectil contra la puerta y se propagó en la forma de un incendio que habría engullido el edificio por completo de no haber sido por el hechizo que la protegía. A modo de respuesta, un grupo de brujas se asomó a los balcones del edificio para lanzar sus propios ataques sobre los nigromantes, que se protegieron tras escudos de sombras similares al que Chacal había empleado.

«Soy solo un revelado, y no precisamente uno de los mejores», se dijo, porque seguía sin comprender del todo qué hacía ahí. Sí, la idea era devolver el arpa a sus dueñas y confesar su crimen, pero si la batalla acababa mal, sus esfuerzos darían igual, y si acababa bien, siempre podía darles el arpa más tarde.

Todos los argumentos lógicos que se le ocurrían eran perfectamente razonables, pero el mismo impulso que le había hecho acudir ahí le retenía en mitad de la calle, casi como si el propio arpa le estuviese gritando que se dejase de excusas e hiciese lo que había acudido a hacer. Estúpida conciencia. Está bien. Entraría, volvería a dejar el arpa donde la encontró y saldría lo más rápido posible de allí. Quizá bastaría para que liberasen a Sabele.

El gato tomó la iniciativa por él y le guio entre las calles hasta la parte de atrás del edificio. En un alarde de gracilidad felina, su guía saltó entre las

cajas y los cubos de basura hasta el dintel de una de las ventanas del primer piso.

—Creo que me sobreestimas —dijo al gato, que le miraba desde lo alto como si no entendiese por qué aquel torpe humano era tan lento.

Trepó al mismo contenedor de basura sobre el que había saltado un par de noches atrás y saltó hasta la ventana del primer piso, donde se quedó colgado durante unos cuantos segundos. Mierda. En las películas parecía más fácil. Se impulsó usando piernas y brazos como una cucaracha hasta que, después de unos cuantos y lamentables intentos, consiguió subir al balcón del primer piso. Estaba hecho todo un Romeo en potencia, pensó sarcástico. Desde luego, tenía que haber mejores formas de «ganarse el afecto» de una chica que escalar hasta su balcón. Abrió la ventana, comprobando con alivio que no era de esas que solo se abrían desde dentro, y se coló por ella en el interior de un diminuto cuarto de baño.

Le había costado, pero ya estaba dentro. Ahora tenía que dar con el modo de encontrar a Sabele sin que ninguna bruja o nigromante le maldijese por el camino.

—¿Y ahora qué?

Se giró en busca del gato para descubrir que estaba solo. Se asomó a la ventana, pero no había ni rastro del felino. «Cobarde», le maldijo en sus adentros, aunque una parte de él empezaba a dudar si no lo habría imaginado todo.

Escuchó voces aproximándose por el pasillo. Genial. Cómo no, su misión tenía que empezar con todos los imprevistos posibles. Miró a su alrededor y el único escondite a la vista en el que cabían sus largas piernas era la bañera, así que se metió en ella y echó la cortina de la ducha con la esperanza de que las brujas fuesen a lavarse los dientes o a retocarse el maquillaje.

—Yo solo digo que tal vez deberíamos irnos cuando derriben la barrera —escuchó decir a una de ellas al otro lado de la puerta, que se abrió con un leve chirrido.

—Pues mejor no lo digas —dijo una segunda voz.

Luc escuchó el sonido del grifo abriéndose y el del agua corriendo libremente durante unos segundos antes de que el eco del chorro se

entrecortase al golpear contra una superficie sólida. Como experto en sonidos que se consideraba, Luc estaba casi convencido de que se trataba de un objeto de plástico, aunque no era como si importase.

—¿Por qué no? Estoy segura de que no soy la única que lo piensa. Tenemos todas las de perder.

—¿Tú crees?

La bruja pesimista resopló.

—Hasta han dejado que luche esa chica, Yeats. —Yeats... ¿de qué le sonaba ese apellido?—. Si tenemos que recurrir a las traidoras es que la cosa no pinta bien. —De pronto recordó, agh, por supuesto. ¡Sabele! Por lo menos sabía que estaba allí, sana, salva y, por el momento, libre. Aunque no le gustó nada la forma en que hablaban de ella y tuvo que contenerse para no abrir la cortina de la ducha y gritar «¡Eh! ¿de qué vais?».

—Presunta traidora —añadió la segunda bruja—. Por lo visto no están del todo seguras de que fuese ella.

—¿Que no? ¿Y quién iba a haber robado el arpa si no fue ella?

Luc tragó saliva en su escondite. «¿Quién, aparte de un estúpido revelado sin la más mínima pizca de sentido común como él?». Sería un desafortunado momento para estornudar, ¿verdad?

—Yo la creo hasta que se demuestre lo contrario.

La bruja escéptica resopló.

El grifo se cerró y las brujas se marcharon de allí con su debate sobre si ser leales y permanecer o ser listas y marcharse mientras estuviesen a tiempo. Después de esperar cerca de un minuto por precaución, se atrevió a descorrer la cortina, salir de la ducha y asomarse al pasillo con cautela y preguntándose si saldría de una pieza de allí.

Si hasta las brujas dudaban de si seguir en la casa o no, le costaba entender por qué no daba media vuelta y volvía a salir por la ventana por la que había entrado. No era tan mala idea. Podía dejar el arpa sobre las baldosas del baño y marcharse. De hecho, sonaba como un buen plan. Sabele nunca tendría que saber que fue él quien había tenido el arpa todo ese tiempo. Era un secreto con el que podía convivir. La honestidad estaba sobrevalorada.

Se convenció a sí mismo hasta tal punto que lo habría hecho si no

hubiese distinguido el brillo dorado de la larga melena de Sabele a tan solo unos cuantos metros de distancia.

Luc volvió a ocultarse en el interior del cuarto de baño. Estupendo. Ya sabía dónde estaba ella. Ahora solo necesitaba un golpe de suerte, pero estar en el momento y lugar apropiados no era precisamente su especialidad.



Habían convertido los pasillos, habitaciones y rellanos de la sede del aquelarre en un improvisado cuartel, mu especie de fortaleza que debían proteger a toda costa y empleando todos sus recursos. Al contrario que Helena y las suyas, Jimena estaba promoviendo cualquier método que evitase pérdidas humanas, por eso se puso eufórica de alegría cuando Sabele sugirió que empleasen la potente pócima somnífera de Rosita.

Mandó a las brujas a la cocina a por cubos y garrafas y al almacén a por los ingredientes que necesitaban y, en cuestión de un cuarto de hora, manufacturaban la pócima de Rosita, que no se sentía demasiado entusiasmada por tener que compartir su receta, en cantidades industriales. Por suerte, la fórmula y el hechizo eran lo bastante simples para que todas pudiesen replicarlo con éxito, incluso Sabele, quien siempre había sido una negada con el caldero.

Una vez elaborada, aprovecharon cualquier recipiente, pequeño o grande, que pudiese contenerlo, incluyendo varios botes de espray. Aunque la mayor parte de la pócima había ido a parar a las garrafas que colgaron del

pasamanos de la escalera. Solo tenían que tirar de una cuerda y varios litros de poción somnífera se verterían sobre los invasores, sumiéndoles en un sopor que podía durar horas o incluso días.

Un par de brujas trajeron una gigantesca garrafa cargada de agua del grifo para la siguiente tanda de pociones (según Rosita, el agua mineral era más efectiva, pero no podían permitirse el lujo de elegir) y la depositaron en el suelo.

—¡Muy bien, chicas! —dijo Jimena, que iba de aquí para allá con la seriedad de una coronel en plena batalla—. ¿Qué tal vais? —preguntó a Rosita.

—Bien. Aunque nos estamos quedando sin raíz de bufera.

Jimena se mordió el labio pensativa.

—Sacad provecho de lo que queda. Cuando acabéis, buscadme y pensaremos en otros hechizos para usar. —Rosita asintió y continuó machacando flores de lavanda, el contenido de varios sobres de infusión de valeriana y pastillas antihistamínicas en su mortero—. Sabele, ¿vienes un momento?

Sabele asintió. ¿Qué querría ahora? Dejó a un lado la cuchara con la que llevaba removiendo el brebaje durante unos cuantos minutos, se levantó del suelo y se reunió con su tía junto a la ventana.

—¿Qué ocurre?

—Quiero pedirte un favor. Sé que estás teniendo un día duro, pero necesito que hagas un esfuerzo por mí.

Sabele asintió, aunque no sé le ocurría qué podía querer su tía de ella con la cantidad de brujas talentosas que estaban dispuestas a seguir sus indicaciones.

—Sé que el hechizo que estabas preparando para la prueba de aprendizaje era un conjuro de ilusionismo —dijo con plena tranquilidad.

—¿Cómo sa...?

—Bartolomé me lo contó, y no pienses que no me duele que no escogieses la especialidad de la familia, pero... lo que importa es, ¿lo utilizarías esta noche para mantener a Flora escondida?

Sabele frunció el ceño.

—¿Escondida? ¿Qué quieres decir?

Jimena se encogió de hombros y Sabele no supo qué responder. Flora, la Dama, la escogida por la magia, la bruja más talentosa y sabia de su generación, no iba a luchar codo con codo junto a sus hermanas para protegerlas de los nigromantes que querían causarles daño y acabar con el aquelarre.

—No puede ser cierto... ¿Qué clase de líder abandona a las suyas en momentos difíciles? ¿De verdad Helena tenía razón?

—Eh, oye, eres tú la que se pasa el día con ese rollito de que no hay que juzgar a la gente. Te lo podrías aplicar. —Su tía se cruzó de brazos, palpablemente molesta, y Sabele agachó la mirada. No le faltaba razón.

—Intento entenderlo, pero no se me ocurre un buen motivo. ¿Por qué?

—Imagínate que pierdes a Rosita o a Ame y sabrás cómo se siente.

Sabele sabía bien que, a pesar de no tener pelos en la lengua, a Jimena no le gustaba mostrar sus emociones, mucho menos hablar de ellas. Por eso, con los años, se había convertido en una experta a la hora de esconderlas, sin embargo, había un dolor en su mirada que no logró disimular.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tenemos noticias de Carolina desde que os encontraron en la casa del corriente esta tarde.

Sabele tragó saliva.

—¿Creéis que...?

—Ojalá me equivoque, pero parece lo más probable —dijo sin dudar.

—Vaya...

—La mayor virtud de Flora siempre ha sido la capacidad de su corazón para sentir. Por desgracia, también es su mayor debilidad. Me temo que no se encuentra en condiciones de salvar a nadie, apenas puede ayudarse a sí misma.

Sabele se mordió el labio. Su tía tenía razón. No podía culparla. Si algo tan terrible le ocurriese a Rosita o a Ame, no sabría cómo sobrellevarlo, y desde luego no encontraría el modo en solo una noche. La mera idea de que Cal estuviese en peligro y que no pudiese hacer nada para ayudarle estando allí atrapada era suficiente para hacer que tuviese que controlarse para no gritar con todas sus fuerzas.

—Entonces... ¿Lo harás?

La mirada de Sabele revoloteó directamente hacia la falsa Valeria. Según sus cálculos no debía de faltar mucho tiempo para que el espectro agotase sus energías y tuviese que retornar a su plano de origen o buscar un cuerpo más débil, pero podía ser el suficiente para que llevase a cabo su venganza (algo que ya no parecía tan condenable ahora que los nigromantes las asediaban).

—Te prometo que le echaré un ojo —dijo Jimena, al percatarse de dónde estaba puesta la atención de su sobrina—. O si lo prefieres podemos hacerle un exorcismo rápido. Claro que te volverán a mandar al sótano en un santiamén. —Se encogió de hombros.

Sabele suspiró. Siempre sería más útil protegiendo a su líder que contando goteras en el desamparado almacén.

—Está bien.

Aunque era un alivio no tener que causar daño a otras personas, nigromantes odia-brujas o no, la sensación de estar abandonando a sus amigas frente al peligro no le daba tregua, y poco importaba que ellas mismas le hubiesen dicho que lo comprendían y que le hubiesen deseado suerte con toda la sinceridad de su corazón. Se despidieron con un abrazo, pero ella sentía que les estaba asestando una puñalada. Sabele avanzó hacia la escalera y comenzó a subir. Sola. Sin mirar atrás, porque si lo hacía, tal vez no fuese capaz de seguir adelante.

Subió los escalones hasta detenerse en la penúltima planta, la previa a los aposentos personales de Flora, que ocupaban un piso entero. Hubiese sido más sencillo ocultar una sola habitación, pero había estudiado lo suficiente para poder encargarse del ilusionismo sin ayuda. Extendió la mano en el aire y lo acarició con la punta de los dedos, de un extremo a otro de la escalera, mientras susurraba las palabras precisas y visualizaba en su mente lo que todos los demás debían ver, una pared sólida.

—Ojos que no ven. No es lo que parece. Ojos que creen saber. Sin más desaparece. Parpadea. Abracadabra. Las apariencias engañan.

La pared tomó forma en el aire, fundiéndose con el resto de la planta. El mismo papel de pared, el mismo rodapiés, el mismo tipo de marco y de cuadros. Nadie que no supiese que ahí había una última planta podría notar la diferencia, e incluso ellos dudarían. Solo Sabele era capaz de ver la

verdad tras el espejismo. Las dos visiones se superponían en sus sentidos, la pared sólida y las escaleras eran igualmente reales para ella. Aunque sus sentidos estuviesen presos del engaño, su cuerpo y su mente podían quebrarlos.

Una vez hecho el trabajo, su único papel era asegurarse de que nadie descubría la trampa y... esperar. Esperar a que sus hermanas vencieran para poder reunirse con ellas o a que perdieran para defender a la Dama de los invasores. Cruzó la ilusión y se sentó en uno de los escalones. Si iba a esperar, mejor hacerlo sentada.

Pero cruzarse de brazos no era su estilo.

Su tía no se lo había pedido y, de hecho, a pesar de lo que dijese sobre «la especialidad de la familia», seguramente se enfadaría si se enteraba de que había invocado a la suerte dos veces el mismo día, pero no iba a sentarse a contar los minutos mientras su familia y sus amigas se jugaban la vida por mucho que fuese una insensatez. Si tenía que pagar las consecuencias de sus actos más adelante, lo haría encantada.

Se quitó su colgante y lo sostuvo en una mano, como haría un creyente con su rosario, y recitó la invocación como si se tratase de un mantra hasta casi entrar en trance. Puede que las Lozano y sus seguidoras hubiesen renunciado a la Diosa, pero ella conservaba la fe.

—No puedes pedir, solo rogar. Suplico al universo un poco de piedad. A la sangre de mi sangre, protégela. A mi familia de vida, protégela. A mi alma gemela... —Sintió una punzada en el estómago. «Sea quien sea»— protégela. No puedes pedir, solo rogar. Suplico al universo, suerte para dar. A la sangre de mi sangre, dale suerte. A mi familia de vida, dale suerte...

Continuó recitando durante varios minutos hasta que escuchó una explosión que sacudió el edificio entero. Abrió los ojos y se puso en pie para ver a través de la ventana frente a ella como la barrera protectora se deshacía en mil pedazos.

La batalla había comenzado.

Sabele no pudo ser testigo de lo que sucedía unas cuantas plantas bajo sus pies, ni saber lo que pasaba por la mente de brujas y nigromantes, pero su corazón estaba junto al de sus hermanas.

Los hechizos que protegían al aquelarre resistieron todo el tiempo que

fue posible y tal vez un poco más, alimentados por los esfuerzos de las brujas que concentraban su poder en mantenerlas a salvo. A pesar de sus férreas voluntades y de sus fuerzas unidas, el ímpetu del odio con el que los nigromantes atacaban acabó por resquebrajar la barrera hasta que solo quedó polvo.

Abel dirigía a los nigromantes (en su mayoría veinte y treintañeros que se habían unido a las Juventudes en las últimas horas, sedientos de venganza y ultrajados por el agravio de las brujas) desde el frente, mientras que Fausto vigilaba cada uno de sus movimientos a unos cuantos pasos de distancia del último de los guerreros, atento al desarrollo de la batalla y a que su estrategia tuviese éxito.

Tan pronto como acabó de caer la barrera, Abel ordenó a sus seguidores que golpearan las puertas al unísono con todo cuanto tenían. No podía quedar ni una sola ceniza de aquellas puertas si querían asegurarse de que rompían el ancestral hechizo que la protegía.

La magia negra impactó contra la puerta de madera y los ladrillos que la rodeaban en un sinfín de formas: rayos, fauces abiertas, llamaradas, chorros, dagas afiladas, bestias feroces y balas de cañón. El poder de más de un centenar de nigromantes provocó un estallido que hizo que el suelo bajo sus pies se sacudiese. Una humareda de color grisáceo se levantó en el aire y tras ella quedaron los escombros de lo que había sido la entrada al aquelarre.

Tras un instante de duda, los nigromantes se precipitaron en su interior con un grito de guerra.

En el rellano del edificio, Helena, Macarena, Rocío, el resto de las Lozano y todas sus aliadas les aguardaban con los hechizos preparados entre las puntas de sus dedos.

Una llamarada recibió a los primeros nigromantes que cruzaron el umbral, devorándoles sin piedad. Algunos lograron resistir el ataque, protegidos por sus propios hechizos defensores, pero los más débiles sucumbieron entre gritos de dolor.

Helena Lozano sonrió al ver como su sueño se cumplía por fin. Había llegado el momento en el que las brujas demostrarían que la suya era la única magia legítima, el único poder que debía perdurar sobre la faz de la

Tierra.

La batalla comenzó siendo favorable para las brujas, que luchaban a ras del suelo o elevándose sobre ellos en el aire para atacar como furias. Un acceso tan limitado apenas daba tiempo o a los invasores a defenderse, y el margen para atacar era aún menor.

Al percatarse de su desventaja, Abel decidió intervenir abriéndose paso entre las Juventudes.

—*¡Ohk hiam!* —exclamó, y un escudo de sombras se formó en su brazo. Abel cubrió su cuerpo tras él y varias bolas de fuego lo golpearon sin causarle ni un rasguño.

Apartó el escudo y lanzó una bola de humo que cayó a los pies de un grupo de brujas que comenzaron a toser hasta caer de rodillas. Intentaron alejarse del veneno a gatas, y después a rastras. Todas las brujas que se acercaban para intentar ayudar a sus amigas acabaron corriendo el mismo destino.

Los nigromantes celebraron el golpe entre vítores y aprovecharon el momento de confusión para avanzar, atacando a las brujas restantes sin piedad.

Desde lo alto de las escaleras, Helena clavó su mirada fervorosa en Abel, que se la sostuvo con una sonrisa como si fuese un desafío. Ella odiaba a los nigromantes, él a las brujas, pero ambos iban a disfrutar de aquella batalla como iguales.

—¡No retrocedáis! —exclamó Helena para alentar a sus seguidoras—. ¡Invocad al fuego, que ardan hasta los cimientos de esta casa si es preciso!

Media docena de brujas se cogieron de las manos y comenzaron a recitar. En cuestión de segundos una única llama se alzó a sus pies y creció como una bola que rodó hacia abajo arrastrando a todos los nigromantes que no pudieron refugiarse. Los más rápidos lograron retroceder hacia la calle, los más poderosos se transportaron más allá de la línea de defensa de las Lozano y subieron las escaleras a la carrera hacia la segunda planta.

—¡Ahora! —ordenó Jimena desde lo alto, y la poción somnífera de varias de las garrafas se vertió sobre ellos, haciéndoles caer dormidos de bruces contra el suelo—. ¡Buen trabajo, chicas!

Mientras un grupo continuaba preparando la pócima y otro se aplicaba

en animar cualquier objeto a la vista para que defendiera la casa, Daniela Hierro y su familia cubrían con hechizos protectores al resto de brujas.

—Ojalá hubiésemos podido aguantar más tiempo —dijo Daniela mientras aplicaba un conjuro sobre Jimena.

—Eso no importa. Lo que cuenta es que, por una vez en nuestras miserables vidas, estamos todas juntas y de acuerdo en algo.

Daniela sonrió, pero el gesto se desvaneció en poco tiempo. Un grito de alerta subió desde la planta baja.

—¡Verted toda la pócima! —exclamó Jimena mientras se unía a sus compañeras a la hora de derramar el contenido restante en todas las garrafas.



Fausto no era un guerrero, no tenía ni el poder mágico ni la fuerza física necesarias, tampoco la voluntad de aprender a luchar. La violencia le desagradaba profundamente y no disfrutaba ante ella, solo se trataba de un medio efectivo con el que alcanzar sus objetivos, por no hablar del elevado precio que exigían las sombras a cambio de sus servicios. Por eso se había esforzado para encontrar una mano derecha que sí lo hiciese, y el universo le había conducido hasta Abel, su perro de presa. En el fragor de la batalla, él se limitaba a observar y a dirigir la estrategia. No era el conflicto lo que le interesaba, sino qué hacer con las cenizas.

Las brujas de Lozano habían luchado con ferocidad desde el comienzo y habían aprovechado bien la ventaja de jugar en casa. Para un observador ajeno podría parecer que el bando de las brujas estaba a la cabeza, pero Fausto confiaba en el general de sus tropas y en que nada podría detenerle mientras le quedase una sola gota de sangre en el cuerpo.

Tres brujas habían acorralado a Abel junto a la pared y, lejos de amedrentarse, el nigromante sonrió y se agachó depositando sus dos manos en el suelo. Las sombras brotaron desde lo más hondo de la tierra, allá donde la luz no ha existido jamás, y engulleron a las brujas como si nunca

hubiesen existido. A pesar de la distancia que les separaba, Fausto pudo oír a la perfección sus gritos mientras sus huesos se resquebrajaban. Un escalofrío recorrió su espalda. «Qué desagradable».

—¡Matad o morid! —exclamó a Abel mientras los chillidos se extinguían y la sombras se desvanecían dejando a la vista un espacio vacío—. ¡Matad o morid, hermanos! La muerte es nuestra aliada, nuestra amante, nuestra vida. —Concluyó su breve arenga con un alarido que el resto de nigromantes imitó.

Por enésima vez, Fausto se preguntó si habría creado un monstruo que ni él mismo podía controlar. Con un poco de suerte, Abel y Helena Lozano se destruirían el uno al otro y él podría buscar un aliado más estable, uno que le ayudase a reconstruir el nuevo mundo mágico.

Hablando de Lozano, ¿dónde se encontraba? Barrió el terreno de combate con la mirada hasta que dio con ella, protegida al otro lado de la barrera que habían construido. Al principio le sorprendió que Lozano se escondiese, ella amaba la lucha tanto como Abel, sin embargo, pronto se percató de lo que pretendía. Estaba llevando a cabo una invocación.

Habían trazado unas cuantas líneas y runas en el suelo y permanecía sentada en su centro, dirigiendo la invocación, mientras otras seis brujas rodeaban el círculo unidas por las manos para aportar su energía al conjuro. Desde allí no podía distinguir el trazo, pero, fuese lo que fuese lo que estaban intentando invocar, no eran buenas noticias para los nigromantes si era precisa la magia de siete personas. ¿A qué plano acudían y qué tipo de ser pretendían atraer que requiriese aquel derroche mágico?

Los rumores de que la joven Lozano había renunciado a la Diosa habían llegado hasta a los nigromantes, si no era a ella a quien acudía... Fausto, tan calculador y racional, sintió un escalofrío.

—¡Abel! —gritó, y el joven más que oírle debió de intuir su llamada, porque miró en todas direcciones hasta dar con él.

Fausto señaló a Helena y Abel asintió, obediente como siempre. Su recompensa era la libertad para causar el mayor daño posible.

Tenían que impedir que Helena acudiese a quienquiera que fuese su nuevo dios.



No hacer nada estaba llevándola hasta el límite de su capacidad para serenarse y ser racional. Podía oír los sonidos de la batalla a sus pies: los gritos, los golpes, las explosiones, los cristales rotos.

Cada vez que oía un gemido de dolor o un llanto por una hermana perdida se preguntaba, con el corazón en un puño, si la caída sería alguna de sus amigas. «Por la Diosa, que Ame y Rosita estén bien».

Se sentía tentada de subir a la planta de arriba y pedirle permiso a Flora, que seguramente ni siquiera sabía que ella estaba ahí, para marcharse y colaborar. Después de todo, si el aquelarre caía, de poco serviría su espejismo.

Todos aquellos que le importaban en este mundo estaban en peligro mientras ella se mantenía oculta tras una pared imaginaria. La única ventaja de la horrible situación en la que se encontraba era que estaba demasiado ocupada preocupándose por sus seres queridos y sintiéndose culpable como para acordarse de...

Intuyó un movimiento y vio una figura por el rabillo de su ojo. Se incorporó a modo de acto reflejo y le vio a él apareciendo por las escaleras.

Precisamente a él. ¿Por qué? ¿Qué hacía Luc ahí? ¿Es que se estaba volviendo loca, había perdido el control de su hechizo, que ahora invocaba ilusiones directamente desde su subconsciente? Algo así como soñar con un chico que te ignora pero mucho más doloroso y humillante.

Real o no, sintió el deseo urgente de cruzar la pared para gritarle lo idiota que era a la cara, pero el chico echó a andar hacia uno de los pasillos y le perdió de vista. Volvió a aparecer en el rellano de la escalera para cruzar hacia el otro ala de la casa, pero para entonces, Sabele había tenido tiempo suficiente para reflexionar y recordarse que no era buena idea abandonar la ilusión si no quería arriesgarse a romperla.

Luc volvió a detenerse en el rellano y miró de un lado a otro, con una expresión confusa, como si hubiese algo que se le escapase. Entonces, su vista se dirigió directamente hacia la pared con tal intensidad que, por un instante, Sabele creyó que la veía, aunque fuera imposible. Sintió un cosquilleo recorriendo sus brazos y en su nuca. Porque era imposible, ¿verdad?

Luc se acercó hacia la pared y se detuvo justo frente a ella, rostro frente a rostro, separados tan solo por unos cuantos centímetros de distancia. El músico observó el papel pintado con atención mientras Sabele le estudiaba a él.

Nunca había tenido la ocasión de mirarle con plena libertad, ni de contemplar su rostro durante tanto tiempo. Al menos no despierto. Sus pómulos altos, su nariz laberíntica, la sombra apenas perceptible de pelusilla castaña que comenzaba a asomar sobre sus finos labios.

Se preguntó en qué momento había empezado a resultarle tan... agradable a la vista. A pesar del rencor que seguía sintiendo, una parte de su imaginación se había desatado. Podía sentir su aliento, la tensión de sus músculos, el calor de su piel y toda la energía de vida que emanaba de su cuerpo, el olor a lavanda que parecía seguirle a todas partes. Solo tenía que dar un paso, nada más que un paso y...

Escucharon las voces de un par de brujas acercándose y los dos miraron al unísono hacia las escaleras. Sabele no podía discernir qué decían, pero sí distinguir que se estaban acercando. Luc comenzó a mirar a su alrededor en busca de un escondite y, al ver que comenzaba a alejarse, Sabele estiró su

brazo en un impulso, agarró el cuello de su chaqueta y tiró de él, haciéndole cruzar el espejismo.

Luc mantuvo los ojos cerrados durante unos cuantos segundos, seguramente esperando a que llegase el impacto contra la pared. Cuando por fin se atrevió a abrirlos, pareció aún más asustado que cuando creía que iba a sufrir un doloroso e inevitable impacto. Permanecieron en silencio y muy quietos durante lo que pareció una eternidad hasta que oyeron como las voces volvían a alejarse.

Todos los motivos que tenía para odiarle volvieron a su mente y le soltó, asqueada y furiosa a la vez:

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó sin darle la ocasión de responder—. ¡Nos dejaste tiradas! —«Me dejaste tirada a mí justo cuando creía que empezaba a importarte un poco».

—¿Qué? No... Quiero decir, sí, pero no. Yo...

—¿Se puede saber qué quieres? No sé, tal vez no lo hayas notado, pero la verdad es que este no es un buen momento. En absoluto.

Luc cambió el peso de una pierna a otra, agitado, y cambió las manos de posición al menos cuatro veces antes de atreverse a decir:

—Verás... es posible que haya hecho una estupidez.

—Qué revelación tan sorprendente —dijo Sabele, tan sarcástica que, por un momento, escuchó la voz de Jimena en vez de la suya propia—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Luc suspiró.

—Bastante. Es el motivo por el que me marché y... agh, por favor, no me odies. O no sé, ódiame si quieres, lo entenderé, pero, por favor, perdóname. Te juro que no tenía ni idea de lo que era...

Ante su expresión de absoluta confusión, Luc se quitó la funda de la guitarra de la espalda, comenzó a abrirla y Sabele estuvo a punto de decirle que dudaba que un concierto acústico fuese a servir de mucho, lo habría hecho, si no hubiese distinguido el brillo dorado que apareció entre sus manos.

El arpa de Morgana.

—Por favor, dime que hay alguna explicación razonable de por qué la tienes tú antes de que te convierta en un sapo. —Por fin entendía el

atractivo de aquella amenaza. Ojalá hubiese conocido algún conjuro que le permitiese hacerlo, porque era lo que más deseó hacer al comprender que Luc la había tenido que tener todo el tiempo.

«Por el amor de la Diosa, es músico. ¿Cómo he podido ser tan estúpida para no darme cuenta?».

—La... la cogí prestada. —Sabele frunció el ceño—. Está bien, la robé. Sonará como una locura, pero sentí que me llamaba y creí, yo qué sé... da igual lo que creyese, lo que está claro es que me equivocaba. No la necesito, no la quiero y no me pertenece —Se encogió de hombros de nuevo—, así que he venido a devolvértela.

—Apártala de mi vista. Déjala donde la encuentres y vete. —Dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras a la carrera.

Luc se apresuró a seguirla. ¿Por qué siempre tenía que hacer lo contrario de lo que le pedía?

—Pero, Sabele... —Aceleró cuanto pudo sin llegar a correr—. ¡Sabele!

Le ignoró por completo y no se detuvo hasta que ambos estuvieron en mitad de un oscuro salón repleto de muebles tan antiguos como el resto de la casa y plantas de interior con las que Luc estuvo a punto de tropezarse.

—Sabele —dijo extendiendo el brazo hacia ella, que se había detenido en mitad del salón.

—¡No! —exclamó alejándose de él—. No. Tú no lo entiendes. Las cartas me advirtieron sobre ti, sobre... —Hizo un aspaviento con la mano señalando hacia el arpa— eso. Predijeron que serías un peligro para mi magia y yo no quise escuchar.

—Tienes razón, no lo entiendo. Te he traído el dichoso arpa, les diré que he sido yo. No podrán culparte, ¿cuál es el problema?

—¡El arpa! ¡El maldito arpa! —Sabele le miró durante unos segundos hasta que recordó que, a pesar de ser un revelado, era un completo ignorante en lo que a cuestiones mágicas se refería—. No solo absorbe la magia de quien la toca, también se apodera de ella. Es un amplificador, si la utilizas para hacer un hechizo, su efecto se magnificará —explicó.

—Deduzco que ahora viene el pero...

—Para poder utilizarla —La vista de Sabele descendió de nuevo hacia el arpa entre sus manos— tienes que tocarla.

—Pues no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que no renta demasiado hacerlo.

—Tal vez no pueda permitirme el lujo de elegir.

Luc frunció el ceño. Retrocedió guiado por el instinto de alejar aquel arpa lo máximo posible de ella al comprender a qué se refería.

—¿Estás de la olla?

Sabele se mordió el labio y se frotó las manos, nerviosa.

—Va a morir gente, Luc. Ya están muriendo.

—¿Y? Estoy seguro de que la mayoría ni siquiera te cae bien. —Se encogió de hombros.

Sabele estaba segura de que solo intentaba persuadirla de que hiciese lo que a sus ojos era una locura, pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. La carta negra, el hechizo de Ame, su llamada a la suerte, el pasado de su madre. Todo la había conducido hacia ese momento, hacia el arpa de Morgana. Tenía que ser una señal.

—Luc...

—Mira, normalmente paso de decirle a la peña lo que tiene que hacer con su vida, pero es que tiene que haber otro modo de acabar con esto que no sea tan melodramático.

—Estoy de acuerdo con el corriente.

Los dos se giraron hacia una puerta en la que no habían reparado y que de pronto estaba abierta. En su umbral se hallaba detenida una mujer alta con una larga melena rojiza revuelta y los ojos hinchados, vestida con una fina bata de seda. Flora estaba irreconocible, privada de su elegancia regia, de sus vestidos a medida. Saltaba a la vista que había estado llorando, y no hacía ningún esfuerzo por disimularlo. Al menos su seguridad y coraje no la habían abandonado. Como siempre, Sabele se sintió diminuta ante su presencia.

—Mi niña, Sabele, ¿me harías un favor? Ponme al día, ¿qué está ocurriendo en mi casa?

Sabele había dado por hecho que iba a cerrar los ojos y despertarse en un calabozo, esta vez en uno de verdad. Flora la había sorprendido en compañía de un corriente y con el arpa prácticamente en su poder. No sabía cómo defenderse de aquella imagen; básicamente se había condenado a sí

misma, así que ni siquiera se le pasó por la cabeza intentar protegerse de los hechizos que sabía que Flora utilizaría contra ella. ¿Para qué?

Estaba tan mentalizada para ser sentenciada sin juicio que la pregunta la pilló por sorpresa.

—Eh... pues... estamos siendo atacadas por los nigromantes —dijo sin más.

A pesar su brevedad, la respuesta sembró la pena en la expresión de Flora, que buscó un apoyo con la mano izquierda sobre el sofá tapizado.

—Ya... Comprendo.

—Pero Jimena, Daniela y Juana se están encargando de todo —se apresuró a decir para tranquilizarla, sin embargo, lo que provocó fue una carcajada sarcástica de la Dama, que se cubrió el rostro con su mano libre.

—Y Helena, supongo. Las Lozano no habrán dejado pasar la ocasión de convertir su don en destrucción, menos aún cuando pueden contrariarme a la vez.

Sabele no se atrevió a añadir nada más. Había eludido aquel nombre para evitar el malestar que la había invadido de todas formas, o más bien para evitar que el que ya sentía se incrementase.

Flora suspiró y agitó la cabeza como si quisiese sacar de ella todos los pensamientos que no le eran necesarios.

—Ese arpa... —dijo señalando el objeto.

—Sabele no tiene nada que ver, se lo juro, yo... —se apresuró a decir Luc, dando dos pasos al frente y después uno atrás ante la mirada penetrante de los ojos verdes de Flora.

Aun así, Sabele se sintió conmovida por el gesto. No iba a autoengañarse creyendo que de pronto Luc había cambiado y había dejado de ser ese chico impertinente que la había sacado de sus casillas en tantas ocasiones, pero sí tenía la sensación de estar viendo lo mejor de él, y... no le disgustaba del todo.

—Lo sé, tranquilo —dijo Flora, quitándoles un gran peso de encima a ambos aunque siguiesen sin comprender—. Os oí gritar en las escaleras —aclaró.

«Oh», se dijo Sabele al atar cabos y percatarse de todo lo que había oído. Se sonrojó. Se sonrojó, y la vergüenza de saber que su azoramiento

saltaba a la vista hizo que sus mejillas se tornasen aún más rojas.

Flora se acercó a ella, despacio y algo torpemente por el cansancio, y tomó sus manos pálidas entre sus largos dedos.

—Sabele... Puede que tú no lo sepas, pero cuando naciste y te presentamos ante la Diosa... —Su voz tembló— tu madre me pidió que yo fuese tu madrina, y así se hizo. Yo juré ante la magia y la Diosa que te protegería de cualquier mal, y en lugar de cumplir mi promesa, he permitido que tuvieses que pagar las consecuencias de nuestras malas decisiones. —Sabele sintió un nudo en la garganta—. Tus intenciones son nobles y ello te honra, pero juro por mi alma que no voy a permitir que pongas un solo dedo sobre ese arpa. Ya te he fallado durante demasiados años, a ti y a Diana. No volveré a defraudar a una amiga. ¿Me he explicado con claridad?

Sabele asintió y decidió confiar en sus mayores, porque no se atrevía a desafiar la autoridad con la que Flora le hablaba y porque estaba agotada de sentirse responsable por absolutamente todo. Flora sonrió con un aire apenado y alzó una de sus manos para acariciar la mejilla de Sabele.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, pero aún te quedan muchas cosas por hacer en tu vida antes de tener que sacrificarte por los demás.

Sabele se mordió el labio y asintió de nuevo, esforzándose para que la lágrima que amenazaba con escapar de uno de sus ojos no lo lograra porque, si lo hacía, las demás la seguirían en un torrente irrefrenable.

—¿Cuál es tu nombre, corriente? —preguntó Flora, mirando a Luc, que se encontraba detrás de Sabele.

—Luc.

—Muy bien, Luc, también tengo un favor que pedirte a ti, ¿podrías asegurarte de que nadie toca ese arpa?

—Si supiese cómo la haría pedazos ahora mismo, pero me parece...

—Deduzco que eso es un sí —le interrumpió Flora—. Y ahora, vamos. Tenemos que encontrar la forma de acabar con esta guerra absurda.



La intensidad de la batalla comenzaba a causar mella en ambos bandos.

Jimena intentaba coordinar la defensa desde la planta de arriba, pero cada vez resultaba más difícil vislumbrar una estrategia en medio de todo el caos.

Rosita fabricaba pócimas abrasivas junto a un reducido grupo de brujas bajo su propia iniciativa (intentar no causar bajas o heridos graves en el bando rival había dejado de ser una opción; por mucho que no quisiesen parecerse a Helena y las suyas, la fiereza de los nigromantes y la fuerza de su odio había hecho de sus principios un asunto secundario).

Mientras ellas se preparaban para el ataque, Ame ayudaba a curar a las heridas con la misma destreza que otras brujas más experimentadas como las Silvera y la falsa Valeria lanzaban hechizos *crujehuesos* con un entusiasmo que sorprendió a todos quienes la conocían. Cualquiera que se fijase en ella podría haber jurado que más que defender al aquelarre parecía estar recreándose con cada nigromante herido.

El ánimo comenzaba a decaer y un pedacito de sus corazones se rompía

cada vez que escuchaban a una de sus hermanas gritando de dolor.

En la planta baja, Abel seguía concentrando los esfuerzos de sus mejores nigromantes en resquebrajar el conjuro protector que mantenía a salvo a Helena, sin embargo, cada vez que lograban echarlo abajo, alguna de las brujas volvía a construirlo en cuestión de segundos para frustración de Fausto, que no dejaba de gritarles que impidiesen la invocación como fuese.

Ninguno de ellos sabía que ya era demasiado tarde.

Jimena era consciente de que Helena podría llegar a ser casi tan peligrosa como sus enemigos para el aquelarre, pero no se podía imaginar que las aspiraciones de la joven bruja fuesen más allá de este mundo.

El trance de Helena estaba llegando a su fin y, en el momento de su máximo apogeo, el suelo comenzó a temblar bajo mi pie, al principio de una forma tan sutil que apenas era perceptible, pero poco a poco creció hasta que tanto nigromantes como brujas comenzaron a sentirse aturridos, creyéndose víctimas de lo que podía ser o bien un hechizo o un simple mareo.

El temblor siguió intensificándose a la vez que una grieta se abrió en el aire, justo sobre la cabeza de Helena, que sudaba a mares por el esfuerzo. La grieta comenzó a expandirse y el temblor se convirtió en un verdadero terremoto que sacudió Gran Vía, haciendo que los cuadros y estanterías de la casa cayesen y que cualquiera que se encontrase allí fuese incapaz de mantener el equilibrio.

La fuerza que emanaba del interior de la grieta captó su atención uno a uno hasta que fue tan grande que todos la contemplaron, preguntándose qué habitaba en su interior y temiendo el basto y desconocido cosmos que se asomaba desde el otro lado. De ella no surgía ni luz ni oscuridad, sino una energía vibrante, magnética e inexplicable que hizo que Helena abriese los ojos de par en par para contemplar su obra con una mezcla de placer y orgullo.

Jimena sintió una oleada de terror en el cuerpo cuando vio aquella brecha convirtiéndose en un portal a una dimensión donde solo había sufrimiento. Tragó saliva. Nunca había visto el Valle de Lágrimas, pero de alguna forma supo que ese era el lugar al que se estaban asomando; un

terrible mundo de pesadilla.

Helena sonrió, pletórica. Lo había conseguido. Por fin iban a reunirse con su verdadero Dios y ella sería recordada como la Mesías que hizo su voluntad en la Tierra.



Sabele pensó que la suerte que imploró le había sido negada y que sus plegarias y conjuros habían sido inútiles al presenciar el campo de batalla.

Los nigromantes trataban de impedir que Helena se saliese con la suya mientras las brujas observaban atónitas, sin saber si se hallaban frente a un amigo o a un enemigo. Sabele sintió un escalofrío gélido al reconocer la sensación pesada y asfixiante, la gelidez y el miedo irrefrenable que le producía en el cuerpo y en el alma el mundo que se asomaba al otro lado de la grieta, el mismo plano del que el espectro había surgido. El Valle de Lágrimas. Así que, después de todo, el error no fue del todo su culpa, ni de Cal. Helena ya había probado aquel hechizo antes, había jugado con aquel plano incierto y había expuesto todo su mundo ante los seres que lo habitaban. Cal solo había tropezado con él por casualidad, porque la grieta ya estaba ahí.

Flora, Luc y ella bajaron las escaleras, uniéndose a las impotentes espectadoras. Tan pronto como las vio aparecer, Jimena corrió junto a ellas.

—¿Qué hacéis aquí? Sabele, te pedí que mantuvieses a la Dama a salvo. Flora la interrumpió con un gesto de la mano.

—Yo le he pedido que me traiga hasta aquí, que es donde debo estar — dijo con la voz serena a la que las tenía acostumbradas.

Jimena asintió y la tensión desapareció de su rostro. Volvía a ser responsable tan solo de sus propias decisiones. Que Flora asumiese el mando fue un alivio para todas y un soplo de aire fresco para las brujas.

Sabele buscó con la mirada a sus amigas y respiró aliviada al percatarse de que las dos estaban sanas y salvas.

Flora avanzó hacia el borde de las escaleras, todas las miradas clavadas en ella.

—¡Helena, detente! —exigió, pero como era de esperar, la bruja hizo caso omiso de sus órdenes. A su juicio ya no le debía ninguna obediencia.

Helena abrió los brazos de par en par, aulló con todas sus fuerzas y sonrió al ver a la aún distante figura que apareció tras la grieta, acercándose lentamente a su mundo. Flora invocó a la Diosa para petrificarla y Helena quedó congelada en la tétrica postura durante unos instantes antes de que la energía que brotaba del Valle de Lágrimas la liberase.

—¡Tu Diosa no es rival para el nuevo mundo! —bramó en una especie de éxtasis.

—¡Acabad con ella! ¡Ella es el puente! —exclamó un joven nigromante de baja estatura abriéndose paso entre los demás—. ¡Si la destruí, el hechizo muere con ella!

Sabele pudo ver su rostro. Era Fausto, una especie de hermanastro junto al que Cal se había criado y que heredaría la posición de su padre, un cargo que debía de haber heredado antes de tiempo por culpa del pacto quebrado. Como cada vez que pensaba en Cal, su estómago se revolvió ante la duda de si volvería a verle o no.

—¡Hacedla pedazos! —continuó gritando, pero ninguno de los conjuros y maldiciones lograban alcanzar a la bruja.

En el interior de la grieta, la figura se tornaba cada vez más grande a medida que sus pasos la acercaban a su destino.

—¡Tú! —escuchó Sabele, y giró la cabeza justo a tiempo para ver como Valeria bajaba las escaleras a la carrera.

—¡Valeria! —la llamó Juana, que no comprendía el comportamiento de su hija.

Por un momento creyó que iba a atacar a Helena, pero cuando la pasó de largo se temió lo peor. «No. No, por favor, que no sea él, él no». Sus peores pronósticos se cumplieron. La falsa Valeria lanzó un conjuro que hizo que el joven nigromante volase hasta sus pies; Fausto la contempló desde el suelo, anonadado.

—¿Qué hacéis, idiotas? —gritó a los nigromantes—. ¡Acabad con ella!

Abel murmuró unas cuantas palabras en la lengua muerta, pero antes de que pudiese concluir con su hechizo, se llevó las manos al cuello y su rostro comenzó a tornarse violáceo por la falta de oxígeno. Una vez se hubo librado del nigromante, Valeria volcó toda su atención en su presa.

Mientras tanto, Flora y Helena se habían enzarzado en un duelo en el que se batían la fuerza de la vida y la energía turbulenta que invadía nuestro mundo sin que hubiese una clara ganadora.

—Creí que tendría que matarte para estar segura, creí que lo sabría cuando viese tu repugnante alma abandonando tu cuerpo... —dijo el espectro, mientras le agarraba de la camisa y le alzaba en el aire— pero tu presencia es la misma de siempre, y esos ojos... reconocería esos ojos en cualquier parte, Roberto.

—Te... te equivocas —dijo Fausto, negando con la cabeza.

Su seguridad y su rabia se habían esfumado, sustituidas por el terror de verse en las manos de un enemigo que le odiaba con todas sus fuerzas por algo que él no lograba comprender. No era solo una mera cuestión de brujas contra nigromantes. Se trataba de un asunto personal. Sacó la daga que había robado a Cal aquella fatídica noche de entre sus ropas y la alzó en el aire con ambas manos.

Sabele corrió y no se detuvo a pesar de los reproches de su tía. Tenía que impedirselo. No podía quedarse cruzada de brazos y dejar que matase a alguien que era como familia para Cal. Esquivó los hechizos que las Lozano y el resto de brujas intercambiaban para llegar hasta el espectro.

—¡Por favor! —gritó Sabele, empujándola en el último momento para que errase el blanco.

La daga se quedó clavada en la madera y la falsa Valeria no logró recuperarla a pesar de tirar con todas sus fuerzas.

El espectro se giró hacia ella, en busca de quien había osado interrumpir

su venganza. Sabele sabía que no podía detenerla mediante la magia. Valeria era más fuerte que ella. Quizá hubiese podido conseguirlo con ayuda, pero ninguna de las brujas comprendía qué estaba sucediendo, y estaban demasiado ocupadas intentando evitar que la grieta continuase creciendo.

Su única opción era apelar a lo poco que quedase de aquella chica que se había enamorado de la persona equivocada entre tanta ira.

—Por favor, no lo hagas. No le hagas más daño a nadie. No tienen la culpa.

—Sí que la tienen, oh, claro que la tienen. Ellos siempre tienen la culpa —dijo sin apartar la vista de a quien ella llamaba Roberto.

—No es verdad. La gente no siempre es mala, ni quiere engañarte. La mayoría de las personas tienen buenas intenciones. Tú... tú no eres malvada, ¿verdad? —dijo, esperando que la oyese el eco distante de la mujer inocente que fue.

—No me queda mucho tiempo...

Sabele se percató de que las manos del espectro temblaban mientras la verdadera Valeria reclamaba su cuerpo y las energías del espectro se diluían. Ni siquiera la fuerza de su odio era tan intensa como cuando cruzó la barrera entre los mundos durante tanto tiempo, no en el cuerpo de una poderosa bruja.

—Si te mato ahora... No tendría por qué volver...

Sabele tragó saliva. Había olvidado ese pequeño detalle. Podría haber apelado a un millar de razones, a que las brujas o los nigromantes le darían caza tarde o temprano y que la atraparían en el interior de una lámpara por toda la eternidad, a que desaparecería poco a poco hasta que no quedase ni una gota de su esencia, a que si lo hacía, sus amigas se vengarían... pero una corazonada le hizo apostar por una fórmula mucho más simple que cualquier amenaza: la empatía.

—Podrías hacerlo, pero tú no eras una asesina, ¿verdad? Eras una estudiante de literatura a la que engañaron. La ira se ha apoderado de ti, pero esta... no eres tú.

El espectro estudió su rostro unos instantes, tal vez preguntándose si pensaba de verdad lo que decía, si a pesar de todo lo que había visto, aún

creía que, en el fondo de su corazón, no era una mala persona. Tardó unos instantes en responder, como si tuviese que buscar entre los vagos recuerdos de su vida pasada para asegurarse de que estaba en lo cierto. Negó con la cabeza.

—Claudia... Claudia Vázquez era mi nombre, su nombre. Ella no lo era. Claudia Vázquez era una buena persona, una buena amiga, una buena hija... Habría sido una buena madre, si hubiese tenido la oportunidad. —Sonrió con amargura y una lágrima rodó por su mejilla—. Pero ella se ha ido, y nosotros... —dijo mirando a Fausto— tenemos que marcharnos también. —Sonrió de oreja a oreja—. Quizá ese lugar no sea tan terrible si estamos juntos.

—¡No!

Intentó detenerla una vez más, interponiéndose en su camino, pero el espectro abandonó el cuerpo de Valeria, levitando en el aire y elevando el cuerpo de Fausto con ella, que aún mantenía bien sujeto a pesar de sus pataletas y forcejeos. Valeria se desplomó y Sabele se apresuró a sujetarla para que no chocase contra el suelo.

—Por favor... —susurró. ¿Cómo iba a decirle a Cal que le había vuelto a fallar? «Si es que vuelves a hablar con él», dijo una voz maligna en su cabeza que hizo que una lágrima escapase de sus ojos—. Él no es Roberto, no tiene la culpa de nada. —Intentó detenerla con un hechizo de petrificación, pero el espectro solo era un rastro de emoción, inmune a las leyes materiales, incluidas las de la magia.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, bruja! ¡Suéltame, maldita, bruja asquerosa, repugnante criatura! —gritaba Fausto cada vez más desesperado.

—Shhh, tranquilo, Roberto —dijo el espectro, que seguía hablando al nigromante como si se tratase de su viejo amante—. Yo te voy a cuidar, no te preocupes. Ya verás, deja que te enseñe el precioso lugar en el que mi alma ha morado todo este tiempo gracias a ti, a ti y al odio que te he profesado. Vamos a pasar juntos toda la eternidad. Tal y como me prometiste.

Antes de que los nigromantes atravesasen la barrera o de que las brujas se figurasen qué debían hacer, el espectro cruzó la grieta llevándose a Fausto consigo, que se despidió de este mundo con un grito agonizante de

pánico visceral.

—¿Qué... Sabele...? ¿Dónde estoy...? ¿Qué está pasando? —preguntó Valeria, recuperando la consciencia entre sus brazos.

Sabele tragó saliva. ¿Por dónde empezar? Hizo que Valeria rodease sus hombros y la sujetó para ayudarla a subir las escaleras. Juana corrió junto a ellas y alejó a Sabele de su hija. Sin soltar a Valeria, le echó a Sabele una de esas miradas capaces de envolver a alguien en llamas. En parte se lo habría merecido.

Las Lozano continuaban luchando a dos bandas, y Juana creó una barrera protectora lo bastante sólida para evitar que volasen por los aires al cruzar la línea de fuego.

—Tienes muchas cosas que explicar, Yeats —dijo una vez estuvieron en un lugar seguro, antes de llevarse a su hija a un rincón más apartado.

Sabele se dejó caer contra la barandilla y permaneció apoyada, observando cómo se formaba un nuevo círculo de brujas, incluyendo a Rosita, que intentó impedir que Helena continuase abriendo el portal ahora que su integridad y la de Valeria no estaban en juego.

«Cal no me lo va a perdonar nunca...». Ese chico y él se conocían desde que eran niños, y había dejado que el espectro se lo llevase a ese terrible lugar.

Alzó la vista hacia la oscuridad. No tenía tiempo para lamentar la pérdida. La brecha no dejaba de ensancharse y, si no lograban detener a Helena, pronto estarían a merced de los horrores que moraban el Valle de Lágrimas, igual que Fausto.

En la planta de abajo, la confusión reinaba entre los nigromantes; perder a Fausto y que Abel permaneciese inconsciente parecía haberles dejado sin un rumbo que seguir, como si no supiesen si era el momento de atacar a las brujas, unirse a ellas para detener a Helena o si, simplemente, debían huir. En mitad del caos, la líder de las Lozano se echó a reír, eufórica, y alzó los brazos al cielo.

—¡La llamada ha alcanzado a su destinatario! ¡Y la ha oído! Ningún mortal puede detenerle. Renunciad a los falsos ídolos, hermanas. Ha llegado la hora de reunirnos con el verdadero Dios.

La silueta que antes solo se intuía en la distancia era ahora

perfectamente nítida. Fuera lo que fuese, tenía el aspecto de un ser humanoide compuesto de una materia indescriptible, que provocaba que el cuerpo se echase a temblar y el pánico inundara la mente si se la miraba durante demasiado tiempo. Su rostro era impreciso, como el de los desconocidos que aparecen en los sueños, y sus extremidades demasiado largas para tratarse de una persona normal y corriente.

—Ni vida, ni muerte —proclamó Helena a los cuatro vientos—. Ni luz, ni oscuridad. Ni ella, ni él. No tiene principio, no tiene fin. Todo y nada, nada y todo.

Sabele reconoció los versos del libro de Ishtar, del mismo modo que cualquier niña corriente hubiese sabido qué venía después de las palabras «Abuelita, abuelita, qué boca tan grande tienes». Ishtar era la bruja más antigua de la que se tenía constancia, una mujer temida y adorada, confundida con una diosa que vivió durante casi dos milenios en la vieja Mesopotamia y que había coqueteado con fuerzas a las que ninguna bruja sin sus dones podría haber sobrevivido. *Ni vida, ni muerte. Ni luz, ni oscuridad. Ni ella, ni él. No tiene principio, no tiene fin. Todo y nada, nada y todo. El caos de lo que existe, de lo que fue, de lo que será y de lo que nunca ha sido.*

El Caos. El Caos no era real, tan solo se trataba de un concepto, al igual que el equilibrio. Las brujas carecían de dogmas estrictos, pero sí se transmitían ciertas pautas de una generación a otra. El caos no debía ser adorado o temido, solo aceptado y respetado. Era una guía vital, un consejo para el porvenir, una metáfora. Igual que el lobo que devoró a Caperucita. Eso le habían enseñado.

Se giró hacia su tía y vio en sus ojos la misma confusión y el mismo temor que ella misma sentía. La posibilidad de que el Caos del que les habían advertido fuese real suponía una amenaza mil veces mayor que la de una guerra mágica. Un dios solo podía ser derrotado por otro, y en mitad de una gran ciudad, la voz de la Diosa se escuchaba demasiado distante como para poder contar con su auxilio.

Flora dio un paso hacia Luc y susurró algo en su oído. El joven la miró dubitativo durante unos segundos. Ella posó la mano sobre su hombro y sonrió, una sonrisa cargada de una paz interior tan pesada que parecía darle

alas. Luc acabó por asentir, abrió la funda de la guitarra y le tendió el objeto que contenía.

—¡No! —exclamó Sabele al comprender lo que pretendía la Dama—. ¡No puedes hacerlo, la magia te escogió!

Su grito llamó la atención de todas las brujas, primero hacia ella, y después hacia Flora, que sostenía el arpa entre sus manos.

—El arpa, ¿cómo...? —comenzó a decir Jimena, quien se silenció para fulminar a su sobrina con una mirada suspicaz—. ¿Qué está ocurriendo?

—Mi deber por encima de todos es el de proteger la magia de este mundo y a todas las brujas que le dan cobijo. Ella sabía que este día llegaría, quizá por eso me escogió —dijo Flora sin que su sonrisa vacilara un solo instante—. Siempre tuve dudas de por qué de entre todas mis hermanas se decantó por mí, pero, ahora, por fin lo entiendo.

—Flora, no —dijo Jimena—. Yo lo haré —dijo, y Sabele se agarró al brazo de su tía por puro instinto. Ser bruja era la única forma en la que Jimena daba sentido a su vida, la única manera de existir que concebía—. Después de todo, soy un desastre, ¿no? Deja que lo haga.

—No. —Esta vez fue Juana quien dio un paso adelante—. Lo haré yo. Mi don mágico no es grande, ni especial, nuestra sociedad puede prescindir de él.

—No. Lo haré yo —dijo Daniela—. Tengo muchas hijas que podrán sucederme y honrar mi magia.

Sabele sintió un brazo en torno a su cintura y una cabeza apoyándose en su hombro. Estuvo a punto de echarse a llorar al sentir el tacto de sus amigas junto a ella.

A pesar de todas las diferencias que las hacían chocar una y otra vez, las líderes de las grandes familias del aquelarre de Madrid acababan de recordarles a todas por qué se hacían llamar «hermanas».

Flora negó con la cabeza.

—Vuestra oferta os honra, pero he de ser yo quien toque estas cuerdas.

—Será inútil —advirtió Helena, que forcejeaba contra varias brujas que habían logrado reducir a las dos únicas aliadas de las Lozano que quedaban en pie—. Ninguna de vosotras tiene poder para detenerle, pero adelante, no puedo esperar a ocupar tu puesto, Flora.

La Dama ignoró por completo a la bruja enajenada y caminó solemne hasta detenerse frente a la grieta y plantar cara al ser que comenzaba a asomarse lentamente tras ella. Una de sus garras se asomó poco a poco hasta aferrarse a la pared de su mundo, una segunda mano, pálida, oscura, de una sustancia cuyo aspecto no podía explicarse con las palabras de ninguna lengua humana, apareció al otro lado.

El ser tomó impulso hacia el mundo de los vivos a la vez que Flora tocaba la primera nota.



El tacto fue el primero de los sentidos en abandonarle. Se encontraba suspendido, en mitad de una infinita nada, a pesar de que su cuerpo aún descansaba sobre el sofá del salón de los Fonseca. Su vista comenzaba a nublarse y el gotelé del techo se confundía con el sopor que le recibía con los brazos abiertos. El gusto y el olfato solo le servían para paladear el hedor de su propia podredumbre. El oído confundía la voz de la bruja llamándole, suplicándole que aguantase un poco más, con el eco de sus propios pensamientos, cada vez más débiles. El dolor, en cambio, permanecía intacto, aferrándose a sus últimas fuerzas.

—Quédate conmigo —dijo una voz de mujer en la distancia—. Quédate conmigo.

Se suponía que tenía que ver una luz blanca y cegadora en la distancia, o que se elevaría por encima de su cuerpo, testigo de cómo se dejaba atrás lentamente, otros decían que, antes de partir, tu vida pasaba por delante de tus ojos a modo de despedida.

Cal no sintió nada.

Nada.

Como suele decirse, y de hecho se hace por un buen motivo, todo

sucedió muy deprisa.

En dos rincones alejados de la ciudad se produjeron tres cambios en el estado natural de las cosas de forma casi simultánea.

En un edificio de Gran Vía, una bruja perdía sus poderes. Su magia la abandonó lentamente para fundirse con el objeto que se la estaba arrebatando, magia que ser perdería para siempre en lugar de ser heredada por las generaciones venideras o de volver a la Madre Naturaleza.

En un barrio de las afueras, un joven nigromante exhalaba su último aliento.

Y en algún lugar entre nuestro mundo y una dimensión que se asemeja a lo que en numerosas religiones se ha intentado describir, sin éxito, como distintas versiones del infierno, dos planos incompatibles están a punto de chocar.

Flora concluyó su hechizo y cayó desmayada.

Cal perdió su batalla.

Y el Caos cruzó al otro lado.

Las brujas corrieron a socorrer a su hermana caída. Flora recuperó la consciencia poco a poco y contempló sus manos corrientes, con sus ojos corrientes. Se sentía vacía, como si se hubiese liberado de una gran y pesada carga. Se sentía orgullosa de sí misma, de poder haber hecho algo por sus hermanas por fin, aunque hubiese requerido un sacrificio tan grande. Creía que lo había conseguido. No sospechaba que el poder de la Diosa, el de su magia y el de todas sus hermanas contenido en aquel arpa no había sido suficiente.

La grieta se cerró, engullendo el cuerpo vacío del ser que se asomaba a través de ella hacia el lugar que le correspondía, y el ánima que contenía se apresuró al otro lado en busca un nuevo hogar en el que refugiarse. Buscó, desesperado. Enfermos, ancianos, débiles y desdichados. Ninguno le bastaba, ninguno era lo que ansiaba. Y entonces, dio con él. Sano, joven, fuerte y maldito. La herramienta perfecta para apoderarse de un nuevo mundo. Se adentró entre sus carnes y sacudió cada rincón de su cuerpo hasta que su voluntad se rindió ante él.

Cal abrió los ojos.



El fragor de la batalla y la confusión producida por la invocación de Helena fueron sustituidas por una angustiosa calma, que se tornaba cada vez más densa a medida que se agotaban las tareas y quedaban ociosas.

—¿Quién creéis que la sustituirá? —preguntó Rosita, apoyada contra la barandilla de las escaleras.

—Por la Diosa, ¿ha pasado solo una hora y ya estás pensando en eso? —le reprochó Ame.

—Seamos realistas, es en lo que estamos pensando todas. Rosita no estaba del todo equivocada.

Tras la confusión inicial, Helena había sido recluida para ser posteriormente juzgada por su desobediencia y la utilización de magia prohibida, las heridas fueron atendidas una a una y las brujas más experimentadas y con un buen estómago se encargaban de los cadáveres de uno y otro bando en la planta de abajo. Cadáveres. Sabele sintió una arcada, como cada vez que recordaba el sonido del llanto de las brujas que habían perdido a un ser querido.

Qué absurdo.

Jimena le había dicho que el conflicto era inevitable y era plenamente consciente de que cada persona que había combatido en la batalla era dueña de sus actos, pero seguía sintiendo parte de la culpa sobre sus hombros.

Una vez resueltos los asuntos más urgentes, el consejo se había reunido para intentar decidir qué hacer al respecto del tratado, de los nigromantes, de Helena y del aquelarre, temporalmente a la deriva.

Por su parte, Sabele había recorrido la casa en busca de una baraja de cartas a la que consultar el estado de Cal y solo había vuelto a respirar tranquila cuando le revelaron que el joven nigromante continuaba con vida y en buen estado. Las cartas le auguraban grandes cambios y sombras al acecho, pero supuso que eso no tenía nada de especial después de lo ocurrido. A todos les esperaban tiempos difíciles.

Una vez retenidas las culpables, atendidos los heridos y reconstruido los muros caídos, a tres brujas jóvenes como ellas no les quedaba nada por hacer ahí. Nadie iba a preguntarles su opinión o solicitarles consejo. Ninguna de ellas podía quejarse, más bien tendrían que considerarse afortunadas por que nadie tuviese tiempo o energías para recordar todas las normas que habían infringido o para pedirles que rindiesen cuenta por sus imprudencias.

—¿Creéis que nos dirán algo si nos vamos a casa? —preguntó Rosita.

A casa. Resultaba tentador. Sabele estaba a punto de asentir y ponerse en marcha cuando una voz pronunció su nombre con pudor.

—Sabele.

Las tres amigas brujas se giraron al unísono para mirar al intruso, que se echó hacia atrás al recibir mucha más atención de la que esperaba.

—Eh... Tienes una llamada, quiero decir, que quiere hablar contigo —dijo Luc, señalando a su móvil—. Chacal. Es una larga historia... —Le tendió el teléfono y dio media vuelta, marchándose por donde había venido.

¿Cal? Se llevó el teléfono al oído, escéptica. Sus amigas permanecían atentas, tan sorprendidas como ella.

—¿Hola?

—Hola, me han dicho... que estabas preocupada por mí.

Casi se le saltaron las lágrimas al reconocer su voz, quizá lo hubiese

hecho si no se hubiesen vertido demasiadas esa noche. Las cartas habían dicho la verdad. Cal estaba bien. Estaba vivo, consciente. Estaba bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Y las sombras? Yo creí... Por la Diosa, Cal...

—Sé lo que creíste. Es lo que creíamos todos. Tendría que estar muerto a estas alturas.

—¿Cómo? —En realidad no le importaba. Cal estaba bien. Se sentía tan agradecida que podría haberle dicho que había hecho un pacto con el diablo y lo habría celebrado.

—Un milagro y los cuidados de una gran mujer.

—¿Una gran mujer? —preguntó confusa. Que ella supiese, Cal no se relacionaba con ninguna mujer que no fuese una de sus amigas brujas, y todas estaban en aquel edificio.

—Será mejor que hables con Luc.

Esas eran las últimas palabras que habría esperado oír de su boca.



Era un estúpido. A ver, en realidad no, no es como si pudiese haber hecho otra cosa. El enfermo moribundo, curado milagrosamente, porque los hay con suerte en esta vida, le había pedido que le dejase hablar con Sabele, ¿qué iba a hacer? No iba a negar que la originalísima idea de fingir que había interferencias y que se cortaba la llamada no se le había pasado por la cabeza, pero habría sido rastrero hasta para el tipo que era unas semanas atrás. Porque la verdad es que a su yo de ahora no lo reconocía. ¿Quién era ese tío tan pringado en el que se había convertido que se sentaba a solas en el borde de una escalera después de ser el Celestino de la chica que le gustaba y su ex? Pues un pardillo. Eso era. Un negado, un pedazo de tonto, un perdedor.

Seguía buscando sinónimos cuando casi se le saltó el corazón del pecho al sentir como alguien se sentaba a su lado, y le dio un segundo vuelco cuando se percató de que era Sabele.

—Hola —dijo.

—Ey —respondió.

«Ey, muy romántico», le dijo una despiadada vocecilla sarcástica en su cabeza. Al incómodo saludo le siguió un silencio que rozaba lo perturbador.

—Oye... —comenzó a decir sin saber muy bien qué iba después de ese «oye»; por fortuna, Sabele le interrumpió.

—Ya puedes dejar de fingir. Cal me lo ha contado todo —dijo Sabele, y Luc sintió como se le paraba el corazón. Lo último que quería era tener que explicarle a Sabele que su madre era una bruja.

—¿El qué, exactamente? —dijo con un nudo en el estómago.

—Pues me ha contado lo que has hecho... habéis hecho, tú y tu familia. Me ha contado que Leticia le salvó y que tú cuidaste de él. Así que puedes dejar de fingir que no eres una buena persona. —Luc volvió a respirar, menos mal, le debía una a ese nigromante. No le entusiasmaba la idea.

—Ah, eso...

—Aunque Cal y yo ya no... aunque tengamos nuestras diferencias... él es una persona muy importante para mí. Gracias.

Luc negó con la cabeza, intentando disimular que sus mejillas se estaban tornando de un tono escarlata muy parecido al de los labios de Sabele. ¿Cuándo se los había pintado? ¿Por qué tenía que favorecerle tanto aquella chispa de color que hacía que no pudiese apartar la mirada de su boca?

—No hace falta que me las des. Si he hecho algo bueno ha sido por casualidad.

Sabele sonrió, divertida. O al menos todo lo divertida que se podía estar cuando el agotamiento los acribillaba a todos.

—Ya, porque eres un estúpido y todo eso —se burló.

—Yo jamás me refería a mí mismo de esa forma. Pero podría ser.

—Lo eres, y además todo te da igual.

—¿Tanto se nota? —Se encogió de hombros.

—No sé si creérmelo. A lo mejor eres una de esas personitas atormentadas que en el fondo solo tienen carencias afectivas a pesar de su comportamiento conflictivo.

—¿Comportamiento conflictivo? Si no llego a venir esta noche, ese engendro os patea el culo a todos, ¿a eso llamas tú comportamiento conflictivo?

—Sí que te ha durado poco la modestia.

—Tú lo has dicho. Soy un estúpido.

—Un estúpido integral.

—Hasta la médula.

—Estúpido XXL.

Sabele se mordió el labio. Su corazón latía tan rápido que le costaba respirar, aunque no estaba seguro de que hubiese alguna relación entre una cosa y la otra. Sabele se colocó el pelo detrás de la oreja y desvió la mirada. Definitivamente pretendía matarle.

—El caso es que, no sé si creérmelo o no porque, en realidad, tú y yo no nos conocemos demasiado.

—Bueno, yo sé que eres una torpe. —«Y tú un inútil», se dijo a sí mismo. ¿Es que no podía estarse calladito?

Sabele entornó los ojos.

—Y yo sé que eres un bocazas. Por eso pensaba que, no sé, estaría bien... ¿conocer lo bueno?

Luc se quedó en blanco. Era obvio que le estaba tirando fichas, cualquier tío inteligente lo vería y aprovecharía la ocasión para dejar caer alguna frase seductora como... Dios, ni siquiera se le ocurría un ejemplo.

—Quiero decir —continuó Sabele, algo tensa ante su silencio—, que después de todo lo que ha pasado, creo que sería buena idea si... ya sabes,uviésemos una... ¿cita normal?

Tragó saliva. Le acaba de pedir una cita una chica fuera de su alcance: más mayor que él, más popular, inteligente, preciosa, con talento, que sabía vestir, que tenía dones mágicos y... ¿qué hizo él?

—Guay —asintió con la cabeza.

—¿Guay?

—Sí. Estaría bien.

Sabele inspiró profundamente y sonrió incrédula, entre divertida y exasperada.

—Genial.

—¿Supongo que eso significa que... me has perdonado por ser un estúpido y tomar prestada ese arpa?

Sabele elevó las cejas y frunció el labio, pensativa.

—Digamos que te voy a dar la oportunidad de hacerme cambiar de opinión.

—¿Qué opinión? —Luc frunció el ceño y la bruja se encogió de hombros.

—Si te lo dijese no tendría ninguna gracia, ¿no crees? —Sabele sonrió y se descubrió devolviéndole la sonrisa como un estúpido.

Bueno. Seguía teniendo una cita con Sabele. A pesar de ser un metepatas, no había ido tan tan mal. Ya iba siendo hora de que él también tuviese algo de suerte. Parecía que, a pesar de sus recelos, hacer lo correcto tenía sus ventajas.

Sabele se puso en pie para volver junto a sus amigas, pero antes de marcharse se detuvo frente a él.

—Luc, ayer dijiste que no buscabas... —Puso los ojos en blanco fugazmente— ya sabes, esas cosas, en Tinder, ¿qué buscabas exactamente?

La pregunta le pilló por sorpresa, no podía decirle la verdad, que en el fondo de su cinismo había un romántico que pensaba que en algún lugar de Madrid había una chica capaz de mantenerle en vela después de años sin que nada fuese capaz de sorprenderle de verdad.

—Supongo que solo quería algo sobre lo que escribir. —Algo de verdad, algo que no le hiciese pensar que necesitaba pasarse el día con una botella de alcohol en la mano para tener algo que contar, para ser un artista.

Sabele asintió levemente con la cabeza y vaciló unos instantes, como si quisiese preguntar algo más, pero no estuviese segura de si debía.

El timbre de la casa resonó en mitad de la noche y, al cabo de unos cuantos segundos, oyó a una bruja diciendo «Es la Guardia».



Estaba siendo la noche más larga y agotadora de su vida, pero Leticia no podía sentirse más enérgica y eufórica ahora que por fin lo había logrado.

Después de recorrer medio Madrid, despertar a su jefe y sacar de la cama a la mitad de la Guardia, había logrado que diesen crédito a su historia cuando comenzaron a llegarles llamadas y testimonios de revelados que juraban haber presenciado lo que parecía una batalla mágica en plena Gran Vía. Incluso su escéptico jefe tuvo que admitir que era posible que tuviese razón. Al cabo de media hora, los altos cargos de la Guardia le llamaban para exigirle explicaciones sobre por qué no estaban haciendo nada y, en cuestión de otros treinta minutos y una larga conversación con la comisaria Morales, Leticia estaba detenida frente a la entrada de la sede del aquelarre con un equipo de ocho agentes junto a ella.

Comprobó con amargura que habían llegado tarde. Tarde para impedir la tragedia y tarde para ponerle término.

Tras los restos de lo que había sido una puerta pudieron ver los cuerpos cubiertos con mantas y la destrucción que intentaban ordenar.

Su entusiasmo se aplacó en cuestión de un microsegundo y se percató de que, a pesar de lo bien que le había sentado lograr por fin el reconocimiento por su trabajo, hubiese preferido estar equivocada.

Una bruja de larga melena se detuvo ante ellos y les miró fijamente.

—¿Podemos pasar? —preguntó mostrando la placa que guardaba en su bolsillo.

La mujer asintió y el hechizo protector, recién levantado, les abrió paso. Leticia sintió la caricia de la magia fresca en su rostro.

—Me gustaría hablar con vuestra líder.

—Eso va a ser complicado...

Leticia frunció el ceño.

—¿Le ha ocurrido algo a la Dama?

La bruja suspiró.

—Será mejor que vaya a buscar a alguien que pueda atenderos. Si me disculpáis.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Blanca, levitando junto a ella.

Salvo para ir y venir de vez en cuando a comprobar que el joven nigromante seguía con vida, el fantasma no se había separado de ella hasta el punto de que Leticia comenzaba a olvidarse de su presencia hasta que interrumpía con uno de sus comentarios fatídicos.

—Es una lástima... Con lo bonita que es la vida... arrebatarla de este modo, sin motivo alguno... Qué pena —dijo el fantasma.

Los agentes esperaron pacientes a que alguna representante, portavoz o quienquiera que llevase ahora las riendas del aquelarre bajase a hablar con ellas en una incómoda quietud. Las brujas continuaban reuniendo cuerpos de nigromantes y brujas, recogiendo cenizas y limpiando la sangre que había salpicado por doquier, manchando hasta los estandartes con el símbolo del aquelarre. De vez en cuando les lanzaban alguna mirada de desprecio, acusaciones silenciosas que decían «¿Dónde estabais cuando hacíais falta?».

Leticia alzó la vista al oír pasos en las escaleras, pero en lugar de hallar a una mística bruja cuarentona como esperaba, se encontró cara a cara con su hermano menor.

—¿Luc? ¿Se puede saber...? —comenzó a gritar, pero miró hacia sus

compañeros, temporalmente subordinados, y bajó el tono. Por una vez en su vida tenía la oportunidad de demostrar que lo tenía todo bajo control—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una joven bruja con una larga melena rubia y vestida con una camiseta negra y unos vaqueros apareció tras él. Sabele. Vaya. Eso respondía a su pregunta. Iba a tener que darle una oportunidad a esas *apps* de citas. Lo que le recordó que, seguramente, Rosita también estuviese por ahí. «Céntrate. Estás de servicio».

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —preguntó Luc, y Leticia reprimió el deseo de asfixiarle.

—Trabajar. Hola, Sabele —dijo, dándose cuenta de que quizá fuese mejor guardar su interrogatorio para luego—. Hemos hablado por teléfono. Soy Leticia Fonseca. —Le tendió la mano y la bruja la estrechó con una sonrisa azorada.

La chica era tan guapa que mirarla fijamente le provocaba la misma sensación que levantar las persianas por la mañana un domingo y encontrarse cara a cara con el sol. Además, había algo chispeante en su belleza, igual que en todas las demás brujas. No le extrañaba nada que Luc acabase siempre en la misma sala que ella.

Una versión adulta, algo más baja y con el pelo rizado de Sabele les hizo a un lado para descender las escaleras seguida de la bruja que les había recibido.

—Mi nombre es Jimena Yeats —se presentó al detenerse frente a ella—. Me temo que Flora se encuentra indispuesta en este momento, así que, ¿en qué puedo ayudarte?

Leticia se aclaró la garganta e intentó sonar tan distinguida y autoritaria como pudo al decir:

—La Guardia reclama a la bruja Helena Lozano y al nigromante Fausto Carrasco por quebrar el Tratado de Paz y por el uso de magia prohibida.

—¿Helena? Entiendo que la buscáis por... su invocación. Ya nos estamos encargando nosotras de ello, pero fueron los nigromantes quienes quebrantaron el tratado.

—Los crímenes de Helena Lozano se encuentran dentro de nuestra jurisdicción. Debemos llevarla con nosotros. Los pormenores se aclararán

más tarde —dijo Leticia, dispuesta a acallar el recodo de su conciencia que se empeñaba en repetirle que el papel que jugaba le venía grande.

—Ya... creo que eso lo dice todo. ¿Helena, eh? —La tal Jimena resopló indignada—. ¿Lo hicieron juntos, verdad? Helena quería guerra y al final la consiguió.

Dio un paso hacia ella y Leticia estuvo a punto de retroceder ante el repentino roce de sus labios sobre su oreja.

—De mujer a mujer, y no de bruja a guardia... Dime, ¿quién? —susurró, y se alejó para mirarla a los ojos.

Leticia tragó saliva. Un equipo de guardias había acudido a la nave industrial donde encontraron el cuerpo sin vida de la ayudante de Flora. No estaba segura de que fuese una información que se pudiese compartir, pero si se hubiese tratado de alguien querido para ella, hubiese querido saberlo.

—Carolina Montes.

Jimena asintió y desvió la mirada, Leticia sospechó que para ocultar sus ojos húmedos. Ella nunca había tenido demasiadas amigas, así que no se podía imaginar cómo podía sentirse una bruja al perder a una de sus hermanas de aquelarre, unidas por un vínculo mucho más intenso que el de una amistad corriente.

—Un equipo de guardias se está encargando ahora mismo de la escena del crimen. El... —tragó saliva. ¿Había sido una ingenua por creer que no sería tan difícil?—. El cuerpo os será devuelto lo antes posible para que podáis... hacer los ritos.

Jimena asintió de nuevo.

—Helena está recluida en el sótano. Seguidme y os llevaré hasta ella. —Dio media vuelta y comenzó a andar, pero se detuvo para añadir—: No hace falta que seáis piadosos con esa traidora.



Sabele se apresuró a ajustar su corbata, de un tono dorado que a él le resultaba obsceno lucir en un funeral, pero las brujas tenían sus propias costumbres. Con la muerte, ellas celebraban la vida. El negro no era un color permitido en un funeral del aquelarre, ni siquiera para el representante de los nigromantes.

Si quería instaurar un nuevo orden de paz, tendría que resignarse y vestir el traje azul marino con la corbata dorada y el pañuelo verde que Sabele le había traído.

Representante de los nigromantes. Aún le costaba asimilar que Fausto ya no estuviese entre ellos y que su padre, aún postrado en su cama, le hubiese escogido a él para sucederle. Y le había sorprendido aún más comprobar que la gran mayoría de los nigromantes habían estado de acuerdo a pesar de que él también hubiese perdido su magia por culpa de la maldición del tratado.

«Tenías razón desde el principio con las brujas. Deberíamos haberte escuchado, si lo hubiésemos hecho, podríamos haber evitado todo esto», le dijo Gabriel desde su lecho, apesadumbrado y terriblemente arrepentido.

—Estoy convaleciente, no manco —le reprochó a Sabele ante su empeño por hacer el nudo perfecto.

—Es tu primer acto oficial y el ambiente va a ser tenso. Si quieres causar una buena impresión, al menos tienes que ir guapo.

Tenso era un eufemismo generoso. A pesar de la versión oficial que la Guardia había dado (según la cual Helena y Fausto habían confabulado para provocar una guerra y romper el pacto mientras que Helena debilitaba deliberadamente las fronteras entre su mundo y un plano de caos y tormento, lo que había provocado, indirectamente, que un espectro vengativo cruzase al otro lado y asesinase a nigromantes usurpando el cuerpo de una bruja inocente. Por suerte, nadie habló de invocaciones o culpables en ese último aspecto. Por suerte o porque la principal encargada de la investigación había resultado ser la hermana del revelado), eran muchas las brujas que seguían culpando de todo a los nigromantes y viceversa.

En otro tiempo podría haber usado las sombras para transportarles a ambos hasta el rincón de la Sierra de Madrid donde tendría lugar el funeral, aunque usar el poder de la muerte no habría sido un acierto dada la ocasión, pero echaba de menos que no fuese una opción.

Se subieron en el asiento trasero del coche de su padre, dejando que un chófer y no la magia les llevase hasta allí.

Cal tragó saliva y se movió incómodo en su asiento. Tan pronto como Sabele cerró la puerta del vehículo, sintió como la tensión no solo existía entre brujas y nigromantes en general, sino también entre ellos dos. Les esperaba un trayecto de cuarenta minutos en el que la cobertura de sus móviles acabaría por desvanecerse. No habían pasado tanto tiempo a solas desde su ruptura, y menos aún desde la que ya se conocía como la Batalla de los Traidores.

—Me alegra que estés bien —dijo Sabele, después de un rato mirando por la ventanilla.

Cal asintió. Su recuperación milagrosa alegraba a muchos, pero también despertaba la desconfianza de otros. No les culpaba. Debería estar muerto. No solo no lo estaba, sino que, además, el avance de las sombras se había detenido por completo.

Las marcas permanecían a modo de amargo recuerdo, pero el poder maligno que las habitaba y las hacía crecer se había desvanecido, así que con un simple hechizo de uno de sus hermanos las mantenía ocultas e inocuas. Era sencillamente imposible. Ningún nigromante había logrado vencer a las sombras, solo los que morían por cualquier otra causa. Y eran muchos los que habían intentado huir de ellas durante toda su vida.

Cal no sabía explicar qué había ocurrido, pero sí que se sentía agradecido por su segunda oportunidad, y no pensaba desperdiciarla preguntándose por qué. Aunque acostumbrarse a no contar con sus poderes y el recelo de algunos nigromantes a ser liderados por un muchacho que no podía utilizar su magia no estaba allanándole la transición a su nueva vida.

—Soy muy afortunado. ¿Tú qué tal, cómo te va? ¿Qué tal las chicas?

Sabele pareció aliviada por que sacase un tema de conversación lo bastante amplio como para entretenerles durante un buen rato.

—Genial. Hemos tenido un par de semanas intensas. Ame sigue con sus diseños, está preparando una colección para una de sus asignaturas y nos está usando a Rosita y a mí como modelos, así que la casa es un caos. ¡Y no te lo pierdas! Rosita se ha dado cuenta de que ayudarme con el canal es más que un favor, puede que hasta haya encontrado por fin su vocación. Está dirigiendo un corto, no te emociones, es muy de andar por casa, y ha prometido que si le gusta la experiencia se matriculará el año que viene en algún Grado de Dirección o algo así. Aunque ya sabes cómo es, lo mismo en dos semanas se ha aburrido y cambia de opinión. Además, últimamente se pasa el día con... —Sabele se mordió el labio para silenciarse, como si estuviese hablando de más— bueno, ya te imaginas, con sus ligues. Entre todo eso y echar una mano para restaurar la sede estamos un poco liadillas.

—¿Y tu tía? —preguntó Cal.

—Pues aún no han decidido qué hacer con el tema de Flora y si habrá o no una nueva Dama y demás, así que con tanto caos toda ayuda es poca. Ella también está en la ciudad contribuyendo a la causa, así que si la nómada de Jimena Yeats se está dejando la piel, ¿cómo no lo vamos a hacer nosotras? Sobre todo teniendo en cuenta que lo más probable es que después de una vista nos caigan unas cuantas horas de ayuda comunitaria como castigo por usar la sala de invocaciones y por huir cuando estábamos

bajo estado de alerta... Supongo que es mejor que nos vayamos acostumbrando.

—Me imagino. ¿Y tú qué tal? —insistió Cal, quien no había obviado el hecho de que había hablado de prácticamente todos aquellos a quienes conocía menos de ella misma.

No hacía falta ser demasiado avisado para deducir que evitaba el tema a propósito, y Cal creía saber qué era lo que no quería contarle.

—Oh, bien. Bien, como siempre. Haciendo vídeos, fotos, estudiando magia. Lo de siempre.

—Ya... y, ¿has vuelto a ver al corriente?

Sabele le miró desafiante.

—Te lo pregunto como amigo, Bel. —Era verdad, en parte.

Había tenido tiempo de hacerse a la idea de que a partir de ahora, entre ellos solo iba a haber una cordial y antierótica amistad. Lo cual no significaba que le entusiasmase la idea. Pero tendría que aprender a vivir con ello y, si empezaba a salir con otro... sería como arrancarse la tirita de un tirón. Desagradable, pero necesario.

—Aún no. Pero hemos acordado volver a quedar.

Estuvo a punto de echarse a reír. Se lo imaginaba. Aunque qué veía en ese flacucho quejica seguía escapando a su comprensión. Tenía que ser una etapa, una fase de su periodo de transición hacia la Sabele en la que fuese que se estaba convirtiendo, así que decidió no darle demasiada importancia. Lo que quiera que hubiese entre ellos no tenía futuro, con o sin los hechizos de Ame.

Con un poco de suerte, el enclenque se caería por las escaleras de su sótano y se daría en la nuca antes de que volviesen a verse. Un corriente menos, no sería una gran pérdida. «No seas un cretino», se dijo a sí mismo al percatarse de sus propios pensamientos.

Si iban a ser amigos, tendrían que serlo recelos, y resentimientos como ese a parte; había reflexionado mucho al respecto. Pero en los últimos días, ese tipo de pensamientos nocivos aparecían en su mente sin que los pudiese controlar. Lo atribuía al cansancio, pero lo cierto era que empezaba a preocuparse.

—Entonces, ¿te gusta de verdad?

Sabele desvió la mirada de nuevo hacia la ventana.

—¿En serio quieres que hablemos de esto?

—El día en el que yo me enamore querrás que te lo cuente, ¿no?

La bruja se giró para mirarle, sorprendida. Era evidente que no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Supongo que... sería mejor eso a que me enterase por otros, sí. Sí, querría que me lo contases.

Sintió una extraña satisfacción al comprobar que una parte de ella no se sentiría del todo feliz si él empezase a rehacer su vida amorosa antes que ella. En cuanto pudiese, buscaría a una chica más guapa que ella y la engatusaría solo para fastidiarla, así quizá se diese cuenta del error que había cometido. Aunque tal vez se mereciese a alguien que no fuese tan estúpida como para dejarle ir. «No seas cretino», se repitió.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Estás enamorada?

Las mejillas de Sabele se tiñeron de un tono rojizo que se confundía con su colorete y comenzó a jugar con las largas mangas de su vestido de rayas multicolores.

—Es un poco pronto para saberlo, ¿no crees?

Cal negó con la cabeza.

—Contigo yo lo supe desde el primer momento en el que te vi.

Sabele sonrió y, por un momento, retornaron al pasado, a esos tiempos felices cuando con quererse les bastaba y no importaba nada más en el mundo.

—Eso es porque tenías dieciocho años y las hormonas revolucionadas.

—¿Ahora me vas a decir que no crees en el amor a primera vista?

—No parece un concepto muy realista, ¿no crees? Enamorarte de alguien a quien nunca has oído hablar o a quien no conoces de nada. Si lo piensas, es una idea muy superficial.

—Al contrario. No tiene nada que ver con las apariencias. Solo es lo que ocurre cuando se encuentran dos almas gemelas.

La miró con sus ojos verdes y Sabele se quedó sin palabras. Apartó la vista y no volvió a decir nada hasta que llegaron a su destino. Tal vez aún

no se hubiese resignado del todo a perderla. Dijese lo que dijese, en el fondo le pertenecía, desde el día en el que se conocieron y ella le sonrió por primera vez supo que sería suya. Suya y de nadie más. Suya, o de nadie. «No seas un cretino».

—Entonces supongo que Luc no es mi alma gemela, pero bueno... —Se le escapó una sonrisa y él apretó el puño, conteniendo la rabia—. Es imposible aburrirse cuando anda cerca. Hay comienzos peores.

Cal se mordió la lengua para no preguntar si eso era lo que le había pasado con él, si había dejado de hacer su vida emocionante tenerle en ella. «Caprichosa». ¿Se creía que podía descartarle sin más, *a él?* «Déjalo ya», se suplicó a sí mismo. «¿Por qué dejas que te trate así, como si fueses un don nadie?». Por un momento le pareció distinguir una voz en su mente que no era la suya, no del todo. Definitivamente tenía que ser cosa del cansancio. Se prometió a sí mismo unas vacaciones tan pronto como hubiese firmado un nuevo Tratado de Paz con las brujas.

Salieron de la autopista y, tras unos cuantos minutos circulando por carreteras comarcales, el chofer detuvo el coche al principio de un sendero que serpenteaba a través de la ladera de una tímida montaña. Se bajaron del coche y caminaron en silencio hasta llegar al final del camino, donde los árboles daban paso a las rocas de la pedriza.

A lo largo del barranco se reunían decenas y decenas de brujas ataviadas con prendas de todos los colores del arcoíris. Caminaron hasta reunirse con Rosita y Ame, que les saludaron con dos formales besos en las mejillas. Rosita vestía un top de estampado de leopardo y una larga falda roja, mientras que Ame lucía la que parecía ser una de sus creaciones, una especie de kimono y americana a la vez repleta de cristales que reflejaban la luz del sol para devolverla en mil direcciones distintas.

Tras saludarlas, Cal se acercó tímidamente hacia las brujas más veteranas para darle su pésame.

—Cal —le saludó con una media sonrisa Jimena al verle—. Me alegra que hayas venido.

Apoyó su mano sobre el hombro del joven y Cal continuó andando hasta detenerse frente a la Dama Flora, si es que aún conservaba el título. La mujer parecía un fantasma a medio camino entre la vida y el más allá,

detenida frente a la tumba abierta. Las brujas no enterraban a sus seres queridos en ataúdes, sino que las envolvían en un manto y las devolvían directamente a la tierra. Después de dos semanas, solo un hechizo conservador podía explicar que no estuviese siendo una experiencia repulsiva para todos los presentes. «Qué repugnante. ¿Por qué no pueden incinerarla como hace todo el mundo hoy en día? Solo es un pedazo de carne muerta, una condenada bruja», dijo esa voz en su interior. «No seas un cretino».

Flora no se percató de su presencia hasta casi un minuto más tarde. La bruja llevaba puesto un vestido dorado y llevaba un pañuelo en la mano, preparada para secarse las lágrimas que aún le pudiesen quedar. Sus ojos estaban tan rojos que parecía que fuesen a deshacerse en cualquier momento.

—Mi más sentido pésame. Le pido disculpas en nombre de todos mis hermanos por lo que hizo Fausto y por la semilla de odio que logró sembrar en nuestros actos.

Flora negó con la cabeza.

—Puede que tu hermano blandiese el cuchillo, pero esto... —Señaló la tumba—. Esto es obra de brujas y nigromantes por igual. Espero que estemos tan unidos en el futuro, esta vez, por causas mejores.

Cal asintió con la cabeza y se retiró de nuevo hasta reunirse con Sabele.

En cuestión de minutos, el ritual comenzó. Sin despedidas, sin discursos, sin últimos recuerdos. Flora y otras cuantas brujas tomaron las palas que descansaban junto a la tumba entre sus manos y comenzaron a cubrir la zanja. A Cal le sorprendió que no empleasen la magia, pero asumió que el gesto debía de tener algún tipo de significado. Cuando el trabajo estaba casi acabado, entregaron a Flora un diminuto árbol, de un tallo que apenas llegaba a los treinta centímetros, y lo plantó justo sobre la tumba. Las brujas comenzaron a recitar al unísono hasta que poco a poco cada una lo hizo en su propio ritmo, creando una hipnótica melodía.

—Es un canto de resurrección —explicó Sabele en un susurro—. Le desean felicidad y suerte en su próxima vida. ¿Quieres probar?

Cal asintió.

—Son solo cuatro versos. Es muy sencillo: la muerte amarga será breve

y distante el sufrimiento. Mi vientre acogerá tu magia para cumplir todos tus deseos. Tu nueva vida te acogerá pronto con los brazos abiertos. Y nunca más lloraré, porque al fin volveremos a vernos.

—¿Mi vientre acogerá tu magia? —preguntó Cal, algo escéptico y una ceja alzada.

—No significa nada, solo que la echaremos de menos y que esperamos que vuelva pronto. —Sabele se encogió de hombros y comenzó a recitar.

Cal miró a su alrededor. Todas las brujas repetían aquel salmo, y aunque Cal no conocía de nada a la desdichada bruja, sintió que sería muy grosero por su parte si no se uniese a sus buenos deseos.

—La muerte amarga será breve y distante el sufrimiento, mi vientre acogerá tu magia para cumplir todos tus deseos. Tu nueva vida te acogerá pronto con los brazos abiertos. Y nunca más lloraré, porque al fin volveremos a vernos. —Cal continuó repitiendo las palabras una y otra vez hasta que un cosquilleo, que subió desde la punta de sus dedos hasta su nuca, recorriéndole cada fibra y descendiendo más allá de las plantas de sus pies, le hizo enmudecer.

Era imposible.

Reconocía aquella sensación, tan familiar para él como respirar, un calambre, un torrente de fuerza que creyó que nunca volvería a sentir jamás.

El poder de la magia recorriendo su cuerpo.

La maldición se había roto.



RAQUEL BRUNE nació en Madrid en 1994, lo que significa que lleva catorce años esperando su carta de Hogwarts. Mientras tanto estudió un Doble Grado de Publicidad y ADE, y probó suerte trabajando en comunicación. Fue entonces cuando comprendió que si quería vivir rodeada de magia, tendría que crearla ella misma. Hermandad es su primera novela publicada y el principio de una nueva aventura. Compagina la escritura con la creación de contenidos digitales en su canal literario (Raquel Bookish), su blog y sus redes sociales, donde se reúnen más de 85.000 aficionados a la lectura.